



Historia física y política de Chile

Historia II

Claudio Gay



BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

INICIATIVA DE LA CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN,
JUNTO CON LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
Y LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

COMISIÓN DIRECTIVA
GUSTAVO VICUÑA SALAS (PRESIDENTE)
AUGUSTO BRUNA
XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ LEIVA
MANUEL RAVEST MORA
RAFAEL SAGREDO BAEZA (SECRETARIO)

COMITÉ EDITORIAL
XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
NICOLÁS CRUZ BARROS
FERNANDO JABALQUINTO
RAFAEL SAGREDO BAEZA
ANA TIRONI

EDITOR GENERAL
RAFAEL SAGREDO BAEZA

EDITOR
MARCELO ROJAS VÁSQUEZ

CORRECCIÓN DE ORIGINALES Y DE PRUEBAS
ANA MARÍA CRUZ VALDIVIESO
PAJ

BIBLIOTECA DIGITAL
IGNACIO MUÑOZ DELAUNOY
I.M.D. CONSULTORES Y ASESORES LIMITADA
GESTIÓN ADMINISTRATIVA
MÓNICA TITZE

DISEÑO DE PORTADA
PEZESPINA

PRODUCCIÓN EDITORIAL A CARGO
DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA
DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

PRESENTACIÓN

La *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* reúne las obras de científicos, técnicos, profesionales e intelectuales que con sus trabajos imaginaron, crearon y mostraron Chile, llamaron la atención sobre el valor de alguna región o recurso natural, analizaron un problema socioeconómico, político o cultural, o plantearon soluciones para los desafíos que ha debido enfrentar el país a lo largo de su historia. Se trata de una iniciativa destinada a promover la cultura científica y tecnológica, la educación multidisciplinaria y la formación de la ciudadanía, todos requisitos básicos para el desarrollo económico y social.

Por medio de los textos reunidos en esta biblioteca, y gracias al conocimiento de sus autores y de las circunstancias en que escribieron sus obras, las generaciones actuales y futuras podrán apreciar el papel de la ciencia en la evolución nacional, la trascendencia de la técnica en la construcción material del país y la importancia del espíritu innovador, la iniciativa privada, el servicio público, el esfuerzo y el trabajo en la tarea de mejorar las condiciones de vida de la sociedad.

El conocimiento de la trayectoria de las personalidades que reúne esta colección, ampliará el rango de los modelos sociales tradicionales al valorar también el quehacer de los científicos, los técnicos, los profesionales y los intelectuales, indispensable en un país que busca alcanzar la categoría de desarrollado.

Sustentada en el afán realizador de la Cámara Chilena de la Construcción, en la rigurosidad académica de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y en la trayectoria de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos en la preservación del patrimonio cultural de la nación, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* aspira a convertirse en un estímulo para el desarrollo nacional al fomentar el espíritu emprendedor, la responsabilidad social y la importancia del trabajo sistemático. Todos, valores reflejados en las vidas de los hombres y mujeres que con sus escritos forman parte de ella.

Además de la versión impresa de las obras, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* cuenta con una edición digital y diversos instrumentos, como *softwares* educativos, videos y una página web, que estimulará la consulta y lectura de los títulos, la hará accesible desde cualquier lugar del mundo y mostrará todo su potencial como material educativo.

COMISIÓN DIRECTIVA - COMITÉ EDITORIAL
BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

GAY, CLAUDIO, 1800-1873.

HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE: SEGÚN DOCUMENTOS ADQUIRIDOS EN ESTA REPÚBLICA DURANTE DOCE AÑOS DE RESIDENCIA EN ELLA / CLAUDIO GAY. -- PARÍS: MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE SANTIAGO, [184-] 30 v. ; 24,5 cm.

v. 1-8. HISTORIA DE CHILE – v. 9-10. DOCUMENTOS SOBRE LA HISTORIA, LA ESTADÍSTICA Y LA GEOGRAFÍA – v. 11-18. BOTÁNICA -- v. 19-26. ZOOLOGÍA – v. 27-28 AGRICULTURA – v. 29-30 ATLAS.

BOTÁNICA-CHILE – ZOOLOGÍA-CHILE – AGRICULTURA-CHILE-HISTORIA – CHILE-GEOGRAFÍA HISTÓRICA-MAPAS

© CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN, 2007
MARCHANT PEREIRA 10
SANTIAGO DE CHILE

© PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE, 2007
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 390
SANTIAGO DE CHILE

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, 2007
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 651
SANTIAGO DE CHILE

REGISTRO PROPIEDAD INTELECTUAL
INSCRIPCIÓN N° 168.204
(OBRA COMPLETA)
SANTIAGO DE CHILE

ISBN 978-956-8306-08-3 (OBRA COMPLETA)
ISBN 978-956-8306-10-6 (TOMO SEGUNDO)

IMAGEN DE LA PORTADA
COLUMNA, FUERTE DE ARAUCO, SIGLO XVII. MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

DERECHOS RESERVADOS PARA LA PRESENTE EDICIÓN

CUALQUIER PARTE DE ESTE LIBRO PUEDE SER REPRODUCIDA
CON FINES CULTURALES O EDUCATIVOS, SIEMPRE QUE SE CITE
DE MANERA PRECISA ESTA EDICIÓN.

Texto compuesto en tipografía *Berthold Baskerville 10/12,5*

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA EDICIÓN, DE 1.000 EJEMPLARES,
DEL TOMO II DE LA *BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE*,
EN VERSIÓN PRODUCCIONES GRÁFICAS LTDA., EN DICIEMBRE DE 2007

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

CLAUDIO GAY

HISTORIA
FÍSICA Y POLÍTICA
DE CHILE

TOMO SEGUNDO

HISTORIA



SANTIAGO DE CHILE
2007



CLAUDIO GAY.

DE LA HISTORIA NATURAL
A LA HISTORIA NACIONAL.
LA HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA
DE CLAUDIO GAY Y LA NACIÓN CHILENA

Rafael Sagredo Baeza

INTRODUCCIÓN

En los inicios de la república, cuando todo estaba por hacerse, ¿en qué consistía el Chile de entonces?, ¿cómo era el territorio bajo la jurisdicción del nuevo Estado?, ¿cuáles las características físicas, económicas, culturales y sociales del conjunto bajo su soberanía?, ¿cuál la noción existente acerca del número y distribución espacial de sus habitantes?, ¿cuáles sus principales recursos económicos? A éstas, y muchas otras interrogantes, buscaba dar respuestas el gobierno chileno cuando en 1830 decidió la contratación de Claudio Gay. Afortunadamente para Chile, el naturalista no sólo cumplió con creces la tarea que se le encomendó, además, con los conocimientos que generó sobre la historia, el territorio y el mundo natural y cultural del país, contribuyó decididamente al proceso de organización republicana, al ejercicio de la soberanía estatal y a la consolidación de la nación.

La tarea científica desplegada por el naturalista en Chile permite apreciar desde un ángulo inédito el proceso de construcción de la nación y de organización republicana. Gay orientó parte importante de su quehacer como hombre de ciencia a generar un sentimiento de nacionalidad gracias al conocimiento de la realidad natural y cultural del Chile que nacía a la vida republicana. Además de proporcionar instrumentos para el gobierno del país gracias a sus informes científicos y representaciones cartográficas.

El cuadro del sabio, que desde 1846 engalana el Museo Nacional de Historia Natural, representa muy bien los principales temas que ocuparon al científico. En él Gay aparece sentado junto a una mesa en que se aprecian un mapa de Chile, un vegetal monocotiledón en la forma de una flor con su tallo, su microscopio y papeles; sobre ellos, la mano izquierda del científico sosteniendo su lupa. En la derecha, el naturalista tiene una pluma.



Claudio Gay (1800-1873), óleo sobre tela de Alexandre Laemlein, 1845. Museo Nacional de Historia Natural. El pintor hace resaltar en su retrato al hombre de ciencia, serio y circunspecto que, consagrado al estudio, sin embargo fue capaz de aportar al conocimiento concreto del país que se delinea en el mapa de su autoría.

Es el sabio en su gabinete, revestido del prestigio que le otorga su saber y de la dignidad y respetabilidad que le proporcionan una vida consagrada al trabajo científico, en su caso, sobre Chile.

Qué duda cabe que los objetos con los que se retrata a Gay pretenden mostrar, cuando no simbolizar, sus preocupaciones, quehaceres y honores. Ahí están la pluma con la que entonces componía su monumental obra sobre Chile. La flor que muestra su condición de botánico y la lupa -pudieron ser sus instrumentos de física, su barómetro o su rosa de los vientos- que ilustra su calidad de científico. Los papeles bajo su mano muestran su contracción al estudio, cualidad propia de todo hombre de ciencia. Pero también está la cinta de seda roja en el ojal izquierdo de su pecho. Ella representa la Legión de Honor, en el grado de caballero, con que había sido distinguido por sus servicios eminentes a Francia en el ámbito de la historia natural.

Creemos que con la sobria y elegante levita oscura con que el artista retrata a Claudio Gay no sólo muestra al hombre de facciones acentuadas y rostro inmutable; o al científico, serio y circunspecto que, consagrado al estudio, sin embargo, fue capaz de aportar al conocimiento concreto del país que se delinea en el mapa de su autoría. También al naciente Estado, a la nación chilena cuyas aspiraciones y valores republicanos vio encarnadas en Claudio Gay de forma tan evidente como para materializarlas en una obra de arte que presidiera una de las instituciones esenciales de la cultura nacional, como lo es el Museo Nacional de Historia Natural, que el propio sabio fundó.

El pintor hace resaltar en este retrato al hombre de ciencia, serio y circunspecto que, consagrado al estudio, sin embargo fue capaz de aportar a la formación de la nación a través del conocimiento concreto del país que se delinea en el mapa de su autoría. Que no fue otro el objetivo que tuvo el quehacer científico de Claudio Gay en Chile.

Trabajos de naturalistas como los de Claudio Gay en Chile, Agustín Codazzi sobre Nueva Granada, Alcide d'Orbigny respecto de Bolivia, o la de Antonio Raimondi en relación al Perú, permiten apreciar el papel determinante que éstos tuvieron en el reconocimiento científico de los países que exploraron, pero también en la conformación de nacionalidades, el desarrollo de identidades regionales, la integración de pueblos y sociedades o, esencial, en la identificación de un destino, futuro, común. Ahora como estados nacionales.

Estas obras, concebidas originalmente como historias naturales, debido a las necesidades de las autoridades republicanas terminaron transformándose también en historias nacionales, en las que la narración del pasado acompañó y complementó las descripciones científicas y las representaciones cartográficas. Entre los ejemplos que se pueden citar, el quehacer y la obra de Claudio Gay constituye uno de los más ilustrativos, tanto por su gestación y preparación, como por su culminación, la *Historia física y política de Chile*, la primera narración histórica del pasado chileno elaborada en el periodo republicano.

UN CIENTÍFICO EN CHILE

Según sus principales biógrafos, el arribo de Claudio Gay al país en los primeros días de diciembre de 1828 fue consecuencia de su contratación como profesor del Colegio de Santiago, cuyas actividades docentes se iniciarían en marzo de 1829. El naturalista, que lograría fama gracias a sus investigaciones sobre Chile, había nacido en marzo de 1800 en Draguignan, departamento del Var, en la Provenza, en medio de una familia de pequeños propietarios agrícolas¹.

Consta que desde su infancia, Gay demostró una inclinación por el estudio de las ciencias naturales, que se manifestó en lecturas sobre botánica elemental y en herborizaciones, así como en periódicas excursiones alrededor de su pueblo natal. En ellas, que con el paso de los años se fueron ampliando a prácticamente todo el departamento del Var y a parte de los Bajos Alpes, el joven se preocupaba de recolectar material botánico y zoológico y de averiguar sobre la mineralogía y la geología de los sitios visitados. En el diario que se atribuye, Gay evoca esta época: “a penas me sentí capaz de identificar unas cuantas plantas, mi pasión por la botánica me empujó a atravesar los límites severos de las montañas de los Alpes, del Delfinado, de Saboya y de parte de Suiza. En esos lugares reuní una colección de plantas que unidas a las que me regalaron otros botánicos, aumentaron considerablemente mi herbario”².

Completada su primera educación, alrededor de 1820, Gay arribó a París para seguir estudios superiores de medicina y farmacia. Sin embargo, su curiosidad por el cultivo de las ciencias pudo más que la práctica profesional y comenzó a concurrir a los cursos públicos de ciencias naturales del Museo de Historia Natural y de la Sorbonne³. En aquellos años, aprovechaba sus vacaciones para emprender excursiones destinadas a herborizar fuera de Francia, o para cumplir comisiones encargadas por el Museo. Recorrió Suiza, una parte de los Alpes, el norte de Italia, una porción de Grecia, algunas islas del Mediterráneo y el norte de Asia Menor. Durante sus años en París, entre 1821 y 1828, además de la botánica y la entomología, sus aficiones preferidas, Gay también se adentró, como autodidacta, en el estudio de la física y la química, para más tarde seguir cursos de geología y de anatomía comparada. De esta manera adquirió vastos conocimientos y también se inició en la investigación científica al lado de eminentes maestros de los Jardines del Rey y de la Escuela de Minas. Sus conceptos a propósito de su paso por el Jardín Botánico y Museo de Historia Natural de París son elocuentes: “Las abundante colecciones de objetos de ciencia natural, el alto nivel científico de los cursos que allí se realizaban, el interés de los profesores por facilitar mis estudios, todo ello

¹ Carlos Stuardo Ortiz es quien más acabadamente ha investigado acerca de la vida del científico. En su obra póstuma *Vida de Claudio Gay. Escritos y documentos*, se reproducen numerosos escritos de Gay, o concernientes a su labor en Chile, así como diversos textos relativos a su persona.

² Véase Claudio Gay, *Diario de su primer viaje a Chile en 1828*, p. 88.

³ En su diario escribiría: “El estudio de la medicina me pareció el más seductor y el que estaba más de acuerdo con mis gustos. Desgraciadamente mi pasión cada vez mayor por la historia natural me hizo abandonarlo y eso es algo que lamentaré toda mi vida”. En Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 90.



Alexander von Humboldt (1769-1859), el sabio prusiano, autor de numerosas obras sobre América, representó el principal modelo para los naturalistas que como Claudio Gay arribaron a América luego de la Independencia. En David Yudilevich L. (ed.), *Mi viaje por el camino del inca (1801-1802)*, antología.

contribuyó poderosamente a hacerme amar una ciencia a la que ya me había dedicado por mi cuenta, estudiándola con mi propio esfuerzo”⁴.

Como acertadamente hace notar Stuardo Ortiz, Gay se vio favorecido por el ambiente científico existente en París en las primeras décadas del siglo XIX. Entonces diversas instituciones, como la Sociedad Philomatica, la Sociedad Linneana, el Museo de Historia Natural y la Facultad de Ciencias de la Universidad de París, tenían como objetivo esencial promover el desarrollo de las ciencias naturales.

Junto con beneficiarse de las actividades que en ellas se realizaban, Claudio Gay recibió la influencia de grandes investigadores y maestros como Alexandre Brongniart en Mineralogía, Pierre-Louis-Antoine Cordier en Geología, André-Marie-Constant Duméril en herpetología, Georges Cuvier en Anatomía Comparada, René-Louiche Desfontaines y Adrien de Jussieu en Botánica, Pierre-André Latreille en Entomología, André Laugier o Louis-Nicolás Vauquelin en Química y Joseph-Louis Gay-Lussac en Física, entre otros.

Los detalles del origen de la preocupación de Gay por nuestro país, y de su venida a Chile, permanecen todavía inciertos en muchos aspectos, aunque se sabe que su arribo fue consecuencia directa de haber aceptado la oferta del periodista y aventurero Pedro Chapuis, que en 1828 organizaba en París un grupo de pro-

⁴ Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 89.

fesores para establecer un colegio en Santiago, y que, según Gay, contaba con el patrocinio del gobierno chileno⁵.

Los testimonios aparecidos en la prensa nacional a propósito de la llegada de Chapuis y demás profesores sólo aluden al arribo de una “sociedad de profesores de ciencias” que vienen “con el objeto de fundar un nuevo establecimiento de educación”, sin dar mayores noticias de las motivaciones cada uno de los “socios”, aunque sí de sus aptitudes. Sobre Gay, en el aviso que Pedro Chaupis publicó para dar a conocer su iniciativa, de lee: “doctor en ciencias. Miembro de varias sociedades, corresponsal del Museo y profesor de física, química e historia natural”⁶.

En el diario que presumiblemente comenzó al momento de iniciar su viaje a Chile, Gay alude a sus intentos frustrados por pasar a América, hasta que le avisaron “que se estaba formando en París una sociedad de personas con la intención de fundar una Univeridad en Santiago de Chile, bajo la protección especial del gobierno francés y del chileno”; entonces, declara, “el placer unido al interés de descubrir un país aun no conocido por los naturalistas, me hizo aceptar sin ninguna vacilación la proposición que me hicieron de nombrarme profesor de química y de física”⁷.

Años después, y al comienzo de su monumental obra, el naturalista afirmó que fueron sus maestros en París quienes le habían señalado la república de Chile como la más a propósito para satisfacer las exigencias de una desmedida curiosidad que lo impulsaba a investigar las producciones de algún remoto clima que no pareciera muy andado; consejo que siguió, comenzando desde entonces a tomar nota de lo muy poco que se había dicho de la historia y de la geografía de esta parte de América. Más tarde escribiría, en el prólogo del tomo I de la *Historia Física y Política de Chile*, que había sido en medio de esa situación que “una circunstancia imprevista se adelantó a mis deseos llevándome a las afortunadas costas de ultramar mucho antes de lo que yo presumiera”⁸.

Además de sus motivaciones particulares, es preciso tener presente que en el ambiente científico y oficial del París de la década de 1820, “entre los diversos países que sería importante explorar en interés de la historia natural, el Perú y Chile pueden ser colocados en primera fila, en todo sentido”, pues se afirmaba, “la parte de América meridional que ocupan estas dos vastas regiones no ha sido visitada

⁵ En su diario el naturalista relata que en un encuentro con Chapuis en París, éste “me hizo ver un discurso del presidente Pinto en que solicita profesores de anatomía y de química para una escuela de medicina”. Véase Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 103.

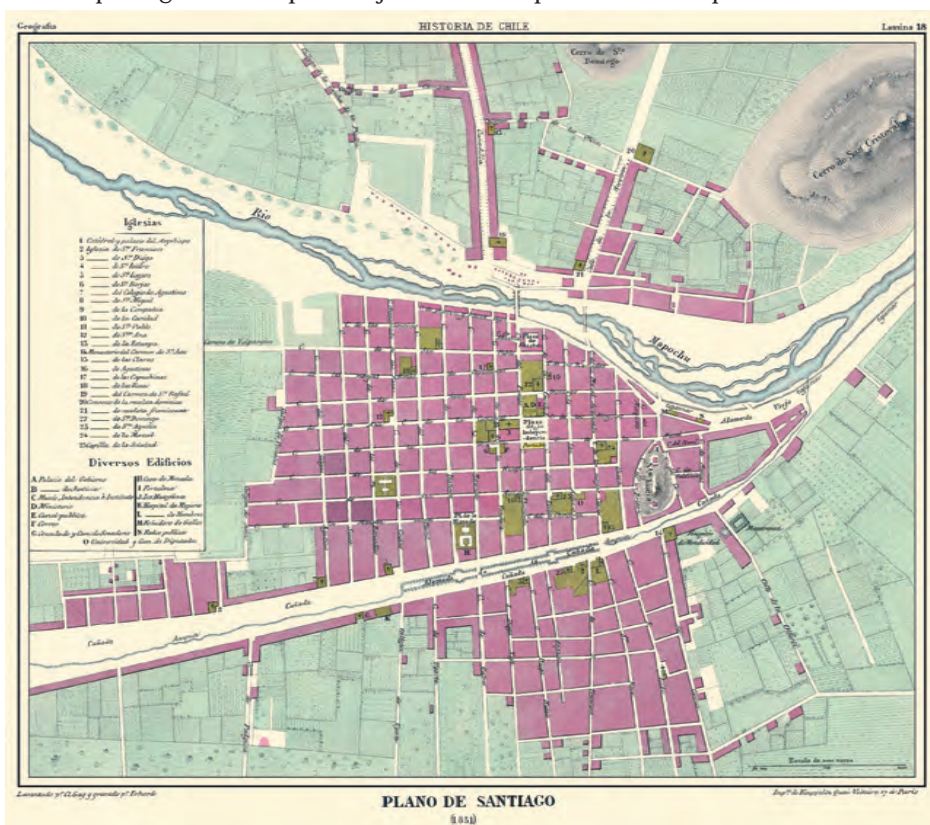
⁶ Véanse *La Clave de Chile* del 11 de diciembre de 1828 y del 17 de febrero de 1829, y la *Gaceta de Chile* del 31 de diciembre de 1828.

⁷ Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 91.

⁸ En su manuscrito sobre los araucanos, todavía inédito, Claudio Gay relaciona su arribo a Chile con la política francesa respecto de Latinoamérica, ahí escribió: “En esa época las repúblicas americanas habían sido más o menos reconocidas por las potencias europeas. Francia era una de las más atrasadas en ese justo deber... por ese mismo motivo decidió crear en Santiago un colegio universitario compuesto únicamente por profesores franceses. Habiendo sido designado para la clase de física y química me encontraba en condiciones de realizar mi pasión por los viajes...”. Agradecemos a Luis Mizón el darnos a conocer este texto, así como su traducción. Como se advertirá, la versión del naturalista difiere bastante de la ofrecida por todos los estudiosos de su vida y obra.

aún sino por un número muy pequeño de viajeros, y sus exploraciones, por lo demás asaz incompletas, se remontan ya a una época muy alejada⁹.

Para comprender cabalmente la presencia de Claudio Gay en Chile es necesario atender el interés galo por explorar América meridional, que en su caso sin embargo no se materializó en ningún apoyo oficial, aunque sí en el estímulo de sus profesores y de la Academia francesa; pero también a las urgencias y necesidades del naciente Estado chileno, cuyos dirigentes, aun antes de la independencia, y con mayor razón después, venían insistiendo en la necesidad de crear instituciones de enseñanza y de fomentar el reconocimiento geográfico del territorio. Aunque no está acreditado el apoyo oficial al colegio para el cual había sido contratado Gay, lo cierto es que el Estado chileno, y sus autoridades, frecuentemente aludían, y seguirían mencionando, la urgencia de contar con nuevas instituciones educativas; interés que seguramente personajes como Chapuis buscaron aprovechar.



La inclusión del plano de Santiago en su *Atlas de la historia física y política de Chile*, muestra que Gay apreció la situación preeminente de la capital en el país.

⁹ Carta de la Administración del Museo de Historia Natural de París al ministro del Interior, fecha el 25 de noviembre de 1825, y generada por la expectativa de que el naturalista Alcide d'Orbigny se dirigiera a América en misión científica. Citada por Pascal Riviale en su obra *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*, p. 34.

Contratado como profesor de física, química e historia natural, Gay vio en su viaje a Chile, más que el inicio de una carrera destinada a la docencia, la posibilidad cierta de dedicarse a la investigación en un país casi total y absolutamente desconocido para los hombres de ciencia europeos. Además, veía en él la materialización de sus aspiraciones pues, había escrito en su diario, “desde que me consagré al estudio de las ciencias naturales, que son verdaderamente sublimes, nació en mí el deseo de viajar, que al parecer forma parte de ellas”¹⁰.

Instalado en Santiago, Claudio Gay, junto con atender sus clases en el Colegio de Santiago, se dio tiempo para recorrer diversos sitios y recolectar material científico, llegando a formar en corto lapso colecciones de plantas, de animales y de rocas.

Más entusiasmado con sus excursiones que con sus clases, a la vez que revelando los motivos que lo habían traído a Chile, el propio Gay escribía a Alexandre Brongniart el 9 de diciembre de 1829 que a pesar de que “no disponía más que de un día a la semana en provecho de las ciencias” y que, sobre todo al comienzo de su estadía, no le era posible más que “visitar solamente los alrededores de Santiago o realizar un viaje rápido a la orilla del mar o a la cordillera”, ya había realizado “una buena serie de observaciones que bastarán para dar a conocer estas comarcas tan poco visitadas por los naturalistas”¹¹.

El celo y la pasión que Gay mostraba por la historia natural, expresada en su infatigable actividad y dedicación al estudio, no sólo llamaron la atención de los pocos sujetos con interés por las ciencias naturales existentes en Santiago. También llegó a conocimiento de las autoridades, en las cuales rondaba la idea de estudiar científicamente el país, una antigua aspiración que no había podido materializarse por falta de una persona idónea para acometer la empresa¹². En el Chile de la organización republicana, donde todo estaba por hacerse, y en medio de las tribulaciones políticas y la pobreza del erario, hubo gobernantes que tuvieron plena conciencia de la necesidad de conocer cabal y científicamente el territorio y la realidad nacional. Entonces, ni siquiera existían mapas medianamente aceptables; poco se sabía de la situación exacta de las ciudades y puntos geográficos de importancia; nadie había estudiado sistemáticamente las especies naturales; y, menos aún, preocupado de las características geológicas o de precisar adecuadamente las condiciones climáticas de los ambientes en que comenzaba a desenvolverse la república¹³.

¹⁰ Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 88.

¹¹ Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, p. 2.

¹² Guillermo Feliú Cruz en su ensayo crítico “Claudio Gay, historiador de Chile”, señala que el boticario Vicente Bustillos, el canónigo de la catedral José Alejo Bezanilla, el conservador de la Biblioteca Nacional Francisco García Huidobro y el médico francés Carlos Bouston, fueron los primeros amigos del científico en Chile, y quienes advirtieron al gobierno de su presencia y de la posibilidad de confiarle el estudio de la naturaleza del territorio nacional.

¹³ La preocupación de los gobiernos por conocer la geografía nacional, y con ellas las riquezas del territorio, se había hecho presente ya en 1823. Entonces se contrató al aventurero Juan José Dauxion de Lavaysse para que realizara un estudio científico del país. El mismo año, otro decreto comisionó al ingeniero militar José Alberto Backler D’Albe y al ingeniero geógrafo Ambrosio Lozier para que levantaran la carta corográfica y geodésica de Chile. Como se sabe, ambas empresas fracasaron y no

Alentado por sus cercanos, en julio de 1830 Gay redactó una presentación dirigida al Vicepresidente de la República a través de la cual ofrecía sus servicios para trabajar en la preparación de una historia natural, general y particular de Chile; una geografía física y descriptiva del país; una geología que haría conocer la composición de todos los terrenos, la estructura de las rocas y la dirección de las minas; y una estadística completa de las actividades productivas y de la población. Además de los trabajos nombrados, el científico se comprometía a formar un gabinete de historia natural que contuviera la mayor parte de las producciones de la república, con sus nombres vulgares y científicos, así como una colección, tan completa como fuera posible, de todas las piedras y minerales que pudiera recolectar; analizar químicamente todas las aguas minerales que encontrara; a elaborar cuadros estadísticos de todas las provincias; hacer un catálogo de todas las minas; preparar planos de las principales ciudades y ríos, así como de todas las haciendas que pudiera visitar; y, finalmente, si el gobierno así lo quería, instruir a dos alumnos en todas las ciencias sobre las que él se ocupaba. Es decir, Gay se obligaba a una tarea monumental, la cual le llevaría casi toda la vida.

A cambio de sus trabajos, los cuales, declaraba, sólo podrían ser publicados en Europa, el naturalista solicitaba auxilio para continuar sus investigaciones y el auspicio del gobierno para las obras que proponía. Se mostraba dispuesto a que se nombrase una comisión que inspeccionara lo realizado por él hasta entonces y los trabajos que en adelante emprendería, así como también a demostrar los medios que poseía para llevar adelante sus estudios. A este último respecto, y para avalar su petición, Gay hacía saber al gobernante que las ciencias naturales habían sido objeto de sus preocupaciones desde temprana edad y que había elegido a Chile como escenario de sus investigaciones con el único fin de satisfacer su interés científico,

“y el deseo que tengo de hacerme útil dando a conocer a la nación chilena, las producciones de su industria y de su territorio, y poniendo a la vista de las otras un país muy poco conocido, pero sin embargo muy digno de serlo por su feliz posición, por la riqueza de la tierra y por los extraordinarios productos de su agricultura”¹⁴.

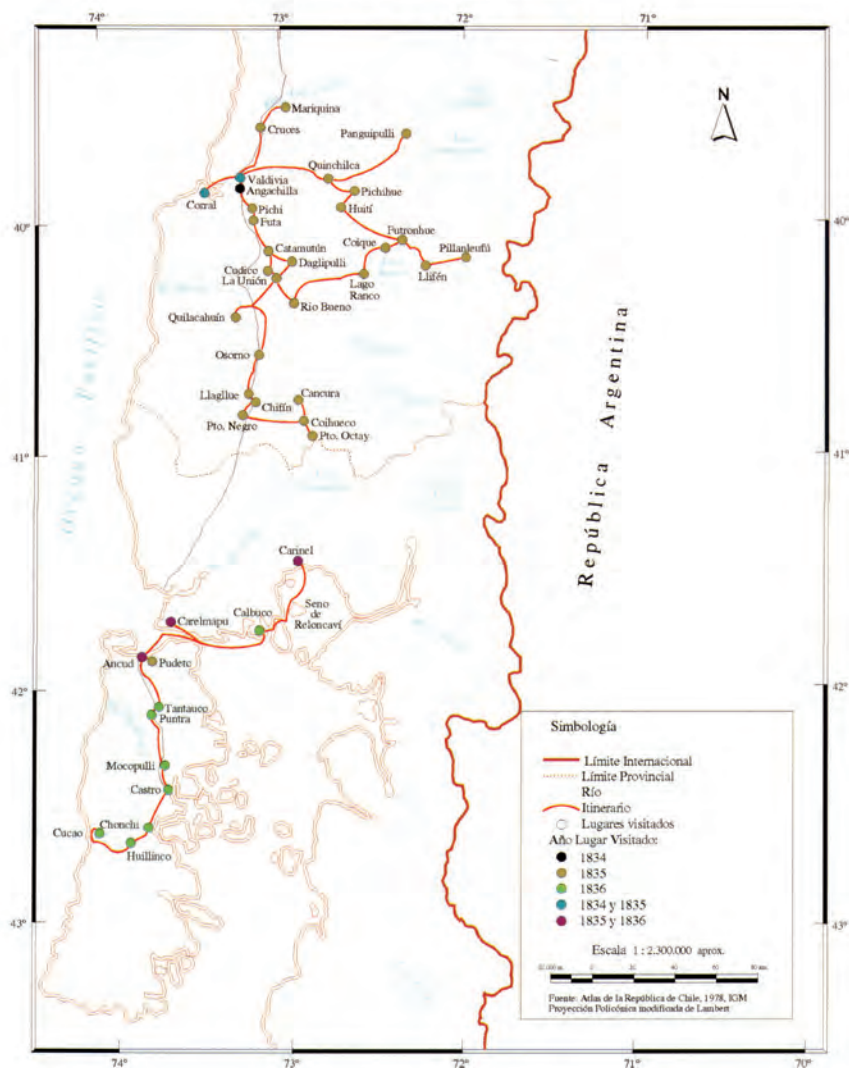
Un elemento decisivo en la determinación que el gobierno tomó, finalmente, fue el trabajo ya adelantado por Gay en el país, que demostraba su capacidad de naturalista. Como el propio científico lo hacía notar, y quienes lo auspicaban sabían,

pasaron de ser simples ensayos. Barros Arana, en su trabajo *Don Claudio Gay; su vida y sus obras*, ofrece un completo panorama de los esfuerzos del Estado “por hacer estudiar y por dar a conocer la geografía de nuestro país y las producciones de su suelo”.

Los afanes republicanos por conocer los territorios sobre los que comenzaban a ejercer soberanía están estrechamente relacionados y son una herencia del espíritu ilustrado que, a lo largo del siglo XVIII, había llevado a las potencias europeas a organizar, financiar y promover expediciones científicas a suelos y costas americanas, entre otras razones, para obtener ventajas económicas de ellos. Al respecto véase la obra de que somos coautores con José Ignacio González, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*.

¹⁴ El texto a través del cual Gay ofreció sus servicios al gobierno chileno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 87-90.

Expedición Científica de Claudio Gay Provincias de Valdivia - Chiloé



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay, 2004.

en el lapso de un año había podido investigar acerca de la historia natural y la geología de los alrededores de Santiago; describir y pintar la mayor parte de los objetos relacionados con ellas; preparar un plano de la ciudad capital y cartas geográficas del territorio; analizar las aguas minerales de Apoquindo; recopilar estadísticas del país en casi todas las administraciones y, por último, recorrer parte del litoral central y de la cordillera frente a Santiago. De este modo, escribió en su ofrecimiento, no tenía más trabajos en la capital y se encontraba listo para emprender investigaciones en la provincia, las cuales estaban postergadas por falta de recursos.

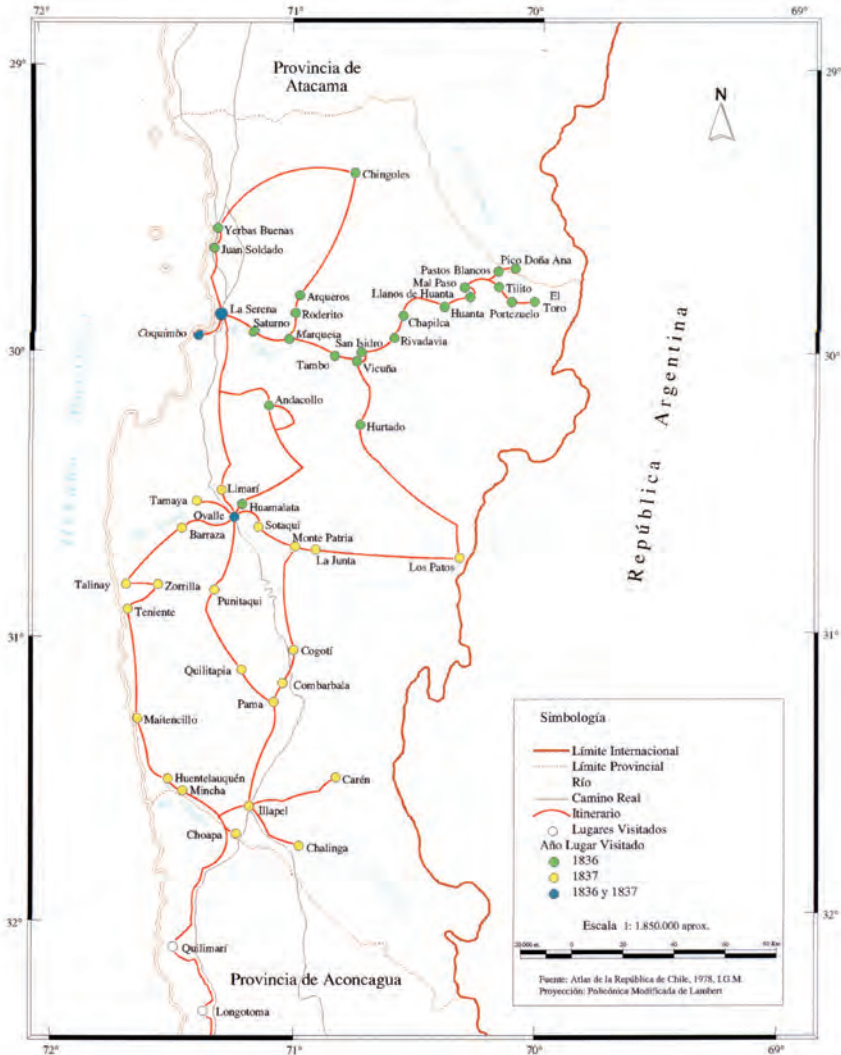
En pago de sus servicios, Gay no pidió al gobierno ni grandes salarios, ni demasiados favores, “sino sólo su protección cerca de las autoridades provinciales y los gastos indispensables de los viajes que mis investigaciones me obligan a hacer”. Como garantía de los recursos que se le entregarían, ofrecía “depositar en el lugar que se sirva designarme, una parte de mis colecciones, y a más mi biblioteca compuesta de cerca de cuatrocientos volúmenes, obras científicas y escogidas”, todos los cuales quedarían en poder de la Biblioteca Nacional si no cumplía con las obligaciones contraídas.

Atendidos los antecedentes, no debe extrañar que en septiembre de 1830 se autorizara al ministro del Interior, Diego Portales, para suscribir un contrato con Gay en virtud del cual quedaría sellado el viaje científico por el territorio. Como justificaciones se esgrimían, tanto la importancia de la iniciativa, como las cualidades de Gay para verificarlo con ventaja para el país. Además, y recogiendo la proposición del francés, el ministro había conformado el 31 de julio de 1830 una comisión científica destinada a verificar la calidad de sus trabajos. Ésta emitió un informe favorable con fecha 13 de agosto del mismo año en que se afirmaba que “todo hace esperar ventajas del viaje proyectado”.

De acuerdo con el contrato firmado el 14 de septiembre de 1830, Gay quedó obligado a hacer un viaje científico por todo el territorio de la república, en el término de tres años y medio, con el objeto de investigar la historia natural de Chile, su geografía, geología, estadística y todo aquello que contribuyera a dar a conocer los productos naturales del país, su industria, comercio y administración. Además, al cuarto año, debía presentar un bosquejo de las siguientes obras: una historia natural general de la república que contuviera la descripción de casi todos los animales, vegetales y minerales, acompañados de láminas coloreadas proporcionadas a los objetos que describa; una geografía física y descriptiva de Chile, con observaciones sobre el clima y temperatura de cada provincia, y adornada con cartas geográficas de cada una, y con láminas y planos de las principales ciudades, puertos y ríos; un tratado de geología relativo a Chile; y una estadística general y particular de la república, ordenada por provincias. También se comprometía a formar un gabinete de historia natural con las principales producciones vegetales y minerales del territorio y un catálogo de todas las aguas minerales existentes en el país, con sus respectivos análisis químicos¹⁵.

¹⁵ El texto del contrato entre Gay y el gobierno chileno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio..., op. cit.*, t. II, pp. 91-93.

Expedición Científica de Claudio Gay Provincia de Coquimbo



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

Considerando que uno de los propósitos del Estado chileno al confiar a Gay la comisión que éste se comprometía a realizar era la de “dar a conocer las riquezas del territorio de la república, para estimular la industria de sus habitantes y atraer la de los extranjeros”, el científico se comprometió también a publicar su obra tres años después de concluida su labor.

Gay recibiría ciento veinticinco pesos mensuales durante los próximos cuatro años; los instrumentos para sus observaciones geográficas; un premio de tres mil pesos, si cumplía con lo prometido; y la promesa de la autoridad de hacer llegar a los intendentes de las provincias, a los gobernadores de los pueblos y a los jueces territoriales, una circular para que facilitasen todas las noticias que requiriese para el puntual desempeño de su trabajo¹⁶.

LA EXPLORACIÓN DEL TERRITORIO

Concluidos los trámites administrativos y los preparativos indispensables para emprender el viaje científico, Gay se dispuso a acometer la exploración del territorio nacional, empresa que inició por la provincia de Colchagua en diciembre de 1830. Instalado en San Fernando, durante meses realizó cuatro salidas por la jurisdicción provincial que lo llevaron a reconocer la laguna de Tagua-Tagua y sus alrededores, la cordillera de la zona a través del curso del Cachapoal y el de su afluente el río Cipreses, el volcán Tinguiririca y, por último, la costa colchagüina siguiendo el curso de los ríos Tinguiririca y Rapel hasta el Pacífico. Luego de una breve estadía en Santiago destinada a ordenar el material recolectado, a comienzos de julio de 1831, Gay emprendió viaje al norte, en un recorrido que lo llevó por Colina, Polpaico, Til-Til y la cuesta de la Dormida hasta Puchuncaví.

¹⁶ No sobra señalar que las diligencias destinadas a contratar a Claudio Gay se realizaron casi exactamente después de la visita a Chile del naturalista Alcide d’Orbigny. Éste había sido enviado por el Museo de Historia Natural de París para realizar una misión científica que, prolongándose entre 1826 y 1833, lo llevó a explorar Brasil, Argentina, Uruguay, Chile, Bolivia y Perú.

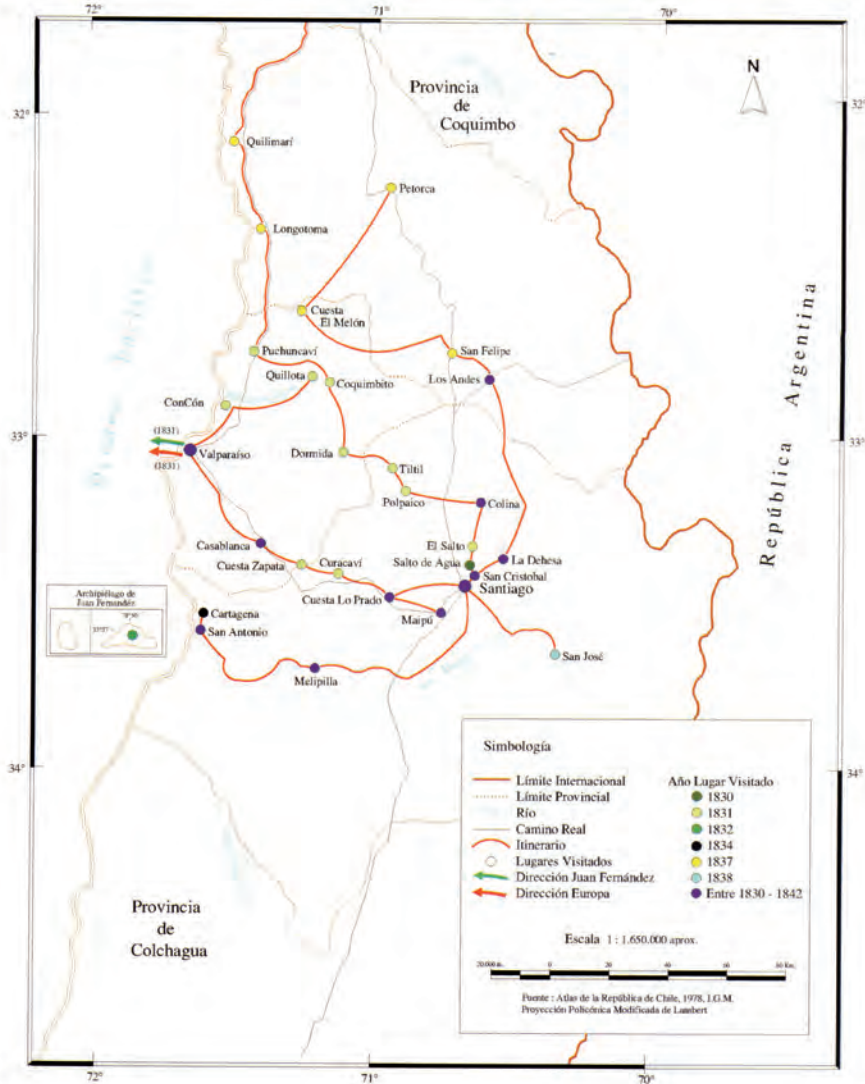
El autor de *Viaje a la América meridional*, arribó a Valparaíso el 16 de febrero de 1830, puerto del que salió el 8 de abril luego de visitar también Santiago. En la capital del país permaneció sólo ocho días, en los cuales no sólo recorrió sus alrededores y conoció diversas personas, también, realizó una ascensión a los Andes en compañía de Claudio Gay.

Fue al momento de salir de Chile que d’Orbigny recibió, a través del cónsul francés en el puerto, la carta del general Santa Cruz, entonces Presidente de Bolivia, invitándolo a investigar las riquezas naturales del país del altiplano, adelantándole que le conseguiría, como efectivamente ocurrió, todas las facilidades deseables para sus exploraciones y estudios.

En su monumental obra, publicada entre 1835 y 1847 en nueve tomos y 11 volúmenes, d’Orbigny refiere que su corta estadía en Chile no le permitió “generalizar mis observaciones, lo que me obliga a pasar por alto lo que podría decir de Chile”, agregando todavía: “por lo demás, no quiero usurpar el derecho que una larga permanencia en la República de Chile da al señor Gay para describirla”.

Según relata Claudio Gay en su diario, conoció a D’ Orbigny en septiembre de 1828, en su viaje hacia Chile. Ahí escribe que “durante los ocho días que me quedé en Buenos Aires no dejé un solo día de ir a verlo y de discutir con él ciertos puntos de historia natural”. Véase Gay, *Diario de... op. cit.*, p. 126.

Expedición Científica de Claudio Gay Provincias de Aconcagua - Valparaíso - Santiago



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

En diciembre de 1831, y a la espera de poder abordar un barco para Europa, a donde se dirigía para comprar instrumentos y libros adecuados para su trabajo, Gay exploró los sitios cercanos a Valparaíso y realizó un viaje al archipiélago de Juan Fernández, que se extendió hasta mediados de febrero, zarpando hacia Francia el 14 de marzo de 1832.

De esta época datan algunos testimonios de Diego Portales sobre Gay que no sólo muestran su preocupación por el quehacer del científico y su carácter irreverente, también las iniciativas y actividades del naturalista y la impresión que causaba entre la población. El 21 de diciembre de 1831 Portales escribe a su amigo Antonio Garfías que Gay está en Valparaíso imposibilitado de salir para Francia por falta de buque, y que quiere visitar las islas de Juan Fernández aprovechando el próximo viaje de la *Colo-Colo*. Entonces le pide que le comunique al Ministro del Interior que “si no hay algún motivo que demore el viaje, sería bueno y conveniente que pasase a botar al tal mr. como cosa pérdida en aquellas playas”. El 19 de enero relata que “el dueño de la posada donde reside Gay, ya está loco, porque todo el día hay en ella un cardumen de muchachos y hombres que andan en busca de mr. Gay”; pues “siempre que sale a la calle, los muchachos le andan gritando mostrándole alguna cosa: señor esto es nuevo, nunca visto, usted no lo conoce; y anda más contento con algunas adquisiciones que ha hecho, que lo que usted podría con \$100.000 y platónicamente querido de todas las señoritas de Santiago”¹⁷.

En París Gay fue recibido entusiastamente por sus maestros, con los cuales mantenía contacto epistolar, y frente a quienes, ahora personalmente, desplegó el fruto de su trabajo científico en Chile. En esa ocasión obsequió al Museo de Historia Natural parisino minerales, fósiles, semillas y colecciones de especies recolectadas en Chile, también algunos de los dibujos y pinturas que había realizado hasta entonces. El reconocimiento por su labor fue inmediato y se materializó, entre otras medidas, en que el gobierno francés lo distinguió con la cruz de la Legión de Honor.

En Europa, adquirió numerosos instrumentos para sus observaciones, los más modernos existentes en la época. Agujas para medir la declinación magnética, imanes, agujas para levantar planos, instrumentos para calcular la latitud, cronómetros, microscopios, telescopios, barómetros, termómetros, higrómetros, eudiómetros, areómetros, un aparato para observar la electricidad atmosférica y hasta una cámara oscura, probablemente una de las primeras que llegó al país, fueron algunos de los aparatos adquiridos por encargo del Estado chileno.

Pero el sabio no sólo volvió con todo lo necesario para sus investigaciones, también con una esposa pues se había casado con Hermance Sougniez. Su matri-

¹⁷ Véase *Epistolario Diego Portales*, t. I., pp. 148 y 174. Esta fuera de duda la valoración que Portales hizo de Gay, incluso pensó aprovechar sus conocimientos para fines personales. Así se lo hace saber a su amigo Garfías cuando el 4 de julio de 1834 le escribe sobre un posible viaje con el científico: “yo tengo el interés de que el hombre analice una palma, y vea si será posible hacer con éste árbol en Chile lo que se hace en el Río de Janeiro de extraerle parte del jugo sin matar el árbol, pues si consigo esto, no doy a Pedegua por \$80.000”. El texto citado en *Epistolario...*, *op. cit.*, t. II., p. 507.

monio, por lo demás muy desgraciado y que culminaría en divorcio 1845, mereció un comentario del irreverente ministro Diego Portales quién, en carta a su confidente Antonio Garfias le mandó decir: “a Mr Gay que no me olvido de su encargo, y que cuando se aburra con la francesita me la mandé para acá”¹⁸.

Provisto de los instrumentos científicos necesarios para sus trabajos, así como de material para incrementar el gabinete de historia natural, Gay se trasladó a Melipilla y Casablanca en junio, para regresar a Santiago y dirigirse a Valdivia en octubre del mismo año, llegando a la bahía de Corral a fines de mes. Luego de remontar el río Valdivia y de recorrer y explorar los sitios aledaños a la ciudad del mismo nombre, en enero de 1835 se dirigió a investigar en los contornos del lago Ranco. Concluida esta expedición tomó rumbo a Osorno con el propósito de alcanzar hasta el lago Llanquihue, en cuyos márgenes permaneció hasta mediados de febrero. De regreso en Valdivia, en abril, se embarcó hacia el lago Panguipulli para asistir a la ceremonia de entierro del cacique Cathiji, de la cual da cuenta en una de las conocidas láminas de su *Atlas*. Permaneció en Valdivia todo el invierno de 1835, aprovechando su estadía para realizar breves excursiones a Corral, destinadas, entre otros objetivos, a levantar planos de los fuertes de la bahía. También desde Valdivia realizó una excursión al volcán Villarrica en octubre de 1835, alcanzando las nieves eternas del mismo.

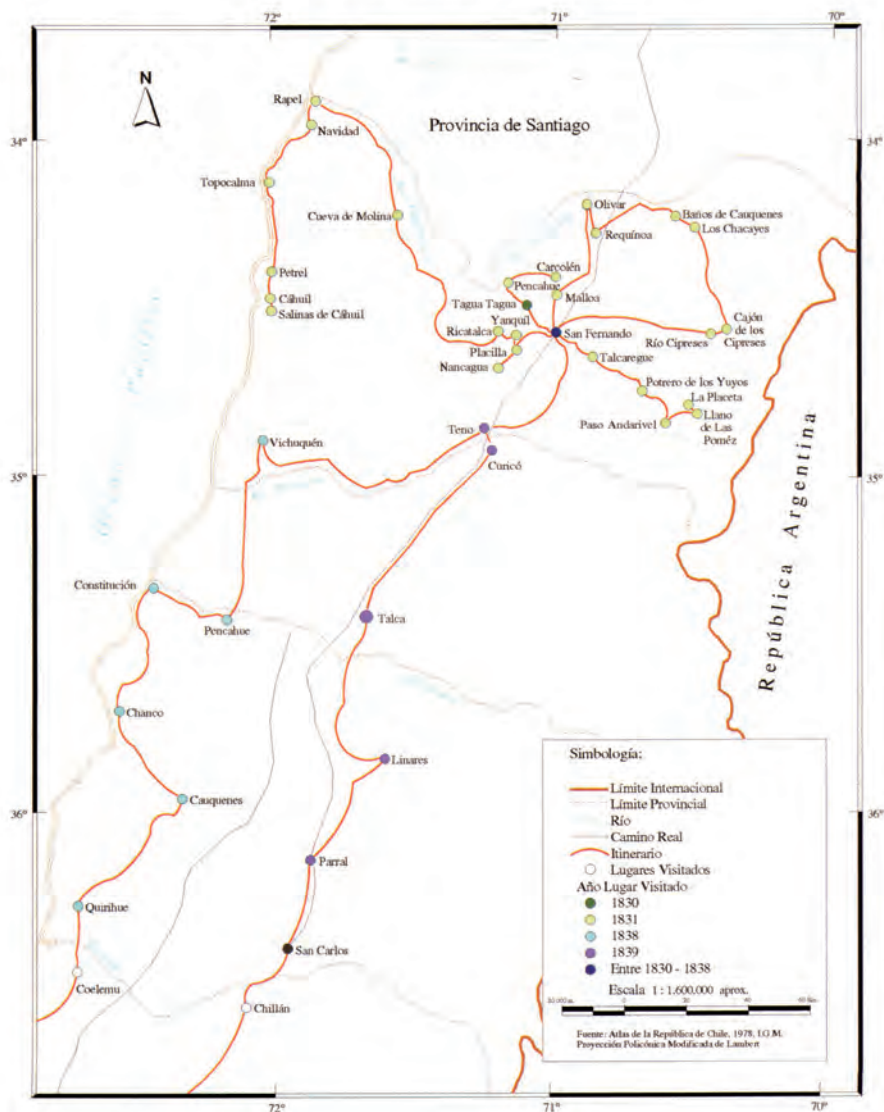
En los últimos días de noviembre de 1835 Gay se encontraba en la isla de Chiloé, instalado en Ancud. Desde aquella ciudad realizó breves excursiones a las cercanías, como a Pudeto, y, atravesando el canal de Chacao, exploró el lado norte del seno de Reloncaví, visitando los poblados de Carelmapu, Calbuco y Carinel. A mediados de febrero de 1836 se dirigió hacia el sur de la isla grande, alcanzando hasta Queilén, luego de pasar por Puntra, Mocopulli, Castro y Chonchi. De regreso al norte, se dedicó a herborizar en las orillas del lago Huillinco y en las cercanías de Cucao. Luego de su larga estadía en la isla de Chiloé, y previa escala en Valdivia y Talcahuano, el 17 de mayo recalaba en Valparaíso.

La siguiente etapa de su recorrido lo llevó a la provincia de Coquimbo, instalándose en La Serena en septiembre de 1836. Visitó las minas de Arqueros y zonas aledañas como Chingoles, Yervas Buenas, Juan Soldado y Los Porotos. Luego, en noviembre, se dispuso a recorrer el valle de Elqui. Pasó por Saturno, Marquesa, Tambo, Vicuña, San Isidro, Rivadavia, Chapilca y Guanta, sitio desde el cual inició el ascenso de la cordillera, alcanzando hasta Tilito, a 4.000 metros de altura. Siguió a la cordillera Doña Ana, volviendo por los Baños del Toro y Rivadavia, arribando finalmente a La Serena a comienzos de diciembre de 1836.

A fines del mismo mes reinició sus excursiones dirigiéndose hacia Andacollo y a las minas de sus alrededores. Recorriendo la zona pasó por Huamalata y Ovalle, visitando también las minas de Tamaya para, ya en enero de 1837, internarse en la cordillera siguiendo el curso del río Rapel. Entonces su itinerario lo llevó por Sotaquí, Monte Patria, La Junta, Arcos, Rapel y el sendero cordillerano que sale

¹⁸ Véase correspondencia fechada en Valparaíso el 20 de junio de 1834, en *Epistolario...*, *op. cit.*, t. II, p. 496.

Expedición Científica de Claudio Gay Provincias de Colchagua - Talca - Maule



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

de Las Mollacas y conduce al paso de Valle Hermoso. A su regreso, bajó por el río Hurtado para arribar a Vicuña, pasar por El Tambo, y terminar en La Serena los primeros días de febrero. Desde esta ciudad, y llevado por su afán de conocer los yacimientos de mercurio existentes en esas latitudes, emprendió viaje hacia el extremo sur de la provincia de Coquimbo. Punitaqui, Quilitapia, Pama e Illapel fueron visitadas por el naturalista hasta fines de abril, permaneciendo en Illapel durante todo el invierno, explorando los parajes aledaños a aquel pueblo y excursionando hasta La Serena pasando por Combarbalá, Cogotí y Ovalle. En otra oportunidad, ahora a principios de la primavera, Gay salió de Ovalle y tomó la ribera sur del río Limarí hasta Barraza, marchando por Zorrilla y Talinay, alcanzando luego hasta Maitencillo, pasando por El Teniente, llegar a Mincha y de ahí dirigirse nuevamente a Illapel.

Los últimos días de septiembre de 1837 se dispuso a volver al sur, viaje que iniciado en Illapel, continuó por el curso del río Choapa hasta llegar a Huentelauquén en la costa. Desde este punto siguió hacia el sur visitando Longotoma y Petorca, poblado al que arribó en los primeros días de octubre. La siguiente etapa lo llevó por la cuesta del Melón y San Felipe para alcanzar Los Andes a fines del mismo mes, lugar en que permaneció hasta comienzos de diciembre.

Durante el mes de enero y parte de febrero de 1838, el sabio francés se dedicó a excursionar en los parajes cordilleranos frente a Santiago, internándose por el cajón del río Maipo, pasando por San José de Maipo y El Volcán, hasta llegar al volcán San José.

Incansable, en septiembre de 1838 salió de Santiago con destino a las provincias del llano central. San Fernando, Vichuquén, Penciahue, Constitución, Chanco, Cauquenes, Quirihue, Coelemu, Rafael, Tomé, Penco y Concepción vieron llegar al naturalista. Entre octubre y noviembre visitó la costa de Arauco hasta Tirúa. En diciembre se encontraba en Nacimiento, visitó la cordillera de Nahuelbuta para luego emprender viaje a Los Ángeles a fines de mes. Más tarde se internó hacia Santa Bárbara llegando hasta Trapa-Trapa. De regreso en Los Ángeles, a fines de enero de 1839, salió hacia Antuco, Laguna de la Laja y la Sierra Velluda. Luego de subir el volcán Antuco, regresó por el pueblo de Tucapel hacia el Salto del Laja, de ahí siguió a Yumbel y La Florida, para llegar a Concepción en los últimos días de febrero.

En marzo siguiente se encontraba en Chillán, ciudad desde la cual tomó hacia el norte por el llano, pasando por San Carlos, Parral y Linares, llegando a Talca el 31 del mismo mes. Su excursión prosiguió por Curicó, Teno, San Fernando, Rancagua y Maipú, culminando en Santiago a mediados de abril. En este viaje, además de sus tareas científicas habituales, dibujó algunos paisajes que luego incluyó en su *Atlas* como láminas. Entre ellas: “Los pinares de Nahuelbuta”, “Laguna del Laja”, “Volcán Antuco”, “Salto del Laja” y “Molino de Puchacay”.

Luego de un viaje al Perú iniciado en marzo de 1839, que le significó alejarse poco más de un año y cuyo propósito fue revisar los archivos limeños en busca de documentación relativa a la historia de Chile, se dirigió a Copiapó en diciembre de 1841. En la provincia de Atacama visitó Caldera, Cerro Ramadillas, la capital provincial, Tierra Amarilla, Nantoco, Totalillo, Hornito y Chañarcillo. A conti-

nuación pasó a La Pucheta y alcanzó hasta La Puerta, La Capilla, Potrero Grande y Amapolas. Siguiendo el curso del río Manflas llegó hasta La Jarilla y a Vallenar. Más tarde pasó a Freirina y en enero de 1842 llegaba al puerto de Huasco para regresar al sur. Con esta última excursión, y luego de cuatro o cinco intentos fallidos por llegar a la provincia de Atacama, finalmente Gay cumplía su íntimo anhelo de “no dejar ningún punto de Chile sin haberlo realmente visitado”, como se lo hizo saber a Ignacio Domeyko en carta fechada el 8 de diciembre de 1841. Al respecto, no debe olvidarse que en esa época el desierto de Atacama era el límite septentrional del país, y que todavía no se iniciaba el esfuerzo destinado a asegurar la soberanía nacional sobre el estrecho de Magallanes y su entorno.

Durante sus excursiones, y gracias a haber permanecido sucesivamente en cada una de las provincias que componían la república, las cuales recorrió minuciosamente, Gay recogió la mayor parte de las especies animales y vegetales existentes en el territorio considerado chileno en ese entonces. Llamando la atención sobre este aspecto de su quehacer, el naturalista explicó que la única forma de acceder al conocimiento de los ejemplares de una región era permaneciendo “más o menos tiempo en cada provincia, estudiando cuidadosamente y bajo un punto de vista comparativo y sobre todo geográfico, cuantos objetos haya obtenido a fuerza de investigaciones y cacerías: solo así puede conocerse bien la fauna de un país”¹⁹.

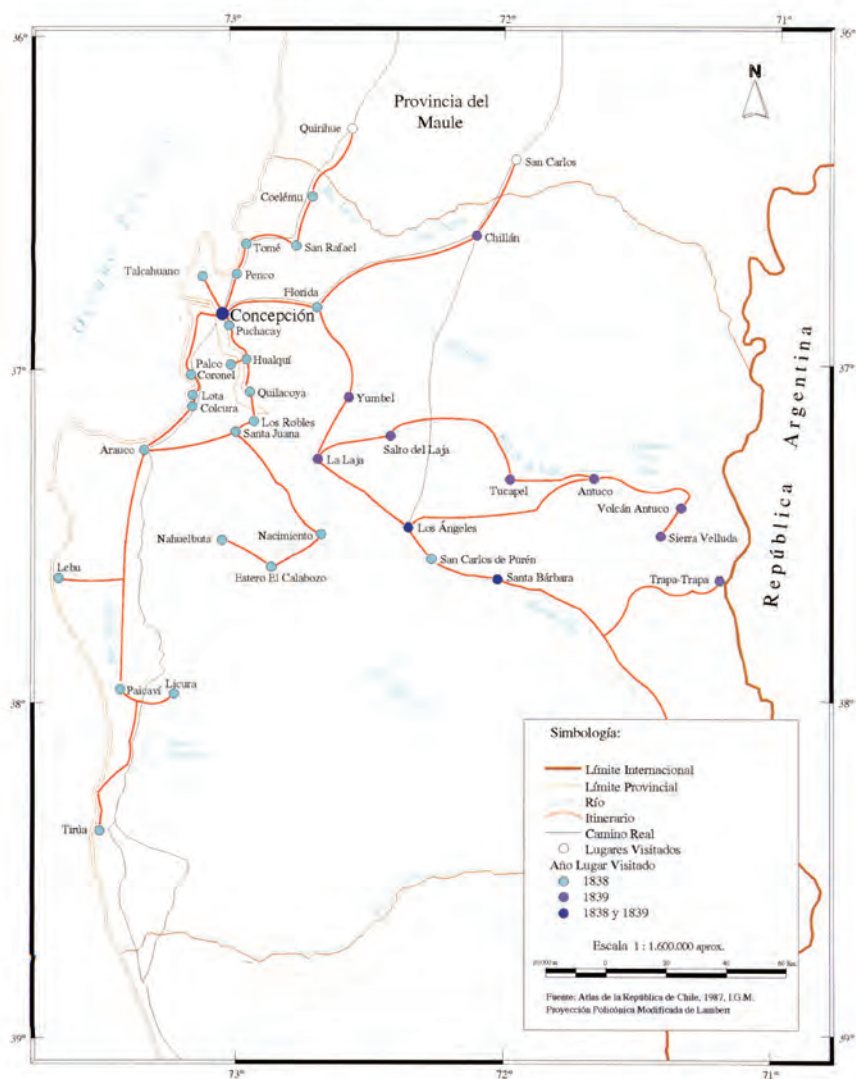
En el cumplimiento de su comisión, desarrolló un patrón de conducta que cumplió rigurosamente durante sus excursiones, y que explica el éxito final de su empresa científica. En cada lugar que visitó o recorrió, procedió a examinar y estudiar las especies naturales, recolectando todas aquellas que le resultaban de interés. Preocupación especial mostró siempre por herborizar y por observar la adaptación de las plantas en las regiones altas de las cordilleras. Fijar con exactitud la situación de los puntos geográficos, auxiliado por los modernos instrumentos adquiridos en Europa, fue también objeto de su atención. Los estudios geológicos y el levantamiento de la respectiva carta geográfica de la zona visitada constituyeron otras de sus ocupaciones permanentes. En los lugares en que existían procedía también a analizar las aguas termales, determinando, entre otras características, si eran sulfurosas o salinas. La recopilación de estadísticas, de documentación y de todo tipo de noticias de los parajes y poblados recorridos, fueron también actividades características suyas. Por último, sus observaciones climáticas y sus mediciones meteorológicas, así como las destinadas a determinar el magnetismo terrestre, fueron otra constante de su acción.

Pero, y como ha sido señalado, en todas partes Gay conversaba con la gente y observaba las formas de vida y los métodos de trabajo, práctica que no sólo fue muy útil para la preparación de su texto sobre la historia y agricultura chilena, sino en especial para obtener antecedentes de los hechos históricos e identificar los rasgos propios del pueblo chileno²⁰. Incluso, en el texto de su historia, Gay

¹⁹ Claudio Gay, *Historia física y política de Chile, Zoología*, t. 1, pp. 5-6.

²⁰ En el prólogo de la *Agricultura*, el científico alude a “sus largos viajes por Chile, cuando visitaba sus inmensas haciendas..., pensé estudiar minuciosamente... como un simple capítulo de una obra

Expedición Científica de Claudio Gay Provincia de Concepción



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay, 2004.

ocasionalmente apoya la narración de los hechos con su propio testimonio a propósito del conocimiento de sujetos protagonistas de los hechos. Por ejemplo, en el tomo VIII, cuando abordando algunos episodios de la “Guerra a Muerte” en la década de 1820, recuerda “el tiempo de mis expediciones a las altas montañas de Nahuelbuta”, oportunidad en que lo acompañó uno de los militares que participó en aquellas campañas, y que “por la noche, bajo los pinares y al lado de la llama, me contaba con cierto placer y animación todas las peripecias de aquellas guerras y la parte activa que en ellas había tomado”, a continuación de lo cual narraba la historia basado en ese testimonio²¹.

Durante los períodos de sedentarismo, el naturalista procedía a ordenar, clasificar, describir, dibujar y acondicionar las especies y objetos recolectados, redactar los informes científicos para el gobierno chileno y mantener viva su correspondencia con sus colegas europeos, a los cuales informaba detalladamente de sus estudios y de las novedades que iba descubriendo en su recorrido por el país. Ejemplo de lo que afirmamos, así como de la admiración que nuestra realidad física le provocó, es un párrafo de uno de sus textos. En él, y refiriéndose a la vida natural en las islas de la entonces existente laguna de Tagua-Tagua, escribió que era tal la infinidad de “especies nuevas, tanto para mí como para la ciencia, que ellas hacen de este país una mansión de delicias y admiración, en que la naturaleza ha hecho todo el costo, y sólo espera la mano del hombre para disputarle la belleza y la hermosura a los encantadores alrededores de Como, de Constanza y aun de Ginebra”²².

En sus viajes por el país Claudio Gay no sólo debió enfrentar todo tipo de adversidades, producto de la falta de vías de comunicación o de albergues adecuados, además, sufrió los rigores de las condiciones ambientales extremas de algunas de las regiones. Según testimonios de quienes lo conocieron, como relata Barros Arana:

“era un hombre infatigable en el trabajo, que pasaba días enteros sobre el caballo sin demostrar el menor cansancio, que trepaba los cerros más altos o bajaba a los precipicios más profundos a pie o a caballo sin arredrarse por ningún peligro, que soportaba el hambre y la sed, el frío y el calor sin quejarse de nada, y siempre con un incontrastable buen humor, que dormía indiferentemente al aire libre o bajo techo, y que su salud vigorosa no sufría nunca ni las consecuencias de la mala alimentación ni los resultados de las agitaciones y desarreglos de aquellas penosas exploraciones”²³.

Muestra de su pasión por la ciencia, en cada una de sus excursiones cumplió fielmente con lo prometido al gobierno, desarrollando a plenitud sus observa-

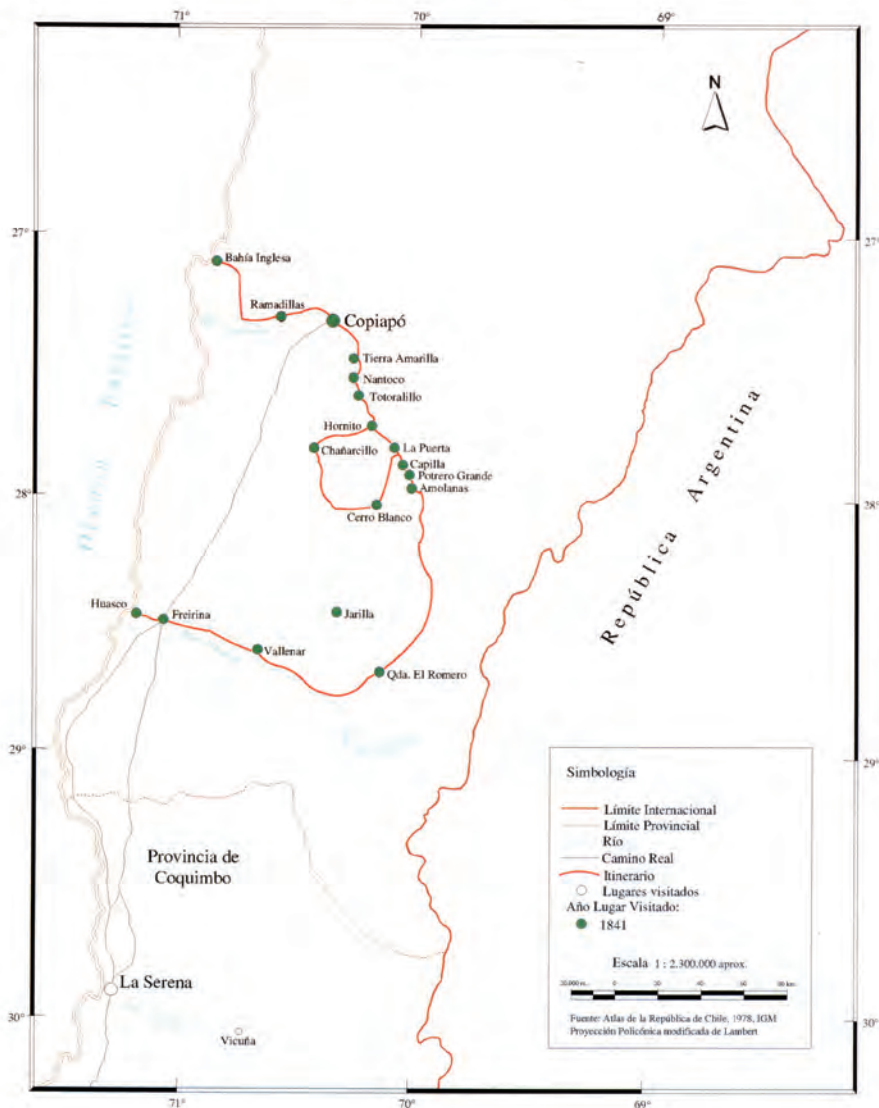
general sobre Chile..., pero a medida que se extendían mis investigaciones, mis notas se aumentaron de tal manera y llegaron a ser tan interesantes, que ha concluido por tomar la proporciones de un libro de abultado volumen”.

²¹ Gay, *Historia física... op. cit.*, t. VIII, p. 278. Otro caso similar, en el mismo volumen, p. 341.

²² El párrafo en su “Viaje científico. Informe a la Comisión Científica sobre sus exploraciones de la provincia de Colchagua”, en Stuardo Ortiz, *Vida de..., op. cit.*, t. II, p. 94.

²³ Barros Arana, *Don Claudio..., op. cit.*, p. 284.

Expedición Científica de Claudio Gay Provincia de Atacama



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

ciones, mediciones, recolecciones y estudios²⁴. Aun en medio de las limitaciones presupuestarias, las alteraciones políticas experimentadas por el país o la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, Gay, paciente, sistemática y casi anónimamente, durante aproximadamente una década, llevó a cabo su comisión, sentando las bases del desarrollo científico del país y recopilando antecedentes que más tarde serían los fundamentos de la nacionalidad chilena. Una tarea que a pesar de carecer de sucesos espectaculares o llamativos, tuvo importancia fundamental en el desenvolvimiento de la nación. Concluida ella, ahora sólo quedaba el trabajo, no menor, de dar a conocer el fruto de sus investigaciones por el territorio nacional a través de la respectiva publicación, la cual, como sabemos, incluyó la primera historia nacional del país.

LA HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE

De acuerdo con su propio testimonio, Gay había elegido Chile como teatro de sus investigaciones “no solamente por la riqueza de su suelo y la variedad de su clima, sino también porque era un país desconocido absolutamente a los naturalistas”²⁵.

Sus afirmaciones tenían fundamento pues, si bien más de una expedición de carácter científico había arribado al territorio de la gobernación durante la Colonia, la más importante de ellas la encabezada por Alejandro Malaspina entre 1789 y 1794, lo cierto es que a comienzos de la década de 1830 los resultados de sus observaciones permanecían casi absolutamente inéditos y desconocidos para los científicos europeos. Contribuía al desconocimiento de Chile el que expediciones como la de Alexander von Humboldt, que gracias a sus publicaciones difundió notablemente la realidad natural y cultural de una importante porción del continente americano, no alcanzaron esta región. Por otra parte, Charles Darwin, que en los años de 1830 visitó y recorrió el país, tuvo objetivos muy diferentes de los que Gay se propuso, como lo demuestran los trabajos que ejecutó luego de su viaje en el *Beagle*.

Concluida la etapa de la investigación en terreno, que implicó también la prospección del material documental existente en los archivos públicos y en los privados, donde revisó, tomó nota o hizo copiar las piezas que le interesaban, para luego estudiarlas e informarse convenientemente de su contenido, Gay inició las tareas destinadas a publicar el fruto de sus años de trabajo. Antes de volver a Francia, permaneció en Chile cerca de dos años trabajando en reunir todavía más información sobre el país, clasificando y distribuyendo los objetos que había recolectado

²⁴ No debe olvidarse que a Claudio Gay se debe también la organización del Museo de Historia Natural, del que fue su primer director, y al cual se destinaron las colecciones que su trabajo proporcionó, así como los objetos y especies que periódicamente hizo llegar desde Europa una vez de regreso en Francia.

²⁵ Véase el texto de julio de 1830 en que ofrece sus servicios al gobierno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, p. 88. Lo que en 1830 no sabía era que la historia civil de Chile también era ignorada, no sólo por los extranjeros, también por los propios chilenos, y que sería él quién también llenaría este vacío.



Mariano Egaña (1793-1846), jurista, político y destacado hombre público, en su calidad de Ministro de Culto e Instrucción pública del presidente José Joaquín Prieto, alentó a Claudio Gay a escribir la historia política de Chile. memoriachilena.cl

y ocupado en arreglar el Museo de Historia Natural que había creado. Fue en esa época, además, que redactó el *Prospecto* de su *Historia física y política de Chile*, que se publicó en *El Araucano* del 29 de enero de 1841²⁶.

En él, junto con resumir las tareas científicas emprendidas bajo el auspicio del gobierno, defendía la edición que proponía tanto por el provecho que ella prestaría, como por la urgencia de dar a conocer el fruto de su quehacer científico para ventaja de los propios habitantes de Chile. Años después, y en correspondencia al ministro de Instrucción Pública fechada en París el 15 de junio de 1848, confesó que

“confiado en las promesas del gobierno francés de ayudarme en los gastos de la publicación, sólo se había decidido a publicar el *Prospecto* de su texto cuando varios chilenos movidos por un sentimiento de patriotismo, me aconsejaron hacerlo argumentando que encontraría en Chile un número de suscriptores suficiente para cubrir los gastos de una edición en español, y que sería una vergüenza para el país que se le publicase en otro idioma siendo la empresa tan eminentemente nacional”²⁷.

²⁶ El texto del *Prospecto*, como tantos otros debidos a la pluma de Gay, se encuentra reproducido en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 274-283.

²⁷ El texto de la carta en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 134-137.

En su propuesta, el naturalista explicaba que editaría su obra sobre Chile dividida en varias secciones, a saber: la flora, la fauna, la minería y geología, la física terrestre y meteorológica, la estadística, la geografía, la historia y las costumbres y usos de los araucanos. Todas estas materias se editarían en cuadernillos o fascículos de 136 páginas, de tal modo que cada cuatro se iría formando un volumen. Pero el plan no se limitaba sólo a la identificación y descripción de las especies y objetos recolectados y a la elaboración de los estudios realizados según su idea original. El sabio francés tuvo clara noción de la necesidad de acompañar sus textos de “una gran cantidad de láminas iluminadas”, no sólo de los animales, plantas y restos que el mundo natural le proporcionaría; también, “con láminas de vistas, vestuarios y planos de las principales ciudades”, es decir, con dibujos que ilustrarían la sociedad y sus habitantes.

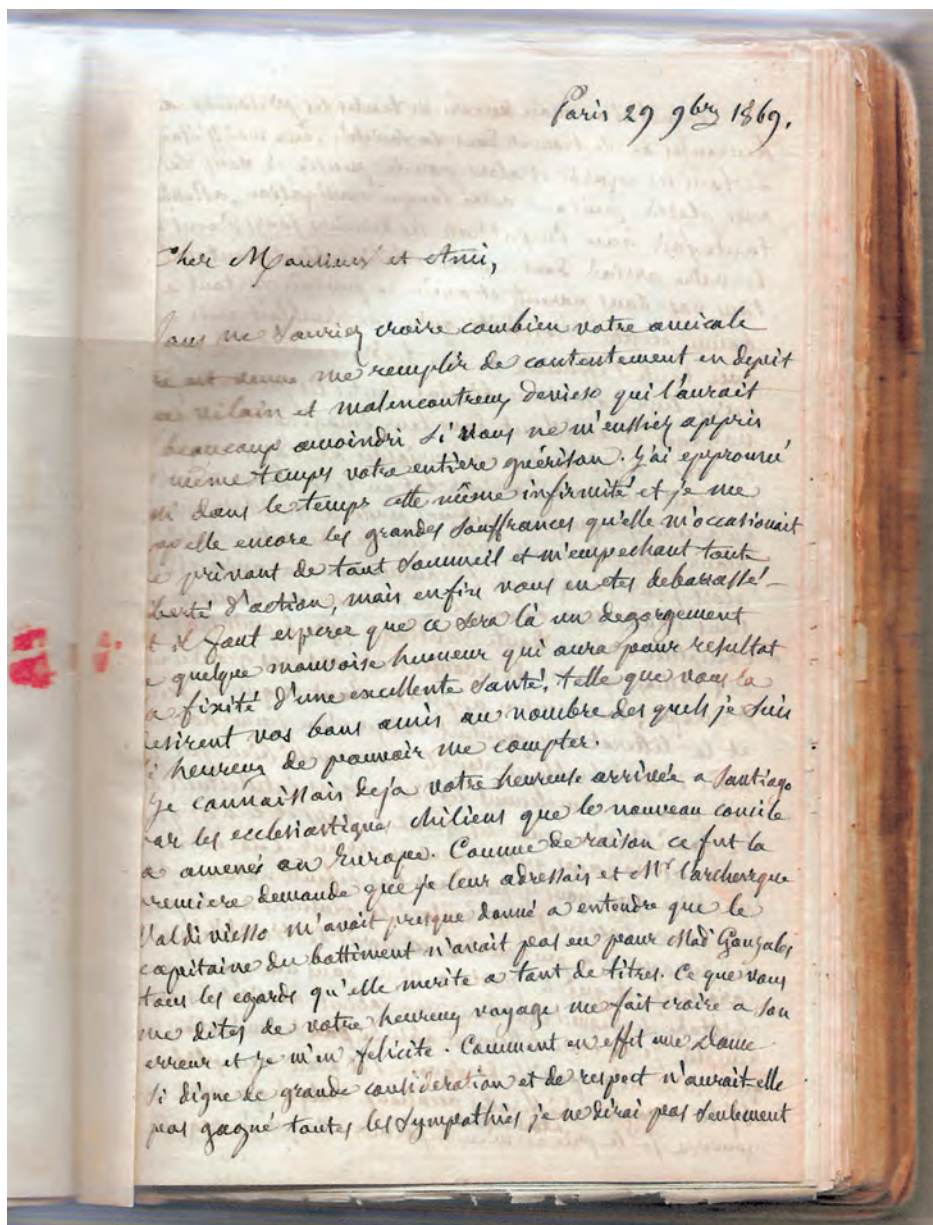
Instalado en París en octubre de 1842, inició la tarea destinada a dar a la prensa su trabajo. Junto con informar a la Academia de Ciencias y a la Sociedad de Geografía acerca de sus exploraciones y de sus planes de publicación de sus investigaciones sobre Chile, se ocupó de buscar los colaboradores para la redacción de su *Historia*, tarea que le demandó muchas diligencias y no pocas fatigas en virtud de la escasez de recursos.

En enero de 1843, en carta dirigida al entonces ministro de Instrucción Pública, Manuel Montt, Gay informaba sobre la imposibilidad de obtener financiamiento del Estado francés para imprimir su obra, concluyendo que sólo podrá contar con los “únicos recursos de Chile”. Ellos sólo provendrían de las suscripciones que había logrado levantar luego de publicar su *Prospecto*. Gay sumaba no más de “800 o 900 suscripciones”, entre las cuales se contaban las tomadas por el Estado²⁸. En efecto, la confianza que el trabajo emprendido por Gay daba al gobierno de Chile, además de la inversión ya realizada en sus investigaciones, llevó a la firma de un contrato entre ambos por el cual el Estado se comprometió a adquirir cuatrocientos ejemplares de la obra, especificándose que del total, “200 serán con láminas iluminadas [coloreadas], 50 de lujo y 150 serán con láminas negras”²⁹.

En diciembre de 1843 Gay pudo disponer de textos y láminas para iniciar la impresión de la primera entrega de su *Historia* cuyo primer cuadernillo, con 130 páginas, salió de la imprenta en marzo de 1844. En agosto siguiente llegaron a Chile los primeros pliegos de la obra que era esperada con ansiedad, tanto por los suscriptores como por el gobierno. En esta primera entrega el sabio abordaba

²⁸ Además de los destinados a las bibliotecas y a los establecimientos educacionales públicos, los ejemplares que el gobierno adquirió entonces fueron utilizados para difundir el conocimiento sobre Chile en el mundo. Por ejemplo, se entregó a comisiones científicas que, ocasionalmente, arribaban al país y que luego los depositaban en las bibliotecas de sus países de origen. Así lo demuestra la carta de agradecimiento que la Dirección de la Academia Imperial de Ciencias de Viena dirigió al Presidente de la República de Chile el 28 de octubre de 1868. En ella se acusa recibo y se ponderan los ejemplares de la obra de Gay que los miembros científicos de la fragata *Novara*, de paso por Chile en 1859, habían llevado al Imperio de Austria.

²⁹ El texto del contrato de suscripción de la obra por parte del gobierno chileno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 314-316.



Primera plana de una carta de Claudio Gay fechada en París en 1869.

la historia civil del país, desde la situación española previa al descubrimiento de América, hasta los comienzos de la conquista de Chile.

Superando los contratiempos, lenta pero sistemáticamente, venciendo todos los obstáculos que se le presentaron, entre 1844 y 1871 fueron apareciendo las sucesivas entregas que terminaron conformando una monumental obra de 28 tomos: ocho referidos a la historia, otros ocho a la botánica, también ocho para la zoología, dos de documentos históricos, y dos para la agricultura. Todos ellos, acompañados de dos tomos de láminas que constituyen el *Atlas*³⁰.

Las contrariedades, que fueron numerosas, no amilanaron a Gay que en numerosas ocasiones reiteró la importancia de su texto y su compromiso de concluirlo. En septiembre de 1845 se quejaba ante Manuel Montt del tiempo que le quitaba la revisión de los textos y traducciones de sus colaboradores, aunque, escribía, no le importaba y deseaba “ardientemente conducir a buen fin una obra que no puede sino hacerme mucho honor”, agregando: “ningún país de las dos américas, y aun de varias partes de Europa, podrán ofrecer una semejante”³¹. Años después, en agosto de 1850, insiste ante su protector que pese a lo contratiempos, él continuará poniendo todos sus esfuerzos “para terminar felizmente este gran trabajo, que si bien poco apreciado hoy, estoy seguro más tarde recibirá una aceptación más digna del trabajo y de las inquietudes que me da”³².



Al centro de la lámina “Entierro del cacique Cathiji”, que da cuenta de una ceremonia en la que Gay participó como testigo privilegiado, y de la cual también dejó un informe escrito, puede reconocerse la silueta del naturalista. *Atlas de la historia física y política de Chile*.

³⁰ De la *Historia...*, según se deduce de la información disponible, se tiraron 1.250 ejemplares, cuatrocientos para el gobierno chileno, y el resto para ser comercializadas por su autor.

³¹ El texto de la carta, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 74-83.

³² El texto de la carta, en *op. cit.*, t. II, pp. 113-116.

Como es conocido, y salvo por el interés y apoyo que constantemente recibió de Manuel Montt, por lo demás siempre inmerso en tareas de gobierno que lo absorbían, entre los chilenos Gay tuvo no pocos críticos, e incluso opositores a su obra cuando ésta comenzó a publicarse. Si al principio se le reprochó el estilo, luego fueron ciertas imprecisiones en la información y algunos errores en sus mapas, culminando las críticas con las quejas “por el atraso que he puesto en terminar mi obra”.



Boceto de Claudio Gay delineado en terreno. Más tarde sería utilizado para la composición, en París y por artistas, de la lámina de su *Atlas*, “Pinares de Nahuelbuta”. Archivo de la Société d’Études Scientifiques et Archéologiques de Draguignan et du Var.

Buscando una explicación para las contrariedades, el hombre de ciencia confesaba a su protector que tal vez “yo debiera haber pensado también un poco en el espíritu económico de los chilenos”, y haber publicado esta obra en una escala mucho más modesta, “no obstante la alta posición de Chile, que puede hoy marchar de frente con Brasil, México, Cuba, etc., cuyos gobiernos no han retrocedido ante los gastos de empresa semejante”³³.

Reflexionaba también sobre la alternativa de haber disminuido el volumen del trabajo y sólo haber publicado información sobre las especies más notables y útiles, y aun, sobre la posibilidad de haber dado a sus descripciones una forma sencillamente literaria, novelesca en ocasiones y siempre pintoresca. De esta forma, le aseguraba a Montt, “mi obra habría agradado momentáneamente, para ser dejada

³³ En carta a Manuel Montt fechada el 14 de noviembre de 1853. Véase Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, p. 124.

de mano más tarde, pero no importa, habría producido efecto, satisfaciendo todo lo que hubiera pedido una persona que no hubiera tenido en vista sino la especulación”. Reaccionando a sus propias palabras, y de paso mostrando el camino que debe seguir un verdadero estudioso, Claudio Gay le explica al presidente Montt que en lo que se refiere a él, le hubiera sido imposible obrar de una manera distinta a lo hecho pues, aclara, “habiendo reunido con solicitud y trabajo tantos materiales, he querido publicar un trabajo de valor permanente, y realizarlo tal como la ciencia lo exige, así como las necesidades del país”³⁴.

CLAUDIO GAY HISTORIADOR

Como se habrá advertido, en su propuesta original al gobierno chileno el naturalista no incluyó la preparación de una historia civil. En su ofrecimiento escribió que sólo trabajaría en una “Historia Natural, general y particular de la República de Chile”, que contendría “la descripción de casi todos los animales, vegetales y minerales de todo el territorio, con sus nombres vulgares, utilidades y localidades”³⁵. De hecho en los planes del científico no estaba la tarea de investigar el pasado de Chile y su única alusión a la historia en sentido clásico se encuentra cuando, refiriéndose a sus trabajos de geografía física y descriptiva, alude a que los mismos tendrán “consideraciones sobre la historia de las ciudades”.

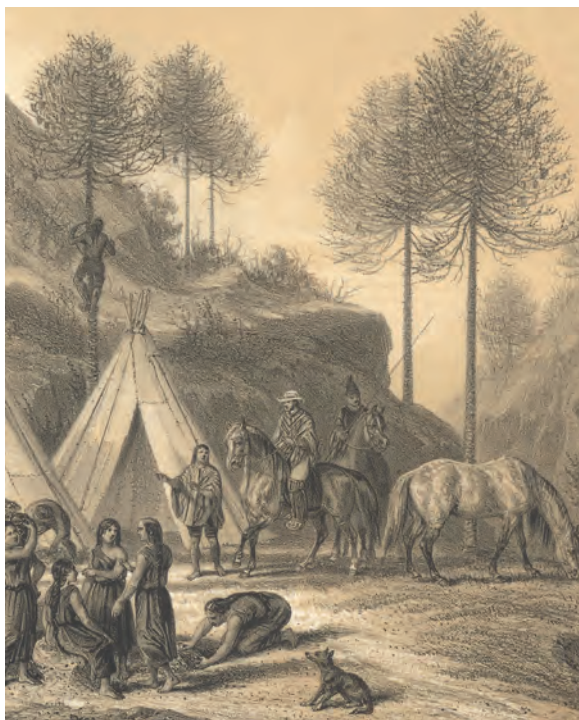
Sería el gobierno chileno, a través de su Ministro de Instrucción Pública, el que sugeriría a Gay la conveniencia de redactar una historia nacional que se incluyera en la magna obra que estaba preparando³⁶. El impulso vino de Mariano Egaña, y el momento en que éste se produjo puede ayudar a explicar la actitud del secretario de Estado pues fue en 1839, en medio de la euforia nacional desatada por el triunfo chileno obtenido en el mes de enero de aquel año en el conflicto militar que lo había enfrentado contra Perú y Bolivia en la llamada, en Chile, Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana.

Alentados por el éxito militar del “Ejército Restaurador” encabezado por el general Manuel Bulnes, y estimulados por el entusiasmo popular y el fervor patriótico que se desencadenó luego de la Batalla de Yungay que liquidó las aspiraciones del Mariscal Andrés de Santa Cruz, ánimo que se prolongaría durante prácticamente todo el año hasta que el 18 de diciembre de 1839 el general vencedor y sus tropas entraron en Santiago, el gobierno aquilató la conveniencia de contar con una historia de Chile digna, a la altura de la república que había conquistado la

³⁴ Véase Feliú Cruz y Stuardo Ortiz, *Correspondencia de..., op. cit.*, p. 124.

³⁵ Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio..., op. cit.*, t. II, p. 88.

³⁶ Véase Guillermo Feliú Cruz, *Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos de los testigos y actores de la Independencia de Chile. 1808-1826*, pp. 10-11. Francisco Antonio Encina también atribuye a Egaña la acción para “comprometer al naturalista francés... a completar su ardua tarea con una historia civil de Chile”. Según este autor, sin embargo, la petición de Egaña fue hecha en 1838 y Gay comenzó a acumular los materiales en aquel año. Véase Francisco A. Encina, *Historia de Chile*, t. XI, p. 38 y t. XII p. 463.



Fragmento de la lámina “Los pinares de Nahuelbuta”, en *Atlas de la historia...*

gloria en los campos de batalla³⁷. Entonces, relata Diego Barros Arana, “el triunfo se celebraba en todas partes con un contento enloquecedor”. Para el historiador, explicando la reacción popular, y de paso ofreciendo antecedentes que explican la conducta de Egaña, “ni aún en los días gloriosos de la Independencia, la alegría nacional había tomado esas proporciones y esa espontaneidad, porque entonces una parte no pequeña de la población conservaba aun sus simpatías por la causa de España. Ahora, el triunfo reciente era celebrado en todos los hogares”³⁸.

El sentimiento patriótico que el triunfo de las armas chilenas fomentó vino a acrecentar la noción de comunidad que el terremoto del 20 febrero de 1835 también había permitido expresarse. Como antes, y en muchas ocasiones después, la catástrofe natural que destruyó numerosas poblaciones del centro sur del país tuvo el efecto de potenciar el sentido de pertenencia a una nación, entonces, en proceso de formación. Ambos eventos, el desastre telúrico y el militar glorioso, con su potencial unificador, además, producidos en una década marcada por el gobierno del omnipotente ministro Diego Portales que con su secuela de persecuciones y arbitrariedades, cuando no de crímenes, no había contribuido precisamente al clima

³⁷ A falta de fuentes de primera mano, deducimos nuestra interpretación de la información que ofrece Feliú Cruz, *Conversaciones...*, *op. cit.*, pp. 13-15.

³⁸ Diego Barros Arana, *Un decenio de la historia de Chile*, t. I, p. 93.

de encuentro nacional³⁹. En este contexto, el triunfo de enero de 1839 no podía ser desaprovechado⁴⁰. La nación que se proyectaba hacia el futuro necesitaba de una historia que contribuyera a consolidarla.

Hasta entonces, pensaban sus autoridades, Chile no contaba con una historia concebida con criterio moderno, propio del siglo XIX que, alejada de las preocupaciones de naturaleza religiosa, narrara los sucesos después de haberlos confrontado con las fuentes. El ministro Egaña quería una historia que respirara sentido crítico, ajena a la incertidumbre, la leyenda, la imaginación y la tradición, y pensó que el único que entonces podía escribirla era, precisamente, el científico Claudio Gay. Muy probablemente el influyente Andrés Bello también estuvo tras esta aspiración de los gobernantes de la época. Así se deduce, entre otros antecedentes, de sus palabras una vez aparecida la obra de Gay, cuando resumió las necesidades que venía a llenar el trabajo de naturalista, entre las cuales estaban

“la historia de los estados erigidos en el Nuevo Mundo, desde su ocupación por la España hasta la revolución que les ha dado una existencia independiente; la política del gobierno que las tuvo tres siglos bajo su tutela; la naturaleza de los elementos con que se emprendió y llevó a cabo esa revolución; el carácter peculiar de ésta, injustamente calumniado por la parcialidad o la ignorancia; sus resultados, su porvenir... en la parte, no la menos gloriosa, que en este grandioso panorama toca a Chile”⁴¹.

La primera reacción de Gay a la petición que se le formuló refleja bien su formación como naturalista, pero también su visión eurocéntrica, pues preguntó a Egaña si acaso creía que el pasado de Chile significaba algo en el concierto de la civilización. La respuesta del gobernante no sólo no se hizo esperar, definitivamente marcó el rumbo al improvisado historiador, y creemos que el de la historiografía nacional, cuando escribió: “Ciertamente, ese aporte es algo. La civilización española se salvó en Chile de pasar a manos de los holandeses o de los ingleses en la época del filibusterismo. La guerra de Arauco durante casi tres siglos hirieron aquí de muerte el concepto imperial castellano al doblegar el orgullo de las armas españolas, que desde entonces perdieron fe en la invencibilidad. Después, fue en Chile donde se dieron las dos batallas decisivas de la libertad de América: Chacabuco y Maipú. La expedición Libertadora del Perú hizo imposible la continuación del imperio español en este continente. Además, actualmente es Chile el único país organizado en estos momentos que existe en América, sometido a un régimen

³⁹ Existe consenso entre los estudiosos respecto de que luego de la muerte de Portales el gobierno depuso su política autoritaria, dictatorial, y dio paso a una de templanza y conciliación que, además, se potenció con el triunfo militar de 1839.

⁴⁰ Según Francisco A. Encina, “del campo de batalla de Yungay surgió, por primera vez desde la independencia, un vínculo que unió a todos los chilenos con un lazo común por encima de las discordias anteriores”. Véase Encina, *Historia...*, *op. cit.*, t. IX, p. 495.

⁴¹ La reseña de Bello se titula “Historia física y política de Chile por Claudio Gay”, entrega 1ª, y apareció en el diario oficial *El Araucano* el 6 de septiembre de 1844. Véase *Obras Completas de Andrés Bello*, t. XXIII, pp. 127-132.

político y respetuoso de su sistema republicano. Es, pues, algo de lo que Chile ha dado a la civilización europea⁴².

Como se apreciará, la noción sobre la excepcional situación y trayectoria chilena en el concierto americano estuvo presente en las elites chilenas de la época aun antes que se escribiera la historia nacional. Era consecuencia de la realidad, del contexto local e internacional existente entonces y que éstas vivieron intensa y dramáticamente; como su participación en la independencia, la organización republicana y la guerra contra la Confederación lo habían demostrado. Pero también de la ponderación que el abate jesuita Ignacio de Molina había hecho de Chile en su leído *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile*, publicado en español en 1788, verdadero resumen de la conciencia criolla local, para la cual Chile, en palabras de Molina, era “el jardín de la América meridional, ...extendiéndose... mucho más a lo largo que a lo ancho, tiene la proporción necesaria para recibir y madurar todo género de producciones apetecibles”⁴³.

Precisamente por todo lo anterior es que era preciso escribir una historia de Chile. Como Mariano Egaña se lo hizo saber a su amigo Claudio Gay, era “una necesidad nacional”, pues esa ponderación de la realidad natural y del pasado chileno, pero en especial de su ordenada evolución luego de la independencia, sería la base sobre la cual se sustentaría la unidad nacional. Gay tomó la recomendación del ministro Egaña como una verdadera orden, convenciéndose de que, en medio del precario nivel intelectual nacional, efectivamente era el único que entonces podía escribir una historia de Chile, poniendo ahora en ella el método y rigor que caracterizaba sus investigaciones en el ámbito de la historia natural. Debe haber contribuido a su decisión el que durante sus excursiones por el país, mucho antes de pensar siquiera en escribir una historia de Chile, y sólo llevado por su curiosidad y espíritu de investigador, tomara notas de sus conversaciones con toda clase de personas que podían ilustrarlo con sus informaciones y declaraciones sobre lo que habían visto u oído sobre el pasado chileno. Con esas anotaciones, que por lo demás se encuentran por cientos en su archivo, Gay terminará enriqueciendo su obra con las costumbres, el folclore, las creencias y supersticiones populares, la música, el canto, la comida y las fiestas locales, entre otros muchos elementos que no sólo aportan información histórica, antropológica o etnográfica, además, constituyen parte fundamental de la cultura nacional⁴⁴.

Por último, y como el propio Gay lo confesaría muchos años después de haber iniciado su obra histórica, a pesar de que la opción de escribir la historia civil se le presentó en momentos en que “todas mis tareas se encerraban en el estudio de las ciencias naturales y geográficas”, incidió en su decisión el consejo de los que llama “algunos grandes patriotas, a quienes se les figuró, por la naturaleza de la mayor

⁴² El texto es citado por Feliú Cruz, *Conversaciones...*, *op. cit.*, pp. 14-15.

⁴³ Juan Ignacio Molina, *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile*, p. IV.

⁴⁴ El Archivo Claudio Gay, depositado en el Archivo Nacional de Chile, consta de 70 volúmenes de documentos de las materias más diversas, todos recopilados por el naturalista durante sus viajes y estudios en Chile.

parte de mis ocupaciones, que mis publicaciones serían nuevas para el país, y, por consiguiente, poco apreciadas, me animaron a añadirles una historia civil, con el objeto de darles un interés general que estuviese al alcance de la generalidad de lectores”⁴⁵. Esta declaración complementa, a la vez que muestra como Gay también construía una “historia” de su propia labor, los planteamientos que ofrece en el prólogo del tomo v de su *Historia*. Ahí afirma que finalmente se decidió por preparar la historia política al constatar “el sentimiento de admiración” que despertaron en él los “nobles y generosos hechos” de los patriotas durante sus “largos viajes por la república, cuando visitaba con respeto religioso los campos de batalla empapados aun de la sangre de tantas víctimas de la libertad chilena”. Situación que lo estimuló al contrastar este sentimiento contra “la especie de indiferencia” con que los chilenos de aquella generación dejaban de recoger y compulsar preciosos documentos para formar con ellos un cuerpo de historia, que sería un monumento de gloria y de justicia, y un verdadero cuadro nacional representando el heroísmo, la fuerza de alma y las virtudes cívicas de sus actores”⁴⁶. Como se apreciará, si no al principio, durante su larga ejecución, Gay tuvo plena conciencia de que su obra sobre Chile sería un instrumento de formación de la nación.

Tomada su determinación, el acopio de materiales, en este caso de documentación que buscó en archivos públicos y entre las familias protagonistas de la independencia, fue el primer paso dado por Gay para fundar su historia; el mismo que lo llevó al Perú en junio de 1839, aprovechando así la presencia chilena para revisar archivos y recopilar memorias, correspondencia, informes y crónicas en el antiguo virreinato del cual Chile había formado parte⁴⁷.

En su “Informe al ministro de instrucción pública sobre el viaje al Perú”, junto a las noticias concretas de su búsqueda de documentación relativa a la historia de Chile, Gay ofrece luces sobre su concepción de la historia y respecto de sus obligaciones como estudioso del pasado, las cuales tienen el valor de haber sido planteadas al comienzo de su trabajo como historiador y no como explicaciones *a posteriori* para justificar su obra y sus resultados.

La investigación sobre la base de la pesquisa y revisión de manuscritos originales es su gran preocupación, lamentando por ello muy sentidamente el incendio que en 1821 había consumido los archivos del virreinato, tanto como los saqueos que posteriormente habían sustraído del conocimiento de los historiadores los acervos documentales que se habían salvado del primer desastre. Especial preocupación mostró Gay por hacerse de documentos oficiales y de epistolarios de personalidades del gobierno colonial que le permitieran “aclarar” lo que llamaba “puntos importantes de la historia de Chile”. La compulsión de documentos, la obtención de estadísticas relativas a Chile o de noticias sobre los indios chilenos fueron también el centro de sus afanes como investigador.

⁴⁵ Estos conceptos en el prólogo del tomo v de la *Historia física y política de Chile, Historia*, publicado en 1849, p. xv y xvi.

⁴⁶ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. v, pp. xiv y xv.

⁴⁷ El texto del informe mencionado, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 266-273.

Je vous remercie des détails que vous me donnez sur
 les progrès toujours croissants d'un pays que j'ai tant
 de motifs à aimer et à m'intéresser. Dejà notre ami
 Dan d'aph Larraïn m'en avait parlé avec un grand
 contentement de satisfaction ce qui me fait regretter
 de n'être pas témoin visuel de ce bien être general.
 Ce que je regrette le plus dans ma Vieillesse est de
 ne pas pouvoir de revoir votre beau pays que j'ai tant aimé
 et tant étudié. Avant d'avoir de part pour Louis Mont.
 l'évêque Salas me disait que si à son retour la
 France était dans la terreur dont la Courbe demagogique
 nous menace il m'enleverait pour m'amener dans
 ma seconde patrie et je vous assure qu'il n'aurait
 pas grande peine tant j'ai plus de confiance à l'austrie
 qu'à la France. J'ai d'ailleurs beaucoup de confiance au
 qu'après j'aurai je dirai en cérémonie de ~~l'histoire~~ chez
 ces magnats de fortune et de plaisir. Si tant toute la
 journée dans la salitude de mon cabinet j'ai besoin de
 faire de prendre quelque distraction et d'être pour ce motif
 que je me heurte à ces dévots ce qui ne réussit guere
 à mes goûts qui aspirent à une amitié de cœur et non de bouche.
 Je me recommande toujours à vous d'accord
 avec les amis Domingo et d'ay. Vicuña pour les publications
 qui se font à Santiago de compte du Gouv. Depuis 1866
 je n'ai plus reçu ni les memorias des Ministres, les bulletins, les
 festivals de los camaras, les annales de l'Université, la statistique
 etc etc etc. A cette époque on fit un envoi à l'Institut de France
 et par une singulière confusion on lui a envoyé les papiers
 qui m'étaient destinés. Ainsi pour les historiens de Chile la
 bibliothèque de l'Institut possede l'ouvrage de Olivares jusqu'à la
 page 256 et moi le restant il en est de même du Cantinero Felix
 dont je ne possède que depuis la page 321, les cahiers precedents
 de tout ce qui est également à l'Institut. Il me manque aussi les cartes publiées
 etc.

Je n'ai pas besoin de vous dire Cher Monsieur et excellent
 ami que je suis très intéressé à votre déposition et que je serais très
 si dans vouloir m'occuper en quoi que ce soit. En attendant croyez à ma
 vive amitié et permettez moi de saluer la votre dans toute sa
 mes hommages très respectueux à Madame Gaudy et un bon abraccio à la bonne
 et intelligente Mercedes et à vos jumeaux Felix et Josefa ainsi qu'à
 votre bon second fils et ami Gay

M. et mes vives amitiés à nos amis M. Bobot, M. Montoya, M. Jara, M. Vial, M. Stuch, M. Mont, et à toutes les personnes qui s'intéressent à moi.

Manuscrito autógrafo de Claudio Gay.

Interés mostró también por acopiar noticias sobre la que llama “historia de la independencia”, para lo cual tuvo la fortuna de dar con epistolarios de autoridades monárquicas de la época de las luchas militares entre patriotas y realistas, los cuales demostraban, como Egaña se lo había señalado, la trascendencia de la batalla de Maipú sobre la suerte de América y las naciones que surgieron como consecuencia de la gesta libertaria. Ya entonces Gay pudo concluir, como lo expresa en su informe, respecto de la “parte activa y decisiva” que le cupo a Chile, valorando así a una sociedad que hasta ese momento sólo se había mirado “como una parte integrante del Perú o como una de sus lejanas provincias”. Ponderando los testimonios, en un rasgo que le fue característico, agregó que “tal vez el amor propio de ciertos pueblos no querrá reconocer esta gran influencia, pero será siempre confesada por las correspondencias de personajes que por su posición y sus opiniones no pueden sino merecer plena y completa confianza de parte del historiador imparcial”. Estas y otras informaciones, como por ejemplo las que sus conversaciones con Bernardo O’Higgins le procuraron, formaban para Gay “la base de una buena historia de esa brillante época de la independencia”, sin duda ya, y aun antes de comenzar a escribir su obra, el punto culminante de la misma.

De este modo, el naturalista convertido en historiador debido a las urgencias del Estado nación para el cual prestaba sus servicios, hizo saber que su método sería el propio del positivismo, es decir la recopilación y crítica de los documentos que acopiaba, los cuales le servirían de material para la elaboración y redacción de su obra luego de un esfuerzo desapasionado por establecer los hechos. Así, y como se ha establecido, “Gay tuvo el mérito de señalar una orientación metodológica para el cultivo de la historia”, estableciendo que antes de emprender una síntesis o una interpretación filosófica del pasado, era preciso realizar el esfuerzo de investigación, acopio de documentos, catalogación de archivos y elaboración de monografías, entre otros requisitos para llegar a un adecuado conocimiento de los hechos⁴⁸.

La defensa que años después hizo de su obra, a propósito de algunas críticas que se dejaron oír luego de la aparición de la parte histórica, confirman lo que afirmamos. En septiembre de 1845 escribió, dirigiéndose al entonces Ministro de Instrucción Pública, Manuel Montt:

“me reprochan escribir más bien una crónica que una verdadera historia, y agregan que no conozco bastante la filosofía de esta ciencia [la historia] para ser capaz de publicar una buena obra. Sin duda, me gustan mucho esas brillantes teorías engendradas por la escuela moderna... Pero antes de ahondar esta clase de materias, los señores periodistas debieran preguntarse si la bibliografía americana, y en particular la de Chile, ha avanzado bastante como para suministrar los materiales necesarios para este gran cuadro de conjunto y de crítica”⁴⁹.

⁴⁸ Sergio Villalobos R., *Historia del pueblo chileno*, p. 11.

⁴⁹ La carta de Gay a Montt en Feliú Cruz y Stuardo Ortiz, *Correspondencia...*, op. cit., pp. 74-83.

Aludiendo a los europeos que se le señalaban como ejemplo, advertía que quienes se ocupaban de los cuadros de conjunto, “dejándose llevar por su sola imaginación, por su solo genio”, actuaban sobre la base de “millares de memorias particulares, trabajadas con el cuidado más tenaz por monografistas tan pacientes como concienzudos”, inexistentes en el Chile de entonces. De ahí que, continuaba, “querer obrar de esta manera para la historia de Chile sería querer principiar por donde se debe terminar, querer dogmatizar en un plano calculado sobre el de otras naciones acerca de los acontecimientos más oscuros y los menos conocidos”. Considerando que en Chile los hechos de su pasado no habían sido discutidos ni comentados, y que “se han adoptado de buena fe y sin crítica los resúmenes que por copia han sucedido hasta nosotros” preguntaba, “¿y es con esa clase de materiales con que se querría escribir una historia de Chile fundada en los preceptos de la escuela filosófica moderna?”. Su respuesta no debe extrañar: “No sé si me engañe, pero me parece que esa clase de trabajos, por otra parte siempre útiles, no pueden en el estado actual de nuestro conocimiento del país formar parte de una obra seria”. Para Gay la “historia era una ciencia de hechos, tal como han ocurrido”, los cuales se determinaban a partir de los documentos; en su concepto, “los únicos capaces de darnos resultados satisfactorios” si se buscaba, como se le había pedido, elaborar una historia mucho más “completa que la de mis antecesores”.

En este aspecto, la obra histórica del naturalista correspondía más o menos exactamente con lo que en su época se consideraba un buen trabajo historiográfico. Como se ha afirmado, “el escribir basándose estrictamente en fuentes originales era para aquel entonces algo enteramente nuevo”, y Gay lo hizo⁵⁰. Obviando las diferencias, en especial en orden al estilo literario de las mismas, el texto de francés estaba concebido con los mismos principios que la obra del norteamericano William Prescott *Historia de la conquista del Perú*, la cual en Chile fue muy ponderada por Andrés Bello que, también, había valorado los primeros tomos de la *Historia* de Gay⁵¹.

Éste trasladó al estudio del pasado nacional las tareas propias del método científico, las mismas que había repetido una y otra vez durante sus exploraciones por el territorio nacional. Para escribir su historia reemplazó los años de herborizaciones, acopio de muestras, mediciones, recolección de restos, observaciones y descripciones minuciosas sobre el terreno, por la revisión de archivos, la búsqueda y compulsión de manuscritos, el cotejo de documentos y las entrevistas con contemporáneos y protagonistas de los procesos que marcaron su época. Toda la información recopilada y seleccionada, sometida a una rigurosa crítica, permitió al sabio, como lo señala en el prólogo de su *Historia*, escapar de toda especulación,

⁵⁰ La cita en Donald H. Cooper, “Claudio Gay, científico e historiador”, p. 243. Sobre los modelos historiográficos europeos entonces vigentes, véase Cristian Gazmuri R., *La historiografía chilena (1842-1970)*, pp. 52-54.

⁵¹ Guillermo Feliú Cruz, en su *Historiografía colonial de Chile*, pp. 52-53, compara la obra de Gay con la de Prescott. Para apreciar el trabajo historiográfico de Prescott, véase el documentado libro de Iván Jaksic, *Ven conmigo a la España lejana: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispano, 1820-1880*.

determinar los hechos que constituían la historia de Chile, desechar los sucesos inverosímiles y corregir las interpretaciones ligeras, satisfaciendo así “las esperanzas que el patriotismo chileno ha puesto en esta obra”⁵².

LA HISTORIA DE CHILE

En la parte propiamente histórica de su monumental obra, Gay abordó el pasado chileno desde los primeros momentos de la dominación española en Chile, hasta el cambio de década entre la de 1820 y 1830, momento culminante del proceso de organización nacional que sucedió a la Independencia.

Pero Gay no sólo puso límites temporales a su *Historia*, también territoriales, pues con su quehacer también definió el espacio nacional, sustrayéndolo a la visión geográfica continental prevaeciente hasta 1810. El naturalista geógrafo marcó el territorio donde se desenvolvería la “historia de Chile”, favoreciendo de paso el carácter centralista y capitalino de la historiografía nacional al haber identificado el llano central, cuyo centro es Santiago, como el ámbito característico de desenvolvimiento de la sociedad chilena. En este sentido, la historia de Chile, como la de muchos otros estados en América Latina, también es fruto de la materialización de un espacio, un territorio, una unidad geográfica identificable gracias a sabios como Gay, y, por tanto, necesitada de un pasado que la legitimara y dotará de contenido histórico.

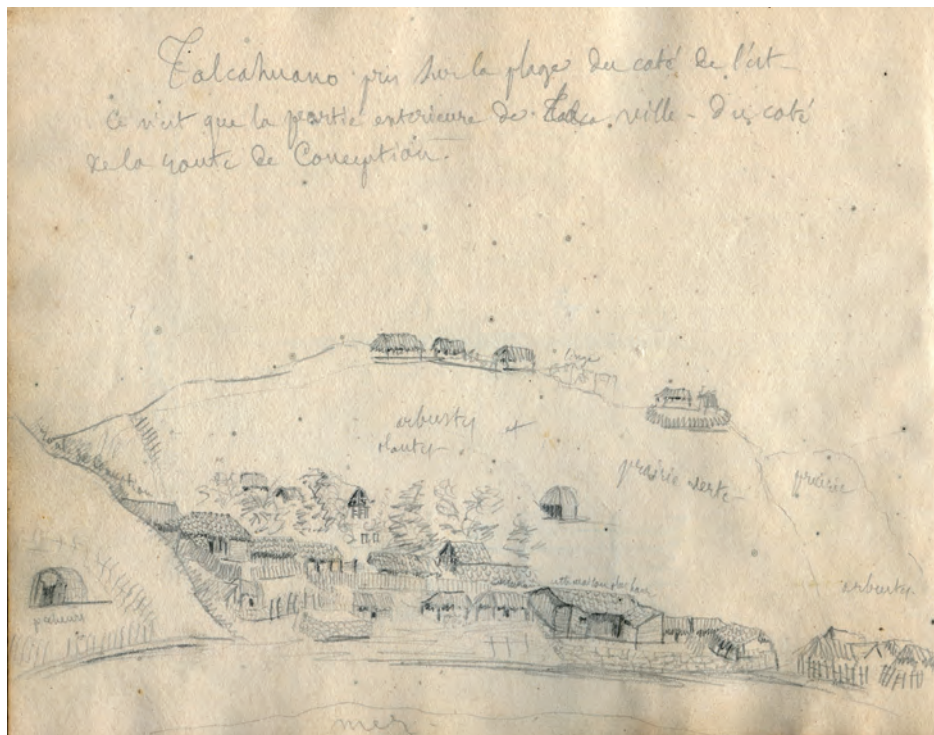
El primer mérito de la *Historia* de Gay es que al momento de publicar su obra, nadie había emprendido la historia completa de las centurias coloniales, y menos, abordado la etapa republicana de Chile. Para el periodo colonial, el texto tenía el valor de haber sistematizado el conocimiento que se tenía sobre la época, sometido a crítica las crónicas coloniales y, esencial, haber utilizado una gran cantidad de documentos que, como la correspondencia del conquistador Pedro de Valdivia, permanecía absolutamente desconocida para los estudiosos del pasado de Chile. En este plano, se ha juzgado que en general Gay “había acometido un trabajo serio, profundo, investigado en fuentes inéditas de primera mano, y expuesto con método y claridad el asunto”. Más todavía, que había percibido que las crónicas no eran las únicas fuentes a que debía recurrirse para hacer una historia verdadera con criterio científico, comprendiendo que “sólo en la compulsa de documentos era posible fijar la exactitud o certidumbre del conocimiento histórico”⁵³.

En los tomos I a IV de la *Historia* los chilenos conocieron por primera vez y de manera sistemática, completa y acabada, su pasado colonial. Ahí estaba el cuadro histórico de las alternativas de una sociedad a la que, se deduce de la lectura de la obra, las adversidades habían desafiado una y otra vez, imponiéndole sacrificios tremendos que ésta había superado hasta surgir reponiéndose de sus pesares. De este modo el “acontecer infausto”, característico de la evolución chilena, al igual que la capacidad de la población para sobreponerse, pasó a constituir una de las notas

⁵² Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. 1, pp. v-xvi.

⁵³ Feliú Cruz, *Conversaciones...*, *op. cit.*, pp. 65 y 73.

distintivas, y motivo de orgullo, de la nueva nación. Tanto como la idea de la aspiración por la libertad que, desde las primeras páginas, Gay señala como propias de los habitantes de Chile. Así, por ejemplo, refiriendo las alternativas de la expedición de Diego de Almagro y su encuentro violento con los indígenas del norte, anima el relato concluyendo: “estas fueron las primicias de la sangre chilena y española que regó aquella tierra de libertad, aquel suelo de probado valor y exquisito heroísmo”⁵⁴.



Dibujo autógrafo de Claudio Gay del puerto de Talcahuano. Durante sus excursiones por el territorio nacional, el naturalista tomó apuntes que más tarde aprovecharía para componer su monumental obra. Archivo de la Société d'Études Scientifiques et Archéologiques de Draguignan et du Var.

En contraste con la época de libertad que se vivía luego de la independencia, la obra del naturalista, como después la de los historiadores clásicos del siglo XIX, muestra el periodo colonial como una etapa de usurpación, desfavorable para los americanos, tanto como para sostener, como lo hace en el último tomo que dedica a ella que: “hasta ahora, la historia del reino de Chile ha sido puramente la historia de su infancia y de los males infinitos, increíbles que ha tenido que resistir para hacerse adulto, fuerte y capaz de existir por sí solo”, profetizando que en razón de todos los elementos de su creación y de su naturaleza, Chile estaba destinado a “su duración futura o su perpetuidad de existencia”⁵⁵.

⁵⁴ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. I, p. 113.

⁵⁵ *Op. cit.*, t. IV, p. 5.

En conceptos que para sus lectores chilenos debieron ser motivo de satisfacción y orgullo, y que muestran elocuentemente el propósito esencial de su texto, el naturalista, luego de completar el relato de la época colonial, concluía que

“el pensamiento de formar una grande familia, una nación perfectamente organizada y respetable se ve, desde un principio, en el arrojo y tesón de sus primeros colonos; en la unanimidad de sus miras; en la probidad y celo de sus administradores; en la perseverancia heroica de unos y de los otros en luchas contra adversidades que hubieran podido desanimarlos mil veces por una, mil veces que los hallaron sin el menor auxilio para contrarrestarlas, abandonados a sí mismos y al sólo impulso de sus brazos y de sus corazones; y, en fin, en la noble ambición de ilustrarse ansiando, pretendiendo y obteniendo a fuerza de constancia y de una conducta política fundada esencialmente en los más escrupulosos principios de honradez, los títulos y condiciones de existencia que constituyen un estado social completamente fundado, civilizado, respetable y respetado”⁵⁶.

En el resto de la sección histórica, en especial en los tomos V y VI, Gay aborda la Independencia, periodo al cual prestó especial dedicación en virtud del interés con que esta sección era esperada, precisamente por, en sus palabras, “ser la revolución chilena, sin disputa, la parte más noble, la más importante y la más gloriosa de su historia”. En este contexto, el autor la presentaba como “emblema del gran movimiento social que ha sacado al país de sus pañales y le ha hecho crecer de repente, comunicándole bastante fuerza para conquistar su nacionalidad, que el egoísmo le había negado hasta entonces”⁵⁷. Aun antes de escribirla, la historia de la nación chilena había sido trazada por sus elites, cuando encargaron su obra a Gay, y por éste cuando concluye el último tomo dedicado a la colonia, ahí se lee en el último párrafo:

“A la gloria de la conquista mas portentosa de cuantas se leen en historia alguna, gloria a la cual sería inútil buscar un parangón, los Chilenos han añadido la de la perseverancia más heroica en formar solos y noble nación, solos, luchando contra resistencias internas y contra envidias extrañas; luchando contra los hombres y contra los elementos, sin haber desmayado nunca, y la civilización, y el mundo entero, y el cristianismo, les deben gracias y alabanzas que, a la verdad, la civilización y la religión mismas, lejos de negárselas, les tributan alta y universalmente”⁵⁸.

Como se comprenderá, la historia de la independencia y los primeros años de vida republicana, narrados en los tomos VII y VIII, y en especial el papel de sus actores, fue apreciado por la elite chilena prácticamente como una crónica de su pasado, muchos de cuyos miembros ofrecieron su testimonio en calidad de protagonistas de la que Gay califica como la etapa más “gloriosa” del pasado nacional.

⁵⁶ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. IV, pp. 4-5.

⁵⁷ *Op. cit.*, t. V, p. V.

⁵⁸ *Op. cit.*, t. IV, p. 498.

El naturalista, sin duda atento a la reacción del grupo gobernante que le había encargado la “historia de Chile”, dado las facilidades para su ejecución, financiado sus trabajos y prestado declaración, se sintió comprometido con ellos⁵⁹.

Pero también con una realidad que para el científico, conservador en materias políticas, resultaba evidente. Por ello en 1849, en el prólogo del tomo v de su obra, y a propósito de la trayectoria de la joven república, señaló que “mientras sus vecinas gimen aun bajo el azote de la anarquía, Chile, fuerte y tranquilo, prosigue en su alta misión, esparciendo en los diferentes ramos de la prosperidad social las mejoras morales y materiales que parecen emanar directamente de un poder superior y absoluto”⁶⁰. Para la obra de la elite no escatima elogios “sería difícil hallar un país en donde los que mandan hayan abusado menos de su poder y autoridad”; valorando que “animados, al contrario, de las mejores intenciones, e imbuidos de la más escrupulosa probidad, se han entregado constantemente al servicio público”. De ahí que no fuera casual que la revolución en Chile “aparezca coronada de una aureola de gloria que, muy ciertamente, debe lisonjear sobre manera el amor propio de los habitantes”⁶¹.

Por lo anterior, y por su formación científica, es que Gay narró, narró y narró hechos y hechos. Evitó los juicios y los pronunciamientos, en especial si éstos debían caer sobre individuos. Lo dicho se aprecia en el tono general de su obra, como en los calificativos que aplica a determinados periodos históricos y grupos de la sociedad. Esta característica, también, aunque más moderadamente, fue seguida más tarde por Diego Barros Arana en su *Historia general de Chile* que, en 16 volúmenes, fue publicada entre 1884 y 1902.

Todo lo dicho reviste gran importancia en razón de algunas de las notas distintivas de la historiografía chilena en tanto historia aristocratizante, elitista, capitalina, política y, esencialmente, triunfalista; en el sentido de la valoración que corrientemente se ha hecho de la trayectoria nacional que, normalmente, se ha presentado como responsabilidad prácticamente exclusiva de las elites nacionales⁶². En rigor, se ha confundido la historia de la elite con la historia de Chile, siendo ésta una forma de legitimación de la preeminencia como sector social de la primera. Sin duda Gay contribuyó también a esta noción al privilegiar, y no podía ser de otro modo dado la época en que escribió, el documento como materia prima de la historia. La base de su obra histórica fue el testimonio oficial, sellado y firmado, aquél que

⁵⁹ Según Barros Arana, Gay “no quería herir las susceptibilidades de los descendientes de los personajes cuyos hechos narra”. Barros Arana, *Don Claudio...*, *op. cit.*, p. 401.

⁶⁰ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. v, p. XIII.

⁶¹ *Op. cit.*, t. v, pp. XII y XIII.

⁶² Sin duda, desde sus orígenes, la historiografía chilena ha sido poco analítica, también en el sentido de crítica, respecto del pasado nacional y del papel de los grupos dominantes en el mismo. Las condiciones en que nació, las características de sus cultores, tanto como la necesidad de contribuir a la consolidación de la nación a través de una historia edificante y heroica que insuflara espíritu patriótico, explican el tono de la mayor parte de ella; cuando no la especie de “censura” que impidió una historia menos complaciente debido a que podía poner en cuestión la que se sostenía era la obra de las elites nacionales, es decir, la organización republicana y la consolidación nacional.

esencialmente emanaba de los agentes del Estado, de los gobernantes que, mayoritariamente pertenecían a la elite.

Resultado de todo lo anterior, en el siglo XIX la elite chilena no sólo dominaba el presente, además, protagonizaba el pasado de la nación, su obra, que a través de la construcción de su historiografía ayudaba a consolidar. De este modo no es casual que Gay escribiera que para la historia de la independencia, además de los documentos, se sirvió de “repetidas conversaciones que he tenido con testigos de la revolución”, y que en definitiva advirtiera que la historia de esa etapa, “en resumen y en general, será un registro de sus nobles y brillantes hechos”⁶³. Sobra señalar que la historiografía clásica chilena siguió muy de cerca esta idea de la historia, como las obras de Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y Miguel Luis Amunátegui lo demuestran. El método positivista, la crónica política y militar y el protagonismo de los personajes de gobierno es lo que caracteriza la obra de estos autores, haciendo de la trayectoria de las elites y de sus logros, la historia de Chile. Como se comprenderá, el que hasta bien entrado el siglo XX los cultores de la historia nacional fueran, precisamente, miembros de lo que tradicionalmente se ha considerado elite chilena, contribuyó también a prolongar esta concepción de la historia. Ellos escribieron sobre el grupo al que pertenecían por razones vinculadas a su condición social y su ideología política, o relacionadas con los desafíos de la época en que vivieron. Aunque también porque entonces, la historia, la historia verdadera, como estudiosos como Gay lo habían demostrado, era la de los grupos en el poder⁶⁴.

En la época, la ponderación de los tomos referidos a la independencia fue, en general, positiva. Al decir de Diego Barros Arana, en una muestra decisiva de que el método y concepción de Gay habían calado hondamente en los historiadores clásicos, “los sucesos están distribuidos con método y contados con claridad: hay allí investigación propia, confrontación de autoridades y noticias importantes que en vano se buscarían en otros libros y que Gay había recogido de boca de los mismos autores”⁶⁵.

Numerosas y diversas son las evaluaciones que se han hecho de la sección histórica de su obra, tanto por sus contemporáneos como por críticos posteriores⁶⁶. Sin

⁶³ Las palabras del naturalista en el prólogo de los tomos dedicados a la independencia. Véase Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. v, p. XXI.

⁶⁴ Para una caracterización de la historiografía chilena decimonónica en relación a este punto, véase Rafael Sagredo Baeza, “Elites chilenas del siglo XIX. Historiografía”, pp. 103-107.

⁶⁵ Barros Arana, *Don Claudio...*, *op. cit.*, p. 401-402. Los textos de Barros Arana sobre Gay y su obra datan de 1875.

⁶⁶ A nuestro juicio, los trabajos de Cooper, *op. cit.*; Francisco A. Encina, “Breve bosquejo de la literatura histórica chilena” y Guillermo Feliú Cruz, *Claudio Gay, historiador de Chile. 1800-1873*, son los que más rigurosa y certeramente han analizado la obra historiográfica de Gay, destacando sus méritos y explicando sus falencias.

Para la historia contemporánea de la historiografía, el interés por la obra de Gay recae esencialmente en lo relativo a al método positivista, narrativo y crítico que más tarde sería seguido por los llamados “historiadores clásicos”, por ejemplo, véanse Villalobos R., *op. cit.* y Gazmuri R., *op. cit.* En la perspectiva de la historia de la ciencia, pueden consultarse los trabajos de Zenobio Saldívia Maldo-



Fotografía de Diego Barros Arana (1830-1907), autor de la *Historia general de Chile* publicada entre 1884 y 1902, la máxima expresión de la escuela historiográfica positivista nacional, continuadora, por su método e intención, de la obra iniciada por Claudio Gay. Biblioteca Nacional de Chile.

embargo, y más allá de los errores fácticos puntuales que se le han reprochado, el mal uso de algunos de los materiales que recopiló, el escaso vuelo interpretativo del trabajo, lo precipitada que resulta en ocasiones, la falta de equilibrio en la composición, la cruda redacción de muchas de sus partes e, incluso, el que el propio Gay, luego de visitar los archivos, señalara que ella no tenía gran valor como conocimiento histórico pues muchos documentos la contradecían, lo cierto es que el texto resulta esencial en tanto ofreció la primera visión de conjunto del pasado de Chile, transformándose así en un instrumento esencial en el proceso de conformación de la nación. Ahí está su verdadero mérito.

En la que llamó historia física de Chile, Claudio Gay abordó esencialmente la descripción de la flora y fauna de Chile bajo los rótulos de botánica y zoología, destinando 8 volúmenes a cada una de las secciones de esta parte de su texto, ofreciendo lo que consideraba “el catálogo más completo de las especies que habitan esta gran república”⁶⁷. Con ellos pretendía llenar los vacíos que sobre estas materias existían en las obras que, como las de Molina y Ruiz y Pavón, habían antecedido a la suya; pero también, y esencialmente, publicar una obra “de entera utilidad para los americanos, y sobre todos para los chilenos”, que ahora contarían con una

nado, *La ciencia en Chile decimonónico* y *La visión de la naturaleza en tres científicos del siglo XIX en Chile: Gay, Domeyko y Philippi*, pero también el de Mario Berríos C. y Zenobio Valdivia M., *Claudio Gay y la ciencia en Chile*, Santiago, Bravo y Allende Editores, 1995.

⁶⁷ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, *Zoología*, t. I, p. 6.

flora y fauna que les permitiría conocer a fondo nociones de “gran provecho para la moral, para la industria, y para la pública felicidad”⁶⁸.

En la historia natural Chile también sobresalía pues, como Gay lo explicaba, tenía un carácter particular derivado de las barreras naturales que cerraban todo su contorno, transformándolo en una “región enteramente natural”. “De ahí nace, explica, el que sean exclusivamente de ese país muchos de los productos naturales, y hay géneros particulares, que con todo de contar con numerosas especies, allí se encuentran concentrados por no haber podido salvar las imponentes barreras que los guardan”⁶⁹. En lo que desde Pedro de Valdivia en adelante constituye un verdadero estereotipo o lugar común, el naturalista francés también señalaba el clima como otra cualidad propia del territorio nacional. De este modo, calificativos como el de “hermoso” o “delicioso” país que aplicó a Chile no nos deben sorprender si consideramos que su objeto de estudio constituía un espacio natural de una “prodigiosa feracidad” que él, el científico, daba a conocer ofreciendo una acabada descripción de sus especies vegetales y animales.

Gay consideró pertinente ofrecer una descripción muy lata de las familias, de los géneros y después de las especies que estudió, tanto como de sus rasgos distintivos, las características de su ambiente natural y los límites extremos de su hábitat. Pero también, cuando correspondía, nociones respecto de las virtudes medicinales de algunos vegetales, como del empleo y utilidad que se les podía dar a determinadas especies en los diferentes ramos de la industria nacional. Por último, pero no menos importante en razón de su efectos sobre la noción de lo chileno, “deseando que fácilmente se llegue al conocimiento de las especies”, entregó a los pintores la responsabilidad de grabar las láminas con las imágenes de plantas y animales.

Para justificar la inclusión las láminas que terminaron formando el *Atlas*, en el *Prospecto* de su trabajo Gay explicó que una obra como la suya “no puede carecer de estampas, indispensablemente necesarias para que se entienda la explicación de ciertos fenómenos y para facilitar el estudio de todo cuanto concierne a la geografía y a la historia natural”. Por ello informa:

“desde el momento en que arrostré la empresa sentí la necesidad de una colección semejante y, bien que mis numerosas ocupaciones consumieron casi todo mi tiempo, no he dejado por eso de dibujar los objetos vivos, principalmente aquellos que no era posible conservar con sus caracteres peculiares de forma y colorido”⁷⁰.

Las estampas, que cubren aspectos históricos, culturales y geográficos, además de reproducir especies de los mundos animal, vegetal y mineral, fueron preparadas por Gay por considerarlas indispensables para facilitar la inteligencia y el estudio de la geografía y de la historia natural de Chile. De este modo, aunque ellas son parte integrante de su monumental *Historia*, lo cierto es que por sí mismas

⁶⁸ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, *Botánica*, t. I, pp. 15-16.

⁶⁹ *Op. cit.*, *Botánica*, t. I, p. 4.

⁷⁰ Véase el *Prospecto* en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, p. 282.

Freguntas que han de contestar los gobernadores de departamentales, poniendo sus contestaciones en el blanco que se deja al frente o márgen de cada una de ellas.

Al Gobernador del Departamento de Carilmapu

1.ª ¿Cuáles son los límites del departamento al oriente, al poniente, al norte y al sur?

*Al oriente hasta las cordilleras de Atacama desde donde con el departamento de Calbuco. Al Poniente playas de Carilmapu en la marina.
Al Norte el río Maipo y río negro, en la Montañas que van para Curru.
Al sur la costa que va para Calbuco y la abtau.*

2.ª ¿En qué lugares del departamento

hai y cuantos Conventos.

Iglesias.

Capillas.

Oratorios.

Curas.

Sotacuras.

Clérigos.

Relijiosos y su órden? . . .

*No hai ningun convento.
Una en Carilmapu.
Una en Manillón.
Ninguno.
Uno.
Ninguno
Id.
Un religioso de la órden que es el Cura.*

3.ª ¿Cuáles son las enfermedades mas comunes en el departamento?

Catarralos orijinos, dolores de estómago y resfrigos en tabardillos

4.ª ¿Cuántos médicos o cirujanos hai?

Ningunos

5.ª ¿Si hai algunas aguas minerales y en qué lugar?

Ningunas

6.ª ¿Cuántos mendigos o pordioseros habrá poco mas o ménos?

Habrán como doce o catorce.

7.ª ¿Cuántos negros y negras?

Ningunos

8.ª ¿Qué número de minas se trahajan?

Ningunas

9.ª ¿Cuántas de cobre y con cuantas barras?

Id.

10.ª Cuántas de plata y con cuantas barras?

Id.

Questionario, verdadera encuesta, con las respuestas de la autoridad competente, que Claudio Gay entregaba para obtener información de cada una de las localidades que visitó durante sus exploraciones por el territorio nacional. Archivo de la Société d'Éudes Scientifiques et Archéologiques de Draguignan et du Var.

representan un testimonio de primer orden para el conocimiento de la evolución chilena. Ellas constituyen un elocuente repertorio de imágenes en las que está plasmado el Chile de las primeras décadas de la república, tanto en su realidad material, natural y cultural, como en la profundidad de las costumbres, mentalidad, valores y formas de ser que ellas reflejan.

A través de las láminas publicadas Gay ofrece una visión ilustrada, gráfica, del país. Una imagen que conforma un registro fundamental para la historia de la representación iconográfica de Chile en la etapa de su consolidación como nación. Es decir, cuando la noción sobre lo chileno estaba en gestación, tanto para los nacionales, como para los extranjeros ante los cuales Gay daba a conocer el país.

El *Atlas* de Gay ofreció por primera vez para Chile, y como nunca antes había ocurrido, la fuerza de la imagen como instrumento de divulgación. No sólo del conocimiento científico, también de la fisonomía y naturaleza de una sociedad que se da a conocer a través de la representación de sus modelos sociales, ambientes propios, tareas y diversiones características. Por ello es que en el contexto de la evolución republicana, el quehacer de Claudio Gay tiene el mérito de ser uno de los factores esenciales del proceso de conformación de una imagen de Chile.

Para la sociedad, y todavía por muchos años, el conjunto del trabajo de Gay constituyó, como lo valoró un periodico en 1863, un verdadero “monumento histórico y científico”, por el cual éste debía ser apreciado como “uno de los hombres que ha empeñado con más justos títulos la gratitud de la patria”⁷¹. Para otros, se trataba de un “célebre autor de la mejor historia de Chile que poseemos”⁷². Realidad que sólo comenzaría a cambiar en 1884 cuando apareció el tomo primero de la *Historia general de Chile* de Diego Barros Arana.

LA OBRA DE CLAUDIO GAY EN LA ACTUALIDAD

El conocimiento y la divulgación de la obra desplegada por el naturalista hará posible apreciar el papel de los emprendedores y de los científicos, como lo fue Gay, en la historia nacional. Además, gracias a la reedición de su *Historia física y política de Chile* el sistema educacional nacional, en particular, y la sociedad, en general, ahora cuentan con un instrumento de aprendizaje de primer orden, para una variedad de disciplinas, y que permite ilustrar numerosos contenidos transversales y formar en valores fundamentales promovidos por el sistema nacional de educación.

Considerando que Claudio Gay orientó su quehacer como hombre de ciencia a generar un sentimiento de nacionalidad gracias al conocimiento de la realidad natural y cultural del Chile que nacía a la vida republicana, además de proporcionar instrumentos para el gobierno del país a través de sus informes, proyecciones científicas y representaciones cartográficas, no se exagera al sostener que su obra constituye los cimientos del Chile republicano. En ella se resume el conocimiento

⁷¹ Los conceptos en *La Tarántula* de Concepción del 28 de octubre de 1863.

⁷² Véase *El Porvenir* de Chillán del 8 de octubre de 1863.

existente en su época, y sobre ella se levantará el trabajo de quienes lo sucedieron en la tarea de inventariar y proyectar Chile, lo que lo transforma en un referente indispensable por la magnitud, amplitud y heterogeneidad de sus investigaciones.

La posibilidad de contar con los textos de Gay significa dotar al país, y con él al sistema educacional, universitario y científico nacional, de las fuentes que harán posible mostrar y educar, de una manera concreta y ejemplar, acerca de la trascendencia del quehacer científico, así como del estudio, la investigación y el trabajo sistemáticos. Todos, elementos esenciales a la hora de formar a la población de un país que aspira a ocupar un sitio en el mundo desarrollado a través de agregar valor a sus riquezas naturales por medio de la ciencia y la tecnología, entre otros medios.

Reeditar por primera vez la *Historia física y política de Chile*, que a pesar de ser conocida como la obra de un solo autor es, en realidad, el resultado del trabajo de más de 30 de reputados científicos del siglo XIX, permitirá mostrar en nuestro mundo globalizado una de las raras iniciativas en que Chile capturó la atención del mundo. En efecto, no es sólo que en la redacción de la *Historia* de Gay participaron numerosos académicos, es también que entonces, mediados del siglo XIX, Chile fue uno de los pocos países de Hispanoamérica que tuvo una obra de esta magnitud. Transformándose de este modo en un referente para las demás naciones del continente americano. Es decir, prácticamente desde cualquier ángulo de las preocupaciones de la sociedad chilena actual, Claudio Gay y su obra es un ejemplo y antecedente esencial. Incluso, también en un aspecto como el del idioma en que se escribió pues, a petición de los chilenos, entonces y ahora casi totalmente ignorantes de otros idiomas, fue compuesta en español, limitando así sus posibilidades de ser conocida en Europa, y con ella Chile y sus recursos; lo que a su vez no favoreció la inversión extranjera, tan importante entonces como hoy, pero tampoco la inmigración, en aquella época esencial para el país.

Desde otro ángulo, hoy, cuando la sociedad chilena se ofrece diversa y heterogénea, cuando los procesos de democratización han hecho posible la expresión de variadas voces, que a su vez representan a también numerosos y diversos actores y grupos de la sociedad; cuando la globalización ha estimulado la mirada comparativa, inclusiva y regional, pero también las identidades locales y particulares; cuando por lo señalado resulta imposible hablar de la existencia de una sola versión de la historia de Chile como la de Claudio Gay lo fue alguna vez; incluso así, constituye un referente. En efecto, y tal como se experimenta en estos tiempos, su trabajo, su énfasis, a veces exageración, por ponderar esa realidad que es Chile no está muy alejado de lo que es posible advertir en la actualidad con las “escuelas historiográficas” que buscan relevar nuevos actores y grupos como “el sujeto popular”, localidades y regiones del país, o niños, mujeres y mapuche, entre otra serie de sujetos antes inexistentes para los estudiosos, o integrados en la “gran” historia nacional, de la que la *Historia física y política de Chile* de Claudio Gay es la primera versión

Por último, cuando celebramos el bicentenario de la Independencia, los 200 años del hito en que se data el inicio del proceso de organización republicana y de

construcción de la nación, el ejemplo de trabajo que Claudio Gay ofrece permite renovar los modelos sociales.

Si se toman los que hasta ahora se han exhibido como ejemplo, se trata esencialmente de figuras militares y autoritarias, de épocas de turbulencia y conflictos; exiliados, muertos, asesinados, o suicidas, por alguna causa que la historiografía más tarde interpretó como razón patriótica, nacional, republicana o de Estado. Como si sólo este modo de servicio a la patria, a la nación o al Estado fuera la única forma de entrega a la sociedad; como si sólo las batallas y las muertes heroicas, la creación de instituciones jurídicas o el ejercicio del poder político, fueran las únicas fuentes de trascendencia histórica.

Que la generación que luchó y alcanzó la independencia elevara este tipo de sujetos a la categoría de figuras de la historia para celebrar su propia gesta, entre otros medios a través de la *Historia* de Gay, es entendible; incluso lo es el que en función del proceso de construcción nacional se utilizaran las hazañas militares y a sus protagonistas para crear un sentimiento de comunidad. Lo que parece menos comprensible es que todavía esos sigan siendo los únicos modelos, como si la formación de la nación y la existencia de la república todavía estuvieran en duda. Como si no hubieran transcurrido el tiempo y la historia entre 1810 y la actualidad. Como si nuestra sociedad se hubiera petrificado en la independencia y en sus consecuencias.

La trayectoria y trabajos de Claudio Gay permiten mostrar el valor del trabajo sistemático, el espíritu emprendedor y el papel del conocimiento científico, el arte y las humanidades en nuestra trayectoria como sociedad, todos elementos indispensables en una comunidad que aspira al rango de país moderno. Constituye un ejemplo concreto de la importancia de la ciencia y la constatación, más allá de cualquier duda, de la proyección política, cultural, económica y social de la investigación y el saber.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónino, Antonio y Francois-Xavier Guerra (coordinadores), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Archivo Nacional, *Catálogo del Archivo de Claudio Gay*, Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1963.
- Barros Arana, Diego, *Don Claudio Gay; su vida y sus obras*, en *Obras completas de Diego Barros Arana*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1911, tomo XI.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000-2006.
- Barros Arana, Diego, *Un decenio de la historia de Chile (1841-1851)*, en *Obras completas de Diego Barros Arana*, Santiago, Imprenta, Litografía i Encuadernación "Barcelona", 1913, tomos XIV y XV.
- Bello, Andrés, *Obras completa de... Temas de historia y geografía*, Caracas, La Casa de Bello, 1981, tomo XXIII.

- Berríos C., Mario y Zenobio Saldivia M., *Claudio Gay y la ciencia en Chile*, Santiago, Bravo y Allende Editores, 1995.
- Burucúa, José Emilio y Fabián Alejandro Campagne, “Mitos y simbologías nacionales en los países del cono sur”, en Antonio Annino y Francois Xavier Guerra (coordinadores), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 433-474.
- Colmenares, Germán, *Las convenciones contra la cultura*, Bogotá, Tercer Mundo Editores S.A. 1989.
- Cooper, Donald B., “Claudio Gay, científico e historiador”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 127, Santiago, 1959, pp. 228-245.
- Encina, Francisco A., *Historia de Chile. Desde la prehistoria hasta 1891*, Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1952.
- Encina, Francisco Antonio, “Breve bosquejo de la literatura histórica chilena”, en *Historiografía chilena*, separata número extraordinario de la revista *Atenea*, Santiago, Editorial Nascimento, 1949, pp. 27-68.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Claudio Gay, historiador de Chile. 1800-1873. Ensayo crítico*. Santiago, Editorial del Pacífico S.A., 1965.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos de los testigos y actores de la Independencia de Chile. 1808-1826*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1965.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Historiografía colonial de Chile*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1957.
- Feliú Cruz, Guillermo, “Perfil de un sabio: Claudio Gay a través de su correspondencia”, en Carlos Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio Gay. Escritos y documentos*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina y Editorial Nascimento, 1973, t. II, pp. 11-82
- Feliú Cruz, Guillermo y Carlos Stuardo Ortiz, “Claudio Gay a través de su correspondencia”, en Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1962, pp. VII-LXXXIV.
- Feliú Cruz, Guillermo y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1962.
- Gay, Claudio, *Historia física y política de Chile*, París, Casa del autor, 1844-1871.
- Gay, Claudio, *Agricultura chilena*, Santiago, Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria (ICIRA), 1973.
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile*, Santiago, LOM Ediciones y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004.
- Gay, Claudio, *Diario de su primer viaje a Chile en 1828*. Investigación histórica y traducción de Luis Mizón, Santiago, Ediciones Fundación Claudio Gay, 2008.
- Gazmuri R., Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)*, Santiago, Taurus y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2006, tomo I.
- Jaksic, Iván, “*Ven conmigo a la España lejana*”: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispánico, 1820-1880, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2007.

- Lomné, Georges, “El espejo roto de la Colombia bolivariana (1820-1850)”, en Antonio Annino y François Xavier Guerra (coordinadores), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 475-500.
- Molina, Juan Ignacio, *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile*. Madrid: Antonio de Sancha, 1788, edición facsimilar, Santiago, Pehuén Editores, 2000.
- Mizón, Luis, *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena*, Santiago, Editorial Universitaria, 2002.
- Orbigny, Alcide d’, *Viaje a la América meridional*, La Paz, Instituto Francés de Estudios Andinos y Plural Ediciones, 2003.
- Riviale, Pascal, *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos y Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000.
- Sagredo Baeza, Rafael, “Elites chilenas del siglo XIX. Historiografía”, en *Cuadernos de Historia*, N° 16, Santiago, 1996, pp. 103-132.
- Sagredo Baeza, Rafael y José Ignacio González Leiva, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*, Santiago, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004.
- Saldivia Maldonado, Zenobio, *La ciencia en Chile decimonónico*, Santiago, Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana, 2005.
- Saldivia Maldonado, Zenobio, *La visión de la naturaleza en tres científicos del siglo XIX en Chile: Gay, Domeyko y Philippi*, Santiago, Universidad de Santiago de Chile, 2003.
- Stuardo Ortiz, Carlos, *Vida de Claudio Gay. Escritos y documentos*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina y Editorial Nascimento, 1973.
- Torres Marín, Manuel, *Así nos vió la Novara. Impresiones austríacas sobre Chile y el Perú en 1859*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1990.
- Universidad de Chile, *Anales de la Universidad de Chile. Edición facsimilar del primer número de los “Anales de la Universidad de Chile*. Santiago, Impresos Universitaria S.A., 1998.
- Universidad Diego Portales, *Epistolario Diego Portales*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2007.
- Villalobos R., Sergio, *Historia del pueblo chileno*, Santiago, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1980.
- Yudilevich L., David (ed.), *Mi viaje por el camino del inca (1801-1802), antología*. Santiago, Editorial Universitaria, 2004.

HISTORIA
FISICA Y POLITICA
DE CHILE

SEGUN DOCUMENTOS ADQUIRIDOS EN ESTA REPUBLICA
DURANTE DOZE AÑOS DE RESIDENCIA EN ELLA

Y PUBLICADA

BAJO LOS AUSPICIOS DEL SUPREMO GOBIERNO

POR CLAUDIO GAY

CIUDADANO CHILENO,
INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES CIENTIFICAS NACIONALES Y ESTRANGERAS
CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR.

TOMO SEGUNDO.

HISTORIA



PARIS
EN CASA DEL AUTOR.
CHILE
EN EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE SANTIAGO.
—
MDCCCXLV

HISTORIA DE CHILE

CAPÍTULO PRIMERO

Lig-Lemu en Itata. Marcha Pedro Balsa contra este nuevo jefe, y sale derrotado. Acude el Gobernador en persona y destruye a Lig-Lemu que muere en la contienda. Se traslada el Gobernador a Santiago. Aporta a Coquimbo Gerónimo de Castilla. Llega a Santiago. Rodrigo de Quiroga entra en el gobierno de Chile, prende a Villagra y le envía a Perú.

(1564-1565)

Torva faz vuelve la fortuna a las armas de los indios, pero ni por eso han de callar, pues menos dura ley es la muerte que el cautiverio, y de las cenizas de los hijos del sacudido pueblo otros nuevos adalides se levantan para hacer una guerra de perpetua duración, o que, si a fin ha de llegar, con el sello de una gloriosa y absoluta independencia sea.

Apenas con tiempo Pedro de Villagra para reparar que puede espaciarse por los campos de Concepción, libres ya de los batallones que en tan extremoso aprieto lo tuvieron, cuando se le trae la noticia de que un muy considerable número de *cuyunchos*¹, a las órdenes del capitán Lig-Lemu, corrían arrasando las provincias de Itata y de Chillán, cuyos naturales se iban sublevando también. Concurrió Pedro Balsa con cuarenta caballos al teatro de la insurrección, por mandato del Gobernador, y comenzó a ejercitar en los campos un destemplado furor, ya que ni un solo hombre sobre quien descargarle topara en los primeros días. Harto, sin duda, de devastación, y pareciéndole que con la nueva de su llegada todos los indios habían huido aterrorizados de aquel país, corriale con la mayor confianza acampando descuidado allí donde lugar más conveniente le pareciera: caro le hizo pagar ese descuido Lig-Lemu, que, echándose de interpresa contra él, le mató ocho soldados, y no más porque con aceleramiento se retiró a Concepción.

Justo desagrado manifestó Pedro Villagra al entender el singular sesgo de semejante expedición, y también comprendió lo mucho que importaba el corregirle, primero porque con retardar el castigo contra los rebelados había de subir en ellos la fuerza y la audacia, y segundo porque tomando cuerpo la revuelta, precisamente

¹ Tribus cuyo origen se ha perdido en el transcurso del tiempo.

quedarían interceptadas las comunicaciones entre Concepción y Santiago; mal verdaderamente grave para los españoles.

Apresó, pues, ciento cincuenta soldados, y marchó en persona a vengar el descalabro que su capitán Pedro Balsa acababa de experimentar; llegando a Perquilauquén, descubrió el Gobernador una estacada que Lig-Lemu había levantado para colocar un nuevo cuerpo de tropas que de día en día estaba esperando: la abatió, y pasó inmediatamente a Quechumahuída, en cuyo punto tenía su campamento el jefe indio; pero en el camino le salieron dos cuerpos de itatas que fueron rotos sin mucho esfuerzo. Con ver Lig-Lemu la desbandada de aquellos cuerpos, ya no quiso esperar en posiciones al pendón castellano; tuvo por más conveniente divertirle con mentidos y astutos movimientos, como si fuera su ánimo acometerle, cuando sólo vagueaba en amparo de los fugitivos, y conseguido a su satisfacción el objeto, rodeó de repente y ordenadamente la falda de un bosquecillo no muy poblado de matas, y apareció a retaguardia de los castellanos, ya resuelto a resistirlos.

No tardó en trabarse la refriega, y mal acabara para los conquistadores si el hado no pusiera en sus manos la inteligente y esforzada persona del mismo Lig-Lemu, que había sostenido el combate con admirable tino, con bizarría sin par, y que vino a perecer precisamente cuando le llegaban tropas de refresco. Los indios que, si con los recién llegados se cuenta, componían unos cuatro mil hombres, al ver la muerte de su caudillo se dejaron ir a un terrible desmayo, y puestos en la más desmandada fuga prepararon a la caballería enemiga el medio de que con sus lanzas cubriera el campo de cadáveres. Trescientos fueron los indios muertos, y doscientos² los prisioneros con que el Gobernador se volvió a Concepción.

Estos repetidos triunfos de los españoles aseguraron por algún tiempo el sosiego de las colonias, cuyos moradores comenzaron afanosos el cultivo de los campos, el laboreo de las minas, y el Gobernador, que de veras apetecía la prosperidad del país, salió estimulando y removiendo la industria fabril con asentar en la ciudad de Osorno varios menestrales inteligentes que estableciendo telares en breve llegaron a producir paños exquisitos, y lienzos de mucha limpieza y finura; pero bienes que precisamente habían de acrecentar la riqueza pública, causa tenían que ser de nuevos males, pues la ambición, a trueque de alcanzar los primeros, con infatigable descaro suele preparar y realizar los últimos.

Y en aquella época de licencia y de desorden, de indisciplina y de anarquía, cuando hasta la voluntad, la persona del Soberano insultada en la persona de Francisco Villagra llegó a ser, ¿podía el gobernador Pedro contar con respeto a una autoridad pálida, desvalida, pues no enseñaba otros títulos que el buen querer de su difunto hermano, contra quien tantos y tan poderosos enemigos se habían alzado? ¿Se agra-

² En la real cédula de 11 de marzo de 1578 ya citada, se ponen 800: “Os hallasteis (dice de Juan Ruiz de León) con el Gobernador, Pedro de Villagra, en desbaratar un fuerte a los indios en el reino de Belén (*Perquilauquén*) y después en Quechomavida (*Quechumahuída*), habiendo salido dos escuadrones contra el Gobernador y su gente, los desbarataron matando trescientos, y prendiendo *ochocientos* de dichos indios”. En nuestros documentos se tilda de *exagerado* este último número, y señalan el de doscientos prisioneros con referencia a varias memorias contemporáneas que, en verdad, no citan.



DON RODRIGO DE QUIROGA TERCER GOBERNADOR DE CHILE. ERA NATURAL DE MAS
SINGO. CALICIA EN ESPAÑA FUE PAJE DE LA CONDESA DE LEMOS. COMPANERO DE D. PE-
DRO DE VALDIVIA HARTO EN LA FUNDACION DE SANTIAGO FUE TRES VECES
GOBERNADOR Y FALLECIO DESEMPEÑANDO EL CARGO EN 1580 EN LOS AÑOS DE SU
GOBIERNO SE INSTALO EN CHILE LA REAL AUDIENCIA

decerían ni los esfuerzos del gobernador Pedro, ni la fortuna de sus armas, ni el celo con que andaba porque el país floreciera? Estaba este caudillo en Concepción, y si muchos y buenos amigos le acompañaban, no era corto el número de descontentos que la intriga, la envidia y la impostura le habían hecho, formando una oposición tenaz y descompuesta a cuantas reglas administrativas se proponía plantear la autoridad, porque los abusos eran ya escándalos, el extravío poco menos que motín.

Con perseverante energía, continuó Villagra poniendo freno a cuantas demasías asomaban en las colonias; pero como viera que los indios no daban indicios de volver a la guerra, resolvió trasladarse a la capital del reino³, ya por apartarse de un lugar que mezquinas pasiones tenían tan trabajado, ya también en ánimo de examinar por sí mismo cuál curso se había dado en Santiago a todos los negocios civiles y militares durante el tiempo de su propio gobierno.

El cabildo de la capital recibió esta noticia con mucho contento, e hizo que el alcalde ordinario Juan de Cuevas, acompañado de un regidor, fuese a Maipú a esperar a Pedro de Villagra, y acompañarle hasta su entrada en Santiago, que se verificó en medio de aclamaciones, celebrándola además con tres días de fiestas y regocijos públicos, a contar del 3 de junio de 1564⁴.

Comenzó desde luego el Gobernador el arreglo de la administración política con provisión de varios empleos que en ella resultaban vacantes, y fue preciso usar de su inflexible energía para que el ramo de hacienda recobrara la debida regularidad, porque la indolencia o la contemplación le tenían desamparado, andando en primeros contribuyentes caudales de mucho importe, cuando tantas y tan grandes atenciones se veían descubiertas.

Esta medida, aunque justa, trajo al Gobernador tantos enemigos cuantos fueran los individuos que ella alcanzó, pero al cabo entró el tesoro en fondos, y con ellos la autoridad en obras de general aprovechamiento, porque como no aparecían ya en el país indios de guerra, mientras que en Santiago se tomaron con nuevo empeño los trabajos de la catedral, de la casa del concejo, el laboreo de la minas, etc., el activo Pedro de Villagra encargaba a todos los corregidores de su gobernación que cada cual en su distrito concurriera estimulando, ya la industria, ya el comercio, según que la localidad lo permitiera. Así, en breve se vio un no esperado desarrollo en la agricultura de la fértil Imperial; Villarrica respondiendo a su nombre con toda suerte de tesoros; Valdivia sacando de la Madre de Dios abundante y riquísimo oro, y solicitando su cabildo que el Rey le concediera el privilegio de asentar en su casco casa de moneda; Osorno acrecentando el número de talleres, y enriqueciéndose también con su preciosa mina de Ponzuelo.

Mientras que con tantos bienes concurría la paz, gracias a una administración inteligente y celosa del bien común, un buque mercantil que de Perú venía trajo la noticia de que el licenciado Lope García de Castro llegaría en breve, o habría llegado a aquel país, para gobernarle en nombre del Rey. Mucho lo celebraron, así el Cabildo,

³ Ahora que los araucanos se mantienen con sosiego y en buen camino, me dispongo a pasar a ésa.
(Carta del Gobernador al cabildo de Santiago).

⁴ Libros del Cabildo.

como el Gobernador, y no sin motivo, porque la real audiencia de Lima, ejerciendo el gobierno de Perú desde el fallecimiento del conde de Nieva, hombre empeñado en la prosperidad de Chile, había desatendido enteramente cuantas súplicas y reclamaciones le dirigieran los cabildos de ese último reino, sin siquiera otorgarles el más insignificante auxilio ni en armas, ni en mantenimientos, en más de dos años de su absoluto mando. Con venir al poder García de Castro, de presumir era el favor de su autoridad, y el Gobernador y el cabildo de Santiago salieron al instante demandándole por medio de Juan Godínez, que fue despachado a Lima para felicitar al nuevo presidente⁵, e inclinarle a que viniese al socorro de Chile con algunas tropas y municiones.

Poco había que este comisionado estaba en camino, y ya se esparció la voz de que, en efecto, recibido quedó en Perú de presidente y capitán general García de Castro, el 22 de septiembre de 1564; que desde luego mostró su desagrado a la Real Audiencia por haberse mantenido tan olvidada de la suerte del reino de Chile, cuando tantas veces se tenía solicitado su amparo; que estaba acelerando el equipo y arreglo de un buen refuerzo de gente con destino a la defensa y conservación de este tan combatido país, y que también se le daría un nuevo gobernador, pero no se pronunciaba el nombre⁶.

Aunque Pedro de Villagra estaba resuelto a pasar todo el verano en Santiago, porque, como lo dice el cabildo de esa ciudad: “los araucanos se mantenían con sosiego en el término en que se los había dejado”, con vista de aquella novedad se hizo más necesaria su permanencia en la capital, para estar a mano de entregar el poder a quien en nombre de García de Castro saliese reclamándole.

Semejantes voces nunca debieran adelantarse, porque la autoridad se desvirtúa; en quien la ejerce suele entrar indiferencia cuando menos, y en los administrados de mala índole la audacia puede ir hasta la insolencia. No falló, en verdad, la entereza de Villagra, más que se reconociera en vísperas de haber de rendir un bastón, que, atento a sus servicios y a su capacidad, en manos dignas estaba; pero se suscitaron en Santiago acaloradas disputas de las cuales hubieran podido resultar poderosas banderías, y todo por sólo querer aclarar si García de Castro tenía o no las competentes facultades para remover de *motu proprio* un gobernador interino con otra interinidad menos poderosa, pues que la existente traía su origen de facultad real, mientras que la sucesora solamente habría de enseñar la voluntad de un simple presidente. Los partidarios de Villagra negaban con calor, y con calor afirmaban sus adversarios, que a más pasaran unos con otros si Cabildo y Gobernador no atendieran a la conservación del orden con celo y firme propósito de escarmentar a quien alterarle pretendiera.

Gracias a la buena armonía con que se correspondieron todas las autoridades, ni la tranquilidad sufrió quebranto, ni la justicia encontró trabas, pero la cuestión de gobierno siguió agitándose con tenacidad, hasta que por fin se anunció desde Coquimbo el general Gerónimo de Castilla, diciendo al cabildo de Santiago haber arribado a aquel puerto con doscientos⁷ soldados, con municiones, efectos y órdenes del presidente de Perú.

⁵ Presidente de la Real Audiencia; no virrey como algunos autores suponen.

⁶ Acaso corriera estas noticias el ilustre don Bartolomé Rodrigo González de Marmolejo, que vino por entonces del Cuzco, ya consagrado para entrar en la silla episcopal de Santiago.

⁷ Trescientos pone Molina, otros autores van a mayor número; luego probaremos su error.

Ya parece ahí desconocida la autoridad de Pedro de Villagra, porque a ella debió dirigirse el general Castilla; con todo, si acaso el hecho pudo no serle grato al Gobernador, éste se prestó sin mostrar queja al unánime querer de los cabildantes, para decir con ellos a Castilla:

“Que no desembarcase la tropa, sino que en las mismas naves la llevase al puerto de Concepción donde se reforzaría, y que en la entrada del verano pasaría a esta ciudad su señoría a continuar la pacificación de los araucanos los cuales cuando se vino a la ciudad de Santiago los dejó sosegados y en buen término como al presente están”⁸.

El ayuntamiento de Santiago, que estaba muy satisfecho con el acertado gobernar de Villagra, creyó que sin duda Castilla sería el nuevo gobernador nombrado, mas como este jefe se anunciara con tanto embozo, pensó traerle a una franca y debida declaración, por medio de aquella respuesta. Igual fue el sentir del gobernador Pedro.

Castilla recibió aquella orden, y lejos de observarla se dio de nuevo a la vela, no para arrimar a Concepción, sino pasando a Valparaíso donde hizo tomar tierra a su gente, y en cuanto la hubo abarracado, se dirigió otra vez al cabildo de la capital no menos embozadamente que la primera. Se le reitera la orden ya señalada; la desprecia; toma su tropa, y aparece con ella en Santiago.

A un proceder que tanto se alejaba, no sólo del orden natural de las cosas, sí hasta de los principios de la cortesanía, ya no quiso contentarse el Cabildo sino tomando por suya la cuestión gubernativa, y trayendo a su seno la persona en quien residía la primera autoridad, tras lo cual salió diciendo: “Y requiérasele (a Castilla) que si trae provisión sobre el gobierno, pase solo al Cabildo a manifestarla; que si es de S.M. o de quien poder tuviese para ello, los cabildantes están prontos a la obedecer, y que de no le retan y hacen reo de culpa y cargo ante el Rey”.

No por ello se manifestó más cortés el general Castilla, antes renovando su insultante desprecio para con una corporación, digna en todo caso de más fina correspondencia, se dirigió a la morada de Rodrigo de Quiroga, trájole al frente de la tropa venida de Perú, le dio el mando de ella⁹, y enseguida los dos jefes fueron a las casas consistoriales, donde notificaron al Cabildo la provisión de García de Castro, por la cual resultaba nombrado el dicho Quiroga gobernador interino y capitán general del reino de Chile.

Se dio cumplimiento y obediencia al despacho; en el acto y sin réplica fue puesto en posesión del gobierno Rodrigo de Quiroga; en el acto y sin dar causales fue preso Pedro de Villagra¹⁰.

⁸ Cabildo de Santiago.

⁹ Y le dio (a Quiroga) el mando de los doscientos españoles que trajo de socorro.

(Cabildo de Santiago)

¹⁰ Ni ese gobernador fue a mano armada a casa de Quiroga, como cuentan algunos; ni hizo resistencia, ni puso por mediador a Álvarez de Luna, ni Quiroga le acusó de cabeza de motín. Los hechos son tales como quedan relatados, que así los guarda el libro 2º del Cabildo, autoridad que vale por todas cuantas en contra pretendieran salir. Se lamentan los historiadores de que no se hayan dado razones con que cubrir un tan innoble proceder para un caudillo en nada inferior a su ilustre hermano; ¿qué razones dio don García Hurtado de Mendoza para la prisión de éste?...

Tal fue el desenlace de esa mal trabada comedia en que algunos de los actores desempeñaron un muy deslucido papel, y ni se concibe cómo Rodrigo de Quiroga, con tanta experiencia de gobierno, con lealtad tan distinguida así en sus relaciones públicas, como en las que mantuvo durante la vida privada, se prestara esta vez a un juego de tan villano desaire para la ilustre corporación municipal de Santiago, porque no es de suponer que desprevenido le cogiera el nombramiento de gobernador.

Como quiera, preso el gobernador Pedro de Villagra, al momento fue trasladado a Valparaíso, se le puso en la capitana del mismo Castilla, y se le trasladó a Perú, a disposición del presidente García de Castro, sin que se sepa cuál fin tuvo aquel laborioso y célebre caudillo que la calumnia perdió, y la arbitrariedad sacrificó inclemente, porque si otra cosa le derribara del poder, natural era que sus enemigos hubieran pensado en pasarla a la posteridad en abono de su desleal conducta, y descrédito de un jefe que todas las ciudades de Chile amaron con entrañable sinceridad¹¹.

Ni hay sino leer el tercer libro del cabildo de Santiago, para ver que a ninguno de los precedentes gobernadores se le prodigan tantos elogios como los que los concejales vierten en honra de Pedro de Villagra, de quien dice Pedro Figueroa “que las obras de este prócer merecían premios y no castigos”.

Entró Pedro de Villagra en el gobierno interino de Chile el día 13 de junio de 1563, por disposición testamentaria que en este dicho día hizo su hermano el mariscal Francisco, y entregó el gobierno a Rodrigo de Quiroga el 14 de junio de 1565, por orden de Lope García de Castro, presidente de la real audiencia de Perú.

Nació, como su hermano, en Colmenar de Arenas; pasó a Perú, y de allí a Chile con don Pedro de Valdivia, asistiendo a todas las empresas de ese famoso conquistador. Asentó vecindad en Santiago, fue factor oficial y real en esta ciudad, y maestro de campo general del reino, y en todos sus empleos se mostró muy celoso de la justicia y de la igualdad. Conservó tenaz las ciudades Infantes, Angol y Concepción, contra la manifiesta oposición que sus respectivos cabildos levantaron al considerarse sin fuerzas ni medios para resistir al alentado Antuhuenu, y al no menos audaz Antenucul, y como saliese con bien de su empeño, aquellos pueblos le agradecieron el que persistiera oponiéndose a la despoblación.

No se cree dejara descendencia¹², ni aun se dice que fuera casado; pobre entró al desempeño de las funciones de la primera dignidad; pobre le sorprendió un hado adverso despeñándole del poder que con tanto acierto regía; acaso no esté de más presumir que pereció entre el desprecio y la más estrecha y desconsoladora indignancia.

¹¹ Cuando Pedro de Villagra venció a Lig-Lemu ofició a todas las colonias diciéndoles que “con misa de acción de gracias, se las diesen a Dios de que con muerte del general Antuhuenu, la de Lig-Lemu, de sus mejores oficiales y de multitud de soldados quedaba dominado el reino”. A lo que respondieron todos los cabildos llenándole de bendiciones, de alabanzas a su valor, a su prudencia, a su constancia y celo por el bien común y por la tranquilidad del país.

¹² Con duda notan algunas memorias antiguas si el don Álvaro de Villagra, de quien hablamos en la nota 218 del tomo I, sería o no hijo de Pedro. Fúndanse en que aparece en 1699 una doña Josefa Pérez de Valenzuela y Villagra, probando ser descendiente del Álvaro; pero con eso no salimos de dudas. La existencia de Álvaro de Villagra conocida está, pero, ¿fue ese Álvaro hijo de Francisco, o hijo de Pedro? Él pasó, como se ha visto, por hijo del mariscal.

CAPÍTULO II

Rodrigo de Quiroga se manifiesta opuesto a las disposiciones gubernativas que asentarán los Villagra. El cabildo de Santiago las defiende. La mitra en el venerable sacerdote Marmolejo. Sus obras y su muerte. El Gobernador en Concepción. Ordena la conquista de Chiloé. La Real Audiencia en Chile.

(1565 - 1567)

Ya dijimos que, el 14 de junio de 1565, entró don Rodrigo de Quiroga en posesión del gobierno de Chile, con que le honró el licenciado Lope García de Castro, presidente de Perú, y no hallamos causa por la cual el cabildo de Santiago no conservó, ni traslado del nombramiento que aquel gobernador notificó acompañado del general Castilla, ni acordada de recibimiento y ceremonial de costumbre, como con todos los demás gobernadores lo había hecho. Atribuirlo a desquite de la indecorosa conducta que en este lance observó Castilla, fuera hacer agravio a los concejales de la capital, todos ellos sujetos de probada nobleza e hidalguía.

Es con todo cierto que entre esa ilustre corporación y aquel jefe, ya que no fuera caso de un absoluto desvío, cuyas consecuencias en daño común aparecieran necesariamente, tampoco se armonizaron los pareceres, pues Quiroga quería dar por el suelo con cuantas disposiciones gubernativas salieron de la autoridad de los Villagra, y los miembros del concejo se empeñaban en mantenerlas valederas.

Tregua hubo para estos altercados con ocurrencias que, si bien pertenecen a la historia eclesiástica, en ésta merecen también una breve reseña, porque el personaje a quien conciernen sobrada influencia tuvo en la parte política, y es por lo mismo digno de recuerdo.

En 1563, se habían recibido en Santiago las bulas que Pío IV expidió el 17 de junio de 1561, erigiendo en catedral la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción de Santiago, capital de Chile, y poniendo en la silla episcopal al licenciado don Bartolomé Rodrigo González de Marmolejo. Este prelado, cuya consagración se verificó en el Cuzco, tenía por gobernadores de su iglesia episcopal a los presbíteros don Agustín Cisneros, y don Francisco Jiménez, y vuelto de aquella ciudad, y prevenido cuanto al ceremonial contempló necesario, pasó a consagrar el templo de Nuestra Señora y tomar solemne y pública posesión de su silla¹³.

¹³ En su lugar diremos el modo y forma con que se solemnizó esta ceremonia.

Preciso es que gozara el reino de mucho sosiego cuando notamos que el laborioso y caritativo Marmolejo sale inmediatamente de la capital, recorre todas las provincias hasta la de Osorno, poniendo en ellas doctrineros pertenecientes a diferentes órdenes religiosas, logra de los promaucaes la resolución de establecerse en pueblos, y les deja visitadores que atiendan a su instrucción, y los aparten de las suertes supersticiosas de sus adivinos o sortílegos. Apenas empezara cuando acabó de pastorear ese virtuoso prelado, rindiendo su espíritu a fines de 1565, y en los 74 años de edad, o vida, de constante y ejemplar caridad cristiana.

Descendiente de padres nobles, avecindados en la ciudad de Carmona (Andalucía), y ansioso de traer al gremio de la Iglesia las descarriadas tribus que las armas castellanas descubrían en América, pasó a este país siguiendo en las filas que corrieron sucesivamente bajo las órdenes de Diego Rosas, Pedro de Candia y licenciado Gasca. Tan señalada fue su virtud, que hasta los salvajes llegaron a respetarla recibiéndole en su campo como amigo, y oyéndole siempre con manifiesto respeto, mas que no siempre abrazaran las máximas de paz y de fraternidad con que los convidara; y de la misma libertad usó con los bandos de civil discordia, de entre los cuales salió una vez herido, no por malquerer, sino por inadvertencia, y en la confusión de una enconada pelea que él quería evitar aun a costa de su propia vida.

Pasó después a Chile con don Pedro de Valdivia, cuyas conquistas siguió con infatigable celo en el desempeño de sus funciones sacerdotales, y sin admitir nunca aquellos emolumentos de lícita asignación. Tuvo encomienda de indios, concedida por el Rey, en Marga-Marga, y las horas que su ministerio le dejaba libres, las empleaba en la educación cristiana de *sus pobres gentes*, como él decía, hablando de las de su encomienda, a quienes cuidaba se les diese abundante y sano alimento, y un trato conforme en todo con lo que enseña el Evangelio. Socorrió dos veces a la ciudad de Concepción con crecidas sumas, y dos veces recogió a los vecinos de ella manteniéndolos a sus expensas en las dos primeras despoblaciones, hasta que tomaron nuevo asiento. Gastó con el ejército más de cien mil pesos, consumió no pocos en traer a Chile una yeguada de que proceden los tantos y tan famosos individuos de la especie que hoy posee aquel reino; en fin, con su carácter conciliador, caritativo, cristiano, y no poco político, procuró grandes bienes a las colonias chilenas, y las preservó más de una vez de males, que sin la mediación de ese santo sacerdote hubieran sido inevitables en aquella época de desacatos a la vez que de contemplaciones.

La muerte de este varón esclarecido¹⁴ en todas las ciudades fue llorada, pero con mayor razón en la capital, aula, por decirlo así, donde diariamente se enseñaban las virtudes del primer cura, primer vicario y primer obispo que el pasto espiritual sirvió a los moradores de Santiago; y con sentido y público pesar la vio el gobernador Rodrigo de Quiroga, que se mantenía en esta ciudad, porque por

¹⁴ Lo sucedió en la silla episcopal a principios de 1567 el ilustrísimo señor don fray Fernando de Barrionuevo, del orden seráfico; fue natural de Guadalajara, y en el poco tiempo que gobernó la Iglesia se adquirió opinión de santidad.

ninguna parte daban seña los indios de volver a turbar el sosiego en que Pedro de Villagra había dejado el país.

Vemos, sin embargo, que el 3 y el 29 de diciembre del expresado año pasó el Gobernador revista de sus tropas¹⁵, y que nombró de su teniente de gobernador y capitán general del reino a Martín Ruiz de Gamboa, con facultad de permanecer en Santiago, y proveer la vacante que de alguacil mayor resultaba en esta ciudad¹⁶; de donde se infiere que debía ya tener resuelta su partida, aunque no se nos señala la fecha en que hubo que ejecutarla. Con todo debieron reformarse algunas de esas disposiciones, pues el 19 de abril de 1566 estaba en el corregimiento de la capital Juan de Escobedo, el Gobernador en la ciudad de Concepción y Gamboa en Valdivia.

Había proyectado Rodrigo de Quiroga la repoblación de la plaza de Arauco y ciudad de Cañete, cuya determinación movió una terrible resistencia en los ayuntamientos de Santiago y Concepción, que alegaban dos causas contra semejante empresa. La primera y más fundada era que con ver los araucanos cómo los españoles volvían a establecerse en su suelo, se habían de irritar hasta el punto de recoger nuevamente las armas, aunque por entonces no hubiese indicio ninguno de semejante querer; y era la segunda, en Concepción, el no querer su cabildo desmembrar el vecindario, pues se había visto en grandes apuros, y no estaba por provocar otros; y en Santiago se decía que de tal empresa no dejarían de resultar pedidos de todo género, y ya estaban cansados sus habitantes de tantos y tan repetidos sacrificios, hechos en auxilio de las colonias del sur.

Hemos dicho que en Rodrigo de Quiroga apareció manifiesta aversión contra todo cuanto hicieran los Villagra: éstos habían abandonado Cañete y Arauco; las observaciones de los dos cabildos citados podían ser sensatas, acaso realizarse (y en efecto fue así), pero era preciso que en Cañete y en Arauco se asentara el Gobernador, por lo mismo que le resistían.

Mandó, pues, a Santiago al licenciado Hernando de Villalobos, para que se encargase de la capitanía general del reino en ausencia de Ruiz de Gamboa; dio el mando de las armas¹⁷ a don Miguel de Velasco; hizo a Lorenzo Bernal su maestre de campo, y habiendo recogido cuantos vecinos pudo hallar de los pertenecientes a la despoblada Cañete, y no pocos veteranos que con la paz andaban dispersos, o dados a la ociosidad, la expedición quedó determinada para el 13 de noviembre de 1566¹⁸.

Que la paz debía parecer bien asentada lo prueba la resolución en que por entonces entraron los misioneros mercenarios, que a Chile vinieran con Pedro de Valdivia, quienes se constituyeron en comunidad, y cabeza del reino de Chile

¹⁵ Libro 4° del Cabildo.

¹⁶ Libro 4° del Cabildo.

¹⁷ General de las armas dice el cabildo de Santiago.

¹⁸ Figueroa y otros historiadores ponen en 1565 la reedificación de San Felipe de Arauco y de Cañete. Si acaso se quisiera dudar de la fecha que acabamos de poner siguiendo nuestros documentos, ninguna objeción cabe contra la que el cabildo de Santiago señala así: “Y estaba acuartelado al margen del río Biobío el 17 de noviembre de 1566”.

en la orden, no obstante que en Concepción existía convento de la misma desde 1563, a cuyos religiosos encomendó misas en su testamento Francisco de Villagra. Los fundadores de éste de Santiago fueron fray Antonio de Correa, fray Antonio Rondón, fray Bernabé Rodríguez, fray Juan Zamora, fray Antonio de Olmedo, fray Diego Jaime y el lego Martín Velásquez, y todos ellos habían concurrido hasta entonces al campo de batalla para dar el socorro espiritual a los necesitados. Les pareció que no quedaba más que hacer sino retirarse al claustro, y, sin embargo, la paz llegaba a su término.

Con más de trescientos hombres pasó el Biobío Rodrigo de Quiroga, llevando por todas partes una mano destructora que puso a los indios en la mayor consternación, por lo mismo que no debían presumir que hostilidades tan arrebatadas se rompieran, toda vez que ninguna causa las motivaba. Los campos quedaban asolados, los naturales se vieron en la precisión de huir el golpe de una inclemente cuchilla, y el desorden, y el terror y los lamentos removieron de nuevo toda la Araucanía, cuyos moradores ni sabían si pedir paz o aceptar resueltos la guerra a que se los provocaba.

El campo castellano llegó, pues, a Arauco; comenzó desde luego la reedificación de esta plaza, que fue otra vez puesta a las órdenes del famoso Lorenzo Bernal; y de aquí se trasladó a Tucapel, sobre cuyas ruinas alzó la ciudad de Cañete, estableciendo en ella a muchos de sus antiguos vecinos, con otros nuevos que recibieron terrenos y solares para su asiento. El mando de esta colonia fue encomendado a don Miguel de Velasco.

Al regreso de esta colonia para la plaza de San Felipe de Arauco, reparó el Gobernador que el sitio llamado *Quiapo*¹⁹ era de mucho interés para la correspondencia entre Arauco y Cañete, y por consiguiente se paró en él emprendiendo la construcción de un fortín. Aquí fue donde recibió Quiroga un oficio de su lugarteniente el licenciado Villalobos, en que le anunciaba que el cabildo de Santiago estaba sumamente sentido y muy descontento porque se le había asegurado “que Su Señoría pensaba ir a la conquista y población de Chiloé”.

El ayuntamiento de Santiago, y del mismo sentir eran todos los demás, no presumía ventajas en ganar tierra cuando ni fuerzas bastantes había para guardar la que a fuerza de tanta sangre se había adquirido; pero fue mal hereditario entre los gobernadores el afán de extender los límites de su dominación, y de ese mal no se había de liberrar Rodrigo de Quiroga; sólo que no conviniéndole romper abiertamente con la municipalidad de la capital del reino, hizo que se acercase a ella su lugarteniente, con esta misteriosa respuesta:

“Que la ida a Chiloé muestra hacerla sólo por entretener la gente de guerra con la esperanza de ella, y no para que en efecto se haga *tan perjudicial empresa*; que por esto mandó a Martín Ruiz de Gamboa que fuese con dos o tres amigos solamente a Valdivia, a sólo hacer muestra de que se iba a hacer la dicha jornada”²⁰.

¹⁹ Unos ponen *Cuyapu*, otros *Queipo* y *Quipeo* como Molina.

²⁰ Acuerdo del Cabildo del 24 de enero e 1567.

No pasó el Ayuntamiento por el solapado contenido de semejante despacho, y menos el astuto regidor Antonio Tarabajano, quien salió diciendo, ante el mismo Villalobos, cuan poca fe le inspiraban las palabras del Gobernador, y que los concejales no debían alzar la sesión sin dejar acordada la respuesta que cumpliera dar a Quiroga, no por un mero papel, sino por medio de una diputación que presentándose ante la primera autoridad, supiese traerla al voto público. Todos los capitulares entraron gustosos en ese parecer, y fue acuerdo del mismo día:

“Que no se hiciese la mencionada empresa, añadiéndole nuevos gravámenes a esta ciudad, que como capital del reino recaían sobre ella los reparos de los asedios, repoblaciones, mantenciones y recuperaciones de los establecimientos australes. Que por reparar estas cosas, han gastado los vecinos de ella muy grandes sumas de pesos de oro de sus haciendas, en el sustento y allanamiento del reino; y gastan cada día, por lo que están al presente muy empeñados, y de manera que en otra urgencia no tenían con qué servir a S.M. Ni la hacienda real tenía con qué hacerlo, pues por el mismo motivo está tan empeñada que ya no podía dar socorro en manera alguna; y que así, con la nueva población se ponía a peligro todo el reino. Por tanto que el diputado²¹ pida con todo calor, no consienta ir al general Gamboa a la dicha jornada, ni sacar para ella gente alguna de este reino”.

De esa manera se hablaba en Santiago mientras que en Quiapo escribía el Gobernador las órdenes necesarias para que Ruiz de Gamboa pasase desde Valdivia a la conquista de Chiloé, mientras que ya *corría la flecha* en los cuatro butalmapus, y mientras que los araucanos del interior cumplieron la elección de su nuevo toqui Pillataru, que se supone próximo pariente del célebre Lautaro: así la embajada de Tarabajano quedó sin efecto.

Como lo había previsto el cabildo de la capital, los araucanos no podían mantenerse quietos viendo otra vez a su enemigo establecido en su patria, y menos cuando ese enemigo caminaba destruyendo campos y arrasando una tierra, cuyos habitantes, aunque no rendidos, permanecían ya había más de dos años inofensivos y sosegados.

A las voces de nuevo alzamiento, que no le sonaron bien al Gobernador, salió desde Quiapo Pedro Cortés de Monroy, con unas setenta a ochenta lanzas que habían de *guerrillear*, no haciendo frente a crecidas masas si acaso con ellas dieran, sino dando de *maloca* o sorpresa sobre partidas sueltas. Monroy fue en sus correrías con extremado rigor, y queriendo aplacarle, más de una de las parcialidades contiguas a los establecimientos españoles le pedían la perpetuación de la paz, pero era inútil contar con ella, pues que Pillataru tenía ya en Quilaco²² tres mil soldados, de cuya instrucción para el manejo de las armas cuidaba el Toqui con actividad y esmero.

No tardó mucho el general araucano en salir del paludoso lugar que sirvió de punto de reunión a sus soldados, pero nuevos éstos en el arte de la guerra, se

²¹ El regidor Tarabajano.

²² Limaco sin duda se quiere decir.

contentó con irles acostumbrando a ella por medio de repentinos avances contra las posesiones españolas, que causaban no pocos daños y solían quedar sin castigo, porque en una desbandada de anticipado concierto cubría a los conquistadores el verdadero puesto que las armas indias ocupaban.

Ya por fin entrando el toqui en la resolución de dar abiertamente contra la ciudad de Cañete, declaró sus posiciones en el cerro de Rucupillán, cuya elevación mide más de trescientos pies castellanos, teniendo los costados de norte y poniente como cortados a nivel, y dando a los de oriente y mediodía una fuerte palizada. Pillataru quería probar si los españoles osarían venir a ofenderle, porque en defensa tan bien escogida probable era que sus soldados mantuviesen el choque con mucha más resolución y confianza que si por primera vez se los pusiera en campo raso.

La noticia de este acontecimiento enfureció al gobernador Quiroga, porque de ningún modo quisiera él que semejante asomo de guerra llegara a tomar incremento, en triste abono del vaticinio de los cabildos de Concepción y de Santiago; así es que inmediatamente mandó que el maestre de campo Miguel de Velasco, con buen número de tropas y algunos auxiliares, y con la partida que mandaba Pedro Cortés, pasase a atacar a los araucanos, hasta desalojarlos de sus posiciones y deshacerlos.

Estos jefes llegaron al pie del cerro de Rucupillán al romper el día, en uno de los primeros días de mayo de 1567, e intimaron la rendición al Toqui; pero, aunque hubo de cogerle desprevenido su enemigo, con ufanía respondió no querer acomodarse sino con una *guerra a muerte*, y los españoles comenzaron a repechar la cuesta, por la parte que conducía a la estacada del mediodía Velasco, y Cortés por la oriental con su columna y la de los auxiliares. En ambos costados respondió Pillataru al choque con entendida disposición, y sus soldados defendieron la trinchera como si en la guerra muchos años de ejercicio tuvieran; pero al cabo de dos horas de ensayo saltaron sus adversarios la estacada, comenzó la pelea con encarnizamiento, entró en el ala que llevaba Cortés y en las masas indias una ruidosa confusión, queriendo aquélla cerrar paso, y éstas despejarle, y en fin, en tanto que Velasco cantaba la victoria en la cúspide de la montaña y centro del campo araucano, éste con su toqui la descendía declarándose en retirada, seguida algún tiempo de las armas de Pedro Cortés.

Pillataru perdió doscientos hombres, y de los vencedores no se señala número, aunque se dice salieron con muchos heridos, y sobre todo en la división auxiliar; de cualquier modo no estuvo en este triunfo el fin de la guerra a que los araucanos fueron esta vez llamados, y mientras que los dos bandos se desafían en reencuentros y escaramuzas de no más importe que el de acreditarse de bien hallados en una recíproca hostilidad, volvamos la vista a la empresa de Ruiz de Gamboa.

Con las órdenes que del Gobernador recibiera este caudillo en los primeros días del mes de enero de 1567, cogió en Valdivia unos ochenta y cinco españoles, se le unieron otros pocos en Osorno, a su paso para Chiloé a principios de febrero²³. De Osorno partió para la parte jurisdiccional del cacique de Carelmapu,

²³ Los autores suponen la conquista de Chiloé en 1566, pero mal admitiéramos semejante fecha cuando dice el cabildo de Santiago: “Y el 24 de enero de este nuevo año de 67 aún estaba en Valdi-

situada sobre la ribera del golfo de Chiloé, cuyos moradores, así como su jefe, le recibieron con prendas de suma complacencia, hija sin duda de su índole pacífica y hospitalaria. De suerte que no fue *llegar, ver y vencer* la obra del general español en aquella tierra, como así se ha sentado en varias historias, sino *llegar, ver y fundar*, con consentimiento y ayuda de los inocentes pescadores que la habitaban, y que salieron ofreciendo a sus huéspedes sus haberes, todas sus piraguas, a favor de las cuales recorrieron los españoles la mayor parte del golfo.

Ruiz de Gamboa bautizó el país con el nombre de *Provincia de la Nueva Galicia*, en recuerdo del gobernador Quiroga, oriundo de Galicia de España, y fundó la ciudad dicha San Antonio de Castro, o sea, Castro simplemente, como algunos pretenden, obsequio sin duda dirigido al presidente de Perú; llamando también al río que la baña el Gamboa, cuyo cognomento se perpetúa.

De sesenta a setenta mil almas se supone fue la población entonces descubierta, y la distribuyó en diferentes encomiendas el general Gamboa, dando a los españoles que en la isla quisieron asentar vecindad un crecido número de brazos para cultivar los terrenos que a cada uno le fueron señalados. Mientras continuaban los trabajos de fábrica y demás, llegó aviso de Quiroga en que mandaba que Gamboa se trasladase a San Felipe de Arauco, dejando el mando de la expedición en quien le pareciere más a propósito; y este mando recayó en el maestro de campo Benítez, que quedó con todos los españoles, menos una escolta de diez o doce caballos, con que Gamboa entró en Arauco.

No se detuvo en esta plaza. Rodrigo de Quiroga, que en ella se mantenía, haciendo frente a las continuas provocaciones de los araucanos, había recibido aviso de la llegada de una real audiencia a Concepción, encargada del régimen civil y militar del reino, y acompañado de Gamboa paso a aquella ciudad para desnudarse de un poder en el que luego le veremos por la expresa voluntad del rey Felipe II.

via este ejército”. También se pretende que Ruiz de Gamboa fue a Chiloé con solo 60 españoles; ese número y más parece que dejó a su maestro de campo Alonso Benítez, vecino de Valdivia, cuando, regresando a Quiapo, le encargó el mando de la nueva conquista.

CAPÍTULO III

Ministros togados de la Real Audiencia. Rodrigo de Quiroga entrega el gobierno al supremo tribunal. Providencia intimatoria del tribunal gobernador. Responde el Toqui con la expugnación de Quiapo. La Audiencia pide fuerzas para hacer la guerra. Martín Ruiz de Gamboa general en jefe. El ulmen Nahuelbuta. Prosperidad de las colonias meridionales.

(1567)

Por cédula de Felipe II, fechada en la Granja el 27 de agosto de 1565, se mandó establecer en el reino de Chile Real Audiencia, que había de residir en la ciudad de Concepción, no por más derecho ni causa, sino el de rayar aquel pueblo con el araucano, cuyo belicoso aliento presumió atajar la corte de España fiando a la pluma el problema que hasta entonces seguía resolviendo la espada. Mucho ganara con esta medida el reino de Chile si a la toga no se la desviase del templo en que se pesan los derechos y los desvíos del hombre, según pactos de la sociedad a que pertenece; pero armar esa toga y traerla a que disponga y soberanamente ordene las batallas en un país nuevo, en un país desconocido del todo, fue un desacierto fatal.

Y de ese desacierto ningún cargo hay que hacer a Felipe II, ni tampoco a sus consejeros; éstos, como aquél, vinieron a la resolución citada con la mejor fe, con verdadero sentimiento del bien, con miras de una acrisolada piedad a favor de los indios, como en favor de sus conquistadores. Desde que Valdivia se estableció en Chile, la envidia, la cobardía, la ambición, todas las pasiones en fin se desataron con calumnias, y aquel desventurado Gobernador y sus sucesores sirvieron de blanco a la embozada iniquidad que los pintaba cuales no fueron nunca, cual ninguno de ellos quisiera aparecer, y que todos dieran gustosos mil vidas que hubieran tenido, antes que reconocerse en el retrato que sus émulos enseñaban en la corte de Felipe. Eran tiranos, eran ambiciosos, eran estafadores, eran ineptos, a par que injustos, y si la guerra no tenía término, pobre disculpa el atribuirle al exagerado ardor de los araucanos, cuando la causa real era, a más de la mala dirección que se le daba, el gran interés que en su perpetuación recogían así los gobernadores, como algunos de los capitanes sus favoritos.

Ésas y otras imposturas penetraban muy a menudo hasta el mismo trono; hallaron por fin oídos, y no se dio con mejor remedio, sino el que vimos en la cédula citada anteriormente.

Los ministros nombrados para hacer parte del supremo tribunal, con entera independencia del semejante establecido en Perú, fueron Diego Núñez de Peralta, decano; los licenciados Egas Venegas y Juan Torres de Vera, oidores, y para fiscal el jurisconsulto Navia, a quienes felicitó en Coquimbo el 12 de mayo el regidor de Santiago, Juan Godínez, en nombre de su ayuntamiento, acompañándolos hasta Concepción, en cuya ciudad se les dio entrada solemne con toda la tropa tendida, campaneó, salvas, aclamaciones, paseando el sello real en un hermoso caballo blanco ricamente enjaezado²⁴.

Acabada la ceremonia de posesión y asiento, entró don Rodrigo de Quiroga deponiendo en manos de la Audiencia la gobernación de Chile, y quedó aquella soberana en la administración política y civil, soberana en el gobierno militar.

Es de notar que este acontecimiento, si causa de loco contento fue para los españoles, con tan grande o mayor deporte le celebraron los araucanos, porque Pillataru comprendió muy distintamente cuan bien se le servía desarmando al gobernador Quiroga, cuya espada en tantas ocasiones se había ilustrado. Así es que el entendido toqui, sin detenerse asomó en el estado de Arauco, con numerosos cuerpos, de los cuales algunos pasaron corriendo hasta los establecimientos españoles, y en ademán de querer atacar la ciudad de Cañete.

Saludo semejante no fue muy del gusto del tribunal gobernador, pero encargado de una misión puramente conciliadora, supuso desde luego que a su voz la tempestad se dispararía, y salió con un acuerdo en que se ordenaba, se hiciese saber a los araucanos se hallaba establecida la Audiencia para afianzar el cumplimiento de las leyes, que depusiesen las armas, y concurriesen a Concepción expresando sus quejas, pues serían oídos y despachados con benignidad. Pasó a notificar a Pillataru ese auto tan peregrino el escribano de cámara Antonio de Quevedo, pero el Toqui, que sin duda no entendía de leyes, o quiso hacer como que no las entendía, cogió al escribano, le trajo entre filas hasta la fortaleza de Quiapo, que fue abandonada de la guarnición española, tras una muy corta defensa, porque reconoció a tiempo que no se podía sostener, y se refugió en Cañete; y en cuanto Pillataru se mirara en posesión de la plaza, hizo entender a Quevedo que con lo visto podía volverse, y responder a la Real Audiencia.

Bien podía Pillataru reír impunemente de una medida tan fuera de propósito, y más cuando la Audiencia llevó el desacuerdo hasta el punto de quedar sin gente armada, y sin capitanes de servicio, desde que Rodrigo de Quiroga le entregó el bastón; pero a vista del peligro en que se reconoció en cuanto tuvo noticia de la altivez del Toqui, y de sus resultas, ofició a todas las ciudades en demanda de fuerzas con que hacer frente al enemigo, exigiendo de la de Santiago soldados, armas, caballos y municiones, y facultando a su cabildo para que por sí mismo nombrase capitán del cuerpo de gente que mandar debía, cuyo capitán le daba la Real Audiencia por aceptado.

Acaso estuvieran las colonias del sur en disposición de responder debidamente a la demanda de la Real Audiencia, que entra en Concepción ondeando el estan-

²⁴ La ciudad compró el caballo a Francisco Gudiel en trescientos cuarenta pesos. La ceremonia ocurrió el 13 de agosto de 1567.

darte de una paz eterna y verdadera, para salir, al cabo de cuatro días de ejercicio en el poder, con un general apellidamiento a las armas. Pero en Santiago no había ya elementos de ningún género para que su cabildo viniese a nuevos sacrificios. Compuesto entonces su vecindario de ancianos, de inválidos, de hombres en fin que las batallas arruinaron con algún miembro de menos; el tesoro sin un maravedí; los particulares empeñados en sumas cuantiosas, tomadas para hacer frente a los continuos pedidos, o ya para mantener en sus propias moradas hoy todo un pueblo que el enemigo ahuyenta de sus hogares, mañana uno, dos, o más destacamentos de tropas dispersas y fugitivas, que en la capital se amparan, como hicieron últimamente los capitanes Balsa y Zurita, y amén de esto, sacrificios sobre sacrificios para tantas necesidades como enseñaron las repetidas repoblaciones. De suerte que, mientras con el tesón, con la inimitable constancia de los conquistadores parecían florecer y salir de entre ruinas aquellas colonias que con mayor furor perseguían y asolaban los terribles araucanos, la capital de Chile era la que fallecía, la que se atrasaba, la que sentía una dolorosa indigencia, y a la que, sin embargo, se recurría como si hubieran de ser inagotables sus tesoros.

Así, cuando el cabildo de Santiago tomó noticia de la orden en que la Real Audiencia le reclamaba un contingente de hombres, y los recursos a su equipo y armamento necesarios, en cada uno de los concejales se pintó el más acerbo dolor, y con lágrimas habrían respondido todos ellos a la suprema autoridad si delante la vieran. ¿Cómo hacer en efecto? Todo, todo absolutamente faltaba menos un acrisolado patriotismo, menos una voluntad leal y desprendida; pero con eso no se contenta nunca el que pide, y fue menester resolverse al sacrificio.

Se hizo junta general para que cada vecino concurriera ofreciendo a la patria aquello que su civismo y su generosidad le aconsejasen, porque era caso de dejar al arbitrio individual lo que de autoridad no se podía ni debía ya pretender, y el acto entre aquellos antiguos y mutilados guerreros vistió un semblante de un sublime patético. Éste ofrece el solo hijo que le queda, aunque no cuenta todavía en la edad viril, pero recuerda con sentimiento la imposibilidad de vestirle y armarle; aquél, no teniendo hijos, responde que se empeñará con quien le fíe para equipar dos, tres, o más soldados; este otro, acaso sin crédito entre los pocos usureros que eran los vampiros de cada colonia, olvidando años y achaques, se pone en la lista de la milicia por tener parte en el patriótico esfuerzo a que se le conjura en nombre del Rey; quien brinda con armas; quien se obliga a presentar caballos de cuyo costo responde con todas sus propiedades; y al fin es el resultado la formación de una partida de cincuenta a cincuenta y cinco plazas, jóvenes de catorce a quince años más de la mitad, y el resto hombres de sesenta para arriba.

Terminada así la junta, el Cabildo se puso de acuerdo²⁵ para referir al *tribunal gobernador* las causas que le habían traído al sensible extremo de no poder contri-

²⁵ El 29 de agosto de 1567. Con los documentos justificativos irá la interesante comunicación que en este día enviaron los concejales de Santiago a la Real Audiencia. Es una breve reseña de lo ocurrido en Chile desde la llegada de Pedro de Valdivia hasta la fecha citada. Más de 400.000 pesos de oro han gastado ya en la guerra los vecinos de Santiago, sin contar manutenciones, ni hacer mérito de los ordinarios tributos. En esa comunicación se ha de ver también con cuanta verdad hemos marchado en el relato de los hechos que se apartan, con no poca frecuencia, del común decir de los historiadores que nos han precedido.

buir en aquella circunstancia con recursos de acción y provecho, aunque haciendo, como él dijo, *la última potencia por servir a V.A.*; y una vez descargado de ese deber, comenzó con el celo de que siempre dio tan cumplido testimonio, el arreglo y organización de los soldados alistados para la nueva campaña. Esta obra no debió ser muy fácil. El refuerzo se le pide con urgencia; en un solo día se le prometen los vecinos, y con todo no vemos que se realice ni mueva hasta el 22 de septiembre, en cuya mañana, por voto unánime de los cabildantes, y en virtud de la real provisión de la Audiencia, se expidió título de capitán de aquella gente que iba a salir para Concepción, al regidor Juan Godínez.

La Audiencia entretanto había nombrado general en jefe de las armas a Martín Ruiz de Gamboa, maestre de campo a Lorenzo Bernal, y a Pedro Cortés le hizo capitán de *partidarios*. Ésos son los jefes de que se hace mérito en todas las historias, y ninguna de ellas habla de Godínez. ¿Llegaría a Concepción, cuando ya aquellos capitanes habían marchado contra el Toqui? ¿Se negaría el *tribunal gobernador* a reconocer valedero el nombramiento de capitán que en su regidor hizo el cabildo de Santiago, no obstante haberla ordenando él mismo? Posible es también que las colonias meridionales concurrieran con algunos auxilios, y se dispusiera la expedición encomendada a Gamboa, antes que las fuerzas de Santiago llegaran a disposición de la Audiencia. Es lo cierto que la Real Audiencia presumió en peligro la ciudad de Cañete, desde que Pillataru se apoderara de Quiapo, en cuya fortaleza se mantenía²⁶, y Ruiz de Gamboa fue mandado con cien españoles y doscientos auxiliares con que reforzar la guarnición de aquella ciudad, y defenderla de los ataques enemigos.

Siguió el jefe español por el camino de Purén, y los indios amigos iban bajo la conducta del ulmen Nahuelbuta, en cuya aljaba no se veía sino una sola flecha, sin que arma de ningún otro género apareciera en manos de aquel original caudillo. Semejante desprevenición no le gustó a Ruiz de Gamboa; llegó a presumir que el ulmen no iba de buena voluntad a la guerra, y así se lo dio a entender con palabras, aunque medidas, de imponente gravedad; pero confuso y corrido hubo de quedar ante todos los que le seguían, oyendo como Nahuelbuta le respondió en tono muy familiar y de la más admirable simplicidad: “Yo no acostumbro a pelear sino con las armas que quito al enemigo: le entro siempre con una flecha, y luego echo mano de las que él tiene”.

En cuanto Gamboa llegara a Cañete, ya le pareció mengua de su fama el haber de quedar encerrado esperando a que el Toqui quisiera, o no, venir a provocarle, y por lo mismo volvió a salir con su tropa, resuelto a desalojar de Quiapo a los araucanos, que le esperaron con ánimo sereno y decidido.

Nahuelbuta tuvo encargo de atacar al enemigo por la parte que mira Lebu, mientras que los castellanos sostenían el frente del centro, o corte del arroyo Pilpil-

²⁶ Se dice que Pillataru fue a acamparse a dos leguas de Cañete, y que en su posición le atacaron los españoles. Es un error. El Toqui se queda en Quiapo con toda su gente metida en la plaza y en las barracas que en derredor de ella había levantado Quiroga para su campo. Los indios no usaron nunca de barracas ni de tiendas de campaña, y las que quemó Ruiz de Gamboa no pudieron ser sino las de Quiapo.

co, y empezó la función en los dos bandos con un esfuerzo desesperado. El arrojo del ulmen auxiliar en breve vino a hacerse asombro de los españoles, no menos que de los araucanos; diestro en el tiro, suelto cual ninguno en los avances, y sobre todo entero y despejado para pelear y ordenar como si ajustes tuviera para que le respetara la muerte, tan pronto se le distinguía lidiando rodeado de enemigos, como libre de ellos y a la cabeza de sus súbditos alentándolos. Briosos se mostraban también los soldados de Gamboa, pero más de tres horas de acalorado empeño se contaban, y todavía no daban los araucanos indicio ninguno de desaliento, antes atendían a los ataques enemigos con maestría y con imponderable resolución.

El general castellano debió reconocer la imposibilidad de desalojar al Toqui, a no ser a expensas de la plaza que él quería restaurar, y resolvió por lo mismo comprar el triunfo con la ruina de aquélla, sobre la cual comenzó a despachar gran número de alcancías que de prevención llevaba. Pronto prendió el alquitrán, así las barracas, como la estacada, y, aunque los araucanos corrían con diligencia a sofocar el fuego, tal intensidad llegó a tomar, que, despavoridas las masas, y ya sin saber punto fijo en que sustentarse, se declararon en desbarate, en el cual perdieron unos doscientos hombres y varios prisioneros. Nadie señala la pérdida que debieron sufrir los vencedores, quienes se retiraron a Cañete, dejando que Pedro Cortés corriera aquella comarca merodeando, y descomponiendo los cuerpos sueltos que los araucanos pudieran formar de nuevo.

Con aquella victoria, y los buenos resultados de las correrías de Cortés, que mientras Pillataru rehacía y ordenaba sus filas en el corazón de los montes, sobre desbaratar varias partidas rebeldes, logró apresar un número considerable de familias, la Real Audiencia se acordó de que su misión no era sino el asentar una paz estable, y con ella volvió a convidar a los estados levantados, ofreciéndoles la restitución de las familias prisioneras, y eterno olvido de los últimos acontecimientos. Hartas veces había dicho el pueblo araucano que depender de los extranjeros era una ignominia, y morir combatiéndolos una gloria de envidiable adquisición; así es que ni responder siquiera quisieron a este segundo llamamiento del *tribunal gobernador*; hemos dicho mal, respondieron las tribus existentes desde entre Cati-raiquén, a Santa Juana y el Tablebu hasta la costa, con un alzamiento general, que llevó a las filas de Pillataru gran número de brazos.

Y es de advertir, sin embargo, que mientras más cargada y amenazadora se mantiene la tempestad en derredor de donde ha fijado su asiento la Real Audiencia, las ciudades de *arriba*, Imperial, Villarrica, y Osorno, a beneficio de un sosiego que nadie parece querer interrumpir, crecen en vecindario, doblan en riqueza, ensanchan su comercio, y la industria fabril toma en aquella última colonia un admirable desarrollo; verdad es que nunca con mayor conato, ni con tanto fruto, se habían laboreado las minas de *lavadero*, porque en los conquistadores, como en los indios, habían penetrado profundamente las amonestaciones y consejos del piadoso prelado Marmolejo, y las tribus entraban en vida social, cristiana y laboriosa, constituyéndose en pueblos con una docilidad sin ejemplo hasta entonces.

CAPÍTULO IV

Don Melchor de Saravia, presidente y gobernador del reino. Su salida de Santiago yendo a Concepción. Concejo o junta de oficiales generales. Pillataru en Mariguenu. Lo atacan los españoles. Son éstos derrotados. Vuelve don Melchor de Saravia a Concepción harto avergonzado de su derrota.

(1568)

Aunque de indómita y belicosa índole, los indios no siempre se levantaban por el solo afán de hacer armas contra los españoles; ocasiones hubo, en efecto, en que éstos provocaban las revueltas por el incorregible empeño de extender su dominación, o de recobrar lo que sus enemigos les habían quitado; y ocasiones hubo también en que fue motivo de levantamientos el duro proceder de algunos orgullosos encomenderos, y el supersticioso sentir de otros cuya imperiosa voluntad quería convertir en ascetas hombres a quienes nada, o muy poco, se les tenía dicho de una nueva religión, enteramente en pugna con la que ellos aprendieron en el libro de la naturaleza.

Los indios de paz podían aunarse muy bien con la observancia de las fiestas, porque la holganza provechosa la encontramos todos; pero que sin arraigada fe, y resuelta vocación para la penitencia, hoy se hagan al palo, el viernes al ayuno, la cuaresma a la vigilia, y los domingos a ver en los templos, con devoción y compostura, oficios que no entendían, sólo pudieron creerlo los hombres de aquella época tan intolerante y visionaria, como rica fue en proezas.

Y contra la eficacia de esas medidas, que entonces salían únicamente de la voluntad particular, pero que más tarde se convirtieron en ley del poder espiritual y del temporal, nada más a propósito que la relajación misma de los conquistadores²⁷, cuyos vicios y torpezas acaso se ostentaran más descosidos que los que reprendían a los infieles.

Es verdad que ninguno de los ramos de la pública administración podía robustecerse en el continuo vaivén de aquella exterminadora lucha, y el de la justicia era el más impotente de todos ellos, pues tenía que cerrar los ojos para no ver los crímenes,

²⁷ Ya veremos pronto excepciones, que aquí no entendemos decir sino de las masas, y de una inmoral soldadesca contra la cual alzó la voz un ilustre prelado de quien hemos de hablar luego.

o mejor, verlos y tolerarlos a trueque de no descabalar los pocos brazos que servían de sostén a la conquista. Los ministros del Evangelio, que en sus principios seguían las banderas, ya en calidad de capellanes, ya en la de misioneros, a este tiempo o por causa de achaques, de ancianidad, de cansancio, o de todas esas cosas cogidos, se retiraban a las poblaciones mejor defendidas, en las cuales levantaban conventos para vivir en comunidad y quietud, quedando por lo mismo los campos de indios de paz, y las encomiendas sin pastores, sin directores celosos. Así, los naturales, aunque gran parte de ellos bautizados ya, volvieron insensiblemente y sin estorbo a sus groseras, y tal vez asquerosas costumbres; así, los mismos españoles, faltos de la palabra espiritual, sin juez ni ley por delante que a raya tuviera las pasiones, no tardaron en familiarizarse con el libertinaje, y en vida común con los indios, trabajo costara el adivinar por los hechos, cuál de las dos familias servía mejor al *Pillán* de los araucanos.

Contra males de trascendencia tanta, remedio meditaba la Real Audiencia, más para que el remedio fuera eficaz, era menester acabar la guerra, y lejos de acabarse daba muestras de mayor ensanche. También Felipe II, sin enmienda de los informes que le movieron a sentar a Chile el supremo tribunal, y deseando que éste marchase lleno y ordenado al fin de su tan importante cuan esclarecida misión, vino en otorgar la presidencia y gobierno del reino²⁸ al licenciado don Melchor Bravo de Saravia, natural de Soria, y decano de la audiencia de Lima. Con recibo del real despacho se puso ese personaje en camino para Chile, y aportó a Coquimbo sin accidente ninguno, e instruido de su llegada, el cabildo de Santiago dispuso que su alcalde Juan Jofré pasara inmediatamente a felicitarle; mas como se le anunciara enseguida que el nuevo gobernador pensaba trasladarse a la capital, visitando de paso la tierra, fue acuerdo del 5 de agosto el nombramiento de alférez real a Gerónimo González “para que salga con el estandarte y el Cabildo a recibirle”, sin que tampoco tuviera efecto esta disposición, pues vemos que es el alcalde Francisco Riberos quien fue al encuentro de Bravo de Saravia.

Entró éste en Santiago el 16 del propio mes²⁹, presentó su despacho al cuerpo municipal “con facultad de repartir los indios que se hubiesen de encomendar”, y quedó reconocido y proclamado con el triple carácter de gobernador del reino, capitán general y presidente de la Real Audiencia.

Hasta el 24 de septiembre permaneció el presidente en Santiago mejorando algunas disposiciones administrativas, tras lo cual se puso en camino para Concepción, yendo hasta Maipú acompañado del alcalde Juan Jofré y de un regidor; los cuales, al despedirse, le dejaron una corta escolta sacada de Santiago para resguardo del supremo jefe hasta su entrada en aquella ciudad, donde de nuevo se hizo recibir con los tres mencionados títulos.

Esa travesía desde Coquimbo a Santiago y de Santiago a Concepción de mucha utilidad fue para el país. El equitativo e inteligente Saravia tuvo en ella la ocasión de notar cuan grande era el desconcierto de la naciente sociedad, y cuantos

²⁸ Real cédula despachada en Madrid el 25 de septiembre de 1567.

²⁹ Erraron, pues, los autores suponiendo que el presidente Saravia desembarcó en Concepción el 15 de abril.

los males que la afligían por lo mismo que tan embriagada la tenían ya los vicios. Así es que sin perder instante ordenó al licenciado Egas Venegas una visita general por todo el reino, con cargo de asentar medidas uniformes y comunes: 1° para la pronta, y por ningún título excusada, satisfacción del *quinto* real; 2° para el pago semanal, y abono, de atrasos en los *sesmos*, que a los indios se les fuera en deber; 3° para señalar de una manera estable cuál servicio habían de hacer los indios encomendados, y cuál salario los encomenderos debían abonarles; 4° para distinguir las atribuciones de los encomenderos, como los derechos de los encomendados, y hacer que éstos fueran tratados con suavidad y moderación; 5° para obligar que cada encomendero se procurase a sus expensas, por lo menos un sacerdote encargado de la educación cristiana de la familia encomendada; 6° en fin, para poner en cada partido un protector de indios, el cual los había de defender, y traerlos en recurso a la real justicia, hasta quedar vengados los agravios que se les hubieren hecho.

De estas acertadas disposiciones con lucimiento salió Egas Venegas, corrigiendo escándalos y abusos, y asentando medidas de tal severidad, que como por encanto parecía renacer el arreglo de las costumbres y el mejor estar de los indios, en todos los establecimientos sumisos a la ley castellana.

Entretanto no se mantuvo ocioso el Presidente, antes con auxilio de personas de saber y de probidad, puso empeño en la pacificación de las tribus revueltas entre los ríos Maule y Biobío, la logró, y con las mismas máximas de prudencia y de paz se dirigió por medio de ulmenes convidando a las parcialidades de los subandinos y llanos de Angol a la provincia de Chiloé, para ver satisfecho, y en breve, como todas ellas depusieron sin exigencias las armas.

Quedaban, empero, los estados de Arauco, Tucapel y Catiray, de cuyos estados que no quisieron escuchar proposiciones, salió el toqui Pillataru con seis mil guerreros, apostándose en la memorable Marigueñu, o cuesta de Villagra, y desafiando, por decirlo así, al gobierno de Concepción.

Contra insulto tal de nada servían las palabras; era preciso acudir a las armas, y esto es lo que determinó el presidente Saravia, guardando de general a Ruiz de Gamboa, de maestre de campo a Miguel de Velasco; pero como quisiera él mismo presenciar las operaciones de esta campaña, y también dirigirla, declaró por gobernador interino de Concepción a Lorenzo Bernal.

Puesto, pues, en marcha con doscientos sesenta españoles, y quinientos auxiliares, y como le esperaran ya cuatro lanchas en las aguas del Biobío, a su desemboque en el mar, le atravesó con toda su gente sin tropiezo, y siguió pacífica y ordenadamente hasta asentar su real en Colcura, a falda septentrional de la cuesta sobre cuya cúspide se mantenía Pillataru.

Llegada la noche hizo el Presidente que se formase un como consejo de guerra, para concertar el modo y medios con que acometer al enemigo, pero con la incalificable premisa en que se asentaba, no una consulta de pareceres dejados en absoluta independencia, sino la marcada resolución de la autoridad suprema, contra cuyo entender muy pocos son los hombres que se anuncian, porque pocos son los que, en el desagrado de quien tanto puede, incurrir voluntariamente quieran.

En efecto, abrió el Presidente la junta de generales proponiendo muy resuelto que convenía empezar por el reconocimiento del campo enemigo y sus trinche-

ras, con sesenta hombres al mando del maestro de campo Miguel de Velasco, y a opinión tan anticipada, sin gran temple de alma, sin un exquisito celo por el bien común, no resiste nadie. Así es que la lisonja aplaudió, la cobardía aprobó, pero la firme convicción de una inevitable ruina inspiró a Velasco, no obstante haber adherido al parecer, un astuto rodeo, deslizando la expresión de que pudiera ser, en aquellas circunstancias, de sumo provecho el dictamen del capitán Pedro Cortés con quien no se había contado, siendo el mejor conocedor de las entradas y salidas del campo que los araucanos ocupaban.

A Saravia no le gustó la propuesta, pero por no pasar plaza de temerario, mandó venir a la junta a Cortés, y consultado este partidario sobre asunto ya resuelto, respondió con admirable tino: “Le sería muy satisfactorio ser del número de los sesenta hombres destinados al reconocimiento”, sólo que llamado con imperio por el Presidente a pronunciar un voto positivo, manifestó sin disfraz la inutilidad, como el grave riesgo, de ir a reconocer un punto que todos los españoles tenían visto y medido, bien a su costa. “O ir todos contra el Toqui, exclamó Cortés, o contarnos por perdidos si las fuerzas marchan divididas”.

Pagó Bravo de Saravia la llaneza con denuestos, mas como leyera en los semblantes de todos cuantos a su primer dictamen habían suscrito que las razones de Cortés ellos también las reconocían, ya que no tuvieran valor para expresarlas, determinó que fueran al reconocimiento ciento veinte españoles y trescientos auxiliares, en lugar de ser sesenta; que con eso se hacía mayor el desatino.

En efecto, con el primer albor del día comenzó a subir al cerro aquella gente conducida por Miguel de Velasco, y llevando la retaguardia el general Ruiz de Gamboa, sin que Pillataru diese muestra de querer estorbarlo; mas en cuanto viera que los españoles torcían el último caracol que a la cumbre llevaba, cargó con tan furioso ímpetu, con tan crecido número de soldados, que aquéllos se vieron envueltos, gravemente ofendidos, y en la imposibilidad de ofender, sino con arma blanca, de la cual echaron mano para ver de salir de la horrible confusión.

Aumentó ésta en breve, porque desbocado el caballo de Miguel de Velasco, saltó al centro del campo enemigo con su jinete, y como Pillataru lo notara, recargó con un numeroso cuerpo sobre la vanguardia enemiga, y acaso lograra deshacerla si tan a punto no corriera Pedro Cortés para mandarla, y si para mayor asombro del Toqui no apareciera de nuevo en cabeza de filas el maestro de campo, arrebatado de entre los araucanos por un valiente militar cuyo nombre ha perdido la historia.

Con todo, ni el arresto de los españoles, igualmente que el de sus auxiliares; ni la presencia de ánimo de los jefes Velasco y Cortés; ni la temeridad de Francisco Hernández Rondón penetrando más de cien pasos al campo araucano, del que arrancó un español que allí tenía prisionero, nada bastó a contener el vigoroso empuje de los indios, y fue preciso declararse en retirada, con la sensible pérdida de cuarenta y cuatro españoles y cien auxiliares que tendidos quedaron en el pecho de aquel hadario e imponente cerro³⁰.

³⁰ No se concibe por qué no pensarían los españoles en guardar esa tan ventajosa posición con un fortín en la cresta. Haciéndolo, hubieran ahorrado mucha sangre, y su línea de fortificaciones tuviera comunicación más segura.

Llegaron los fugitivos al cuartel general para referir al Gobernador el lamentoso éxito de sus descabelladas disposiciones, y sacarle al rostro indicios de pesar, de horror, de confusión y de espanto, comenzando, sin duda, a comprender que cabe mucha intonsa en materia de armas, aun cuando uno sea muy lince en la de la letras.

Así, entre desesperado y corrido alzó su campo, trasladándose a orillas del Vergara, en cuyo punto remitió el mando a Martín Ruiz de Gamboa, ordenándole pasase inmediatamente a Arauco, y trasladase su guarnición de cuarenta hombres, que mandaba Gaspar de la Barrera, a la ciudad de Cañete, Gamboa marchó al descargo de esta misión en acelerada jornada, doblando los cerros de San Gerónimo, y llegando a Arauco sin obstáculo; pero al paso con el presidio de aquella plaza para Cañete, le salieron unos seiscientos araucanos, que, si bien fueron rotos, y no mal escarmentados, todavía fue a costa de ocho castellanos que en la pelea murieron.

Sin la costumbre que tienen los indios de celebrar sus triunfos sobre el campo de batalla entregándose por muchos días a un loco deporte, a excesos y borracheras, y juegos que los suelen traer a un enajenamiento de ánimo torpe e insensible, o mejor, si los indios no durmieran tanto sobre sus laureles, perdiendo en la inacción las resultas del triunfo, no cumpliera Gamboa tan a su satisfacción el encargo que el Gobernador le encomendó esta vez. Pero está Pillataru en medio de bailes y de comilitonas, y el general español tiene tiempo para poner la corta guarnición de Arauco en Cañete, para volver al Vergara en donde le esperaba el Presidente, y, en fin, para marchar en compañía de éste hasta Concepción, en donde entró Saravia no poco escocido, reflexionando cuánto desmerecería su nombre en la opinión pública, con conocimiento de su tan insigne, cuan funesta, bisoñada.

CAPÍTULO V

Obispado de la ciudad Imperial. La fortaleza de Arauco arrasada. Pillataru en Quiaipo. Expedición de Gamboa a las tierras de Pelantaru. Esfuerzos del Presidente en favor de la administración de la justicia. Sus disposiciones legislativas. Marcha el gobernador a los Infantes. Vuelve a Concepción. Muere el ilustre Barrionuevo.

(1569)

Corrían las armas castellanas por entre triunfos y derrotas, pero entretanto el Reino de Chile se iba haciendo cada vez más grande, cada vez más ilustre. Ya tiene en su centro el supremo tribunal de justicia; su capital se envanece considerándose ennoblecida con una mitra cuya modestia, simplicidad y virtudes recuerdan los hermosos tiempos de la Iglesia Católica, y para mayor lustre, viene ahora Felipe II asentando en Imperial otra silla episcopal, destinada al ilustrísimo y reverendísimo fray Antonio de San Miguel, del orden seráfico, y guardián del convento de la ciudad de Cuzco, según bula que, a presentación del rey de España, expidió el papa Pío V el 30 de diciembre de 1567.

Este sabio y celoso prelado confirió poder al licenciado don Agustín de Cisneros para que rigiera su iglesia, mientras su consagración, que ocurrió en Lima el 9 de febrero de 1569 por ante el ilustrísimo arzobispo de aquella capital doctor don Gerónimo Loaíza; mas no parece que viniera a su silla hasta mayo de 1571³¹.

Las rentas decimales del obispado de Santiago, a cuya jurisdicción pertenecían entonces todas las iglesias del reino, apenas si llegaban a ocho mil pesos; pero con

³¹ ¿Fue ésta la primera silla episcopal de Chile, o la de Santiago? Tal es la cuestión que todos los historiadores han agitado, y que ninguno ha resuelto con acierto. Es constante que el obispo San Miguel no vino a su iglesia hasta en 1571; constante que en virtud de la referida bula de 1567 erigió la parroquia de Imperial en catedral, con título de Santa Iglesia del Señor Arcángel San Miguel; constante también que esa iglesia no se vio completa hasta el 1 de abril de 1574, en cuyo día se le dieron todas cuantas dignidades corresponden al cabildo episcopal. Argüir con que la mitra de Imperial ya la tenía otorgada Pío IV por bula de 22 de abril de 1563, también en favor del referido San Miguel, no prueba primacía, ni aun nominal, puesto que la bula de Pío IV en favor del obispo de Santiago, el célebre Rodrigo de Marmolejo, es de 27 de junio de 1561. Que San Miguel asistiera al concilio provincial celebrado en Lima en 2 de marzo de 1567, y que en él se le llame obispo de Imperial, no concluye tampoco por los que le quieren poner primer obispo de Chile. Era obispo nombrado desde 1563, pero no obispo en ejercicio en su diócesis.

aquella novedad no solamente hubo que mirar el modo de compartir dicha renta entre los dos preladados sino, también, el de señalar los límites del respectivo dominio espiritual. Se promovió esta cuestión ante la Real Audiencia que la resolvió *incontinenti*, poniendo el 19 de enero de 1569 a don Agustín Cisneros en posesión³² de la tierra que media entre el río Maule y Chiloé, declarada diócesis de Imperial; y diócesis del obispado de Santiago desde el dicho Maule hasta Copiapó.

En esto se andaba cuando llegó aviso de nuevos movimientos del Toqui en dirección de Cañete, y Melchor Bravo de Saravia hizo que Ruiz de Gamboa y Miguel de Velasco con ciento veinte españoles, y otros tantos auxiliares, pasasen a proteger aquella ciudad. Pillataru gastó más tiempo que era menester en arrasar la abandonada plaza de Arauco, y como sus espías le dijieran que en Cañete había fuerza y una muy esmerada vigilancia, se acuarteló sobre las ruinas de Quiapo, dejando algunos cuerpos sueltos para correr las cercanías y evitar así una interpresa.

A tres días después de apostado en aquel punto, apareció la columna de Gamboa, que se descolgaba por el camino de Purén, y el general español, descubriendo el campo enemigo, hizo alto como determinado a retroceder, teniendo por insuficientes las fuerzas que mandaba, para con enemigo tan numeroso y regularmente defendido.

Los capitanes Pedro Cortés y Juan Ruiz de León, que en la irresolución de su jefe creyeron leer la idea que le dominaba, se adelantaron a decirle que el no presentar batalla a Pillataru, y huirle, había de acarrear consecuencias muy fatales, que el toqui araucano saldría picando la retaguardia y corriéndola hasta Cañete, pues a tanto se le autorizaba dándole la señal de que se le temía; y como también Velasco exprimiera el mismo parecer, Gamboa resolvió el ataque, y la columna castellana continuó su marcha de cara a los indios.

No se engañaron Cortés ni León. Tan lejos estaba el Toqui de querer valerse de sus trincheras para medir su brazo con un enemigo, digno en su loca presunción del más alto desprecio, desde que en la cuesta de Marigüeñu le corriera, que con toda su gente se echó fuera del atrincheramiento, y lo que más es, flanqueando sus haces en opuesta derrota y simulado apresuramiento, como si se pensara en una desbaratada fuga. Con movimiento semejante bien creyó Ruiz de Gamboa que al primer ímpetu quedarían necesariamente rotas las masas araucanas, y por consiguiente cargó más ligero que debiera, pues a una voz de Pillataru toda su gente desplegó con maravilloso arte un perfecto círculo dentro del cual se encontraron los españoles. Gamboa, que reconoció el peligro, en diligencia acudió también con el remedio formando los suyos en cuadro, y comenzando a jugar con los arcabuces que no erraban tiro, y aclaraban las líneas del arrestado enemigo; pero éste no cedía, ya que viera que en dos horas de tenaz empeño ni aun había podido decantar las filas españolas, cuando de las suyas traía tendidos el plomo más de trescientos cadáveres.

Ya en fin, abrió Pillataru el cerco, y se retiró a sus trincheras, quedando el campo español en su lugar, donde se mantuvo todo el día, por si los araucanos pensa-

³² En la parroquia de San Pedro de la ciudad Concepción ocurrió esta ceremonia.

sen en volver a la carga; y como éstos no parecieran dispuestos a segunda prueba, ni Gamboa tuviera por cuerdo el ir a atacarlos al fuerte, los españoles alzaron su real al día siguiente encaminándose a Cañete.

Gamboa se mantenía en aquella colonia, esperando que el Toqui viniera contra ella, que con esta declarada intención salió del cerro de Villagra, y la propia voz corría entre los indios por espías que ambos bandos traían en acción; pero Pillataru no asomaba: algunas partidas insignificantes corrían los contornos del establecimiento español, cubriendo con mentido rumbo los movimientos del ejército indio; y dilatando así las operaciones, la plaza consumía los víveres, y si llegaba a efectuarse el asedio, tanto y más daño que el enemigo pudiera acarrear la falta de mantenimientos. No quiso Gamboa verse en semejante apuro. Resuelto a vituallar a la colonia de manera que de nada careciera, aunque por algún tiempo llegara a verse cerrada, tomó cien soldados y algunos auxiliares, y se dirigió de noche en línea de Purén contra las tierras de un rico y joven capitán o ulmen llamado Pelantaru³³. Llevado por buenos guías, el caudillo español llegó muy de madrugada a la jurisdicción del ulmen, y no tardó en recoger buena provisión de víveres; mas cuando quiso volver con la presa, le cayeron encima más de seis mil araucanos que el Toqui tenía encubiertos en las faldas de los inmediatos montes, y se trabó al instante una desesperada refriega. Gamboa, que sin duda hubo de recordar el buen éxito de la acción de Quiapo, oponiendo al cerco del enemigo un cuadro impenetrable, entró esta vez en el propio sistema, cogiendo dentro de la preciosa provisión de alimentos que había hecho, con empeño de salvarla y salvarse. Mientras le tenían cerrado con fuerzas respetables, a pie firme y con descargas ejecutadas oportunamente, contenía el empuje de sus enemigos; mas en cuanto éstos dejaban desguarnecido un punto cualquiera, el cuadro español marchaba ordenado y siempre en busca de una retirada honrosa. Así es que gastó muchas horas, ya peleando con esfuerzos de un valor incomparable, ya avanzando en busca de su salvación, con la cual contaba si a doblar aquella terrible abra llegara. Hubo aquel día muy poco orden en los indios y, aunque con impavidez dieran repetidas veces contra el cuadro castellano, como nunca se ejecutara en masa, la arcabucería española derribaba y barría a los atrevidos grupos que se arrojaban al peligro, y el estrago acabó con imponer un completo desmayo a los indios, dejando a los españoles libre paso para Cañete, en donde entraron con rico botín, ya que con siete hombres menos³⁴.

³³ Y no *Pillataru* como dicen los historiadores, suponiendo que el general Gamboa fue a saquear las posesiones del Toqui. Pelantaru, o Pelantaro, el mismo que mató al gobernador Ñeñez y Loyola, siendo ya toqui.

³⁴ Las memorias de aquel tiempo y muchas de las historias publicadas, llaman a esta retirada de Gamboa la *bella retirada* equivalente a una famosa victoria. Consta, en efecto, en expediente seguido por Nuño Hernández ante el oidor y doctor Peralta, que Pillataru perdió en esa acción seiscientos indios, y los españoles siete hombres, declarándolo así Diego Cabral, Julián Carrillo, Agustín Romero, Juan Negrete y Juan Gómez, que se hallaron en esta expedición bajo las órdenes de Ruiz de Gamboa. Que la pérdida de los araucanos debió ser considerable, las consecuencias parecen acreditarlo, pues el Toqui tardó mucho tiempo en volver a romper las hostilidades.

Mientras que así reponían las armas castellanas el descrédito a que las trajo en la cuesta de Villagra la impericia del Gobernador, éste trabajaba sin descanso con la Audiencia para que la administración de la justicia entrara en un pie equitativo y beneficioso. Desde luego fue medida muy importante el quitar, así a los corregimientos, como a las justicias ordinarias, la necia facultad de seguir y sustanciar en materias civiles, como en las criminales, sin informe, cuenta, ni apelación a superior, a no ser cuestión capital en crimen, y de enorme cuantía en civil. Bravo de Saravia, hombre, sobre sabio, de una rectitud austera, de un amor al bien común que tuvo muy pocos modelos, dio por tierra con aquella peligrosa prerrogativa, mandando que de las sentencias del inferior pudieran las partes apelar al superior, y conminando con graves penas a cualquier juez que no admitiese lisa y llanamente todo género de apelaciones siempre que en tiempo hábil aparecieran. De paso volvió a recomendar que los encomenderos se portasen con los indios con humanidad y nobleza³⁵, guardándose sobre todo de defraudarles sus salarios y sesmos, porque la menor falta en ello les costaría una multa quíntupla a la cantidad defraudada.

Hubo también nuevas reglas para los tambos, y transportes de unos a otros, con aranceles en que se señalaban los derechos fijos según que los pesos fueran, y como deseara dar al país lustre y fuerza, y no le viera todavía con los suficientes elementos para dar salida a sus miras, ofició a Ruiz de Gamboa diciéndole que si presumía poderse defender Cañete con su propia guarnición y la arrimada de la plaza de Arauco, pasase inmediatamente a los Infantes, en cuyo punto se encontraría él para dar nuevas órdenes.

En efecto, salió el Gobernador de Concepción para los Infantes, y no tardó en llegar a este punto el general Gamboa con la misma tropa que llevado había en socorro de Cañete, y sin perder instante marchó para Perú el maestre de campo Miguel de Velasco, con carta del presidente Bravo de Saravia en la cual pedía al Virrey³⁶ un regular socorro de hombres y de dinero, para traer a la obediencia las tribus de la rebelde Araucanía, que le parecía fácil y natural: en igual error se estrellaron todos los gobernadores.

Tras esto, Lorenzo Bernal fue nombrado maestre de campo, y como los araucanos no enseñaran guerra en ninguno de los puntos, se volvió Saravia a Concepción desde donde comenzó a despachar diferentes embajadas, llamando todos los estados y tribus a una paz que había de ser (decía) leal, duradera, honrosa, y de mucho provecho para ambos partidos. ¿Cómo traducían los indios estas reiteradas amonestaciones? Suponiéndolas hijas del miedo, de la poquísima confianza que los españoles tenían en la duración de su conquista, y por consiguiente solían producir un resultado enteramente contrario al que se buscaba. No fue por cierto esta

³⁵ Sentía en alivio de los conquistados lo mismo que Felipe II, quien, por real cédula de este mismo año, dada en Galapagar a 22 de marzo, encomendaba a la real audiencia de Concepción cuidase del buen trato y educación de los indios, fundando para este fin monasterios inmediatos a las encomiendas, y aun fuera de ellas, a expensas del real erario en este caso, y del real erario y del encomendero en aquél.

³⁶ Éralo entonces don Francisco de Toledo.

vez así, porque Pillataru cayó gravemente enfermo, y ya que los estados araucanos no respondieran al convite del presidente de la Real Audiencia, tampoco por entonces desplegaron su soberbio y ensangrentado pendón.

Apenas tuvo tiempo el cabildo de Santiago para celebrar contento la nueva aurora de paz que comenzó a lucir con la desaparición del toqui araucano, después de los reveses de Quiapo y del valle de Pelantaru, porque vino la muerte arrebatando de la silla episcopal al venerable y muy ilustre Barrionuevo; calamidad que lloraron los cristianos, y también los indios amigos, porque si aquel santo obispo fue para los primeros un consejero piadoso, un director lleno de celo y de inteligencia, con los segundos hizo en muchas ocasiones oficio de un verdadero padre, dispensándoles a manos llenas lo mismo los bienes temporales que los espirituales.

CAPÍTULO VI

Temblor de tierra. Hechos de Bravo de Saravia por el bien público. Llegada del ilustrísimo San Miguel de Avendaño a Imperial. Pillataru muere, y Alonso Díaz declarado toqui. El obispo de Imperial comienza la visita de su diócesis. Don fray Diego de Medellín llamado a la silla episcopal de Santiago.

(1570 - 1574)

Con el establecimiento de la Real Audiencia en Concepción, con las entendidas disposiciones del presidente Saravia para que la justicia no fuera parcial ni arbitraria, aquella ciudad comenzó a prosperar en población y en riqueza, de una manera admirable. Callan las armas; quedan los caminos limpios, expeditos y de todas partes del reino concurren a Concepción gran número de colonos que exponen sus derechos ante el supremo tribunal, o le dan queja de agravios causados por jueces injustos, y tal vez prevaricadores; pero si paz hay sin previo ajuste, si como por instinto los bandos beligerantes han depuesto el exterminador acero de que hasta aquí los hemos visto armados, dijérase que sólo fuera para que la naturaleza hiciera también un importante papel en el cruento drama a que el reino de Chile servía de teatro.

Esa Concepción, en cuyo centro se mira una como *corte* del naciente imperio castellano; esa ciudad de cuya posición topográfica se prometen los habitantes ventura y tesoros, gracias al arrimo de un mar majestuoso y despejado cuyas aguas se intiman con las que vomita el soberbio Biobío; esa Concepción, salida con ufanía y brillo de entre las cenizas que por señal le dejaran las armas de la Araucanía, el 8 de febrero³⁷, la hunde una violenta concusión de la tierra, y sus cimientos los

³⁷ El 4 ponen muchos historiadores, pero contra su decir tenemos el documento del *voto* que escribieron todos los moradores de Concepción en público cabildo en 8 de julio de 1570, en el cual se lee: “Y que en esta ciudad de Concepción por sus divinos e inescrutables juicios sucedió (la catástrofe) el Miércoles de Ceniza de este presente año de 1570, a los ocho días del mes de febrero, a las nueve horas del día, etc.”. El voto fue tomar por intercesor y custodio de aquella ciudad un santo sacado a la suerte de entre todos los que celebra la Iglesia en el año. Salió, pues, la Natividad de la Virgen, quedó por consiguiente resuelto alzarle una ermita en la calle de la Loma, a la cual habían de concurrir, descalzos en solemne procesión autoridades civiles, militares y eclesiásticas, comunidades y vecinos, todos los años, el jueves siguiente al Miércoles de Ceniza, lo cual se siguió ejecutando constantemente.

barre al instante la braveza de las olas que como de propósito envía un piélago enfurecido, ya que el terrible sacudimiento le echa fuera de barrera con espantosa elevación. Día triste y tremendo, conocido con el nombre de *Miércoles de Ceniza*, en el cual, a las nueve de la mañana, ya cubrían las aguas del mar el espacio de lo que media hora antes era una ciudad rica y floreciente, pero para mayor asombro, sin que la catástrofe hiciera apenas víctimas³⁸, aunque de verdad ha de atribuirse a la hora en que ocurrió, y al espantoso bramido que de las entrañas de la tierra salió de antemano anunciando el terremoto, como si fuera de providencia para que los vivientes tuvieran tiempo de buscar en los desiertos campos la salvación de sus vidas.

Cinco meses continuos se mantuvo la tierra oscilante y el mar en desborde; el curso de los ríos estaba atajado; los campos inundados, y hasta las montañas amenazadas de un nuevo diluvio, sintiendo todo el reino de Chile un perenne vaivén, un traque tronitoso subterráneo, como si el suelo estuviera quebrantando todas las materias para luego volarse en pavesas.

La iglesia catedral de Santiago se había concluido el 6 de noviembre de 1568, merced a la generosidad de los habitantes, que respondieron con largueza al don a que el Cabildo los llamó por medio de Juan Jofré, después de haber consumido en ella más de veinticinco mil pesos de fondos públicos, y este terremoto la hundió también³⁹.

Cesó por fin la espantosa oscilación; el mar recogió sus aguas, los ríos entraron en sus ordinarios límites, y como quietas y apartadas de los establecimientos españoles se mantenían las tribus araucanas, aquéllos comenzaron a reparar sus pérdidas con el celo y la actividad que en todas las ocasiones probaron.

La Real Audiencia, así como el cabildo de Concepción, a cuyo frente se hallaban los alcaldes Gómez de Lagos y Diego Díaz, como el corregidor Alonso de Alvarado, como el vicario general y gobernador eclesiástico el piadoso fray Fernando Romero, todos, en fin, apelaron a la generosidad de los moradores de las demás ciudades, para que concurrieran a remediar, como mejor lo entendiase cada uno, la terrible desgracia que cupo a Concepción, y como la caridad fuese aún más allá de lo que era de esperar, se salvaron muchas familias del rigor de la miseria, y volvió a renacer la colonia fundando por cuarta vez sus moradas y sus templos.

A beneficio del público sosiego, y con el constante celo del presidente Bravo de Saravia, la posición de los indios de paz iba ya muy mejorada, y las leyes mantenían un saludable imperio en todos los departamentos; porque los grandes abusos,

³⁸ Dice Herrera que perecieron muchísimos hombres. En el documento de que habla la precedente nota se lee: "Y que Dios por su infinita misericordia, de la cual no se olvida el día de su furor, fue servido que casi ninguna persona muriese, etc."

³⁹ Con vista de estas ocurrencias más de uno de los arrogantes conquistadores llegó a creerse en país gobernado por espíritus malignos, y por causa tan natural en sí, cuanto natural su recuerdo, pues cada vez que los indios veían el afán con que los españoles fundaban casas, templos, y otros edificios, solían decirles: "Trabajo perdido; el *Nuyún* vendrá y os enterrará". Y como casi a la letra se cumplió la profecía, algunos de los españoles supersticiosos no cesaban de decir: *Bien sabían esto los indios, y bien claro nos lo decían.*

los escándalos, y tal vez demasías que solían producir alzamientos y sangrientas guerras, sólo entre algunos de los encomenderos se veían, y como el Presidente, o sea, Egas Venegas en su nombre, había puesto un protector de indios en cada encomienda, ni la codicia ni la barbarie podían ejercerse impunemente. Bueno es decirlo de paso: sea que el tribunal supremo formase empeño en que luciera la justicia pura y sin mancha, porque de esta circunstancia pareciera depender su honra y su estabilidad, sea que los españoles vieran más inmediata en aquél la persona de su Rey, que no en los gobernadores precedentes, cuya carrera y elevación podían valorar ellos mismos, como compañeros de armas, es lo cierto que el respeto y temor a la Audiencia fue señalado y general, cuando de los corregidores y justicias de los demás gobiernos no faltó quien descaradamente se burlara.

Así se iba reformando y morigerando aquella naciente sociedad en la parte política, cuando para mayor fortuna suya le llegó el ilustrísimo pastor San Miguel de Avendaño que la había de enseñar la verdad cristiana desnuda de toda superstición. En principios del mes de mayo de 1571, entró en la ciudad Imperial aquel virtuoso varón, ya consagrado, y el día primero que se presentó en su iglesia, ocupó el púlpito para decir a sus feligreses no otra cosa sino que los indios eran hermanos en Jesucristo, que como a tales hermanos habían de tratarlos, y que el causarles el más leve daño, ora en sus personas, ora en los intereses debidos y señalados al servicio personal que prestaban, culpa era de la que Dios tomaría estrecha y severa cuenta.

Como renovara esa doctrina visitando las encomiendas del distrito de Imperial, al paso que en cada una de ellas dejaba un sacerdote para doctrinero, sucedió que allegado a la propiedad del capitán Pedro Olmo de Aguilera, señor de diez a doce mil indios, éste, o por mucha *devoción*, o por algún remordimiento de su conciencia, ya que declarara no haber defraudado ni un solo maravedí a ninguno de sus encomendados, ofreció al Obispo levantar siete iglesias en las parcialidades de su encomienda, y un hospital con cien camas, para cuidar en él los enfermos, comprometiéndose al efecto con escritura pública, otorgada ante el notario de Imperial Juan Rodríguez⁴⁰.

Volvió el Obispo a Imperial y tomó por cuenta suya el enseñar a los niños doctrina cristiana, que se la explicaba todas las tardes en la iglesia con la mayor paciencia y dulzura; mas viendo cuanta necesidad había de un hospital donde recoger a los españoles menesterosos y a los indígenas cuando sus achaques o enfermedades no les permitiesen ganar el sustento con el trabajo, compró a sus expensas⁴¹ un solar propio de los religiosos de la Merced, y la fábrica se levantó con ayuda de los colonos.

⁴⁰ Eficaces fueron las palabras de este sabio prelado, pues que habiéndole oído predicar el capitán Diego Nieto Ortiz de Gaete, vecino de Osorno, declara voluntariamente ser detentador de más de veintisiete mil pesos *de jornales debidos a sus indios*; dispone que cuatro sacerdotes de arreglada vida se encarguen de toda su hacienda y restituyan lo que en deuda resultare, y muere con pesar de su conducta. Véase p. 285 del tomo I.

⁴¹ Costó dos carneros y diez ovejas, y es preciso que en aquel tiempo fueran de mucho precio aquellas reses, pues que visitando el provincial de la orden el convento de Imperial no sólo aprobó la venta que sus súbditos habían hecho al Obispo sino que la dio por una ventajosa.

Ya que no hay duda que los indios no fueran nunca fieles en sus promesas, ni que prefieran todos ellos la muerte a una vergonzosa servidumbre, todavía se ve que no una vez, sino muchas, quebrantaron las leyes del agradecimiento más por ajenas sugerencias de la presunción resentida, que por resuelto y propio querer. Es prueba de esta verdad la encomienda de Lebquetal, perteneciente al honrado Hernán Pérez.

Cuidaba este sujeto de sus indios con un amor, con un esmero, tal como si todos ellos fueran hijos suyos. Tan pronto se le veía a la cabecera de la cama de los que estaban enfermos, como enseñando a éstos a leer, a aquéllos la doctrina, a los de más allá las obligaciones de sus respectivos cargos; y los indios por su parte públicamente bendecían a la suerte que tal encomendero, o señor, les había deparado.

A esta venturosa y pacífica encomienda llegó por desgracia el mestizo Alonso Díaz⁴², sedujo a los indios, y todos ellos le siguieron caminando contra Concepción en la creencia que habían de aniquilarla sin más de llegar a sus puertas.

Dieron en ocasión en que Miguel de Velasco acababa de arribar con doscientos soldados, y provisión de municiones, con que le despachó al instante el virrey de Perú don Francisco de Toledo, y el presidente Saravia hizo que Lorenzo Bernal al frente de ciento cincuenta españoles y doscientos auxiliares diese contra los insurgentes hasta castigar cumplidamente su arrojo.

Alonso Díaz, muchacho de exagerado arresto, bien hubiera ahorrado a Bernal el trabajo de andar el camino, y a las cercas de Concepción se allegara, a pesar del inesperado incidente; pero algunos de los veteranos que le seguían lograron reducirle a que retrocediese para tomar posiciones favorables en la punta de la cadena de muelas que suben hasta Gualqui, en cuyo lugar se apostó, en efecto, acudiendo al campo armadas todas las mujeres y familias de los sublevados. Bernal no respetó la ventaja del enemigo, antes suponiéndole nuevo en armas y no poco embarazado con tanta mujer como consigo tenía, se puso a subir la montaña con la firme persuasión de que en un cerrar y abrir de ojos había de desalojarle; pero Díaz y cuantos le seguían acreditaron que no habían enarbolado el pendón para huir cobardemente, sino resueltos a mostrar que estaba en manos harto capaces para defenderle. Así la función fue larga y extremadamente reñida, y si por la superioridad de las armas logró por fin Bernal romper las masas indias, desbaratarlas, y ahuyentarlas despavoridas, dejando en el campo más de doscientos cincuenta cadáveres, y cerca de doscientos prisioneros, todavía fue menester comenzar nueva refriega con las mujeres, que, unidas, y llamando cobardes a sus maridos porque huían, con indignación y despecho hicieron frente a los castellanos; muriendo muchas de ellas

⁴² Dice Molina que Díaz contaba ya diez años entre los indios de guerra, *donde se había hecho distinguir por su valor y por su habilidad*. ¿En qué batallas se le ve distinguiéndose? Muchas hubo en diez años y ninguna le cuenta. Ni contarle podía. Este joven nunca antes de ahora había estado con los indios. Pretendió en Concepción entrar al servicio de las armas, pero con condición de que desde luego se le diera el alferazgo. El presidente Bravo de Saravia no hubo de ver causas bastantes para admitir la condición, y como viera Alonso Díaz desestimada su demanda, resolvió vengarse pasando al partido contrario. Tal es la causa que produjo el levantamiento de Lebquetal y, aunque no fueran satisfactorias para los indios las resultas, Díaz logró en ellas el hacha de toqui, como lo veremos después.



LACUNA DE AGUEU.

en la rabiosa pelea, y las restantes, que fueron hechas prisioneras, se dieron muerte ellas mismas por la noche, siéndoles esto más dulce y más digno, que el haber de vivir sumisas a sus aborrecidos vencedores.

Tal fin tuvo la primera prueba de Alonso Díaz, volviéndose Lorenzo Bernal a Concepción con los doscientos prisioneros, y sin más pérdida que cinco españoles y doce auxiliares.

El presidente Bravo de Saravia no podía recordar sin sumo sentimiento que causa había sido él mismo de la derrota de Mariguéñu, y resultas de ésta el abandono de la plaza de Arauco. Pensaba continuamente en medios con que recobrar este punto, y con el nuevo refuerzo que acababa de recibir, y con el feliz éxito de la expedición de Bernal, ya le pareció ocasión oportuna para levantar y repoblar aquel fuerte; por tanto cogió los doscientos soldados de Perú, y unos ochenta veteranos más, con algunos auxiliares, y rompió marcha por la costa, llegando a Arauco sin contratiempo, comenzando desde luego la reedificación de la plaza sobre sus antiguas ruinas.

Ya en esto había fallecido el toqui Pillataru, y los araucanos todavía se mantenían sosegados; mas en cuanto supieran que los españoles reponían otra vez el establecimiento arruinado, lo tuvieron por una provocación, y la flecha comenzó a correr todas las tribus⁴³. Sin embargo, tiempo se dio para que los españoles acabaran con su empeño, quedando Arauco con buen presidio, y rico almacén de municiones de boca y guerra, regresando enseguida el Gobernador a Concepción por el mismo camino de la costa.

El desertor Alonso Díaz se había rehecho del quebranto que le hizo sufrir Bernal, y corría arrasando los campos de Villarrica, al paso que también ponía en armas todos los indios de aquel país. Con noticia los cuatro butalmapus del atrevimiento y de la actividad de aquel joven, y acaso esperando que con distinguirle traerían a su causa gran parte de la generación de procedencia mixta, le declararon toqui en junta general de próceres, habida a consecuencia de la repoblación de Arauco.

Gregorio Bastidas, comandante general de Villarrica, comenzó a reconocerse mal seguro en presencia del atrevido Painenancu⁴⁴, y acudió pidiendo socorro al presidente Saravia para poder hacer armas contra el enemigo que tanto le hostigaba. Unos ochenta hombres le mandó el Gobernador con el capitán Lozano Arias, y con esta gente, y con la que a sus órdenes tenía Bastidas, comenzaron las operaciones contra el nuevo Toqui, que se vio precisado a abandonar aquella tierra, castigado en varios reencuentros, y abandonado al cabo por gran parte de los indios de las inmediaciones de Villarrica, quienes convidados con el perdón doblaron de nuevo la cerviz al yugo extranjero.

⁴³ Empeño en levantar fuertes, empeño en desmembrar las fuerzas y empeño en provocar. Pensar asentarse en país enemigo, cuando ni de hartas armas se dispone para mantener en la defensiva el conquistado, no parece concuerde con las reglas del arte militar. Si Díaz cayera en este tiempo sobre Concepción, sin dificultad la entrara, porque había quedado indefensa.

⁴⁴ Ese nombre tomó Alonso Díaz, en cuanto supo que había sido nombrado toqui de los estados araucanos.

Ese mal empezar de las armas araucanas hizo presumir que la guerra no tomaría por entonces gran fuerza, y el fervoroso obispo de Imperial, que paz apetecía y paz predicaba, aprovechó las circunstancias comenzando la visita de toda su diócesis hasta llegar a Chiloé, en cuyo tránsito cuentan los autores que administró el sacramento de la confirmación a muchísimas personas, y que dejó distribuidos en todas las parcialidades un gran número de conversores evangélicos⁴⁵.

Vacante estaba todavía la silla episcopal de Santiago, para la cual tenía presentado Felipe II al señor don fray Diego de Medellín, del orden seráfico, y natural de la ciudad de su sobrenombre en Extremadura⁴⁶, cuya propuesta estimó S.S. Pío V, por su bula de 18 de junio de 1574. El obispo de Imperial fue el consagrante del R.P. Medellín.

Es de esta época también el importante ensayo a que se aventuró el nauta Juan Fernández, marchando mar adentro en busca de aires generales con que abreviar la navegación desde Perú a Chile, en cuyo viaje se gastaban seis o más meses por llevar los bajeles costeano. En este ensayo descubrió Fernández las dos islas que con su propio nombre guarda la república chilena, y pasó desde el Callao a Chile en sólo treinta días⁴⁷; pero a tan singular servicio se le respondió con una muy seria acusación de *brujería*, de la que quiso la fortuna que los señores inquisidores de Lima le absolvieran, en cuanto llegaran a oír cómo el entendido piloto se proponía hacer que todos los marineros, aunque fueran santos, salieran tan *brujos* como él mismo, sin más que querer seguir igual rumbo con sus naves, poniéndose a unas cuatrocientas leguas aparte de la costa.

Mucho conviniere que de ese decretar del tribunal tremendo tomaran luz la superstición y la ignorancia, y que en los resultados hubiera más que la libertad del diestro y mal pagado Juan Fernández, pero los hombres no se curan fácilmente en materia de creencias, y no tardaremos en ver cómo hasta la misma autoridad política entra también, con la mejor fe del mundo, interviniendo en negocios de brujerías y hechizos, con tanto celo y ardor cual pudiera hacerlo el más escrupuloso inquisidor. Cuando por sólo este motivo fuera, gran bien le resultara al reino de Chile, si se le hubiese dejado la Real Audiencia, cuyos ministros, igualmente que su presidente, dieron hartas prendas de ilustración y de tolerancia, en el corto

⁴⁵ Estimulados también por este caritativo prelado, los cabildos y religiosos de las ciudades de Valdivia y Osorno emprendieron la espiritual conquista de los indios, llevándola con fortuna por los valles orientales de los Andes hasta la laguna de Nahuel-Huapi, y por la costa hasta el río Tolén, entrando en la religión de todas las tribus *llanistas* y *costinas*.

⁴⁶ Así lo dice el ilustrísimo don Manuel de Alday, pero el padre Diego Rosales le supone natural de la ciudad de Lima. En contra de este aserto no tenemos prueba, sólo nos repugna, aunque no es cosa imposible, que en aquella época, y a semejante edad, se le diera a Medellín la mitra, no obstante, su saber y su ejemplar virtud. Lima fue fundada en 1535; naciera, si se quiere, en el mismo año el ilustre Medellín, vendría a tener 36 a 37 años cuando le nombró obispo Felipe II; repetimos que eso no fuera ni imposible ni nuevo; pero este prelado falleció en 1593 a la edad, dicen, de 64 años: ¿Cómo hacer para casar estas fechas?

⁴⁷ Hoy se suele hacer ese mismo viaje en diez y seis a diez y ocho días, con vientos continuos y favorables, y en ocho el de Chile al Callao.

período que los hemos visto en ejercicio de sus funciones. De otro modo lo dispuso el rey de España.

Ya hemos dicho cuáles causas motivaran el establecimiento del supremo tribunal en Chile; otras, y precisamente serían de distinta naturaleza, dieron margen a tres reales cédulas, que casi se suceden una a otra, y que todas ellas prueban por lo menos demasiada ligereza de parte del gobierno español.

El 13 de junio de 1573, dice Felipe II en el bosque de Segovia, que el licenciado Gonzalo Calderón pase al reino de Chile en calidad de juez de apelaciones⁴⁸ de las justicias ordinarias y teniente general, con residencia en Santiago y tres mil pesos de sueldo pagaderos por el erario.

El 5 de agosto del mismo año, nombra en San Lorenzo el Real a don Rodrigo de Quiroga para gobernador del reino de Chile y su capitán general⁴⁹, con asignación de cinco mil pesos de su real hacienda.

En fin, con fecha 26 del precitado mes y año dijo el Rey a la Real Audiencia: “Que por causas cumplideras a su real servicio la tiene quitada del reino de Chile, y agregados sus miembros a la real audiencia de Lima”.

De todas esas disposiciones ninguna noticia tuvo el supremo tribunal de Concepción hasta el 8 de noviembre de 1574, que desde Lima se las comunicó el primer nombrado, licenciado Gonzalo Calderón.

Veremos en el próximo capítulo el cumplimiento de esas reales órdenes, pero debemos aquí decir que las funciones que a Calderón se le encomiendan, dejando de sus fallos recurso para la real audiencia de Lima, fueron muy perjudiciales a Chile; se complicó con ellas y se hizo más gravosa la administración de la justicia, porque Chile ganaba mucho con tener en su propio suelo un tribunal que feneciera todas las cuestiones de derecho o agravio, pero apartar de aquel tribunal la justicia ordinaria por medio de una como segunda instancia, no podía suceder sino lo que sucedió, originar crecidos gastos hasta el día en que, con mejor consejo, fue abolido ese tal juzgado.

⁴⁸ “Con instrucción que de los pleitos que hallare apelados a la Real Audiencia, si esta no hubiere dado sentencia en vista, los fenecza, mas los que tuvieren esta primera sentencia, y los que él sentenciare, se envíen aquéllos, y conceda de éstos apelación a la real audiencia de Lima, que está autorizada para admitir y fenecer cuantas causas vayan de Chile apeladas a ella”.

(Cabildo de Santiago)

⁴⁹ “A vos el capitán Rodrigo de Quiroga del orden de Santiago, residente en las provincias de Chile, sabed: que por algunas causas cumplideras a nuestro real servicio habemos acordado de quitar la nuestra audiencia que al presente reside en la ciudad de Concepción, de esas provincias. Y que vos seáis nuestro gobernador y capitán general de las mismas provincias de Chile”.

(Traslado del cabildo de Santiago)

CAPÍTULO VII

Rodrigo de Quiroga llamado al gobierno de Chile. Juan Jofré corregidor de Santiago. Calderón en el desempeño de su juzgado. Hechiceros. Convento de monjas en Santiago. El Gobernador se dispone a ir en persona contra los indios.

(1575 - 1577)

Entró ese año con un recurso a la Real Audiencia, quejándose Nicolás Nonclares, vecino de Santiago, de que el ayuntamiento de esta ciudad había nombrado para nuevos alcaldes dos sujetos demasiado jóvenes, y por la sola razón de ser encomenderos⁵⁰, cuando otros vecinos dignos y de edad conveniente había en la capital, mas que no tuvieran encomienda. El tribunal resolvió conforme a lo que en la materia había asentado la Corte el 25 de abril de 1554, a petición de Gerónimo de Alderete; esto es, que los cargos concejiles se provean en los vecinos, siendo tales los que tengan casa abierta o *poblada*, aunque no posean encomienda.

La Real Audiencia mandó, pues, que un alcalde saliese de entre los encomenderos, y el otro de entre vecinos de casa *poblada*, siendo este origen para distinguir a esos dos jueces con el nombre de alcalde de *vecinos* el uno, y alcalde de *moradores* el otro⁵¹.

Como recibiera Rodrigo de Quiroga el real nombramiento que le llamaba de nuevo al gobierno de Chile, con expresión de llegar su dominio hasta el estrecho austral de Magallanes inclusive, se presentó este General al cabildo de Santiago en fecha 26 de enero de 1575⁵², y en el mismo día quedó la voluntad real obedecida y cumplimentada.

Se encargó Quiroga del mando justamente cuando el audaz Painenancu corría de nuevo por ambas márgenes del Biobío, causando no pocos daños en los establecimientos españoles, e importándole muy poco las salidas que hacía Miguel de Velasco desde Arauco, con el escuadrón que le había confiado el presidente Bravo de Saravia.

Quiroga, ansioso de apagar cuanto antes esa nueva llama, salió el 1 de febrero no sólo con nombrar maestre de campo a Ruiz Gamboa, y sargento mayor a Gó-

⁵⁰ Llamábanse Marcos Veas y Alonso de Córdoba.

⁵¹ En 1589 se declaró de primer voto al de *vecinos*, y de segundo al de *moradores*.

⁵² Rojas se equivoca diciendo que Quiroga fue recibido en junio.

mez de Lagos, sí también haciendo que en aquel mismo día marchasen contra el Toqui con cuanta gente se pudo recoger en Santiago; yendo, además, el segundo encargado de representarle ante la Real Audiencia y el cabildo de Concepción, pidiéndoles obediencia y cumplimiento a la real cédula en que se le tenía encomendado el gobierno.

Painenancu, que tuvo aviso de este movimiento, no quiso verse entre dos fuegos, antes se retiró al centro del estado de Arauco, esperando recoger en él nuevas fuerzas. El 15 del dicho febrero ya estaba Gamboa en Talcamávida, y Gómez Lagos cumpliendo su encargo en Concepción, donde fue declarado Quiroga gobernador, capitán general del reino y presidente de la Real Audiencia⁵³.

El nuevo gobernador nombró también a Juan Jofré corregidor de Santiago, justicia mayor y su lugarteniente, no obstante, que se deja ver en la capital harto afanado en la reforma de las leyes correspondientes a las minas y a su laboreo, enviando a todas ellas nuevos visitadores, que habían de mirar ante todas cosas por que a los indios no se les defraudasen ni sus derechos ni sus jornales.

Llegó en aquellos días una noticia que llenó de contento a todas las colonias, como que era el mismo Rey el que hablaba en estos términos: “Hemos dado la comisión al capitán Juan de Losada para que de los nuestros reinos de las provincias de Cartagena y Tierra Firme envíe cierta cantidad de gente de socorro para el allanamiento de los naturales de las provincias de Chile”⁵⁴.

Y sin duda ninguna hubo de tener efecto la disposición, aunque no vemos en qué fecha, ni cuántas plazas tuvo el refuerzo, porque el cabildo de Santiago sólo asienta, que “llegó la gente con el general Losada, y en su compañía Hernando Álvarez de Bahamonde”⁵⁵.

No vemos por esto que en empresa alguna entrara el Gobernador, antes aparece presidiendo el Cabildo el día 25 de mayo de 1575, declarando recibido y reconocido en calidad de teniente general y juez de apelaciones de todas las justicias del reino, y con recurso de sus fallos para la real audiencia de Lima, al licenciado González Calderón.

De esta providencia se publicó bando, y despachó en el propio día un traslado en legal forma para todas las ciudades del reino, a fin de que surtiese los convenientes efectos; y con noticia de acontecimiento semejante la Real Audiencia cerró su tribunal en el 8 o 9 de junio inmediato, remitiendo todos los procesos en su

⁵³ No iba a tanto la expresión de la voluntad soberana, mas en eso se ve el desinterés del insigne magistrado Melchor Bravo de Saravia, bajo cuya gobernación vio Chile verdad en la ley, equidad y orden. Resbaló en el arte de las armas, pero, ¡cuánto bien no hizo en el de gobierno!... Celo, solicitud paternal por el bienestar común, sin que hubiera preferencias, pues tanto valieron para él los indios como los españoles, y por lo mismo nunca se le torció la vara de la justicia. Llorada fue su ausencia, y también él lloró el no poder dar a Chile tanta gloria, tanto lustre cual su alma ambicionaba, y cumpliera si Felipe II hubiese resuelto a favor de sus repetidos ruegos.

⁵⁴ Real cédula de 23 de octubre de 1573.

⁵⁵ *Cabildo de Santiago*. Quiroga hace de 300 hombres este refuerzo; el abate Molina le lleva a 2000; muy subido nos parece este número que a ser cierto fuera más sonado, y no dejara de traslucirse en las operaciones militares.

poder existente al juzgado del referido Calderón⁵⁶, marchando los magistrados para Lima, desde cuyo punto se trasladó a España el digno y sabio presidente don Melchor Bravo de Saravia.

En el Estado no aparecía todavía causa ninguna de inquietud, porque el celo de las autoridades, el de los predicadores evangélicos, y también el de algunos encomenderos que, o por inspiración de una conciencia noble, o por particular provecho, anhelaban la instrucción y conversión de los indios, había cumplido una prodigiosa metamorfosis en todas las tribus trayéndolas a la creencia, aunque fuera tibia y falsa, de la ley cristiana, y sólo persistían fuera de ella, y fuera de trato y relaciones con los españoles, las parcialidades del labquenmapu o butalmapu llamado de la costa, centro del indómito araucano propiamente dicho.

Con todo, desmanes y crímenes no pocos se cometían, y más entre los indios de paz, que no acertaban a romper enteramente con sus sortilegos, ni por consiguiente con costumbres de una, aunque bárbara, constante escuela, y de tradición inmemorial. De ese fatal y deplorable camino con la instrucción se les hubiera podido apartar, pero se prefirió siempre la violencia, que nunca hace prosélitos, porque como en los indios, también en sus conquistadores lucía gran dosis de fanatismo y de superstición, y el gobernador Rodrigo de Quiroga acudió para corregir aquellos males, nombrando al capitán Alonso de Góngora juez de comisión que había de recorrer todo el país castigando severamente a los *hechiceros*.

Este capitán salió de Santiago a los últimos del mes de octubre de 1575, y nadie nos cuenta cuál éxito tuvo su misión, ni el lugar en que le cogió la muerte; pero no debió limpiar la tierra de los terribles genios que entonces la infestaran, porque el 23 de enero de 1576, vuelve el Gobernador con nuevo nombramiento al propio asunto, en favor del capitán Pedro de Lisperguer, vecino de Santiago⁵⁷, como si los indios necesitaran de mucho más que de medidas de esta especie para dar contra sus opresores toda vez que fuera coyuntura favorable.

En tanto que Lisperguer recorre las reducciones, con un tan ejecutorio hacer que hasta el mismo Santo Oficio debiera envidiar, el Gobernador presidía en Santiago los cabildos secular y eclesiástico, viéndose ya al frente de éste el ilustrísimo obispo don fray Diego de Medellín. Tratábase en ellos, y en presencia de lo más

⁵⁶ “Enviado de la corte, dice Molina, con el título de visitador, el cual suprimió el tribunal de la Real Audiencia no por otro motivo que por ahorrar gastos al real erario”. Ni Calderón tuvo título de visitador, ni él suprimió la Real Audiencia, sino el Rey, y no expresa las causas que para hacerlo tuvo, como ha debido notarse en la real cédula a este particular referente.

⁵⁷ He aquí este curioso documento: “Por cuanto el capitán Alonso de Góngora, que nombré por capitán y juez de comisión para el castigo de los hechiceros de los indios, fallecido de esta presente vida, y conviene proveer otra persona que vaya a hacer dicho castigo. Porque es cierto que en la provincia de Promaucaes, y en todos los términos de esta ciudad de Santiago, hay muchos indios e indias brujos que matan con hechizos a muchas criaturas, e indios e indias que venden los hechizos públicamente, causa de la disminución de los naturales, y conviene proveer de remedio a este gran daño y confiando esta preservación de vos el capitán Pedro de Lisperguer, vecino de esta ciudad, os nombro para capitán y juez de esta interesante comisión”.

(Cabildo de Santiago)

noble y caracterizado del vecindario de la capital, de la instalación, o sea, fundación, del primer monasterio de monjas que en Santiago se iba a sentar bajo el nombre de *La Pura y Limpia Concepción*, y regla de san Agustín. Las fundadoras, que fueron siete⁵⁸, recibieron el hábito en aquel mismo día de mano del prelado Medelín, y se recluyeron enseguida en su convento situado a distancia de dos cuadras al sur de la plaza. El cabildo de Santiago se constituyó patrono de ese monasterio, del cual cuidó con exquisita solicitud.

Pocos días después (el 12 de octubre de 1577) fue nombrado alcalde de *aguas* Pedro Martín, porque atento el Gobernador a cuanto en bien común pudiera resultar, y como notara que la ciudad solía escasear de aguas en el estío por la mala dirección que se daba a las que suministra el Mapocho, acudió a este remedio con aquel juez encargado de distribuirlas por tanda rigurosa, con retribución, por el trabajo, de dos fanegas de grano que cada hacendado quedó en la obligación de pagar anualmente. Ya había algunos meses que se había tratado esta misma cuestión entre el juez de apelaciones Calderón, y la municipalidad de Santiago, examinando la utilidad y conveniencia de traer a la capital el copioso surtidero de Apoquindo o Apoquimbo y Tabalagua, cuyo pensamiento se realizó después con buenísimos resultados, aunque por vicisitudes, que no son de este lugar, pasó en lo sucesivo.

Ya empezaba en este tiempo a surtir efecto natural la misión del capitán Lisperguer, y ni solamente los promaucaes dieron señas de querer vengar la violencia con que se les atropellaba en sus sin duda inmorales costumbres, sino que los pehuenches asomaron también a los valles de Chillán y Painenancu en las inmediaciones de Arauco.

Fue, pues, preciso pensar con ligereza en preparativos con que hacer frente a la guerra, y como, para dicha de los españoles, llegara en la ocasión con nuevo refuerzo de gente⁵⁹, el Gobernador, que hubo de presumir de mucha gravedad este inesperado alzamiento, reunió cuantas fuerzas hallara a mano, y dispuso ir en persona al castigo de los provocadores, dejando el gobierno en su ya nombrado lugarteniente el capitán Juan Jofré.

⁵⁸ Doña Francisca Tervín de Guzmán; doña Isabel de los Ángeles; doña Gerónima de Atensio Villavicencio; Ana de la Concepción; Isabel Zúñiga; doña Beatriz de Mendoza y doña Ana de Cáceres.

⁵⁹ No se hace mención tampoco ni del número de la gente, ni de quien la mandaba, pero sí que vino el refuerzo de Perú.

CAPÍTULO VIII

Pasa Quiroga a Concepción. Sale contra los araucanos, y los persigue y acosa en todas direcciones. Llega a Osorno y regresa a Concepción. Sale de esta capital para Santiago. Martín Ruiz de Gamboa en Chillán. Azoca en reemplazo de Calderón. Muere el Gobernador.

(1577 - 1580)

En los primeros días del mes de enero, salió Rodrigo de Quiroga de la ciudad de Santiago para castigar a los rebeldes. Lo acompañaron hasta Maipú uno de los alcaldes de la capital y un regidor; pero el Gobernador no hubo de asentar campo hasta orillas del Perquilauquén, desde el cual, y fecha del 17 del referido enero, dice al Cabildo: “Voy con el ejército de S.M. a la guerra y pacificación de los indios rebelados de este reino, y estoy hoy en el real, en el campo de S.M., en el asiento de Perquilauquén”⁶⁰.

De este punto se dirigió a Concepción, con ánimo de pasar el Biobío por la parte de la costa, para arrimarse después a la plaza de San Felipe de Arauco; mas apenas había entrado en aquella ciudad cuando se le anunció que con una división del ejército del Toqui, estaba el capitán Cayancura en el valle de Guadaba, con orden de atacar al fuerte de Angol y a la ciudad de los Infantes. Mientras Quiroga atravesaba las aguas del Biobío, resuelto a coger en sus mismas posiciones a Cayancura, el atrevido Painenancu cruzaba también el mismo río en dirección opuesta, y con apresurada marcha; presumiendo expugnar de interpresa la ciudad de Concepción, pero se estrelló, como la vez primera, en las armas de Lorenzo Bernal, y se retiró maltratado contra Villarrica para que igualmente le escarmentara su gobernador Rodrigo de Bastidas.

Quiroga, por su parte, logró coger a Cayancura en el citado valle, pero aquí la resistencia de los araucanos fue terrible, y a no salir herido su jefe, puede ser que no quedara de los españoles el triunfo. Aquel acontecimiento descompuso los ánimos de la irritada milicia que parecía dispuesta a sacrificarse antes que ceder, y que viendo a su General en la imposibilidad de guiarla, cumplió una no mal ordenada retirada hasta esconderse en los fragosos montes de Nahuelbuta, en los cuales la respetó el Gobernador.

⁶⁰ Cabildo de Santiago.

Reprimido de esa manera el provocativo ardor de los araucanos, comenzó Rodrigo de Quiroga a hostilizarlos por la parte de Arauco y Cañete, cuyas guarniciones reforzó de paso, y marchó talando los campos indios hasta plantear su real en Purén, muy cerca de los pantanos de Rumaco, porque ningún cuerpo enemigo salió a disputarle el paso.

Presupuso el Gobernador que los araucanos no volverían en algún tiempo al campo de batalla, y si cruel e implacable se mostrara siempre con los indios que se le rebelaban, piensa esta vez en la dura suerte que algunos de los encomenderos vuelven a imponer a sus encomendados, y corre a la visita de todas las colonias australes, amenazando hasta con pena capital a quien quiera que un ápice se aparte de las ordenanzas que rigen el buen trato y humana correspondencia que con los indios se ha de tener. En esta visita aumenta el número de doctrineros y de conversores; hace que se construyan nuevas iglesias, y algunas a expensas de dueños de encomiendas que le parecieron merecedores de ésta como especie de multa, en expiación de sus abusos, y finalmente ordena la fundación de algunas aldeas, para que las tribus indias se habitúen a la vida social y política.

En Valdivia sus disposiciones fueron tan justas cuanto interesantes para el comercio, arreglando los tratos y cambios con ordenanzas que si por una parte atajaban el fraude y la usura, por otra procuraban a los mercaderes que arrimaran al puerto todas cuantas franquicias pudieran desear, y el obligado servicio de ser socorridos con cuanto necesitaran sin que bajo ningún pretexto se pudiese logrear con ellos.

Pasó enseguida a Osorno para ver por sí mismo, a más de su excelente fábrica de paños y de linos, la famosísima mina, llamada de Ponzuelo, de oro tan obrizo que a petición de Francisco Castañeda hubo que ligar la pesa con seis quilates menos que el que se extraía de los demás números, para que el comercio corriera igual, como que los numularios comenzaban a no querer, sino el oro de Ponzuelo. No salió el Gobernador de esta ciudad sin haber determinado medios de impulso para las fábricas, y también ordenó se emprendiese la cultura del cáñamo, del que pronto empezó a utilizarse la marina en el consumo de cardaje, velamen, etcétera.

Desde Osorno retornó Rodrigo de Quiroga a Concepción, y no es fácil descubrir si los araucanos le salieron o no al encuentro; se advierte por lo menos que con enemigos contaba, “siguiendo sus marchas sin descuido y acuartelándose con cuidado, sabemos por el mismo Gobernador que tenía su real en el llano de Andalicán, término y jurisdicción de Concepción, donde está alojado el campo y ejército de S.M., a 8 días del mes de marzo de 1578”⁶¹.

Poco tiempo se mantuvo en ese campamento. Páinenancu no quiso mostrarse y por consiguiente tomó el Gobernador sus cuarteles de invierno en Concepción, dándose desde luego a todo cuanto le pareció convenir para que esta colonia prosperara, y también dispensando no pocas encomiendas a militares beneméritos, que para esto y repartimiento de tierras le tenía autorizado en forma el rey Felipe.

Gracias a la presencia del Gobernador, y también al reposo en que le dejaron por entonces los indios, tomó la ciudad de Concepción un vuelo inesperado, por-

⁶¹ Cabildo de Santiago.

que como por encanto se iban cubriendo los solares, desapareciendo las ruinas, robusteciéndose el comercio, y lo que más es aumentándose el vecindario; pero contra tantos y tan consoladores bienes para los conquistadores, vino a salir la intrepidez del pirata inglés Francisco Drake; quien franqueando el estrecho, ni en la mar halló bastante para saciar su codicia, ni tampoco en la tierra, con haber saqueado en Perú el puerto del Callao, en Chile el de Valparaíso. Sí que acudió el virrey don Francisco de Toledo con las naves *Nuestra Señora de la Esperanza* y la *San Francisco*, bajo la conducta, ésta del capitán Juan de Villalobos, y aquella, que hacía de capitana, a las órdenes de don Pedro Sarmiento, ambos encargados de esperar la vuelta del pirata y de castigar su criminal osadía, pero ninguno fue el resultado de esta empresa, como por tal no se cuente el paso de Sarmiento a España, ni resultado debiera prometerse el Virrey, cuando, dejándose ver Drake el 6 de septiembre de 1578, las naves que en su persecución se envían no salieron del Callao hasta el 11 de octubre de 1579. Ello es que el atrevido Drake desapareció de aquellos mares después de haber insultado y ofendido a los españoles hasta saciedad.

A Rodrigo de Quiroga ya le pesaba el ocio en Concepción, y como le pareciera, no sin fundamento, que sí, en la precedente visita hecha a las ciudades del sur, había descubierto más de un abuso en la administración pública, y corregido no pequeños males de los que nunca se suele dar cuenta a la suprema autoridad, abusos y males afligirían también a los moradores de los otros puntos del reino, resolvió por lo mismo recorrer atenta y detenidamente todo el trecho del país que le tenía apartado de la capital.

Salió, pues, de Concepción a los últimos de enero de 1579, y se puso a pasear toda la extensión de tierra que ciñen los ríos Biobío, Claro e Itata, reconociendo vegas y valles, montes y colinas por si tal vez permitieran las circunstancias el asiento de nuevas poblaciones. Cuando se viera sobre las márgenes del río Chillán, que con tanta frecuencia bajaban a visitar los serranos pehuenches, ante un suelo en que la vegetación se ostentaba tan rica y lozana, no pudo resistir al deseo de plantar en aquella hermosa vega una gran colonia en plaza fortificada, que había de servir también como de cuartel constante y general para el ejército de operaciones.

Lleno de esta idea entró en Santiago, y el 18 de marzo de 1579⁶² ya decretó la fundación de la ciudad de Chillán.

⁶² Figueroa supone esta fundación en 1579; Rojas, que dice haberla presenciado, la lleva a 1580. Acaso contara el primero desde que se comenzó, y el segundo desde que se concluyó. Nuestra duda no para en esa insignificante discrepancia, sino en si hemos de decir *fundación o repoblación*. En don Miguel de Olivares, natural de Chillán, y en documentos y papeles de aquel tiempo se habla de un convento u hospicio de la *ciudad de Chillán* bajo el nombre de San Ildelfonso, erigido en los años de 1565, y pues se dice de la *ciudad de Chillán* parécenos que no pudo ser *fundación* la de Gamboa. ¿No pondría esta colonia don Pedro de Valdivia cuando en su famosa expedición de 1546 corrió triunfante desde Santiago todos los llanos hasta el río Itata? Y si ni colonia, ni ciudad, ni siquiera un fuerte se puso en aquel paraje hasta que Quiroga lo ordenó, ¿a qué esas tantas irrupciones de los pehuenches y puelches en las vegas de Chillán? ¿Por qué saquear y arrasara la provincia de *Chillán* esos mismos indios, motivando la expedición de Balsa y del gobernador Pedro de Villagra en 1564, en lo cual convienen todos los historiadores? No es posible que los indios vinieran a saquear a los indios, y si tal hubiera ocurrido, los itatatinos y los chillanes, saqueados y maltratados, no hicieran causa común como la hicieron, alistándose en las banderas de Lig-Lemu. Estamos en que una colonia, o por lo menos una plaza hubo en Chillán antes que la San Bartolomé de Gamboa, mas que ésta se alzara en distinto casco.

Salió inmediatamente contra el proyecto el cabildo de Concepción, y no tan sólo acusando derechos jurisdiccionales que a nada conducían, sino presumiendo gran desmejora para su porvenir, si acaso no le siguiera también una considerable rebaja en su asentado vecindario; pero Quiroga no quiso hacer cuenta de tales alegatos, antes mandó a Martín Ruiz de Gamboa, a quien ya había dado el título de mariscal, y ejercía entonces en calidad de maestro de campo, que con una crecida columna pasase a fundar colonia en Chillán; cuya orden fue obedecida sin ninguna demora, saliendo la ciudad *San Bartolomé*, entre los ríos Chillán y Ñuble, a los 36°4' de latitud austral.

A poco tiempo después de la salida de Ruiz de Gamboa para Chillán, cayó enfermo Rodrigo de Quiroga y, aunque cada día se agravaban sus dolencias, no fue posible apartarle del despacho de los negocios públicos, antes hizo que se le viniera a dar cuenta de ellos al lecho en que yacía postrado, por parecerle que en el bien común se había de resentir demasiado, si por sí propio no le cuidaba. Llegó en esto a la capital el doctor Lope de Azoca con el competente título para relevar de su cargo de teniente general y juez de apelaciones al licenciado Gonzalo de Calderón, cuyas funciones debieron fenecer el 10 de junio de 1579, como que sólo hasta esa fecha suena en los libros del Cabildo; pero aparecen con mayor latitud las facultades de Azoca que las que se le concedieron a Calderón, diciéndose aquel *gobernador* en ausencias y enfermedades del propietario.

Con todo, si recibido en el reino fue en su expresa calidad de teniente general y juez de apelaciones, no del otro título condicional hubo de hacer caso alguno Rodrigo de Quiroga, antes exige que Azoca como todos los demás funcionarios públicos, concurra a su morada, al lecho en que lenta y progresivamente va consumiendo la vida, y desde el cual continúa rigiendo la máquina gubernativa con entera independencia. El cabildo de Santiago hartó insistió por que su querido Gobernador se descargara de tan penosa tarea, o que por lo menos la aliviara encargando la dirección de los negocios de poca monta a segunda persona, que la enfermedad con el descanso pudiera llegar a corregirse; mas vanas fueron siempre las representaciones de esta naturaleza, y así vemos que hasta para la elección de los concejales que debían servir en el año de 1580, fue preciso celebrar junta en la morada del ya desahuciado Gobernador⁶³, cuya vida tuvo fin en la mañana del 26 de febrero, llenando de dolor y de sentimiento a todos los españoles.

Que a la muerte de ese ilustre caudillo con lágrimas respondieran todos los hombres honrados de las colonias chilenas, no hicieron con eso sino pagar una muy corta parte de la gran deuda a que en cuarenta años de una carrera activa y laboriosa los había obligado aquel conquistador, tres veces alcalde de Santiago,

⁶³ “Estando en presencia y en las casas del muy ilustre señor Rodrigo de Quiroga, caballero del orden de Santiago, gobernador y capitán general en este reino por S. M.: nombradamente el ilustre señor doctor Lope de Azoca, teniente de gobernador, y capitán general de este reino, por S.M.; y el capitán Andrés Ibáñez de Barroeta, corregidor; y los capitanes Alonso Álvarez Berrío y Alonso Ortiz Zúñiga, alcaldes ordinarios de esta ciudad, etc.”.

(Acuerdo del Cabildo, 1 de enero de 1580).

dos su corregidor, tres gobernador interino y una propietario con real nombramiento.

Hombre desinteresado, pródigo, amante del bien general, militar entendido y valeroso, igual en su vida pública como en la privada, acreedor por cierto a tantas honras como de sus conciudadanos y del mismo Rey obtuvo, aunque nos pesa el que resbalara, por lo menos en connivencia del irregular proceder del general Castilla, y el que, grande e hidalgo como se mostró en todas sus cosas, no hiciera que el resentimiento de las ofensas que de los Villagra presumiera haber recibido, con ellos desde luego y para siempre se enterrara.

Nació el célebre Rodrigo de Quiroga en Ponferrada; vino a Chile con Pedro de Valdivia, conquistó a Chiloé, y pasa, como su esposa doña Inés de Suárez, por fundador⁶⁴ del convento de Nuestra Señora de las Mercedes, en cuya iglesia yacían sus restos, y se recordaba su memoria con una misa cantada y responso, todos los sábados, y la festividad de la Virgen; tributo de gratitud que en ley habían constituido las venerables religiosas de aquel monasterio para que nunca pereciera el nombre de sus bienhechores.

⁶⁴ Como que a sus expensas se hizo el edificio, y no paró hasta verle poblado con cuantos elementos eran necesarios para perpetuar la regla con dote suficiente en lo temporal y en lo espiritual.

CAPÍTULO IX

Martín Ruiz de Gamboa gobernador. Pasa a Osorno. El doctor Azoca pretende apoderarse del gobierno de Chile. Destiérrale Gamboa. Don Alonso de Sotomayor nombrado gobernador. Expedición naval al estrecho.

(1580 - 1583)

Con fecha 7 de febrero de 1577, había hecho Rodrigo de Quiroga su disposición testamentaria, en el campo de Perquilauquén, llamando para que le sucediera en el gobierno, si a fallecer llegase, a su yerno Martín Ruiz de Gamboa, en virtud de expresa facultad que para ello le tenía concedida el Rey por real cédula de 28 de octubre de 1573. Conocía el cabildo de Santiago aquella disposición, con cuyo motivo se apresuró a oficiar al mariscal Gamboa, por conducto de uno de sus regidores, noticiándole la sensible defunción del Gobernador, e invitándole de paso que se trasladase a la capital a fin de prestar el juramento de ley, ser reconocido y proclamado en la calidad que por llamamiento de su suegro le correspondía.

De mucho contento fue para los araucanos la muerte de Rodrigo de Quiroga, y sin duda tuvieron aviso de ella antes que Gamboa, puesto que ya aparecen armados en los contornos de Chillán unos, en los campos de Arauco otros; por cuyo motivo tiene que responder el nuevo gobernador a la comunicación del Cabildo con poderes para que el doctor Azoca y Juan Hurtado sean en su nombre recibidos, y en su ausencia gobiernen las ciudades del reino⁶⁵.

Esos apoderados aparecieron en cabildo de 8 de marzo de 1580 exhibiendo el competente poder, y pidiendo efecto de la voluntad que en él se expresaba; lo cual tuvo lugar con el reconocimiento unánime de Martín Ruiz de Gamboa por capitán general y gobernador del reino de Chile, en las personas de sus representantes.

Gamboa comenzó, pues, su gobierno teniendo que dar cara a un enemigo, sino numeroso, sobradamente atrevido para mantenerle en constante alerta, causarle

⁶⁵ “Atento a no poder irme a recibir personalmente por estar muy ocupado en las cosas de la guerra, y de mi ausencia podría redundar alguna novedad entre los indios que están desasosegados por tener nueva de la muerte del señor Gobernador, y hallarme yo en este valle de Chillán con el campo y ejército que en nombre de S.M. conmigo tengo”.

(Gamboa al Cabildo, el 1 de marzo de 1580).

daños, y traerle al retortero. Tal cual defendida ya la ciudad de Chillán, y dejando en ella una respetable guarnición, se echó el Gobernador a correr tras los diferentes cuerpos indios que infestaban las vegas del Ñuble y del Chillán, y se refugiaban siempre, y casi sin descalabro, en los espesos bosques con que lindan; de suerte que reconociendo cuan inútilmente gastara el tiempo con un enemigo que parecía jugar de burlas para reír a sus anchas de las armas conquistadoras y fastidiarlas, y teniendo noticia de que en los establecimientos de arriba cometían los soldados de Painenancu no pocos excesos, marchó con su columna a los Infantes de Angol.

Algunos cuerpos sueltos se dejaron ver en aquella tierra, pero tampoco se les pudo dar alcance, volviéndose varios de ellos para la cordillera, y otros como en dirección de Purén, sin que en éstos ni en aquéllos pareciera ir el Toqui. Gamboa se mantuvo pocos días en los Infantes, aunque con fecha 7 de julio firmó en aquel punto una orden por medio de la cual facultaba al doctor Azoca para que diese a persona digna la vara de alguacil mayor de la ciudad de Santiago.

Desde Angol salió para los estados de Arauco, arrasando en sus marchas todo cuanto hallaba de pertenencia de los indios de guerra, que otro tanto cumplían ya también los araucanos en los establecimientos españoles desde el Nuelas hasta Carampangue, pero siempre en cuerpos volantes y como de escapada. Gamboa pasó por la plaza de San Felipe, y sin detenerse fue a sentar su real en Cañete, desesperado viendo que con tanto hostilizar de los indios, sobre no querer ellos empeñarse en función seria, ni siquiera indicios del hacer de su Toqui le presentaban. A pocos días de haber llegado a Cañete ya vino a descubrir que Painenancu no estaba lejos del campo castellano, y que comunicaba desde diferentes atalayas, con todos los cuerpos sueltos por medio de luminarias en la noche, y de ahumadas durante el día. Distribuyó, por consiguiente, sus fuerzas en varias partidas a cargo de comandantes entendidos, que habían de recorrer la tierra en opuesto rumbo hasta ver si lograban hacer que los araucanos se recogieran en un solo punto, o vinieran con su jefe a una batalla formal. Painenancu no por esto cambió su sistema, antes hubo de holgarse mucho viendo esa disposición de su enemigo, y pasó orden a los cabos de todos sus cuerpos volantes para que divirtieran a los partidarios españoles, no entrando contra ellos sino cuando parecieren favorables las circunstancias, pero que cuidaran principalmente de amenazar varios puntos a la vez. Puntual cumplimiento dieron los indios a este ordenar de su General, y así, no las batallas, sino las escaramuzas se sucedían unas a otras, ora venciendo este bando, ora vencido, sin que de semejante guerrear sacaran los españoles otro fruto que un enojoso cansancio, y también la pérdida de muchos soldados, mas que con igual o mayor quebranto salieran sus contrarios, que éstos al cabo lograron por mucho tiempo su fin, viviendo a expensas de los establecimientos extrajeros, con lo que los robaban en sus avances o acometidas, ya nocturnas, ya tal vez ejecutadas en mitad del día con una audacia sumamente arriesgada⁶⁶.

⁶⁶ Dice Rojas que algunos de los partidarios españoles fueron derrotados por los nacionales. No vemos en parte ninguna que en esta ocasión se cumplieran empeños de donde pudiera salir propiamente la palabra derrota. Se jugaron muchas escaramuzas con suerte variable, y siempre sin importancia.

Como ningún resultado satisfactorio saliera de este modo de entretener una guerra que parecía hacerse interminable, por lo mismo que no se lograba escarmentar a los enemigos, recogió Gamboa todas las partidas que andaban en persecución de los araucanos, y con ellas, y con las fuerzas que en Cañete tenía, se encaminó a los paludosos marjales de Lumaco, asentando en ellos su campo para ver si se descubría el Toqui; pues éste era todo su afán, presumiendo que si lograba derrotar, o dar muerte a Painenancu, en breve depondrían todos sus súbditos las armas. Painenancu, sin embargo, no apareció, y el Gobernador despechado se puso de nuevo en movimiento, siguiendo el camino de los llanos, hasta Imperial; de aquí pasó a Villarrica, y fue inmediatamente con su campo a la ciudad de Osorno.

De esta expedición resultó la planta de un fuerte en Quinchilca, destinado a relacionar las ciudades de Osorno y Valdivia con la de Castro de la Nueva Galicia, cuyo fuerte hubo de quedar con suficiente presidio y a las órdenes de Bernardino de Quiroga⁶⁷, dando tras esto el Gobernador un recorrido por los mismos puntos ya registrados, sin tropezar con Painenancu, sin poder frenar el arrojido de los cuerpos volantes que continuaban saqueando los establecimientos españoles. Algún tiempo permaneció Gamboa en la plaza de Arauco, pero íbase a cerrar el otoño y determinó tomar cuarteles de invierno en Concepción; y apenas había entrado en esta ciudad cuando le llegó la noticia de que el Toqui tenía su campo en la margen meridional del Biobío.

Es de presumir que hubiera respondido Gamboa a ese insultante desafío, no obstante la estación, si ocurrencias de suma gravedad no le apartaran del teatro de la guerra. El doctor Azoca hubo de hallarse muy bien con el gobierno que en nombre del Mariscal ejercía después de un año, pero sin duda le dolía también el recuerdo de que regresando Gamboa a la capital, tendría que desnudarse de la suprema autoridad, y para evitar un tan desagradable expediente, no vio medio tan llano como salir diciéndose gobernador de hecho y de derecho, con mejor todavía que el que pudiera enseñar su poderdante.

No tardaron en dar cuenta a Gamboa de esta peregrina salida del doctor, contra la cual tenía aquél más de una arma, que si no fuese bastante oponer la real cédula en virtud de la cual su suegro le había nombrado, y esto equivalía a nombramiento del mismo Felipe II, todavía acababa de recibir provisión del virrey don Francisco de Toledo, en la que, y fecha 26 de abril de 1581, le nombra gobernador interino y capitán general del reino de Chile. Así es que con una escogida escolta salió el Mariscal de Concepción, camino de la capital, cuyo concejo vino a recibirle a Maipú para entrar con él en Santiago el 22 de junio del referido año.

Ruiz de Gamboa hubiera podido imponer silencio a las pretensiones de Azoca, con sólo usar de la fuerza que a sus órdenes tenía, pero se condujo con esmerada y laudable prudencia, no apelando a la disposición de su antecesor, ni descendiendo a cuestionar el derecho con que obrara, no tomando en cuenta la acordada formal del cabildo presidido por el mismo Azoca el 8 de marzo del año precedente, de

⁶⁷ Eso es lo que prueba doña Melchora Sáez de Mena y Quiroga relatando los méritos en que funda su pretensión a una encomienda.

la cual resultaba recibido y declarado gobernador, sino requiriendo al doctor y al Ayuntamiento con el despacho del Virrey, para que se le diera obediencia y cumplimiento. El Cabildo desempeñó este deber el mismo día en que llegó a Santiago con el Mariscal, el 22 de junio, pero Azoca siguió disputando sus pretensiones.

Seguro es que si Azoca disponer pudiera esta vez de alguna fuerza armada, inevitable fuera la guerra civil en Chile; pero sin más elementos de resistencia que su carácter irritable e indómito, se contentó con turbar durante unos cuantos días el curso de la administración con ruidosas protestas, y tal vez descompuestas declamaciones, hasta que perdiendo Gamboa la paciencia le despachó desterrado a Perú, y tras él, uno de los alcaldes de Santiago⁶⁸ con cargo de informar, primero al Virrey, y después al rey de España, de las causas que habían motivado el destierro de aquel juez.

Descartado de ese competidor, fue preciso pensar en poner sujeto que diera curso a todas las causas pendientes, y acaso por evitar gastos a los litigantes, dispuso que, compartido el reino en las diócesis de Imperial y de Santiago, esa misma distribución jurisdiccional tuviese también la justicia, administrándola en Concepción el capitán Alonso de Alvarado, y en Santiago el licenciado Diego de Rivas, ambos con título de tenientes gobernadores.

Los indios de la jurisdicción de la capital parece que seguían en sus costumbres, a pesar del celo con que Lisperguer desempeñara la comisión que le encomendó el difunto Quiroga, aunque por otra parte bien pudiera ser causa distinta la que quiere perseguir Ruiz de Gamboa, como que con distintas palabras la explica nombrando el 14 de octubre un juez de comisión,

“que pase a evitar los daños que los indios se hacen, y especialmente que se cele el de la borrachera, el cual es muy pernicioso y nutritivo de grandes pecados, porque por experiencia se ha visto que en las borracheras idolatran, y los que de ellos son cristianos apostatan y adoran las vacas, fomentan riñas, y se hieren y matan, etc., etc.”⁶⁹.

También comenzó el Gobernador a reformar la tasa de Santillana, y con mejoras de administración saliera, a no tener aviso de que los indios causaban terribles estragos en casi todos los establecimientos meridionales, cuya noticia le obligó a dejar la capital a fines de año, apareciendo con su campo en los Infantes de Angol el 13 de febrero de 1582, no sin haber sufrido insultos del Toqui que le solía ir flanqueando las marchas, y tal vez apretándole la retaguardia.

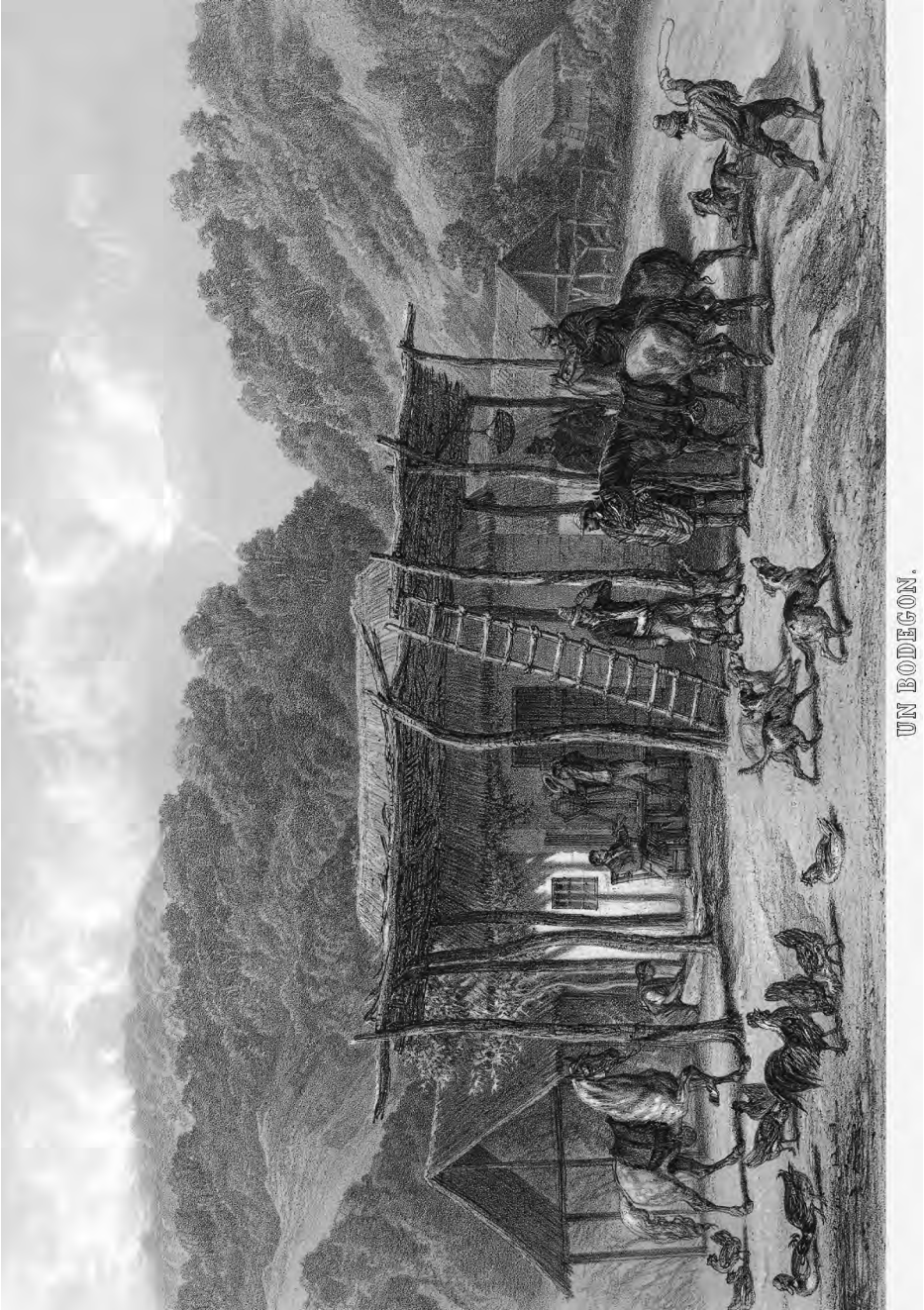
Painenancu hubo de probar ventajas en andar de guerrilla despachando sus fuerzas en distintas direcciones, y con este sistema trajo al Gobernador tan enredado entre aquella ciudad y Villarrica que raro era el día en que no se escaramucearan indios y españoles, sin que en siete y más meses⁷⁰ se hiciese otra cosa que gastar tiempo, y los males seguir en aumento.

⁶⁸ No se da el nombre del alcalde a quien cupo esa comisión determinada en acuerdo de 22 de julio de 1581.

⁶⁹ Cabildo de Santiago.

⁷⁰ El 15 de septiembre todavía estaba Gamboa en Villarrica.

(Cabildo de Santiago).



UN BODEGON.

Ya que las armas castellanas no se señalaran este año con hechos dignos de nota, fecundo fue por otra parte en acontecimientos harto fatales para los conquistadores⁷¹. Hemos dado cuenta de las dos naves que el virrey de Perú despachó en 1579, a caza del pirata Drake, e importa conocer el resultado de esta expedición.

Con Pedro Sarmiento de Gamboa, comandante general de aquellos bajeles, salieron del Callao para el estrecho los padres fray Antonio de Quadramiro y fray Cristóbal de Mérida, y después de haber corrido las costas de Chile y otros mares, aportaron en Cádiz, dirigiéndose incontinenti a la Corte. Presentaron, el General y los religiosos reunidos, a Felipe II, una detallada relación del viaje que acababan de hacer, la planta del reino de Chile y de sus islas, y una memoria en la que, después de mencionados los estragos que Drake había cometido, se acusaban los medios de que conviniera echar mano, para cerrar el estrecho a la piratería y por consiguiente mantener los establecimientos españoles de aquellas regiones al abrigo de sus avances y asechanzas.

Contento entró Felipe en las miras que se le acababan de proponer, y por tanto mandó que su consejo determinase sin demora una conveniente expedición, haciendo un llamamiento al público en demanda de pobladores o colonos voluntarios para las ciudades que de nueva planta se habían de levantar a tiro del estrecho, y que ambas habían de ser plazas de armas.

Mientras el gobierno apretaba el avío de la empresa, S.M. atendió a la provisión del personal no sólo para el mando de la armada sí también para la gobernación de Chile, que interinamente desempeñaba Gamboa; y con este motivo expidió patentes de gobernador y capitán general de Chile a don Alonso de Sotomayor; de superintendente de las proyectadas poblaciones, a Pedro Sarmiento, de almirante a Diego Flores de Valdés, y por último a los padres Quadramiro y Mérida, con las facultades de comisarios generales de indios, solamente dispensadas hasta entonces a fray Francisco de Guzmán, y se les concedió también la de *colectar misión*, y fundar conventos para la conversión de los indios.

Veintitrés navíos aparejados se vieron bien pronto en la bahía de Cádiz⁷², teniendo a su bordo tres mil quinientos hombres, gran número de familias de noble nacimiento, y a más, seiscientos veteranos de Flandes, destinados al servicio del nuevo gobernador don Alonso. Se dio vela en los principios de 1582, teniendo orden el Almirante de dejar a Sotomayor y a su gente en Valdivia, y volver después al estrecho para fundar los pueblos proyectados; pero como si contra esta útil empresa se revolviere la naturaleza entera, en cuanto penetrara el alta mar, o tuvo que chocar contra vientos contrarios, o si otros tomaban las naves en rumbo favorable, sólo era para barloarlas con violento choque, para desconcertarles todo el aparejo, en fin para arre-

⁷¹ Los ilustrísimos obispos de las ciudades de Santiago y de Imperial, Medellín y San Miguel, fueron convocados por el metropolitano para el tercer concilio provincial ocurrido en Lima. Con la ausencia de aquellos virtuosos varones, los doctrineros, y no poca parte del bajo clero, se dieron a una vida mundana, codiciosa y relajada, que corrompió la sociedad, y produjo excesos y desórdenes sin cuento.

⁷² En Sevilla dice Córdova, y que contra muestras de una terrible tempestad el duque de Medina Sidonia hizo dar vela para ver naufragar al instante cinco naves.

molinarlas tal vez formando de repente un ruidoso torbellino que parecía querer botarlas todas a una por sobre el prominente oleaje que desgajaba con furia el soberbio y embravecido piélago. Con todo, éstos no eran sino asomos del proceloso y trágico fin a que marchaba la empresa, dos veces empeñada en penetrar el estrecho magallánico, dos veces desarbolada, sacudida, sumida gran parte en el profundo seno, y arrojada la restante a Brasil en medio de borrascas de un tremendo destemple.

Así, con pérdida de más de la mitad de las naos, y por consecuencia de la gente y enseres que en ellas iban, Valdés dio vuelta a España, y Sotomayor se dirigió a Chile por vía de Buenos Aires. Por lo que hace a Pedro Sarmiento, acometió por tercera vez el paso del estrecho con dos navíos y tres fragatas, y con la fortuna de vencerle llegando a Chile a principios de febrero de 1583, y en compañía de los religiosos Quadramiro y Mérida. En cuanto tomó tierra comenzó la fundación de un pueblo sobre la costa y continente chileno, dándole nombre de Jesús, y concluido y guarnecido de ciento cincuenta soldados, pasó a levantar en una hermosa vega la *Cesárea Magallánica*, o ciudad de San Felipe, distante de Jesús unas veinte leguas.

Quadramiro y Mérida, con no alcanzar a ver en aquellos parajes pueblo de ninguna especie, tomaron una escolta y penetraron por los montes hasta dar en numerosas tribus indias recogidas bajo tiendas, de cuyas gentes parece fueron muy bien recibidos y agasajados. De aquí hubieron de echarse a correr las llanuras que llevan a tierra de los huilliches y cuncos, quienes, como por cosa nueva, les dijeron que los *huincas* (españoles) estaban en guerra con los araucanos⁷³.

En comprobación de semejantes sucesos nada nota el libro del Cabildo hasta en acuerdo de 6 de junio de 1583, en el cual se dio cuenta de un oficio de la real audiencia de la ciudad de la Plata, fechado el 15 de abril anterior, por el cual se le previene a la justicia y regimiento de Santiago,

“se advierta el reino contra la armada inglesa que estaba en Santa Catalina para pasar a poblar en el mar del Sur, cuando llegó la nuestra a Rio de Janeiro para ir a poblar el estrecho magallánico. Y que el gobernador que viene para Chile habiendo salido de Buenos Aires, se estaba previniendo en Santa Fe con los setecientos hombres que traía de socorro para pasar luego a Chile”.

Con esta novedad se puso el Ayuntamiento de la capital en busca de medios que respondiesen debidamente a la tropa que con el nuevo jefe venía, no menos

⁷³ Todas las memorias antiguas concuerdan en los hechos que acabamos de relatar, pero ninguna de ella nos da luz para ver lo que fue de los religiosos citados, ni de los pobladores de Jesús y San Felipe. Unos pretenden que perecieron en manos de piratas ingleses, otros que los degollaron los indios, otros que murieron de hambre y de frío; Córdoba asienta que el 6 de enero de 1587, Tomás Cavendish, habiendo pasado el estrecho con tres naves, y corriendo la costa, llegó a descubrir la ciudad Cesárea llena de cadáveres y con algunos edificios todavía en pie, pero sin más persona viviente que la de Tomás Fernández, que el inglés tomó a bordo, y depuso en el puerto de Quintero. Todavía hay quien supone no haber tenido principio las referidas poblaciones; es por lo menos cierto que infructuosas, tanto como dispendiosas, han sido las investigaciones que al efecto se han hecho, y nos inclinamos a creer que sólo en proyecto quedaron las famosas *Césares*.

que a las provocaciones que de los ingleses debía esperar el reino si a franquear el estrecho llegaran; llamando de paso para que con su autoridad concurriera a esa doble tarea el corregidor de Santiago Lorenzo Bernal, que gobernaba en ausencia de Gamboa⁷⁴.

Este caudillo se mantenía en el teatro de la guerra sin lograr acabarla, sin concluir tampoco un hecho de armas con que dar nombre al período de su gobernación, porque Painenancu huía de formales empeños, y con sus correrías tenía fastidiados a todos los españoles; mas en cuanto aquél supiera que el Rey le había relevado del gobierno, si acaso viera en esa determinación regía un desaire a su persona, un desprecio de los singulares méritos que en la conquista había consiguado, ello es que despachó para Santiago a su hermano don Andrés, con nombramiento de lugarteniente de gobernador, y encargo de entregar por él a Sotomayor, o a su apoderado, el gobierno de Chile, en cuanto a ello se le requiriera.

Gamboa enseguida hubo de trasladarse a Imperial, con orden a todas las plazas de guerra de que sólo mantuvieran una vigorosa defensiva, hasta que el nuevo jefe guiara a su manera los negocios de la guerra.

Mientras el cargo de gobernador, no jugó con fortuna la espada del caracterizado Gamboa, cuya noble progenie tuvo asiento en las inmediaciones de Durango en Vizcaya. Señalado fue, sin embargo, su valor en las mayores y más ruidosas batallas de la Araucanía, y siempre ocupando puestos importantes. Servicios eminentes prestó a la causa del Rey, y vino al cabo a pagárselos éste concediéndole el título de mariscal, empleo en aquella época de los más preeminentes en la milicia, y empleo que de antemano le había dado su suegro Rodrigo de Quiroga. Él hizo la conquista de Chiloé; durante su gobierno fue lo que siempre había sido, hombre sencillo, franco, amigo leal, y recto juez, por cuyas prendas se le correspondió siempre con la estima universal, que ni tampoco le falló cuando apartado del supremo poder descendió a la vida privada, retirándose de la escena militar y política para ni en una, ni en otra, volver a figurar.

⁷⁴ “Que el corregidor don Lorenzo Bernal del Mercado mande que se siembre mucha cantidad de comida en esta ciudad y en todos los corregimientos de este reino, para proveimiento de la gente de guerra que viene. Que así mismo mande juntar y domar cuantos potros se pudiere, y se hagan celadas, sillas y demás arneses. Y que contra los ingleses se vele con centinela en todos los puertos de mar y sus costas”.

(Acuerdo de 6 de junio de 1583).

CAPÍTULO X

Sotomayor en el gobierno. Construcción de nuevos fuertes. Asedio de Villarrica. Sublevación de los indios. Batalla reñida. Alonso Díaz conducido a Cañete y ajusticiado.

(1583 - 1584)

Por todo el reino de Chile vocea la Fama los grandes hechos que ya tiene acabados el gobernador don Alonso de Sotomayor, con treinta y siete años de edad, y son los veintidós gastados en servicio del Rey, comenzándole en calidad de soldado voluntario en las banderas que el duque de Alba llevó a Flandes. Ha asistido a cien batallas; a la prisión de los condes de Ayamor, de Horno y del general Genlis; a poco no se apodera de la persona del príncipe de Orange; muchas y muy gloriosas cicatrices trae en prueba de su valor; la Corte le ha confiado misiones de la mayor honra e importancia; le ha pagado con empleos y dignidades de la más alzada categoría, y no es mucho que el Rey le mande ahora a gobernar uno de los más ricos y hermosos países de América del Sur.

Tanto y mucho más iba de lengua en lengua por todas las colonias antes de que el nuevo Gobernador llegara a pisar el suelo chileno; así es que el ayuntamiento de Santiago hubo de reconocer en el nombre de este gran personaje algo de más superior y respetable, que en cuantos hasta entonces habían regido los destinos del país, el tribunal de la Real Audiencia, incluso: pero no adelantemos los hechos.

Salió de España, como hemos visto, don Alonso de Sotomayor con seiscientos hombres que habían de continuar la conquista de la Araucanía; pero es opinión que sólo cuatrocientos sacara en bien de los terribles temporales con que la sacudió en el viaje una mar irritada, y con los cuales llegó a la ciudad de Mendoza el 28 de junio de 1583 después de no pocos trabajos. Al cabildo de esta ciudad presentó Sotomayor sus patentes, y quedaron obedecidas y cumplimentadas acto continuo, declarándose gobernador y capitán general del reino de Chile. Tras esta diligencia hizo extender el competente poder para que Diego García de Cáceres, vecino de la ciudad de San Juan, pasase a la capital, y en ella se hiciese reconocer con aquellos títulos, en su nombre y durante su ausencia; lo cual tuvo efecto el día 18 de julio siguiente⁷⁵.

⁷⁵ Según Olivares y otros que le han copiado, no fue Cáceres el reconocido, sino que hubo seis: Lorenzo Bernal, Alonso Reinoso, Gaspar de Vergara, Pedro de Lisperguer, Pedro Álvarez y Diego García de

Los cabildantes no quisieron que el nuevo jefe del Estado los cogiera desprevenidos. El siguiente día 19 se reunieron en consejo para determinar el modo y forma con que se había de celebrar la entrada de Sotomayor en Santiago, y fue resolución unánime:

“Que se haga un arco triunfal por donde entre, de adobes y madera, blanqueado y pintado, y puestas en él las armas de S.M., las de la ciudad, y las del nuevo gobernador. Que se compre un buen caballo, si se hallare blanco, y correspondiente silla en que haga la entrada. Que se haga un palio de dieciséis varas del damasco mejor que se hallare, con cuatro cordones de cuatro borlas, con sus goteras de terciopelo del mismo color”.

Esa prelusión pinta bastantemente el entusiasmo con que había de ser acogida la persona de Sotomayor, en cuyas manos se creyó sin duda la exterminadora espada que había de domar de una vez y para siempre la ingénita fiereza de la libre e inmortal Araucanía, mas para que a efecto fuera con forma de más explícita y de mayor solemnidad quiso el Cabildo que con él concurrieran a un mismo fin todas las autoridades de la capital. Por fenecidas se dieron naturalmente las que hasta entonces ejercieran con nombramiento del gobernador Gamboa, y preciso es que Sotomayor no pusiera en su apoderado Cáceres la facultad de proveer a vacaturas de indispensable resulta, puesto que con fecha 23 del propio julio sale el Cabildo poniendo nuevamente de corregidor y teniente general de Santiago y su jurisdicción a Lorenzo Bernal, que acababa de salir del mismo empleo, con la llegada y recibimiento de aquel apoderado.

Sotomayor, hecho desde niño a las fatigas que con la milicia suelen andar siempre, no quiso respetar la nieve que cubría cordilleras, antes pasó por cima de ella trasladándose al valle de Aconcagua⁷⁶, en cuyo punto, y día 17 de septiembre, nombró por protector general de los indios del reino a su hermano don Luis que le acompañaba; éste dio poder, con traslado del nombramiento, a Agustín Briseño, cuya persona se dio a reconocer en aquella calidad ante el cabildo de Santiago, el 20 del mismo mes.

Ya habían salido al encuentro del Gobernador el alcalde de primer voto Gaspar de la Barrera, y uno de los regidores, y aquél entró en Santiago dos días después, es decir, el 22 de septiembre⁷⁷, pasando a caballo el arco triunfal que se alzó

Maldonado... *los cuales gobernaron bien hasta que llegó su poderante*. A ser así no probara de muy diestro en el arte de gobernar el señor don Alonso, pero nosotros nos atenemos a esto: “Y precedido el juramento que hizo (Cáceres) en ánimo de su parte, fue recibido de gobernador y capitán general propietario”.

(Acuerdo del cabildo de Santiago, 18 de julio)

⁷⁶ Su tropa quedó en Mendoza, y no vino a Santiago hasta el enero siguiente, mas no anota el Cabildo qué número de plazas componía.

⁷⁷ Hay autores que pretenden no haber entrado Sotomayor en Santiago hasta el mes de diciembre, otros ponen su entrada en 23 de noviembre; nosotros seguimos el cabildo de Santiago, que es la autoridad fehaciente. En los que anotan el 23 de noviembre no hay sino falta de antecedentes. Sotomayor se negó entrando en Santiago a renovar ante el Cabildo la ceremonia que ya había despachado su representante Cáceres, pero es cierto que ese mismo Sotomayor presidiendo el Cabildo en 23 de noviembre

a inmediaciones de la plaza mayor, y conducido bajo el palio a la catedral, donde se entonó un *Te Deum*, concluido el cual se le acompañó hasta su morada con igual solemnidad. No se ha vuelto a repetir este ejemplo.

Dos días después (el 24 de septiembre) diputó el Gobernador al regidor Pedro de Lisperguer para Lima, con cuenta a la Real Audiencia de su llegada a Chile, y también detalles de las tristes ocurrencias que probado había en el viaje la armada conducida desde España a las órdenes del almirante Valdés.

El Gobernador comenzó su gobierno con nuevas ordenanzas relativas al beneficio de las minas de Choapa, del Espíritu Santo y de Quillota, porque este apego al oro⁷⁸ pecado fue en que con intento más o menos pronunciado cayeron todos los conquistadores: sólo que esta vez se hace más chocante, por lo mismo que, así de contento Painenancu de la llegada de Sotomayor, como los cabildantes de Santiago, formaba al propio tiempo el asedio de las ciudades Valdivia y Villarrica, y se sabía esto en la capital de una manera auténtica.

Siendo, pues, preciso marchar con presteza a la defensa de aquellos establecimientos, Sotomayor dio el mando de las armas, con título de coronel, a su hermano don Luis, a quien acompañó Francisco de Ocampo en calidad de sargento mayor, y estos dos cabos salieron de la capital con doscientos españoles y número más crecido de auxiliares; pero preciso es que la guerra se aparentase con demasiada gravedad, pues que don Luis se para a levantar sobre el Maule los fortines Duro y Butagar, y otro en el cerro de Quellu en el distrito de Cauquenes.

Del cabildo de Santiago no se saca tampoco suficiente luz con que distinguir si era o no grande entonces el aprieto de las ciudades meridionales; se contenta con decir que el 25 de octubre de 1583 “ha leído cuatro cartas de los cabildos de las ciudades de Osorno, Imperial, Valdivia y Villarrica, en que le dan parte de la guerra y del estado en que al presente está la tierra”. Con igual fecha proveyó también el Gobernador la vacante del desterrado doctor Azoca, en el licenciado Diego de Rivas, y debió de durarle muy poco el empleo, pues aparece el mismo Azoca repuesto en sus funciones, y presidiendo el cabildo de Santiago, el 6 de diciembre del dicho año; pero volvamos a las operaciones militares.

Bien servido el Toqui de sus espías supo con tiempo que venían los españoles en socorro de las ciudades sitiadas, y no sintió poco la novedad, porque le pareció que con pocos días más que se le hubiera dejado tranquilo, inevitable fuera la rendición de los sitiados, escasos ya de municiones; como quiera, por si con la columna conquistadora marchase también el nuevo Gobernador, le pareció ser de

para recibirse juez de residencia de todos los gobernadores pasados dijo a los capitulares: “Que por cuanto hasta ahora no está recibido personalmente de gobernador en este cabildo, por haberlo sido por su procurador, ni tampoco haber hecho la solemnidad del juramento por su persona, que ahora les pide ser recibido de nuevo, que se le tome juramento; y todo se lo cumplieron, etc.”.

(Acuerdo del 23 de noviembre 1583)

⁷⁸ Rara era la moneda que circulaba en Chile a este tiempo, y en esto había mucha ganancia para los mercaderes, en grave perjuicio del público que perdía en dar su oro a peso. El cabildo de Santiago, apeteciendo corregir el mal, pidió al Rey, por medio de su apoderado Juan Corella de Ardaz, le permitiese abrir casa de moneda: en su lugar veremos el resultado.

su propia persona el cargo de saludarle saliéndole al camino. Con este arrojado intento tomó dos mil soldados de entre los que circuían la ciudad Villarrica, y con ligera marcha pasó a Quebrada-Honda o Paso-Hondo en término de Quinel, en cuyo punto se apostó distribuyendo su gente en diferentes celadas. Descuidado entró por aquel estrecho el coronel don Luis, pero resuelto y animoso respondió a la carga que en cerco le dieron los araucanos, los cuales fueron rotos al cabo de media hora sin considerable pérdida de uno ni de otro bando, y con gran rabia de Painenancu, de cuyas palabras y arrojó no hicieron esta vez gran caso sus indisciplinadas tropas.

El Toqui logró por fin reunir los bandos desbandados y caminó por atajos a ganar la vanguardia española hasta apostarse en un cerro, siempre cuidadoso de cubrir las fuerzas indias que andaban en la expugnación de Valdivia y Villarrica. Los españoles le volvieron a sacudir en aquella posición, aunque ya con mayor coste, saliendo ensangrentados ambos partidos, sin que por ello escarmentara Painenancu, que volvió a carearse con su enemigo a vista de Villarrica; sólo que como los sitiados reconocieran la columna que venía en su auxilio, ejecutaron una vigorosa salida, y cogidos entre dos fuegos se declararon en desordenada fuga los araucanos, perdiendo entonces más soldados que les habían costado las dos funciones precedentes.

Encargada la persecución de estos desbandados cuerpos a los capitanes partidarios Tiburcio de Heredia⁷⁹ y Antonio de Galleguillos, que comenzaron desde luego arrasando los campos, y llevándolo todo a sangre y fuego en la tierra enemiga, don Luis corrió sus marchas a Valdivia, cuyos sitiadores se habían retirado en virtud de aviso que al intento les comunicó el Toqui en cuanto se vio vencido.

Con esta gente y con la que libró de Villarrica, salió de nuevo Painenancu contra los partidarios, mas habíase empeñado contra él una desleal estrella, y, no obstante, el valor, el arrojó con que se ponía allí donde mayor riesgo apareciera, como Heredia, también Galleguillos logró derrotarle, mas que cara compraran la victoria los capitanes castellanos, pues ellos mismos lo llegaron a confesar.

Tales fueron los resultados de esta campaña, y no hay ciertamente causa para ponderar la importancia de tantas victorias, que no sería mucha cuando con vista de la relación que de ellas y del estado del país enemigo se le hizo al Gobernador, éste despacha, en febrero de 1584, para Angol, una columna de ciento setenta españoles al mando de Lorenzo Bernal, mientras él por su parte entra en preparativos para conducir al teatro de la guerra nuevas fuerzas.

Por ausencia de Bernal entró en el corregimiento de Santiago el capitán Juan Vásquez de Acuña, y para visitador general de las provincias septentrionales, y juez de residencia de todas las justicias, salió nombrado Gregorio Sánchez, siendo también entonces la destitución del mayordomo del hospital, que no se nombra, y que parece había distraído gran parte de los caudales destinados a la asistencia y cuidado de los enfermos.

⁷⁹ Venido con Sotomayor, y también distinguido en las campañas de Flandes.

Sotomayor activaba la empresa que lo grave de las circunstancias le aconsejaba tomar a su propia cuenta y riesgo, porque Painenancu, sobre asomar con ejército rehecho, y acaso más granado que nunca, pues sale con un vicetoqui llamado Chipimo, y éste con un segundo de nombre Mayerebe, todavía tiene en su auxilio los pehuenches y puelches que andaban ya arrasando los campos de Chillán. En Santiago, sin embargo, no debía haber abundancia de tropas, ni tampoco los trenes y bagajes correspondientes a la expedición meditada, pues a más de hacerse en la ciudad y su distrito levas, embargos y llamamientos, para que vinieran a servicio voluntario los que de él estaban exentos, como así lo ejecutaron varios vecinos, entre los cuales cuenta el regidor perpetuo Cristóbal de Aranda y Valdivia y, aunque el Cabildo dice en fecha 17 de agosto de 1584: “Que multa, de veinte pesos, en toda la jurisdicción todos los encomenderos tengan, como es costumbre, en sus pueblos camas y mantenimientos para el ejército que va”, todavía no aparece tal ejército hasta el 14 de noviembre siguiente, en cuyo día da parte el Gobernador de que marcha para Chillán, y tiene su real en la ribera del río Maule.

Iba de maestre de campo con Sotomayor el capitán García Ramón, que también se había señalado en las guerras de Flandes, y a quien esta vez dio el Gobernador la orden de seguir con la caballería en marchas dobles al socorro de San Bartolomé de Chillán, que los pehuenches tenían muy estrechada. Ramón descargó su comisión con actividad y fortuna, libertando la colonia española del brazo enemigo, justamente cuando ya carecía de medios de defensa y de mantenimientos, siendo los indios vigorosamente rechazados contra los montes, después de dejar algunos muertos y algunas docenas de prisioneros. Llegó Sotomayor a Chillán y, aunque todavía no hubiera desnudado su espada contra los araucanos, le pareció de mucha utilidad el estrenarse en la guerra con el impío y bárbaro sistema de G. Hurtado de Mendoza, y así ordenó que los prisioneros fueran inmediatamente despachados a su país con las manos y las narices de menos: éste era el medio más eficaz para que los naturales volaran en masa contra su sanguinario e inclemente opresor. Y así fue. Apenas pasara algunos días de descanso el campo español en Chillán, y mientras levantaba, en los Magues, cerca de Canuco, el fortín llamado San Fabián, cuando Sotomayor tuvo que moverse en línea de los Infantes de Angol, en cuyo punto supo que la comarca de Purén, la de Ninico, las vegas de San Miguel y hacia Maytenrehue y Catiray, todo estaba en armas, aunque, para desgracia de los indios, iban éstos en cuerpos cuyos caudillos cada uno de ellos obraba con absoluta independencia, sin plan ni combinación alguna. Despachó el Gobernador dos destacamentos de ciento cincuenta hombres, al mando del maestre de campo el uno, y había de ir contra la sublevación de Catiray y tierras inmediatas, siendo jefe del otro el sargento mayor, destinado al castigo de los purenes. Pronto lograron estos jefes la dispersión de aquellos desordenados cuerpos, ejecutando en los prisioneros el atroz castigo que de orden del Gobernador se cumplió en Chillán y a más incendiando todas las chozas y campos que en aquellos parajes encontraron abandonados. Painenancu por su parte andaba impaciente en espera de refuerzos que los pehuenches y puelches le habían prometido, pero desgraciado en todas sus empresas, se reconocía sin prestigio, quería adquirirle por medio de

alguna acción sonada y, aunque sin desamparar el lugar a que habían de concurrir aquellos auxiliares, mientras que llegaban, dispuso que su vicetoqui Chipimo pasara a fortificarse en la nombrada cuesta de Marigueñu, y en ella se mantuviese, hasta que él con los serranos fuera a reforzarle.

Con noticia de este nuevo campo, cuyas fuerzas no se señalan, salió otra vez de Angol el maestro de campo a la cabeza de doscientos españoles, y anduvo tan sigiloso y advertido en la jornada, que Chipimo fue sorprendido, roto y despojado de todos sus víveres, con no poca pérdida de hombres: un día más y acaso fuera otra la suerte de las armas araucanas, porque a distancia de seis o siete leguas de la cuesta estaba ya con su ejército Painenancu, cuando los castellanos destrozaban a su descuidado vicetoqui, y cantaban por primera vez un triunfo sobre la cumbre del formidable cerro.

Acabado este hecho, García Ramón regresó al cuartel general de Angol en el cual también estaba ya el coronel don Luis de Sotomayor; de suerte que hecho inmediatamente un alarde de las tropas reunidas, se encontró el Gobernador con setecientas plazas de ambas armas, y un cuerpo de cuatrocientos auxiliares, de cuyas fuerzas sacó trescientos hombres para el teniente general doctor Azoca, encargado de guardar los establecimientos de aquel distrito, y Sotomayor con el resto caminó contra los campos de Purén. No se detuvo muchos días en estos parajes, porque como no diera con habitantes, ni tampoco con objetos en que descargar la ira que el nombre araucano le despertaba, entró por la parcialidad de Licura, con ánimo de trasladarse a Cañete⁸⁰.

Con esmerada precaución le seguía las huellas Painenancu, en cuya compañía iba ya el mulato Eustaquio, esclavo del capitán Martín de Avendaño, y mozo de singular arresto; pero ni uno ni otro querían acometer a los españoles sino a revuelta de los montes, y con este intento ganaron la delantera, emboscándose en lo más fragoso del camino, casi a vista de las vegas del Nuelas. La columna castellana llegó a la celada enemiga, sin muestra siquiera del mal día que se le iba a dar, y pasó gran parte de ella llevando su frente el Gobernador en persona; mas asaltada con brioso ímpetu la retaguardia mandada por don Luis, se empeñó al instante una espantosa refriega que trajo al campo la gente del Gobernador; y confundidos españoles y araucanos, ambos partidos parecían resueltos a sellar aquella jornada con un exterminio mutuo y completo. Painenancu desesperado corría las líneas con hechos que todos admiraban, y que los suyos trataban de imitar; los primeros y más famosos capitanes españoles comenzaron desde luego a dudar de la fortuna, y por no desairarla trabajaban con despechado aliento; la muerte se revuelve furiosa en uno y otro bando; gritos de venganza arranca entre los ensangrentados combatientes, hasta que al cabo de cinco horas de destrozo recíproco, logra penetrar un cuerpo de caballería al ala india que guiaba el vicetoqui Chipimo, se desunen

⁸⁰ Dicen varios escritores que al paso de Sotomayor por Purén, reforzó la guarnición de esta plaza, pero, ¿cuándo se había reedificado? ¿Quién hizo esta reedificación? ¿Fue don Luis de Sotomayor mientras corrió aquellos estados? Si de esto no hay prueba, necesario es suponer que aquello que no pudo tener efecto, y así fue; luego veremos esa plaza alzada y guarnecida.

las masas, Painenancu corre a ordenarlas y contenerlas, la confusión crece, y a un segundo empuje de los castellanos logra el alférez Juan Martín rendir al Toqui⁸¹, con lo cual huyen despavoridos los indios, y causa en ellos un horroroso estrago la columna española.

Esta reñida función, que tanto dio que hacer a los españoles, la sostuvo Painenancu, no con ochocientos soldados, como se ha dicho, sino con más de dos mil, y harto arrojó fue el ponerse con ese número y arma blanca, contra más de setecientos cincuenta hombres que llevaba Sotomayor entre arcabuceros y caballería.

Como quiera, el desertor Alonso Díaz, conducido a la ciudad de Cañete y recibidos los auxilios de la religión, como él mismo lo hubo de solicitar, pagó con su vida las tantas que a los españoles había quitado durante su *toquiato*⁸², y mucho más hiciera ese intrépido jefe si favorecido tal cual vez de la fortuna, con una o dos señaladas victorias hubiera podido granjearse entre los araucanos más fe, y mayor prestigio: esa falta es la que descompuso todas sus operaciones militares.

El Gobernador dejó sus heridos en Cañete, tomó algunos caballos de los que esta ciudad guarnecían, dio el mando de la plaza a Alonso de Reinoso, y marchó a sentar su real en los confines de Arauco, donde se le vio con fecha 20 de diciembre de 1584⁸³.

⁸¹ Otros quieren que Juan Martín descubriera al Toqui escondido en un *colíu* o cañaveral, llamado también en el país *colegual*; tenemos por más probable lo que a este respecto nos dicen nuestros manuscritos.

⁸² Fue ajusticiado, dice Olivares, a los *once* años de su desertión. No disputamos la cuenta, la anotamos solamente porque según Molina no serían *once* sino *veintiuno*. Véase la nota 42 de este tomo.

⁸³ Algunos historiadores ponen todos esos acontecimientos un año más adelante. Volvemos a repetir que nos ajustamos a las fechas del cabildo de Santiago, autoridad contra la cual todo argumento fuera excusado.

CAPÍTULO XI

Cayancura toqui. Sotomayor a Carampangue. Combate favorable desde luego a los indios, y rotos éstos en el segundo empeño. Turuquilla vencido. Camina el Gobernador a Santiago. Varias ventajas de los araucanos. Triunfo de Ramón. Nancunahuel toqui. Abandono de Arauco. Muere Nancunahuel.

(1585)

Con el completo triunfo que sacó Sotomayor de las armas del desgraciado Alonso Díaz, creyó poder gozar un largo descanso en su campamento, pero fuera casualidad, descuido o intención resuelta de alguno de los indios que a servicio de los españoles andaban, ello es que a pocos días de asentado el real castellano en los confines de Arauco, las llamas prendieron con furia en la plaza de aquel mismo nombre, y se hizo preciso atender a una pronta y activa reparación. En cuanto se consiguió ésta, el Gobernador dispuso que quedara mandándola su maestre de campo García Ramón, y él con su ejército se trasladó a Purén, sobre cuyos escombros levantó nuevo fuerte, o sea, una nueva provocación al invencible pueblo de aquel sublevado país, cuando más necesario era el cuidado en conservar, dejando para mejor ocasión el de adelantar la conquista, aumentando poco a poco los establecimientos.

Si diligentes andaban los españoles en su obra, tampoco los araucanos perdían tiempo; con noticia de la muerte de su Toqui, por quien no manifestaron un gran sentimiento, en breve corrió la flecha todas las tribus, y cuando el gobernador don Alonso suponía que en la imposibilidad de formar tropas estaba la Araucanía, salió ésta con su toqui Cayancura, y una división de cinco mil hombres, dispuestos a pasar desde Catiray al asedio de San Felipe.

Sotomayor dejó una buena partida de gente en Purén a las órdenes del capitán Francisco de Fernández, para que concluyera el fuerte, y le guardara, y con la restante se fue a la defensa de Arauco, acampando a una legua de esa plaza, sobre la margen del río Carampangue. No tardó en llegar Cayancura al valle, pero como se le dijera que el real castellano estaba a orilla del río, mudó de propósito, presumiendo ser de mejor consejo atacar de interpresa cuerpo a cuerpo al Gobernador, que no circunvalar el fuerte para verse al instante cogido entre dos fuegos. En este sentir despachó de espía al yanacona Andrés, desertor, que había servido muchos años al capitán Fernan-

do Álvarez de Toledo, el cual tuvo la audacia de presentarse de nuevo a su señor con fingidas señales de arrepentimiento, y suplicando le recogiera a su servicio. Logró lo que demandaba, y tuvo por lo mismo ocasión de reconocer el campamento español dividido en tres líneas, y sin otra defensa que la natural de Carampangue con la cual estaba cubierta la retaguardia. Entrada la noche, el traidor Andrés tomó el caballo de su amo, y se echó a escape para dar cuenta a Cayancura de su misión, y en consecuencia el Toqui dispuso su gente en tres trozos uno a su mando, y otros dos a las órdenes de Lonconahuel y Antuleubu, para que cada cual atacase al mismo tiempo a una de las líneas enemigas. La fuga de Andrés dio en que entender al Gobernador, y por lo que ocurrir pudiera tomó también medidas de vigilancia, doblando guardias, corriendo avanzadas y manteniendo en el campo una constante alerta. Bien fue menester precaución semejante, y mejor, es decir, no bastante, pues acometidos los españoles a medianoche por las divisiones araucanas, cuando aquéllos quisieron contener el choque, ya Cayancura se había llevado de calle los indios auxiliares del Gobernador, y penetraba en las filas castellanas con irresistible violencia. Con todo, la claridad de la Luna permitiendo hacer tiro, jugaron las armas del Rey su artillería de campaña, y sus arcabuces con mucho acierto, y al cabo de media hora pusieron respeto a los araucanos, quienes con su Toqui retrocedieron hasta verse fuera de alcance, resueltos todavía a una nueva refriega en cuanto apareciera el alba. Esto es lo que ejecutaron con indecible esfuerzo, así como comenzara a rayar el día, penetrando a pecho descubierto por entre el plomo de los enemigos para forzarlos a pelear al arma blanca y, aunque multitud de víctimas les costara el temerario arrojamiento, en sangre española se cebaban también, con gran esperanza del vencimiento; esperanza que de repente destruyó el maestre de campo y gobernador de Arauco, García Ramón, que acudió al campo de batalla con el presidio de su mando, en cuanto el tiroteo le anunció la contienda, y este refuerzo vino a resolverla en terrible daño de los indios que fueron largo trecho acuchillados de la caballería⁸⁴.

Tras este costoso y no menos señalado triunfo, García Ramón volvió con su gente a guarnecer Arauco, y el Gobernador marchó a las vegas de Talcamávida, que ya las hostilizaba el cacique Turuquilla, y en una escaramuza que con los indios de este jefe jugaron los españoles, fue herido y preso el mestizo Gerónimo Hernández, y enseguida ahorcado por orden de Sotomayor para que en él escarmentaran otros desertores. Ahuyentado Turuquilla, volvió la columna castellana para Angol, en cuyo punto se reforzó con la tropa del licenciado Azoca, y penetrando después

⁸⁴ En esta batalla perecieron el mulato Eustaquio que en el ejército de Cayancura hacía de sargento mayor, un hermano de Cayancura, y los generales Antuleubu y Lonconahuel. Nadie cuenta el número de los muertos de una y otra parte. Al otorgar don Alonso de Sotomayor una encomienda a Nuño Hernández que se halló en esta jornada, dice *"batalla de mucho estrago de una y otra parte"*. Esto mismo repite también el gobernador Óñez de Loyola, en instrumento de igual merced a favor de Francisco Viuza, uno de los que se hallaron con Sotomayor. Por lo demás, los historiadores pretenden que García Ramón se había reunido al Gobernador en el real antes que Cayancura atacara la primera vez; si nuestros documentos no nos dijeran lo contrario, todavía lo habíamos de inferir, porque no cabe que el maestre de campo abandonara la plaza de San Felipe, ni que Sotomayor se lo consintiera, cuando, con noticia cierta de que iba a ser sitiado, fue a acamparse sobre Carampangue.

la parcialidad de Catiray, vino a plantar campo en Tabolebu. Sobre ella cayó otra vez en este punto el soberbio Cayancura, para verse, sino tan castigado como en Carampangue, por lo menos obligado a guarecerse de nuevo en los montes, dejando en manos de su enemigo otra palma más.

Sotomayor corrió después su campo hasta el emboque del Tabolebu en el Biobío, y con su obstinada pasión por las plazas fuertes, que no podían menos de consumirle las fuerzas necesarias para las operaciones militares, de un golpe alzó a la parte occidental del Biobío el fortín llamado *la Trinidad*, en Catiray *el Espíritu Santo*, al norte de Caramávida, cerca de los montes de Nahuelbuta el *San Gerónimo*, en Yumbel el *San Felipe de Austria*, y a la confluencia del Quaque o Huaque con dicho Biobío la plaza dedicada al santo árbol de la Cruz.

Por mucha gente que consigo llevase el Gobernador, todavía asombra la actividad y el celo con que debió darse a todas esas obras de construcción, puesto que él mismo dice en comunicación al cabildo de Santiago con fecha 27 de marzo de 1585: “Estando en el real y campo de S. M. que está alojado cerca de los fuertes de la Trinidad y Espíritu Santo, en sierras de Yumbel, etc.”; pero ni a eso sólo retrajo sus miras, sino que hizo construir dos grandes barcas para que las plazas se comunicasen más fácilmente, y queriendo pronta correspondencia entre Concepción y Arauco, vino plantar en la cúspide de la fatal Marigueñu un palenque defendido de una magnífica barbacana.

Ciertamente fueran de mucho importe esos medios de comunicación y de defensa, cuando pudieran ser atendidos sin desmembrar la tropa de que había necesidad para proteger todos los establecimientos españoles, y responder a las tantas provocaciones con que en diversos puntos salía el invencible e infatigable araucano; pero gastar aquella tropa en nuevos presidios, quitándole su acción, despropósito fue que no podía quedar sin su merecido. Guarnecidas, perfectamente abastecidas dejó Sotomayor esas tantas barreras que dejamos anotadas, pero... se encontró sin gente para la guerra; el invierno se le echaba ya encima; dio a su sargento mayor Francisco de Ocampo la incumbencia de pasar a Concepción en demanda de nuevas tropas, y con este mismo fin se encaminó él en persona para Santiago, recibéndole en Maipo, por comisión de este cabildo, el alcalde de primer voto don Juan de Ahumada, que le acompañó hasta entrado en la capital el 22 de mayo de 1585.

A Cayancura poco o nada le importó la recicura de la estación; tuvo aviso de la ausencia del Gobernador, y de la distribución de sus tropas en los distintos fuertes de reciente planta, y por tanto se resolvió a expugnar la plaza de San Felipe de Arauco, mientras que Millalemu había de acometer la de Purén, Pilquetegua la de la Trinidad y a Taruchima dio el cargo de quemar las dos barcas puestas en el Biobío para servicio de los españoles. Taruchima desempeñó sin tardanza su comisión convirtiendo en cenizas las barcas y los que las manejaban; pero Millalemu y Pilquetegua fueron rechazados con mucha pérdida, sobre todo el primero que se empeñó demasiado en briosos asaltos, consumiendo en ellos la gente más lucida del cuerpo que a sus órdenes se puso⁸⁵.

⁸⁵ El capitán Francisco de Hernández fue quien le destruyó según los historiadores, y se le supone sargento mayor. ¿Habría dos sargentos mayores? No olvidar que el Francisco de Ocampo, *sargento mayor*, no está en Purén, sino en Concepción reclutando gente.

Por lo que hace al Toqui, apretada tiene la plaza de San Felipe, incomunicada, y también cogidos todos los caminos para que la guarnición española no se salve, si acaso intentare abandonar el puesto. Mirándose el maestre de campo García Ramón sin mantenimientos, sin municiones de guerra, y sin esperanza de socorro, como quien sabía que se andaba en leva de nuevas tropas, por estar empleada en la línea de fortificaciones la que con el Gobernador vino, entró en la desesperada resolución de atacar a los sitiadores, cuyo número pone en seis mil la opinión común, no teniendo Ramón sino cuarenta y cuatro lanzas. Los españoles, firmemente persuadidos que la salida de la plaza les había de costar la vida, y más dispuestos a este sacrificio que a darse en manos de sus crueles enemigos, comenzaron todos ellos a cumplir sus deberes de cristianos acercándose al tribunal de la penitencia, y recibiendo enseguida, con piadoso fervor, la hostia consagrada de manos del capellán que los servía. Acabada esta diligencia, García Ramón formó en la plaza su compañía; hízola entender que a morir le tenía condenada el hambre en el recinto, o el hierro enemigo en el campo, y que de los dos extremos sólo el último pudiera quedar burlado si con ánimo sereno, si unánimes y esforzados, concurrían todos a romper los escuadrones infieles, o a recibir en sus lanzas una gloriosa muerte.

Así prevenidos, todos los españoles se echaron fuera de murallas, y paso a paso caminaron ordenados y resueltos a las líneas de Cayancura, llamándolas, por una parte el capitán Pedro Gutiérrez de Mier, con la mitad de los castellanos, y por la otra el mismo maestre de campo. Comenzado el combate, entre ambos partidos llegaron a verse envueltos, o mejor el de los españoles, quienes no trataban de abrir paso, ni echarse fuera del cerco en que las masas indias los acorralaron, sino de acometer y dar muerte a los más arrestados del campo enemigo, o parar los botes que se les asestaba. Como si un poder invisible les sirviera, ellos herían, ellos desbarataban, ellos, en fin, segaban las vidas con tremenda ligereza y admirable acierto, mientras que los tiros del enemigo todos salían vanos, todos se perdían en el aire con los rabiosos alaridos de aquella muchedumbre de guerreros, o mal guiados, o cogidos del más fatal alucinamiento. Acaso concurrieran ambas cosas, porque llenos los cuerpos indios de espanto, de terror, notando que su furioso esfuerzo no hacía mella alguna en aquel puñado de hombres, al parecer invulnerables, que cada golpe que estos hombres descargaban daba fin de uno de los más esclarecidos jefes araucanos, o ya de un veterano cuya destreza y bizarría en cien lances se habían descubierto, azorados y en desorden rompieron la retirada, para que los caballos de García Ramón se ensangrentaran en los fugitivos hasta la saciedad, y que cansados de tanta matanza, se volvieran a recoger en su fuerte cargados de despojos, de vitallas, y sin la más mínima lesión en sus cuerpos⁸⁶.

⁸⁶ No parece sino que la razón natural se rebela contra ese hecho de armas verdaderamente prodigioso. ¡Más de 136 indios para cada un español!... En ello, sin embargo, convienen los historiadores, pero no es extraño, supuesto constar así en dos expedientes de encomienda, concedidos a don Francisco Ortiz de Atenas, por don Alonso Sotomayor, a don Pedro Gutiérrez de Mier, por el gobernador Martín García Óñez de Loyola; y por fin, en una certificación dada a Francisco Viuza por Pedro Cortés, de cuyos documentos sale que esos militares acompañaron a García Ramón en esa brillante jornada, como salen también los resultados expuestos.



DON ALONSO DE SOTOMAYOR.

HONRADO CABALLERO, QUE FUE PAJE DE FELIPE II EN SU MOCEDAD, CORREO DE GABINETE I SOLDADO DE FLANDES. DEFENDIÓ LA COLONIA CONTRA LOS INGLESES I HOLANDESES E HIZO CRUDA GUERRA A LOS ARAUCANOS. FUE DESPUÉS GOBERNADOR DE PANAMÁ. GOBERNÓ DESDE 1583 A 1592.

Avergonzado Cayancura en presencia de tantas víctimas, causa de todas ellas por una mala dirección o por una irresistible fatalidad, puso el hacha del toquiato en manos de Nancunahuel⁸⁷, joven de grandes esperanzas, y, según parece, harto bien visto en la soberbia milicia; él se retiró de las armas, siendo en edad más propia para el descanso que no para las fatigas de la guerra.

Aplaudida fue esta elección de Cayancura, y motivo también para que con patriótico entusiasmo corrieran a las banderas de este nuevo toqui, no solamente los restos que del ataque de Arauco se salvaran sino toda la juventud de los estados, para formar época con el despunte de una nueva organización, que como por encanto transformó las costumbres de aquel pueblo rústico, que asentó en él los cimientos de una cultura hasta entonces desconocida, y que paulatinamente lo condujo al extremo, por lo menos, de poder tratar de igual a igual con su terrible y osado conquistador.

Ciento cincuenta caballos de los que en lances distintos se habían cogido a los españoles, presentó el joven Nancunahuel, entre más de cuatro mil infantes, al pie de las murallas de San Felipe, cuando apenas si García Ramón y sus compañeros habían saboreado el gozo que justamente debió causarle su tan reciente y esclarecida victoria. La caballería araucana apareció en aspecto formidable; bien armada de lanzas de extraordinario alcance, conducida con regularidad, y mostrando los jinetes desembarazo, soltura y no poca gallardía. El Toqui dispuso desde luego el cerco de la plaza enemiga, y la fábrica de un ataque con su parapeto y su banqueta para cubrir sus soldados de los fuegos enemigos, según consejo que al intento hubieron de suministrarle algunos de los muchos mestizos que ya a este tiempo hacían causa propia la de los hijos del país. Semejantes prevenciones, si no debilitaron el invicto valor del maestro de campo García, ni el de los militares que tenía a sus órdenes, lograron por lo menos retraerlos del rompimiento a que se empeñaron con Cayancura, pues si de facciones tales una vez permite la casualidad que con dicha salga quien las emprende, es lo regular que cien otras pruebas sucedan con la consiguiente y entera ruina del temerario que pase a tantearlas.

En esta parte iba en García Ramón con lo de animoso lo de cuerdo y prudente; veíase, como en la primera cerca, falto de municiones de guerra, no contaba, ni contar debía con socorros hasta la primavera, no estaba en ánimo de rendirse, pero tampoco la era posible mantener la plaza, y sólo le quedaban dos medios, pelear y morir probablemente en la pelea, o sacar del enemigo un partido tan honroso cuanto permitiera la estrechez de las circunstancias. Parado en este último supuesto, hizo saber a Nancunahuel que podía contar con la plaza sitiada y nunca con su guarnición, antes tenía intento de salir con ésta sin hacer uso de las armas, siempre que se le dejase el paso expedito; pero que si se la provocaba, la componían los vencedores de Cayancura, y podía suponer a cuan subido precio venderían sus vidas. El joven Toqui hubo de entrar en esas razones; dejó que su enemigo caminara tranquilo a meterse en el fuerte de Purén, y entretanto derribó las murallas del abandonado Arauco⁸⁸.

⁸⁷ Naugoniel le llaman otros, y le suponen hijo de Cayancura.

⁸⁸ La pérdida de esta plaza la pone Molina en 1586; gran cargo resultara en tal caso contra el gobernador Sotomayor, y sobre todo teniendo consigo 2.000 caballos de refuerzo y muchos auxiliares, que tal lo dice ligeramente el abate; ya recordaremos fechas y guarismos.

Este suceso fue para el jefe indio de mucho aliciente; presumió que la fortuna le había de regalar nuevas y más floridas palmas, y al instante dirigió sus miras contra la plaza de Purén, cuyo mando acababa de entrar en el maestre de campo, según así le correspondía por graduación⁸⁹.

La caballería araucana que el Toqui mandó de avanzada para la expugnación de Purén, sorprendió en los prados contiguos al fuerte una docena de españoles, tres de los cuales fueron muertos, teniendo los restantes la fortuna de recogerse dentro de muralla. Alarmada con esto la guarnición, y no descubriendo todavía la infantería del Toqui, que a propósito la mantenía éste en los bosques inmediatos, Ramón dispuso que el capitán Francisco Hernández cumpliera una salida contra el enemigo, y adelantado este cabo muy más allá de lo que la prudencia aconsejaba, porque los araucanos fingieron retirarse, se vio en breve rodeado de cuerpos de infantería, teniendo que lidiar para defender su vida, y la de cerca de ochenta hombres que le seguían, con cuanto esfuerzo saca la desesperación. Terrible fue el choque, y en él perecieron todos los españoles, si por acaso no hubiera tenido Tomás Olavarría el acierto de tender en tierra a Nancunahuel, haciéndole añicos el brazo derecho con el plomo del arcabuz, porque en costumbre los indios de concurrir todos ellos en confusión al lado de su jefe, cuando en lances como aquél le llegan a ver, abandonaron una victoria segura ya, y que hubiese sido completa; y entretanto Hernández tuvo la inesperada dicha de salir del cerco, y regresar a la plaza, aunque con treinta hombres y sus caballos de menos.

Consternados los araucanos con vista del lastimoso estado a que la herida acababa de reducir a su Toqui, ya no cuidaron sino de recogerle con respeto, llevándole a paraje retirado y seguro para administrarle cuantos auxilios parecieran convenir a su cura y deseado restablecimiento; mas todo fue inútil, porque la muerte se apresuró a quitar de las filas del belicoso pueblo un joven caudillo, tal vez hecho para eclipsar las hazañas de un Lautaro, si tanto tiempo en la milicia quisiera la suerte dejarle.

De todos modos, en su rápida y malhadada carrera dos hechos de mucha valía dejó consignados el joven Nancunahuel; volvió la esperanza a sus compatriotas con la toma de Arauco y casi derrota del capitán Hernández, pero lo que más importa, le debieron la creación de un cuerpo de caballería, origen de nueva vida en el país, y causa al cabo para que ante su poder se estrelle y capitule el valeroso y soberbio pendón de Castilla.

Por lo demás, harto ponderan los sucesos el desacierto de don Alonso de Sotomayor con cerrar toda su tropa en fortalezas más o menos útiles, cuando lo que se necesitaba era vagar constantemente en persecución del enemigo, cansarle, fastidiarle, castigarle, no permitiéndole organizar una resistencia de consideración, ni procurándole tampoco con el desmembramiento de las fuerzas, ventajas que necesariamente le habían de ensoberbecer, y llevar con doble confianza a empresas

⁸⁹ Ovalle lleva el Toqui al fuerte de la Trinidad, y Molina dice que el sargento mayor le dio muerte en un monte. Ni Francisco Hernández salió del término de Purén, ni el sargento mayor se halló en ninguna de las empresas de Nancunahuel.

de que el conquistador no podía menos de salir perdiendo, aun cuando por suyo quedara el campo de batalla. Se hizo todo lo contrario; se les dejó a los araucanos en completa libertad de obrar; todo un invierno han pasado hostilizando varios de los establecimientos españoles situados en la frontera; pierden un jefe joven y valiente, y tienen tiempo para reunirse los butalmapus, tratar de la guerra, darse un nuevo caudillo, aumentar sus escuadrones, y salir por fin provocando al gobernador don Alonso, quien, con la primavera, y una columna reclutada en Santiago y Concepción, viene a abrir otra campaña en tierra tinta de sangre humana, sembrada de cadáveres insepultos, y a trechos escondida bajo las cenizas de una vegetación cuya lozanía consumieron las llamas atizadas por un genio implacable y exterminador.

CAPÍTULO XII

El jefe Pilquetegua ahorcado. Cadeguala en Angol. El Gobernador salva esta colonia. Cadeguala impide el paso de Purén al Gobernador. Desafío entre Cadeguala y García Ramón. El Gobernador sigue con tenacidad su sistema de fortificaciones. Fastidiado de la guerra regresa a la capital.

(1586)

No consta con qué fecha saliera de la capital el gobernador don Alonso, pero el 30 de diciembre de 1585 da su cuartel general en Yumbel, según lo anota el cabildo de Santiago, sin señalar cuál fuerza sacara de esta ciudad, ni tampoco las que recogiera en Concepción su sargento mayor Francisco de Ocampo⁹⁰.

Desde aquel punto ya tuvo que atender a combatir las parcialidades de Gualqui y Talcamávida revueltas por el cacique o capitán Pilquetegua, y ahuyentadas, y corridas hasta Culenco, después de haber talado el Gobernador todos aquellos valles, y pasado el Biobío por frente de Santa Juana, el jefe indio se mostró en los montes como en ademán de querer esperar a su enemigo.

Fue disposición, o, si se quiere, consejo de Pedro Cortés, el que convenía usar de ardid en esta ocasión para traer los indios a la pelea, y había de hacerse no pasando por el abra sino con un débil destacamento, para que los araucanos bajaran confiados desde las crestas, y pudiera después cargarlos la retaguardia del Gobernador. Como éste hallara racional el consejo de Cortés, a él mismo le dio el mando de la gente que se había de empeñar en este lance de vanguardia, y los resultados fueron cual se esperaba; pues Pilquetegua, que era otra vez el jefe de los araucanos allí allegados, bajó a cortar a Cortés, se enredó la función, y cuando quiso reparar en lo falso de su empeño ya se vio circuido de todos los castellanos que a Sotomayor seguían, y en menos de media hora fue roto y preso, yendo el Gobernador

⁹⁰ Ya dijimos en el precedente capítulo que Molina (y también otros) traen esta vez al Gobernador con *dos mil* caballos y *mucha* infantería de españoles y auxiliares. ¿De dónde ha salido tanta gente?... Sin miedo de engaño podemos quitar un *cerro* a la cuenta de Molina, y como nosotros pensará el buen juicio si atiende con cuidado a los sucesos de la campaña a que vamos a asistir, pues por fortuna corren numerando las fuerzas de ambos partidos, y se desenlazan con evidente indicio de que el español carecía de las necesarias.

hasta colgarle de un árbol, diciendo que para escarmiento de otros jefes, como si no hubiera sido más acertado decir, para aliento y despecho de todos los hijos de la Araucanía, que más indómitos y fieros se hacen cuanto más se los castiga.

Desde este punto siguió el Gobernador, no para Angol como asientan algunos historiadores, sino recorriendo las plazas Trinidad y Espíritu Santo, pero sin detenerse hasta los Infantes, ya que a su sargento mayor lo mandara a Purén con un destacamento, y orden de marchar adelante en su plan favorito, esto es, en levantar fuertes y más fuertes, siempre empeñado en creer que éste era el mejor medio de sojuzgar a un pueblo que acaso es el sólo nacido para ser y saber ser independiente. Ocampo cumplió su encargo alzando en márgenes del río Puchangui el fuerte llamado Guadaba, pero no tardó en ser cogido de sorpresa por el capitán Cadeguala, que le mató la mayor parte de los yanaconas trabajadores, le quitó algunas labranzas y otros ganados, y le forzó a huir; mas como, para fortuna del sargento mayor, diera en su retirada con una partida de caballos castellanos, volvió inmediatamente contra el capitán vencedor, y en una reñida refriega recobró sus recientes pérdidas, obligando los araucanos a la fuga⁹¹, ya que por su parte perdieron dos de sus mejores oficiales, y dos soldados.

El intrépido Cadeguala no se mostró muy sentido de este revés, antes se echó con la arrogancia de un triunfador contra la plaza de Angol, y no fiando solamente en sus desmedidas pretensiones, sino trayendo a parte de semejante empresa esa ratera inclinación al ardid, que tan natural es entre aquellos indómitos pueblos, aunque rara vez los trajo el ardid a resultados ventajosos.

En tanto que Sotomayor corría y talaba todos los campos de la frontera, hasta entrar en la ciudad Imperial, que, según el cabildo de Santiago, lo hubo de ejecutar el 12 de julio, después de haber destrozado una junta o parlamento de tribus indias, que en los valles de Cugui se acababa de reunir, para disponer arbitrios con que llevar adelante la guerra, Cadeguala entró en relaciones con el cacique Cheuquetaru, jefe de los indios de paz de la comarca de Angol, amigo de los españoles, y hombre de gran crédito en el país.

Cheuquetaru había de coadyuvar con Cadeguala a la toma de Angol, pero le incumbía el comenzar su traición entregando la colonia a las llamas, durante la noche, en puntos distintos, y como caso fortuito, para que los españoles asistiesen a cortar el fuego, y poder destrozarnos en medio de la confusión, que esta tarea el general araucano se la reservaba.

Todo quedó, pues concertado, todo perfectamente dispuesto y con la hora y señal dada, cuando, sin que Cadeguala ni Cheuquetaru supieran una sola palabra, en Infantes de Angol entra Sotomayor con su gente, ya de noche⁹², y, por casualidad,

⁹¹ Parece ser que este triunfo se debió al denuedo con que combatieron Lorenzo Galdames, Juan Lazarte, Juan Toledo, Juan Montiel, Manuel Becerra, Felipe Duarte, Alonso Sánchez, Salvador Sánchez y Pedro Escobar; pero estos dos últimos pagaron con su vida los hechos heroicos que en aquella jornada cumplieron.

⁹² Según resulta de los asientos del cabildo de Santiago, entró el Gobernador en Infantes de Angol el 24 de septiembre, y parece que no era muy crecido el destacamento de caballería que le acompañaba; pero de nuestros manuscritos vemos que se componía de doscientos hombres que entró a las nueve de la noche, y que se alojó en la plaza de armas.

en la misma noche señalada para el incendio y ruina de aquella colonia, pero sin tener tampoco por su parte noticia ninguna de la conjuración de los enemigos.

Con mil infantes y cien caballos esperaba Cadeguala a que las llamas le llamaran a Angol, según se lo tenía prometido el jefe de los indios de paz, quien entraba en la colonia y salía de ella con la propia franqueza y libertad que los mismos españoles, y por lo tanto había ganado a sus miras cuantos indios tenían aquéllos a su servicio, determinándolos a poner fuego a las casas de sus amos al sonar las doce de la noche, y todos a una vez.

Esto fue, en efecto, lo que sucedió puntualmente, y como Cadeguala concurría cuando ya los españoles andaban dados a cortar aquella tan terrible calamidad, que en mitad de la noche había arrojado a las calles ancianos, mujeres y niños, en fin, cuantos moradores existían en la colonia, el estrago que los indios causaron fue terrible. Entre aquél como día de juicio para los castellanos, que en llanto, en gritos de desesperación unos, y de angustia otros, se deshacen, sale de repente Sotomayor, no para contribuir a sofocar el horroroso incendio, sino para combatir con los enemigos que a tan atroz ardid apelaron, porque tal tuvo la dicha de presumir antes que alma nacida le hubiese dado parte de la sangre que ya corría en las calles, y como desde luego diera con los indios que a sus anchas iban acabando con los colonos, comenzó la carga con serenidad admirable, con arrojo inaudito, llevándose de calle las masas indias y no deteniéndose hasta ponerlos fuera del recinto, y eso ya cuando comenzaba el alba a pintar su primera luz.

Una vez que Sotomayor vio fuera de la colonia al toqui Cadeguala, destinó en su persecución al capitán Luis del Monte con un escuadrón de caballería, y al apuntar el Sol, empenió este jefe con los araucanos nueva función, que no dejó de ser harto bien sostenida; pero al cabo fueron rotos los araucanos, y cuarenta prisioneros que dejaron en manos del capitán Monte, en Angol, fueron al instante pasados por las armas en desagravio de tantos males como acababan de causar en aquella colonia.

En lo más escabroso de los montes se adentró el Toqui, y con admirable celeridad despachó emisarios para que a junta concurrieran los próceres de las parcialidades de Ilicura, Tucapel, Paicaví y cuantas existían hasta la del mismo Arauco, resuelto como estaba a no dejar a los españoles un día de descanso, ni tampoco un solo punto en que poder considerarse seguros.

El resultado de esta convocatoria pasó más allá de lo que Cadeguala se había prometido, pues llegó a verse inmediatamente a la cabeza de cinco mil guerreros en las líneas de infantería, y con más de doscientos⁹³ caballos cuyos jinetes, si no fueron superiores entonces a los de los castellanos, en nada desmerecían de ellos.

Así provisto de hombres, y también de recursos con que asistir a la continuación de la guerra, ya no quiso más embozos, ni tampoco echar mano de ardidés;

⁹³ Ciento cincuenta le pone Molina; Ovalle le da quinientas lanzas, pero este número nos parece exagerado, porque concurrir a Infantes de Angol con cien caballos, y pocos días después salir con quinientos, no parece probable, ni tampoco atinamos dónde pudo el Toqui reclutar tal número, por mucho que la especie caballar prosperara ya entonces.

antes resolvió dar la caza a su enemigo yendo derecho a sitiarse la plaza de Purén, en la cual estaba el maestre de campo echado, como queda dicho, de la de Arauco.

Tuvo noticia Sotomayor de este movimiento del Toqui y con los mismos doscientos hombres que llevó a los Infantes de Angol, salió de esta colonia en busca de su adversario; pero también éste llegó a saber que el Gobernador venía contra él y, por consiguiente, dejó la mayor parte de su ejército a las órdenes del general Caniutaru, delante de la plaza de Purén, y con sus doscientos caballos, y cuatrocientos peones más, avanzó al encuentro de Sotomayor, resuelto a impedir que llegase a la plaza sitiada refuerzo alguno.

Cadeguala se apostó dominando un desfiladero que era el camino mismo por donde habían de atravesar los españoles, y en efecto, cuando en el tal desfiladero asomara el destacamento avanzado que el Gobernador enviaba en descubierta, de tal suerte y tan de sorpresa le apretó el jefe indio, que fue preciso retroceder a una de caballo, y no todos los españoles, pues quedaron muertos en el primer ímpetu una media docena de ellos.

Cuando los que de esta escaramuza se salvaron vinieron dando cuenta al Gobernador de lo ocurrido con los indios, y que cortado tenían el paso, resolución fue de atacarlos de lleno según la escabrosidad del terreno lo permitiera; pero en cuanto los oficiales que con Sotomayor iban oyeran ésa, en su sentir, locura del jefe, todos ellos salieron oponiéndose al ataque, ya acusando lo escarpado y difícil del terreno, ya ponderando fuerzas enemigas que el sueño, o el poco deseo de pelear, abultaban sobremedera, ya en fin, sacando en reliquia la persona misma del Gobernador, que (decían los aduladores) no debía exponerse a una contingencia para que por un valor temerario llegase a quedar el reino en la orfandad, y todos los españoles perdidos.

Fueran esas razones, u otras, ello es cierto que Sotomayor no quiso pasar adelante, ni medirse con Cadeguala⁹⁴, antes se volvió a Angol en demanda de nuevas fuerzas con que oponerse a las atrevidas empresas del Toqui araucano.

Por una victoria tomó el Toqui esta retirada del jefe de las armas españolas, y victoria fue, en efecto, porque nada tan desastroso en armas como dejar ver a su enemigo que son las suyas dignas de respeto, si no cuadra decir de miedo. Ello es que Cadeguala lleno de orgullo y de soberbia se volvió a su campo de Purén, e inmediatamente mandó un parlamento a García Ramón, participándole que el Gobernador le había temido, que bien escarmentado tuvo necesidad de volverse por el mismo camino que traía para favorecer a los sitiados, y, en una palabra, que no debiendo éstos contar ya con auxilio de ninguna especie, los llamaba a partido para que abandonasen el fuerte, del cual se los dejaría salir con libertad y todo género de seguridades, o si les agradara entrar a servicio de las armas araucanas, en ellas hallarían no solamente honrosa acogida, sí también los empleos que a cada

⁹⁴ Quiere Molina que Sotomayor atacara a Cadeguala, que perdiera muchos españoles, que en fin el Toqui araucano tuviera, además, la gloria de montar el mismo caballo del Gobernador; no dice cómo fue para quedar éste desmontado, también es lástima que nuestros materiales, ni otros historiadores no hablen de semejante hecho. No hubo ataque, he ahí la verdad.

cual correspondiera según méritos. Se da por supuesto que Cadeguala amenazaba con la severidad de las armas, caso de que ninguna de sus propuestas resultase aceptada.

En García Ramón el valor iba hasta la más temeraria exageración, a paso que la política apenas si tuvo jamás entrada en el pecho de aquel guerrero; de manera que trajo la suerte dos caracteres harto iguales para que los acontecimientos corrieran con más velocidad que de esperar parecía; porque respondiendo el jefe castellano al emisario del Toqui con un muy insultante desprecio, y lleno Cadeguala de ufanía con la retirada a que acababa de obligar al Gobernador, en cuanto se le comunicó la arrojada y descortés respuesta del Mariscal de Campo, se arrimó en persona a las murallas, y comenzó a exhortar a los sitiados, ofreciéndoles cargos, honores y recompensas⁹⁵, si en término de veinticuatro horas pasaban a sus filas, de paso que a García Ramón le prodigaba mil injurias retándole a combate singular.

No rehusó Ramón ese reto, y como quedara aplazado para la mañana del siguiente día, en el campo aparecieron ambos adversarios, trayendo cada cual de ellos cuarenta caballos de escolta, y de jefe de los españoles el capitán Francisco de Hernández. Puestos estos dos destacamentos a media distancia, dejando entre ellos campo bastante para que los dos jefes midieran en toda anchura y libertad sus armas, salió Cadeguala montado en un arrogante potro, y armado de una enorme pica, y a recibirle corrió impávido el maestre de campo. Como, al cruzar de los dos caballeros, el lanzazo que el Toqui dirigiera contra Ramón pasara en vago por uno de los costados, un revés de la espada del castellano cruzó la cara del caudillo araucano, cayendo inmediatamente en tierra y, aunque con aliento se levantó hasta en ademán de querer montar de nuevo, no fue sino el último respiro de su malograda vida, que acabó al instante con pasmo y desaliento de todos los suyos, que se retiraron en silencio, para no volver a pensar en la continuación del cerco, sin traer con ellos un nuevo toqui.

En este lugar oportuno para decir que gran parte del asiento definitivo de las primeras colonias conquistadoras, a sucesos como el anterior se debieron, o si se quiere que de igual naturaleza fueran, semejantes y los mismos eran en resultados: hablamos de esa fatal desgracia que parece seguir a todos los jefes supremos de la Araucanía, que mueren cuando más fe comienzan a inspirar a sus pueblos, cuando más necesitan éstos de guía y de ejemplos de denuedo y bizarría.

Parece increíble que habitantes de suyo indómitos, de suyo también audaces, y sobradamente belicosos, sólo desánimo, sólo disgusto y sentimiento sienten en cuanto llegan a ver que se les arrebató al hombre que los manda y conduce; sin que ningún subalterno entre en el acto a reemplazar el cargo vacante, sin que capitán, ni cacique, ni ulmen, por muy caracterizado que sea, ose aventurarse a dirigir a las masas cuando éstas llegan a quedarse sin cabeza. Bien es cierto que en semejante conducta no se ve sino una muy señalada muestra de la índole independiente

⁹⁵ En sentir de algunos historiadores, el soldado *Juan Tapia* hubo de pasarse en esta ocasión a los araucanos, confiado en las palabras del Toqui, y le dieron un grado en aquella milicia; no se dice cuál grado.

que al pueblo araucano distingue. Amor al país, amor también a sus usos, culto exagerado si se quiere por cuanto a su vida y costumbres concierne; pero nada de ponerse bajo órdenes de quien no haya merecido la venia popular, nada de obediencia a ninguna persona que la mayoría no traiga autorizada con el cargo de la común defensa⁹⁶.

De ahí nace, sin duda, el que ese pueblo, aunque hoy hartamente disminuido en comparación de como lo halló la conquista de los españoles y, aunque en contacto con naciones civilizadas, fiel y religiosamente corre con sus tradiciones, con sus costumbres, con la escasez de sus necesidades, y hasta con el propio instinto de arrogante e independiente, como se presentó ante los Valdivia y Villagra. Acaso no sea digno de nota, ni tampoco parezca haber influido demasiado en el genio de esos hombres que extendieron su nombre por todo el orbe, el que algo hayan ensanchado el cultivo de sus campos, el que a comerciar bajen los fronterizos con los pueblos cultos, ni tampoco el que con el uso de los caballos hayan salido de la vida monótona y sedentaria en que los halló el pendón de Castilla.

Como quiera, volviendo a la fatal suerte que puso fin a los días del toqui Cageduala, vemos que cinco mil y más araucanos se desalientan y huyen voluntariamente de delante del fuerte de Purén, internándose en los montes para que los jefes de las tribus entreguen el hacha suprema en manos dignas de llevarla.

Supo Sotomayor este accidente y, ya se ha dicho cien veces, en este Gobernador que por otra parte no careció de prendas dignas de alabanza, una sola y única idea lucía... ¡alzar fuertes!... como si empeñado estuviera en que cada día surgieran nuevos apuros, nuevos sucesos que ponían en grave compromiso a las armas de su mando.

Es verdad que no se contentó por entonces con esas solas disposiciones; abrigado en el silencio que parecieron guardar los araucanos, se puso con gran apego a reparar los estragos que el incendio había causado en Angol y también enmendó el gobierno civil con medidas severas, porque casi habían caído en desuso ya todas cuantas dejaran en vigor los antecedentes gobernadores, y como la autoridad iba tanto tiempo entretenida con los negocios de la guerra, una completa desmoralización penetró en casi todas las colonias, también en la milicia, y por decirlo de una vez, hasta en los mismos encargados de propagar la palabra evangélica.

En Santiago siquiera, ya que muchos sacrificios tuvieron que sufrir sus moradores, como que era el pueblo con que contaban todos los mandarines, ora para reponer sus reveses, ora para llevar a cabo sus caprichos en más de una ocasión desacertados, todavía quiso la fortuna que aparecieran hombres rectos a par que de entera voluntad, sobre todo en la municipalidad, y por consiguiente las costum-

⁹⁶ Y, ¡qué sistema tan provechoso!... Salgan de él, y como nos lo enseñan los demás pueblos, un atrevido, un hombre cualquiera que con ambición de mandar se sienta, en breve corromperá las masas, en breve levantará un pendón, y por consiguiente en breve abrirá en su patria una guerra que la arruine y destruya, y en la cual perezcan sus mejores hijos. En los araucanos si acaso sale un motín entre tribu y tribu, o entre un pueblo con otro, será, no para dictar leyes al vencido, sólo para entrar en posesión de familias de que lleguen a escasear, o que les parezcan de buena y legítima pertenencia.

bres no llegaron a resentirse hasta el escándalo, como en otros puntos, ni hubo tampoco que deplorar esa relajación de algunos malos sacerdotes, cuyo ejemplo llegó a ser como una epidemia para masas ignorantes, aunque muy inclinadas a no vivir sino conforme es la vida de los que corren con el cargo de instruirlos.

Sí que tuvo que luchar, y no poco, el concejo de Santiago, con una manada de usureros y trapisondistas por una parte, y con no pocos encomenderos que abusaban a cara descubierta del más santo de los respetos, el respeto al semejante; verdad es que en el sentir de ciertos hombres no eran los indios encomendados sus semejantes, sino viles instrumentos sólo traídos para que sudaran ese oro apetecido con tanta ansia, y buscando a expensas de víctimas humanas. Así es que el Cabildo, ya se viera en su seno con el jefe del Estado, ya con su lugarteniente, o ya solo, en todo caso supo hacer que la ley fuera acatada; que para el desvalido hubiera amparo, y para el criminal castigo, si no cual la justicia le pidiera, aquél por lo menos que más se aunara con las necesidades de una época en la cual no siempre podía hablar con libertad el magistrado.

Esa independencia con que parecía obrar el ayuntamiento de Santiago, no carga solamente con lo que en estos nuestros días se entiende por atribuciones jurisdiccionales y concejiles. Los capitulares salieron más de una vez contra las mismas disposiciones de los gobernadores supremos, como ya lo hemos visto: si no siempre, ni nunca, si se quiere, lograran enfrenar pretensiones o demasías del poder, eso consistió en que no hubo en los concejales otra fuerza que la de su resuelto querer, disponiendo de las armas aquellos mismos contra quienes sin recelo ninguno hubieran descargado el peso de una severa justicia, a verse con brazos capaces de sustentarla.

En esta misma ley incurriera también Sotomayor, a quien el cabildo de Santiago representaba con toda energía lo incongruente, lo perjudicial, lo absurdo de su sistema de fortificaciones, cuando no servían sino para irritar más y más al pueblo araucano; cuando consumían hombres y caudales quedando desoladas, por decirlo así, las demás colonias, y cuando, en fin, ningún socorro venía de España, ninguno de Perú, ninguno, porque ninguno era de esperar en excéntrica posición en que a Sotomayor se le había colocado en Chile, dejándole absoluto, independiente del virrey de Lima, como lo veremos en breve.

Con todo, Sotomayor despreciaba semejantes observaciones; e iba adelante con su plan, por la sola razón que así era su sentir, y a su sentir servían de apoyo las armas que mandaba.

No tardaron los araucanos en llamarle de nuevo a la guerra, pero para cansarle, para irritarle, apareciendo siempre, y a una, en distintas direcciones, ya que en cuerpos sueltos, y que nunca querían esperar el combate. Como que era su misión el divertir al enemigo, desorientarle y entretenerle, causarle daños en sus propias posesiones cuantas veces lo permitiera la ocasión, y todo con el objeto de que con mayor seguridad y conveniencia pudieran ajustarse los caciques indios en la elección de nuevo toqui, organización de tropas y acopio de toda suerte de pertrechos para la guerra.

En estas correrías, pues otro nombre no merecen, no hubo fruto ninguno para las armas castellanas; talaban campos, incendiaban, mataban tal cual indio desman-

dado, tal vez indefenso y aun inocente, ya teniendo que correr a las inmediaciones de Purén, ya hacia Villarrica, tal vez haber de regresar contra los llanos de Angol, pero, como queda dicho, siempre sin fruto, siempre sin lograr alcance a los cuerpos sueltos con que los araucanos corrían el país, porque estaban éstos bien servidos, y llevaban a las tropas de Sotomayor rendidas y desesperadas, sin dejarles nunca la satisfacción de la venganza.

De suerte que el Gobernador, cansado ya de la inutilidad de su empeño, y presumiendo por otra parte que a no presentar el enemigo mayores fuerzas, era imposible que la guerra pudiera llegar a tomar un carácter grave, resolvió volverse a los Infantes de Angol, en ánimo de reparar enteramente aquella colonia, hasta dejarla abrigada contra cualquier ataque imprevisto, y hecho, tomar aquel giro que las circunstancias le aconsejaban, ya volviendo a seguir la conquista, ya retirándose a la capital para dar curso a los negocios de la administración civil del reino, que buena necesidad había de esta importante medida, sobre todo en materia de justicia casi muda, o cuando menos desentendida y abandonada después de dos y más años que la guerra vino a ser una necesidad, y la atención primera y única del jefe del Estado.

CAPÍTULO XIII

Tratos de paz con algunas tribus indias. Huenualca toqui. Engaño de Cadepingue. Muerte del cacique Hueputaun. Destemplanza de los españoles. Un refuerzo de Perú. Huechuntureu y su hermana. El Gobernador en la capital. Desafío de Huechuntureu y Cadepingue.

(1587)

El 16 de febrero de este año hubo de llegar a Angol la noticia del desembarque que el pirata inglés Thomas Cavendish cumplió el 6 de enero del propio año en las desiertas ciudades cesáreas, o de los Césares⁹⁷, según afirman varios autores, y cuyo pirata se hizo a la vela en el puerto de Plimouth, el 21 de julio de 1586.

Se pretende, pues, que el corsario inglés, una vez pasado el estrecho de Magallanes, recogió en la costa al español llamado Tomás Hernández, arrió a Valparaíso, entró en Quintero, y que en este puerto desembarcó a Hernández para que le pusiera en relaciones inmediatas con el país, pero que no volvió a ver a semejante emisario, sino que Alonso Molina, con los milicianos numeristas de Santiago, le hizo alejarse de aquel punto y con pérdida de algunos hombres de la tripulación, aunque la resarciera con presas que después cumplió en el mar, entre otras la nao de Filipinas. Hemos dicho acerca de esto lo que nos ha parecido más probable, y no hay, pues razón para nuevas suposiciones; sí nos choca ver que Sotomayor no tomó en este caso el menor empeño en ir al amparo de los puertos de la costa, por si el pirata quisiera acometer alguno de ellos; es posible que estuvieran con regular defensa, ya que no se les envió socorro ninguno.

Sí que algunos días después ya vemos cómo el Gobernador sale de los Infantes de Angol, y marcha en dirección de Purén, corriéndose después y sucesivamente a las ciudades Imperial, Valdivia, Osorno, Villarrica, cayendo enseguida sobre orillas del río Toltén para asentar nuevas fortificaciones, cuyos vestigios aún hoy día parecen visibles.

Malo era el estado de los indios de la parte de Villarrica y toda su comarca, porque a más de los desastres de la guerra, el hambre los tenía en aquel año do-

⁹⁷ Véase lo que decimos respecto a este particular en el capítulo IX, por lo demás tomamos las fechas de los asientos del cabildo de Santiago.

blemente angustiados, y no resistieron a las armas castellanas, antes hubieron de capitular momentáneamente con ellas, y varias tribus subandinas siguieron el propio ejemplo, que en ello no hacían sino ganar tiempo para romper paces siempre que así conviniese a sus miras.

Y si parte y gran parte pudo tener la escasez de alimentos entre los araucanos para venir a paz con los españoles, todavía tuvieron algunos caciques la orden del nuevo toqui Huenualca, jefe de purenes y de araucanos, para tomar esta espera con el enemigo, en tanto que él por su parte pudiera salir con las necesarias fuerzas: entre aquellos caciques que rindieron obediencia al Gobernador, cuenta como más famoso el capitán de los subandinos llamado Huechuntureu.

Si a tal aprieto llegaron los araucanos con la falta de víveres, en otro no menos grande se encontraban los españoles, sobre todo los de los fuertes de Trinidad y Espíritu Santo, que no solamente carecían de municiones de boca sí también de vestuario, yendo el soldado hasta perder paciencia y respeto a sus jefes, que se vieron en la inmediata necesidad de abandonar aquellas plazas, antes que el enemigo llegara a cercarlas haciendo indispensable la rendición.

Ya apuntamos en el precedente capítulo que al Gobernador se le habían concedido facultades omnímodas, que ni de sus operaciones, ni de su conducta había de responder a la autoridad del Virrey, y éste fue entonces un mal muy grave para Chile, porque en ese independiente desvío de las dos autoridades españolas más inmediatas, vino a nacer, sino enemistad, por lo menos una muy desdeñosa tibieza, y Perú, que era el único punto a que Chile podía recurrir para remedio de sus males, Perú decimos no quería mandar socorros de ninguna especie a las armas castellanas que continuaban la conquista de Valdivia.

He ahí por qué la escasez de tropas que seguían ya en este caso al gobernador Sotomayor, he ahí también por qué el soldado se veía sin vestuario, y tal vez sin pan. Como quiera no tardó el rey de España en enmendar ese fatal yerro volviendo a poner el gobierno de Chile bajo la dependencia del virrey de Lima⁹⁸.

Sotomayor asentó por fin el gobierno en Imperial, porque supuso que con las paces ofrecidas por algunas tribus hambrientas, o traídas a este caso para que más se durmieran los españoles, la guerra no sería posible en algunos meses; pero el toqui Huenualca pensó de distinta manera, y salió a campaña contra los establecimientos españoles donde cumplió daños inmensos durante el resto del invierno, y a punta de la primavera, ya pareció sitiando el fortín de Guadaba.

Con aviso que de esta ocurrencia dio el maestro de campo al Gobernador, fue disposición de éste que saliese Ramón de Purén con cuantas fuerzas tuviera disponibles, no dejando en el recinto sino los hombres que bastaran para sustentar un

⁹⁸ “Que, aunque entonces se tuvo por conveniente sacar su gobierno de la dependencia que hasta entonces había tenido al virrey de Perú, después con lo que de experiencia se ha visto ha parecido que conviene a mi servicio, y para el buen gobierno y pacificación de esas provincias que el gobernador que de ellas fuese esté sujeto a dicho Virrey, y que guarde y cumpla sus órdenes, y que le avise de todo lo que fuere de consideración”. (11 de enero de 1589.)

(Cabildo de Santiago)

ataque imprevisto, en tanto que volvieran a favorecerlos; y como así se ejecutara, llegó García Ramón a verse frente del Toqui, obligándole a levantar el cerco de Guadaba cuya guarnición estaba ya en la mayor estrechez y casi resuelta a capitular.

A seguir con atención los acontecimientos, no parece sino que Huenualca abandonara este lance con la firme persuasión de asegurarse mejor la victoria. Habían cogido sus tropas casi a inmediación del fuerte al soldado Valverde, y se le llevaron prisionero los indios en travesía de montes y veredas conocidas solamente de ellos, mientras que García Ramón regresaba por otro rumbo a la plaza de Purén.

Apenas había entrado en ella cuando un indio de paz llamado Cadepingue se le acerca y dice, que el toqui araucano estaba en las vegas de San Miguel, con muy pocos soldados y dado a bailes y a borracheras en celebridad de la atroz muerte que el capitán Piurume acababa de dar al soldado Valverde; y se expresó aquel indio con tanta minuciosidad, con tan ajustados detalles, con acento, en fin, tan natural y sencillo, que el maestre de campo ni recelar siquiera quiso de que podía ser, y era, un ardid para guiarle a una celada.

Salió por consiguiente con cuarenta caballos de los del fuerte, y el indio Cadepingue que había de acompañar a los españoles ofreció y trajo bajo sus órdenes otros cuarenta o cincuenta indios de los llamados de paz, aunque bien sabían ellos lo que habían de hacer llegando el caso de obrar.

Españoles e indios llegaron al sitio designado, y en verdad que en él estaba Huenualca, pero entendido de antemano con el cacique de paz, y ya con aviso de la gente que a las manos se le venía con todas las demás circunstancias al intento convenientes, Ramón, sin desconfiar de la buena suerte que allí le había guiado, hace un alto, y con veinte hombres, que manda echar pie a tierra para penetrar donde el Toqui estaba, comienza a subir un empinado otero, creyendo iba a coger desprevenido al enemigo; pero en breve perdió semejante ilusión, porque el mismo Cadepingue le mató uno de los españoles casi a sus pies, le cogió las armas y dio la señal de ataque.

Pasmado quedó un instante el maestre de campo reconociendo la traición, sólo que como nunca dio entrada al miedo, puesto al frente de los suyos comenzó a retirarse hacia donde había dejado los otros veinte soldados y los caballos de los que le seguían, teniendo, sin embargo, que resistir a nubes de piedras y de flechas con que le hostilizaban el Toqui y el cacique traidor.

Seiscientos araucanos le acosaban por todas partes, ya cortándole el paso, ya acometiéndole de costado, y en estas alternativas de despechada defensa, una flecha llegó a hincarle en el lagrimal, que le saltó el ojo; y con todo cada vez más sereno, cada vez más animoso, logró llegar a donde estaban los caballos, y desde entonces tomó otro giro la resistencia, aunque siempre desventajosa para los españoles, y siempre en la necesidad de irse retirando sin poder entrar de lleno a la ofensiva, porque los indios los perseguían desde puntos elevados e inaccesibles a la caballería.

Por fin lograron salir de aquel peligroso lance los españoles, aunque dejando en el campo siete muertos, y cada uno de los que volvieron a la plaza de Purén

con graves y no pocas heridas; así es que García Ramón ardía en deseos de ver un momento en que poder vengar aquella perfidia de Cadepingue, pero con los deseos tuvo que contentarse por entonces, porque ese cacique no menos que el Toqui pasaron a recogerse a sus ordinarias guaridas, y hasta la gente perteneciente a la parcialidad del traidor se había retirado a los montes de Nahuelbuta.

Con todo, no tardó en tener suelta la ira, porque como también las parcialidades de la parte de Villarrica y Toltén, sobre todo aquéllas que poco antes habían brindado con paz, le jugaron al Gobernador algunas pasadas de infidelidad, éste dio orden al maestre de campo que descargase todo el rigor de la guerra en los estados de Purén, Angol y Catiray, mientras que él por su parte arrasaba los de las parcialidades arriba mencionadas.

A fuego y a sangre entraron ambos jefes en aquellas sierras, no respetando mujeres, niños, ancianos, ni muchos de los indios de paz, y como en esta venganza que un despreciable e innoble resentimiento regía, viniera a caer prisionero el cacique Hueputaun, jefe de mucha consideración en las tribus de Toltén y de Villarrica, en él descargó Sotomayor su furia haciéndole sufrir una muerte atroz.

Y, ¿cuál fue el fruto de violencias tan reprensibles? Sí que en Angol y en Toltén hubo algunas rendiciones, pero eran forzadas, eran falsas, y no tardaron por lo mismo en hacer parte común con las demás tribus que en los montes de Nahuelbuta se habían refugiado, para salir en breve más fuertes y más furiosos que nunca a la guerra. Es verdaderamente de reparar que los gobernadores que con mayor encono se cebaron en los indios del pueblo araucano, esos mismos gobernadores son los que más tuvieron que trabajar en la guerra, y los que menos adelantaron en ella, poniendo el país (entendemos las colonias) en el mayor quebranto, en conflictos harto fundados, y a pique de perderse. Pero así ha sucedido y así sucederá siempre: de todos los pueblos es la pasión de la venganza, cultos, o en el estado de la simple naturaleza; es de ley, si se nos permite la palabra, el que todo hombre apetezca vengar un daño recibido, luego más vehemente ha de ser ese deseo de satisfacer su pasión, cuanto más cruel y terrible sea el daño que se le haya causado.

Así, al notar las parcialidades de los montes de Purén y los refugiados en los de Nahuelbuta el furor con que a los de Villarrica, Toltén, Angol y otras se les tenía, consideraron la ocasión favorable para servirse de ellas con fruto y pronto enviaron emisarios convidándolas con que se arrasarian desde luego todos los fuertes que los españoles habían levantado sobre aquellas riberas, siempre que concurriesen resueltas a la guerra.

Las parcialidades refugiadas tenían nombrado su jefe llamado Huechuntureu, hombre de un arrojo sin par y con dotes muy a propósito para la milicia, porque a lo severo y justo, reunía una táctica y un genio organizador nada común. Todo estaba preparado para echarse a la guerra, y sólo se esperaba que las tribus de Toltén y de Villarrica concurrieran como lo habían prometido, cuando una mujer despechada, vertiendo lágrimas de indignación y de ira, se pone a recorrer los estados clamando venganza, y su elocuencia, y su llanto, y sus gracias y su varonil arrojo, logran remover en todos los corazones un insensato delirio, que ya no se puede llamar odio, contra el nombre español, y todos, jóvenes y ancianos, todos se

alistan, todos se ponen a las órdenes de la heroína araucana... hermana del jefe que acabamos de nombrar, Huechuntureu... esposa del desgraciado Hueputaun a quien Sotomayor quitó la vida con inclemencia tanta.

Esta nueva calamidad que estaba ya para caer sobre los españoles como un torrente impetuoso que nada en su curso respeta, debió suspender su estrago por uno de aquellos incidentes raros entre los indios, decimos raros porque constantemente los hemos visto bien servidos de sus espías, perfectamente orientados acerca de todos los movimientos de sus enemigos, y en esta ocasión quiso la fatalidad que sus correos les participaran noticias muy abultadas de un refuerzo que al puerto de Concepción acababa de arribar por orden del virrey de Perú, don Fernando de Torres y Portugal, conde de Villardonpardo⁹⁹.

Para los españoles estas nuevas fuerzas, que no pasaban en todo de unos doscientos hombres, eran preciosas en aquel entonces; así es que celebraron aquel arribo con demostraciones exageradas, mientras que los araucanos, ya prevenidos para saltar a la guerra, se quedaron como cortados aprehendiendo miles y miles de enemigos de refresco para acabar de traerlos al detestable yugo de la servidumbre.

Huechuntureu y su hermana esperaron, pues, a que las fuerzas enemigas comenzaran a desarrollarse, porque en esos dos jefes de par iba lo arrestado con lo prudente. No fue tan cuerdo el Gobernador: apenas viera en sus banderas ese corto número de hombres llegados de Perú, cuando ya hubo de creerse señor de la Araucanía toda, y comenzó a correr la tierra según costumbre, es decir, talando campos, quemando y dando muerte a cuanto hombre de indio apareciera.

En tal caso ya comprendió el jefe de los purenes y nahuelbutas cuanto se le habían aumentado las noticias corridas de lengua en lengua, y cuan poco debía de tenerle oculto el insignificante refuerzo; sólo que con todo de salir a la guerra fue con el firme propósito de no comenzarla a campo abierto, sino con celadas y sorpresas hasta gastar parte de la fuerzas enemigas, y poder después medirse con ellas cara a cara.

Eso es lo que siguió puntualmente. Llegando el Gobernador a correr las inmediaciones de Nahuelbuta, Huechuntureu no le dejaba dar un paso con bien, guerrillas aquí, cuerpos sueltos allá, una sorpresa en esta parte, un ataque imprevisto en la otra, y siempre causándole pérdidas, y siempre quitándole bagajes y trenes, sin ofrecerle ocasión alguna en que poder desquitarse. Cuál sería el hacer del entendido araucano inferirse debe sin más que considerar que Sotomayor avergonzado, y cansado ya de tantas incomodidades que no le traían sino pérdidas, y general desaliento en sus filas, abandonó el juego con el enemigo, y se retiró a Angol, po-

⁹⁹ Hay autores que retardan de un año más este refuerzo y suponen que venían mandándole los capitanes Castillejo y Peñalosa. Nada de esto nos dicen nuestros manuscritos, y por consiguiente, tampoco tenemos derecho para resistir a los historiadores que nos han precedido; sólo sí anotamos que aquellos dos capitanes estaban en Chile después de muchos años, que seguían en esta conquista, que con Sotomayor vendrán luego desde Santiago; y no comprendemos cómo pudo ser que pasaran a Perú, ni como que el virrey de Lima les entregara el refuerzo, cuando no resulta hasta ahora que comisionados fueran a pedirle.

niéndose inmediatamente a fortificar más y más el recinto de Guadaba, temiendo no sin fundamento que los indios pensarían en sitiarle, y esa obra concluida, dejó el mando de la plaza al capitán Cristóbal de Arana.

Del resto de sus tropas tampoco quiso más para continuar hostilizando; debió comprender la inutilidad de semejantes operaciones cuando con tan cortas fuerzas se iba contra todo un pueblo en armas, y como quisiera, ante todas cosas, la perpetuación de los establecimientos o fortines, que en esto fundaba él su mayor gloria, en cada uno de ellos fue encerrando por partes la gente de su columna; y dejando el mando a su maestro de campo, partió para Concepción, resuelto a pasar después a Santiago, en busca de nuevas tropas, y de nuevos recursos para volver a la guerra.

Sigamos, sin embargo, las operaciones de la guerra y luego nos traerán ellas mismas al examen de las de Sotomayor.

Huechuntureu no respetó las intemperies de la estación, antes viéndose ya sin enemigos en campaña, comenzó a pensar seriamente en el modo de irlos desalojando de sus establecimientos, y caminó en primera línea contra Guadaba. El capitán Arana, que mandaba esta plaza, noticia anticipada tuvo de esta determinación del general indio, y por consecuencia se aprestó para recibirle con cuanta resolución convenía, porque la fortificación se hallaba ya bastante bien defendida, y no mal provista de víveres y municiones.

Llegaron los araucanos a vista del fuerte, y cuando se disponían a ponerle cerco le pareció al jefe español deber impedirselo, y echó fuera del recinto toda su gente, marchando a la cabeza de ella decidido a rechazar al sitiador; determinación loca que dio margen a una acalorada refriega en que los castellanos fueron acuchillados casi hasta delante de las mismas bocas de fuego que defendían el fortín, y que costó la vida al mismo Arana, a los oficiales Juan Rubio y Pedro Calderón¹⁰⁰, y toda la guarnición pereciera, si por fortuna no se refugiaran con presteza tanta dentro del mismo fuerte.

Esta vez también Huechuntureu incurrió en falta, pues que, en lugar de poner cerco a la plaza, y con más seguridad después del triunfo que acababa de conseguir, se retira a los montes con toda su gente y con el cuerpo, o la cabeza, del capitán Arana, para celebrar la victoria con bailes y embriagueces, y perder en tanto todos los frutos que de sus hechos de armas debieran resultar, si con mejor consejo se apartaran aquellos inocentes salvajes de sus asquerosas costumbres.

Pero mientras que así perdía el tiempo ese cuerpo de guerreros con su jefe a la cabeza, el toqui Huenualca, detenido algún tiempo en lo más recóndito de los bosques a causa de una aguda enfermedad, pasa contra la plaza de Purén y la asedia, decidido a vengar en aquel sitio la muerte de su intrépido antecesor Cadeguala. Los primeros ataques con valor los resistieron los españoles, pero al cabo consi-

¹⁰⁰ Olivares atribuye este ataque y la muerte del capitán Arana a la heroína Yanequeu; ella dice que mandó las armas, ella quien arruinó a los españoles, y ella en fin la que continuó después el asedio de esta plaza de Guadaba. Nuestros documentos traen en efecto que Yanequeu sitió a Guadaba, y acometió vigorosos ataques y asaltos contra el fuerte, pero eso sucede mucho más tarde, es decir, en el año que comenzará con el capítulo siguiente.

derando el maestro de campo que víveres y municiones comenzaban a escasear, que socorro ninguno tenían que esperar por entonces, y que luchar contra tantos enemigos era dar lugar a una ruina completa para toda la guarnición, hizo al romper del día que ésta tomase las armas, para ver de romper el cerco y abandonar el fortín al enemigo. En cuanto se puso al frente de los batallones araucanos, los hizo entender cómo él y sus soldados venderían muy caras sus vidas, si se intentase cortarles el paso, y que lo que convenía era se diesen por pagados y satisfechos con el fortín y los enseres que en él quedaban. Sin reparo aceptó el Toqui el partido, dejando que los castellanos caminasen para Angol, mientras que sus indios arrasaban la fortaleza; porque en los indios la satisfacción de un completo triunfo se asentaba desde que lograbán convertir en escombros cualquier establecimiento que de abrigo pudiese servir a sus opresores; y si no vieran en su territorio ni colonias, ni fortines, nunca tomara la guerra el general rebato, el encarnizado encono con que aquellos hombres se arrojaban a las armas.

Mientras esas ocurrencias acontecían, en Santiago se hallaba Sotomayor procurándose cuantos recursos podía haber a mano para atender a la conquista de la Araucanía, pero grande fue su sorpresa, no menos grande su sentimiento, cuando recibió a la vez la noticia de la muerte del capitán Arana en Guadaba, y el abandono de Purén.

No se veía aún con las fuerzas necesarias a sus fines; salir de la capital sin recoger otras que esperaba de las diferentes colonias costaneras, tampoco lo tenía por acertado, pero era de todas maneras indispensable el tomar una medida que de algún alivio pudiera servir a los establecimientos fronterizos, y por tanto hizo que su hermano don Luis pasase a las parcialidades revueltas y contra el Toqui, con la gente ya prevenida en Santiago, toda ella de caballería, y en número de algunas ciento ochenta lanzas¹⁰¹.

Don Luis salió, pues de la capital y pasó el Biobío por Talcamávida, para entrar después por Millapoa, a Tablebu y Catiray cuyos países fueron entregados a todos los horrores de la guerra; pero, preciso es decirlo, pocas o ninguna de las expediciones del pendón castellano tan atrevidas como ésta, ninguna tampoco donde los hombres hubieran de desafiar más abiertamente a las intemperies y a los malos pasos del camino, teniendo que marchar a cada instante, ora por barrizales intransitables, ora por torrenteras, ora por derrumbaderos, ora en fin cargados de lluvias que con destempe y ventisca parecían salir diariamente para interceptarles paso. Los ríos fuera de madre, las arroyadas hechas ya ríos, los valles inundados y sobre eso un frío, una reciuira insoportables, a no ser para naturalezas de bronce.

Ya por fin vencieron aquellos audaces y roblizos conquistadores todos esos inconvenientes, y se pusieron en medio de los montes de Nahuelbuta, en busca del capitán Quechuntureu¹⁰², que tenía hecho también un como palenque o estacada

¹⁰¹ Don Luis salió de Santiago hacia mediados del invierno; y el Gobernador parece todavía en la capital en septiembre, como consta de los acuerdos del Cabildo del 5 y del 22 de septiembre.

¹⁰² No confundir ese nombre con el de *Huechuntureu*; es otro capitán, que este último tenía por su segundo.

para defensa del cuerpo de guerreros que a sus órdenes llevaba. Como los españoles reconocieran la posición enemiga, pronto fue parecer de atacarla, porque todos ellos iban hechos unas fieras al cabo de tantas incomodidades sufridas, y que anhelaban vengar en el enemigo causante de todas ellas. Así, el acometimiento fue terrible, y con igual despecho salió la resistencia, porque cruzándose los dos bandos en un muy estrecho terreno, hasta el uso de la lanza se hizo imposible, y se hubo de recurrir en la pelea al puñal, como dice el vulgo, pues ésa fue el arma con que se disputó aquel día la victoria.

Muchas horas costó el saberse cuál de los dos bandos la había de cantar, hasta que por fin lograron los españoles dar muerte al caudillo araucano y sucedió lo que en casos tales sucedía siempre, el desaliento de las filas indias, y tras el desaliento la fuga.

Esta batalla costó mucha sangre a los dos partidos, pero en el de don Luis, si mal no fuera el gran número de heridos que sacara de la función, los muertos no hubieron de pasar de nueve, entre los cuales sólo se trae el nombre de un Francisco de Talavera.

Tras esa sangrienta función pasó don Luis a Purén, para atacar al esforzado y prudente Huechuntureu, pero como este jefe tuviera fuerzas mucho más numerosas que el desgraciado Quechuntureu, como el caudillo castellano recordara también que muchos de los suyos no estaban todavía en posición de sustentar un nuevo lance con el brío necesario, hubo en principios sus recelos, y dos o tres días se pasaron sin que resolución ninguna se tomara no de parte de los españoles, ni tampoco de los araucanos. Cosa rara, iambos bandos se respetaban esta vez!...

Sin embargo, fue preciso venir a las manos y el combate se presentó con igual saña que el de que acabamos de dar cuenta, sólo que la fortuna se había declarado por don Luis, y en breve le trajo prisionero al general Huechuntureu, dando así fin a la batalla, porque azorados se echaron por los montes los batallones indios, quedando el campo español dueño de un jefe terrible, y digno por sus prendas de más ventura.

Y en principio la tuvo mucho más grande que prometérsela debiera, porque habiendo ofrecido a su vencedor que si con la vida se le dejaba, a paz había de traer las tribus o parcialidades sujetas a sus órdenes, con hidalgo porte entró don Luis en la propuesta, y siguió con su ilustre prisionero hasta acamparse en el valle de Mulchén, desde donde con mayor facilidad se podía dar cumplimiento a los tratos con que Huechuntureu convidaba, y tratos que realizó con señalada honradez y religiosidad, en cuanto estuvo de su parte.

Como quiera, le había vuelto la espalda la fortuna a ese jefe con traerle a manos de los españoles, y era preciso que mal acabara ya su carrera. Lleno de amor propio, de delicadeza, de respeto, si se quiere, no a los españoles, porque por ellos nada hiciera, sino al empeño de su palabra, preciso le fue, en cumplimiento de ella, entrar en relaciones de transición y paz con el cacique Cadepingue, aquel cacique que engañó a Ramón. Bien aceptara ese indio el volver a paces con los españoles, una vez que la voz y los esfuerzos de Huechuntureu habían logrado que muchas de las parcialidades fronterizas depusieran sus armas, pero por una parte su trai-

ción le parecía imperdonable, por otra temía que García Ramón no era capaz de perdonar, y por consiguiente se negó de un modo muy arrogante y resuelto a toda composición con los enemigos de su país.

Resentido Huechuntureu de un tan marcado desprecio, y porque el caudillo español no viera en la negativa de Cadepingue, o un convenio secreto entre esos dos jefes, o el muy poco valer de las promesas del primero, aunque prendas traía ya soltadas para prueba, no pudo contenerse, y desafió al cacique.

¡Desventurado!... en el campo quedó al instante tendido y exánime, cuando al campo corrió, muy confiado de salir con bien del combate, porque en el manejo de las armas y en destreza a ninguno de sus compañeros cedía él, y menos al cacique Cadepingue, que el hado quiso proteger esta vez, para que la guerra volviese de nuevo con sus tremendos y lamentosos estragos.

CAPÍTULO XIV

Yanequeu, heroína chilena. Sus hechos. El Gobernador sale de Santiago, y reconoce la necesidad de desalojar algunos fuertes. Vuélvese a Santiago. Yanequeu sitia la plaza levantada en Puchangui. Valerosa defensa del capitán Castañeda.

(1588)

Ya hemos visto que con fortuna apareció don Luis en los campos de su enemigo, y triunfo grande fue el acabar con dos jefes de valor y de crédito, al paso que los esfuerzos del uno de ellos habían hecho callar a las armas araucanas en varias parcialidades; pero queda por delante el Toqui, queda también la famosa Yanequeu, que a la cabeza de algunos serranos de Purén, de Nahuelbuta, de Arauco y Tucapel, cae inclemente sobre todos los establecimientos españoles, y venga la muerte de su esposo con un arrojo y una suerte sin par.

De tal manera corre la fama de esa heroína por toda la Araucanía, que con más renombre que el Toqui, y con mejor acierto, todo lo mueve, todo lo alarma, todo en fin lo trae y seduce, resuelta a no dejar las armas hasta haber dado fin de los asesinos de su marido, que asesinos los llamaba ella en su loca desesperación.

Con la rendición instantánea de las parcialidades que su difunto hermano Huechuntureu trajera a los españoles, pudieron respirar algunos días Villarrica y los fuertes de Toltén, hasta entonces casi incomunicados, y con pocas esperanzas de escapar de manos de tantos enemigos; pero ya se ha dicho, ese alivio fue sumamente corto, pues Yanequeu por una parte, y Huenualca por otra, todo lo pusieron en breve muy estrechado, y rara era la partida de españoles que cruzar un camino pudiera sin experimentar desgracias.

Don Luis puso en conocimiento de su hermano Sotomayor el estado inquieto y turbulento del país, los progresos que la insurrección hacía, la falta de hombres con que contenerla, y también el sumo descontento de muchas de las guarniciones, que si por una parte se veían a pesar suyo acorraladas en los fuertes, por otra carecían casi todas ellas de medios de defensa. Ese descontento en la tropa encerrada en los fortines tenía otro motivo más fuerte todavía que los que acabamos de exponer. El soldado gusta mucho más de correrías que de presidios, y esto por la sencilla razón de que en éstos no halla sino ocio y fastidio sin provecho, mientras que con salir a campo enemigo puede merodear, puede en fin dar suelta a todas sus pasiones, que no suelen ser tal vez muy ajustadas.

Todos esos males, graves eran sin duda, pero y, ¿cómo remediarlos? El Gobernador en Santiago iba muy a duras penas recogiendo algunas fuerzas, pero insignificantes, porque el ayuntamiento de la capital (y de este sentir eran los de las demás colonias) resistía, no a los sacrificios a que diariamente se le llamara, sino al mal empleo de esos sacrificios por seguir tenaz en un sistema equivocado, en un sistema provocativo para el pueblo enemigo, en un sistema, en fin, que no pensaba sino en levantar encierros donde poner los brazos que debían servir para la protección y defensa común.

Se acababa de recibir el socorro que voluntariamente había enviado el virrey de Perú y ya estaban esas fuerzas perdidas, por decirlo así, en la cadena de fuertes, muy útiles sin duda, a poder disponer de un cuerpo de mil o dos mil hombres para tener constantemente abierta la comunicación apetecida, mas muy perjudiciales por lo mismo que se carecía de las fuerzas volantes que abrigados del enemigo los pudieran mantener.

Por otra parte era de mucho atractivo para Sotomayor la absoluta independencia de la autoridad que se le había entregado; quería guardarla intacta, y en ese sentir se figuró que, con humillarse al virrey de Lima solicitando su amparo, su gobierno no dejaría de desmerecer, si acaso no debiera contarse la demanda por un principio de sumisión que él no bajaría en manera ninguna a rendir a nadie.

Y con todo preciso era tomar un partido decisivo en obsequio de los partes con que su hermano don Luis le llamaba a un pronto remedio; y a fin de acelerarle salió prometiendo a los cabildantes que no iba esta vez en ánimo de aumentar el número de las fortalezas, antes bien resuelto a desalojar aquéllas que pareciesen menos guardadas y de mayor riesgo, yendo enseguida a castigar a los cuerpos indios que en tantos apuros tenían a los establecimientos españoles.

Bajo de este concepto no tardaron en reunirse cerca de otros doscientos hombres, sobre los que don Luis había conducido a los montes de Nahuelbuta, y el Gobernador salió de la capital. En cuanto llegó al paso del Biobío, sin duda para dar a los concejales de Santiago una prueba de lo que les había prometido, o porque quisiera sino aumentar sus fuerzas para dar con mayor seguridad en las armas enemigas, sacó las guarniciones de las fortalezas Trinidad y Espíritu Santo, y siguió derecho hacia la del río Puchangui, a cuyo punto mandó que concurriera su hermano Luis.

No anda ciertamente averiguado si desde esa plaza pasara don Luis directamente a alguno de los puertos para ir después camino de España, pero como quiera allí fue donde el Gobernador le encargó ya la misión de pasar a la Corte en solicitud de fuerzas con que acabar la conquista de la Araucanía.

Es lástima que a la historia le falte el texto de la demanda con que Sotomayor debió llegar al trono de Castilla, porque fuera irrecusable testimonio de que en aquel gobernador, con tanto de honrado cuanto de valiente, a par iba también una exagerada presunción de sí mismo, y un muy limitado conocimiento del mucho valer del pueblo contra quien hacía armas; pero todo eso se deja suponer en la propia respuesta que el Rey hace a aquella solicitud, respuesta que en ningún otro lugar dijera mejor que en éste con las siguientes palabras:

“Habiendo visto lo que me habéis escrito muy atentamente con don Luis de Sotomayor, vuestro hermano, acerca del estado en que estaba la guerra que hacéis a los rebeldes de las provincias, y la *brevedad* con que prometéis acabarla socorriéndooos con gente de estos reinos, he acordado que se os envíe, y que sean *los seiscientos* hombres que pedís, y que los lleve el dicho don Luis, vuestro hermano”¹⁰³.

Ya se ve si, con seiscientos hombres, con *brevedad* se prometía acabar la guerra... era imposible que un Sotomayor soltase esa prenda seguro de salir con su empeño, era imposible que a tanto pudiera comprometerse de una vez, quien tanto vio y palpó lo que los araucanos podían; pero sea, y en favor suyo hablamos, sea ése un medio de conseguir siquiera elementos con que poder sustentar la lucha, cuando mucho indecisa, para no incurrir en terribles responsabilidades, tras las cuales fuera inevitablemente el descrédito.

Ya diremos luego en su lugar cuál suerte corrió ese socorro que el rey de España otorgó a don Luis Sotomayor; ahora entremos en el hilo de las operaciones militares.

Mientras a esa disposición descendía el Gobernador, la infatigable Yanequeu se había corrido hacia las colonias australes, causando mil perjuicios a los españoles, y matando a cuantos por delante encontraba; hasta que por último dando con una partida que de Osorno venía para Villarrica, logró apresarla y con las cabezas de todos los desgraciados hizo esa mujer que sus emisarios corrieran la flecha por todos los ángulos de los cuatro butalmapus, dando así un nuevo aliento, y nuevo estímulo a los pueblos para que confiados tomasen las armas.

Cayó enseguida en un fortín que los castellanos tenían en el valle de Andalepe o Andalepu, a unas siete leguas de Villarrica, pero como tuviera noticia de que el Gobernador venía en persecución suya, no quiso realizar el asedio, y se retiró a los montes esperando a ver los movimientos de sus contrarios.

En balde concurrieron éstos al teatro de la guerra, porque indio ninguno se les presentó delante en muchos días gastados inútilmente en recorrer los alrededores, y por consiguiente fue preciso pensar en reforzar de nuevo, y mejor que nunca, las ciudades australes, porque si por entonces no daba la cara el enemigo, harlo se sabía que era muy de temer, y que tras tantos daños como llevaba hechos en los establecimientos españoles, otros no menos terribles volvería a descargar.

Con esa necesidad de reforzar las guarniciones volvió Sotomayor a verse sin gente para seguir hostilizando al país, así resolvió quedarse otra vez a la defensiva, y el 1 de abril de este año en la ciudad Imperial entró, donde no tuvo poco que hacer con la desmandada administración civil, hasta que al fin de dicho mes, o primeros de mayo, apareció con su gente o escolta en Angol.

En grandes apuros debió él considerar a las colonias y establecimientos fronterizos, no obstante las nuevas fuerzas con que acababa de dotarlos, puesto que en la triste necesidad se mira de recurrir de nuevo a la capital del reino en demanda de

¹⁰³ Asientos del cabildo de Santiago.

soldados y de caballos, y consta de los asientos del cabildo que en Santiago entró otra vez el Gobernador el 2 de junio de 1588¹⁰⁴.

Ni apeteían otra cosa los araucanos, así es que la primera que salió en esta ocasión contra los conquistadores, fue la implacable Yanequeu, la cual marchó inmediatamente desde la parte austral al cerco de la plaza de Puchangui.

Formalizado el asedio, desde luego comenzó con asaltos y avances de una audacia sin igual, y siempre a la cabeza de sus tropas; pero defendía la plaza el oficial don Manuel Castañeda, y con acierto y con valor rechazaba a sus enemigos: tenía también por fortuna abundancia de mantenimientos y de municiones, y por tanto sin recelo entró en una tenaz resistencia, causando cada día no pocos descalabros en las filas de la osada heroína.

Empeño formó también ésta en no apartarse de aquel campo sin haber rendido a su terrible enemigo, y los días, y las semanas, y los meses se pasaban también sin adelantar paso, como sin que auxilio apareciera para los sitiados. Ni era caso tampoco de esperar el socorro; las fuerzas castellanas estaban todas ellas aisladas, condenadas a defender el punto especial en que se las tenía divididas, y sobrado sabía Yanequeu que libre y sueltamente podía continuar el asedio, porque no había medio de venir a estorbárselo. El solo mal para ella estribaba en los mismos sitiados, en el más o menos tiempo que éstos pudiesen sustentarse dentro del recinto.

Del aprieto de esta plaza noticia llegó en breve a Sotomayor, que ya estaba en la capital de Chile; pero no le quedaba medio ninguno con que concurrir al socorro de los sitiados. Sobrado se afanaba él por que se le suministraran hombres, caballos y fondos, o enseres con que equiparlos, sobrado abogaba en favor de los establecimientos oprimidos, y casi dejados a merced de los indios; mas, ¿qué podía responder un pueblo de donde continuamente se estaban sacando brazos y dinero y mantenimientos, yendo el civismo de sus moradores hasta privar a sus familias del pan que alargaban a cuenta de que a las tropas no les faltase el obligado sustento, ni a las armas su acción?

Admira, en efecto, cuanto desprendimiento, cuanto celo y cuanta abnegación en los habitantes de la capital, y bien lo reconoció Sotomayor; veía por sí propio la imposibilidad de recoger los auxilios necesarios, y tenía que sufrir con resignación los funestos resultados de su sistema, si acaso no fuera de condenar también su terquedad en mantenerse con el virrey de Perú como si enteramente fuera extraño a la causa de Chile, cuando, por fin y postre, uno y otro gobierno dependían de un mismo monarca.

De suerte que entre las veces que las colonias de Chile llegaron a reconocerse en posición demasiado inestable y aventurada, ésta ha de contar también, y no porque en las armas enemigas hubiera mayor, ni acaso tanto empeño, como en los días de un Caupolicán y de un Lautaro, ni tampoco porque el Gobernador guiara las castellanas, sin tino, sin el necesario valor; nada de eso: el mal estaba en el aislamiento a que se veía reducido el país; en los grandes esfuerzos con que

¹⁰⁴ Donde haciendo reclutas de tropa y caballos de remonta se mantuvo todo el año.

(Cabildo de Santiago)

había contribuido creyendo llegar a poner fin a una guerra cada vez más irritada a fuerza de provocaciones; en fin, en la lejanía de la metrópoli, que en el supuesto de ayudar a la conquista, como sin duda lo hiciera, entre el darle noticia del estado peligroso de las colonias, y el arribo de los auxilios que ella quisiese otorgar, mediaba un transcurso de tiempo poco menos que desesperado.

Así, el desaliento estaba en todos los corazones, y si acaso no llegó a desmentirse el valor de que los castellanos dieron en aquella memorable época tan repetidas pruebas, ese valor, decimos, sólo estaba en los hombres puestos delante del peligro, porque sabían que de valor era preciso usar, o rendir sino sus vidas en manos de enemigos implacables.

Tal fue la conducta que observaron los súbditos del capitán Castañeda, continuamente acometidos por las masas de Yanequeu, continuamente arrestados en salidas temerarias, con empeño de que la heroína chilena levantara el sitio, y los dejara respirar algún tiempo.

Con todo, ello es que, sin embargo, del número, de los varios meses de un cerco sumamente apretado, resistieron las fuerzas de Castañeda hasta punto de fastidiar a Yanequeu, que por no haber de luchar también con el rigor de la estación fría, abandonó el campo; yendo a plantar sus armas en un recogido valle no muy distante de Villarrica, aunque sobrado seguro y defendido para poder esperar hasta que a sus miras conviniera el abrir nuevamente la campaña¹⁰⁵.

¹⁰⁵ No damos en parte que nuestra confianza pudiera merecer con el nombre de Guepotán, ni con otras particularidades que algunos historiadores refieren a cuenta de ésa su singular mujer; seguimos las operaciones conforme nos las enseñan nuestros documentos. Ovalle cree que Yanequeu debió ir a sitiar, no la fortaleza de Puchangui, sino la de Andelepe, pero en este punto Olivares le corrige. Como quiera, ni un solo apunte se vuelve a ver que de la heroína chilena dé noticia; es presumible que a la cabeza de sus guerreros siguiera, que sino en grandes empresas, por lo menos en algunas excursiones contra los establecimientos españoles se entretendría, y acaso fuera su fin tan desgraciado como el que les cupo a miles de sus compatriotas con la terrible peste que desde la ciudad Imperial corrió casi todo el reino. Feliz en armas, envanecida con los laureles que en ellas había recogido, y lo que más es, mujer ofendida, que la mujer rara vez perdona los ultrajes, ¿cómo dejara ella de seguir castigando a sus enemigos a no impedirselo una causa grave?

CAPÍTULO XV

Quintuhenu electo toqui. Se piden auxilios al virrey de Perú. Respuesta que éste da al cabildo de Santiago. Destitución de Azoca. Marcha Sotomayor contra Quintuhenu. Batalla de la cuesta de Villagra. Incendio de Arauco. Colocolo el joven.

(1589 - 1590)

No jugaba con fortuna la presunción del gobernador Sotomayor, aunque no le faltaban prendas sobre que fundarla, porque si de recursos materiales pudiera echar mano para recorrer el vasto campo en que se paseaba su imaginación, registrando conceptos tal vez aventurados, la mayoría de ellos irrealizables, posible es que durante su gobierno, no domado, eso no, pero con freno se hubiera visto el ardimiento del pueblo araucano, no obstante nacer con el instinto de una absoluta independencia puesta a precio de vivir libres o de buscar gloriosa muerte, corriendo al exterminio de quien pretenda oprimirle.

Y en esta ocasión todo parecía concurrir para que el gobernador castellano deseperara de su causa, sin poder culpar a nadie del desastroso aspecto que los negocios de la guerra iban enseñando; él, y solamente él, vino a colocarse en el más arriesgado extremo a que las armas pueden llegar cuando se marcha con imprudente confianza por medio de un país rebelde, lleno de orgullo, de brazos, de naturales defensas; y eso con fuerzas casi insignificantes, pues, ya que los españoles cumplieran durante aquella memorable conquista hechos de sin par valor, ya que armados fueran con gran ventaja sobre su enemigo, cuenta se ha de hacer también del arrojo que éste mostró constantemente, cuenta, y mucha, del número con que entraba en las batallas.

No es menester tal. Sotomayor asegura al rey de España, por medio de su hermano don Luis, que con *seiscientos* españoles que S.M. le otorgue, acabada quedará la conquista del inmortal pueblo; Sotomayor no ve la necesidad de mendigar socorros al virrey de Perú, esto fuera una declaración como de vencido; y no se mira en semejante caso, ni menos quiere parecer en dependencia de una autoridad extraña para él; Sotomayor está en la capital de Chile predicando una nueva leva para ir contra los indios que aprietan con obstinado empeño las ciudades meridionales, sin llevar a la cabeza un toqui, es verdad, pero al cabo matando colonos, arrasando establecimientos, y teniendo en completa agitación a poblaciones enteras. Vamos a ver los resultados.

El cabildo de Santiago no puede concurrir con los deseos de su gobernador, y esto por causas que excusamos de repetir, puesto que ya se expusieron en el capítulo precedente; a Santiago llega la noticia de que reunidos los cuatro butalmapus, el hacha del *toquiato* acababa de ser puesta, por unanimidad, en manos del valiente *Quintuhenu*, enemigo encarnizado de los castellanos, aunque en esta parte bastara con decir *araucano*. A Santiago llega igualmente la noticia de que don Luis Sotomayor, aportado en Portobelo con los seiscientos soldados que le otorgó Felipe II, no puede ya avanzar a Chile, sino que era voluntad del Monarca pasase aquella gente en persecución de algunos piratas dispuestos a apresiar en los mares los galeones de América al cumplir éstos su regreso.

Semejantes ocurrencias enseñaron a Sotomayor un camino, el camino cuyo tránsito más repugnaba, cual fue el de acudir al virrey de Perú con demanda de auxilios por medio de su maestre de campo García Ramón.

Y si bienes resultaron para los españoles de semejante resolución, que no se le atribuyan al gobernador don Alonso, sino al cabildo de Santiago cuyos miembros salieron comisionando a Gerónimo de Benavides para que pasara a pedir el amparo del Virrey, por medio de solicitud escrita en fecha 14 de julio del año en que andamos, y es de presumir que la demanda del primero una consecuencia forzosa de la del segundo fuera, mas que su parte queramos hacer a las circunstancias, a tal por lo menos nos inclina el contexto de la carta con que favoreció el Virrey a dicho cabildo, según resulta de sus asientos¹⁰⁶.

Como quiera, elementos para sustentar la guerra había en el reino, y en juego supo ponerlos el Gobernador desde que comprendió que peligraban su fortuna y crédito si no removía activo todos cuantos medios parecieran de algún provecho. Desde luego crecido era ya el número de españoles que sin oficio ni beneficio corrían el país, particularmente las provincias más sosegadas, y todos ellos sin

¹⁰⁶ Hay manuscritos, y también impresos, en los cuales se asienta que el Virrey despreció esas demandas; pues oigamos al Virrey.

“Recibí vuestra carta del 14 de julio y veo muy bien el contento que, señores, os habrá dado mi venida a estos reinos. Pues está tan entendido en todos ellos el amor y gran voluntad que tengo a ése que no fue la menor causa de aceptar yo este cargo, por tener yo más aparejo de acudir a las necesidades que se me representan de esa tierra y ciudad... y para que esto se conozca he querido enviar antes de entrar en la ciudad de los Reyes ese navío de armada con la persona del almirante Hernando Lamero; lleva 200 soldados muy escogidos, y todos bien vestidos y armados y socorridos. Lleva orden de desembarcar en Concepción, porque estando en aquel paraje alcanzando tan buena parte del verano pueda entrar el señor Gobernador en el estado de Arauco y poblar en él, porque esto es lo que quiere y manda S.M.

...
 Y deseo tanto el buen suceso de las cosas de ese reino que seguramente podéis creer que tengo de atender a ellas con más voluntad y veras que a las de este de Perú, con gente, armas y ropa. De lo cual no se lleva ahora más por no haber llegado los navíos en que se aguarda; en otro navío irá con ella el capitán Gerónimo Benavides; y como yo tengo tanta noticia de las cosas de por allá, para mí no hay guerra de importancia en Chile si no es de Andalicán hasta Purén por Arauco; y esto es lo que se ha de allanar y poblar; y para ello acudiré yo con la voluntad y cuidado que digo, y así se lo escribo al señor Gobernador...”.

(Cabildo de Santiago)

obligaciones ni dependencias; había también una multitud de reformados, muchos forzosos, otros voluntarios, y todos o casi todos fuera del poder militar, porque en aquella época, ni éste ni el civil pudieron enseñar en las Américas un brazo respetable, sino que obligados ambos a mil culpables condescendencias a trueque de economizar instrumentos de apoyo contra el enemigo común, en el más completo desprecio se hundieron, con grave daño de la causa que querían hacer valer, y escandalosa relajación de las costumbres.

Posible es, sin embargo, que en la primera de esas dos clases más de un hombre fuera indigno de formar en las filas de la milicia; pero en la segunda no cabe semejante suposición, porque se componía de oficiales de mucha honra, de probado aliento, de vida muy arreglada, sólo que apasionados ciegamente los unos por esta o aquella administración; desatendidos los servicios de los otros por tal o cual otra, según que el reino cambiaba de autoridades, cosa que sucedía con no poca frecuencia, como ya se ha debido advertir, así se renovaban también las listas de los agraciados como las de los despedidos, listas que de ordinario venían a aumentar los resentidos, abandonando voluntariamente un servicio que no consideraban obligatorio sino para con personas de su propio y particular agrado. Señalamos este hecho no con otro fin sino con el de probar que don Alonso anduvo político y acertado, tomándole por un recurso de mucho importe salir del conflicto en que las circunstancias le habían colocado por no querer dar a la guerra la desembarazada acción que ella requería.

Se sirvió, pues, de agentes entendidos que supieron atraerse gran número de mercenarios, y sobre todo el de descontentos que valían mucho más para el servicio, ya por estar habituados a aquella guerra de exterminio y de privaciones, ya por tener un muy exacto conocimiento del país, como igualmente de los hábitos del enemigo; llevándolos a las filas, a los unos con la promesa de considerables recompensas en cuanto rendir pudiera la tierra que se conquistara, a los otros con adelantar su carrera por medio de empleos y graduaciones, y la opción también a las encomiendas que de nuevo se hubiesen de distribuir.

En esta entendida tarea gastó don Alonso gran parte del invierno, contando con salir a campaña en cuanto se mejorara de estación, y también con sacudir de lleno a las masas rebeldes, siempre que con algún auxilio de Lima llegara a reforzarse el que a costa de tanto afán, y de compromisos no pequeños, se estaba formando él mismo en Santiago.

Los araucanos por su parte también iban adelantando mucho en su empeño de limpiar la tierra ahuyentando a sus aborrecidos opresores, que o muy estrechados en los fuertes se mantenían, o precisados a huir de ellos, sobre todo desde que el infatigable Quintuhenu entró ejerciendo las funciones de toqui, porque auxiliado de los cuatro butalmapus, y no viendo delante un cuerpo de tropas que contra sus empresas saliera, todo lo corría impunemente, todo lo llenaba de espanto; y ya por último vino a dar contra el fortín español, levantado en la famosa cuesta de Marigueñu, cuya guarnición fue pasada a cuchillo tras una vigorosa resistencia, y el Toqui se quedó con sus huestes en aquella montaña, en la esperanza de que su enemigo vendría buscándole para vengar la sangre que el acababa de arrebatarse.

Eso es lo que sucediera a no salir impidiéndolo un no pequeño contratiempo con la nave que el virrey don G.H. de Mendoza despachó para Chile, que sobre verse obligada a perder un tiempo muy precioso en la absoluta calma que la cogió en alta mar, todavía fue a desembarcar en Concepción una tropa, tan maltratada y escasa de salud, que el Gobernador creyó imposible llevarla a la guerra sin esperar a que reparara sus fuerzas.

Mientras esta forzosa tregua de las armas castellanas, preciso es que el comisionado del cabildo de Santiago, Gerónimo de Benavides, volviera igualmente al reino con algún nuevo socorro del Virrey, como así lo ofrecía éste en su carta a los concejales, puesto que parece en fecha 12 de octubre¹⁰⁷ de este propio año, recibiendo de alguacil mayor en la capital de Chile.

En la administración de la justicia también hubo reforma personal, porque el doctor Lope de Azoca comenzó de nuevo a mostrarse muy amante de la suprema autoridad, no obstante lo que esa pasión le costara en tiempo del mariscal Gamboa, y por consiguiente el gobernador don Alonso, que tampoco quiso a su lado personas que aspiraran a despojarle del poder, salió destituyéndole el 24 de julio¹⁰⁸, poniendo en su lugar al licenciado Pedro de Viscarra.

Como quiera, a mediados de septiembre pudo ya Sotomayor salir de Santiago, encaminándose contra el atrevido Quintuhenu que sin haber abandonado la placeta de la cuesta de Villagra, seguía tendiendo correrías que a veces allegaban hasta inmediaciones de Concepción, con cuerpos puestos a las inmediatas órdenes de denodados jefes, y todos ellos jóvenes, entre los cuales contaba el hijo del astuto y venerable Colocolo.

Las armas castellanas llevaban en sus filas unas seiscientas plazas¹⁰⁹ entre ellas ciento treinta reformados, de los cuales tomó veinte el Gobernador para escolta de su propia persona, distribuyendo las fuerzas restantes entre los capitanes Irrarrázabal, Ruiz, Guzmán, Jofré, Rodolfo, Cortés, Quiroz, Ulloa, Galleguillos y Avendaño, con reserva, para su maestro de campo de la famosa compañía de los otros ciento diez reformados, que se empeñaron en formar cuerpo aparte, a fin de asegurar mejor el buen éxito de sus esfuerzos.

Las jornadas no debieron ser muy aceleradas, aunque aceleradas parecía pedir las la gravedad de los negocios, pues es constante que el cabildo de Santiago

¹⁰⁷ Cabildo de Santiago.

¹⁰⁸ Cabildo de Santiago.

¹⁰⁹ Ovalle y Molina suponen mil y además el *número competente de auxiliares*. ¿A qué abultar los hechos de esa manera? Es positivo que don G. Hurtado de Mendoza envió un refuerzo de 200 hombres con Lamero, o *Romero* como otros le llaman; presumimos que Benavides volviera también con otro refuerzo, démosle otros 200, aunque nada dice el cabildo de Santiago; serían, pues, seiscientas plazas las que a su disposición tenía Sotomayor. A tomar en cuenta el número con que le llevan aquellos dos historiadores, tenía también *auxiliares*, y ni con esos auxiliares, ni con los mil soldados se atrevió el Gobernador a salir de la capital sabiendo que el enemigo hostilizaba todos los establecimientos españoles, que le degollaba guarniciones enteras, y le ponía la conquista a pique de perderse... Ni un tal porte cuadraba con el probado arresto de Sotomayor, ni se aviene tampoco con lo que discierne un mediano sentido si ejerce sin pasión.

sólo registra dos partes del Gobernador, uno del 11, y otro del 23 de octubre, en los cuales dice: “Estoy de marcha para Arauco, y llevo en mi compañía al vecino de San Juan, Ruiz de León”, sin siquiera notar el lugar que sus reales ocupaban en esas dichas fechas.

Sábase sí que habiendo pasado el Biobío, el camino de la costa siguieron los castellanos hasta acampar en Colcura, al pie de la famosa cuesta que tanta sangre española llevaba ya bebida.

Grande fue la sorpresa de Sotomayor reparando que Quintuhenu no solamente le esperaba defendido en el fuerte cuya guarnición había pasado a cuchillo, sino que, como se le dejara tranquilo durante tanto tiempo, con una terrible estacada de corpulentos troncos tenía cogido tanto el ámbito de la mesa, y dentro de ella cuatro mil guerreros dispuestos en orden de batalla; pero adelantados los españoles hasta semejante punto, no era posible retirarse sin probar fortuna.

Al amanecer del día siguiente comenzaron las armas del Rey el repecho del cerro Marigüeño, llevando la vanguardia el mismo Sotomayor con su escolta de los veinte reformados; le seguía después García Ramón con la compañía de la propia clase, y con otra compañía de cien hombres iba el sargento mayor, marchando los demás capitanes, cada cual con su pelotón de gente por derecha e izquierda de la cuesta, con orden de atacar al enemigo en todas direcciones hasta penetrar las trincheras.

Quintuhenu despachó un cuerpo de sus tropas para que impidiesen la subida de los castellanos hasta la cumbre, y por consiguiente pronto se trabó a medio pecho del cerro una función reñidísima y sangrienta; pero por último rompió el Gobernador las filas araucanas, y los castellanos llegaron a verse al pie de la estacada donde la batalla vino a hacerse general.

Diligente y bravo corría Quintuhenu las líneas exhortando a los suyos, y convidándolos con la victoria en que se aseguraba para siempre la libertad del país; y no menos bravo, no menos activo, se mostraba Sotomayor apechugando por entre lanzas y macanas enemigas, con sus veinte reformados, a fin de ganar tierra dentro del recinto. La muerte cumplía sus estragos en ambos partidos, pero ni el uno ni el otro pudo entrar en la esperanza de ceñirse los laureles de aquella jornada, durante ocho horas de un combate que no ya el valor aunado con la prudencia, sino la desesperación sustentaba.

Por fin, la una de la tarde sería cuando Quintuhenu tuvo la desacertada idea de recoger sus huestes contra el recinto del fuerte, pensando que en concentrarlas más, la resistencia había de ser mayor, y doble de impetuosa; dio al efecto las convenientes órdenes, y apenas, las masas araucanas empezaran a replegarse cuando unos veinte reformados de los del maestro de campo asaltaron la estacada, abriendo en un instante la suficiente brecha para que sin estorbo pudieran penetrar los demás españoles, y de repente de vieron éstos corriéndose por el interior del recinto hasta coger acorralado a su enemigo, que arrogante, y lleno de despecho, circundaba las afueras del fortín.

Aquí ya no conoció límites el arrojo. Españoles y araucanos se confundieron batallando; entre los primeros sólo se advertía la trinitosa voz de Sotomayor pi-

diendo enfurecido venganza, muerte, en aquellas mesnadas de infieles que con impiedad tanta sobre aquel mismo suelo habían inmolado las vidas de los más esclarecidos y más alentados castellanos; entre los segundos otro tanto voceaba el joven Quintuhenu contra los opresores de su país, que, como sus compañeros, sepultados debían quedar en la mesa de aquella ensangrentada montaña, en merecido castigo de la indigna, injusta y violenta expoliación que su codicia quería perpetrar en un pueblo a cuyos bienes ningún derecho tenían.

Pero como en ninguno de los bandos se debilitaran los esfuerzos, como el suelo pareciera ya sembrado de cadáveres, sin que cuenta de ello hicieran los combatientes, y también como reconociera Sotomayor que a cerrarse el Sol sin ver el desenlace de aquel tremendo día, posible fuera que, sino roto, por lo menos desalentado y sin honra, en la necesidad de una retirada le pusiera la inmediata noche, a todo riesgo se echó por entre las masas enemigas desafiando al Toqui araucano, como quien sabía que en caso de ayudarle la fortuna, ésa sería la primera y la mejor conclusión del triunfo; pues visto habemos ya que la muerte del jefe transmite un espantoso desánimo en aquellas intrépidas cuanto inocentes legiones.

Acaso tuviera también Quintuhenu esa propia idea de los españoles, porque como el rayo avanzó al encuentro de Sotomayor, y ambos caudillos echaron pie a tierra, no para medir sus armas según reglas de caballería, sino determinados a despedazarse como pudieran hacerlo dos tigres; ¡¡tanto era su desconsiderado y reprehensible furor!!! Así es que cuando el joven Quintuhenu quiso caer sobre su odioso adversario, a tierra vino de tres puñaladas que en su alentado pecho clavó el brazo del jefe castellano...

Y, ¡cosa admirable!... La muerte del Toqui araucano produce en los ánimos un efecto enteramente opuesto al que no sin razón se esperaba; los soldados del desventurado Quintuhenu cumplen, sin saberlo, la heroica resolución que cuarenta años atrás inmortalizó a los seiscientos soldados del valeroso vicetoqui Lautaro, muerto también a manos de los Villagra... ¡La muerte, la muerte, y no la afrenta!... es el grito con que se responde, en la cumbre de Mariguenu, al desgraciado fin de Quintuhenu; y montando Sotomayor el caballo del jefe indio, de nuevo y con doble empeño tiene que resistir al furioso ímpetu de los indios que de propósito echaban sus pechos en las puntas del acero enemigo para morir con gloria, u obligarle a retirarse del recinto.

¡Inútil hacer! Era mucho el esperanzado aliento con que concurrieron los españoles sabiendo que el ejército contrario andaba ya sin cabeza, aunque hartos le sostenían los capitanes Cariantú, Apillán, Palentaru, Archiguala y el joven Colocolo, que a todas partes iban difundiendo ánimo, y cumpliendo hechos dignos de una suerte más venturosa. Fue, pues, menester ceder el campo, retirarse, dejando seiscientos cadáveres en la placeta, pero, ¿cuál quedaría el bando castellano cuando no se halló con fuerzas para seguir la derrota de su enemigo, en la cual necesariamente hubiera hecho multitud de prisioneros?...

Con pérdida de veinte españoles, nada más, cuentan todos los historiadores que se adquirió este inmortal triunfo; sí que añaden que ni uno solo de todos los restantes dejó de sacar heridas de mayor o menor gravedad, y con dos hartos profundas salió también el mismo Sotomayor.

Quiénes fueron los muertos nadie nos lo dice¹¹⁰, pero de los que más se señalaron en aquel memorable hecho de armas un autor conserva nota, y la queremos trasladar sin comentario¹¹¹.

Mucha satisfacción sintió el Gobernador alcanzando ese tan disputado y sangriento triunfo, y grande fue su sorpresa, como también su contento, cuando retirándose de la famosa cuesta con dirección al valle de Laraquete, el retumbo de la artillería le dio a presumir que se celebraban sus palmas con solemne deporte. Era una escuadrilla de guardacostas del mar del Sur que por orden del virrey de Perú corría las aguas en persecución de varios piratas, y como llegara oportunamente a vista de Marigueñu cuando ya los indios iban en desbandada, se apresuró a saludar la ventura del jefe castellano jugando con todos sus cañones. Sotomayor se figuró desde luego que en aquellos bajeles venía para él algún refuerzo de tropas, pero pronto salió de ese lisonjero error, conociendo exactamente el objeto y destino de semejante flotilla que sin perder tiempo dio vela para el Callao¹¹².

Sotomayor acampó, pues, a orillas del Carampangue, pero ya con los laureles de Marigueñu un poco marchitos, como quien vino a saber que, mientras a tanta costa, y con tantos peligros, ante los soldados de Quintuhenu un porvenir honroso, o un eterno baldón, traía puesto en juego, otros cuerpos rebeldes daban de nuevo a las llamas la plaza de San Felipe de Arauco, siquiera para prueba de que si un paso se adelantaba en la guerra contra aquellos indómitos indios por la parte A, *v.g.*, en la parte B se salía perdiendo, y con esto, la balanza de los recelos, como de las esperanzas, de los dos partidos, en fiel se mantenía constantemente. Fue, pues, menester resolverse a la reedificación de San Felipe de Arauco, tantas veces arrasado o incendiado; tantas, y a tanta costa, vuelto a fundar, como que, en efecto, era de mucho importe para las armas castellanas, y un freno para los indios de aquel turbulento y belicoso estado.

¹¹⁰ Solamente se hace mención de un portugués, caballero del hábito de Cristo, quien antes de entrar por primera vez en acción contra los indios parece ser que en sí mismo sentía las fuerzas suficientes para arrollarlos, diciendo a los españoles: ¿Quién ha de temer a esos pobrecillos, sin fusiles, sin cañones, sin arma ninguna capaz de imponer respeto?... Al comenzar la pelea le asentó un araucano su macana, y la virtud del tiro parece que fue tan activa como la del plomo que vomitan los cañones.

¹¹¹ Francisco son y Alonso de Riberos
 Los que le siguen hoy con el de Luna,
 Lorenzo de Bernal y Juan de Riberos
 En quien jamás se halló tardanza alguna;
 Córdoba, y Castillejo aunque postreros
 Fueron en el salir, llegar a una,
 Con ellos don Alonso Brito, y Recio,
 A quien la fama ha dado honroso precio.

(Nueva Araucana)

¹¹² Pero en ella volvió a poner el Gobernador a su maestre de campo García Ramón, con demanda de nuevos socorros que del virrey de Perú solicitaba otra vez para acabar, decía él, las repoblaciones de Purén y de Toltén, donde se necesitaban fuerzas respetables, porque en estos estados era donde más se agitaban los indios.

Pero Sotomayor probó esta vez de mucho más estratégico que todos sus predecesores, porque Arauco no sufriera tantos descabros a situarle en punto de inmediato arrimo para las fuerzas que en su defensa pudieran venir por mar desde Concepción, y a esto es a lo que atendió esta vez don Alonso plantando la plaza casi barbeando las aguas del Pacífico y del Meseta, con una dilatada calle de medio de la cual salía el castillo llamado San Idefonso.

Esta obra tan perfectamente concebida, con bien se acabó; y con ayuda de brazos araucanos, que con la misma buena fe que les conocemos, entraron desde luego en ajustes de paz; pero todavía produjo otras ventajas, aunque transitorias, de no poca importancia algunas.

La plaza de San Felipe de Arauco estaba fundada al pie del cerro llamado de Colocolo, pero la resolución de Sotomayor la puso en lo mejor de las tierras del heredero de aquel respetable nombre, joven de nobilísimas prendas, y que en muchas batallas llevaba ya acreditada la prudencia que tanto distinguiera a su ilustre padre, no menos que su acrisolado patriotismo, y maduro ardimiento; ya le hemos visto en la sangrienta función que costó la vida al toqui Quintuhenu.

Ese joven guerrero se opuso a la resolución del gobernador castellano, pero en balde, porque con sus solos criados, o sean vasallos, imposible contener la voluntad apoyada en seiscientas bayonetas poco más o menos, y bayonetas acostumbradas a lidiar contra miles de indios. Por lo mismo se retiró prudente, y despachó los correspondientes emisarios con convocatorias para diferentes caciques de los contornos, que en día y punto dado llegaron a reunirse no muy lejos de las márgenes de Curilemo, Colocolo expuso brevemente los males que el país debía esperar si se dejaba que los castellanos acabasen la repoblación de un establecimiento mucho más resguardado del que hasta entonces vieron en aquella tierra, que era preciso concurrir cuanto antes a desbaratar planes de trascendencia tanta para toda ella; y en fin, que como dueño del suelo en que los españoles se acababan de establecer, y por apartar toda sospecha de un mezquino interés personal en cuestión donde podían ir comprometidas tantas vidas, él con sus súbditos entraría en donde más peligros se vieran, sólo que para arrostrarlos con esperanza de buen éxito, salir debían guardándole la espalda todos aquellos capitanes, y las gentes de su respectiva dependencia.

Los pareceres se hallaron divididos, y la mayoría estuvo porque era una gran imprudencia el atacar en tal descubierto a las armas del Rey, de suerte que el joven Colocolo perdiendo esta vez *paciencia*, y acaso resentido del mal éxito de su empeño, cuando por tantos títulos se contemplaba acreedor a muy distintos miramientos, volvió de nuevo, sólo con sus súbditos contra el campo castellano, y le entró resuelto como si seguido de un numeroso ejército fuera.

Ya es de suponer el resultado de semejante desacierto, y por tanto fuera inútil detenernos refiriéndole, sólo sí conviene decir que el ardidoso joven quedó prisionero de las armas castellanas; que Sotomayor le hizo gracia de la vida bajo condición de someter a su dominio y obediencia los indios dependientes de sus señorío; y que no habiendo logrado este empeño, aunque le pareció en sus principios de fácil y natural cumplimiento, supuso en la negativa un nuevo insulto a su pundonor, y

se consagró al servicio de los españoles, entre quienes se mantuvo fiel y reconocido, sin hacer armas nunca contra los hijos de su país, porque a cuenta de tan noble conducta puso aquel desventurado joven la dependencia de su vida cuando don Alonso salió perdonándosela, con la solemne promesa de inalterable lealtad.

CAPÍTULO XVI

Paillaeco toqui. Carácter de Sotomayor. Vence al Toqui. Asedian indios a Imperial. La viruela. Se traslada Sotomayor a Santiago. Pasa a Perú, y se encuentra despoído de su autoridad.

(1590 - 1592)

Con la conclusión de la obra en que andaban entretenidas las armas de Sotomayor, acabaron también las palabras de paz que varias parcialidades tenían prometidas desde que se hizo pública la muerte del toqui Quintuhenu, palabras de que sin duda necesitaron usar los indios en tanto que con acuerdo general se atendía a la provisión del toquiato en persona caracterizada, no menos que a la reorganización de nuevos batallones con que hacer frente al enemigo.

En efecto, pronto supo el Gobernador que el hacha estaba ya en manos del cacique Paillaeco, o Paillacó, que de ambas maneras le escriben nuestros manuscritos; y por consiguiente preciso fue volver a tomar las armas antes que los rebeldes cobraran elementos demasiado poderosos.

En San Felipe de Arauco dejó Sotomayor la guarnición conveniente, al mando del capitán Francisco de Riberos, y con el resto de su gente se encaminó a los estados de Tucapel y de Purén, donde ya se dejaba ver el nuevo Toqui, y aparecían los indios en completa insurrección. La marcha fue horrorosa en sus consecuencias y, aunque demasiado en cien ocasiones Sotomayor, para con los indios, cuando suelta dejaba correr su pasión de venganza, esta vez fue ya bárbaro, pues que lo indefenso como lo inofensivo por naturaleza, lo inocente como lo que culpable en cierto modo pudo parecer, todo pasa por una misma medida, por las llamas o por el hierro.

No admiten disculpa esos extravíos de la razón humana y, sin embargo, hay que salvar al hombre, compadeciéndole, si en él parece un corazón incapaz de aunarse con la perfidia, toda vez que se le dejara descubrir el uso de un examen racional, desapasionado, y sano, de todos sus hechos. En el gobernador don Alonso nunca hubo esa alma impía, feroz, que algunos escritores le supusieron, yendo hasta hacerle cargo de la muerte de catorce mil indios durante su gobierno; en Sotomayor no se ha de mirar a la persona, sino a la loca idea que a esa persona domina, a esa idea de que por sí y ante sí ha de conquistar a un pueblo más fácil de exterminar que de rendir, a esa idea que comprometido le tiene ya con las colonias

de Chile, con las autoridades de Perú, hasta con el mismo Rey, y que al menor y más insignificante suceso cuya tendencia incline contra la realización de ese sentir hijo de un entendimiento sobradamente ligero, todas sus pasiones se desatan, son ellas las que imperan, y no el juicio, ni el hombre, ni su corazón.

Repárese sino la manía. La resistencia de los indios enciende en ira al gobernador don Alonso; jura abatir su soberbia y traerlos aherrojados al yugo del poder castellano, pero con la particularidad de que los brazos necesarios para obra semejante en una cadena de fortines los encierra. Le hacen ver las funestas consecuencias de ese su sistema; llega él mismo a palparlas; se arrepiente; vuelve a incurrir en el propio error; le abandona de nuevo, y... y ahora, ahora que con algunos cuatrocientos soldados marcha en ánimo de ver cómo sofocar el incendio que en los estados de Purén y de Tucapel atiza el toqui Paillaeco, la idea de fortificar le sorprende, y un fuerte levanta en Lebu, sin pararse a examinar cuáles posiciones ni cuántas fuerzas tenía el enemigo, ni menos el modo de usar de las suyas en caso de necesidad; pero, bien cierto de que aquel fuerte de nueva planta le había de pedir gran parte de sus soldados, con diligencia hizo que el capitán Francisco Hernández pasase desde Concepción a Santiago en demanda de socorros imposibles de realizar, sólo que el Gobernador había olvidado esta circunstancia.

Concluido el fortín de Lebu, y dejándole un regular presidio, pasó el Gobernador a Tucapel donde también levantó la plaza de este nombre, pero no muy lejos de ella (en la parcialidad de Molquilla) le atacó de interpresa la gente de Paillaeco llamándole con cien caballos que se fingieron desde luego en repentina fuga hasta traer la vanguardia española al bosque ocupado por el grueso del ejército indio, y allí en gran apuro pusieron al Gobernador; mas retirándose éste a su turno hacia el llano, donde tenía el resto de sus tropas, el inexperto Toqui cayó en la imprudencia de seguirle creyéndole vencido; se empeñó un combate general, no poco sangriento también; y como el mismo Toqui pereciera en la pelea, la dispersión de sus tropas se verificó con pérdidas muy considerables.

Tras esa nueva victoria a Purén pasaron las armas castellanas, y también se volvió a rehabilitar aquella plaza¹¹³, de suerte que con una muy corta escolta quedó Sotomayor después de guarnecidos Lebu, Tucapel y Purén, igualmente que Puchanguí a su paso por los Infantes de Angol, desde cuyo punto regresó a la ciudad Concepción con muy poquísima gente.

Pocos días había descansado en esta ciudad cuando los capitanes Melillanca y Catipillán, caminaron con grueso ejército al asedio de la ciudad Imperial, seguros de que en la tierra no tenía el enemigo fuerzas para oponerse a sus intentos, y que la suerte de aquel establecimiento español del mayor o menor esfuerzo de sus defensores había de depender. Ánimo mostraron los sitiados rechazando en los primeros días los asaltos a que los araucanos se arrojaban temerarios, pero al cabo con el transcurso del tiempo, y la estrechez del cerco que no les permitía salir de murallas para procurarse mantenimientos, ni auxilio de ninguna especie, todo

¹¹³ García es de opinión contraria a ésta que nosotros sentamos siguiendo lo que nuestros documentos nos dicen.

comenzó a escasear, y con el recelo de que una inevitable muerte tenían ante sus ojos, también entró en la población el hambre.

Indecible el desaliento de aquellos moradores reducidos como se veían a la dura alternativa de entregar sus cabezas al acero de un enemigo que no había de usar de piedad para con ellos, con sus esposas e hijos, o perecer bajo el rigor del cruel azote que sobre sí cayera cerrándoles la puerta de su recinto para que siquiera pudieran procurarse en la tierra ese rústico sustento que en él encuentran los brutos.

Sin el heroico y santo fervor con que salió a las calles el venerable obispo don Antonio de San Miguel consolando a los fieles, convidándolos para que masa común se hiciera de los medios de subsistencia que de reserva pudiera haber en casas desahogadas, ricas y precavidas, y que parte de esa masa tuvieran los pobres y los soldados, a fin de alargar las horas de la vida, por si en alguna de ellas quisiera dolerse el cielo de calamidad tanta, víctimas llevaba ya hechas el hambre, pero víctima hubiese sido de una vez todo el vecindario, porque ya no parecían ni brazos bastantes, ni en éstos aliento para disputar al araucano la presa que se preparaba a destruir con inclemente deporte.

¿Cómo, en efecto, resistir a las amonestaciones de aquel eminente pastor que descalzo, con un grosero dogal colgado del cuello, con un pesado leño sobre sus hombros, y humilde, y fervoroso, y vertiendo un río de lágrimas, recorriendo va toda la colonia a fin de que la caridad despierte, a fin de que la esperanza en la omnipotencia renazca en los corazones, y para que el pedazo de pan que aún conserva el rico, venga en parte a manos del pobre, apeteciendo que ambos alarguen su existencia, y ambos a una sucumban al rigor del hambre en no habiendo medio ninguno con que satisfacerla?

De apuros semejantes, ¿no se le debiera pedir cuenta al Gobernador? A guardar éste a su lado una columna de operaciones pronta siempre para responder a cualquier acontecimiento, ¿no hubiera sido fácil correr a la salvación de una ciudad importante y rica?

Ésta es ocasión muy oportuna para decir que solamente la Providencia podía contener los funestos resultados a que las filas castellanas quedaron expuestas con los extraños e inconcebibles despropósitos de su jefe, y la Providencia, pues, salió enmendándolos quitando las armas de manos de los indios con una espantosa epidemia de viruelas que desde luego se declaró en Imperial. Mil personas arrebató en aquella ciudad, el hambre primero, y tras el hambre la peste de las viruelas, que así lo asientan varias memorias de la época, dignas todas ellas de mucho crédito, corriendo como el relámpago casi todo el reino, y descargándose furiosa en los naturales, no menos que en los españoles¹¹⁴.

En paz, pero bien enlutado, tuvo que verse forzosamente el país, y no porque don Alonso respetara semejante azote, pues oportunidad mejor para sojuzgar las tribus indias nunca vino a ofrecérsele, sino porque ni un soldado, por decirlo así, podía disponer para allanar la tierra, y las fuerzas encastilladas su tributo estaban pagando también a la epidemia. Fundaba, sin embargo, grandes esperanzas en el deseado retorno de su maestre de campo, transportado a Lima, como ya vimos, en demanda de socorros al Virrey, don García Hurtado de Mendoza; suponía igual-

¹¹⁴ Según G. Quiroga las tres cuartas partes de los indios se llevó ese terrible azote.

mente, idelirio!, que el capitán Hernández le reuniría en Santiago un buen trozo de gente para poder correr sin estorbo ya, toda la Araucanía, y asentar el pendón castellano en el mismo centro de aquel pueblo invencible. Tales ilusiones nutría el alma de Sotomayor en la ciudad de Concepción cuando le llegó aviso del comisionando Hernández con traslado de la respuesta escrita del cabildo de la capital, y cuya sustancia era; que la ciudad no podía en manera ninguna favorecerle, despoblada como la habían dejado tantas y tan repetidas levas; que minas y estancias todo estaba abandonado por falta de brazos; que, en fin, si tanto era el aprieto y la escasez de gentes en que S.S. se encontraba, acudiese a Lima, o a España en solicitud de elementos de guerra, no habiendo ya ninguno en el reino.

De prever era semejante resultado. Si a éste no siguieron otros más desastrosos, agradécese a que el país no se encontraba en posición de hacer armas.

Como quiera, todavía cayó en la presunción de don Alonso la idea de que con su presencia en Santiago, otro sesgo diferente tomarían las cosas, y otros serían los esfuerzos del Cabildo, siquiera por no desairarle cara a cara; y con esta máxima se apartó de Concepción yendo camino de la capital con algunos caballos de escolta. Llegando allá se entendió con los capitulares, y demás autoridades reunidas, exponiéndoles cuanto importaba un sacrificio acaso el último, para concluir la conquista de un país que en continua alarma tenía todos los establecimientos meridionales, y más que algo pudiera haber de verdadero en la tal presunción, donde nada queda, ningún sacrificio cabe: tal fue el sentido de las palabras con que se le respondió al Gobernador, teniendo éste que resignarse y concentrar todas sus esperanzas en la comisión de su maestre de campo, y aguardar su regreso en la más completa inacción, pero con el doble sentimiento de saber que sus enemigos, con todo de lo desfavorables que los sucesos de la última campaña les habían sido, con todo del terrible estrago que entre ellos cumplieron las viruelas, cuya plaga comenzaba ya a moderar sensiblemente su malignidad, en el cacique del segundo butalmapu, llamado Paillamacu, acababan de poner el toquiato; no porque habilitados estuviesen para saltar de repente a campaña, pues que escasísimos de brazos se veían, sino para probar a sus opresores que en guerra los habían de tener en tanto y siempre que un solo araucano con vida se pudiera mantener en el país.

Llegó por fin, el maestre de campo¹¹⁵ a la bahía de Concepción, pero con mucha menos gente de la que el Virrey entregó en el Callao a Lamero en su pri-

¹¹⁵ Nada bien despachado del virrey don G.H. de Mendoza dicen la mayor parte de los historiadores. ¿Habría alguna causa para que el Virrey se condujera esta vez según da entender el espíritu de esas palabras? Desde luego los sucesos en que vamos a entrar darán mucha luz a esta materia, pero importa observar aquí que don G.H. de Mendoza no podía menos de saber cómo, y en qué consumía las fuerzas el gobernador de Chile, sin que por eso adelantara un paso la conquista. Importa saber, además, que entre don G.H. Mendoza, y don Alonso de Sotomayor, el valer de los araucanos tenía igual precio, o, más claro, no era ninguno; sólo que el primero fundaba vencer corriéndolos en todas direcciones, y el segundo estaba por que se le habían de rendir de miedo al pie de los rebeldes. En abono de ése, que a primera vista pudiera parecer un muy aventurado aserto, no hay sino volver a la carta del mismo Virrey, citada en nota 106 de este tomo donde dice, además de lo referido: "Porque yo tengo, sin ninguna duda, que con estos 200 hombres (los entregados a Lamero) y los que hay allá, habrá los que *bastan*, y *aun sobran* para poder allanar y poblar todo el estado de Arauco, y hecho esto, con muy poca gente se sustentarán las ciudades".

(Asientos del Cabildo del 17 de febrero de 1590)

mer envió, y a Concepción pasó volando don Alonso presumiendo que mayores fuerzas se le traían.

Entró don Alonso en aquella ciudad el 4 de abril de 1592¹¹⁶ y no quedó poco sorprendido reparando el débil socorro con que García Ramón había vuelto de Perú, socorro ni de mucho suficiente para reemplazar las pérdidas que la epidemia había causado en las guarniciones meridionales, cuando contaba con fuerzas capaces de arrollar, de una vez, y para siempre, el turbulento ardor de todas las parcialidades insumisas. No gastó mucho tiempo en aconsejarse, y de Concepción mismo saliera directamente para el Callao, seguro de que su presencia en la Ciudad de los Reyes había de sacar del Virrey cuantos auxilios le sugiriera su propio querer; pero como ningún bajel guardara entonces aquel puerto, a Santiago regresó en toda diligencia¹¹⁷, bien resuelto a subsistir sus atribuciones gubernativas en persona de su confianza, y marchar enseguida para Perú.

La falta de bajel por una parte, y por otra los solícitos esfuerzos del cabildo de Santiago para disuadir al Gobernador de su empeño de dejar el reino huérfano, por decirlo así¹¹⁸, en circunstancias que tanto importaba vigilar las operaciones de los araucanos corriéndose ya por algunos estados hasta vista de los establecimientos españoles, aunque en grupos de muy corta consideración, entrabaron durante algún tiempo la empresa de Sotomayor, pero por fin salió poniéndola en planta el 30 de junio, trasladándose a bordo de un buque surto en el puerto de Valparaíso. Magnífica acogida mereció don Alonso del virrey don García Hurtado de Mendoza, haciendo que el cabildo de la Ciudad de los Reyes saliera a recibirle fuera de puertas, para acompañarle enseguida hasta palacio, a cuyos umbrales salió el Virrey dispensando al gobernador de Chile el mismo ceremonial, la propia pompa con que de costumbre eran recibidos los virreyes en su primera presentación oficial¹¹⁹.

¹¹⁶ Cabildo de Santiago.

¹¹⁷ El 1 de mayo pasa por el pueblo de Duao, de Maule; no dice el Cabildo que día entró en Santiago, pero anota que el 4 de julio estaba en aquella capital, y que el 30 del siguiente julio se embarcó para Lima en el puerto de Valparaíso. Molina y otros pretenden que don Alonso regresó a Chile; que encomendó el mando militar para durante su ausencia a García Ramón, y el político al licenciado Pedro de Vizcarra. No hay de cierto sino esto último, pero en calidad de gobernador militar y político, que así se recibió en el Ayuntamiento el 31 de julio. Como se ve en los asientos de los cabildantes con estas palabras: “El licenciado Pedro de Vizcarra teniente de gobernador y capitán general de este reino de Chile, y justicia mayor; usando de los poderes que del Rey N.S. tengo en ausencia del gobernador de este reino, y los por S. S. en mí subdelegados para las cosas de gobierno, etc., etc.”.

(Cabildo de Santiago)

¹¹⁸ Otros escritores asientan que el cabildo de Santiago aprobó entusiasmado esa resolución de don Alonso. No es admisible una suposición de que ni la más remota idea hay en el libro de asientos, y nuestros manuscritos la contradicen señaladamente.

¹¹⁹ Don G.H. de Mendoza llevó muy a mal la llegada de don Alonso Sotomayor al Callao; le escribió inmediatamente para que en la misma nave, y sin tomar tierra, regresara a su gobierno; sólo que habiéndole expuesto el gobernador chileno las causas de su ida a Perú, y las personas en quienes había dejado interinamente el cargo de sus facultades, fue tanto su júbilo que con mil demostraciones caballerosas salió honrando a aquel personaje. He ahí lo que se cuenta en las historias con reprehensible ligereza. No hubo semejante cosa, ni podía haberla. Sotomayor fue, sí, perfectamente acogido, si mal no le gustó hallarse con la novedad de que el Rey le tenía dado sucesor, y que en camino iba a ponerse éste para reemplazarle.

Que don García Hurtado de Mendoza tenía en mucha estima la persona de don Alonso de Sotomayor, más que discordes estuvieran esos dos ilustres personajes en el modo de hacer la guerra a los indios, lo prueban testimonios irrecusables; y de tanto más mérito cuanto que no es raro ver como se le desatiende al caído desde el mismo instante en que la fortuna sale enseñándole su torva faz. Había, por otra parte, en el Virrey un esmerado civismo, una penetración sobradamente exquisita y, aunque seguro estuviera de que, con distinto sistema, resultados más ventajosos habría procurado a Chile el gobierno de Sotomayor, hartó comprendió que la persona nombrada para sucederle no era, ni con mucho, tan a propósito en las circunstancias, y por consiguiente entró en la idea de ver cómo guardar en el gobierno chileno a don Alonso, sin dejar su propia responsabilidad descubierta ante la soberana voluntad.

En esta idea convocó el real acuerdo, y propuso a todos los miembros una suspensión pura y simple al cumplimiento que la real resolución pedía, fundando razones que los ministros no debieron considerar de gran peso, puesto que todos unánimes salieron diciendo ser imposible el negar la provisión del gobierno de Chile a don García Óñez de Loyola, que por competentes poderes la reclamaba ya de la Audiencia; que eso fuera desairar a un sujeto caracterizado, lleno de talentos, y de servicios muy distinguidos en Perú, y capaz de guiar con tanto acierto como el mismo don Alonso, las riendas del gobierno chileno.

Justicia ejercía en este caso aquel supremo tribunal, y decimos justicia con el previo supuesto de que ni vio entre los dos sujetos diferencia de cualidades, ni para el real servicio compromiso de ninguna especie, aunque aparte de él quedara Sotomayor, como así lo prevenía la voluntad soberana. Pero resistimos a ese supuesto; la audiencia de Lima no estaba, ni nunca estuvo, por don Alonso Sotomayor, en calidad de gobernador de Chile, y sólo porque este supo (bien o mal hecho) mantenerse independiente de ella, mientras duró la independencia del reino chileno de los virreyes de Perú. Resentida le tenía el silencioso orgullo con que Sotomayor la había tratado, y de su resentimiento en breve nos dará otra prueba, hartó injusta en verdad, porque de todos modos, si errores cometió don Alonso durante su gobierno, prendas soltó también que digno le hicieron de respeto y de recompensas, aunque tardías, pues ése suele ser desgraciadamente el ordinario curso de las cosas humanas.

Así descartada la pretensión del Virrey, no le quedó a don Alonso otro arbitrio sino mandar a Chile por su familia, pues en este reino había casado con doña Isabel de Irrarázabal, hija del capitán don Francisco, señor de las Casas y de Andía, que con su esposa la señora doña Lorenza de Zárate pasó a aquellas regiones.

En Lima se mantuvo don Alonso de Sotomayor hasta que don García Hurtado de Mendoza salió dándole el mando de un de los buques de la escuadra que echó en persecución del pirata inglés Ricardo Hawkins, a las órdenes de su cuñado don Beltrán de la Cueva y Castro, y sorprendido el pirata en el mar del Sur en 1594, en manos de don Alonso quedó prisionero, teniendo, además, ese ilustre caudillo la gloria de tomarle de abordaje la propia nave que de capitana hacía entre las demás del jefe corsario.

Fue algunos meses después resolución de la corte de Londres una empresa naval contra Panamá. En 10 de octubre de 1595 salió de Plymouth una escuadra bajo la conducta de los generales Juan Hawkins, hermano del pirata (prisionero de don Alonso), y Francisco Drake; y como noticia de estos movimientos tuviera con tiempo don García Hurtado de Mendoza, al instante pensó que nadie como Sotomayor para desempeñar en aquellas circunstancias la capitanía general del punto amenazado, vacante entonces por reciente fallecimiento del presidente de la Audiencia, y por consiguiente salió nombrándole para dicho destino, pero el real acuerdo se negó a recibirle sin dar las causales¹²⁰.

En Lima estaba a este tiempo don Alonso de Sotomayor, y no se pasaron muchos días sin recibir la noticia de que los ingleses se habían puesto a vista de Puerto Rico; causa fue ésta, sin duda, para que los oidores de Perú, con mejor acuerdo, y honroso olvido de pueriles resentimientos, salieran suministrando al ex gobernador de Chile la real provisión con que se le mandaba concurrir al desempeño de la capitanía general de Panamá.

Diligente acudió Sotomayor a la defensa del punto que a su cuidado se fiaba en nombre del Rey, y diligente se mostró en todos cuantos preparativos consideró de valer para salir al opósito de las armas que contra él venían. La escuadra enemiga tomó puerto en *Nombre de Dios*, pero mandada por Francisco Drake solamente, porque Juan Hawkins pagó con su vida en Puerto Rico, en choque con los valerosos capitanes Pedro Tello de Guzmán, Sánchez Pardo de Osorio y Pedro Juárez. Desembarcó un trozo de gente el general Drake, y la puso a las órdenes de su hermano Tomás, quien caminando contra Panamá, y al mismo llegar a Capirillo, a tres leguas de aquella ciudad, tuvo sobre sí las tropas de don Alonso, se comenzó el ataque, y la vanguardia mandada por el capitán Juan Henríquez Canebiot, que en Flandes había servido con Sotomayor, y también en Chile, al instante le puso en completa derrota corriéndole hasta las naves.

Dos días después de esa victoria de las armas españolas, ocurrió la muerte del general Drake; llegó a aquel punto cogido de una fiebre maligna, y con los reveses de sus armas, tal hubo de ser su encendimiento que vino a sucumbir, quedando para gobierno de la escuadra su dicho hermano Tomás, que marchó enseguida para Portobelo, para ser nuevamente roto por el mismo don Alonso; de suerte que pocas naos, y muy pocos ingleses de los de esta empresa, pudieron volver a su país natal.

Una vez libre Panamá de sus enemigos, don Alonso renunció a su cargo, y pasó a España en las naves que mandaba el general Garibay. S.M. le otorgó una encomienda de rédito de cinco mil pesos anuales en Chile, trasladada después a Perú, por dejar aquellas rentas aplicadas al real obraje de jarcia establecido en aquel reino; le dio también el gobierno, presidencia y capitanía general de Panamá, con especial cargo de fortificar a Portobelo, y esto con instancias tales que don Alonso tuvo que someterse a la voluntad soberana, pero al cabo de su misión, y cuando ya tenía conseguida licencia temporal para regresar a la Península, el Rey volvió a encomendarle el gobierno de Chile, con real cédula expedida en 1604.

¹²⁰ Recordar lo que acabamos de decir en la página precedente.

No admitió esta gracia, y a la Corte se trasladó con su esposa, sus dos hijos don Alonso y don Carlos, una hija y su suegra, donde S.M. le hizo consejero de guerra.

Tales fueron en sustancia los hechos harto laboriosos del esclarecido caudillo que tanto apetediera en sus días la conquista de la Araucanía, que con tan sencilla fe creyera en ella, sin que la experiencia de nueve años de continuada lucha contra los hijos de aquel país, llegara a desilusionarle; antes parece ser que a la vida de eterna paz pasara¹²¹ con el firme convencimiento de que al haberle apartado del gobierno de Chile, la monarquía española había perdido el goce de una de las más preciosas y más lucidas posesiones de América.

¹²¹ Murió en Madrid en 1610.

CAPÍTULO XVII

La mitra de la Imperial en don Agustín de Cisneros. Don Martín García Óñez de Loyola, gobernador de Chile. El toqui Paillamacu. Trátase de paz con el Gobernador. Su porte respecto a lo perteneciente a cosas de gobierno.

(1592 - 1593)

A un nuevo orden de cosas va a pasar el reino de Chile, con un nuevo gobernador, y los acontecimientos nos dirán si hubo en ello ventajas; pero ante todas cosas digno es de recuerdo el personaje que se anticipa a todos esos acontecimientos.

El obispo de Imperial ha pasado por real disposición a la iglesia de Quito, y su silla en el licenciado don Agustín de Cisneros, deán de la misma iglesia, que entró en el gobierno episcopal en septiembre de 1592, para con sus dotes y ejemplar virtud enjugar las lágrimas de tanto fieles como aparecieron llorando la ausencia de su primer pastor. Por desgracia, cuando pocos meses después se disponía el ilustre Cisneros para pasar a Santiago a fin de recibir del santo prelado que en la capital había, la consagración de usanza, Dios dispuso de su vida, y también, muy poco después, de la del que debía ser su consagrante¹²².

Sensible fue la pérdida que hizo el reino en estos dos laboriosos varones cuya piedad y celo habían sido un poderoso freno contra la relajación de las costumbres, por lo menos en todas cuantas partes pudieron ellos alcanzar con sus caritativas y fervorosas exhortaciones; pero ya lo hemos dicho, un nuevo giro para el gobierno civil y militar de Chile tiene escrito el libro de los destinos humanos, y acaso estuviera a su lado también el decreto de que a manos de nuevos obreros había de pasar al mismo tiempo la dirección de las cosas concernientes a nuestra fe: asunto es éste que con alguna extensión hemos de tratar en el capítulo siguiente, ya que el orden natural de los acontecimientos pide que volvamos la vista al sucesor de don Alonso de Sotomayor.

Don Martín García Óñez de Loyola, caballero de la orden de Calatrava, maestro de campo del reino de Perú, natural de la provincia de Guipúzcoa (España), y

¹²² Sus restos fueron trasladados a Concepción desde la arruinada Imperial, por mandato del gobernador don Francisco Lazo de la Vega. El templo en que fueron depositados en ruinas quedó cuando el asolamiento de aquella primera ciudad.

próximo pariente del célebre fundador de la Compañía de Jesús, fue nombrado gobernador de Chile por real cédula de Felipe II, despachada en San Lorenzo el 10 de septiembre de 1591¹²³.

Hombre de noble estirpe, de probado valor, de luces nada comunes, de esmerada prudencia, y de una circunspección que casi rayara en desconfianza hasta de su propia persona, en Perú supo granjearse no poca nombradía, hasta que por último acabó de esclarecerla con la prisión de toda la familia del inca Tupac-Amaru, que en los Andes se revolvía solícito a fin de recobrar a mano armada los derechos de aquel imperio, derribando al virrey don Francisco de Toledo, con igual y mayor razón que Pizarro había derribado a sus inocentes y malhadados abuelos.

A la captura de ese Príncipe se siguió su injusta muerte, y no culpamos de esto a Loyola, pues que no hizo sino obedecer las órdenes del Virrey, que mandó pasar por las armas a todos los miembros de la revoltosa familia. Don Diego Martín tuvo en premio de ese hecho la mano de la hija del desgraciado Inca, doña Beatriz Clara *Coya* (Princesa de Oro, en lengua del país), recogiendo, además, por real merced, el gobierno de Chile.

Un socorro de más de cuatrocientos soldados y abundantes provisiones de boca y guerra se le suministró en Perú; al tiempo de pasar a encargarse del gobierno de Chile; y el 23 de septiembre de 1592 aportó en Valparaíso, es decir, cincuenta y tres días después de la salida de don Alonso de ese puerto para el Callao, que asimismo lo anota el cabildo de Santiago.

Cuando ese cabildo recibió noticia de semejante acontecimiento, un júbilo indecible sintieron, así los miembros que le componían, como igualmente sus administrados; pues cuando la persona que cargada venía con la primera autoridad del reino no hubiera reunido prendas de tanta esperanza, todavía se dieran todos por muy satisfechos, considerando que llegaban muy a propósito tropas con que hacer frente a los araucanos, que ya se ejercitaban en cercos de guerra para abrir nueva campaña. Por tanto, vino en determinar el Ayuntamiento, con fecha 24 del mes referido, que según costumbre se compre

“para su lustroso recibimiento damasco con goteras de flocaduras de oro y seda para el palio, una silla, brida con su freno, cabezadas, pretal y baticol dorados, y el caballo blanco del capitán Juan Jofré, para que el Gobernador haga su entrada; que para ella el fiel ejecutor tenga aderezada la calle, y formada la puerta”.

Con todo ese aparato, y grandes demostraciones de alegría, fue recibido don Martín Óñez de Loyola en Santiago, el día 6 de octubre de 1592, según consta de los asientos de su Cabildo¹²⁴.

Si don Alonso de Sotomayor consideró de fácil hacer la conquista de la Araucanía, sembrando a profusión en su suelo fortalezas más o menos defendibles, y

¹²³ Otros ponen equivocadamente el 24.

¹²⁴ Molina y otros autores le llevan a Chile en el mes de marzo de 1593, y ponen su recibimiento en 12 de abril siguiente.

llevándolo todo a punta de lanza siempre que los indios salieran desbaratando sus planes; enteramente contrario sistema traía meditado Loyola, y con seguridad de llegar a aquel mismo fin, porque en su calidad de esposo de la hija única de un inca o príncipe indio, señor se hubo de creer de todos los indios, y que a su voz precisamente habían de soltar ellos las armas, renunciando todas sus pretensiones de independencia.

Ese hecho (y otros recogerá en breve la historia) nos da ya a entender que el humo de la suprema autoridad ha ofuscado el claro juicio del hombre que en Perú dejaba prendas de una circunspección muy sesuda, y siempre precavida.

Los araucanos, como ya se apuntó en el capítulo precedente habían puesto el hacha del toquiato en el anciano *Paillamacu*, hombre sino tan hidalgo como aquel famoso consejero del insigne Caupolicán, llamado Colocolo, no menos sagaz no menos amante de su país, ni tampoco menos cauto, y si, como en los días de aquel venerable anciano, sobrados anduvieran los brazos, y demás elementos de guerra, con la experiencia que de ésta tenían ya en este tiempo los indios, de suponer es que Paillamacu hubiera eclipsado las tantas y tan grandiosas hazañas de sus mayores, dando a la bandera española lecciones sumamente fatales. Y al cabo, ¿qué mayor honra para un general que el haber asentado en los cuatro butalmapus la independencia casi ya encadenada, echando de todos ellos a sus arrogantes opresores en quienes recayeron males sin cuento, horrores y crueldades que ni la pluma se atreve a señalar?

Es verdad que Paillamacu supo auxiliarse de personas muy capaces, así para el consejo, como para la acción, y salió desde luego con el nombramiento de dos vicetoquis, Pelantaru y Millacalquín, ambos jóvenes, ambos entendidos, y ambos oficiales de mucha práctica en la guerra; pero el hombre de más valía para el Toqui fue, sin duda alguna, el esclarecido cacique Antupillán (*día del diablo y hora de la potestad de las tinieblas*, en idioma indio), tipo verdadero de la falsía, de la más solapada intención, y de una facundia tan meliflua y derretida que era imposible resistirla, y lo que es peor, ni llegar a recelarla.

Cuando el gobernador don Martín entró en Santiago, público era ya que Paillamacu estaba en los marjales de Lumaco instruyendo a sus tropas, y engrosando sus filas de día a día, porque aquél era el punto dado para que concurrieran los indios de armas tomar de todos los cuatro butalmapus; y en proceder así se ve que el Toqui se preparaba para la guerra con las mismas acertadas precauciones que en su tiempo procedió el entendido Antuhuenu.

No por esa noticia desesperó Loyola del triunfo de su plan de paz, pero por lo que acontecer pudiera, y, pues que dispuestos para la guerra salían los araucanos, para la guerra comenzó a disponerse también él, y el primer acto de su gobierno fue salir nombrado de maestre de campo general a don Pedro Páez Castillejo; y de sargento mayor a Miguel de Olavarría¹²⁵.

¹²⁵ Este proceder, que fue de todos los gobernadores de Chile, pareciera indicar que los hombres no valían nada por sí mismos, si no se inspiraban de aquéllos que los llevaban al mando. Sin duda Castillejo y Olavarría eran muy dignos de aquellos cargos, pero, ¿no vimos ya en ellos con mucho lucimiento a los *Ramón, Bernal*, y a otros? Nada: cada gobernador con nuevas criaturas, y de allí la resulta

Enseguida se pasó a la organización de las tropas, y apresto de materiales, pero pidiendo al cabildo de Santiago, lo que no había dado últimamente a don Alonso Sotomayor, es decir, hombres, pertrechos y dineros. El Cabildo nada pudo suministrar; algunos voluntarios aparecieron al llamamiento de Loyola, sin más que por ser nuevo en la escena, que la novedad siempre enseña algún atractivo; y como esto no se encontrara suficiente para poder imponer una paz honrosa, o sustentar la guerra sin descrédito, don Martín recurrió a las arcas reales, y las halló vacías. Es digno de nota el auto que proveyó el Gobernador con fecha 19 de enero de 1593, para remedio de sus apuros, dice así:

“Que obligado de la extrema necesidad en que hallo este reino, así de hacienda como de gente, y todo lo demás necesario para el seguimiento de la guerra y pacificación de los indios rebelados; procurando las medidas más eficaces para suplir esta necesidad, y en el entretanto que S.M. provea el remedio; el que más conveniente ha parecido a su real servicio, y menos dañoso del bien general, según también les parece a los oficiales reales de la real hacienda, es la cantidad necesaria para ello buscarla prestada hasta que en sus reales cajas hubiese de que pagarla, y en particular para este presente año se buscarse lo que fuere irrecusable y forzoso, prestado por la dicha cuenta, con la obligación de que si S.M. no tuviese por bien de mandarlo pagar, lo pagará el dicho gobernador de su propia hacienda.

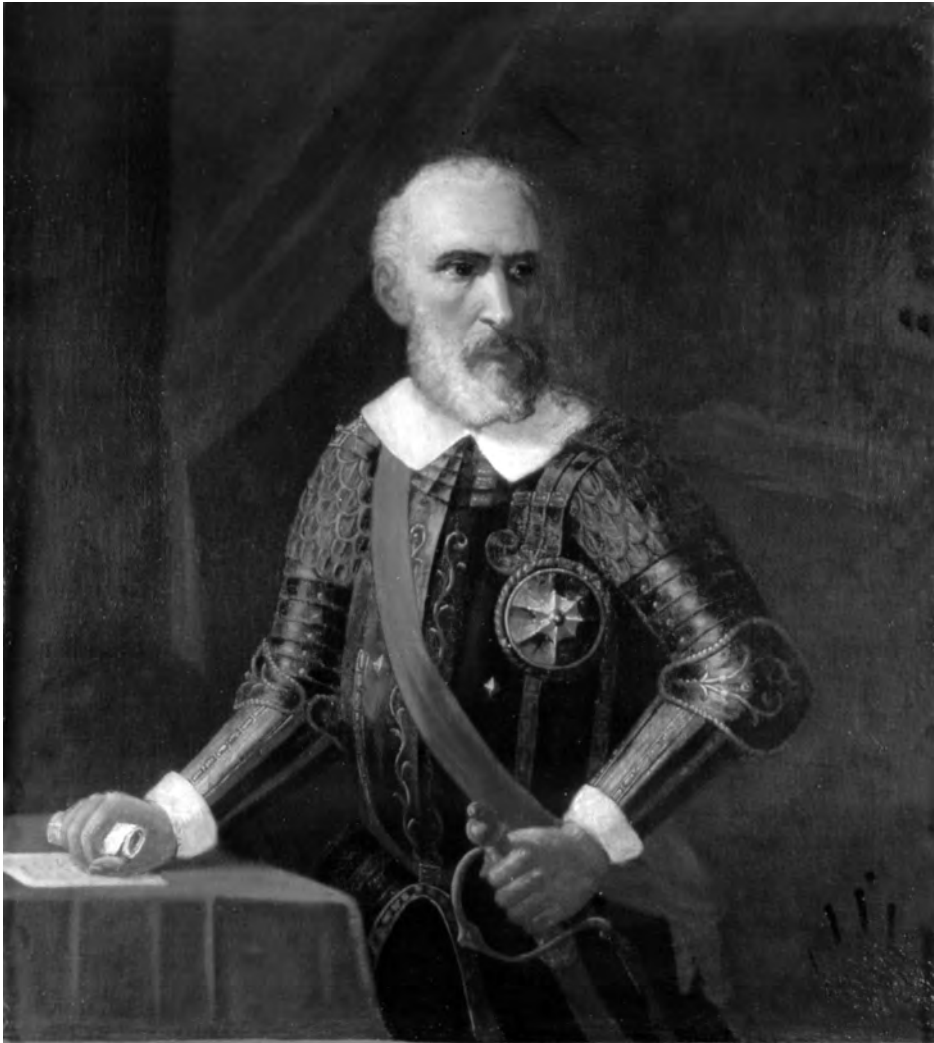
Y por ser poca toda la que así se pudo hallar prestada entre los vecinos, moradores y naturales de esta ciudad, y su distrito, y los demás de este reino, por la suma pobreza que todos ellos tienen; he mandado pedir de nuevo a todas las personas que de su propia voluntad lo quisieren hacer, sirvan a S.M. graciosamente con lo que cada una buenamente pudiere, de alguna cantidad de ropa, caballos, y armas, por la mucha necesidad que hay de ellas... Atento a que está prohibido por provisiones de la real audiencia de los Reyes, echar derrames en semejantes ocasiones o necesidades, que era el reparo de que se solían valer en este reino, etc., etc.”¹²⁶.

De la recaudación de donativos que producir pudiera ese auto, quedaron encargados el sargento mayor Olavarría, y el factor Bernardino Morales; pero cortísimo fue el fruto, y no hubo más remedio que contentarse con lo que se tenía, y marchar al teatro de la guerra, para ver si con palabras de paz se quitaban las armas de manos de los indios.

El proceder de don Martín en la capital de Chile, no desbaratando el personal de la administración civil y militar de su antecesor, como solía ser de usanza entre los gobernadores, cuando éste no hizo sino los dos nombramientos citados más atrás, fue de un muy venturoso augurio para aquel vecindario y sus autoridades, porque en efecto, no con cambios personales mejoran hacienda, justicia, ni milicia, y prudente es guardar los hombres que esos ramos manejan, toda vez que con inteligencia y honradez desempeñan sus cargos.

de una multitud de cabos en reforma, o arrinconados, o fastidiados; cuando lo que convenía era unión, y utilizar todas las fuerzas.

¹²⁶ Libro de Cabildo.



DON MARTIN GARCÍA OÑEZ DE LOYOLA

SOBRINO DE SAN IGNACIO I CASI SU CONTEMPORÁNEO. ERA UN CÁ-
PITAN TEMERARIO, I SU MUERTE A MANOS DE LOS BÁRBAROS, COMO LA DE VAL-
DIVIA, FUE LA SEÑAL DEL GRAN ALZAMIENTO QUE REDUJO A CENIZAS " LAS
SIETE CIUDADES " GOBIERNO DESDE 1592 A 1598.

Pero es que Loyola entendía ser gobernador de absoluto consejo, y poner tierra de por medio entre su persona y las reclamaciones que los méritos, los servicios, el deber y la equidad, hubieran podido levantar obligándole a miramientos de merecido respeto. Hay que seguirle aquí con los asientos del Cabildo en la mano, lo primero porque no carece de interés la retahíla de pueblos cuya administración se distribuye entre varios sujetos, pueblos de que algunos ni acaso memoria existe hoy; y lo segundo porque vemos con esmerada exactitud lo bien que don Martín Óñez de Loyola consume su tiempo para dar por el suelo con cuantas leyes, ordenanzas, bandos, provisiones y reglamentos, gobernado, habían el reino de Chile durante medio siglo, con tal o cual reforma que la experiencia pudo aconsejar, no hay duda, pues que otro tanto se cumple en todos los países del mundo.

En Teno firmó ya nombramiento de alguacil mayor de todas las ciudades del reino, a favor de Juan de Banaincua, y con fecha 21 de febrero de 1593.

En Peteroa, y fecha 24 de dicho febrero, nombramiento de protector de indios para Lesmes de Augurte, y nombramiento de corregidor y lugarteniente de capitán general de la ciudad de Santiago para Gerónimo de Benavides.

En el real de Pocoa o Tocoa, y fecha 3 de marzo, nombramiento para Diego de Rojas en calidad de corregidor de los pueblos de indios: Cauquenes, Chanco, Loanco, Purapel, Purales, Pocoa, Vichuquén, Loncomilla, Putagán, Duao, Lora, Gualemu, Lontué, Peteroa, Pegueu, Malaquito y Gonca.

Entró el Gobernador en Concepción, y nombró el 30 de mayo a don Álvaro de Villagra corregidor de los pueblos de: Teno, Branco, Nancagua, Colchagua, Pecuno, Lighueimo, Pichidegua, Pucudegua, Rapel, Malloa, Taguatagua y Copequén.

El 2 de junio, y en el mismo punto, nombramiento para Gerónimo Ledefño en calidad de corregidor de los pueblos de Quillota, Aconcagua, La Ligua, Putaendo, Choapa, y de los yanaconas de don Alonso Sotomayor; con orden de que Luis Abad, por su parte, administre los de Colina, de Gaspar de la Barrera, y los de Lampa de Tomás Durán.

El 4 de junio, ordenanzas nuevas concernientes a los indios reducidos, “las que me han parecido más justificadas, dice el mismo Gobernador, para poner cerca corregidores y administradores que cuiden de su beneficio”.

El 10 de agosto, formal bando para que en parte ninguna sean obedecidas ni cumplidas las cédulas reales, ni las reales provisiones de la audiencia de Lima, si no pareciesen con el cùmplase del superior gobierno de S.E.; y esto,

“atento, dice, a que viene a Chile con el ánimo de ser beneficio a los españoles, a los indios reducidos, y a los nacionales de guerra, por ser vistos los daños irrogados a los habitantes de las ciudades del reino por el puntual cumplimiento que habían dado a dichas reales cédulas y provisiones que no venían acertadas como dictadas de lejos”.

En una palabra, todo lo removió, todo lo arregló a su manera, y ese desprecio general de cuanto los precedentes gobernadores dejaran en vigor para que más expedito y desembarazado pudiera marchar el gobierno, precisamente debió alar-

mar algunas conciencias, que entonces alzarían la voz, puesto que el virrey don García Hurtado de Mendoza manda desde Lima al licenciado Luis Merlo de la Fuente para que cumpla una visita general en el reino de Chile, y dé puntual cuenta. La visita tuvo efecto, pero sus resultados no andan averiguados.

Llena así la medida de cuanto correspondía a la administración civil y política, en la guerra pensó don Martín, o más bien en la realización de la paz, que con ella salió convidando a los araucanos desde la ciudad Concepción, por conducto de un indio neutro¹²⁷ encargado de decir al toqui Paillamacu que él (don Martín) había venido a Chile por expresa voluntad del Rey para ajustar paces con los indios todos, y se había prestado gustoso a semejante misión, no por otra causa sino porque, como esposo de una india, un entrañable afecto sentía por todos los de su nación, y no había de parar hasta dejar asegurada su perpetua felicidad. Para el logro de ella, convenía, pues, que de acuerdo todos los próceres de los cuatro butalmapus, se señalase un sitio donde discutir, pactar y firmar los solemnes tratos de una paz franca, estable y ventajosa.

El Toqui, que sabía cuán precioso es en ciertos casos el tiempo, y de tiempo tenía él necesidad todavía, oyó sin dar muestras de desagrado las propuestas del nuevo gobernador, y hasta salió, como queriendo incensar sus ausencias, dándose la enhorabuena por sí, y a nombre de su país, viendo con la suprema autoridad entre los españoles a un hombre casi indio, decía él, basta los vínculos que le unen a la hija de un príncipe nacido en el suelo americano; pero por esa misma circunstancia, y en prenda de la ventura que quería labrar a los americanos, debía comenzar S.S., añadió el Toqui, por la despoblación de todos los establecimientos españoles desde el río Itata hasta el canal de Chiloé, declarando los pueblos intermedios en plena libertad y absoluta independencia... “Proponédsele al Gobernador, y prometo no romper las hostilidades hasta saber en esa parte cuál es su voluntad...”.

La respuesta fue muy araucana, es menester confesarlo, pero no desconcertó la arrogancia a don Martín, antes se apresuró a insistir en la convocación de un parlamento, en el cual, prometía, quedarían ajustados ése y otros puntos, todos ellos muy beneficiosos para los indios.

A esta segunda invitación contestó el Toqui comisionando al sagaz Antupillán que, puesto en presencia del Gobernador, supo oírle con calma, mientras el pintaba el supremo poder de su Rey, las fuerzas inmensas de que disponía para arrasar aquellas tierras en cuanto se acabara de cansar su soberana clemencia; el mucho amor que aquellos descarrilados pueblos le inspiraban; las dichas que tenía su real ánimo reservadas para todos sus habitantes desde que sumisos vinieran a su obediencia, etc., etc., armas todas ellas que Antupillán volvió contra el Gobernador con admirable propósito, porque hasta entonces, ya que los araucanos tuvieran probado el valor personal de los españoles, ni seña siquiera podían figurarse de tan numerosas fuerzas, de la clemencia real, ni tampoco de las dichas que esa clemencia les guardaba: habían visto grandes lástimas, eso sí; querían paz, no hay duda, pero sin esclavitud:

¹²⁷ Otros dicen que auxiliar.

“y si en paz apetecéis vivir con nosotros, le dijo Antupillán muy cuerdamente, paz ofrecemos, mas dejadnos nuestro suelo libre... Eso es lo que no queréis...

Pues, permitidme ahora, señor, añadió el embajador indio, que trocándose los cuidados sea yo quien os aconseje la paz, y no elijáis la guerra. Observad religiosamente los tratados que yo os propongo en nombre de mi nación, y permanente y duradera veréis esa deseada paz. Pero si hicieris lo que habéis tenido de costumbre, estad cierto que uno solo que de los nuestros quede, ése habrá de mantener la guerra hasta que rinda gloriosamente la vida en obsequio de la libertad y de la patria”.

Ya se ve que a tales condiciones la paz era irrealizable de parte del Gobernador, y por lo mismo, aunque atento y cortés despidió al embajador indio, siempre prometiendo esperanzas de paz, siempre insistiendo en un congreso formal de los caciques y generales de todos los butalmapus, bien sentía en su interior la necesidad de ir a la guerra, y a este fin comenzó a dar desde luego su más particular atención.

CAPÍTULO XVIII

Llegan los jesuitas a Chile. Cómo fueron recibidos en Coquimbo, y después en Santiago.

(1593)

Cinco años y más hacía que las autoridades del reino de Chile, con vista de la muy escandalosa relajación de costumbres en que sus administrados habían caído, sintiendo también la suma falta que en el país había de sacerdotes y doctrineros, no solamente para la instrucción de los indios reducidos sino a fin de frenar las desatadas y vergonzosas pasiones que imperaban en las masas españolas, arrastrándolas a los más torpes y criminales extravíos; y como de tanto renombre gozara entonces la doctrina de los PP. de la Compañía de Jesús, al rey Felipe II se habían dirigido solicitando se les enviasen religiosos jesuitas que atendiesen al cultivo de la viña del Señor.

Con vista de semejante exposición salió diciendo S.M., en fecha 12 de septiembre de 1590, lo siguiente:

“Mis residentes, oficiales y jueces reales de la Casa de Contratación de Sevilla, YO os mando que dejéis pasar a las provincias de Chile a Juan Ramón, de la Compañía de Jesús, y que pueda llevar *siete* religiosos de la dicha compañía que van a entender en la conversión y doctrina de los indios. Fecha en San Lorenzo, etc....”.

Ése fue el salvoconducto con que los jesuitas salieron de España para Chile, pero dirigiéndose anticipadamente a la casa que ya tenían en Lima, siendo provincial de ella, y por consiguiente de las demás establecidas en Perú, el P. Juan Sebastián Parricio, apóstol de América. Acaso no encontrara este religioso en los obreros destinados para Chile las cualidades necesarias al buen desempeño de la obra, puesto que no obstante venir designados para aquel reino, S.R. los retuvo en su casa, diciendo que pediría entretanto a Dios una acertada elección de sujetos de ciencia y experiencia, de sujetos, en fin, habituados a los trabajos y *hechos a la tierra*, hechos a los indios, conocedores de sus costumbres, y máxime tratándose de una provincia tan vasta, tan poblada y de gente tan noble.

Fue resultado de esas meditaciones el salir nombrado viceprovincial de la misión destinada a Chile el P. Baltasar de Piñas, que ya había sido provincial de Perú,

y procurador general de la Compañía en Roma; con facultades expresas del R.P. Parricio para entender por sí solo en la elección de los siete sujetos que le habían de acompañar, en puntual cumplimiento de lo prevenido en la señalada real cédula.

En consecuencia, los compañeros que eligió el P. Piñas fueron Luis de Valdivia, maestro de novicios; Fernando de Aguilera y Juan de Olivares, hijos de Chile, y por tanto instruidos en la lengua de los indios, que cuenta, en efecto, merecía esa circunstancia; Luis de Estela y Gabriel de Vega, religiosos de acreditado celo; en fin, Miguel de Telena y Fabián Martínez, en calidad de coadjutores; y todos ellos, excepto Olivares, que en aquella sazón se hallaba fuera de Lima, todos pasaron a bordo del navío *San Francisco Javier*, el 12 de febrero de 1593, en el puerto de Callao, para subir a Chile¹²⁸.

Una impetuosa borrasca tuvieron que sufrir cuando la nave andaba hacia los 33 grados de latitud, y cuando más esperanzados estaban los marineros de caer en breve sobre el puerto de Valparaíso, cuyo rumbo seguían, la destemplanza de los vientos desgobernó el bajel, y al cabo le precipitó no tras pocos peligros en dirección de Coquimbo, y este puerto pudo tomar para que los religiosos comenzaran tranquilos la obra de que iban encomendados.

Indecible el entusiasmo de los cabildantes y moradores de Santiago como llegaron a saber el arribo de los PP. de la Compañía a Coquimbo, y grandes preparativos se hicieron para recibirlos en la capital, sólo que receloso el convento de Santo Domingo de que se le arrebatase la honra de hospedar y obsequiar a personajes de tanto importe, su provincial el P.F. Francisco de Riveros, y su prior F. Pedro de Alderete, natural de la ciudad de Osorno (en Chile) salieron poniendo en el valle de la Ligua un religioso dominico con cartas suplicatorias para que los jesuitas no aceptasen más hospedaje que el con que se les aguardaba en aquel convento hasta tanto que *ellos pudiesen poner casa*.

El 12 de abril de 1593, penetraron los jesuitas en la capital de Chile dirigiéndose al convento de Santo Domingo, pero ya de noche, aunque no por ello les escasearon los aplausos, ni las aclamaciones de todo un pueblo enajenado con la llegada de los *hermanos del redentor Jesús*, como así se expresaba él mismo en su loco deporte¹²⁹.

¹²⁸ Se equivocaron los autores que pretenden que con el gobernador don Martín Óñez de Loyola, pasaron los jesuitas al reino de Chile.

¹²⁹ Es también de la historia el hecho siguiente. Los moradores de Coquimbo no estaban, ni de mucho, tan entusiasmados como los de Santiago con la llegada de los RR. jesuitas. En aquella ciudad, ni ayuntamiento, ni autoridad, ni particular alguno, quiso brindar con su casa a los obreros del Señor, no obstante, lo extremo de la fe la de la época, pero aveníase con la misma la firme creencia de que en una casa situada en el recinto, y desierta después de varios años, una multitud de duendes y de espíritus inmundos habitaban, y esto tenía en un perpetuo temor a varias almas pacatas. Pues a esa peligrosa casa echaron los vecinos de Coquimbo a los jesuitas, y como éstos lograron ahuyentar de ella a todas las legiones infernales a fuerza de exorcismos y de oración constante, tal fue el asombro de los coquimbanos, tanto su agradecimiento, que al despedirse los RR. para trasladarse a Santiago, mulas, dinero, víveres, acompañamiento, con todo contribuyeron los ricos coquimbanos a trueque de que los misioneros hicieran por tierra un viaje mejor, y menos aventurado que el experimentado en el mar.

Pronto comenzaron los donativos en dinero para que fundaran casa los jesuitas, y adornaran suntuosamente el templo de Dios, costando desde luego el lugar donde había de alzarse, y que ya había ocupado un antiguo gobernador, que no se nombra, tres mil seiscientos pesos de oro. No se pasó mucho tiempo sin venir a tomar el cognomento de colegio con título y advocación de San Miguel Arcángel, merced a la liberalidad del capitán Andrés Torquemada, y al de igual graduación Agustín Driseño, que juntaron todas sus haciendas, e hicieron donación de ellas a la Compañía, con reserva del usufructo para los días de su vida, pero a condición de pagar cada año, y por cada uno, trescientos pesos de oro a los RR.PP.

Copia de esa escritura, celebrada el 16 de octubre de 1595, se mandó al P. general de la orden F. Claudio Aguaviva, y en su vista mandó no solamente las gracias sino una muy encomiosa patente de fundador para cada uno de aquellos capitanes, mas no sirvió sino para el Torquemada, porque como resultara Driseño con deudas, y por tanto en la imposibilidad de cumplir lo que prometido había, y los padres no habiendo recibido de él sino mil setecientos siete pesos de oro, se negaron a considerarle como fundador, y le pagaron con el nombre de *benefactor*, bajo el cual entró en la sociedad de Jesús retirándose del mundo.

En una palabra, costó el colegio de los jesuitas ciento cincuenta mil pesos de oro, sin entrar en cuenta las alhajas de iglesia, ni otros ornamentos necesarios al culto, y este edificio que se inició en 1594, y que se terminó en 1631, el temblor de tierra del 13 de mayo de 1647 se lo llevó enteramente¹³⁰.

De sus trabajos evangélicos, de sus conquistas espirituales, en el orden de los sucesos hablará la historia; aquí baste decir que desde luego salieron condenando la ignorancia, la desidia, la ambición, la mala doctrina que habían manifestado hasta entonces los encargados de la dirección de las almas; y por fundamento no vemos sino un hecho ciertamente escandaloso, el precio de *cien* pesos que se hacía pagar por cada sermón un sacerdote en Santiago; eso no era distribuir la palabra de un dios, sino traficar descaradamente con ella¹³¹.

¹³⁰ En 1608 quedó la provincia de los jesuitas separada de la dependencia de Perú por disposición del P. Claudio Aguaviva, siendo su primer provincial el P. Diego de Torres; en 1627 abrió escuelas con título de estudios generales, con venia del papa Gregorio XV, y estos colegios o estudios fueron erigidos en universidad en 1634 a solicitud de Felipe IV, y universidad siguió siendo hasta que en 1747 se erigió en la capital la Real de San Felipe.

¹³¹ El que apetezca saber las profecías de doña Catalina Miranda, de la india Constanza, del indio Andrés, y de otros inspirados, que veinte años antes de haber jesuitas en Chile los vieron en este reino, lea otras historias, o la vida de san Francisco de Borja del R.P. Juan Eusebio. Con todo ya veremos luego como los RR.PP. agustinos tuvieron también quien los representara en Santiago.

CAPÍTULO XIX

Pasa el Gobernador contra el vicetoqui Pelantaru. Funda dos fuertes. Paz con algunas parcialidades. Santa Cruz de Coya. Los jesuitas en los estados de Arauco. El Toqui en los pantanos de Lumaco. Asedio del fuerte de Jesús. Reformas gubernativas de don Martín. El pirata Ricardo Hawkins. Acuerdo del cabildo en Santiago de 17 de septiembre de 1594.

(1593 - 1594)

No se firmaron tratados de paz entre Paillamacu y el Gobernador, aunque por la afirmativa están otros historiadores; pero en paz se mantuvieron algunos meses ambos bandos, que cada cual tenía sus razones para ello. Don Martín Óñez de Loyola quería remover cuantos medios pusieran las circunstancias en su mano, a fin de venir con los indios a una amistosa reconciliación, y con tanto mayor deseo de este tan dichoso resultado, cuanto que se reconocía sin los necesarios elementos para sustentar largo tiempo las hostilidades, si por desgracia presentaran los enemigos las fuerzas necesarias, porque de su tesón no se podía dudar un solo momento.

Paillamacu, por su parte, quería el tiempo para instruir completamente a sus tropas, disciplinarlas, y ponerlas en estado de defender con ardor y honra su pedón, como que meditaba no soltar las armas hasta purgar el país de extranjeros. Por consiguiente, todavía se volvieron a comunicar los dos caudillos enemigos, entreteniéndose ambos con esperanzas y promesas falsas, porque ni los araucanos estaban en intención de admitir paz sin que los españoles cumplieran previamente la evacuación del país, ni éstos pensaron en otorgarla a menos de que los indios se habían de someter al dominio del Rey, y no para ser tenidos por verdaderos españoles en cuanto a los derechos de ciudadanía, sino en calidad de esclavos.

Ya por fin, salió el vicetoqui Pelantaru en los estados de Purén, provocando a la guerra, y el Gobernador tuvo que romper marchas desde Concepción, resuelto a detener los progresos de la guerra. Siguió al paso del Biobío frente de Yumbel, y fue a acampar a Chibicura, sobre su margen austral, a cuyo punto presumió atraer al enemigo con levantar de pie dos fortines, del nombre de aquel lugar el uno, y el otro bajo el de Jesús¹³², que fue puesto en la margen septentrional. Causa fue ésta

¹³² Dos barcas construyó inmediatamente para la comunicación de ambos fuertes.

que dejó a descubierto los pensamientos de ambos partidos, es decir, la mala fe con que trataban de paces a favor de condiciones ajenas de su sentir.

Corrieron, pues, varios cuerpos indios a estorbar el proyecto de los castellanos, pero fueron ahuyentados, y de ahí salieron varias parcialidades prometiendo obediencia, y a más un punto (el de Millapoa) en que aquéllos pudieran asentar establecimiento como prenda de recíproca amistad con los indios. No era todo esto sino, y pase la vulgaridad, una dedadita de miel para dormir al enemigo hasta adquirir medios suficientes con que destruirle, porque Paillamacu no entendía de otros ajustes.

Don Martín Óñez aceptó gustoso terreno y promesas, pasando a fundar inmediatamente la ciudad llamada Santa Cruz de Coya¹³³, en honra a la memoria de su consorte, y ciudad que estuvo a los 36° 10' de latitud austral; pero en tan desventajosa posición, tan descubierta, tan escasa de aguas, que no se concibe cuáles miras pudieron dirigir la mente del Gobernador al establecimiento de un pueblo sin perspectiva, sin amparo y sin vegetales. A tres leguas del Biobío por la parte oriental, a ocho por la del septentrión, pero sin un solo arroyo en sus contornos para refresco de la campiña, y se debe creer que sus moradores le habrían abandonado de voluntad propia, aunque en él les hubieran querido dejar tranquilos los indios.

El Gobernador puso en esa población ochenta vecinos con dos alcaldes ordinarios, cuatro regidores, dos de los cuales perpetuos, un síndico y un escribano; dejando en calidad de corregidor al capitán don Antonio de Avendaño; pero como miraba don Martín casi por cosa suya propia aquel pueblo con nombre de su esposa, hizo grandísimos esfuerzos a fin de llevarle rápidamente a un alto grado de prosperidad, y no le sirvió mal la ruin adulación que de todas partes venía brindándose para que, satisfecho el amor propio, puerta abierta quedara a las exigencias de la codicia. Hasta conventos de franciscos y mercenarios llegó a ver en pie, pero en su rápido esplendor, la gloria de haberse atraído la sangre más noble, más rica y más ilustre del vecindario de Concepción, humo fue que se pudo mantener recorriendo pausadamente el espacio hasta que al cabo de cinco años le despachó con furia el violento embate de las armas araucanas.

Esa mentida sumisión en que parecieron entrar algunas parcialidades de los estados de Arauco y Tucapel, aunque Paillamacu no depusiera las armas, ni tam-

¹³³ Unos la llaman así, otros Santa Cruz de Loyola evidentemente equivocados, pero manuscrito tenemos a la vista que nos parece muy bien instruido en la materia, y no sólo niega esos dos nombres sino que afirma que los españoles no hicieron esta vez sino cambiar la terminación del nombre del territorio *poa* en *coya*, de *Millapoa*, *Millacoya*. Si vale el decir de este manuscrito, no era el lugar tan despreciable como le suponen los historiadores, pues dice: "Situada al valle oriental de la montaña de Nahuelbuta, que vale *plata* y *drapeza* por los pinos de líbano que la coronan, y las minas de oro que la enriquecen. Se ven hoy sus vestigios entre las dos plazas de Nacimiento y Santa Juana que se fundaron después de su ruina. Cuando hemos hecho viaje por aquellos lados, fuimos de propósito a registrar y observar su situación y vestigios, que en el día son pocos o ningunos por estar *cultivados* y poblados de *viñas* y de *arboledas* aquel paraje que los españoles llaman *Millapoa*, y *Guilacoya* o *Guilacoyán* el de las minas, pero aún estos nombres eternizan la memoria de la antigua *Millacoya*, o Princesa de Oro, a quien en su viudez honró el Rey con muchos premios y grandezas".

poco sus segundos, fue de más dura que no hubiera podido presumirse, porque el astuto Gobernador vino a distraer con inesperada novedad la atención de muchas tribus.

Noticias puntuales tenía del famoso nombre que los PP. de la Compañía de Jesús se iban adquiriendo como por encanto, no tan sólo en la capital del reino sino por todos sus ángulos, porque, es preciso confesarlo, el afanoso celo de estos hombres, y sus esfuerzos para llegar a ser los directores religioso-políticos de la nueva sociedad que en aquel país iba tomando nacimiento, rayaron en maravillosos; y a ese celo, a esos esfuerzos, apeló el Gobernador para plantar en el centro de aquellas tribus insumisas abogados de la causa del Rey, predicando solamente la de Dios.

Y de confiar era, en efecto, en que tal podría ser el resultado, porque los jesuitas, una vez seguros de que en la piedad de los fieles tenían afianzado su porvenir, desplegaron toda cuanta actividad se nota siempre en estos obreros, abriendo escuelas, doctrinando conciencias, atrayéndose voluntades y conquistándolas hasta punto de excitar en ellas el irresistible deseo de salir por todas partes a reclutar almas con que engrosar las filas de los partidarios de aquellos nuevos apóstoles de paz y caridad, con que el cielo vino favoreciendo el reino de Chile.

No se mire en eso exageración. La capital de Chile vio ya a fines de 1593, como las estancias, como las chacras, como los ranchos de toda aquella comarca lo vieron, no solamente españoles sino indios y negros corriendo calles y caminos, valles y montes, todos en procesiones, éstos con cruces en la mano, aquéllos con vara de justicia, los de más allá en traje de neófitas, y clamando en masa a una verdadera conversión a la santa ley, y los negros convidando con ella a los de su color, y los indios a sus hermanos, y los jesuitas a los naturales y compatriotas, arrebatando tras sí multitud de gentes entusiasmadas, llenas de amor, y de contento, porque se les guiaba a espectáculos de una pompa, de una grandiosidad imponente, con la solemne promesa de que tras ellos una vida de eterna ventura estaba reservada para todos.

Era de mucho estímulo en los indios el oír en su propio idioma, porque éste les hablaban los jesuitas, ese lenguaje de caridad evangélica, de dulzura y de amor que bien manejado pudiera servir para ablandar hasta la salvaje braveza del ser irracional, si con el irracional pudiera comunicar sus ideas y sentimientos el hombre. Así es que fueron muchos los indios que desde las inmediaciones de Santiago se corrían hasta las aguas del Biobío, sin otro objeto que para pregonar, en medio de otros indios, la ley de los nuevos apóstoles, el verdadero amor de éstos para con aquéllos, las venturas que les prometían, y siempre afirmando que, aunque aunados con los españoles, no españoles debían ser, porque solamente hablaban de un rey de paz superior a todos los reyes, y al cual se le debían respeto y sumisión.

Todo eso nuevo era, en efecto, para los estados de la arrogante Araucanía, pues en la época a que aludimos no se habla que en los establecimientos allí sentados por los españoles, más sacerdotes hubiera sino en las ciudades Valdivia, Imperial, y Osorno y, aunque celosos concurrieran suministrando la santa doctrina, pues esto no pasa de una simple suposición, atendida la estrechez en que de continuo solían tener los indios aquellas ciudades, particularmente las dos primeras, sus

predicaciones no fueron sino en lengua castellana, que de ninguna manera podía surtir gran fruto entre los indios, cuya mayor parte la desconocía.

Así debió discurrir el gobernador don Martín Óñez, a quien respondió el P. Luis de Valdivia con los hermanos Hernando de Aguilera, hijo de Imperial, y Gabriel de Vega, ambos muy instruidos en el idioma del país, ambos hombres de arresto y de una afectuosidad muy a propósito para conquistar corazones.

Llegaron esos dos misioneros al cuartel general del Gobernador a principios de 1594, cuando iba ya muy adelantada la obra de *Millacoya*, o sea, Santa Cruz de Coya, y al instante se internaron en los estados de Arauco, sin más armas, ni otro acompañamiento, que una muy resuelta fe en el poder de su elocuencia, pues a tanto podía ir su presunción tras las maravillosas conquistas hechas en la parte norte del reino con muy corto tiempo de tarea.

Grande fue el asombro de aquellas tribus considerando el arrojado de dos hombres entre ellas ya, y predicándoles la fe de Cristo en su propio lenguaje, reprendiéndolas con unción y dulzura los funestos males de sus viciadas y vergonzosas costumbres, llamándolas a una vida santa y arreglada sin la cual no podía haber bienes de ninguna especie, y convidándolas, en fin, con la misericordia, con la gracia, con la munificencia del Supremo Ser, si llorando contritas sus pecados, si olvidando odios y resentimientos contra semejantes suyos, y deponiendo el arma destructora de una guerra de que la humanidad misma parecía horrorizarse, en una fraternal reconciliación entraran con sus enemigos, perdonándoles como el Salvador del mundo había perdonado a los suyos.

La gracia de ese lenguaje no penetró demasiado el corazón de las masas, pero harto triunfo fue el traerlas embelesadas con él, y aun el llevarlas de valle en valle y de otero en otero, sin duda con la curiosidad de oír *sermonear* a los misioneros, y ver sus efectos. Éstos fueron de poca consideración; algunas madres dejaron que en sus hijos se cumpliera la ceremonia del bautismo, sin entender siquiera su valer, ni su significado, aunque acaso concediéndole alguna virtud específica; ancianos hubo también y enfermos que aceptaron ese remedio espiritual de mano de aquellos *curanderos*¹³⁴; mas lo repetimos, importó menos esto que la larga entretenida en que tuvieron las armas, hasta que abandonaron aquellos estados, porque al querer pasar a los de Tucapel con el mismo propósito de conquista, ya les fue preciso caminar al amparo de las bayonetas castellanas.

El Gobernador atendió entretanto al completo asiento de su ciudad, y al apresto de lo que menester era para la defensa de los dos fuertes de Chibicura y de Jesús, en cada uno de los cuales quedó un presidio de cincuenta lanzas a las órdenes de Juan de Rivadeneira¹³⁵; y como con señales de guerra asomaran ya parte de esas mismas parcialidades que le prometieron obediencia, alzó su campo resuelto a combatir las, y a correr las colonias meridionales para asentar en ellas las reformas que la administración pudiera necesitar.

¹³⁴ Con ese nombre los comenzaron a llamar los indios, nombre que hubiera cuadrado mejor en los hijos de San Juan de Dios.

¹³⁵ Ovalle no señala sino veinte.

Camino de Purén siguieron los españoles para ahuyentar de los pantanos de Lumaco al Toqui, y a sus otros generales que no estaban en ánimo de resistir, ni de empeñar tampoco aventuradas funciones, sino solamente de llamar la atención de su enemigo, para que a la retaguardia obraran otros cuerpos de los cuales ninguna noticia se tenía.

Con seiscientos hombres bien resueltos aareció el capitán Lancotehua al pie del fuerte de Jesús, a poco de haberse alejado de aquel lugar don Martín Óñez de Loyola, y sin que el comandante Rivadeneira lo advirtiera, sino despertando a medianoche entre las llamas del horroroso incendio que el diestro cabo araucano le pegó por todos cuatro costados. Alentados corrieron los castellanos a la defensa del fuerte, procurando impedir que los indios le entraran, mas fue tiempo perdido porque el fuego ganó con violencia todo el recinto, las paredes vinieron a tierra, y hubo menester de luchar cuerpo a cuerpo en medio de ruinas, hasta que para dicha de la guarnición, muerto de una estocada quedó Lancotehua a los pies de Rivadeneira¹³⁶, y sus soldados se retiraron despavoridos, como solían hacerlo en casos tales.

El Gobernador no halló quien el paso le interceptara, mas no por ello dejó de probar que como muchos de sus predecesores, en las cosas del enemigo descargaba una inclemente saña, cuando no podía saciarla en la cabeza del enemigo mismo; pues corrió las parcialidades atravesando para Imperial con una ferocía y un conato devastador, indigno verdaderamente de toda alma grande y generosa.

El propio sistema de reformas con que le vimos obrar desde Santiago hasta Concepción, ese mismo cumplió en las colinas de arriba, y las empeñó a las labores de las minas con codiciosa severidad, porque si por una parte sintiera de cuanto provecho habían de serle sus rendimientos para atender a las necesidades de la guerra, y creación de los nuevos pueblos que de ella, o sea, de sus resultas, pudieran surgir, también por otra se dejaba ya arrastrar de su natural sobradamente déspota, preludivando a dominar aquel reino como más a su soberana voluntad cumplierse. Dejemos que los hechos vengan en apoyo de ese nuestro decir.

En la ciudad Imperial se hallaba entonces el licenciado Pedro de Viscarra, y algo hizo para contener la aventurada arbitrariedad a que parecía inclinar don Martín Óñez de Loyola, pero no lo bastante, porque se requiere un temple de alma muy exitoso para espetar la verdad desnuda en quien ejerce el poder supremo, que si a mal llega a tomarla, con una sola palabra destronca para siempre el porvenir del súbdito *atrevido*... Con todo, sentido del juez de apelaciones salió de Imperial el Gobernador dirigiéndose a Concepción, en cuyo punto le anota el cabildo de la capital, con fecha de 2 de mayo de 1594¹³⁷.

¹³⁶ Ovalle dice que quien mató a ese capitán fue el español *Guajardo*; cosa es ésta contra la cual no podemos, ni queremos, argüir: escribimos *Rivadeneira*, porque ese nombre nos dan nuestros manuscritos.

¹³⁷ Todos esos hechos anteriores, y otros de los que en este capítulo se han de anotar, al año de 1595 los llevan los demás historiadores. Los apuntes del Cabildo son los solos dignos de fe, a ellos nos atenemos siempre.

Entonces fue cuando el toqui Paillamacu y sus demás generales salieron descaradamente rompiendo hostilidades por diferentes puntos, primero para mantener sus huestes a expensas de los establecimientos españoles, y segundo para amasarlas poco a poco en lances de guerra, que no podían ser muy peligrosos, una vez que la columna de operaciones, la más temible para ellos, con el Gobernador se había recogido a Concepción.

Por otra parte la ocasión no podía ser más oportuna.

El inglés Ricardo Hawkins¹³⁸ acababa de asomar corriendo la costa de Chile y saqueando sus puertos, después de haber penetrado el estrecho de Magallanes con dos bajeles, y don Martín Oñez se vio en la mayor estrechez sin saber donde andaba el mayor daño, si en los extranjeros que le asaltaban, o en los naturales que con furia tanta salían a la guerra, quedando por lo mismo sin atender a los unos ni a los otros; hasta que por último salió con medidas de inmediata violencia justamente cuando el pirata había satisfecho ya su codicia.

Dice el cabildo de Santiago que el Gobernador pasó desde Concepción al *fuerte de la Cruz*¹³⁹, y que allí extendió bando, con fecha 15 de junio, amenazando con pérdida de bienes, y pena de la vida, a quienquiera que llegara a sacar indio de paz, ni de guerra, del suelo de su naturaleza, ya fuera por tierra, ya por mar; y precisamente debió ser semejante medida a fin de evitar los progresos que pudiera hacer el pirata Ricardo, si desgraciadamente se le unían los hijos del país; pero a poco que se reflexione, por tierra cae ese supuesto, y para ello no hay sino comparar fechas con un hecho hartamente curioso.

El pirata inglés Hawkins había hallado en una de las naves que apresó a los españoles, un crucifijo de un tamaño natural, y se decía que le hizo mil pedazos con demostraciones de escarnio, arrojando poco a poco a la mar todos los trazos de la imagen. El virrey don G.H. de Mendoza, sabedor de un tal atentado, se aparejó para vengarle con la solemne ceremonia de encomendar la empresa al santo Cristo de la ciudad de los Burgos (Castilla la Vieja), con no menos fama de milagroso en estos nuestros días entre los castellanos, que la que en aquella época gozaba¹⁴⁰.

Con noticia de la prisión de aquel pirata por el alentado don Alonso de Sotomayor, con noticia igualmente del voto hecho por el Virrey en favor del santo Cristo de Burgos, la ciudad de Santiago salió en procesión de *desagravios* al cristo que el inglés arrojó al agua, con advocación al de Burgos, y dicen que los concejales en su libro: "Que con fecha 8 de julio de 1594, presentó ante ellos una petición el comendador de Nuestra Señora de Mercedes, pidiendo se le haga merced que pueda salir tres pies a la calle para una capilla que quieren hacer de la advocación del santo Cristo de Burgos".

¹³⁸ Véase lo que se dice en el capítulo XVI.

¹³⁹ ¿No sería el pueblo de Santa Cruz?... Por fuerte de *la Cruz* no vemos hasta ahora ninguno con ese nombre, nadie nos ha dicho que tal fuerte existiera, ni quién le levantó, ni dónde; y con todo el fuerte de *la Cruz* se anota en los asientos cabildantes.

¹⁴⁰ Desde entonces se conserva en la iglesia de San Agustín de Lima un crucifijo del mismo tamaño y dimensiones que el existente en Burgos, y tocado a éste, que estuvo también en poder de los agustinos, y hoy día se halla en una capilla de la catedral.

No hallamos, pues, en qué fundar esa severa medida del gobernador de Chile.

Y todavía salta más la intención del Gobernador en querer asentar en el país una irresistible dictadura, sin causas que la autoricen, pues que vemos que sin atender a remediar los males con que el toqui araucano agobia los pueblos españoles situados en el país rebelde, sin existir ya el pirata inglés, ni señas tampoco de desacatos de ninguna especie a la autoridad suprema, don Martín vuelve desde el llamado *fuerte de la Cruz* a Concepción, y con fecha 10 de julio comunica órdenes al sargento mayor Miguel de Olavarría, para que sin réplica, miramientos, ni consideraciones, cumpla en Santiago una *gran* leva de hombres, de armas y de caballos para la campaña del verano siguiente...

Cuál fuera el contexto de esas órdenes, cuáles las facultades que al sargento mayor se le dieran, eso es lo que confesamos, y con no poco sentimiento, no poder señalar; sólo sí consta que de dolor, de indignación y de lágrimas llenaron la capital del reino de Chile, la ciudad que desprendida, extremadamente generosa, se adelantó siempre a socorrer las necesidades del Estado, quitándose sus moradores de la boca el pan que para sus familias necesitaran, para que el soldado no carecería de sustento¹⁴¹.

Como quiera, en Concepción permaneció el Gobernador, esperando el fruto que sus órdenes rindieran en la capital, y atendiendo entretanto a la administración civil con cuantas reformas le pareció conducentes a su sistema de gobierno, y luego salió con el pensamiento de que muy conveniente sería un fuerte en el puerto de Valparaíso, cuya ejecución encomendó también al concejo de Santiago, sin decirle de qué recursos podría echar mano. Ese concejo se enteró de la dicha orden en el celebrado el 17 de septiembre, de que se habla en la precedente nota.

¹⁴¹ “Que atento a los grandes daños que esta ciudad recibe con los apercebimientos que se hacen a algunas personas muy pobres para llevarlas a la guerra; así por ser casados y cargados de hijos, y estar ocupados en sus granjerías con que se sustentan; y algunos oficiales que sustentan la república que sin ellos perecería. Y las derramas que se han echado se echan en esta ciudad y su jurisdicción, sin embargo de las reales provisiones que están despachadas por la real audiencia de los Reyes, que mandan no se echen.

Por todo lo cual esta ciudad, vecinos, y moradores, y estantes, y habitantes de ella y su jurisdicción están muy *afligidos*, y *claman sobre ello en las plazas... y los predicadores en los púlpitos... y las mujeres en las calles, cargadas con sus hijos, lloran y piden a Dios justicia por ello, por los daños que reciben*. Y para remedio de todo esto conviene hacer probanzas y averiguaciones de los dichos daños y clamores, y que sea informado de ello el sargento mayor de este reino, cómo y por qué está en nombre de S.S. el gobernador de este reino haciendo el dicho apercebimiento y demás referido, y no remediándolo se ocurra a S.S. el señor gobernador, con los dichos recaudos a pedir remedio de los dichos daños, y para que denegado de allí se ocurra a donde hubiere lugar de derecho.

Y para hacer los dichos recaudos y papales, y que informe a su señoría, lo cometen a don Francisco de Zúñiga, regidor y fiel ejecutor de esta ciudad, al cual se le da poder, e instrucción en forma; el cual, que presenten está, lo aceptó, y lo firmaron”

(Cabildo de Santiago, 17 de septiembre de 1594)

¿Enseñó nunca esa ilustre corporación un documento de queja tan lastimosa ni tan grave contra las demasías del poder supremo? ¿Serían esas demasías inicuas cuando a más del pueblo, contra ellas se levanta la voz en la cátedra del Espíritu Santo?...

Inférase, pues, cuál sería entonces el estado de Chile con la guerra empeñada, sus puertos robados; el Gobernador en la inacción; las leyes fundamentales atropelladas por el jefe supremo, y la fuerza militar arrancando violentamente hombres, caballos, recursos, y los pocos brazos que los producían con su diario sudor¹⁴².

¹⁴² A conocimiento de la real audiencia de Lima debió llevar el cabildo de Santiago esas demasías de don Martín Óñez, pues que con fecha 26 de abril de 1595 despachó provisión prohibiendo a los gobernadores que en el reino de Chile fueren y se sucedieren el sacar vecinos de las capitales para la guerra por medio de apremios y de violencias.

CAPÍTULO XX

Hostiliza el Gobernador a los indios catirayes. Avanza a Purén. Fortifica el lago Lumaco. Religiosos agustinos en Chile. Origen peregrino de su convento. Asedio de Lumaco y de Purén. Pedro Cortés a la defensa de los sitiados. El Gobernador derriba esos dos fuertes. Alcabala.

(1595-1596)

Ardiendo en ira había puesto al Gobernador el común entender de los araucanos para salir a quebrantar las cadenas con que atarlos querían los conquistadores, como si no estuviera en el orden legal de la naturaleza el resistir a quien daña, y defender lo que se trae de herencia para sustento y conservación propia.

Así, resolvió conducir la guerra sin templanza desde que en su poder tuviera los elementos que se prometió de un rigor tan injusto cuanto fue implacable, porque ni quiso oír las quejas con que el ayuntamiento de la capital le buscó por medio de su regidor Zúñiga, ni pensó tampoco en salir a enjugar las lágrimas de tantas desamparadas familias, cuando menos con palabras de consuelo y de una atención hidalga, que no fuera esto parecer débil, aun cuando la imperiosa ley de la salud pública le obligara a usar de aquel inexorable tesón.

Y no obstante arrastrar con niños, por decirlo así, con casados, con viudos, con hombres que las circunstancias, la edad y la ley tenían exentos del militar servicio, escasísimo fue el número de brazos que entró en sus banderas, si descontamos el de los auxiliares que en ocasión se puso en dos mil, como que se llamaron a la guerra las varias parcialidades declaradas libres de todo género de tributos, en pago de quedar sujetas a servir en la milicia siempre que se las emplazara, porque de españoles sólo cuatrocientos se hallaron reunidos, y para eso con más de doscientos setenta se mantenía don Martín Óñez en Concepción.

El día 2 de enero de 1595 salió de aquella ciudad con los indicados dos mil cuatrocientos hombres entre auxiliares y castellanos; pasó el Biobío en las dos barcas de los fuertes Jesús y Chibicura; visitó su fundación de Millacoya, y fue a acamparse entre los catirayes, habitantes que llevaban ya cumplidas ocho sumisiones, y otros tantos alzamientos, como que sólo ofrecían paces, cuando se hallaban sin recursos para alimentar la guerra. Así, don Martín arrasó todos sus campos, y dejó el país lleno de lástimas, que al cabo no podían conducir sino a irritar más y

más la indignación de las tribus para que en su día se echaran en busca de tremendas represalias.

Paillamacu y Pelantaru se habían recogido con toda su gente en el centro de los montes, dejando libre campo al Gobernador para que a sus anchas talase todo cuanto por delante encontrara, porque, ya se ha dicho, era el Toqui hombre muy cauto, y antes de entrar en funciones decisivas querían asegurarse de que sus soldados cumplirían puntualmente el deber de tales, sin que el arresto de sus enemigos los sobrecogiera, ni llegara a debilitar su ingénito valor.

Por los barrizales inmediatos a Purén cruzaban ya las armas castellanas, cuando los batidores lograron reparar la huella de muchas gentes que hacia un repecho se encaminaba, y el Gobernador se puso a seguirla hasta llegar a descubrir una vallejada, en cuyo centro un escuadrón de indios a las órdenes de dos mulatos desertores de los españoles, que parece pensaban tender una celada a la tropa de don Martín. Cargaron los soldados del Rey, y fueron rotos al instante los indios, quedando prisioneros los dos desertores, y otros tres capitanes, que como aquéllos fueron pasados por las armas¹⁴³.

Revolvió el Gobernador enseguida hasta acampar sobre las ruinas de Purén, y desde allí convidó nuevamente con la paz a Paillamacu, pero se había descubierto demasiado para hacer creer a los indios que nada sino su ventura deseaba, y por tanto indignado rechazó el Toqui toda propuesta de acomodamiento, diciendo que no se había de pensar en lo sucesivo sino en el exterminio total de uno de los dos pueblos, la Araucanía para los españoles sin uno siquiera de todos sus hijos, o la Araucanía para sus hijos, sin nombre ni reliquia de español.

Por una insignificante bravata tuvo el caudillo castellano la respuesta, y presumiendo abatir el orgullo del Toqui y de sus huestes con nuevas provocaciones, levantó el arruinado fortín de Purén; a las márgenes del lago Lumaco alzó otro con lo cual pensó privarlos de aquella su ordinaria guarida; envió a la guarnición de Guadaba un trozo de auxiliares para refuerzo de su guarnición; y se volvió hostilizando para los estados de Tucapel y de Arauco, cuya plaza trajo de nuevo al cerro de Colocolo, erigiéndola en ciudad dedicada a san Ildefonso, y fortificando la cuesta para que, con esta defensa, y la del castillo que la dominaba, se mantuviese al abrigo de los ataques del pueblo araucano. Ése fue el resultado de aquella campaña, regresando el Gobernador a Concepción, donde puso a toda su gente en cuarteles de invierno¹⁴⁴.

Otras fueron las ocupaciones de las autoridades de Santiago en tanto que el Gobernador hostilizaba el país de los araucanos.

El Rey había ordenado al virrey de Perú, y de paso al R.P. provincial de ermitaños de san Agustín de la provincia de Lima, que con toda diligencia se man-

¹⁴³ Al Gobernador atribuyen los historiadores esa derrota de los indios, pero si gloria se desprende de ella, ¿por qué robársela injustamente al capitán Pedro Gutiérrez de Mier? Éste fue con su compañía quien atacó y venció a los indios, éste quien prendió a los mulatos, como así resulta de certificación del mismo gobernador al interesado, y a Francisco de Buesa, sargento de su compañía.

¹⁴⁴ Molina le lleva a la provincia de Cuyo, y por consiguiente adelanta dos años las operaciones militares; otros le trasladan a Angol, y es porque también confunden los hechos, ya lo veremos.

dasen a Chile algunos PP. de la orden¹⁴⁵, para que en este reino se extendiera la fe católica. Por consecuencia, el 13 de enero de 1595 pasaron al puerto del Callao, con dirección a Chile, los PP. Fr. Francisco de Hervas, lector; el predicador Fr. Francisco Díaz y Fr. Cristóbal de Vera en calidad de viceprovincial, a quien siguieron, con fecha 16 del siguiente febrero, Fr. Agustín Carrillo, Fr. Juan Vascones, Fr. Pedro Picón y el lego Fr. Gaspar de Pernia, que todos ellos tomaron puerto en el de Valparaíso, de donde pasaron a Santiago, siendo recibidos en esta ciudad con gran pompa, y no poco contentamiento, hacia últimos del mes de abril.

El Cabildo salió ofreciendo a esos religiosos, dos o tres días después de su arribo a la capital, un solar en la calle dicha *la Cañada*, y al instante comenzaron los cimientos de su primer convento, con una harta reducida capilla, en la cual celebraron los divinos misterios durante algún tiempo; pero como se reconociera la estrechez del local, para tantas gentes como concurrían, a los oficios; como también cogiera bastante aparte de un crecido vecindario que, a pesar de su devoción, sentía la incomodidad de haber de asistir a un paraje tan distante de sus moradas; a remediar este inconveniente se puso en breve el P. viceprovincial, obteniendo del capitán Francisco de Riberos, y de su esposa doña Catalina, la donación graciosa de la parte de casa y sitio a ellos pertenecientes, a inmediaciones de la plaza mayor, sitio y casa destinada por Dios mismo para vivienda de los *hijos de San Agustín*, que por este motivo la cedieron sus dueños¹⁴⁶.

Esos primeros hijos de san Agustín no quedaron ociosos en la capital, antes marcharon a poner casa en otros diferentes puntos; el P. Fr. Agustín Carrillo pasó

¹⁴⁵ En las ideas de la época quedan disculpadas esas tantas reales cédulas con que Felipe II apremiaba a sus virreyes y demás autoridades para que se enviase soldados espirituales a las nuevas conquistas. No dudamos que menester había de ellos, pero, ¿cómo no pensar que de mayor necesidad serían las bayonetas? Y, sin embargo, no hemos visto que el Rey saliera diciendo ni a su representante en Perú, ni a los que en otros puntos de América tenía: Vayan hombres, y vayan armas y demás útiles de guerra allí donde se carezca de esos elementos para domar la resistencia de los pueblos descubiertos, o que lleguen a descubrirse. Sí que trabajaron con admirable constancia los predicadores del Evangelio; sí que hicieron muchos prosélitos en las tribus, y que gran parte hay que atribuirles en el afianzamiento de varias de las conquistas hechas en el suelo americano; pero más rápidas hubieran sido aquellas conquistas si Felipe II se mostrase tan solícito por la gloria del pendón de sus armas, como se mostró por el acrecentamiento de las comunidades religiosas.

¹⁴⁶ Apoyamos en la historia que todos *los historiadores* relatan, y que miramos en parte como fabulosa: hela aquí.

Muchos años antes de que los chilenos, o sea, españoles avecindados en Santiago de Chile, pensaran en religiosos de la orden de san Agustín, se dejaba ver en una de las salas de la casa de Riberos un como Nazareno con su túnica de mangas muy anchas, y muy largas, en todo parecidas a las de los hábitos de los PP. agustinos; y el día en que llegó a Santiago la noticia de que el Rey les enviaba religiosos de la dicha orden, se presentó en el *corral* de aquella casa el mismo san Agustín en cuerpo y alma, pero con la particularidad de que sobre el alar del tejado de aquel edificio, y mientras permaneció visible la persona del santo, una gran bandada de cuervos, pájaros que no existen en aquella comarca, se mantuvo perenne en el tejado... Desapareció el santo, desaparecieron los cuervos, y el P. Vera, viceprovincial de la orden, comprendió que aquélla debía ser su casa, cuya posesión le fue dada en 13 de mayo de 1595, para que transformándola en convento pudiese salir del reducido y pobre albergue de la calle de la Cañada.

a fundar convento en Concepción; Herbas (otros dicen Picón) a Imperial; y Díaz a Valdivia, de suerte que a beneficio de muchas limosnas, a beneficio también de unos dos mil pesos que debieron esos religiosos a la generosidad de don Pedro Lisperguer, pudieron solicitar y obtener que su viceprovincia se transformase en provincia independiente de la de Perú, con la venia del general de la orden el P. Alejandro Senense¹⁴⁷.

Todavía hubo otro suceso para la Iglesia, a muy poco tiempo después, pero por desgracia para Santiago fue de muy poca duración.

Con la noticia del fallecimiento del ilustrísimo y virtuoso Medellín, el Rey presentó, para que ocupara la silla episcopal de Santiago, al R.P. Fr. Marcos Robledo, comisario de los primeros religiosos franciscos que en Chile penetraron; mas como este varón pasara a mejor vida aun sin noticia de semejante presentación, la mitra vino a recaer en Fr. Pedro de Azagua, de la propia orden, y que residía en la provincia de Santa Fe del nuevo reino de Granada; pocos días le conservó la Iglesia, pues vino a dejarla huérfana, pagando su natural tributo sin haber tenido el necesario tiempo para consagrarse.

Pero volviendo nuestra atención a las armas, recorramos los sucesos a ellas relativos.

Hemos dejado al Gobernador con su gente en la ciudad Concepción, después de haber alzado los fuertes de Lumaco y Purén, para enfrenar al belicoso ardor de aquel pueblo indómito. Pues esos fuertes tiene asediados ya Paillamacu, cuando apenas si don Martín había comenzado a descansar en sus cuarteles de invierno, porque el Toqui, con Pelantaru y Millacalquín, concurrió diligente a destruir la irritante enseña que los castellanos acababan de enarbolar en medio de la tierra rebelde.

Fosos, trincheras, estacadas, hasta chozas levantó el general araucano ante aquellos fuertes, éstas para abrigo de sus tropas contra los rigores de un muy recio invierno, y aquéllas para cortar la acción de la caballería, caso de que contra sus esperanzas amaneciese un día cogido de fuerzas españolas que a la defensa de ambas guarniciones pudieran acudir. Dos meses, y más, de asedio habían transcurrido antes que a noticias de don Martín llegara el riesgo en que estaban los soldados de Purén y de Lumaco, porque el Toqui buen cuidado tuvo de cerrar las comunicaciones de la frontera con varios cuerpos sacados del grueso de cinco mil¹⁴⁸ hombres que trajo al sitio.

Exasperado el Gobernador sabiendo un acontecimiento de tanto importe, y sin reparar en la estación, sin hacer cuenta de que ella por sí sola pudiera consumir

¹⁴⁷ Ésa es la verdad, por más que los escritores la hayan querido desfigurar acusando a los agustinos de Chile de inobedientes, y de revoltosos; quien quiera ver que hubo conformidad entre la provincia de Chile y la de Perú para esa indicada segregación de poderes, lea la patente expedida en Nápoles en 1599 por el mismo General, y la cláusula que comienza con estas palabras, *Frater Alexander Senensis, ordinis heremitarum Sancti Augustini*, etc.

¹⁴⁸ En la mitad le deja Figueroa, acaso porque no contó sino con los que quedaron manteniendo el asedio, pues efectivamente ése fue poco más o menos su número; mas algo ha de valer también el de los cuerpos volantes con que interceptó las comunicaciones.

las fuerzas que a sus órdenes tenía entonces, si expuestas a su inclemencia las sacara, a Purén quiso dirigirse inmediatamente, y con su intento saliera, a no oponérsele los primeros, y más acreditados capitanes, exponiendo que tal resolución era de inevitable muerte para toda la tropa, y esto sin esperanza ninguna de que llegase a favorecer a los sitiados. Con todo, preciso fue ceder a parte de la exigencia. “Dejar de favorecer a esas dos guarniciones que el enemigo tiene en tanta estrechez, eso no lo toleraré yo nunca, dijo el Gobernador; forzoso es cerrar los ojos, atropellar riesgos, y ver cómo sacar con honra el pendón nacional”. Y en un consejo de guerra se resolvió que ciento treinta españoles con seiscientos auxiliares se pusiesen en camino para socorro de los cerrados en los fuertes de Lumaco y Purén.

El cabo a cuyas órdenes se puso esa gente que no podía ser otro que el alentado Pedro Cortés, porque para él se reservaron siempre las empresas más difíciles, mientras que las ricas prebendas de la milicia no solían caer a veces, sino en los menos meritorios; y Cortés marchó lleno de contento, pues por cosas de muy poca monta tenía él las lluvias, las riadas, los atolladeros, los fríos y otros mil estorbos con que vino aquel invierno poniéndolo todo intransitable, como si de concierto obrara con el toqui Paillamacu. Cuantas penalidades y disgustos hubiera de vencer en aquella peligrosa jornada de suponer son sin más que reparar que catorce días puso desde Concepción hasta Purén, y eso marchando casi día y noche, porque menos mal veía él para sí, y para su gente, en la fatiga, que no en un descanso donde no había de encontrar sino fríos y humedades en que perder la salud.

Cuando se le dijo al Toqui que Pedro Cortés se acercaba a la defensa de las guarniciones sitiadas¹⁴⁹, harto sintió el suceso, pues seguramente contaba con la rendición de ambos fuertes que carecían ya de toda suerte de abastecimientos y, aunque el número de soldados que aquel acreditado caudillo llevaba no fuera de respetar, en la persona de su jefe veía el Toqui lo mucho que ellos sabrían hacer empeñados en función, y por consiguiente se retiró a los montes sin aguardar a que se le hostigara.

Cortés entró en los fuertes, y desde ellos avisó al Gobernador la suerte de haberlos salvado del poder araucano, pidiéndole de paso instrucciones. El mismo don Martín en persona se las llevó, yendo con cuanta gente le había quedado, para echarse de nuevo en persecución del Toqui, porque había formado empeño en castigarle; pero el Toqui tenía también su plan de campaña, su empeño de sacar el país libre del yugo extranjero, y sabía cuando convenía la retirada, cuando el ataque; pues aparte Caupolicán y Lautaro, ningún otro soldado produjo la Araucanía, ni más sagaz, ni más cauto, ni más celoso de la independencia de su patria. A depender de sí propio el refrescar la vida quitando a su ancianía unos veinte años, posible que con su sistema de guerra no solamente de la Araucanía expulsara a los españoles, sino de todo el suelo chileno, como presumió hacerlo el atrevido criado del gobernador Pedro de Valdivia.

¹⁴⁹ Molina asienta que el Toqui tomó a Lumaco; que Purén sólo estuvo sitiado diez días, y eso por los vicetoquis Pelantaru y Millacalquín; ¿por qué no vendría a ayudarlos con su gente Paillamacu?, ¿tan satisfecho le dejaron los laureles de Lumaco?

Don Martín debió reformar muchísimo la opinión con que vino al gobierno de Chile, relativamente a los naturales del país beligerante; no que desconfiara de vencerlos con las armas, esto de ninguna manera, sino que comenzó a creer que infructuosas serían siempre con ellos las negociaciones de paz, y que rigor, y no contemplaciones, era el remedio saludable contra aquellas soberbias y osadas masas; pero con todo, no hubo de tener por suficientes las fuerzas que hasta Purén le fueron acompañando, ni las que allí tenía Pedro Cortés, para romper hostilizando aquellos estados; puede ser que presumiera nuevos peligros para los presidios de Purén y de Lumaco; lo cierto es que por esta o aquella causa él desalojó los tales fuertes, los demolió, lo cual casi le acusa de sobrada ligereza en el pensamiento que a la resolución de fundarlos le llevara, y entró talando el país en busca de Pailamacu sin lograr verle, sin dar con uno de sus soldados: de modo que harto de inútiles y molestas correrías, a los Infantes de Angol¹⁵⁰ fue a sentar sus reales, para entender en negocios de administración civil y política, ya que ninguno parecía en que se hubieran de ocupar las armas.

Las leyes relativas a las minas y su beneficio se resentían de la severidad con que don Martín Óñez de Loyola había dictado las demás correspondientes a la administración, y por tanto comenzaban a producir frutos de lisonjera esperanza; sólo que como eran tan grandes los fondos que las armas consumían, todavía no sacaban el país de su notoria y casi general pobreza; diremos más, ni siquiera se pudo contar con aquel ramo para aliviarla en algo, a no ser que contemos el insignificante ahorro de tal o cual donativo para sustento y equipo de las tropas, en los casos de grandes apuros.

Hubo quintos, hubo sesmos, hubo otras cien adealas forzosas, impuestas sobre los rendimientos de las minas, por ciertos gobernadores de Chile, pero todos ellos supieron respetar los demás productos de la agricultura y de la industria, porque harto gravamen tenían sobre sí con el azote de la guerra por una parte, con las exigencias de la autoridad por otra, mas que saliera paliándolas colocándose entre el civismo y la libre voluntad de cada uno de los ciudadanos. El gobernador Loyola entendió de otra manera muy distinta la cuestión. Ya le vimos apelando por medio de Olavarría en la ciudad de Santiago, no al acendrado patriotismo de su cabildo, no a la noble generosidad de sus administrados, sino a la más desatada violencia, a penas las más severas, para que se le rindieran hombres y caudales; y ahora desde los Infantes, creyendo sin duda que las minas, que el comercio y tráfico de las colonias, que el sudor de los labradores, y el de los jornaleros, todo en oro se ha convertido, acuerda imponer la real alcabala con cargo de un dos por ciento, que si moderado a primera vista, exorbitante y sobradamente desacertado fue, pues removió en todo el país un grito de indignación, y de dolor.

No escasearon las reclamaciones, y a más, acaso, hubieran pasado algunas ciudades a no reparar que de las discordias no podía menos de surgir un gran provecho para los enemigos, y prudentes mantuvieron el respeto que al jefe supremo habían jurado, aunque partes hubo donde entre autoridades y concejos se notó un

¹⁵⁰ Véase la nota 144 de este tomo.

fatal desvío, yendo el de Santiago hasta elevar a Perú una muy sentida queja de las vejaciones que se le hacía experimentar al reino; exponiendo, además, la escasez de medios en que se encontraba, y la urgencia con que se debía atender a socorrerle, asegurando que si así no se cumplía sin demora, por perdido se podía contar el fruto de medio siglo de guerras y de sacrificios de sumo importe.

CAPÍTULO XXI

Planes del Gobernador. Pasa a Imperial. Emprende la visita de otras colonias, y le siguen los jesuitas misioneros. Regresa el Gobernador a Imperial. Su muerte y la de cuantos españoles le acompañaban.

(1596-1598)

Armados se paseaban en los montes de Purén Paillamacu y sus generales, pero las tribus de las parcialidades más meridionales tranquilas se mantenían en sus hogares sin dar muestra de que intento de rebelarse abrigaran; lo cual fue de buen agüero para el Gobernador, pues llegó a presumir que de buenas, o de malas, razón había de hacer entender al Toqui, y como éste no quisiera dar frente a los españoles, entró don Martín en el gigantesco proyecto de utilizar sus soldados en el reconocimiento de todo aquel continente espaciado hasta la Tierra de Fuego y mar del Norte, puesto que en buen estado parecía la parte de conquista que llegaba al canal de Chiloé: levantó, pues, el correspondiente plan, y le despachó a la corte de España dándole por cosa hecha.

Como de antemano conviniera visitar y examinar cuidadosamente todos los establecimientos meridionales; tantear con tino y cautela el espíritu de las parcialidades pacíficas; ver de traer los purenes a paz, y si tenaces la despreciaran, descargar sobre ellos todo el rigor de la guerra hasta inutilizarlos, para que no pudieran levantarla, por lo menos en algunos meses; con cuatrocientos españoles y más de mil setecientos auxiliares se apartó en principios de diciembre de 1596 de los Infantes de Angol, y vino a plantar sus reales en Quinel.

La fortuna concurrió esta vez para favorecer los planes del Gobernador procurándole medios con que entrar a ejecutarlos.

El virreinato de Perú estaba en manos de don Luis de Velasco desde el 24 de julio de 1596, y con conocimiento este jefe de los tantos males, y estrecheces tantas, que el cabildo de Santiago relatara en su justa queja, inmediatamente armó y equipó unos setecientos españoles, y a las órdenes del caudillo don Gabriel de Castilla los puso para que los pasara a Chile sin demora, como en efecto ocurrió, desembarcando en Valparaíso, y trasladándose enseguida a Santiago.

Pocos días descansó esta tropa en la capital, porque toda ella se puso en marcha para el cuartel general del Gobernador, que no cabía de gozo en cuanto tuvo

noticia de un auxilio de tanto valor, y no menor oportunidad, yendo hasta creerse ya señor de toda la Araucanía, y descubridor de tierras que ningún otro hasta entonces había registrado.

Algo era de hacer, en efecto, con un cuerpo de más de mil cien españoles, que a ese número iba con los recién llegados, y además el de auxiliares, cuyo valor nunca supo desmerecer del que alimentan los hijos de aquel país.

Así, en cuanto don Gabriel de Castilla se presentó con aquel precioso socorro en el real de Quinel, la mitad de sus fuerzas fueron despachadas para la provincia de Cuyo, con orden de atravesar la cordillera camino de Aconcagua, hasta la ciudad de Mendoza, donde proveyéndose de lo que menester hubiera, seguiría marchando hacia el oriente, para fundar en la calzada que guía a Buenos Aires un establecimiento; como en efecto se verificó sobre el sitio que llaman de los Venados, dándole el nombre de San Luis de Loyola, en memoria de la casa del mismo gobernador¹⁵¹.

Éste salió con el resto del ejército en busca de Paillamacu (12 de enero de 1597) contra la parcialidad de Purén, resuelto a rendirla, o, caso de resistencia, arrasarla, y pasó el Biobío por el fuerte de Jesús, entrando luego por Catiray con un furor que nada quiso respetar, y eso que no llegó a dar con enemigos armados; mas cuando llegó a Purén ya le presentó Pelantaru una muy bien sostenida función, donde ambos bandos se causaron graves pérdidas, sin que ninguno pudiese cantar victoria, porque el Vicetoqui se entró voluntariamente en los bosques de Nahuelbuta, y el Gobernador no parece que intentó penetrarlos.

Siguió algunos días corriendo aquel país rebelde, pero sin fruto, porque ni el Toqui, ni sus segundos, volvieron a dar la cara, antes se comenzó a extender la voz, y su designio tuvo, de que esos jefes habían licenciado sus tropas por falta de bastimentos para mantenerlas en pie.

Esas voces que tan perfectamente decían con el estado de la tierra y el completo desaparecimiento del enemigo, las tuvo don Martín por un muy dichoso resultado de aquella campaña, como que ningún otro había rendido ella, y por tanto determinó trasladarse a Imperial para pasar el invierno, y ver de paso si alguna reforma pediría la administración económica de sus dependencias, y de las de otros establecimientos, como la guerra le dejase tiempo para ello.

Justicia es decir que el sistema de gobierno de don Martín, duro, arbitrario, y tal vez apoyado en demasías, porque límites tuvieron sus atribuciones como las de los demás gobernadores, mas que él se atreviera a saltarlos, todavía hubiera podido ser de provecho para el reino de Chile, en la hipótesis de que los araucanos se mantuvieran tranquilos, para que libre el Gobernador de los cuidados de la guerra, a la parte administrativa se diera enteramente, poniendo todas las colonias bajo un pie de perfecta consonancia. La prueba de esto la vemos en las ciudades de Villarrica, Valdivia y Osorno, que manteniéndose apartadas del ruido de las armas alcanzaron un auge maravilloso en los tres ramos más importantes de comercio, agricultura y mineraje;

¹⁵¹ Nada se sabe de esta ciudad, ni qué cabildo se le dio, ni el jefe que la pobló, ni los vecinos que desde luego se domiciliaron en ella.

sus poblaciones siguieron, por lo mismo, un muy singular acrecentamiento, y raro era el vecino de aquellas dichas colonias que no se viera en esta época con un pasar decente, por lo menos, pero había gran número de ellos muy acaudalados.

Entre Imperial, Villarrica, lago de Lumaco y Purén, anduvo vagando el Gobernador todo el año de 1597; los dos primeros puntos sirviéndole de descanso de las correrías harto frecuentes que cumplía en los dos últimos, siempre ansioso de tropezar con Paillamacu, o con alguno de sus generales; pero vanos fueron sus esfuerzos, y vano su infatigable celo por acabar lo que era inacabable, la dominación de la Araucanía.

Estaba dispuesto que el Toqui no había de medir sus fuerzas con el caudillo español, en tanto que éste siguiera acompañado de la imponente columna que le seguía, compuesta de castellanos y de auxiliares; y decimos que estaba dispuesto, porque el entendido Toqui entre esos mismos auxiliares tuvo constantemente varios servidores fieles que sabían comunicar los movimientos del Gobernador, y cuanto en sus filas ocurría, con gritos de entendida significación para los que manejan la clave, como sucede con los signos del telégrafo, al paso que insignificantes parecían a los que no estaban en el secreto.

Como ningún enemigo apareciera en las tierras de que más recelo se podía tener; como ya iba el Gobernador disgustándose de tanto veredear, con molestia también de toda su gente, porque en marchas y contramarchas es donde se gasta el soldado; entró en la resolución de atregar las hostilidades que hacía a un país tranquilo en apariencia, y se puso a recorrer las ciudades de Villarrica, Imperial, Valdivia y Osorno, deteniéndose en cada una de ellas bastante tiempo; pues más fue ésta una expedición religiosa, que no militar.

Del buen éxito con que salieran de sus misiones los jóvenes jesuitas Aguilera y Vega, dedujo el P. Luis de Valdivia consecuencias de gran ventaja, continuando el cultivo espiritual entre los indios, y por consiguiente en persona marchó él mismo desde Santiago a Concepción, y desde esta ciudad al cuartel general del Gobernador, con el cual seguía, acompañado también de Aguilera, y del hermano Télena¹⁵². Todo el tiempo que la columna española quedaba de descanso en una de aquellas ciudades, los misioneros lo pasaban confesando, bautizando y predicando, así a los indios como a los españoles, y si algún crédito se ha de dar a los escritos de la época en los siete meses que el Gobernador hubo de pasar recorriendo las indicadas poblaciones, más de setenta mil almas entraron en la fe cristiana.

Don Martín Óñez de Loyola vino a la Imperial con la entrada del verano de 1598, pero los jesuitas misioneros no debieron quedar con él, aun suponiendo que a Imperial volviesen con la columna, pues aparecen de nuevo en su colegio de Santiago, con mejor fortuna que la que tuvo el malhadado Gobernador¹⁵³.

¹⁵² Gabriel de Vega regresó de orden de Valdivia a Santiago, *para que leyese un curso de artes*, dice la memoria donde tomamos estas noticias, añadiendo con la mayor sencillez del mundo, que el P. Luis de Valdivia consideró inútil por entonces la cooperación de aquel súbdito suyo, porque *en veinte y dos horas* aprendió él (Valdivia) los distintos idiomas de las tribus indias de Chile, y por tanto podía suplir con ventaja a Vega en la predicación evangélica.

¹⁵³ Dice el autor de la memoria de que hablamos en la precedente nota, que se confiesa jesuita, y que por lo mismo merece fe: “viendo los padres misioneros que ya los indios fraguaban el alzamiento

En el curso de los sucesos que vamos a narrar muy discordes anduvieron los historiadores, y si algunos conciertan, sólo ha sido porque se copiaron sucesivamente, sin querer detenerse en el examen de hechos de tanta gravedad; hechos que precisamente debieron ser el resultado de una muy meditada conjuración, y hechos, en fin, que en sus propias circunstancias envuelven no poco de hiperbólico, para resolverse a no dejarlos correr con tanta ligereza.

Se supone que en paz estaban los estados araucanos cuando el Gobernador volvió a la ciudad Imperial, y se supone también que Paillamacu según unos, y Pelantaru según otros, con solos doscientos hombres sorprendieron a don Martín Óñez de Loyola escoltado de *sesenta* oficiales reformados, es decir, de sesenta hombres de los más aguerridos, de los más adelantados y diestros de que podía hacer alarde el pendón castellano.

Entre los muchos manuscritos de que vamos haciendo uso para señalar los acontecimientos de la sonada conquista, que en la Araucanía presumieron cumplir los españoles, uno hay donde se arguye contra esta pretendida paz, y se modifica la interpresa de tal manera que al menos, si fe absoluta no merecieren las noticias, mucho se avienen con lo que la prudencia puede sin escrúpulo tomar por verosímil, a falta de testimonios sobre que fundar lo verdadero.

Entremos, pues, en la narración del suceso, y apréciele cada cual a su modo.

Estando (el Gobernador) en la ciudad de Imperial recibió cartas de su esposa doña Beatriz Coya, y de su pariente el R.P. fray Ignacio de Loyola, del orden seráfico, religioso muy recomendable por sus talentos y virtudes, que por aquellos tiempos fue electo obispo de Paraguay. El contenido de las cartas se reducía a significarle que convenía mucho pasase luego a Concepción, y con buena escolta, porque los araucanos y purenes *estaban alzados*. El P. Loyola le prevenía que le esperaba en Angol¹⁵⁴ y que mirase como venía porque Ancamún y Pelantaru hacían junta en Purén para asaltarle en el camino, y lo mismo le avisó de oficio el capitán comandante de la ciudad de Angol, con declaración que tomó a indios fieles y amigos. Los caciques imperiales de Boroa y Maquegua, don Juan Inaitharo y don Diego Vaycopillán, cristianos viejos y buenos vasallos del Rey, le avisaron lo mismo al jefe, pidiéndole que suspendiese el viaje por entonces, que el capitán de amigos don Melchor Naguelhuri (Espaldas de Tigre) era efectivamente traidor, y tenía sus inteligencias con Ancamún y Pelantaru, a quienes había avisado cuando fue de correo.

No hubo modo de disuadir al jefe de su viaje, por lo mismo resolvió hacerle luego a la ligera y marchó para Angol, distante de Imperial veinticinco leguas, con ánimo de llegar en el mismo día, y dejar burlados a los araucanos caso que

general, por el descontento que comenzaron a ver en ellos se retiraron hasta ver *en qué paraba aquel nublado*, a su colegio de Santiago, antes que viniese el azote que amenazaba a todo el reino de un alzamiento general o rebelión de toda la tierra, como sucedió en este año de 1598... etc., etc.”.

¹⁵⁴ Confirma otro de nuestros manuscritos ese decir, añadiendo que se le llamaba a don Martín a la tal colonia, para cortar serias desavenencias entre su corregidor y el Cabildo, pidiendo el primero la rigurosa observancia de disposiciones gubernativas, que aquel cabildo, como el de Santiago y otros, resistían como contrarias al bien común.



SALTO DE LA LAJA.

intentasen alguna novedad. Salió escoltado con *seiscientos* soldados y tropas de indios imperiales, pero tenaz en su idea confiada, los hizo volver atrás, pareciéndole que estaba seguro quedando sólo en su compañía *sesenta* oficiales reformados, con su familia, su capellán y tres religiosos de san Francisco, que fueron el R. Fr. Juan de Tovar, provincial de esta provincia que andaba de visita, su secretario el P. Fr. Miguel Rovillo y el hermano Fr. Melchor de Arteaga.

Salieron de Imperial el año de 1598, día 21 de noviembre, en que escribimos este tan lamentable y trágico suceso, y no pudiendo vencer la jornada hasta Angol, alojaron en un ameno valle de Curalaba (Cuvalabquén escriben otros). Con la noticia que el capitán correo Naguelhuri dio a Ancamún y Pelantaru, de estar de partida el señor Loyola para Angol, se adelantaron con *quinientos*¹⁵⁵ infantes para ser menos sentidos, y emboscados en varias partes vieron pasar al jefe con toda su comitiva, le siguieron la retaguardia y alcance hasta la noche, y apartados en corta distancia de los pabellones observaron que todo estaba en profundo silencio, sin espiar guardias, ni centinelas, y ante todas cosas rodearon los caballos y bagajes, dirigiéndolos por extravíos a Purén.

Al romper el amanecer, divididos en cuatro columnas asaltaron de improviso por los cuatro costados los pabellones, y hallándolos dormidos los recordaron a mazadas y lanzadas, gritando con furor *ilape, lape!* (*imueran, mueran!*) sin darles siquiera lugar para tomar las armas.

El jefe Loyola fue el primero y el último que recordó los avisos pasados y se defendió valerosamente con su espada, hasta que pidiendo favor al Rey, le concieron por la voz, y cayendo todos sobre él le quitaron la vida. De los *ciento cincuenta* hombres que eran con los religiosos y criados, sólo escaparon con vida tres muy mal heridos; dos indios del servicio, y el clérigo capellán, don Bartolomé Pérez, criollo de Valdivia, a quien llevaron cautivo a Purén con todo el botín y despojos de ropas, armas y equipajes, y el casco de la cabeza del desgraciado Gobernador para celebrar la victoria a su bárbara usanza.

A ese lamentable fin vino el gobernador don Martín arrastrando en pos suyo la vida de tantos oficiales beneméritos, y todo porque, con alcanzar la autoridad suprema de un reino, perdió lo que de circunspecto y precavido tuvo mientras sirvió sumiso a voluntades ajenas.

La historia le ha prodigado toda suerte de alabanzas, y prendas se vieron en él dignas, en verdad, de incienso, por lo que hace al hombre privado, pero hay que atender al hombre público, y éste no le vemos nosotros con toda la limpieza que es de desear, para que fuéramos a incurrir también en debilidades bajo todos conceptos reprobables.

Harto dicen contra la administración del malhadado don Martín Óñez de Loyola, el examen que de ella pasa a hacer un comisionado del virrey de Perú don García Hurtado de Mendoza; lo poco satisfecho que de la tal misión debió volver

¹⁵⁵ Doscientos dice Molina y la mayor parte de los historiadores. No es creíble que con tan poca gente se aventuraran a tanto los araucanos, que, si probaron siempre de alentados, nunca desconocieron tampoco lo mucho que sus enemigos sabían ejecutar, sobre todo en los lances de extremado riesgo.

el comisionado, cuando el Virrey se pone contra el contexto de sus sagradas promesas al cabildo de Santiago, y no obstante el gran interés que al reino de Chile manifestó siempre, de todo género de recursos le priva, acaso contemplando que para robustecer la tiranía habían de servir, y no para otra cosa; la provisión de la Real Audiencia, y en fin, ese grito lamentoso que en las calles de la capital y en los púlpitos suena, pidiendo freno contra prevaricaciones de un poder que la fatalidad hubo de engrair para que marchara a su propia ruina por entre excesos que habían de castigar un día sus enemigos, o sus mismos partidarios.

Su desventurada esposa, que noticia de esa trágica muerte del Gobernador tuvo en la ciudad de Concepción donde se hallaba después de algunos meses, con el mayor desconsuelo se apartó presurosa de aquella tierra de luto para ella, como para otras muchas familias, y a la corte de Madrid se dirigió acompañada de una hija que el rey Felipe III¹⁵⁶ casó con don Juan Henríquez de Borja, heredero de la casa de Gandía, declarándola marquesa de Oropesa, con dotación también de la encomienda de indios del príncipe don Diego Sayri-Tupac que el mismo don Martín Oñez de Loyola prendió en los Andes, y decapitó en el Cuzco por orden del virrey don Francisco de Toledo¹⁵⁷.

¹⁵⁶ Sucedió a Felipe II el 13 de septiembre de ese mismo año de 1598.

¹⁵⁷ 30.000 hombres pusieron los araucanos en armas y en solas *48 horas* a contar de la muerte del Gobernador, mataron a todos los españoles que estaban fuera de las plazas fuertes, y pusieron cerco a las ciudades de Osorno, Valdivia, Villarrica, Imperial, Cañete, Angol, Coya y Arauco, quemando, además, las de Concepción y Chillán. Véase Molina, y eso mismo asientan la mayor parte de los historiadores.

Verdad es que el alzamiento de los butalmapus fue general tras el fin del jefe Loyola, pero ni produjo tantos guerreros, ni tan rápidos fueron los sucesos; cada uno de ellos merece particular recuerdo, porque con reveses mezclados de laureles premió la fortuna el esfuerzo que ambos bandos hicieron en aquella memorable época, con algo de semejante a la que trajo la muerte del gobernador Valdivia, aunque entonces hubo en las filas castellanas armas para sustentar lo ganado, y ahora vienen a perderlo no obstante el heroico valor con que lo defendieron algunos capitanes.

CAPÍTULO XXII

Don Pedro de Viscarra gobernador interino. Alzamiento de los araucanos. Viscarra sigue con ventura los negocios de la guerra. A los seis meses de gobierno, tiene que poner el mando en manos de don Francisco Quiñones, nombrado por el virrey de Perú.

(1598 - 1599)

En gran consternación puso la muerte del Gobernador a todas las colonias, porque de suyo se dejaban entender las terribles consecuencias que semejante acontecimiento había de rendir, y no ciertamente por la pérdida, aunque sensible, del hombre, sino de su nombre. Comunicó esa infausta novedad al cabildo de Santiago, el de Concepción, pidiendo que saliese sin demora la capital a remediar del mejor modo posible los males que eran de temer; día de luto fue verdaderamente para Santiago aquél en que se llegó a difundir semejante noticia, porque en su recinto existían todas, o casi todas, las familias de los valientes reformados víctimas del furor araucano, por una incalificable imprudencia.

El cabildo de la capital, que en los casos de riesgo siempre supo vencer imposibles, y cumplir sacrificios de admirable heroicidad, inmediatamente salió llamando para el gobierno interino del reino al licenciado don Pedro de Viscarra, que a pesar de su avanzada edad no sólo le aceptó sino que con la intención de reclamarle le hubo de sorprender el nombramiento de los cabildantes¹⁵⁸.

¹⁵⁸ Y le *obligaron* (a don Pedro) a encargarse del gobierno, dice Molina, y los vecinos de Santiago resolvieron de *común acuerdo* dejar el país, y retirarse a Perú.

Ni hubo necesidad de *obligar*, ni alma nacida pensó en retirarse, antes fue caso de ofrecerse voluntariamente a la defensa contra el común peligro.

“Pedro de Viscarra gobernador y capitán general y justicia mayor de este reino y provincias de Chile por el Rey N.S., etc. Por cuanto por la muerte del gobernador de este reino, don Martín García Óñez y Loyola mi antecesor, conforme a derecho, y a los *títulos* del Rey N.S. que tengo de *lugarteniente* de gobernador y capitán general de este reino, *yo sucedí en el dicho gobierno*, y en todas las facultades, provisiones y cédulas reales, y privilegios en todas materias de gobierno concedidas y pertenecientes al dicho gobernador Loyola. *Demás de que no obstante yo ser necesario*, el Cabildo, justicia y regimiento de la ciudad de Santiago, como cabeza de este reino, luego como se entendió en la muerte de dicho gobernador, me *nombró por tal gobernador*, y capitán general de este reino, y yo, *para más abundancia*, lo *acepté* e hice el juramento entre tanto que por S. M. otra cosa se provea, etc., etc.”.

Tras el juramento, y demás ceremonias al caso concernientes, Viscarra puso en la lugartenencia de su gobernación, y capitanía general, a Francisco Jofré; hizo su maestre de campo a Pedro Páez Castillejo, y sargento mayor a Luis de las Cuevas, siendo muy pocos los días que se perdieron en la capital para equipar y regimentar la mayor parte de los vecinos de la colonia y su jurisdicción, aptos para el servicio, y a cuyos gastos se atendió con unos catorce mil pesos que el nuevo gobernador tomó de las arcas reales.

También los araucanos dieron en esta ocasión prueba de grandísima actividad. En Purén celebraron los jefes y caciques el triunfo de la muerte de Loyola, y desde allí se despacharon emisarios para todos los butalmapus, con restos del cuerpo de la víctima, para excitar al general alzamiento, que se cumplió en todas las tribus situadas entre los 35° hasta los 40° de latitud austral, tomando las armas aun los mismos que contaban ya muchos años de paz con los españoles, y que en su fe se habían incorporado. Este repentino y universal alzamiento, por tierra hubiera podido dar al instante con todas las colonias españolas, si le utilizaran los jefes con más regularidad, y no tanta pasión; pero en su loco deporte abrazaron a la vez diferentes empresas, cuando más convenía ir cumpliéndolas por su orden correspondiente, y por tanto, dieron con obstáculos que hubieran podido serles fatales. Estudiemos los hechos.

El Gobernador emprende su jornada desde Santiago para Concepción, con cerca de cuatrocientos voluntarios españoles, y hacia el 22¹⁵⁹ de diciembre de 1598; pero en la ciudad de Chillán encuentra a Pelantaru, que la tenía cercada. No esperaron batalla los indios, porque recelosos de ser cogidos entre dos fuegos abandonaron el sitio, y las armas castellanas pudieron continuar sus marchas. En las cercanías de Concepción dio Viscarra con los batallones del mismo Toqui, que sin tener bloqueada la ciudad, a vista de cuanto ella pudiera hacer estaban; mas tampoco quiso Paillamacu medirse con su enemigo, que penetró en aquella colonia causando a sus autoridades y moradores un gozo y un entusiasmo indecibles.

El Gobernador contó desde luego con el civismo de los vecinos de Concepción y los convidó, por lo mismo, a que tomaran parte directa en la defensa de tantos establecimientos amenazados de los indios. No fue vano el apellidamiento, y si no de gran monta el número de hombres que aquella ciudad puso en las filas del Rey, bastó por lo menos para reformarlas, quitando el arcabuz de manos de ciertos habitantes de Santiago, llenos de amor al país, sí, que por defenderle se armaron, pero que ni su edad, ni sus fuerzas, permitían se diesen a las fatigas de la guerra. En este arrego andaba Viscarra, y también en la provisión de varios cargos de impor-

Ese documento, del cual volveremos a hablar para apoyo de los hechos que siguen, se dio en Concepción con fecha 8 de febrero de 1599, y copia íntegra existía en la ejecutoria de la familia de los Cuevas y Oyarzún, que con regimiento perpetuo se ha conocido en la ciudad de Santiago, y con otros cargos harto honoríficos.

¹⁵⁹ Con igual fecha despachó el cabildo de Santiago dos de sus regidores para Perú, el uno a fin de que solicitase auxilios del Virrey, y le enterase verbalmente de los riesgos que el reino corría; para Buenos Aires otro, que había de hacer igual solicitud al Gobernador de aquel país. Ya veremos luego cuál fue el éxito de esa importante comisión.

te, así para gobierno, como para guerra, cuando apareció en Puchacay el cacique Huenucura¹⁶⁰ con dos mil soldados y ánimo de hostilizar las colonias situadas al septentrión del Biobío, y tener en continua alarma a la ciudad de Concepción; de suerte que, no siendo acertado quedar con el enemigo a la espalda, tuvo el Gobernador que suspender las operaciones que iba ya a cumplir para las ciudades de arriba, mandando a su maestre de campo Páez del Castillejo, que inmediatamente saliese contra Huenucura hasta ver de obligarle a repasar el Biobío.

El jefe araucano tenía más valor que experiencia. Como llegara a su noticia que los españoles iban a atacarle, al encuentro se adelantó con la temeraria presunción de que nadie había de resistir al poder de sus armas, y esto era lo que más deseaba el entendido Castillejo, que con apariencias de temeroso y desalentado, se quedó esperando a su contrario, en posición ventajosa, y en cuanto éste le acometiera se trabó la función con tan acertadas disposiciones que al cabo de una hora, poco más o menos, los batallones indios quedaron completamente deshechos, dejando en el campo multitud de muertos, y no pocos prisioneros.

No por eso quedó el país libre de enemigos. Apenas entrado en Concepción el maestre de campo, con los trofeos arrebatados a Huenucura, cuando de orden del toqui Paillamacu, con dos mil hombres vino Lancotegua¹⁶¹ resuelto a bloquear a Concepción, y puso su primer campo en Gualqui, tierra extremadamente doblada e inmediata al Biobío. Contra este jefe envió el Gobernador a su sargento mayor Luis de las Cuevas que llevó en su compañía ciento sesenta lanzas, para volver tan airoso del empeño, como del suyo acabara de salir Castillejo, pues derrotó las huestes indias rechazando a sus guaridas a cuantos de la acción salieron con vida¹⁶².

Ocurrían estos sucesos a los últimos del mes de enero de 1599 y en ellos, o cuando más, del 1 al 2 de febrero ya pudieron los españoles entrar en mejores esperanzas, y su nuevo gobernador dar a su plan de guerra un campo mucho más extenso, porque aportó a Concepción un refuerzo¹⁶³ del virrey de Perú, que no

¹⁶⁰ Otros ponen *Paillataru*, no vemos este nombre en nuestros documentos.

¹⁶¹ Hijo del caudillo que pereció en el fuerte de Jesús a manos de Rivadeneira según unos, y de Guajardo según otros.

¹⁶² Aunque no cuentan los historiadores ese hecho no se puede dudar de él, puesto que consta en la relación de méritos del mismo Cuevas, justificada en juicio contradictorio por testimonio del capitán don Rodrigo de Arana que se halló presente, de Juan Pérez de Cáceres, id., y de don Gabriel Vallejo, el cual concluye diciendo: “Y que fue una victoria de las buenas y de importancia, con que respiraron los de Concepción, pues se les hizo a los enemigos repasar el Biobío, con los 160 soldados susodichos, siendo el enemigo de 2000”.

¹⁶³ De un refuerzo, venido también de Perú, hablan todos los historiadores, del refuerzo que trajo Castilla con un nuevo gobernador, mas de éste nada dicen, y, sin embargo, oigamos como se explica Vizcarra en Concepción con fecha 8 del dicho febrero:

“Y confiando de la capacidad de la persona, y ser caballero notorio, del sargento mayor, Luis de las Cuevas, como le doy comisión para que en el navío que está surto en este puerto de Concepción, de que es maestre Diego Sáez de Loisa, para hacer su viaje a la ciudad de Valdivia, se embarque y lleve en él las municiones que le he mandado entregar suficientes para las ciudades de las fronteras de arriba, del socorro a tiempo que la semana próxima pasada envié a este reino el señor virrey de Perú don Luis de Velasco y

podía llegar con mejor oportunidad para que las armas castellanas combatieran la terrible tormenta que de las cenizas del desventurado Loyola vino a levantarse.

Tiempo era, en efecto, de concurrir a sofocar el incendio, porque Paillamacu, que por su parte llevaba ya expugnados los fuertes de Puchangui y de Santa Cruz, sabiendo las sucesivas derrotas de sus otros generales por las tropas de Concepción, lleno de ira quiso él mismo acercarse a bloquear esta ciudad; arrasando de antemano Jesús y Chibicura para dejar más expedito el paso del Biobío.

Viscarra marchó sin detenerse con quinientos hombres a la defensa de aquellos dos fuertes, ya sitiados por un cuerpo de dos mil indios a las órdenes de Paillamacu, pero ya no era el airado, sino el circunspecto Toqui, pues reconociendo que a más de venir fuerzas respetables contra sus armas, por algo había de contar el hacer de las dos guarniciones sitiadas, desde el instante en que comenzara el combate, tuvo por más cuerdo no esperar al Gobernador, y se retiró con sus huestes hacia la confluencia del Lecudahnu con el Tabolebu.

De todos modos, sus frutos recogió el Toqui de esta empresa, porque don Pedro de Viscarra, que llegó a probar, en los pocos días de su mando, ser tan inteligente en armas, como lo había sido en letras, comprendió con razón que en el estado en que entonces se hallaba el país, aquellas dos fortalezas no podían menos de venir a ser presa del arrogante enemigo, y por consiguiente despachó sus guarniciones para socorro de Santa Cruz de Coya, a cuyo punto se trasladó él mismo, en cuanto hubo hecho lo propio con los presidios de Tucapel y de Lebu, trayéndolos en refuerzo de las armas encargadas de guardar la ciudad de Cañete y la de Arauco.

Llegando a Santa Cruz de Coya, mandó un destacamento para Guadaba y Angol, con orden de que si estas guarniciones conceptuaban no poder sustentarse en sus puestos, a la ciudad de los Infantes se trasladasen, haciendo pasar aviso a Imperial, Villarrica, Valdivia y Osorno, que socorridas serían en breve por mar desde la ciudad de Concepción, porque a este punto se retiró Viscarra, huyendo de la estación rigurosa, y dejando ya las armas araucanas concentradas en los marjales de Purén.

Tales fueron los sucesos de las armas tras la muerte del gobernador Loyola, y ya se ve si el licenciado Pedro de Viscarra fue sobradamente dichoso, puesto que se retira a invernar a Concepción, habiéndose hecho respetar del pueblo indómito, cuando más enardecido y entusiasmado salió desafiando a sus opresores.

Contaba Viscarra con la entrada de la próxima primavera para marchar reuelta y agresivamente contra los batallones de Paillamacu, acampados en Purén, pero el 18 de mayo de este propio año de 1599, aportó en Concepción don Gabriel de Castilla que de orden del virrey de Perú conducía, para defensa del reino de

llegaron a este puerto. Para que se vayan entregando a los capitanes de guerra, y oficiales reales de cada ciudad conforme a la instrucción que se lleva, tornando recaudos del recibo, y trayendo certificación de cada ciudad socorrida del estado en que estaban las cosas de la guerra cuando murió el dicho gobernador, y las municiones, artillería, y presidio, que había en cada frontera de las ciudades Imperial, Valdivia, Villarrica y Osorno. Y que del socorro de dinero que estas ciudades enviaren, dé aviso a los capitanes y corregidor de Infantes de Angol, para que salga escolta de la dicha ciudad a encontrarse con la que viniere con él, y con el dicho socorro, para que llegue con regularidad”.

Chile, y en virtud de la demanda que a este efecto le hizo el comisionado del cabildo de Santiago, un refuerzo de quinientos veteranos, y el gobernador nombrado don Francisco de Quiñones.

Para que mayor pareciera la ventura de los españoles, en Santiago de Chile estaba ya desde el 25 de abril, otro socorro de hombres con que respondió el gobernador de Buenos Aires don Diego Valdés de Lavanda, por medio de su primo don Francisco Rodríguez.

De suerte que Viscarra tuvo que entregar el bastón, cuando elementos había para recoger laureles, toda vez que a las fuerzas las guiara la prudencia; y con la gloria de dejar todas las colonias españolas defendidas y en poder de los españoles, se retiró a Santiago para volver al desempeño de su cargo o sacerdocio judicial¹⁶⁴, juntamente con la interinidad del administrativo, como se verá en breve.

¹⁶⁴ Se le supone *despoblador* de las ciudades de Santa Cruz de Coya y de los Infantes de Angol. Ni aun tal pensamiento tuvo nunca, como ya nos lo han dicho los hechos, pero a más, no hay sino oírle a él mismo en el documento de que ya hicimos mérito.

“Y el resto de dicha gente y soldados, por la necesidad que de ella hay para *fortalecer* las ciudades fronteras de Angol, Chillán, Santa Cruz de Coya, y esta de Concepción, contra las cuales los enemigos naturales amenazan, y acometen cada día con furia y potencia, se traigan donde residiere yo, o mi teniente de capitán general Francisco Jofré, y para otros efectos necesarios para el buen expediente de la guerra, antes que el enemigo pueda prevalecer, no obstante haber traído todo lo necesario y posible de la ciudad de Santiago, sin los que estoy esperando, estantes, y habitantes y útiles para la guerra”.

Por último luego veremos que ese hecho, si censura merece, sobre el sucesor en el gobierno del señor Vizcarra ha de recaer, y no sobre éste.

CAPÍTULO XXIII

Gobierno de don Francisco de Quiñones. Función de Yumbel. Crueldades ejecutadas en los indios. Despoblaciones de algunas colonias. Pasa el Gobernador a Imperial asediada. Sitian también los indios a Valdivia, Villarrica y Osorno. Vuelta del Toqui a los campos de Chillán, después de ganada Valdivia. Vence Quiñones al Toqui en dos encuentros, y regresa a Concepción.

(1599)

Don Francisco de Quiñones, hijo del reino de León, y alcalde ordinario de la Ciudad de los Reyes, tomó las riendas del gobierno de Chile desde que aportó en la ciudad de Concepción, aunque su recibimiento en la capital parece no hubo de ocurrir sino por comisión, hacia mediados de junio del año en que estamos, a tiempo mismo que su antecesor el licenciado Viscarra, fue reconocido en calidad de teniente general y gobernador interino de Santiago y su jurisdicción, por mandamiento expreso del referido Quiñones.

Este sujeto gozaba en Lima no solamente de esas serviles consideraciones, que parecen culto debido a las riquezas, sino que como se hubiese conducido en los cargos de república con una rectitud, y una severidad tal cual exagerada, como había mostrado en ocasiones peligrosas, tremendas a veces, un ánimo poco común, y sobre todo, un arresto poco menos que irresistible, vino a llamar la atención pública sobre su propia persona, y de ella se solía servir la autoridad superior siempre que llegaba a verse amenazada, o desconocida; cosa harto frecuente en aquella época de licencia, de crímenes, de fanatismo, y de extravíos sobrado repugnantes.

Ahí están los títulos que le valieron a Quiñones el gobierno del reino de Chile y, aunque insignificantes parezcan a primera vista, no los enseñara tan honrosos, ni tan meritorios, más de uno de los que en ese tan supremo puesto llegaron a ver las que un día se llamaron Américas Españolas.

Sirvió mucho a la elevación de don Francisco de Quiñones, el ligero discurrir del virrey de Perú, que con noticia de la general sublevación de los indios de Chile, en virtud de la muerte dada al tan incrédulo, cuanto malhadado Loyola, y sabedor también del mando a que de ley había venido el licenciado Pedro de Viscarra, vino a suponer perdido el reino de Chile por mil razones, de entre las cuales las dos más ponderantes eran: 1° que un letrado no podía ser buen militar; 2° que en un

hombre de setenta y más años como contaba Viscarra, muerta la facultad física, y muerta la facultad intelectual habían de estar; contra cuyo desatino toda observación fuera excusada, porque el solo sentido común ha de suponer tanto y más de lo que nosotros quisiéramos decir sobre el particular.

Sin embargo, sean los hechos por sí mismos los que nos den la medida del valer de esos dos caracteres tan distintos que notamos entre la sesuda prudencia de don Pedro de Vizcarra y la arrebatada índole del ilustre alcalde de Lima que vino a sucederle.

No admite duda que el pueblo araucano de día en día acrecentaba sus fuerzas; de día en día se hacía más tremendo; y de día en día ponía más en riesgo las colonias castellanas; todas éstas son consecuencias naturales del triunfo, o mejor, de los repetidos triunfos con que la fortuna favorece a un bando, como es consecuencia también que el bando vencido desaliente y comience a recelar de sus propias fuerzas.

Como quiera, no hay que olvidar que Quiñones viene a poner sobre las fuerzas de su antecesor, el refuerzo de quinientas plazas que con él vienen de Perú, otro muy regular socorro de Buenos Aires acuartelado ya en Santiago y, aunque ningún historiador deje señalado el número preciso de españoles con que el nuevo gobernador va a salir a la guerra, sin incurrir en nota de exageradores bien podemos llevarle hasta mil dos, o mil trescientos hombres; número de no poco importe en aquel tiempo, atendida la ventaja del arma que iba a la defensa y sostén de sus usurpaciones.

Pero ese número, mayor o menor como el fuese, en nada, o por lo menos en muy poco hubo de tenerle Paillamacu, que estaba a la sazón en Purén, y que en cuanto se le dijera el arribo del nuevo gobernador, llevó el atrevimiento hasta punto de presumir la toma de Concepción, con Gobernador, habitantes y soldados que dentro de ella había.

Seis mil indios mandaba entonces el Toqui, dio la tercera parte a su vicetoqui Millalcalquín, y con Pelantaru¹⁶⁵ (el otro vicetoqui), y los cuatro mil hombres, en camino de Concepción se puso, resuelto a sitiar esta ciudad.

En cuanto al nuevo gobernador supo ese movimiento del enemigo, de Concepción salió con su gente marchando, al encuentro del Toqui, viniéndose a encontrar los dos caudillos en los llanos de Yumbel. Con motivado y recíproco respeto hubieron de mirarse ambos bandos, porque no desatentados, ni iracundos, se acometen esta vez, aunque de esa manera solían de ordinario romper en todas sus funciones, antes se advierte que el castellano ordena sus filas con esmerada precaución, cerrando las alas con toda su caballería y montando seis cañones al frente de los infantes, mientras que el Toqui por su parte cuadra también las líneas araucanas en igual orden, oponiendo, por decirlo así, peones contra peones, y caballería con-

¹⁶⁵ Dice Olivares que Millalcalquín fue esta vez al cerco de los Infantes de Angol; así lo asientan también nuestros manuscritos; pero en que Pelantaru marchara entonces contra la ciudad de Coya, como pone ese historiador, estamos discordes; este vicetoqui vino acompañando a su jefe, y en la acción de Yumbel se halló. García piensa que Pelantaru pasara a Tucapel; también se equivoca.

tra caballería. Le faltaban las bocas de fuego, y grandes destrozos le hacían éstas desde que comenzó el combate, con encarnizamiento sí, pero conducido de ambas partes con disciplina, con presencia de ánimo, y con admirable tino. A más de tres cuartos de hora de desigual lucha (decimos desigual porque la artillería española la tenía constantemente en esa línea, con terrible estrago de los araucanos), vino a comprender el Toqui un muy mal éxito para sus tropas, caso de continuar en la pelea con el orden que hasta entonces observó, y por tanto presuroso anduvo dando cuantas disposiciones convenían, para que su caballería arrancase impávida contra la castellana, facilitando así a los batallones una embestida impetuosa hasta penetrar el centro de los piqueros y de los arcabuceros, obligándolos al juego del arma blanca.

Esa tan osada resolución cara le costó al Toqui, y si cierto es que con ejecutarla en gran aprieto puso a las armas del Gobernador, en el último trance, puesto que al cabo de dos horas de un combate atroz, sostenido brazo a brazo, y alimentado con innumerables víctimas, acaso perecieran todos los españoles en una pavorosa desbandada, o tuvieran que rendirse a sus enemigos, a no salir Quiñones poniendo a retaguardia un escuadrón con orden terminante de quitar la vida a todo soldado, o pelotón, que señal diese de quererse pronunciar en retirada; esa resolución, decimos, le fue muy desastrosa a Paillamacu, que al cabo vino a verse con la flor de sus guerreros derrotada, y en la necesidad de abandonar el campo, para que el nuevo gobernador comenzara desde luego a dar suelta a lo que más lucía en su carácter, a un implacable, y ya bárbaro rigor¹⁶⁶.

Y, si se quiere, sea disculpa de esa irritante venganza el exceso de la ira que debió sentir don Francisco de Quiñones a vista de tantos españoles beneméritos como en aquel campo rindieron sus vidas, defendiendo el honor del pabellón; pero, ¿hay igual disculpa para dejarle correr las tierras de Puchangui, Millapoa, Tãbolebu y Catiray, con ese inclemente furor, que no sólo se ceba en los campos talándolos y reduciéndolos a cenizas, sino que a cuchillo pasa cuantos habitantes logra tropezar en aquélla como batida militar, sin distinción de edad, ni tampoco de sexo?...

Verdad es que para llevar la irritación del cuerpo social hasta el último extremo, no hay como castigarle, y en este punto por camino derecho marchó el nuevo gobernador, que si a fuerza de crueldades logró infundir algún terror en las perseguidas tribus, de corta duración fue, y también de estímulo para que las fuerzas de una milicia que él contaba poco menos que arrollada, robusta y ardorosa apareciera de nuevo en distintas direcciones, poniéndole en la necesidad de reforzar inmedia-

¹⁶⁶ Hizo degollar sobre el campo de batalla a todos los prisioneros, a todos los heridos, y por más que queramos transportarnos mentalmente a las costumbres de la época, por más que los que en el relato de esta historia de los sucesos de Chile nos precedieron, supongan estos hechos justas y debidas represalias contra un enemigo feroz, impío y sanguinario, nunca podemos dar con razones que a tan común parecer nos inclinen; y esto por la simple causa de que no podemos menos de ver aquí un pueblo, sobre ofendido e insultado, en el tosco vivir de la salvaje naturaleza; allí una nación con pretensiones de culta, y lo que más es, educada en un dogma cuyo símbolo principal parece ser la caridad para con el prójimo.

tamente la guarnición de Santa Cruz de Coya, y pasar a la ligera a Concepción en demanda de elementos con que acudir al auxilio de las ciudades amenazadas.

Con mucha celeridad tuvo que andar el Gobernador en esta ciudad para llevar a efecto parte de las disposiciones que el estado de las cosas de la guerra hizo necesarias, porque pronto vino a reconocer que en manos del araucano caerían necesariamente las poblaciones de Cañete y de Arauco, estrechadas ambas ya, y por tanto aconsejando la inmediata medida de ir a ampararlas; y cuando esto no fuese factible, salvar por lo menos a sus habitantes favoreciendo la despoblación: en este último parecer se puso Quiñones, sin duda porque más debía aunarse con lo crítico de las circunstancias.

La medida vino a tener efecto casi en sentido inverso antes que el Gobernador presumía, y también sin su intervención, porque los colonos y la guarnición de Cañete en la que estaban los presidios de Tucapel y de Lebu, viéndose sin bastimentos, y gravemente amenazados, se resolvieron a romper el cerco abandonando al enemigo la plaza, y retirándose a Arauco; a ese mismo punto, y en los propios días fue a abrigarse también la población de Santa Cruz de Coya, descendiendo los montes de San Gerónimo, y tomando a su paso el destacamento que guarnecía el fuerte de ese nombre.

Semejantes hechos bien merecen el nombre de triunfos para las armas araucanas, las cuales ninguna otra cosa pedían sino el que de su suelo desaparecieran los españoles, y con ellos hasta el último vestigio de su dominación. Probaban también que el alzamiento indio de cada vez se ostentaba con mayor robustez, y que ese pueblo heroico cebo en que saciar su venganza iba buscando; pero contra tan tremenda llama, si acaso débil fuera el remedio que en sus armas pudiera considerar el Gobernador, muy eficaz, muy ejecutivo hubo de verle en la soberana virtud de su destemplada e ingénita inclemencia.

Por lo mismo, y como los sucesos salieron obligándole a modificar sus proyectos, relativos a la despoblación de Cañete y de Arauco; como por segura viera la subsistencia de esta última plaza; ya que en su centro habían entrado las fuerzas de las que atrás dejamos señaladas; a marchas forzadas caminó desde Concepción, por las mismas parcialidades de Tablebu, Catiray, Puchangui, Purén y Lumaco, hasta Imperial, pasándolas con igual furia que la que le vimos tras la sangrienta acción de los llanos de Yumbel.

Asediada tenían los indios la ciudad Imperial, pero no quisieron estorbar la entrada al Gobernador, que fue recibido de aquellos moradores con muestras de indecible júbilo, y más cuanto que se reconocían deudores de su salvación a este inesperado arribo de don Francisco, justamente cuando serios recelos de que no habían de ser socorridos se divulgaban ya en el centro de la ciudad, donde los araucanos hacían correr noticias muy adecuadas para que el desaliento se asentara en todos los corazones.

¿Cómo no desesperar, en efecto, sabiendo de un modo indudable que, sobre verse cerrados de un tan crecido número de enemigos, en el propio aprieto se encontraban Valdivia, Osorno, Villarrica y otros diferentes establecimientos?

Hay que decir aquí que cuando el virrey de Perú pasó al gobernador de Chile la orden de proclamar por rey de España a Felipe III en consecuencia del falleci-

miento del 11° del mismo nombre, su padre, le decía también la salida del coronel don Francisco Ocampo con un socorro de 200 hombres; y este socorro en defensa de Valdivia y demás colonias había de ir, como así se lo manifestó a sus cabildos el gobernador Quiñones desde que entró en Imperial, cuyo asedio levantaron los araucanos voluntariamente.

Empero de otro modo lo determinó la fortuna. Quiñones no podía abandonar la ciudad Imperial a las consecuencias de un nuevo cerco, inevitable desde el instante que él, con sus fuerzas, se ausentara de esa colonia; los víveres en ella andaban ya muy escasos, también las municiones de guerra; y el Gobernador tuvo menester de gastar muchos días para remediar en lo posible esas dos tan terribles necesidades de existencia; por otra parte el prometido refuerzo del Virrey no aparecía, disponer de tropas que fueran a suplirle no se podía; porque las llegadas con don Francisco andaban corriendo los pagos de Imperial en busca de mantenimientos, que no estaban abundantes, pues asolados dejaban los indios el campo; y en este intervalo Villarrica y Osorno y Valdivia, en poder del arrogante enemigo habían de caer.

Pasma verdaderamente la actividad de ese pueblo indómito en aquella época que parece escogida por alguna divinidad infernal para que sólo lástimas, sólo horrores y muertes, se cumplan con despechada saña entre dos partidos, a cuál más feroz, y no es de menos asombro el inaudito esfuerzo, el infatigable empeño con que corre el bando castellano para apagar esa tea voraz que va a consumir la obra de medio siglo de heroicidades, en descrédito del orgulloso pendón que acaso llegara a echar hondas y duraderas raíces en el riñón de la Araucanía, si más político, si más sagaz, y más templado, fuera desde luego su porte.

Paillamacu, su astuto consejero Ancamún, y su vicetoqui Pelantaru, son los jefes que sitian las ciudades Valdivia, Osorno y Villarrica¹⁶⁷; y ese mismo Toqui cuenta con traer después la ciudad Imperial a tan fatal suerte, pero quitando de allí las armas del Gobernador por medio de operaciones de bien entendida estrategia. No vendrá a atacarle a aquel recinto, no, antes se correrá como el rayo a la provincia de Chillán, llevándolo todo a fuego y sangre, y poniendo en apretado cerco la ciudad San Bartolomé de Gamboa con un cuerpo de dos mil soldados, aunque otros sueltos han de registrar presurosos los contornos: ante semejante novedad ya no podía mantenerse ocioso el jefe castellano, que así lo había presumido también Paillamacu, o mejor, eso fue lo que hubo de adivinar su entendido y astuto consejero.

El 4 de noviembre de 1599 pereciera irremisiblemente la colonia de Valdivia, si sus moradores no se hubieran mantenido alerta y resueltos a una defensa desesperada. En cuanto se vieran al romper el día, cercados de enemigos, comenzaron

¹⁶⁷ En poco tuvieron siempre los araucanos el oro, y en poco o nada le tienen hoy día, pero de todos modos cierto es que solamente de Valdivia sacaron en esta ocasión más de un millón de pesos de entre la casa de moneda y particulares. Esa riqueza caería en manos de sus agentes españoles algunos, mestizos otros extranjeros varios, que todos sirvieron al Toqui con celo para tener parte en el rico botín. Hicieron también 500 prisioneros de ambos sexos, de todas edades y diferentes naciones; y aguantaron con la artillería y las armas y municiones encontradas en aquellas colonias; pero particularicemos los hechos de cada una de ellas.

a cumplir salidas de tan increíble arrojo que forzaban a los cuerpos indios más allá de lo que era de suponer, y hasta les solían tomar víveres y prisioneros. Alentados con sucesos sino de suma importancia, con la suficiente para poderse prometer los en que fundaban ellos su sosiego, y la conservación de sus bienes, ya se atrevieron a un golpe de mano, arriesgado si se quiere, pero con probabilidades de infalible, porque con informes de escrupulosa exactitud fueron a dar durante la noche en un campamento de familias enemigas; y sobrecogidos los indios, y embarazados también entre los ayes y lamentos de sus mujeres e hijos llenos de espanto, en manos de los valdivianos dejaron todos cuantos bastimentos tenían, y la mayor parte del mujeriego con muchos niños de pecho que fueron conducidos a la colonia.

Como de todas estas escaramuzas, que no otro nombre merecen, y que frecuentes fueron en los primeros días del asedio, salieran los españoles triunfantes, casi con desprecio comenzaron a mirar a su enemigo, y el exquisito celo que desde luego mostraron para tantear sus fuerzas, vino, por fin, a convertirse en el más reprehensible descuido, en medio de un pueblo que hartó ponderaba su arrojo en el solo hecho de presentarse impávido a la boca de los cañones sin más que una macana en la mano, o cuando mucho una lanza.

Ya no era menester pasar las noches desvelados en la ciudadela; no merecía semejante sacrificio un enemigo que todos los días se dejaba correr; cada cual podía retirarse a su casa, confiando la seguridad pública, si acaso no su defensa, a la vigilancia de *cuatro* hombres, que habían de mantenerse en la plaza, en forma de cuerpo o guardia de prevención, como quien dice.

Los araucanos bien sabían lo que dentro de muros pasaba, que no les faltaban amigos, y no les convenía sacar a los españoles de su loca confianza, antes seguían con su natural sagacidad los planes de seducción a que desde luego recurrieron, so capa de tal cual desaliento para mayor ceguedad de sus opresores, y día se señaló en el cual la plaza habría de ser invadida; entretanto ningún ataque serio, ningún movimiento que verdaderos temores pudiera inspirar. Con todo, a oídos del sargento mayor¹⁶⁸ llegaron los manejos de los araucanos y de sus agentes, y en noticia del gobernador de la plaza¹⁶⁹ los puso; pero éste hubo de tomar por cuento lo que la realidad le había de enseñar bien a pesar suyo, y para fatal desgracia de todos los colonos.

Volvió de rechazo el sargento mayor insistiendo porque inmediatamente se tomasen providencias no solamente para resistir al enemigo el día dado, puesto que se sabía lo era el 24 de noviembre, sino contra los que en la conjuración resultaren comprendidos siendo casi todos los criados de los españoles, según así lo afirmaba el que en servicio del mismo sargento mayor andaba; pero el Gobernador respondió con insultante destemplanza a ese nuevo aviso, labrando desde entonces la ruina de toda la ciudad, con causa para que los colonos se pronunciaran en dos bandos, más numeroso el de la primera autoridad porque siempre tuvo ésta muchos aduladores, pero más feliz el que se declaró por el sargento mayor, pues

¹⁶⁸ No vemos su nombre en parte ninguna, y es de sentir.

¹⁶⁹ Tampoco se nombra.

que al fin, de una muerte cierta, o de una eterna servidumbre, más dolorosa que la misma muerte, vino a salvarse.

Fue fortuna para éste el hallarse en el puerto los navíos de Ballano, Villarroel y Diego de Rojas, a los cuales pasó sus familias con el mayor sigilo, sin que llegase a notarlo el Gobernador, sirviéndose de canoas y lanchuelas que bajaban el río hasta poner la gente en las naves. De este mismo medio usó con su familia el precavido sargento mayor, pero tanto su persona como las de los que de su mismo pensar eran, al frente del peligro esperaron armados la llegada del alba del 24.

Mientras en esta faena se entretenían todos cuantos españoles creyeron en el peligro que corrían, unos cincuenta indios entre infantes y caballos, penetraron sigilosamente en la plaza, apoderándose al instante de los cuatro vigilantes puestos en ella, y tras esta diligencia en las iglesias comenzaron a tocar a fuego los criados traidores, sacando con esto de sus casas a los moradores que caían indefensos en manos de cuerpos indios apostados a todas las puertas, y en todas las bocas calles¹⁷⁰. Dos horas cuando más pusieron en atar a todos los crédulos que con vida quisieron guardar los araucanos, porque a más de cuatrocientos se la quitaron, respetando la de otras tantas mujeres que hicieron esclavas; cuarenta y dos niñas, y algunos niños¹⁷¹; pero el sargento mayor y los de su partido, como prevenidos esperaban al enemigo, con él entraron en una reñida pelea digna de fin más venturoso, porque ya que su suerte con bien sacó a muchos de ellos del inútil y arrestado empeño que pusieron por salvar la colonia de manos de masas tan numerosas, de sentir es que arrojándose al río, unos a caballo¹⁷², otros en algunos botecillos que de prevención se tenían para atravesar hasta las tres naves españolas, muy pocos fueron los que al lado de sus familias¹⁷³ pudieron llegar, porque en las aguas quedaron ahogados.

El 5 de diciembre, es decir, once días después de esa terrible desgracia, entró en el puerto de Valdivia el coronel Francisco Ocampo con el socorro de 220¹⁷⁴ españoles, para no ver sino ruinas, con la pesadumbre de haber perdido dos hijos puestos al cuidado de una cuñada por fallecimiento de su esposa, algunos días

¹⁷⁰ Según Molina cuatro mil indios de ambas armas penetraron en la ciudad; Olivares pone cinco mil, dos de infantería y tres de caballería; nuestros documentos no fijan número, pero de suyo se deja inferir que debió ser crecido.

¹⁷¹ Particular mención se hace del capitán Rodrigo de las Cuevas que a ruego de su criado no solamente se le perdonó la vida, sino que se le dejó vivir con su esposa. Esa misma gracia cayó, a instancias también de sus respectivos criados, a los padres de los recién nacidos doña Ana de Almonacid y don Pedro de Sotomayor, conducidos ambos a una misma parcialidad, y cuando esos niños alcanzaron la edad, de consentimiento de sus padres, y también de sus señores, celebraron su matrimonio, con promesa de validarle según la iglesia, en cuanto ocasión se presentase, como en efecto se la procuró el jesuita misionero Pedro Agustín Barraza; y de ese enlace proceden los Sotomayor de Concepción que hasta el día todos han respondido dignamente a la honra y lustre de su nacimiento.

¹⁷² De ese número fue el sargento mayor que echándose montado al río para alcanzar el barco en que pensaba bogar hasta alcanzar las naves, su caballo se ahogó, y con él se sumergió en las aguas, a vista de su desgraciada familia.

¹⁷³ No sabemos cuál causa pudo hacer que Villarroel pasase con su buque y las familias que en él se refugiaron a Perú, mientras que Ballano y Diego de Rojas fueron con los suyos a Valparaíso.

¹⁷⁴ 300 le da Molina; Olivares 200.

antes de su salida para Perú; por fin, un antiguo criado suyo oyó los ruegos de este desventurado padre, y no paró hasta lograr la libertad de los dos niños pasándolos a bordo, tras lo cual Ocampo se encaminó hacia la ciudad de Osorno.

He ahí cuanto corresponde al cerco y ruina de una de las más ricas colonias chilenas, perdida por la culpable negligencia de su gobernador de plaza, y perdida mientras que don Francisco de Quiñones se afana corriendo los campos de Imperial en busca de provisiones con que poner a sus colonos, y guarnición, con elementos que faciliten una resistencia sostenida, si nuevo asedio le pusieran los enemigos. Pero casi con la noticia de esa irreparable pérdida, vino a recibir el Gobernador la de que el Toqui, con algunos dos mil hombres¹⁷⁵ se hallaba arrasando la provincia de Chillán (que eso mismo anunciamos ya mas atrás), y que San Bartolomé de Gamboa no podría resistir muchos días al ímpetu de las armas araucanas.

Ante un hacer tan acelerado y que con tanto descrédito asomaba para las banderas del Rey, ya no pudo contenerse el nuevo gobernador, antes se puso en marcha caminando día y noche al encuentro del Toqui, y atravesó el río Biobío por su confluencia con el Vergara; pero pronto supo el Toqui este movimiento, y no estaba en ánimo de verse cogido entre dos fuegos, que lo importante a sus fines iba en sacar al Gobernador de Imperial. Como quiera, muchos eran los bastimentos que Paillamacu recogió en los campos de Chillán, y a su país se empeñó en trasladarlos; resolución que estuvo a pique de costarle muy cara, porque volviendo con su gente, y no mal servido esta vez de sus espías el Gobernador, poco tuvo éste que inclinarse para ponerse delante de los araucanos en las islas de Taboy, llamadas después *Tavón*, situadas al oriente de Yumbel, y distantes de esta plaza cosa de seis leguas.

No le supo bien a Paillamacu este inesperado encuentro, pero forzoso le fue aceptar el combate a que se le trajo sin siquiera darle el tiempo necesario para escoger posiciones, porque en ese acometimiento esforzado y repentino fundó el impávido Quiñones un triunfo más completo, y más fecundo en resultados de lo que vino a salir; pues los araucanos supieron resistir el empuje de los castellanos en más de cuatro horas que tardó en llegar la noche para que con las tinieblas desapareciera el Toqui, pasara el río Laja, y se encaminara a cortar el Biobío, burlando de esa manera las esperanzas del campo del Rey.

Con todo, diligente anduvo también Quiñones para salir en persecución de su enemigo, que, merced al carguío del rico botín recogido en Chillán, se dejó alcanzar al mismo paso del Biobío, y cargado de los españoles con indecible furia, vino a perder mucha más gente que en Taboy, y lo que es más, todo el convoy que llevaba¹⁷⁶; aunque a costa de mucha sangre compraron los españoles esos leves triunfos.

¹⁷⁵ Pelantaru pasó con el resto de las tropas que tomaron a Valdivia, en refuerzo de los indios que sitiaban a Villarrica; o lo más probable para volver con ella a Imperial en cuanto se ausentara el Gobernador.

¹⁷⁶ Consistente no solamente en víveres sino, también, en mucho ganado de cerda, y no pocos de carga y de labor.

Tras esas dos funciones el Gobernador pasó a la ciudad de Concepción para dejar en ella sus muchos heridos, y reponer algunos pertrechos de guerra, inutilizados o perdidos en sus precedentes excursiones; mas ningún descanso pudo dar a parte de sus tropas, porque con él hubo de entrar en aquella colonia el parte de que cuatro mil indios sitiaban la plaza de Arauco, y diez mil¹⁷⁷ la ciudad Imperial.

La empresa de libertar a Arauco, a Pedro Páez Castillejo se la confió el Gobernador, que con trescientos cincuenta españoles, fue a pasar el Biobío casi a orillas del mar, llegando sin obstáculo al valle de Chibilinco, caminando después toda la noche hasta márgenes del río Carampangue, para con la luz del día romper las líneas sitiadoras, como así lo verificó sin gran esfuerzo, internándose enseguida en la ciudad sitiada. Allí se detuvo unos cuantos días cumpliendo todos ellos varias salidas de ningún importe, porque los indios solían retirarse huyendo siempre el empeño de una acción seria, para luego volver delante de la plaza, seguros de que más o menos tarde la falta de municiones vendría a ser su más poderoso auxiliar.

Si esa u otra causa llegó a aconsejar el abandono de aquella colonia, cosa es que no se puede asegurar; resulta sí que Páez Castillejo salió de ella con toda su gente, con los colonos y las guarniciones allí cerradas desde la despoblación de Cañete y otros puntos atrás mencionados, y pasó por entre los sitiadores sin resistencia, mas que gran parte de éstos le siguieran observando hasta verle del otro lado del Biobío, y camino de Concepción, mientras que el resto se puso a demoler los edificios de la ciudad desamparada.

Es resumen de cuanto en el presente capítulo queda dicho que en siete meses de operaciones entre los dos bandos beligerantes, jefe del araucano el sesudo Paillamacu, y del castellano el gobernador don Francisco de Quiñones, siete establecimientos han perdido los españoles, los seis voluntariamente abandonados, cuales son: Cañete, Tucapel, Lebu, Santa Cruz de Coya, San Gerónimo y Arauco; y la ciudad de Valdivia arrasada, e Imperial cerrada por numerosas huestes, y Villarrica y Osorno sin esperanza de salvación. Apenas si a principios de este año de 1599 cuentan las filas araucanas seis mil guerreros, y a fines del mismo ya presentan cerca de treinta mil combatientes, más que poco aguerridas parezcan las dos terceras partes de ellos.

De tan lastimosos sucesos, de esa sangre que a torrentes ha corrido en Valdivia, ¿cabe culpa contra el gobernador don Francisco de Quiñones?, y, ¿qué se le pudiera argüir a un jefe entendido, a un jefe de un valor probado en cien ocasiones, y que si tal vez midió sus fuerzas con las del caudillo araucano, siempre fue para recoger laureles, obligándole por lo menos a una prudente retirada? No, no; ese incendio tan terrible que así se descuelga en todas o casi todas las colonias de la

¹⁷⁷ Seguimos el decir de todos los historiadores, y con tanta más razón, cuanto que así cuentan también nuestros manuscritos; pero no obsta esto para que reconozcamos, como reconocerá también el lector, que no se trata aquí de los guerreros que siguen al Toqui y a sus subalternos; son en su mayor número masas desorganizadas, masas que remueve el general levantamiento, y menos terribles, con ser tan numerosas, que mil o dos mil soldados de los que van con Paillamacu, o con Pelantaru. Los hechos lo justificarán.

parte fronteriza de la Araucanía, la imprevisión de Loyola le encendió; era preciso que cumpliera sus estragos, sólo que la gravedad de éstos, de la conducta más o menos prudente del jefe de las armas castellanas dependía, y ahí parece estribar un cargo no poco terrible contra Quiñones, que en lugar de usar de una generosa y debida benignidad, para con los indios inermes por lo menos, sus campos tala, sus vidas corta inclemente, y es causa de que la irritación por todos los ángulos del país insumiso pregone el grito de una venganza, que ya no se ha de ver satisfecha hasta llegar al total exterminio de las armas invasoras.

CAPÍTULO XXIV

El gobernador don Francisco pide al virrey de Perú un sucesor para el gobierno de Chile. Asedio de Imperial y su defensa. Pasa Quiñones a socorrerla. Vence a Millacalquín vicetoqui. Despuebla la colonia Imperial y la de los Infantes. Regresa a Concepción.

(1600)

En el pecho del gobernador Quiñones no cabe desaliento, pero, ¿cuál nombre hemos de dar al hastío, por decirlo así, con que mira en Concepción los asuntos de gobierno, y particularmente los que se relacionan con la guerra? No hay duda que la situación era, sobre apurada, doblemente dolorosa, viendo la rapidez con que se venía a la extrema necesidad (queremos admitirla por tal) de despoblar tantos establecimientos, y casi sin esperanza de poder sustentar los pocos que restaban levantados en el suelo araucano.

Quiñones debía sentir sobremanera que tales acontecimientos se cumplieran durante su mando, como si un hado adverso saliera expresamente para dar por tierra con las esperanzas que en ese hombre activo y ardidoso se habían puesto, y como si de intento a esa dignidad se le trajera para que en ella se desvirtuara el gran renombre ganado en Lima luchando contra riesgos que no todos los hombres acometen con fortuna, y raro es el que de ellos sale triunfante.

Si a cubierto creyera el entonces su caballeroso pundonor con entregar el mando de las armas, y el gobierno interino de Chile, en manos de uno de sus subalternos, no por eso dejaba de resentir un amargo pesar al ver malogrado el fruto de sus trabajos. Viendo, pues, que la conquista peligraba, puesto que los araucanos progresaban, al paso que los españoles perdían terreno, y que las poblaciones fundadas en muchos años, a costa de tanta sangre desaparecían como si no hubiesen existido, el general Quiñones, ya, por otra parte, en edad avanzada, pensó en pedir su retiro al Virrey, que se lo concedió. Pero antes de ir a disfrutarlo, aún tuvo una nueva desgracia, en la cual continuó dando pruebas de celo y de conocimientos militares.

Después que Paillamacu, arrogante con la ruina de Valdivia, había encargado a su vicetoqui Millacalquín del sitio de Imperial; después que el maestre de campo Castillejo hubo despoblado aquella colonia llevándose en salvo a sus vecinos, y a

los de Cañete, que se habían acogido a ella, el ambicioso jefe araucano no quiso que su teniente tuviese la gloria de apoderarse solo de Imperial, y fue a incorporarse con él, junción que compuso el número de diez mil sitiadores.

Los infelices sitiados ya no tenían viveres, y, lo que más es, ya habían apurado los inmundos recursos a que apelan los valientes en tales casos, a saber, caballos, perros, gatos y hasta el cuero del calzado; y hacían salidas desesperadas por medio de sus numerosos enemigos, naturalmente soberbios, y, en aquel instante, erguidos con sus recientes triunfos. Paillamacu se los recordaba sin cesar, con el fin de mantener su ardor, prometiéndoles nuevas victorias. Claro estaba que en las salidas que hacían, los españoles perecían; pero tal vez preferían morir a manos de los araucanos, que de extenuación y desfallecimiento. A lo menos, excitaban el calor de la vida hasta el último suspiro. En esta deplorable situación, y sin esperanza de ser socorridos a tiempo, no les quedaba ya más recurso que rendirse por medio de la mejor capitulación que les fuese posible alcanzar de sus enemigos. En efecto, se resignaron, y, reunidos en el ayuntamiento, vecinos y militares, resolvieron, después de una larga y dolorosa deliberación, entregarse a los araucanos.

A penas habían tomado esta resolución extrema, cuando, de repente, ven entrar en la sala una mujer, una señora española en traje militar, espada en mano, ademán varonil, heroico, gesto entre desdeñoso y airado. Conocida como una heroína, tal vez sin igual en las historias, doña Inés de Aguilera (éste era su nombre), que los sitiados habían visto mil veces sobre el muro combatir al lado de su marido y de sus hijos, muertos, al fin, delante de sus mismos ojos, y rechazar briosamente a los araucanos, causó, con su presencia, una suspensión general en la asamblea. Viéndolos enmudecidos, doña Inés pregunta de que se trata y se lo dicen.

“Así lo había oído yo, respondió ella con aire reposado y majestuoso; pero no lo había querido creer. No, no había querido creer que militares españoles, que padres cristianos, que maridos hombres de honor, por lo menos, sino amantes de sus esposas, tuviesen la insigne cobardía de entregar a sus propios hijos por esclavos a los que son sus esclavos; y a sus esposas por muebles de sus serrallos y pasto de su brutal lascivia. No, no había querido creer que los defensores y propagadores de la fe, después de haber derramado su sangre por ella, consintiesen en ir a olvidarla, tal vez, en medio de un bárbaro gentilísimo, y en una indignada esclavitud, sin acordarse que Dios no abandona nunca a los suyos; que para corazones donde reina la verdadera fe, no hay nunca casos tan extremos, puesto que cuando llegan a faltar remedios humanos en las desdichas, queda el recurso supremo a la misericordia divina. ¡Avergonzaos de vuestra pusilánime determinación, y que los que no tengan ánimo o fuerzas para seguirme, vayan a postrarse delante de nuestra soberana protectora Virgen de las Nieves, pidiéndole humildemente perdón de haber desconfiado de la divina providencia, e implorando su especial amparo, mientras que yo y los que quieran ser conmigo, vamos a combatir nuestros feroces enemigos!”.

Esto dicho, la asamblea quedó como electrizada, y al punto un grito general proclamó por gobernadora a doña Inés de Aguilera, la cual aceptó con magnanimidad la responsabilidad de tan peligrosa misión, y salió triunfante del Ayunta-

miento, seguida de los valientes; mientras que los ancianos y niños iban con sus mujeres y madres a invocar el amparo de Nuestra Señora de las Nieves, imagen venerada y preciosa que el obispo San Miguel había dado a su catedral, en donde, a fuerza de ruegos, la había dejado al pasar al obispado de Quito.

Claro está que en honor mismo de la verdad de los hechos, y de la perseverancia poderosa que da la fe a corazones bastante inocentes para no tener que hacer alarde de una tan inútil como triste incredulidad, nos guardaremos de querer insinuar, ni de creer nosotros, que la Virgen hubo de trastornar las leyes de la naturaleza para proteger a los sitiados de Imperial; lo que se comprende muy fácilmente es, que los infelices, llenos de confianza en su intercesión, se mantuvieron sobre esta última áncora de la esperanza con ánimo y fuerzas para descubrir humanamente algún remedio a sus desdichas, según el proverbio: *A Dios rogando y con el mazo dando*. Sobre todo, en semejantes casos, todos los hombres, sin distinción de prácticas y creencias, se acogen al poder supremo y reconocen su propia miseria.

Como lo hemos dicho ya, todos los animales domésticos y hasta las badanas y aforros de los muebles habían servido de sustento a los sitiados, y las salidas que habían hecho éstos para prolongar la vida sólo por algunas horas, habían sido causa para los más de una pronta muerte. Sin embargo, en este instante de fervor y de fe viva, Francisco Galdámez ejecuta una, sale solamente con cincuenta hombres, pasa, y vuelve no sólo con yerbas sino, también, con legumbres y aves; pero de repente, se va asaltado por un cuerpo de 2.000 enemigos, y no obstante, Galdámez entra sano y salvo en la plaza, sin haber perdido un solo hombre ¿Cómo sucedió este milagro? Helo aquí. Galdámez, viéndose alcanzado dio frente continuamente, y continuó su retirada en columna, por *frente* y *fondo*; la inteligencia militar de los araucanos completó el milagro; porque, maravillados éstos de la ingeniosa y sencilla evolución de los españoles, se quedaron embelesados mirándola, y, por decirlo así, estudiándola, hasta dejarlos llegar ilesos bajo la protección de la plaza.

¡Júzguese cuál debió de ser la alegría de los sitiados! Recuperadas sus fuerzas, fueron a postrarse con acciones de gracias, y nuevo fervor, a los pies de Nuestra Señora de las Nieves. Pero, al salir del templo, otra mayor angustia los acongoja: se sienten arder de sed, y no tienen ni una gota de agua; porque los araucanos les han cortado la del río de las Damas, de que bebían. Este último mal era sin remedio humano, o, a lo menos, así lo creían; y se ponen a buscar como locos una fuente o arroyo, sin más razón que la esperanza de que la Providencia les enviara agua de un modo o de otro, y así fue: sea que nunca hubiesen notado que una cisterna muy profunda, en donde nunca habían mirado, fuese un pozo manantial, o que la lluvia la hubiese abastecido, sin que ellos parasen la atención en ello, se hallaron con la descubierta preciosa de que podía suministrarles agua en suficiente medida.

Así recuperados de sus mayores necesidades, con las fuerzas, sintieron mayores esperanzas, y surgieron en sus espíritus nuevas inspiraciones para trabajar en buscar medios eficaces de salvación; porque los recursos que poseían tan milagrosamente no podían durar mucho, y lo más racional era pedir socorro, cosa imposible por tierra, al paso que por mar no tenían el más mínimo transporte. La consecuencia de esta reflexión fue la resolución de construir un barco, sin pararse

en dificultades, ni saber si tendrían o no materiales suficientes y propios para esta construcción. Puestas las manos a la obra, este proyecto se ejecutó en pocos días, y, gracias a este tesón admirable, se vieron poseedores de un transporte. Mas, cosa particular, ni una sola vez les había pasado por el pensamiento que carecían de lo más esencial para completar el barco, a saber, alquitrán o brea para carenarlo. Al hacer esta reflexión, se hallaron como si se les hubieran roto los brazos, y ya iban a desesperanzar, cuando, de repente, uno de los concurrentes pensó que podrían suplir esta falta con la pez de los cueros de vino. Con esta feliz ocurrencia renace la esperanza, y todos, cada uno por su lado, van en busca de cueros viejos de vino, cuando uno de ellos halla dos de dichos cueros llenos de un alquitrán muy puro.

Es más fácil el hacerse juicio de la sorpresa y del júbilo que causó esta felicísima descubierta que el pintarlos. Con esta excesiva abundancia de brea que la fervorosa piedad de aquel tiempo hizo mirar como un presente del cielo, el barco se halló muy pronto carenado, y no quedaba más que hacer que botarlo al agua, montarlo y dar la vela en busca de socorro para la plaza. En efecto, una noche, con el mayor sigilo, lo echaron al Captén, y comisionaron a don Bernardino Quiroga para que, con dos españoles y tres indios, fuese en él a exponer la extremidad en que se hallaba Imperial.

Pero todo esto no pudo hacerse tan sigilosamente que no llegase bastante pronto a conocimiento de Paillamacu, y apenas éste lo supo, destacó a su vicetoqui Millacalquín con tres mil hombres para ir a guardar el paso en Yumbel y oponerse a la llegada del socorro.

Causa verdaderamente sorpresa el ver el acierto y pericia militares de estos guerreros araucanos, que imponen admiración, no sólo por su intrepidez sino, también, por sus miras estratégicas. Como, sin duda alguna, lo había pensado Paillamacu, el enviado de Imperial había arribado felizmente a Concepción, y el gobernador Quiñones se había puesto inmediatamente en marcha, probablemente con fuerzas suficientes, en atención a que en Yumbel batió a Millacalquín con sus tres mil hombres, bien que este vicetoqui defendiese el paso con tesón, y sólo cediese al fuego de la artillería. No dándose por vencido, Millacalquín se rehizo, y, replegado sobre el río Tabón, presentó segunda vez la batalla al general español, pero de nuevo fue deshecho y batido. De suerte que Quiñones llegó sin más estorbo, sobre Paillamacu, el cual, por prueba de que las fuerzas españolas que le veían encima era imponentes levantó apresuradamente el sitio.

El momento de la entrada del libertador en la plaza, y las sensaciones profundas de consuelo y de gozo que debieron experimentar los infelices sitiados, son cosas que no se podrían describir tan bien como la imaginación los concibe. Doña Inés de Aguilera recibió del Gobernador un verdadero y bien merecido homenaje de admiración y de respeto por sus virtudes heroicas, a las cuales Imperial, dejando aparte los favores particulares de la provincia, debía el haberse mantenido hasta la llegada del socorro¹⁷⁸.

¹⁷⁸ No se comprende el error de Molina que da por sentado que doña Inés de Aguilera no había aguardado por el socorro, y que, aprovechándose de una ocasión, se había salvado por mar con el

Bien que hayamos leído en algunas noticias de los acontecimientos de aquel tiempo, que Quiñones se mantuvo en Imperial hasta la llegada de un barco, que vino en abril, para transportar los habitantes de la plaza a Concepción, la razón, y otras noticias más fidedignas nos inclinan a creer más bien lo que García dice, a saber, que habiendo resuelto la evacuación de la colonia, el general español, se puso de nuevo, y sin demora, como era natural, en marcha, ordenando sus tropas de modo, que llevaban bien custodiados a los habitantes, y en medio de ellos, a la ilustre doña Inés de Aguilera, a la cual el Rey recompensó con una pensión anual de dos mil pesos¹⁷⁹.

¡Qué cuadro tan admirable y tan tierno representan estos desgraciados, salvados tan milagrosamente, en medio de sus libertadores, llorando, por una parte, la pérdida de su colonia y de sus bienes; y, por otra, suspirando de gozo de verse en salvo; levantando los ojos llenos de lágrimas de reconocimiento al rostro de la adorada Virgen a cuyo amparo se acogieron en los días pasados de terror y de angustias, y a la cual llevan en el medio, con todos los ornatos de la catedral y hasta el libro becerro, o protocolo de esta iglesia! ¡Qué marcha tan triunfal! ¡Jamás historia ha presentado un cuadro tan magnífico, ni tan propio a conmover, y llenar de sentimientos heroicos y religiosos cualquier corazón capaz de abrigarlos!

Así llegaron a Concepción; así acabó Imperial, y ésta es la verdad de los hechos. Las diferencias que se pueden hallar en algunos escritos, diferencias que la historia desdeña, son puro efecto, en parte, de copias defectuosas, y, en parte, de confusión de los acontecimientos que han sucedido en diferentes colonias con circunstancias muy parecidas, y que ha sido muy fácil confundir.

El gobernador Quiñones concluyó también aquí su gobierno. Cansado de servir, y tal vez, por los ajes y la debilidad de fuerzas que acarrea la vejez, dejó el mando, después de haberlo desempeñado quince meses con honor. Los chilenos han conservado una larga memoria de los nobles y generosos sentimientos de que estaba adornado este General, y de los cuales aun dio una magnífica prueba al despedirse, mandando distribuir a las viudas de los valientes que habían muerto bajo su mando, la crecida cantidad de 20.00 pesos, que con este objeto había pedido a su cuñado, el arzobispo de Lima, Santo Toribio Magravejo.

Obispo, y algunos habitantes. “Es tan falso, dice García, que el Obispo había muerto, y no había entonces obispo”.

¹⁷⁹ Bascuñan intenta, al parecer, ajar los laureles de esta ilustrísima española, acusándola de haber dado muerte a un eclesiástico y a una india. Suponiendo que el hecho sea cierto y digno de la historia, la generala de Imperial pensó, sin duda, que hacía justicia.

CAPÍTULO XXV

Nuevas calamidades con la llegada de un pirata holandés al mar del Sur. Saqueo de Castro. Van Noort desembarca en la Mocha y después apresa algunos barcos en Valparaíso.

(1600)

Mientras sucedían las desgracias que acabamos de ver, aún había otras para colmo de padecimiento de los habitantes de Chile, y fueron las que vamos a referir.

El almirante holandés Van Noort, que había entrado por el estrecho de Magallanes con dos navíos y un yate, se apareció por febrero en el mar del Sur. Por de pronto, una fuerte tempestad dispersó estos buques y les impidió de operar reunidos; pero no por eso causaron menos males. Una de las naves, mandada por un capitán llamado Jacobo Machis, arribó al puerto de Lavapié, no lejos de Arauco, y el comandante, engañado por la actitud pacífica de los indios, saltó imprudentemente en tierra. Mal le advino, porque los naturales aprovecharon de la primera ocasión, y cuando más descuidados estaban los holandeses, mataron a veintitrés de ellos, no salvándose los demás sino porque, recelosos, se habían quedado en las lanchas.

García se formaliza sin razón, a nuestro parecer, porque Molina, al referir este hecho, añade: “Quizá, porque les parecieron españoles”. Bien podría ser que los chilenos aborreciesen a todos los extranjeros, como lo asegura García; pero no sería extraño que en este odio universal, hubiese alguna particularidad contra los que habían sido y eran sus agresores. Con todo esto, la conjetura de Molina nos parece poco reflexionada, en atención a que los indios tienen buen ojo y buen oído, y verdaderamente no podían confundir los rostros y traje holandeses con los españoles, ni la lengua neerlandesa con la castellana.

De todos modos, el comandante *Machis* quedó entre los muertos, y el mando del buque recayó en su teniente y sobrino Baltasar Cardes. Éste quiso, al parecer, que la pena del mal que habían hecho los indios a su tío y a sus marineros cargase sobre otras cabezas inocentísimas de él. En efecto, Cardes fondeó (17 de abril) en Chiloé, y parlamentó con el Gobernador, Ruiz de Pliego, bajo pretexto de comerciar y hacer víveres. Pliego le dejó saltar en tierra con tanta más confianza,

cuanto era este gobernador de un natural blando y bondadoso, y desconocía, por otra parte, hasta los menos ofensivos estratagemas de guerra. Así fue, que al punto experimentó la fatal consecuencia de su ciega confianza; porque apenas hubo desembarcado, el pirata holandés hizo dar muerte al infeliz Gobernador, y a nueve españoles más, que le quisieron defender, ni más ni menos que si fueran los indios que habían asesinado a su tío.

No satisfecho con esto, tomó por auxiliares a los naturales, temiendo que otros españoles viniesen a vengar la muerte de sus hermanos; saqueó la ciudad de Castro; y cuando hubieron ejecutado algunos raptos de mujeres, se fortificaron en la casa de un particular llamado Martín Uribe.

Esta atroz conducta de europeos con europeos, que se deberían considerar allí como hijos de un mismo suelo, no podía menos de despertar un noble resentimiento en el corazón de los españoles, y así sucedió. Favorecidos por la noche y por el conocimiento del terreno, estos últimos se rehicieron, atacaron a los holandeses y les mataron dos hombres; hirieron a su capitán arrancándole la bandera, y rescataron a sus pobres mujeres; y, por complemento de satisfacción, sobrevino el coronel Ocampo, el cual sorprendió al pirata y le forzó a reembarcarse precipitadamente, con pérdida y muerte de treinta holandeses y de trescientos auxiliares.

Entretanto, Van Noort, que había anclado el 21 de marzo en la isla Mocha, echó en tierra, para explorar, a un marinero llamado Juan Claesz, condenado por insubordinación a ser abandonado en tierra extraña, con promesa de indultarle si volvía salvo, y dándole, para atraerse los habitantes, navajillas, espejuelos y otras niñerías de tráfico. Claesz fue muy bien recibido y tratado por los indios, los cuales cedían un carnero por una azada, y una o dos gallinas por una navaja; y tanto los embelesó, que dos caciques fueron a bordo y pasaron allí la noche sin querer volver a tierra. Al día siguiente, los holandeses desembarcaron con ellos, para ver sus poblaciones, que se componían de unas cincuenta chozas de paja, largas y estrechas con una entrada en el medio; pero los indios no les permitieron entrar en ellas ni hablar con sus mujeres, las cuales, a una seña, iban a hincarse de rodillas delante de sus maridos. Por lo demás, los indios se mostraron hospitalarios, los convidaron a sentarse, y les dieron de refrescar con *chicha*, que era su licor de regalo.

El 24, Van Noort salió para la isla Santa María, y, el 26, apresó en sus aguas una nave que, al verle, había largado la vela. Ésta era *el Buen Jesús*, en comisión para dar aviso de la llegada de velas extranjeras por el estrecho, y que justamente fletaba con un cargamento de tocino y de harina para proveer a Concepción y a otras plazas marítimas.

En Valparaíso, el corsario apresó algunos barcos españoles, y otros fueron echados a pique. Sin embargo, no saqueó los apresados, contentándose con quitarles algunas provisiones de que carecía él mismo.

El 1 de abril, llegó a la embocadura del río Huasco, en cuya costa echó a tierra al capitán del *Buen Jesús*, y a la mayor parte de su tripulación. Desde entonces, no se oyó hablar más de él, sin duda, porque avistó las velas enviadas en su persecución por el Virrey, al mando de su sobrino don Juan de Velasco. Con el tiempo, se supo que había tomado el rumbo por Filipinas, en donde había sido muy maltratado por

navíos españoles; pero el hecho es que Van Noort entró con el suyo (*el Mauricio*) en Rotterdam, el 26 de agosto de 1601¹⁸⁰.

Este episodio se encuadra maravillosamente en la guerra de Chile, como prueba de que era superfluo ser americano, gentil y tener que convertirse para estar expuesto a invasiones; y, de paso, como prueba también de que la humanidad y la crueldad, lo mismo que todas las demás virtudes y vicios, no tienen fronteras ni país natal, sino que se hallan naturalizadas en todas las naciones, sin que éstas tengan nada que envidiarse unas a otras, ni echarse en cara sobre este particular.

¹⁸⁰ *Ulloa y Jorge Juan*, viaje a América meridional.

CAPÍTULO XXVI

Gobierno interino de García Ramón.

(1600)

García Ramón, antiguo maestre de campo, se hallaba en Lima siguiendo una solicitud, cuando el Virrey le nombró para pasar de gobernador interino a Chile; pero lejos de prestar a este General los auxilios necesarios para restablecer la superioridad de las armas españolas, y rescatar los perdido, el Virrey nada le concedió, y le mandó salir con urgencia para su destino¹⁸¹. El nuevo gobernador no tuvo más que obedecer, y se embarcó en el Callao para Valparaíso, a donde arribó felizmente el 26 de agosto de 1600.

Entretanto, Paillamacu y Pelantaru habían recorrido vencedores las provincias de Itata y Chillán hasta el río Maule. García Ramón entró con fortuna en campaña, y logró, aunque a mucha costa, libertar a estas provincias, y despejar el camino de la capital a la ciudad de Concepción a donde regresó para refrescar sus columnas, reforzarlas, y volver, sin pérdida de tiempo, a perseguir los dos jefes araucanos. Pero éstos se habían dividido de concierto, y mientras Villarrica y Osorno se veían amenazadas por Paillamacu, y clamaban que se las socorriese, Pelantaru había pasado el Biobío para echarse sobre la provincia de Chillán. De modo que el Gobernador, no pudiendo dividir sus fuerzas, se hallaba en la imposibilidad de atender a los dos puntos amenazados.

Sin embargo, aun supo García Ramón sacar bastante partido de los pocos recursos que tenía para contener a los jefes araucanos, y lo que es más, forzarlos a alejarse de las márgenes del Biobío. Era mucho, sin duda, el no perder terreno; pero no era bastante para lo que se pedía y necesitaba. Al cabo de seis meses de mando, tuvo que cederlo al maestre de campo don Alonso de Ribera, enviado como gobernador en propiedad; siendo de notar, dice *Molina*, que García Ramón, precisamente porque conocía lo peligroso de la situación, no había aspirado a más que a mantener sin nuevas pérdidas lo que existía.

¹⁸¹ Pero García, refiriéndose a Rojas, asegura que García Ramón recibió tropas de Buenos Aires; y Molina dice que le llegó un regimiento de veteranos, que le condujo de Lisboa don Francisco Ovalle, padre del historiador de este nombre. Tal es la opinión general.



Colección Museo Histórico Nacional

El nombramiento del nuevo Gobernador nos da ocasión de anotar que no era extraño que la Corte juzgase a los jefes españoles de Chile con cierta severidad, puesto que el mismo virrey de Perú estaba persuadido de que la guerra se eternizaba por el solo interés de los gobernadores y otros jefes del ejército. En efecto, llevado de esta persuasión, el Virrey había pedido al Rey un gobernador español, no sólo de pericia y conocimientos militares sino, también, desinteresado, a fin que no tuviese más miras que las de terminar la conquista, y éste fue el motivo por el cual don Alonso de Ribera obtuvo el mando de Chile con fuerzas, hasta entonces, no vistas, y con grandes recursos para pagarlas; puesto que el Rey le prometió quinientos españoles, y, por de pronto, le encargó de transmitir al virrey de Perú la orden de darle trescientos. Desde este momento, quería S.M. que su ejército de Chile se compusiese de dos mil hombres, con sueldo señalado, pagado por el real erario, desde el grado de general hasta el de soldado, con el fin de aliviar a los habitantes de Chile de las enormes contribuciones de guerra con que se hallaban agobiados.

CAPÍTULO XXVII

Acontecimientos y operaciones militares, bajo el gobierno del maestro de campo don Alonso de Ribera. Ruina de Villarrica.

(1601)

Era muy cierto que los infelices habitantes de Chile estaban ya casi en la imposibilidad de soportar por más tiempo las cargas de la guerra; y la providencia del Rey, en el hecho de mandar pagar los sueldos de su ejército por el erario, fue una verdadera providencia para ellos. A este interesante y feliz resultado, se añadía otro que lo fue no menos, a saber, que el soldado, hasta entonces desmoralizado por la necesidad, y por el robo a que acudía para su remedio, volvió a encerrarse en los límites estrechos de la disciplina, y ya no dio más motivos de queja, en este particular.

Al despachar de gobernador de Chile a don Alonso de Ribera con tan poderosos medios de terminar la guerra que assolaba aquel reino, el Rey pensó y esperó que sus esfuerzos serían muy luego coronados de un feliz éxito. Ribera pensaba y esperaba lo mismo, y así se lo prometió al Monarca. Con estas esperanzas y promesas, se embarcó en Sanlúcar de Barrameda y llegó felizmente a Lima. En vista de las órdenes que le llevaba, el Virrey puso al punto a su disposición los 300 hombres, dos transportes, y el dinero para las pagas; y, sin más tardanza, el nuevo gobernador de Chile se embarcó, y arribó al puerto de Concepción, por febrero de 1601¹⁸².

En aquella época, Villarrica y Osorno, solas colonias australes que les quedaban a los españoles, se hallaban sitiadas por los araucanos.

La primera, mandada por el corregidor don Rodrigo Bastidas, estaba estrechada por el vicetochi Millalcalquín y sus habitantes hacían los mismos prodigios de resistencia que los lectores han admirado, sin duda alguna, en otras partes. Muriendo de hambre, cadáveres galvanizados, más bien que hombres en vida, sus defensores, dirigidos por el valiente capitán Bastidas, habían resuelto enterrarse bajo los escombros de la plaza antes que rendirse; y, no pudiendo contar con que

¹⁸² García.

les llegase socorro, hacían salidas portentosas en busca de yerbas para sustentarse. Así se iban muriendo todos de una manera o de otra. En la segunda, mandada por el maestre de campo don Fernando de Figueroa, sus habitantes no se señalaron con menos arrogancia y dieron igualmente pruebas no equívocas de gran valor y de una firme perseverancia.

En este estado se hallaba Chile, cuando llegó el gobernador Ribera, y sus primeras atenciones fueron los socorros urgentes que reclamaban estas plazas. En efecto, despachó *incontinenti* al maestre de campo Gómez Romero y al capitán Francisco Hernando Ortiz, con setenta hombres, y orden de reforzarse con tropas auxiliares en Chiloé. Al dar cumplimiento a su encargo, supo Romero que en la ciénaga de Perpalen, había un campo enemigo muy bien atrincherado, y fortificado con una buena palizada. Sin duda, este campo debía de ser una especie de cuartel general, desde donde los indios hacían incursiones, y por lo tanto, muy interesante el destruirlo, puesto que Romero, no obstante la urgencia de acudir a Villarrica, se empeñó en tomar la ciénaga, operación que le costó tres días de ataques y de repulsas. En fin, venció todos los obstáculos, y los enemigos dispersos, huyendo por todos lados, dejaron muchísimos muertos, en parte ahogados en la ciénaga.

Pero estos tres días perdidos eran de llorar para los desdichados de Villarrica. Y con todo eso, icosa increíble! Romero se va de allí a Castro, y se contenta con enviar cincuenta hombres al mando de Ortiz a Osorno.

Llega Ortiz a Osorno, y Paillamacu, bajo pretexto de temer este refuerzo, levanta momentáneamente el sitio; pero en realidad, para reforzarse él mismo, como luego se verá. En fin, don Fernando de Figueroa destaca a Ortiz al socorro de Villarrica; pero ya era tarde. En Mariquina este capitán supo que Villarrica ya no existía. Millacalquín no había dejado un instante de descanso a los infelices defensores, los cuales, no pudiendo ya, por su corto número, defender el cuerpo de la plaza, se habían retirado a un baluarte, en donde Bastidas, con solo diez o doce hombres que le quedaban, se habían defendido hasta que Millacalquín, poniendo fuego al baluarte, los había forzado a salir, y aun estos valientes habían tenido bastantes ánimos para morir con las armas en la mano.

Éste fue el fin de Villarrica, sucedido en octubre de 1601, y al cabo de dos años y once meses de sitio. Aquí, los indios no hallaron más vivientes que algunas mujeres, algunos niños y el pobre presbítero Andrés Viveros que martirizaron con lenta e ingeniosa crueldad.

CAPÍTULO XXVIII

Sucesos que preceden a la evacuación de Osorno. Llegada de Ocampo con un refuerzo de tropas. Su salida para Chiloé. Es atacado y muerto por los araucanos.

(1601)

O rtiz volvió con esta tristísima nueva a Osorno. En este momento, los indios de encomienda de la provincia de Cunco se conjuraban con los de guerra, bajo el mando de Ligcoy, valiente jefe, atrincherado con mil de los suyos entre un canal de mar y una ciénaga intransitable para caballos, y aun difícilísima para la infantería por lo profundo del agua que llegaba a la cintura. No obstante estos obstáculos. Figueroa resolvió tomar esta posición y castigar a Ligcoy. En efecto, sale de la plaza, llega a vista de los enemigos, y manda preparar cuatro piraguas, prefiriendo arriesgarse por el canal, que atravesar la ciénaga, en cuyo paso habría perdido mucha gente. Por otra parte, el canal presentaba la facilidad de ser atravesado sin mucha resistencia, protegiendo el desembarco el fuego de una visión.

Así se verificó; las cuatro piraguas abordaron a la parte de los enemigos, los soldados que las montaban saltaron en tierra, se formaron y los contuvieron con su fuego, mientras se les incorporaban las otras divisiones. Esta operación concluida, Figueroa se halló con otra dificultad mayor que vencer, a saber: al pie de un risco, que no daba acceso si no era por la ciénaga, que había querido evitar, y por algunos senderos de tierra firme, defendidos con estacas puntiagudas y entrecruzadas, en manera de caballos de frisa; pero la empresa estaba demasiado adelantada para que fuese posible retroceder sin haber conseguido su fin, con escarmiento de Ligcoy y de los suyos. Con todo, tuvo el jefe español mucho que hacer para abrirse paso mandando que los auxiliares lo despejasen arrancando las estacas; pero en fin, lo consiguió arrojando al enemigo a la ciénaga, donde aun hizo éste una larga, aunque infructuosa defensa, y de donde se retiró con orden a un fuerte que tenía, protegido por una escarpada roca.

Cuanto más les costaba a los españoles el forzar los araucanos a rendirse, tanto más les acrecentaba el ansia de alcanzar esta victoria; los bizarros araucanos no eran del mismo parecer, y probaron en este caso, como en otros muchos, que eran tan impertérritos en la defensa como denodados en el ataque; en todo el día, las tropas españolas no pudieron hacer el menor progreso. Sin embargo, como a la

valentía reunían el tino militar, sus enemigos, que sabían, sin duda, no poder esperar por socorro, desalojaron por la noche para retirarse por la ciénaga; pero la oscuridad de las tinieblas dio lugar, antes que lo ejecutasen completamente, a la claridad del día, y fueron vistos. Inmediatamente, Figueroa les destacó a Ortiz con los auxiliares, y este capitán pudo hacer algunos prisioneros, entre los cuales se halló, por su desgracia, el jefe Ligcoy, digno por su valor heroico de mejor suerte, y a quien mandó Figueroa dar una cruel muerte. ¡Errores fatales! ¡Ceguedad funesta! Puesto que no era de esperar, ni cabía en razón, que los más bárbaros y los más quejosos diesen los primeros ejemplos de humanidad.

No bien hubo regresado a Osorno su comandante, cuando recibió parte del de Tarpellada, que lo era Rodrigo de Rojas, de que iba a ser embestido por grandes fuerzas. Sin tomar descanso, Figueroa salió de nuevo a su socorro, y tan felizmente, que al paso, salvó al capitán Gaspar de Viera, que venía a explorar las provincias de Calle Calle y Quinchilca, y que, sin este acaso, habría caído en la ruina de Villarrica, a donde se dirigía. El fuerte de Tarpellada fue evacuado, y Figueroa concentró todas las fuerzas de su distrito para resistir, no a una nueva conjuración, sino a la trama perpetua e interminable de conjuraciones que no habían cesado de urdir los araucanos desde la muerte de Loyola.

¡Qué movimiento! ¡Qué multitud de hechos heroicos y de héroes de una y otra parte! Apenas si el ánimo del lector puede discernir de qué lado se inclina la balanza del sentimiento interesado que se experimenta siempre en favor o en contra de uno de dos partidos. Es una particularidad de la historia de Chile, sin parangón en las demás historias. Por un lado el tesón y la perseverancia de los españoles, sus padecimientos y sus grandes desgracias; por otro, los esfuerzos incansables, el arrojo y la bizarría de aquellos brillantes araucanos, que en una nación culta hubiesen tenido estatuas y láminas de bronce. Porque no podemos menos de adoptar la pintura que hacen del carácter y de las virtudes privadas de los naturales los misioneros, los cuales los han visto y tratado en el estado natural de un ánimo tranquilo y no en las furibundas iras de la guerra; no es dable que corazones tan heroicos y esforzados como los de los araucanos no albergasen sentimientos nobles y magnánimos.

Figueroa, no pudiendo ignorar que toda la comarca estaba sublevada, y que a Paillamacu, el cual, bien que intrépido, y capaz de sobrellevar las fatigas de la guerra, se hallaba, sin embargo, ya muy entrado en años, se le había juntado Pelantaru, otro caudillo no menos formidable, tomó medidas para poder resistirles, y, en caso necesario, para ir a buscarlos sin esperar a que le atacasen. La que le pareció más urgente fue la construcción de una ciudadela, y él mismo, en persona, cooperó a ella con sus propias manos; ejemplo que dio tal impulso a los trabajadores, que en poco tiempo quedó la plaza fortificada con este poderoso resguardo; porque una ciudadela en el recinto de una plaza es tan ventajosa, que puede haber casos en que baste a salvar la plaza, y a preservar de los efectos de un mal éxito.

La segunda medida que tomó fue el alojar cómodamente y con seguridad a las clarisas de santa Isabel en la casa del capitán Ortiz, el cual la cedió gustosísimo, consintiendo que se hiciese en una parte de ella, puesto que ofrecía suficiente ca-

pacidad, un oratorio para el servicio divino. Estas clarisas, o franciscanas, llamadas de Osorno, habían sido fundadas en el año 1573, según el abate Olivares, por tres señoras de esta ciudad, con el título de *Beaterio*, y el obispo de Imperial, San Miguel, las había reducido a clausura bajo la regla de santa Clara.

Entretanto, se presentaron un día al Gobernador unos indios de paz, que llegaban con el parte de que al norte del río Bueno quedaban acampadas tropas españolas, detenidas por la dificultad de pasar el río. Bien que los mensajeros no pudiesen decir otra cosa más acerca de estas tropas, Figueroa supuso que venían a reforzar su guarnición, y envió con urgencia al capitán Ortiz, acompañado de su hijo, para que facilitasen a dichas tropas el paso del río Bueno, paso arriesgado, y para cuyo servicio no había más que cuatro muy pequeñas canoas. Marcharon *incontinenti* los dos Ortiz, padre e hijo, y hallaron que las tropas anunciadas venían mandadas por el coronel Ocampo, el cual, habiendo llegado demasiado tarde al socorro de Villarrica, venía ahora a reforzar la guarnición de Osorno.

A primera vista, parece incomprensible como había tardado tanto Ocampo en aparecer; pero, dejando a parte que la multitud y rapidez de los acontecimientos hacen olvidar el corto período de tiempo en que suceden, Ocampo había marchado con precauciones, y por rodeos áridos y escabrosos, ignorando si hallaría enemigos y en que número. Por esta razón, cuando llegaron a Río Bueno, sus tropas estaban exhaustas de fuerzas por cansancio, y por una larga privación de alimentos; y la venida de Ortiz fue para ellos un verdadero socorro del cielo, puesto que les traían buenas provisiones y en abundancia.

Sin embargo, sólo tomaron una suficiente refacción, y el descanso necesario, y luego se pusieron en marcha para Osorno.

Sorprendidos los araucanos al ver llegar inopinadamente este refuerzo, pensaron en reservarse para mejor ocasión, y dieron muestras de renunciar a sus proyectos belicosos; pero Figueroa, sin fiarse en estas apariencias, y con aviso, por otra parte, de que más que nunca pensaban en atacarlo, resolvió ir a buscarlos, y los sorprendió cuando menos lo esperaban, derrotándolos completamente y quitándoles numerosas cabezas de ganado, con lo cual los creyó escarmentados para mucho tiempo; pero esta persuasión le fue fatal.

Calculando que los víveres, con el aumento de bocas que Ocampo había traído, iban muy pronto a ser escasos, y que las mujeres y criaturas padecían inútilmente, pensó Figueroa, en atención a que era corta la distancia, en destacar al coronel Ocampo con cien hombres, bajo las órdenes inmediatas de los capitanes Peraza, Rodrigo y Pedro Ortiz, a Chiloé, en busca de víveres, caballos de bagajes para trasladarlas allí, y aun más tropa, si la había. Esta funesta resolución fue puesta en ejecución sobre la marcha. Ocampo salió de la plaza con sus capitanes y sus cien hombres, y mientras que no estuvieron demasiado lejos de su protección, ya fuese para volverse a ella o ser socorridos por ella, viajaron sin el menor estorbo, bien que sin descuidar las precauciones militares con que se debe andar por país enemigo.

¿Pero de qué podían servir las precauciones mejor combinadas, en semejante caso, con enemigos tan sagaces y tan resueltos como los araucanos? En efecto, de

nada o de poco; y así fue que en la primera montaña que tuvieron que atravesar, se vieron de repente atacados por fuerzas casi décuplas, y, desde este momento no tuvieron más descanso. En la imposibilidad de retrogradar, de hacer alto para descansar, ni de tomar alimento, tuvieron que batirse continuamente para abrirse paso, hasta que en uno de estos incesantes encuentros, fueron completamente derrotados con pérdidas dolorosas, tanto que el coronel Ocampo quedó muerto en él. No parecía sino que los indios se habían mantenido apostados para seguirlos y vengarse de la última sorpresa que Figueroa les había ocasionado.

Pues aun, estos infelices, como si de antemano hubiesen previsto este caso aciago, y se hubiesen dado punto de reunión, se rehicieron a la orilla de un río, y en pocas horas se atrincheraron. Los indios los cercaron y por la noche les daban continuos asaltos; pero viendo que eran sin fruto, determinaron dejarlos morir de hambre; recurso infalible ciertamente, si, por su lado, los pobres sitiados, con esta previsión, no hubiesen ellos tomado una resolución. Ésta fue que el capitán Peraza, reconocido unánimemente por jefe, dispuso construir una piragua; y una noche en que los indios, según su máxima, habían parecido alejarse para caer de improviso sobre ellos, transportó en ella a la otra orilla toda su gente, en muchos viajes.

Al amanecer, viendo los indios que los españoles se habían salvado, se pusieron a perseguirlos y, al fin, los alcanzaron. Pero ya los españoles se hallaban animados por una de estas inspiraciones que sólo vienen de arriba a los ánimos heroicos, y fue, que creyeron ser instrumentos de un milagro, visto que era realmente milagroso el que no hubiesen sido despedazados por los indios. Reputándose invencibles con esta inspiración, rechazaron valientemente a los araucanos, y llegaron, sin cesar de defenderse, a Carelmapu, pueblo de indios amigos y aun de muchos moradores españoles, y a donde, por complemento de consuelo, acababa justamente de llegar don Francisco Hernández con un refuerzo de cien hombres para Osorno.

El corregidor de Castro, a cuyo partido pertenecía Carelmapu, aprestó con el mayor celo todo lo que el bizarro Peraza le pidió, y lo puso inmediatamente en estado de volverse en compañía de Hernández. Dejémosles ponerse en marcha, y mientras llegan, veamos lo que sucedió, durante su ausencia, en Osorno.

CAPÍTULO XXIX

Prosiguen los sucesos de Osorno antes de la evacuación de esta colonia. Su incendio. La religiosa doña Gregoria Ramírez y el indio Huentemagu.

(1601)

Don Fernando de Figueroa tenía demasiadamente las cualidades de un brillante militar de acción para que no hubiese alguna vez cierto apresuramiento en sus resoluciones. Así es que, confiado en el desconcierto en que había dejado, con la última sorpresa, a los araucanos, no supo prever que podían atacarle más pronto. Por desgracia, sucedió todo lo contrario.

Sin duda las plazas y fuertes de las colonias españolas, sobre cuyas fortificaciones nada vemos en los historiadores contemporáneos, no eran de la resistencia que las nuestras tienen en el día, y tanto menos, cuanto sus muros no arriesgaban que los araucanos abriesen brechas en ellos; pero aún debían presentar algunos obstáculos, sino obras exteriores, tales como fosos, y puente levadizo, para que el enemigo no llegase de pronto y de pie llano a la capital de la plaza. Sea lo que fuere acerca de esto, las disposiciones militares de noche eran regulares en Osorno: las tropas acuarteladas en la ciudadela; guardias, centinelas y patrullas; y si en la vigilancia hubo descuido, es probable que no haya sido por culpa del jefe que mandaba. Sobre todo, en tales casos, siempre ha sido imposible el averiguar la verdad.

Una noche pues (21 de mayo de 1601), en medio de una tempestad horrorosa, y cuando los españoles menos lo esperaban, se ven de repente arder las casas de Osorno; los enemigos habían entrado en la plaza, gracias, probablemente, a la estrepitosa borrasca. Despertándose despavoridos, los habitantes, amenazados por las llamas, salen aterrados a las calles; las madres llevando a sus hijos en los brazos, los maridos a sus mujeres, los hermanos a sus hermanas, y sus clamores aumentaban el bramido de la tempestad y forman un verdadero caos. Era justamente lo que los araucanos se habían propuesto; saqueo, rapto de mujeres y prisioneros; bien que Paillamacu hubiese recomendado mucho a los suyos que lo ejecutasen sin desunirse y con las mayores precauciones. Sin embargo, los enemigos, cargados de botín, y embarazados con mujeres y prisioneros, que se apresuraban a poner en seguro, no podían mantenerse en estado de batirse.

A los gritos del tumulto, las tropas de la ciudadela habían tomado las armas; pero, en sorpresas nocturnas, cuando se ignoraron los proyectos y las fuerzas de los enemigos, siempre hay alguna indecisión. No obstante, las llamas pusieron de manifiesto el desorden en que se hallaban los indios; los soldados españoles salieron a ellos y los forzaron a abandonar la presa que habían hecho, y la mayor parte de los prisioneros; pero no lo ejecutaron sin una gran resistencia de los araucanos que, al retirarse, aun se llevaron algunas mujeres después de haber muerto a muchos españoles, y, entre ellos, por mayor desgracia, al mismo maestre de campo don Fernando de Figueroa.

Al día siguiente, llegó Peraza con Hernández, los hombres, víveres y bagajes que habían ido a buscar a Castro, desde donde regresaron sin el menor encuentro ni estorbo.

Aquí tiene lugar una particularidad concerniente a la índole de los araucanos; porque, por más que se diga que una golondrina no hace verano, también es muy cierto que rara vez se ve un ejemplo de vicio o de virtud sin imitadores.

Entre las mujeres que los araucanos se llevaron de esta terrible sorpresa, se hallaba una religiosa de Santa Isabel (doña Gregoria Ramírez), de quien se prendó de amor sensible el indio Huentemagu, en manos de quien cayó. Decimos de amor sensible, porque al punto en que este araucano, hombre de bien y de corazón, vio que sus insinuaciones ofendían a su cautiva, se encerró en los límites del afecto el más rendido y respetuoso. En una palabra, pudo más para con él la virtud de la monja que su peregrina hermosura. Confesemos que Escipión, aunque por otros motivos, no fue más contenido ni continente.

Por su parte, la religiosa, cuya principal esperanza de conservarse pura se fundaba en la protección de Dios, no pudo menos de notar con admiración, y aun con una sensación de reconocimiento, la sumisión del que ella temía, con probabilidad, sería su tirano, y el cual, en realidad, era un esclavo. En efecto, Huentemagu desvivía por hacer llevadera y aun agradable su situación a doña Gregoria Ramírez; pero viendo que esta señora estaba siempre triste, bien que le tratase a él con dulzura, en recompensa de sus nobles procedimientos; viendo, sobre todo, un día, lágrimas en sus ojos, resolvió restituirla a la libertad y a su convento, aunque él hubiese de morir de pesar. ¿En dónde, en qué hombre culto, civilizado, noble o plebeyo, se hallará un rasgo más hermoso de magnanimidad y de bondad de corazón?

Al formar esta noble resolución, Huentemagu corría algunos riesgos; porque en este instante, el resentimiento de Paillamacu y de los araucanos, en general, contra los españoles no tenía límites, y Huentemagu podía comprometerse gravemente. Por lo mismo, resolvió ejecutar su proyecto con maña, sin que nadie lo supiese. Con este fin, se concertó con un enviado de Peraza (que iba a proponer algunos canjes y rescates), y entre ellos quedó concertado que se la robaría; y así fue. De modo, que, en la opinión de todos, Huentemagu había tenido la desgracia de perderla con otra mujer que poseía ya bautizada, y que quiso dejar ir con doña Gregoria a su convento.

Este último rasgo pone enteramente a descubierto la sensibilidad de Huentemagu; no pudiendo él vivir al lado de su ídolo, quiso que una persona suya le recordase a ella.

CAPÍTULO XXX

Estado miserable de Osorno. Los habitantes la abandonan y se trasladan con mucho trabajo a Chiloé. Salida de las monjas clarisas para Santiago.

(1602)

El coronel Ocampo había muerto en el camino de Chiloé, y también, sin duda alguna, los capitanes Ortiz, padre e hijo, puesto que hemos visto Peraza, que iba con ellos, proclamado jefe después de la derrota en la que quedó muerto Ocampo. Por consiguiente, Peraza manda ahora en Osorno, a no ser que sea Hernández, que vino con él de Castro.

Nada de esto ignoraban los araucanos; y lejos de entibiar su ardor la venida de los refuerzos, al contrario, cobraban nuevos bríos con la certeza de que cuantos más hombres hay, más pronto se acaban los víveres. El caso pues, para ellos, era estrechar a los españoles de modo que no pudiesen procurárselos, al paso que consumiesen los que tenían, sin dejar, por eso, de continuar las hostilidades, cuando hubiese buena ocasión para ello.

Vuelven, en efecto, los araucanos a poner un cerco más estrecho a la plaza, y a renovar tentativas de sorpresa y de asalto. Continuamente rechazados, otras tantas veces vuelven a la carga. De una y otra parte se notan rasgos de valor admirables. Entre los españoles, se admira aquí, como hemos admirado en Imperial, a una heroína española, la cual se llama justamente como la otra, es decir, doña Inés. Pero esta es doña Inés de Bazán, hermosa mujer que se bate con un denuedo varonil, más que varonil, extremado, entre su marido el capitán Bazán y su hijo; otra semejanza con doña Inés de Aguilera, con la diferencia de que ésta experimenta el dolor, que no tuvo la otra, de ver caer muertos delante de sus ojos a su marido y a sus hijos.

Mientras tanto, el tiempo dura, y los víveres no. Ya los sitiados empiezan a padecer, con angustia, escasez de ellos, y ya prevén que se verán en crueles extremidades. De aquí, junta en concejo o ayuntamiento, de vecinos y militares, y deliberación de enviar de nuevo a Castro a buscar provisiones. El arrojado Peraza se ofrece para esta arriesgada empresa, sin pensar en lo que había padecido, y en los peligros que había corrido el año anterior, en otra semejante. Ignoramos si los sitiadores le dejan pasar o si se abre paso, o si burla la vigilancia del enemigo. El hecho importante para la historia es que salió, esta segunda vez, el día 20 de enero de

1602. La fecha una vez establecida, no hay para que dudar, en atención a que estas fechas no han podido menos de existir y conservarse especialmente en las actas y archivos de los cabildos, conservadores natos de estos preciosos documentos.

Y en este punto, queremos aprovechar de la ocasión de pagar un tributo de admiración a estos cabildos, y a sus miembros, cuyo valor y virtudes cívicos han debido contribuir poderosamente a los buenos éxitos, cuando los había, y padecer otro tanto, cuando eran malos. Porque es un error muy grande el creer que el ánimo y la firmeza que se ejercen en una poltrona o silla no merecen elogios porque no se practican a la boca de un cañón. Es, al contrario, mucho más fácil, a nuestro parecer, adquirir el ardor del valor por el movimiento y el calor mismo de la acción, que reflexionando fríamente en un concejo, y guardando con ánimo imperturbable consecuencias, tal vez funestas e inevitables, de una determinación valiente y resuelta a toda costa. ¿Cuántos elogios deben merecer los cabildos chilenos? ¿Qué rasgos de energía, de paciencia, de resolución y de generosidad no debieron haber tenido en tan largos años de duras pruebas, por las cuales han tenido que pasar?

Volviendo a la nueva expedición de Peraza, salió, como hemos dicho, con propósito de traer a la plaza nuevos elementos de existencia y resistencia, y de participar con más seguridad al Gobernador la imposibilidad de conservar la colonia.

¡Cosa extraña! Peraza fue y volvió muy en breve sin haber experimentado contratiempo alguno. El parte que había enviado al Gobernador había llegado a manos de este jefe superior, como lo probaron las órdenes que fueron transmitidas, a pocos días de allí, a Hernández para que evacuase la colonia, y condujese sus moradores a Chiloé, con el fin de fundar con ellos las de San Antonio de Calbuco y de San Miguel de Carelmapu¹⁸³.

Hernández dio cumplimiento a estas órdenes. Por octubre de 1602, salió de Osorno, llevándose a sus habitantes que lloraban, inconsolables, la pérdida de una patria, en donde dejaban sus bienes y el porvenir de sus hijos, adquiridos con tanto trabajo, y en medio de crueles zozobras y peligros. Si querían recuperarlos, tenían que empezar de nuevo a trabajar. Ésta fue la suerte de Osorno, al cabo de un sitio de más de cuatro años¹⁸⁴.

El viaje a Chiloé fue funesto para muchos de ellos. Por más que hizo Hernández, militar experimentado, para confortarlos y asistirles, tuvo el cruel sentimiento de que se le muriesen en el camino sobre veinte personas, de flaqueza o por males que no estaba en su mano remediar. Luego que llegó a los nuevos establecimientos con sus interesantísimos colonos, Hernández envió con toda comodidad, y el decoro posible, las religiosas de Santa Isabel a Castro, y dio parte a don Alonso de Ribera de haber cumplido en todo sus órdenes,

En vista de este parte, el Gobernador despachó un transporte a Castro para trasladar las religiosas a Valparaíso; desde donde, por noviembre¹⁸⁵ de 1603, pa-

¹⁸³ García.

¹⁸⁴ Carvallo.

¹⁸⁵ Pérez García, refiriéndose al lib. 7° del Cabildo, libro que empieza dicho año, y en el cual se halla el acuerdo de esta corporación, diciendo que era muy justo socorrerlas, y concediéndoles cinco cuadras de la plaza con el costado de la iglesia a la Cañada.

saron a la capital. Allí, con limosnas y donativos, fundaron el convento de Santa Clara, a cuya edificación contribuyeron generosamente el virrey de Perú, y las personas de distinción de Lima.

CAPÍTULO XXXI

Suerte deplorable de los prisioneros españoles.

La relación verídica y circunstanciada de los más de los hechos que componen esta historia no puede menos de hacerla tristísima. Pero ésta es la historia, la cual, según el P. Ovalle, no tiene, en este particular, así como en otros muchos puntos, nada que se le semeje en las demás historias.

Hablando de los infelices cautivos que se llevaron los araucanos de las arruinadas colonias españolas, dos consideraciones angustian el corazón, a saber; que a los vísperas, o por decirlo así, se veían esclavos al día siguiente; y que teniendo por principal objeto esta larga y sangrienta lucha el convertir paganos al cristianismo, los cristianos que la sostenían corrían el mayor riesgo de ver alterada su fe por el roce con las prácticas y costumbres del paganismo, durante muchos años de cautiverio.

Acerca de la primera de estas dos reflexiones, el mismo Ovalle confiesa que los indios eran despiadados para con sus cautivos, no pudiendo olvidar que los españoles habían invadido su país, dando muerte a muchos de los que habían querido defenderlo; se habían apoderado de sus tierras y bienes, y los habían sujetado a servidumbre a ellos mismos. No era, pues, de esperar que los trataran bien, ni siquiera humanamente, y así sucedía que los dejaban morir de hambre, los agobiaban de trabajo en labores domésticas y del campo, y los dejaban ir desnudos. En esto, sin embargo, hacían diferencia entre los hombres y las mujeres; a los hombres los despojaban, engalanándose ellos mismos con sus vestidos, y muy particularmente con los uniformes militares. A las mujeres se los dejaban; pero como no podían durarles mucho, sobre todo atendiendo a las ocupaciones serviles que les daban, las pobres señoras se veían muy luego obligadas a vestirse como las indias mismas. Peor aun que esto era el calzado; porque una vez usado el que llevaban, tenían que andar con los pies desnudos. El lecho se reducía a pellejos de animales que tendían en el suelo; y el alimento a harina de maíz tostada y algunas yerbas; y no podía ser de otro modo, visto el desprecio con que los indios miraban las comodidades de la vida.

Era una dolorosa miseria para las pobres españolas, y no es muy de extrañar que haya habido heroínas entre ellas, que quisiesen huir a toda costa tan lastimosa suerte. Pero aun padecían mayores angustias cuando se veían ocupadas en los servicios más bajos, ya fuese en lo interior, ya en los campos. Estas infelices, en estos casos, se

sentían fallecer de opresión al considerar que jamás volverían a gozar del bienestar y conveniencias en que habían sido criadas. El quehacer que más las lastimaba era el moler maíz sobre una piedra a fuerza de brazos. Ovalle dice que ha visto él mismo algunas que habían vuelto mancas de cautiverio, por este ejercicio. Es verdad que añade, por otro lado, hablando del valor y de la constancia de estas cautivas, que se acuerda haber visto una de ellas, ya muy vieja, que volvió tan fresca y tan gorda como si viniese de un lugar de conveniencias y regalos. Esto prueba perfectamente el poder del hábito sobre la naturaleza, y cuan sin razón nos creemos más débiles de lo que somos. Sólo así se puede comprender como han podido sobreponerse a tantos trabajos, pero lo que se comprende menos fácilmente, o, por mejor decir, lo que no se puede imaginar sin sentirse angustiado, es el profundo dolor que debía despedazar sus entrañas maternas al ver a sus hijos, en la más tierna edad, sujetos a la mismas miserias, con la particularidad de los castigos bárbaros que les daban sus amos, bajo el menor pretexto, o cuando no acertaban a obedecer por falta de fuerzas o de inteligencia. Echemos un velo sobre estos pobres corazones de madres para no afligir por más tiempo los de los lectores que saben que el corazón de una madre es uno de los mayores, sino el mayor prodigio de la creación.

En cuanto a los hombres adultos, claro está que además de estos trabajos, tenían que estar dispuestos a morir cuando menos lo esperasen, en atención a que un fútil pretexto bastaba, o una borrachera en la cual sus amos entonaban sus atroces cánticos, recordaban sus hazañas, y por consiguiente su resentimiento y motivos de odio contra los españoles. En estos casos, la venganza, ciega por sí y ciega de embriaguez, inmolaba sin piedad a los prisioneros, traídos allí mismo muchas veces de antemano con este objeto.

Mas es de toda justicia añadir y notar, que en muchos de estos casos, se han visto caciques y otros personajes de entre ellos, interceder con autoridad, afeando estos hechos, y salvando a los que iban a ser víctimas de ellos.

Sobre el segundo particular concerniente al riesgo que corrían estos propagadores de la fe, de ver su propia fe, sino alterada sustancialmente, a lo menos entorpecida por desuso de prácticas religiosas, y por el contacto con hábitos gentiles, la consideración más asombrosa para el notable resultado final que termina este capítulo, es, que la virtud la más acendrada sólo podía por algún tiempo preservar intacto el honor de las mujeres españolas, y que, al fin, tuvieron que ser mujeres de sus amos.

Lo más admirable, continúa Ovalle es que en una muy larga esclavitud, no se ha conocido un solo apóstata. Es cuanto se puede decir por la gloria de la fe católica, y en honra de la firmeza española; porque este hecho es tanto más digno de ser anotado que los prisioneros eran tan numerosos, que no había labrador que no tuviese, a lo menos, uno.

Por otro lado, también hay que decir en honra de los araucanos y atenuación del título de bárbaros con que han sido calificados, que si se apropiaron mujeres españolas, éstas no eran casadas, y que no han separado ni una sola, de las que se hallaban en este caso, del lado de su marido¹⁸⁶.

¹⁸⁶ Molina.

A los mozos solteros españoles, les permitieron, según Molina, casarse con jóvenes araucanas, de cuyos enlaces han nacido principalmente los chilenos de naturaleza mixta, que fueron, con el tiempo, los mayores enemigos de los españoles.

No debemos omitir tampoco otra particularidad, en favor de los araucanos. Esta particularidad, que es una de las que más interesan para sacar consecuencias morales de la historia, y formarse un juicio de la verdad probable, en medio de contradicciones, ha sido, que muchos españoles, y lo que es más, algunos de mucho mérito, han preferido quedarse con ellos a ser canjeados; como lo han hecho Bascuñán y Rojas.

CAPÍTULO XXXII

Llegan de España los 500 soldados prometidos por el Monarca. Plazas restauradas. Acierto del gobernador Ribera. Cesación de su mando y causas que la ocasionaron.

(1603)

Los lectores han debido ver con extrañeza que un militar de renombre como Ribera no apareciese en persona, en ninguna parte, y en tan largo tiempo, mientras los araucanos hacían los estragos referidos en las colonias españolas. Pero luego se reflexiona que Ribera, conociendo a los araucanos, su táctica, su arrojo y la nulidad contra ellos, de la ventaja de las armas de fuego, estaba, no en la inacción, sino atendiendo a otros ramos de su gobierno, por imposibilidad de moverse activamente. Era este Gobernador demasiado experimentado para ignorar que toda plaza que no es socorrida eficazmente y a tiempo, tiene que rendirse. Esto era tanto más probable en las colonias españolas, cuanto a la imposibilidad de socorrerlas eficazmente, se juntaba la circunstancia de tener un cortísimo número de defensores diezmadados por el hambre y los trabajos de muchos años de sitio. Ribera ansiaba con tanto más ardor por hallarse en estado de poner remedio a tantos males, que ya veía a los colonos muy desanimados, y dando manifiestos indicios de no hallarse muy lejanos de emigrar; y tuvo mucho que hacer para infundirles nuevas esperanzas.

En efecto, en el instante en que le llegaron por Buenos Aires los quinientos hombres que esperaba, lo que sucedió en noviembre, se puso a su frente y marchó sobre Arauco, restableció la colonia, y reconstruyó el fuerte de Santa Margarita en Lebu. En presencia de las fuerzas que tenía, los araucanos se refugiaron a los montes, por manera que no había hallado ni uno en los llanos.

Levantó, enseguida, la plaza de Tucapel, y dos fuertes; uno en Paicaví, y otro junto a Imperial, después de lo cual, invadió como un torrente las tierras enemigas, aunque inútilmente, porque los araucanos las habían assolado al retirarse, para no dejarle recursos; táctica dolorosa, pero sublime, de hombres de corazón resueltos a todo trance, que ha seguido igualmente algún general moderno, a quien muchos han atribuido la honra de esta invención, sin fundamento.

Sin embargo, la expedición no fue del todo infructuosa, puesto que, además de la reconstrucción de las plazas, Ribera consiguió que algunas parcialidades pidie-

sen paz, bien que algunas lo hiciesen pérfidamente, con el solo objeto de servir de espías a los indios guerreros. Con esto, regresó a Concepción para tomar sus cuarteles de invierno. Apenas lo permitió la estación, entró de nuevo en campaña, marchó a Yumbel, levantó la plaza de *San Felipe de Austria*; la de *Buena Esperanza*, en Guilquilemu, y mandó sembrar todo el distrito de trigo y de cebada para el ejército.

Trasladándose desde aquí a la isla de la Laja, ordenó la reedificación de la plaza de *Nacimiento*, en la parcialidad de *Santa Fe*, a la orilla meridional del Biobío; atravesó este río por Negrete, recorrió toda la comarca subandina, y dio vuelta por los distritos de Quechereguas y Purén, ejerciendo actos de vigor y de conquistador, con tan feliz éxito, que muchísimos indios se sometieron. Como era de razón, Ribera los acogió, muy bien, pero bajo la condición de que irían a establecerse con proximidad a las colonias españolas, y se alistarían para servir como tropas regladas, con sueldo señalado.

Es muy de anotar que estas condiciones fueron espontáneamente aceptadas por estos naturales, los cuales se mantuvieron fieles, transmitiendo a sus descendientes esta fidelidad, como lo han probado todos los que vivían en las lagunillas de San Pedro de Coluera, Santa Juana, Talcamávida, San Cristóbal y Santa Fe. De donde se sigue evidentemente que la conducta militar sola no basta para someter, por más que un general crea haber conquistado. Vencer no es someter; la fuerza vence, pero para someter se necesita, sin dejar de apoyarse en la fuerza, consultar la índole, y sobre todo, el interés de los vencidos.

En esta misma época, murió el célebre Paillamacu, cargado de años y de laureles, y le dieron los araucanos por sucesor a Huenencura. Éste tomó posición en las montañas de Nahuelbuta, aguardando por una buena ocasión para caer de improviso sobre los españoles. Con este aviso, Ribera hizo algunas demostraciones para que se dejase ver; pero no pudo conseguirlo; de suerte que le pareció probable no se hallase con ánimo ni en estado de emprender grandes cosas, y lo sintió porque los asuntos del gobierno le llamaban con urgencia a la capital.

Don Alonso de Ribera, digno del puesto que ocupaba, reunía la previsión y la prudencia a su aptitud militar, y sabía por experiencia que los recursos más seguros serían los que él se proporcionase dando fomento a la agricultura, al comercio y a la cría de animales, auxiliares del hombre en sus trabajos. Así fue, que luego que quedaron restablecidas las plazas de San Gerónimo, Trinidad y Espíritu Santo, que puso, con sus distritos, a las órdenes del famoso Cortés¹⁸⁷, regresó a Concepción para pasar inmediatamente de allí a Santiago, como lo verificó el día 6 de mayo¹⁸⁸.

Siendo el carácter y los conocimientos de este Gobernador los que constituyen un hombre verdaderamente capaz y de un gran mérito, Ribera tenía la convicción

¹⁸⁷ Este Cortés, según Carvallo, tan hábil con la pluma, como terrible con la espada, era pariente del vencedor de México, y mereció el renombre de *César Chileno*. En su estado de servicios se leían ciento diecinueve batallas.

¹⁸⁸ Actas del cabildo de Santiago.



DON ALONSO DE RIVERA.
DISTINGUIDO CAPITAN ESPAÑOL ENVIADO PARA PACIFICAR A ARAUCO. FUE DOS
VECES GOBERNADOR DE CHILE DONDE PRESTÓ EMINENTES SERVICIOS SU PRIMER
PERIODO SE ESTENDIÓ DESDE 1601 A 1605 I EL SEGUNDO DESDE 1612 A 1617.

de que los araucanos no permanecerían por mucho tiempo en la inacción, y que los medios que tenía a su disposición serían muy insuficientes para hacer frente por todas partes a los acontecimientos de una guerra, a la cual era muy difícil poner fin sin grandes y poderosos recursos. Con esta íntima persuasión, reunió en consejo el Ayuntamiento, el día 6 de agosto, presidiendo él mismo, para deliberar sobre diferentes puntos concernientes a la situación verdaderamente precaria de las cosas del reino; y de su acuerdo salió que se despachase un enviado al Virrey con un parte circunstanciado del estado de cosas, y una exposición prudencial de lo que se necesitaba para mejorarla.

Esta misión, que fue encargada al maestro de campo don Pedro Cortés, llamado a Santiago¹⁸⁹ con este objeto, debió de ser dirigida al virrey Velasco, puesto que su sucesor don Gaspar de Zúñiga llegó el 18 de enero del año siguiente.

Llenado este esencial deber, el Gobernador fue a ver por sí mismo en qué estado se hallaban las provincias septentrionales; estableció, conforme a las facultades que el Rey mismo le había dado, una torada de ocho mil reses en Calentoa, para abastecer de carne el distrito y las plazas de guerra; y fundó fábricas de paños y cobertores en Melipilla, para no tener que pedir estos géneros a Perú.

Entretanto, llegó la respuesta del Virrey, por la que no podía hacer más que referirse a los recursos que viniesen de España, y, en su vista, Ribera hizo una representación él mismo al Monarca, exponiendo la situación crítica en que se hallaba; la insuficiencia de la anualidad que le enviaba el Virrey, así como también la de las tropas de que disponía, y concluyendo con tomar bajo su responsabilidad la sumisión de todos los indios, si S.M. dignaba enviarle mil buenos soldados¹⁹⁰.

Puesta a cubierto su responsabilidad sobre estos puntos esenciales, el infatigable Ribera regresó a Concepción, no para descansar, sino para entrar de nuevo en campaña, y en efecto, hizo una fructuosa, atrayendo a la paz muchas parcialidades de Tucapel y de Arauco. Esta rápida correría, la ejecutó entrando por el territorio de Buena Esperanza, desde donde fue a atravesar el río de la Laja por Caripichum. De aquí, marchó a Santa Fe; pasó el Biobío por la plaza de Nacimiento; penetró en el territorio subandino, recorriéndolo por todas partes; dio la vuelta por Cati-ray para bajar al estado de Arauco por el norte de San Gerónimo, y atravesando segunda vez el Biobío a dos leguas más arriba de su desembocadura en el mar, regresó a Concepción. En este paseo militar, no sólo tuvo la satisfacción de reducir a la paz las parcialidades arriba dichas, sino que estableció la plaza de San Pedro en donde hoy existe, y un fuerte en el cerro de Chepe, dedicado a Nuestra Señora de Ale, con el fin de proteger el paso del Biobío, cerca de su desemboque en el mar.

Pero en lo que más este gobernador de Chile dio muestra de ser hombre de capacidad, de juicio y de saber, fue en la súplica dirigida al padre visitador de la provincia de la Compañía de Jesús para que le enviase misioneros que ayudasen con el celo y amor de la humanidad, que en las cuatro partes del mundo, en los puestos más arriesgados, la religión cristiana está siempre pronta a poner como

¹⁸⁹ Acuerdos del Cabildo.

¹⁹⁰ Figueroa dice: *mil soldados de Europa*, y en total *dos mil*.

centinelas avanzadas para proteger a los desgraciados y ablandar a hombres de hierro, privados de la simple razón natural; para que ayudasen y supliesen, decíamos, con sus armas divinas, a la insuficiencia de las duras necesidades del arte de la guerra.

En efecto, el padre visitador despachó a la ciudad de Concepción a los PP. Gabriel de Vega y Francisco Villegas, los cuales eran tanto más aptos para llenar tan digno y alto ministerio, cuanto hablaban corrientemente el idioma de los naturales, conocían su carácter, sus inclinaciones, sus pasiones y sus debilidades. El Gobernador llevaba en sus expediciones a los dos padres y Dios sabe los males de que preservaron a ambas partes beligerantes, y los beneficios que una y otra les han debido.

Porque no hay para qué disimularlo, los españoles, dejando aparte la fe, que es el patrimonio el más feliz de la naturaleza española, los españoles tenían tanta necesidad como los indios de santas palabras que moderasen los desórdenes de su vida; desórdenes que se comunicaban de los hombres a las mujeres, por manera que la disolución de las costumbres era tan general como lastimosa. Los padres misioneros establecían su púlpito, por decirlo así, en los campamentos y en los cuerpos de guardia, en donde oían y muchas veces veían cosas que la caridad cristiana podía sola dejarles ver y oír sin repugnancia. Al fin, su celo y perseverancia tuvieron digna y merecida recompensa; gracias a sus sermones, a su suave doctrina, a sus fáciles lecciones y a una dulzura de trato con la que los indios quedaban confusos, muy luego las lenguas se sintieron anudadas, y las costumbres purificadas de inmundicia, en cuanto era posible y exigible; porque en la guerra, los hombres más moderados y racionales caen alguna vez, sin pensarlo, en casos de relajamiento.

Por otro lado, los padres llenaban el primer objeto de sus misiones, y lograban frutos de bendición en la conversión de los indios. Ovalle dice que no hacían ninguna expedición sin convertir a muchos de ellos, y que aun de moribundos obtenían que muriesen de muerte ejemplar con todos los sacramentos, como lo harían los más fervorosos cristianos.

Realmente Ribera poseía todas las cualidades requeridas para completar la gran obra de la conquista, y le habría dado, sin duda alguna, un gran impulso, si un acontecimiento, en parte fútil, y en parte grave, a la vez serio y risueño, no hubiese surgido de su propio corazón para estorbarlo: en una palabra, puesto que es forzoso decirlo, por más que le pese a la historia, Ribera se enamoró. El objeto de sus deseos era digno de él; Inés de Córdoba, hija de la heroína Inés de Aguilera, era digna de un trono. Los dos amantes calcularon con desmayo la inmensidad de la distancia que hay de Chile a la corte de España, y lo que tardaría la licencia del Rey, indispensable para que se casasen en regla; ¡imposible el diferir por tanto tiempo el momento deseado!

En efecto, se casaron sin licencia; y como el virrey de Perú no estaba sumamente satisfecho de Ribera, porque cada día le molestaba pidiéndole recursos para continuar la guerra, recursos que no tenía o no podía darle, el Virrey dio parte de este enlace, que hubiera podido quedar ignorado; y sin duda, este parte se resen-

tía del mal humor de su autor; de suerte que la respuesta fue quitar el gobierno a Ribera; bien que, en recompensa de sus servicios, el Rey le dio el de la provincia de Tucumán.

Fuera de los acontecimientos referidos, no hubo ningún otro en su gobierno, si no es la muerte del obispo de Santiago, don Francisco Pedro de Azuaga, cuya silla episcopal fue ocupada, en 1601, por el P. Fr. Juan Pérez de Espinosa, fundador del seminario del *Ángel de la Guarda*; el cual tuvo que encargarse al mismo tiempo del obispado de Concepción, por promoción de su Obispo, don Francisco Reginaldo de Lizarraga, al de Tucumán.

Ahora, el 2 de febrero de 1604, llegó de teniente y juez de apelaciones el licenciado Hernando Talaverano Gallegos¹⁹¹, que hará muy luego figura en esta historia; y el 9 de agosto, el primer veedor del ejército don Francisco de Villaseñor y Acuña; empleo que no había existido hasta entonces, porque hasta entonces los gobernadores habían hecho todos los presupuestos del ejército.

¹⁹¹ Cabildo.

CAPÍTULO XXXIII

Segundo gobierno del maestre de campo don Alonso García Ramón. Su recibimiento. Preparativos. Fuerzas imponentes de que disponía.

(1605)

Como se refiere al fin del precedente capítulo, descontento el marqués de Salinas, virrey de Perú, del celo más marcial que cortesano del gobernador Ribera, dio parte a la Corte del matrimonio que éste había contraído sin real licencia. Ciertamente había habido algún apresuramiento en este acto, por no decir descuido de la disciplina, sobre cuyo punto un jefe debe ser inflexible y ejemplar; pero en fin, había sabido mantenerla tan bien Ribera con respecto a los grandes fines del real servicio, que verdaderamente merecía, por la naturaleza de la infracción que había cometido, que se le perdonase esta sabrosa pecadilla.

Pero no fue así; y en vista de este acontecimiento, recibió el cabildo de Santiago dos cartas, el 3 de febrero, una del Virrey, y otra de don Alonso García Ramón¹⁹², en la cual este último rogaba al Ayuntamiento le aprestase caballos y sillas para su gente, con el bien entendido que todo el importe sería reintegrado.

En fin, el 21 de marzo, entregó Ribera el mando a su sucesor, y marchó para Tucumán, cuyo gobierno le había dado el Rey, en recompensa de sus buenos servicios; y es de notar, que al atravesar la cordillera, encontró los mil soldados que él mismo había pedido para terminar la conquista de Chile, los cuales venían de la Plata en donde habían desembarcado. La entrega del mando, esta vez, se había hecho en Concepción, a donde García Ramón había llegado directamente, con tropa fresca, no queriendo perder tiempo en Santiago, con el fin de aprovechar del buen tiempo, y entrar desde luego en campaña. Por esta razón, suplió a las formalidades y ceremonial acostumbrados, remitiendo su nombramiento al Cabildo, para que mandase tomar asiento de él en sus actas.

El mérito de García Ramón era tan conocido, que la relación de sus servicios, tanto en Europa como en Chile, enviada por el Virrey al ayuntamiento de Santiago, llenó dos planas de letra muy menuda de su libro de asiento. Júzguese que es-

¹⁹² García.

peranzas no debía infundir la venida de este General, que trae doscientos hombres aguerridos, armas y municiones; a los cuales vienen a juntarse otros doscientos cincuenta; capitaneados de México por el capitán Villarroel; sin contar los mil que le vinieron de España, mandados por don Antonio de Mosquera; sesenta, conducidos por el capitán Rodríguez del Manzano y Ovalle, y, en fin, ciento cincuenta más, bajo las órdenes de Martínez de Zabala, componiendo estas fuerzas un total de más de tres mil hombres, buenos soldados, y bien pagados, circunstancia esencial para que no dejaran de ser buenos por ningún motivo. Porque, al situado, se le añadió una consignación de ciento cuarenta mil ducados de las arcas reales.

Así como lo hemos dicho, con tantos medios, con su celo y experiencia, García Ramón prometía una era nueva al reino de Chile. Este General, ante todas cosas, nombró por teniente general a don Hernando Talaverano, por maestro de campo a Núñez de Pineda, y por sargento mayor a don Antonio de Nájera. Envió de visitador de Santiago y de La Serena a don Luis del Peso; y de la provincia de Cuyo, a don Alonso de Córdoba; y tomadas estas providencias, se fue a pasar el Biobío para desafiar, por decirlo así, a los enemigos; pero Huenencura no creyó oportuno el presentarse por entonces. De suerte que el Gobernador tuvo que contentarse con talar sus campos, y la satisfacción de atraer al deber y a sus banderas un buen capitán, llamado Juan Sánchez, que las había abandonado mucho tiempo hacía. En San Felipe de Arauco, plaza que puso en un estado respetable para imponer a Huenencura, decretó con fecha del 7 de mayo, que todos los encomenderos, vecinos y moradores de las ciudades despobladas; Santa Cruz de Coya, Arauco, Cañete, Infantes, Imperial, Villarrica, Valdivia y Osorno, volviesen a tomar posesión de sus colonias y bienes respectivos, puesto que éste era el principal objeto de los grandes sacrificios hechos por el Rey para la conquista de Chile.

El 23 de mayo, García Ramón marchó para Santiago, y el 14 de julio fue recibido con pompa y bajo de dosel a la puerta de la ciudad inmediata al convento de Santo Domingo; y luego que prestó juramento, le llevaron como en triunfo a su palacio.

Tales eran las esperanzas que los capitulares de Santiago fundaban en él, que dieron en su honra fiestas magníficas; y al general Mosquera, que había llevado los mil hombres, no teniendo mejor medio de mostrarle su reconocimiento, le hicieron presente de una rica cadena de oro.

En una palabra, la única falta que podía notarse en esta abundancia de elementos de buen éxito eran caballos, y muy luego llegaron mil quinientos de Tucumán para remontar completamente la tropa de caballería. “Me marchó, decía García Ramón, un día (el 5 de diciembre), me marchó, decía él, lleno de confianza, para ir a someter de una vez a los rebeldes de Arauco, Tucapel y demás estados de Imperial”.

Salió, en efecto, y en Rancagua (el 11), se halló con su patente de gobernador en propiedad, que remitió a Santiago, nombrando por sus apoderados al alcalde Gerónimo Benavides; al contador Azócar y a Gregorio Serrano, para que se formalizase su recibimiento; y continuó su viaje a Concepción, a donde llegó por año nuevo de 1606, hallándose con un ejército tal que no se ha visto ni antes ni después en Chile.

Sin embargo, antes de entrar en campaña, quiso usar de bondad y de política, y despachó al desertor recuperado Juan Sánchez, de quien hemos hablado, y que había hecho grandes servicios a los araucanos, para que llevase propuestas de paz a Huenencura, pintándole las fuerzas formidables que le amenazaban; y, mientras tanto, tomó algunas providencias económicas y de fomento, en favor de la fábrica de paños de Melipilla, de un establecimiento de jarcia en Quillota, y del acrecentamiento de la torada de Calentoa, debida a su antecesor Ribera. Escribió a la Corte, y pidió en favor de estos establecimientos la encomienda de indios del valle de Aconcagua para don Alonso de Sotomayor, encomienda que redituaba 5.000 pesos anuales; y, en fin, recompensas para los beneméritos oficiales del ejército de Chile¹⁹³.

Todo cuanto pidió este Gobernador, le fue concedido por el Monarca: fuerzas, sueldos, pertrechos y gracias; mas, cosa tan inesperada como dolorosa, todos estos aprestos e infinitos recursos se estrellaron contra los intrépidos pechos de los gallardos araucanos, y abrieron paso a sus lanzas y macanas; éstas, éstas eran las causas de la eterna duración de la guerra: la táctica y el valor de estos hombres invencibles¹⁹⁴. No ha habido pueblo ni nación que haya presentado más motivos que los chilenos para alimentar una curiosidad inteligente, aun limitándose a lo que da que pensar la serie de partes de oficio, o diario de operaciones militares de que se compone en sustancia, hasta aquí, la historia de la conquista. El número de sus guerreros en verdad ilustres, ilustres por hechos asombrosos, sin mezcla alguna de sofisma, parece increíble; y su táctica, lo repetimos, era la de Follard; la de los mariscales de Luxemburgo y de Villars, y otros célebres autores sobre el arte de la guerra. Mientras que todos los americanos septentrionales adoptaban las armas de fuego, los chilenos, y, en particular, los araucanos despreciaban estas armas y se burlaban de ellas, arrojándose con rapidez y abordando al enemigo al arma blanca, sin aguardar que los afusilasen desde lejos impunemente. Al punto en que se hicieron con caballos, quitándoselos a sus enemigos, se sirvieron de estos animales, cuya existencia ignoraban, con ventaja, e imaginaron justamente lo que Aníbal puso en práctica en Italia, por la primera vez desde que hubo guerra entre los hombres, a saber, el transportar la infantería en ancas de la caballería, para que llegase más pronto y descansada a donde se necesitaba.

Si a estas consideraciones añadimos la consideración de no menor importancia, del valor y de la experiencia de los españoles, veremos que desde el gran Ciro

¹⁹³ En la real cédula de organización del ejército de Chile el Rey mandaba que el soldado gozase de ocho pesos mensuales; que no pagase más que la cuarta parte del valor de su subsistencia, y que lo restante quedase a cargo del erario, y, en fin, que en el coste del vestuario, no se le agravase con derecho real ni arbitrario, por más que lo autorizase la costumbre. Que al capitán reformado se le atribuyesen ochenta pesos mensuales; a los subalternos, cuarenta y veinticinco a los sargentos; y que, por fin de cada año, pasasen a Perú doce *beneméritos* para ser premiados con corregimientos de distrito, en aquel virreinato, y servir de estímulo a sus compañeros del ejército de Chile. Cabildo.

¹⁹⁴ Si bien nos acordamos, hemos visto esta táctica y este arrojarse citados en los comentarios de Polibio del caballero de Follard, como prueba de la infalibilidad del tratado de táctica que este oficial general francés escribió en dichos comentarios.

hasta ellos no ha habido historia militar más fértil en grandes acciones, que la de los araucanos. Porque, en efecto, sus enemigos eran los vencedores de Europa. El mismo día en que fundaban una plaza en Chile, ganaban una ruidosa batalla en Europa, y ponían en peligro a la capital de la civilización; y lo que los españoles no han podido hacer, ningún ejército lo hubiera hecho, en iguales circunstancias.

CAPÍTULO XXXIV

Indecisión aparente del Gobernador en restablecer las colonias. Apología de esta indecisión. Desgraciados sucesos que la justifican.

(1606)

Huenencura desechó con desdén las proposiciones de paz que le había llevado el capitán Juan Sánchez de parte del Gobernador. Con esta respuesta, García Ramón entró en campaña, pasó el Biobío, y se puso a talar y quemar las tierras enemigas para provocar el coraje de Huenencura.

Mientras tanto, Aillavilú, otro jefe temible, que mandaba 6.000 hombres y un gran número de auxiliares, se apoderó del fuerte reedificado junto a Imperial por orden de Rivera, y pasó a cuchillo su guarnición que era de ciento cincuenta hombres. Desde allí, el caudillo araucano marchó sobre Arauco, y le puso sitio bajo la dirección del *español*¹⁹⁵, el cual había abandonado sus banderas, por resentimientos contra el gobernador García Ramón.

Al punto en que lo supo, el Gobernador acudió para castigar a Aillavilú; pero lejos de temerle, Aillavilú le salió al encuentro con resolución, y le atacó en la cuesta de Villagra. Deshecho en este punto por las fuerzas de García Ramón, Aillavilú se rehizo, y presentó segunda batalla en las llanuras de Turaquilla, en donde, si el *español*, que tenía arrojo y conocimientos militares, hubiese olvidado su resentimiento personal para dar toda su atención al éxito de la jornada, mal lo hubieran pasado los españoles. Por fortuna, obcecado de rencor contra García Ramón, se precipitó ciego en la pelea, buscándole para medirse cuerpo a cuerpo con él, y fue muerto por el capitán Galleguillos.

Vencido el ejército araucano, el Gobernador dejó el mando de sus tropas al maestre de campo Lisperguer, y regresó a Concepción, sin haber repoblado colonias ni hecho nada si no fue mucho ruido¹⁹⁶.

El 24 de septiembre se puso de nuevo a la cabeza del ejército, llevando en su compañía un gran número de antiguos moradores de colonias despobladas, y, esta

¹⁹⁵ Este *español*, cuyo nombre propio no hallamos, no debe confundirse con Juan Sánchez, que volvió a sus banderas, como hemos visto, al paso que este *español* murió, como se verá, sin volver a ellas.

¹⁹⁶ García.

vez, no era creíble que semejante demostración quedase sin efecto. Sin embargo, así sucedió. García Ramón pasó con sus colonos muy cerca de las ruinas de Coya y de Angol, que quedaban a su mano izquierda; entró en el valle de Tucapel sin repoblar la ciudad de Cañete; penetró por Purén, taló, asoló y se limitó a establecer su cuartel general en Boroa cerca de las ruinas de Imperial.

Hay cosas incomprensibles, que saltan a los ojos del más distraído lector, y que es inútil el explicar, porque realmente no es dable. Hemos visto un bando para que los antiguos colonos se preparasen para ir a repoblar sus antiguas colonias, y tomar nueva posesión de sus respectivos bienes. Hemos visto que este interesante objeto era el principal de la conquista. Ahora, en este mismo instante vemos a García Ramón decidido a llevar a debido efecto estas medidas, puesto que le acompañan muchísimas familias. Y, sin embargo, ni Imperial repuebla. ¿Qué podemos decir a esto? ¿Cuál podía ser la causa de esta inacción con respecto al principal objeto aparente de la expedición?

Esta causa era indecisión, y, lo que es más, indecisión fundada; fundada en el conocimiento y experiencia que tenía García Ramón del genio militar de los araucanos; fundada en su resolución de defenderse hasta morir, resolución clara por el desdén con que Huenencura había deshechado sus proposiciones de paz; y por consiguiente, fundada en la certidumbre de que no bien habrían entrado los antiguos colonos en el goce y posesión de sus respectivas moradas, que de nuevo se hubieran visto sitiados por los indios, y de nuevo expuestos a horribles calamidades. En vano, el ejército español era numeroso, fuerte y bien organizado; porque luego, muy luego hubiera cesado de contar con estas ventajas, y aun de existir, como en efecto desapareció, sin haber tenido que subdividirse, para proteger colonias lejanas una de otra. ¿Y qué hubiera sucedido, si hubiera tenido que hacerlo?...

Pero tal es la desgracia de los que mandan y gobiernan. En casos críticos, tienen que disimular sus motivos, porque la crítica no entra en ellos ni los comprende. Tal era el caso de García Ramón.

Lisperguer, encargado del mando, hostilizó las parcialidades de Tucapel haciendo muchos estragos, y redujo a la paz 50.600 indígenas de los estados de Arauco y Tucapel. Es verdad que esta misma paz la habían obtenido del gobernador Ribera, y la acababan de violar. Por lo mismo, García Ramón les impuso la condición de que tendrían que emigrar al norte del río Itata; condición que les pareció dura y que quisieron considerar, antes de aceptarla. Así se quedaron tergiversando sin resolverse.

Conforme a las órdenes que tenía, Lisperguer levantó, en la margen occidental del Biobío, la plaza de Monterrey, en obsequio del virrey de Perú, en el territorio de Millapo. El objeto de esta plaza era tener en respeto a los indios de Taboleu y de Catiray. Este mismo maestre de campo marchó a Tucapel con el fin de levantar la colonia de Cañete. En esta expedición maltrató y persiguió cruelmente a los naturales, que no tardaron en vengarse no menos cruelmente, como era de esperar.

El ejército español se hallaba dividido en tres divisiones; una al mando del maestre de campo Pineda; otra al de don Diego de Sarabia; y la tercera se la había

reservado el mismo Capitán General¹⁹⁷. Pineda recibió orden de marchar con la suya para levantar un fuerte en Chicago. Sarabia fue mandado para establecerse entre este fuerte y el de Boroa, levantado por Lisperguer, y defendido por trescientos hombres; y mantener la comunicación entre ellos.

El Gobernador se dirigió con su división a la frontera, y el 8 de enero de 1607, estableció su cuartel general en un punto que él mismo llamó: *El estero de Madrid*¹⁹⁸.

Por su lado, Huenencura observaba todos estos movimientos, y aguardaba por la suya, que no tardó en presentarse. Así como lo hemos dicho, el fuerte de Boroa estaba a la orilla del Kepe, y tenía trescientos hombres de guarnición. Lisperguer, que lo mandaba, hacía batidas por los contornos, mientras que García Ramón se internaba hasta la comarca subandina por el río Taboy.

Dispuesto así el teatro de la guerra y las diversas situaciones de sus actores, veamos si lo que ha sucedido no justifica plenamente la indecisión de García Ramón; indecisión que los hechos convierten, sin la menor violencia, en una sabia previsión. Sólo tenemos que añadir al cuadro precedente que la sublevación de los indios de Misqui, confederados con los de Tomeco, Quinel y Guambali, bajo su capitán, que se llamaba justamente *Misqui*, era, en este mismo instante, una declaración manifiesta de que todos se dejarían exterminar antes que rendirse.

En efecto mientras García Ramón operaba sobre las subandinas; mientras Lisperguer hacía incursiones desde su fuerte de Boroa, talando y asolando el distrito; los araucanos sorprendieron la plaza de San Fabián, incendiándola; degollaron su guarnición y habitantes que formaban un total de 400 almas, y la saquearon.

Con estas dolorosas nuevas, García Ramón vuela de las márgenes del Biobío a las del Laja; tala, asuela y mata a cuantos indios pueden herir sus armas, sin excepción ni de edad ni de sexo; y después de haber así vengado a las víctimas de San Fabián, regresa a Concepción. Pero apenas había llegado, cuando recibió aviso de que Aillavilú, con sus impertérritos araucanos, había destrozado, en Chicago, a Núñez de Pineda, con muerte de muchos buenos oficiales, de los cuales fue uno el capitán Villarroel.

Corre de nuevo García Ramón a tomar venganza de Aillavilú; pero en lugar de este caudillo, se halla con el parte de que Huenencura estrecha la plaza de Boroa, cuyo jefe Lisperguer y una parte de sus defensores ya no existían. He aquí este caso notable, bajo diferentes aspectos, y para cuya narración escogemos los datos de Carvallo, por la razón, plausible a nuestro parecer, de que ha sido más fácil ignorarlos que imaginarlos.

Un día Lisperguer creyó oportuno hacer provisión de carbón, y salió él mismo a caballo, sólo por pasatiempo, con los trabajadores encargados de esta faena. Trabajaban, pues los soldados, hacían carbón, y su comandante los miraba trabajar, cuando, de repente, aparece Huenencura con tres mil hombres, los sorprende y los degüella a todos, a todos menos a Lisperguer, el cual defiende su vida con coraje,

¹⁹⁷ García.

¹⁹⁸ Cabildo.

hasta que viéndose al punto de caer en manos de los enemigos, prefiere arrojarse al Kepe, en cuyas aguas se ahoga.

Éste ha sido el hecho, y poco importa que Lisperguer hubiese salido para recibir un convoy¹⁹⁹, con 150 o 160 hombres. Lo importante para la historia es que sucedió por negligencia en tomar precauciones militares las más rudimentales en semejantes casos, y que de este hecho, resultó la evacuación forzosa de la plaza.

En efecto, Huenencura le dio, enseguida, tres asaltos y, aunque en todos fue rechazado por el comandante Gil de Negrete²⁰⁰, ya era tiempo que le viniese a éste algún socorro, porque ya no podían más sus tropas, que habían quedado muy reducidas por la pérdida de los que habían muerto en la sorpresa exterior. Al fin, llegó por fortuna a tiempo el Gobernador, es decir, a tiempo para salvar las vidas a estos valientes. En cuanto a la plaza, todo lo que se podía hacer era demoler las fortificaciones, y así lo ordenó García Ramón. Por lo demás, no es cierto, como lo asegura *Molina*, que en Chichaco y aquí todos los españoles hubiesen sido muertos o prisioneros. Por prueba de que no fue así, en el mes de abril siguiente, Sarabia fue comisionado por el Gobernador y por el Cabildo, para ser su apoderado en Lima; y en cuanto a Pineda, claro está que no murió, puesto que él mismo dio parte de estas pérdidas.

¹⁹⁹ Como lo dice Molina, al paso que Pérez García es de parecer que Lisperguer había, sin duda, salido para hacer alguna correría, puesto que no se vuelve a hablar de semejante convoy.

²⁰⁰ A quien Molina puso el sobrenombre de *Egidio*.

CAPÍTULO XXXV

Sensación dolorosa causada por estas pérdidas. Misión secreta del P. Luis de Valdivia. Su viaje a España. Nueva reorganización del ejército.

(1606 - 1607)

El más respetable ejército de los españoles en Chile había sido casi enteramente destruido en pocos días. El Gobernador lo veía con tanta más amargura, cuanto lo había previsto. El Cabildo se hallaba consternado. Las esperanzas de la corte de España estaban frustradas. Los sacrificios hechos para conseguir el resultado contrario habían sido sin fruto. El Cabildo da disposiciones para la seguridad de la capital. El Gobernador muestra su previsión de nuevos desastres por las órdenes que da a los encomenderos.

En efecto, los capitulares de Santiago se constituyen en cabildo abierto; llaman para tomar parte en sus deliberaciones a los capitanes de más experiencia, y acuerdan: “que para seguridad de la ciudad y su territorio, se haga una requisición de armas y caballos; que los corregidores vigilen los indios de sus respectivos partidos, y desde luego, le hagan entregar las armas que tengan en su poder”²⁰¹.

El Gobernador, por su lado, recomienda a los encomenderos den buen trato a sus indios; que no los alquilen como acémilas para las faenas de minas, con perjuicio de sus mismos intereses, puesto que los mineros los miran como bestias, y los matan a fuerza de trabajo, no yéndoles nada en que mueran o vivan; que esta perspectiva era irritante para los demás indios, los cuales no podían menos de mirar con horror la suerte que les cabría, en semejante caso; y con el mismo horror a los autores de ella.

Entretanto, por los informes que habían ido a la Corte de todo lo acaecido, el Virrey recibió órdenes para que indagase las verdaderas causas de la resistencia de los araucanos y de la prolongación de la guerra. Presuroso de cumplirlas, el conde de Monterrey, conociendo la sabiduría y las virtudes del P. Luis de Valdivia, fundador del primer colegio de la Compañía de Jesús en Perú, le llamó y le confió este secreto. El P. Luis, que había ya sido misionero en Chile y sabía hablar el idioma

²⁰¹ Cabildo.

de los naturales, se ofreció gustoso para ir a llenar esta misión, y se puso sin la menor tardanza en camino para Concepción.

Lo primero que hizo aquí el P. Luis de Valdivia fue tomar señas, bajo pretexto de poder conducirse con más acierto en la nueva misión apostólica que iba a emprender tratando mucho con militares, y sonsacándoles su verdadero parecer acerca del carácter y cualidades de los naturales de Chile. Después de haberse formado así él mismo una opinión, o por mejor decir, confirmándose en la que tenía ya desde largo tiempo, dio parte al Gobernador de la misión que iba a predicar, con el fin de cooperar con las armas espirituales al objeto de la guerra. García Ramón le mostró un profundo reconocimiento, y le confesó con la más sincera convicción, que tenía más confianza en sus armas espirituales que en un buen ejército.

Marchó con esto el P. Luis de Valdivia, ostensiblemente, para catequizar y convertir como misionero a los indios; y, en realidad, para llenar una gran misión política, de la cual, a su parecer, debía de resultar la pacificación del reino, o guerra eterna hasta el exterminio total de los araucanos o de los españoles. Su primera estación fue Colcura. De aquí, pasó a Penquienhue; a Quedito; a Quiapo; Tucapel; Lebuliencoya y, en fin, a Cayocupil; y, en todas partes fue recibido con amor, y oído con la más suave docilidad por los naturales, que le conocían y le saludaban con los más cordiales parabienes y bienvenidas. Todo lo que les decía les parecía bien, fácil y gustoso, y se mostraban tan dispuestos, decía el mismo Valdivia, a ponerse en paz con el Rey de los Cielos, como con el de España.

Es un hecho contra el que no hay comentarios posibles que no se estrellen; y, a menos de negarlo, una de dos, o la consecuencia era clara, evidente o indiscutible.

Volvió gozoso, por más que digan, el padre jesuita a Perú, y contó con la mayor alegría estas buenas noticias al Virrey, proponiéndole un medio infalible de pacificación. Sin duda, este medio le pareció plausible al Virrey; pero no teniendo por conveniente el adoptarlo bajo su responsabilidad, y persuadido de que el Monarca lo aprobaría, juzgó que no podría hallar más digno embajador para el caso que el mismo P. Luis de Valdivia, y le despachó con pliegos para la Corte.

El padre jesuita salió para España, pasando por Panamá, a fines de 1606, y, al cabo de una larga, aunque feliz navegación, arribó a España, fue sin demora a la Corte, y expuso al Monarca que las causas de la duración de la guerra eran:

“1° Los horrores que se cometían en ella; 2° las divisiones que los mismos jefes españoles suscitaban entre los indios; 3° el maltrato que los encomenderos daban a los de sus encomiendas; y 4° el interés que tenían los comandantes del ejército en continuar la guerra; interés que consistía en el botín, y en el gran número de esclavos que adquirirían”.

Notemos aquí que todos los que han escrito, o más bien, han tomado apuntes sobre los acontecimientos de aquel tiempo, son de contrario parecer. Pérez García, Carvallo, Figueroa y otros muchos opinan diferentemente; así como también atribuyen a los naturales un carácter y defectos, a los cuales los jesuitas y misioneros

presentan un cuadro de calidades opuestas. ¿A quién hemos de creer? No sentenciamos; pongamos sólo una reflexión, y es: que los jesuitas trataban a los indios en su estado natural de razón y de tranquilidad de espíritu, y no les inspiraban rencores; y que los militares no se veían con ellos si no era con las armas en la mano, y en medio de tempestades de odios, pasiones y venganzas.

De todos modos, el P. Luis de Valdivia concluyó representando al Monarca, que

“tales eran los motivos que había para buscar, en conspiraciones supuestas, pretextos para eternizar la guerra; y que si S.M. dignaba mandar que su real hacienda costeara todos los años el viaje de los jesuitas necesarios en las casas de conversión (que él mismo se encargaba de establecer), mandando, por otro lado, que cesasen las hostilidades, y se mantuviesen las fuerzas españolas en la defensiva, él respondería de la pacificación del reino sin tirar un tiro, y sin agotar las arcas reales”.

A su tiempo veremos los efectos de esta proposición.

Mientras tanto, la Corte no se había dado por vencida. Al paso que el Rey había manifestado desear conocer la causa de cuanto sucedía, S.M. no aprobaba el que un general de ciencia y experiencia como lo era García Ramón hubiese abandonado, sin graves motivos, plazas erigidas en país enemigo, con desaire de las armas españolas, y después de haber costado al erario sumas cuantiosas. Estas reflexiones del Monarca emanaban, sin duda alguna, de que no habían llegado a sus reales manos los descargos de García Ramón, el cual, siempre que había tenido que evacuar una plaza, había informado a la Corte de las causas que le habían impelido a ello, causas que serían permanentes por las continuas infracciones de los indios a la fe jurada. Recientemente aun, el 11 de enero de 1607, había dado parte al Rey de que los mil soldados que le habían llegado de España era de una complexión tan apocada, que los que no morían de pesar, se pasaban a los indios para sustraerse a las fatigas de la guerra, y que, vista la nulidad de dichos soldados, suplicaba a S.M. le enviase otros mil que mereciesen este nombre.

Era tan cierto que el gobernador García Ramón había obrado así, que el Virrey, a la sazón don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, recibió orden para que los establecimientos existentes en Chile fuesen conservados; y que para ello, enviase 20.000 pesos con el fin de que los habitantes de Monterrey, Arauco y Cañete se surtiesen de simientes, ganados e instrumentos de labor de las tierras; exigiendo que se les facilitase el pago con plazos cómodos. Además de esto, quiso S.M. que de Perú pasasen inmediatamente 500 buenos soldados a Chile, y, al año siguiente otros tantos; y, en fin, que debiendo estar la línea del Biobío defendida en lo sucesivo por 2.000 hombres bien armados, concedía 292.279 pesos anuales para soldarlos²⁰².

Por consiguiente, García Ramón era injustamente tachado. La historia es un tribunal en donde los hombres toman arbitrariamente asiento para juzgar a otros

²⁰² Pérez García.

hombres, y la historia debe a García Ramón una gran página. La diferencia, o, por mejor decir, la oposición de otros pareceres al suyo, no arguye nada, de ínterin no se aclare la competencia del uno y de los otros. Por prueba de esta importante verdad, no hay más que ver lo que pensaban los militares españoles de Chile, y lo que pensaban los misioneros acerca de los naturales. Imposible el ponerlos de acuerdo; pero no tan imposible el escoger entre los dos pareceres, apelando a la razón y al conocimiento de la historia. Los romanos emplearon, con formidables fuerzas y legiones, doscientos años en la conquista de España; los godos otro tanto. Llegaron los árabes, y en dos años, con fuerzas numéricamente inferiores, hicieron la misma conquista. Claro está: los primeros y los segundos trajeron desastres y calamidades a los vencidos; los árabes les trajeron bienes inmensos, y que nunca habían conocido.

CAPÍTULO XXXVI

Primera crecida del río Mapocho. Segundo establecimiento de la Real Audiencia.

(1609)

A fines de 1607, el cabildo de Santiago había recibido un pliego en que el Rey le pedía le informase, en atención a que su real ánimo era el establecer de nuevo la Real Audiencia, de si convendría extender la jurisdicción de este tribunal sobre Tucumán y Paraguay.

En junio de 1608, recibió el nuevo arreglo del ejército, firmado por el Virrey con fecha del 24 de marzo de este año²⁰³, y al cual se había dado enteramente cumplimiento por octubre.

Reforzado con hombres y dinero, el Gobernador tomó para sí una columna de 1.500 infantes; otra de caballería de 490 y una compañía, para su guardia, de 40 oficiales reformados. Con lo restante de sus tropas, organizó dos campos volantes, uno mandado por su maestre de campo, que debía proteger las colonias de la costa, y hacer correrías por los estados de Arauco, Tucapel y Purén; y el otro, se lo reservó para hacer batidas en los llanos. Dadas estas disposiciones, marchó, el 10 del mismo mes de octubre, para la hacienda de Cancico, y allí se estuvo hasta el 18 de noviembre en que volvió a Concepción²⁰⁴.

Hay en los asientos del cabildo, por un lado, ciertas reticencias; y, por otro, algunas indirectas que dan pena por la situación moral, aun más que por la militar, del interesante García Ramón. En efecto, el Ayuntamiento sabe y asienta que este Gobernador pasó en la hacienda de Cancico desde el 10 de octubre hasta el 18 de noviembre, y este mismo Cabildo ignora si en principios de 1609 hizo algo y si Huenencura se mantuvo inofensivo²⁰⁵. El hecho es que el desafortunado García Ramón, que realmente lo era, apenas había organizado el ejército, tuvo que dejar el mando a su maestre de campo para trasladarse a la capital, en donde un desastre nuevo venía a juntarse a los pasados desastres: el Mapocho había salido de madre,

²⁰³ García.

²⁰⁴ Cabildo.

²⁰⁵ García.

el tercer día de pascua de Pentecostés, tan inopinadamente, y con tanta furia, que no dio lugar a precaver sus efectos invasores contra casas y bienes, ni aun a precaverse las personas mismas, puesto que hubo 120 víctimas de esta inundación, y 20.000 cabezas de ganado sumergidas.

A esta calamidad pública, se siguió la carestía de granos, por la escasez, que fue tal, que faltaban los necesarios para la sementera. A esta segunda calamidad, la del hambre, y, finalmente, estas calamidades se terminaron por una plaga de langostas que devoraban los frutos de la tierra y las frutas de las huertas.

En estas lastimosas circunstancias, García Ramón mostró la prenda más brillante del que ocupa un puesto elevado, el desinterés, cualidad noble que debe imponer silencio a la infinidad de detractores, de quienes, por justa e inatacable que sea, ninguna conducta está segura. Después de haber dado un noble ejemplo de simpatía por los inundados y hambrientos, el Gobernador reunió los vecinos pudientes de Santiago en la catedral con el Cabildo, bajo la presidencia del obispo diocesano, y tal fue el impulso que dio a la deliberación con la pintura de las calamidades que afligían a la humanidad, que todos los presentes se ofrecieron a contribuir, cada uno en proporción con sus facultades, a aliviarlas; y que nadie pensó en hacer un acta de él; de nadie se dudó; todos fueron creídos bajo su palabra.

Con esto, se trajeron granos y comestibles a toda costa; y para evitar en lo sucesivo las crecidas del Mapocho, el Gobernador proyectó contener sus aguas con un muelle, el cual fue construido bajo la dirección del maestro de campo don Juan Quiroga y del capitán Ginés de Gillo, agrimensor general de Chile. En los vestigios que aún se ven de esta importantísima obra, se nota y se admira la solidez que ha tenido.

En este punto, recibió el Cabildo la noticia de que los magistrados de la audiencia que se iba a establecer de nuevo en Chile habían llegado a Lima, y, acordó se hiciesen los preparativos necesarios para recibirlos con la pompa y ostentación correspondientes. En acuerdo del 26 de junio, los capitulares diputaron al alcalde Alonso de Córdoba, y al regidor Diego Godoy, para ir a recibirlos a Valparaíso.

No obstante, otra reunión del mismo cabildo, el día 7 de agosto siguiente, deja ver cierto descontento de la venida y restablecimiento de la Real Audiencia. A esta reunión, fueron convocados todos los prelados de la ciudad y sus moradores, porque se trataba de la abolición del servicio personal de los indios, proyectada por dicha Real Audiencia, y que no era muy del gusto de los capitulares, en atención a que dicha abolición había causado ya desastres en Perú; y, en efecto, resultó de la deliberación el acuerdo de que se solicitase de todos los tribunales la continuación del servicio personal, para cuya solicitud dieron amplio poder al capitán Gregorio Sánchez.

A fines de agosto, salió el Gobernador de Concepción para ir en persona a recibir en Santiago la Real Audiencia, cuyos miembros hicieron una solemne entrada, el 8 de septiembre, con el real sello, por medio de las tropas de línea y milicianas, con don Luis Merlo de la Fuente por presidente; don Hernando Talaverano, don Juan Casal y don Gabriel de Alada por oidores: los cuales, de ínterin llegaba un fiscal, dieron este cargo a don Fernando Manchado o Machado.

El carácter de justicia y de integridad del presidente Merlo de la Fuente fue el mismo en los demás magistrados de este tribunal, y esta tradición se mantuvo entera en todos sus sucesores hasta la cesación de la Audiencia. Pero Molina no está en lo cierto, cuando asegura que el Cabildo se alegró con la venida de este tribunal, sin el cual se había pasado durante treinta y cuatro años, transcurridos desde que había sido suprimido el que se había establecido en Concepción. Es muy posible que no hubiese más motivo para el descontento del Cabildo que la supresión proyectada del servicio personal de los indios; y, en este caso, no ha debido de ser duradero, puesto que el Rey no aprobó por entonces dicha supresión.

CAPÍTULO XXXVII

Batalla de Lumaco. Muerte del gobernador García Ramón.

(1609 - 1610)

En fin, vemos que Huenencura, aunque ya viejo, aún tenía la actividad de un guerrero araucano. Aprovechándose de la ausencia del Gobernador, ausencia que no había creído tan larga, el caudillo pasó el Biobío con dos mil caballos²⁰⁶, y saqueó algunas estancias españolas. Pero en medio de su expedición, supo que el Gobernador se acercaba con fuerzas, y no juzgó oportuno aguardarle, contentándose con enviarle a decir por un prisionero español a quien dio libertad: “Que no se figurase que le huía; porque, lejos de eso, le iba a esperar Purén”.

El Gobernador había salido, el 1 de noviembre, con nuevos reclutas voluntarios; una compañía de caballería de la ciudad y una del batallón de infantería del Rey. Estos milicianos no sólo gozaban del fuero militar sino, también, del mismo sueldo que la tropa de línea, mientras estaban en campaña. Con estas fuerzas y las que se le reunieron en la frontera, el ejército español constaba de ochocientos hombres suyos y ochocientos auxiliares. El Gobernador pasó el Biobío, Huenencura, que se hallaba atrincherado en la ciénaga de Lumaco, le salió al encuentro con seis mil hombres, y le ofreció batalla.

Estando ya los dos ejércitos en posición sobre el desagüe del lago, y prontos a embestirse, sale de repente al frente un capitán araucano, llamado *Palicheu*, solo, montado en un brioso caballo, y después de haber gesticulado largo rato, haciendo pruebas de mucha fuerza de brazo y destreza en el manejo de la macana, concluyó retando al gobernador García Ramón, en persona, a singular combate. Al oírle, uno de los auxiliares, cuyo nombre ha quedado malamente en el olvido, salió espontáneamente a sostener el reto por el Gobernador; y, si Palicheu era valiente y esforzado, su competidor desconocido no lo era menos, o, por mejor decir, lo fue mucho más, puesto que a pocos lances y encuentros le aterró y le cortó la cabeza.

²⁰⁶ Esta versión, que es de Pérez García, nos parece, menos probable que los *gruesos* de tropa (por decir *columnas volantes*) con que dice Carvallo que Huenencura pasó el Biobío en esta coyuntura. Eran demasiados caballos.

Por este leve e indiferente episodio, se ve que los araucanos no necesitaban leer historias, y hacerse imitadores de tiempos caballerescos, pues naturalmente se sentían estas nobles, aunque locas inspiraciones.

El fin del reto de Palicheu fue el principio de la batalla, batalla más que reñida, que hubo de ser fatal para los españoles, puesto que ya la primera línea fluctuaba; ya cedía, ya iba a echarse atrás y desordenar, probablemente, la segunda, cuando el Gobernador arranca heroicamente, se pone a su frente, la lleva de nuevo a la carga y fija la suerte de la jornada. Desde este mismo punto se decide la victoria por él, y los enemigos huyen en completa derrota, dejando una infinidad de muertos.

El Gobernador persiguió mientras pudo la retirada. Pero ya García Ramón se hallaba cansado y falto de salud, y luego que replegó el ejército, tuvo que volverse a Concepción, lleno de satisfacción, sin duda, pero conociendo que sus fuerzas le abandonaban.

Por una coincidencia particular, su digno competidor Huenencura estaba en el mismo caso; y este ilustre caudillo, que le había dado tanto que hacer, y que aun desde la cama, en que murió a pocos días, meditaba y ordenaba sorpresas contra los españoles, confesaba que García Ramón era un gran hombre, y un hombre de bien.

A pesar de su estado de debilidad, al oír que los butalmapus habían nombrado por sucesor de Huenencura a Aillavilú II, que fue uno de los más bizarros jefes araucanos²⁰⁷, García Ramón proyectaba ir a medirse con él, tan pronto como viese la estación de salir a campaña; pero su enfermedad se agravó, y falleció el 19 de julio de 1610, lleno de amargura al oír que Aillavilú había estrenado su mando con la muerte de los capitanes Araya y Antonio Sánchez, degollados, con sus compañías, en una salida que habían hecho de la plaza de Angol²⁰⁸.

García Ramón fue universalmente llorado no sólo por los españoles sino, también, por sus enemigos; de los primeros, por sus excelentes cualidades; y de los segundos por la humanidad de sus sentimientos, en particular, a favor de los prisioneros indios.

Es bastante, ciertamente, para honrar la memoria de un hombre estimable; pero los españoles le debían más que sentir su muerte por *sus excelentes cualidades*.

²⁰⁷ Don Basilio de Rojas, y Molina.

²⁰⁸ No sólo era García Ramón un militar ilustre sino, también, hombre interesante por sus prendas. Militar al salir de la niñez, se había hallado en la guerra de Granada; en el combate naval de Navarino; en Túnez, con don Juan de Austria; en la jornada de los Querquenes, en Flandes, y, con el príncipe de Parma, en Burganete. En Maestricht, había mandado la retaguardia del ejército. En el sitio de la misma plaza, había subido el primero al asalto, había entrado dentro de ella, y había arrebatado las banderas a los enemigos. De aquí, salió con dos heridas, y con cuatro escudos más que el Príncipe le añadió a ocho que ya tenía. Había servido en Sicilia, y de allí, había pasado a España, con licencia del virrey Marco Antonio Colona. En fin, había pasado a Chile, en donde sirvió diez años de sargento mayor, y de maestro de campo. Después había sido corregidor muy estimado de Arica. También había mandado un buque de la escuadra de Beltrán de la Cueva contra el pirata Ricardo Hawkins. Había servido los corregimientos de Potosí, Charcas y la Paz; y, de maestro de campo en el Callao, había pasado de gobernador a Chile.

Lo repetimos, García Ramón era, no sólo un militar de ciencia y de experiencia sino, también, un hombre político que meditaba mucho, y resolvía difíciles problemas morales, con mucha previsión, como la experiencia lo ha demostrado. La mayor fatalidad en la posición de este General, fue que sabía por instinto que sería mal juzgado, por una parte; y, por otra, que no podía sacrificar su convencimiento a opiniones apasionadas, erróneas e interesadas, tal vez, sin comprometer la conciencia de su deber y su responsabilidad. La crítica es más general que la ciencia; tiene una inmensa mayoría, y sería gozar de demasiadas ventajas si tuviese todo lo demás.

No es dudoso que en la ejecución de represalias contra los araucanos, García Ramón sacrificaba su razón y su humanidad a una arraigada y funesta máxima, por la cual, *el partido que cede es perdido y se muestra cobarde*. Tal no era su opinión sobre este punto; porque sabía que el partido agresor, siempre el más fuerte, es muy dueño, si quiere, de hacerse regulador del sistema de guerra; y que, muchas veces, las más crueles represalias son antes bien dictadas por exceso de previsiones pusilánimes que por energía y firmeza.

CAPÍTULO XXXVIII

Mando interino del oidor decano de la Audiencia²⁰⁹. Buenos sucesos bajo su mando.

(1610)

Extraño caso es el que aquí nos presenta la historia: un togado pacífico más feliz que un guerrero afamado, en operaciones militares y acciones de guerra.

A García Ramón sucedió, en el mando interino, el oidor presidente de la audiencia don Luis Merlo de la Fuente, reconocido como gobernador del reino el 16 de agosto de este año. Este magistrado había sido escogido –en virtud de su gran capacidad, de su ilustración y de su carácter– por el virrey de Perú, para fundar de nuevo el tribunal de la audiencia real de Santiago; de suerte que era Merlo de la Fuente el primero entre los hombres de alto mérito que componían dicho tribunal, cuyas atribuciones y actos políticos hubieran debido obtener una conmemoración especial de parte de los que tomaron asiento de los acontecimientos históricos del país. Lejos de eso, sólo vemos que algunos –como Pérez García y Rojas– se paran en anotar únicamente, que la real cédula del restablecimiento de la audiencia de Santiago estaba mal redactada, puesto que dice –al señalarle esta capital por residencia– “donde estaba antes”, siendo así que antes residía en Concepción. Es reparo poco digno de la historia, y, realmente, había materia para decir mucho más.

En efecto, el sabio tribunal de Santiago de Chile no era sólo un templo de la justicia sino, también, un senado, en donde se trataban las más arduas cuestiones de gobierno, y de donde salían los informes los más luminosos para el Rey y sus reales consejos sobre cuánto pertenecía al bien del Estado y a los progresos de la conquista. Ciertamente, en todo otro caso, y si este tribunal hubiese estado solamente encargado de la administración de la justicia civil y criminal, habría sido inútil, y aun algo extraño, el darle por presidente un general, un gobernador militar y político que nada tenía que ver en sentencias jurídicas. Así es que los oidores de esta real au-

²⁰⁹ Una real cédula, de San Lorenzo a 2 de septiembre 1607, autorizaba los gobernadores de Chile a dejar el interinato del gobierno a los presidentes de la audiencia de Santiago. Así aparece de los hechos, y así interpretó Molina esta real cédula. Sin embargo, el Cabildo opinaba que esta concesión había sido particular, y no general para todos los gobernadores.

diencia, cuyos informes eran calificados de *sabios* en la Corte, gozaban de la mayor y más merecida consideración; y, muy a menudo, tenían que llenar, aun individualmente, misiones políticas de difícil cumplimiento. El primer paso del tribunal de Santiago, en su nueva carrera, y aun antes de haber tomado asiento en su estrado, fue la supresión del servicio personal, o servidumbre de los indios de encomienda, contra cuya supresión representó el Cabildo. Por consiguiente, es visible que no solamente tenía que llenar la obligación, bastante penosa ya, de aclarar puntos de derecho muy confusos y complicados para administrar la justicia entre los colonos sino, también, que velar para su conservación, y la prosperidad general del reino; y no sólo llenó siempre el primero de estos deberes con una inflexible rectitud, citada como proverbial en España mismo, sino que cumplió el segundo con tanto tino, que las cosas del reino habrían tenido otro giro, si algunos de los informes de su real audiencia no se hubiesen estrellado contra obstáculos insuperables.

Con esto, sorprende mucho menos la felicidad de corta duración –puesto que no duró más que seis meses– el gobierno de Merlo de la Fuente.

El primer acto de este Gobernador fue reunir el vecindario en concejo, pidiéndole voluntarios para la guerra, ensalzando la honra de servir a la patria con las armas en la mano, y el deber que tenía cada ciudadano de pagarle esta deuda sagrada. Pero su elocuencia produjo poco efecto en el auditorio, y hubo de apelar al interés material para conseguir algunos alistamientos.

Justamente, acababa de llegar otra real cédula atrasada, puesto que su fecha era de 26 de mayo de 1608, en la cual el Rey decretaba por esclavos a todos los indios (de más de diez años los hombres, y de más de nueve y medio las mujeres), que en el término de dos meses de su publicación no se acogiesen a la paz. Después de haberla mandado publicar en Santiago por público bando, que se echó el 20 de agosto, Merlo la mandó publicar en los mismos términos, en las ciudades de La Serena, Concepción, Chillán, y en los fuertes de Arauco, Lebu, Angol, Paicaví y demás poblaciones. No satisfecho con esto, envió mensajeros a todos los cantones o butalmapus, para que dijese a los indios que, pasados los dos meses de plazo, quedarían sometidos al rigor de la ley, si no se acogían a la paz, y que, acogiéndose a ella, serían favorecidos y protegidos en nombre del Rey. Todo esto lo hacía el Gobernador no sólo para que los indios no pudiesen alegar ignorancia sino, también, para obrar él mismo, cuando llegase el caso, según los principios más rigurosos de equidad y de justicia.

Porque Merlo de la Fuente sabía que tenía una carga muy pesada sobre sus hombros, contando, como contaba, muy poco con la sumisión de los araucanos. Sin embargo, salió a la cabeza de sus tropas para el fuerte de Paicaví, en donde se aseguró con satisfacción de que sus órdenes para la publicación y propagación de la real cédula habían sido debidamente ejecutadas. Pero, no obstante, aun creyó que era conveniente el dar un paso más, y lo hizo, enviando a Aillavilú un mensaje individual, en el cual la decía:

“La paz que el Monarca os ofrece benignamente, vosotros mismos la habéis pedido muchas veces, y otras tantas la habéis violado, despues de haberos aprovechado

de la confianza que teníamos en ella para ponernos asechanzas. En el instante que os ha parecido útil y provechoso violarla, lo habéis ejecutado de una manera atroz, con hechos horribles, renegando a vuestro Dios, profanando sus templos, saqueándolos, y llevándoos las vasos sagrados. Tales son los crímenes que han apurado la longanimidad de la justicia del soberano.

Pero en vuestras manos está el desarmarla: deponed las armas con resolución de no volver a tomarlas, y seréis libres, bajo las condiciones las más suaves”.

A este mensaje noble, digno y franco, Merlo de la Fuente recibió una respuesta altanera de parte de Aillavilú. Con todo eso, aguardó a que el plazo de los dos meses concedidos a los indios para reflexionar se cumpliera, antes de entrar en campaña. Pero este término, habiéndose pasado sin obtener el resultado deseado, se puso en marcha, con ochocientos españoles y novecientos auxiliares, sin dejar traslucir sus intentos ni a donde se dirigía, con lo cual puso fin al descontento taciturno de sus oficiales, que ya le tachaban de lentitud.

El foco de la insurrección se hallaba en este instante en el estado de Arauco, y las fuerzas españolas entraron en él; pero los araucanos no las esperaron. De Arauco, pasó el Gobernador a Tucapel, y, desde Lebu, destacó algunas columnas mandadas por Núñez de Pineda y otros jefes, con el fin de hacer sentir el peso de la guerra a los que no querían paz. Estas columnas operaron con acierto, y regresaron con botín, caballos y prisioneros, entre los cuales había veinte capitanes araucanos.

Otra expedición bajo el mismo plan, mandada por Miguel de Silva, tuvo la misma feliz suerte.

Pero nada de esto pudo arredrar al intrépido Aillavilú, el cual, atrincherado en la ciénaga de Lumaco, esperaba con firmeza y confianza la ocasión de vengarse y resarcirse de sus pérdidas. El valiente Aillavilú no tuvo que esperar largo tiempo. Luego que Merlo hubo organizado su caballería, y recibido un refuerzo que esperaba de Yumbel, marchó de Lebu sobre los araucanos, a pesar de que algunos le pintaron con exageración las fuerzas enemigas, y las posiciones ventajosas que ocupaban.

Ya lo sabía yo –respondió el general jurisconsulto– ya sabía yo que la posición que ocupa Aillavilú pasa por inexpugnable; pero razón de más para que yo le arroje de ella. Si el terreno es malo para nuestros caballos, tampoco debe ser bueno para los suyos, y, por este lado, tenemos la ventaja de que para nuestras balas no hay tierra mala. ¡Ea, señores!, concluyó el digno Gobernador, ¡probemos a Aillavilú y a cuantos vengan tras él, que no hay lago inexpugnable para las armas españolas!

Y, dicho esto, marcha, llega y entra en la ciénaga. La vanguardia la mandaba Pineda; el Gobernador mismo llevaba el centro, y puso la retaguardia bajo las órdenes del sargento mayor Silva.

Viéndole entrar con tanta valentía por la ciénaga, Aillavilú le creyó perdido, y destacó una columna aguerrida para que fuese a disputarle el paso; pero Pineda la rechazó y avanzó con sus tropas. Sorprendido de esto, el jefe araucano rebajó algo

de la confianza que tenía en su posición y envió otra columna más fuerte contra los españoles, los cuales le hicieron volver las espaldas, como lo habían hecho con la primera. Entonces, Aillavilú soltó, por decirlo así, los diques a todas sus fuerzas, y una nube de indios se arrojó al encuentro de Merlo. La batalla había empezado al amanecer y duró hasta mediodía con grandes vicisitudes de una parte y de otra. Muchas veces estuvieron a pique de perderla los españoles; pero en fin vencieron, aunque, según algunos, su victoria fue cosa milagrosa. Las pérdidas de una parte y de otra no se han podido calcular, bien que los araucanos dejaron mil muertos y muchos prisioneros, entre los cuales, algunos jefes, que el Gobernador se vio en la triste necesidad de mandar matar. En efecto, las cabezas de los capitanes Sánchez y Arraya, degollados por Aillavilú en Tolpán, se veían en lo alto de un roble, y allí mismo mandó poner Merlo las de los jefes araucanos.

Aquí dieron fin las operaciones militares de este ilustre Gobernador, que tuvo las dos glorias de serlo por las letras y por las armas. A pocos días de allí, estando en Purén, recibió aviso de que un nuevo gobernador nombrado por el Virrey al interinato de Chile, había llegado a Valparaíso, y regresó a Santiago para entregarle el mando, dejando a su ejército una larga memoria de sus aciertos militares, memoria que aún dura en su esclarecida descendencia, tanto en Chile como en Perú.

CAPÍTULO XXXIX

Gobierno interino de don Juan de Jaraquemada. Grandes conocimientos y capacidad que tenía. Sabiduría de sus actos políticos, administrativos y militares.

(1611)

El gobierno de don Juan Jaraquemada, dejando a parte el fomento que este sabio Gobernador dio a los ramos administrativos, a la agricultura, a la industria y al comercio, según se verá, presenta un modelo de conducta política, de donde surgieron tal vez proyectos posteriores de pacificación, como lo veremos a su tiempo.

El virrey de Perú había recibido parte de la muerte de García Ramón, y había nombrado al interinato del gobierno de Chile a don Juan Jaraquemada, hombre del mayor mérito²¹⁰, del que había dado brillantes pruebas en puestos eminentes que había ocupado; caballero del hábito de Santiago, y destinado ya para ir de presidente de la Real Audiencia. Jaraquemada fue recibido de gobernador el 15 de enero, y dos días después de presidente.

Es cosa muy digna de notarse que sus primeros pasos en el gobierno hayan sido dados en favor de los indios de encomienda. Como lo acabamos de recordar, ya la Real Audiencia, al tomar posesión, y aun antes de haber tomado posesión, había manifestado la misma tendencia, encontrando obstáculo para la ejecución de sus proyectos, en las representaciones del Cabildo. Ahora sucede lo mismo. Apenas entra en la presidencia Jaraquemada, la Real Audiencia reproduce nuevas instancias (prueba evidente de que este tribunal era un gran cuerpo político), para que se suprima el servicio personal de los indios, y al punto, el Cabildo se reúne para deliberar de nuevo sobre este particular, y acuerda que se envíe con nuevas súplicas al Rey para que dicho servicio no se suprima, a F. Francisco Riveros, con F. Diego de Urbina por acompañado.

Sin decidir esta tan debatida cuestión, que por esto mismo aparece ser interesantísima, no se puede menos de advertir con muchas atención que, viendo sus intentos a favor de los indios estorbados, por de pronto, con la representación del

²¹⁰ Natural de Canarias.

Cabildo al Monarca, Jaraquemada halló medio de aliviarlos en su suerte, disminuyendo los emolumentos que estos infelices pagaban a su protector, o más bien, tirano que los estrujaba, llamado Luis Pavón. En efecto, redujo estos emolumentos, que eran de mil doscientos pesos, a novecientos y muy luego tuvo la gran satisfacción de quitarles enteramente esta carga, aprovechándose del noble desinterés del capitán Pérez de la Cuadra, el cual se ofreció a desempeñar gratuitamente el empleo de protector de los indios.

Esta medida tan justa y tan política, no impidió a este Gobernador de atender a la parte militar de sus cuidados: a los siete días de haber tomado el mando, se puso en marcha para la frontera, y tuvo ocasión de mostrarse tan celoso y sabio administrador, como sagaz y justo en política, dos cualidades que, lejos de contradecirse en un hombre de Estado, forman una feliz unión.

Esta ocasión fue que notó falta de caballos entre los españoles, al paso que los indios tenían muchos. Asombrado de un hecho casi increíble, preguntó la causa, la indagó y descubrió que esta causa era la baja codicia de los tenedores de paradas o estancias, los cuales sacrificaban a su interés propio el general, y, en particular, el del ejército, criando mulas cuyo comercio les era muy ventajoso en Perú, en lugar de caballos. Indignado de este abuso, lo cortó de raíz imponiendo grandes multas a los tenedores que infringiesen lo que estaba mandado, que era mantener cien yeguas para caballos y no para producir mulas. En fin, salió el 17 de febrero para la frontera, en donde dio pruebas de la misma capacidad en miras militares. Estableció su cuartel general sobre el río Claro, entre el de la Laja y el de Yumbel. Desde allí, se fue a visitar las plazas y fuertes, y vio con una rapidez y seguridad, dignas de un general consumado, que el Biobío estando bien guardado, no había que temer correrías de araucanos. Dio las órdenes más eficaces para que nada faltase en punto a defensa y vigilancia, sin pensar, por su parte, a lo que parece, que fuese útil ni necesario el ir a inquietarlos con vejaciones sin fin y resultado provechoso. Así se pasó el verano en la más serena paz, por más que los que escribieron las cosas de aquel tiempo se figuren que no es posible que haya sido así, y se manifiesten sorprendidos de no haber hallado bajo este gobierno correrías, saqueo, sangre y fuego. ¿Y por qué las había de haber, estando, el Biobío guardado con puestos militares suficientes, y dejando los indios en paz, sin ofenderlos ni irritarlos inútilmente?

De todos modos, tal pareció ser el objeto que se propuso Jaraquemada, y entre la infinidad de planes y proyectos que se han ensayado, como se verá, en este solo se vio razón clara, y probabilidad de éxito demostrada.

Mientras tanto, el Gobernador no perdía el tiempo en la inacción, y su ejército fue el mejor asistido que se haya visto, pues tal era su cuidado solícito por el soldado, que, el día de paga, la presenciaba él mismo, para observar y ver si se hacía con justicia e integridad²¹¹. En su tiempo, las fábricas de paños y tejidos para la tropa recibieron un gran impulso, y tierras inmensas fueron labradas y sembradas, y todo esto, en beneficio de la tropa. En fin regresó a invernar en Concepción.

²¹¹ Figueroa.

Jaraquemada tenía una de estas cabezas poderosas dotadas por la naturaleza con profusa liberalidad: a todo estaba, jurídico, político, administrativo y hasta eclesiástico, todas las materias posibles las trataba y las ventilaba con la misma prontitud y lucidez. Los curatos en Chile se daban por elección. Los clérigos seculares presentaban tres pretendientes; los reglares, uno solo. El Gobernador tenía, entre sus atribuciones, la de proveer a los curatos, y claro era que los reglares no presentando sino un candidato, el Gobernador tenía que aceptarlo. Jaraquemada vio en este modo de proceder, irregularidad e injusticia, y se puso a consultar antecedentes y reales órdenes, y halló, en efecto, que las había para que los curatos se diesen por oposición y al más merecedor, presentando los conventos tres examinados, lo mismo que los seculares. Inmediatamente, les dio cumplimiento y las puso para siempre en vigor.

Al momento de volver a entrar en campaña por octubre, notó que tenía poca fuerza efectiva; envió a Santiago a pedir una compañía de línea, y luego que le vino, marchó sobre Arauco. Allí, supo que Aillavilú II hacía correrías y cometía robos en las poblaciones españolas; y, tan hábil en guerra como en paz, Jaraquemada proyectó cortarle la retirada, y lo consiguió con una marcha rápida y bien concertada. Al volverse con su presa, el caudillo araucano se vio cortado; pero es verdad que no se amedrentó. Lejos de eso se mantuvo firme y se batió como se batían los araucanos, es decir, como un león. Pero fue muerto²¹², y sus tropas, viéndose sin cabeza, se desbandaron, corriendo para salvarse al Biobío, en donde muchos se ahogaron.

Era un gran hombre Jaraquemada, lo repetimos; pocos herederos han heredado una gloria tan merecida, tan bien adquirida, tan real y verdadera como la que han heredado sus descendientes que existen y honran al reino de Chile. Si en lugar de haber gobernado quince meses, hubiese mandado quince años, ¿quién sabe los bienes que habrían resultado para España, para Chile, y para los pobres indios? Pero, por desgracia, no mandó más que quince meses: el 28 de marzo de 1612, entregó el mando a su sucesor.

²¹² García.

CAPÍTULO XL

Segundo gobierno del maestre de campo don Alonso de Ribera. Regreso del padre Luis de Valdivia con órdenes del Rey. Sucesos de su sistema de pacificación.

(1612)

Ya hemos visto los motivos que el P. Valdivia presentó a Felipe III para pedir a este Monarca adoptase un sistema defensivo de guerra, añadiendo que él mismo se encargaba de la pacificación de los araucanos, si S.M. se dignaba mandar que las arcas reales costeasen, cada año, el viaje de un número suficiente de misioneros de la orden para las casas de conversión de Chile.

Admirado el Rey de la proposición, concedió a Valdivia todo cuanto éste quiso, tanto más gustoso con sus planes, cuanto llenaban sus más vivos deseos, a saber: la pacificación de los indios sin sangre ni crueldades. En consecuencia, nombró al mismo Valdivia visitador general del obispado de Imperial, que se hallaba vacante; y, a petición suya, mandó volver de gobernador a Chile a don Alonso de Ribera que estaba en Tucumán, con la advertencia de que se sometiese a la voluntad e intenciones del padre jesuita, en todo cuanto éste intentase con respecto a la pacificación del reino.

Como condición esencial de la paz proyectada, Valdivia pidió al Rey, en favor de los indios, un indulto general por todo lo pasado, y el Rey se lo concedió con la misma facilidad.

No satisfecho aún con todo esto, y a fin de santificar, en cierto modo, su plan y su misión, el padre Valdivia quiso y obtuvo que el Papa y toda la cristiandad se interesasen en su éxito; el Papa, que era entonces Paulo V, concedió, a petición del Rey, indulgencias porque se rogase por la paz, y los fieles rogaban, en efecto, con plegarias, procesiones y novenas.

Armado con tan exorbitantes poderes, Valdivia, de vuelta a Chile y a la ciudad de Concepción, en 1612, empezó su carrera, y si nadie, especialmente los militares, si nadie tenía confianza en la eficacia de su sistema, ninguno, ni aun el mismo Gobernador, podía coartar sus facultades. Empezó, pues, su obra grandiosa poniendo en libertad a muchos araucanos principales que se hallaban desterrados en Perú; y, a su llegada a Concepción en marzo, a otros prisioneros, de los cuales era uno Turilipe, general de la caballería araucana, para que llevasen a los suyos pruebas de las buenas noticias que les traía.

Estas demostraciones persuadieron a los indios, y desde luego manifestaron desear que el misionero de paz fuese en persona a verse con ellos; pero no todos mostraron esta docilidad, y se mantuvieron sublevados muchos que lo estaban.

Entretanto, los araucanos nombraron por general a Ancamún justamente cuando don Alonso de Ribera llegó a Santiago, el día 28 de marzo. Ribera, al punto en que supo la llegada de Valdivia a Concepción, fue a reunirse con él, pero ya Valdivia había salido para Arauco, con designio de dar satisfacción a los indios. En Arauco, tuvo noticias de que el sargento mayor Alonso de Cáceres y Saavedra, que se hallaba en Lebu, acababa justamente de maltratar a algunos caciques prisioneros, y al punto le envió orden de cesar toda hostilidad, conformándose a la voluntad real. Al mismo tiempo, envió mensajes a los caciques sublevados, y atrajo a la paz a lo menos seiscientos, con más de tres mil mujeres y niños.

Los primeros efectos de su sistema no pararon aquí; pues en este mismo momento, el 13 de junio de 1612, vinieron a verle cinco caciques de Catiray, primer parcialidad guerrera, a cuya cabeza se hallaba Guayquimilla²¹³, que querían, en nombre de otros muchos, satisfacerse y oír de su propia boca el perdón general de todo lo pasado, con la condición esencial de exención de servidumbre personal.

Para mejor persuadirles y convencerles de la verdad del hecho y de las disposiciones benéficas del Rey, el padre Valdivia se puso en marcha, con estos cinco caciques, sin más escolta que dos soldados, que le servían de asistentes para su servicio, y un intérprete, que el Monarca había exigido que llevase siempre consigo, bien que hablase el mismo corrientemente el idioma de los naturales. En vano el comandante de Arauco quiso oponerse a esta resolución del jesuita, por precipitada y muy arriesgada; porque Valdivia, persuadido de que no se podían hacer grandes cosas sin grandes resoluciones, y aconsejado por dos maestros de campo, tres capitanes y los capellanes de los fuertes, quiso más exponer su vida por Dios, por el Rey y por la paz, que comprometerla por un temor, que sus intenciones y la responsabilidad que los caciques embajadores tomaban sobre sí de su vida, alejaba su pensamiento.

Partió, pues, el P. Valdivia con ellos, y en efecto, antes de llegar a Catiray, vio venir a su encuentro otros ocho caciques guerreros²¹⁴, sin armas y todos con ramo de canelo en la mano, los cuales se habían adelantado, ansiosos de verle y de oírle, y para tener la honra de formar su escolta hasta Namcu donde se hallaban de asamblea todos los indios inmediatos a la frontera²¹⁵.

Este hecho histórico no deja duda acerca de la firme persuasión, en que estaba el jesuita, de que su sistema era el único que pudiese alcanzar los grandes fines de la pacificación de los indios; ni tampoco, tal vez, del éxito, si Dios y mil circunstancias inevitables, y extrañas a este mismo sistema, no lo hubiesen hecho abortar.

²¹³ En una carta original que hemos visto en los archivos de Lima encontramos Llanquimilla y en otros manuscritos Guayquimilla; el primero quiere decir Piedra de Oro y el segundo Lanza de Oro.

²¹⁴ Los cuales se echaron en sus brazos, dándole mil parabienes, y manifestando el sumo gozo que tenían en verle. Ovalle.

²¹⁵ En los archivos de Lima se hallan varias cartas del mismo Valdivia en las cuales este célebre misionero-gobernador describe de un modo muy minucioso el recibimiento que le hicieron y el parlamento que se siguió poco después.

Al entrar el P. Luis de Valdivia en el congreso de ancianos y caciques guerre-ros, todos se levantaron con profundo respeto, y vueltos a sentar, el cacique Guay-quimilla abrió la sesión proponiendo:

1° Que, ante todas cosas, la asamblea tributase gracias al P. Valdivia por sus buenos oficios, y por el favor que le hacía, confiando en ella; y que se le manifes-tase el contento grande y general que causaba su venida.

2° Que se le diesen pruebas de la fe ciega, y entera confianza con que la asam-blea aceptaría sus propuestas; fe y confianza que, a la verdad, no reinaban en la multitud del pueblo, el cual atribuía a puro estratagema de los españoles todo lo que les decían.

3° Y que, en fin, depusiese todo recelo tocante a la inviolabilidad de su per-sona, bien que la asamblea estuviese convencida, por la presencia misma de su reverencia en medio de ella, de que el gran ánimo del P. Luis de Valdivia no era susceptible de albergar una debilidad.

A esta noble noción del cacique orador, el jesuita respondió dando gracias de la buena opinión que de él tenían, y aceptándola, puesto que en este caso, no hacía más que cumplir con los deberes que le imponían la religión y las órdenes de su Rey; deberes que no le permitían de reparar en peligros, aunque realmente los hubiese, cosa lejana de él, como ellos mismos lo habían visto en otras muchas ocasiones en que se trataba del bien de la paz y de sus almas; que en cuanto a la verdad de su misión y a la sinceridad de los bondadosos deseos del Rey, ya las hostilidades estaban suspendidas, por mandado del mismo Gobernador, que tenía orden de conformarse con todo lo que él, P. Valdivia, juzgase conveniente para lle-gar al fin supremo de la paz; y que, por consiguiente, ya podían, cuando gustasen, y lo más pronto sería lo mejor, ir a verse ellos mismos con el Gobernador, para oír de su boca la confirmación de cuanto les había dicho.

Los caciques y ancianos oyeron con muchísima atención y con muestras de adhesión las palabras de Valdivia; pero, al cabo de una corta deliberación, re-solvieron que, no obstante se hallaban muy dispuestos por sí mismos, a admitir sus proposiciones, y a ejecutar lo que les decía, opinaban que las circunstancias exigían que obrasen con acuerdo general de todos los caciques guerreros; y que, para obtenerlo, sería muy conveniente que su reverencia se trasladase con ellos a la parcialidad de Namcu, en donde se hallaban reunidos todos los toquis, capita-nejos y caciques.

En el estado de progresos en que se hallaba la negociación, no había posibi-lidad de negarse a ello, y el P. Luis no titubeó un solo instante. La prontitud y el regocijo visible con que dio una respuesta afirmativa a la proposición produjo una sensación general y agradable en la asamblea. Puestos, al día siguiente, en marcha, caminaron otros dos, por caminos remotos e ignorados, sin que los indios que acompañaban al jesuita, y de cuando en cuando le miraban al descuido para co-glegir por su semblante lo que pasaba en su interior, notasen en su rostro el menor gesto de alteración. Llegaron, pues, y le presentaron en la asamblea general de toquis, capitanejos y caciques, en donde le habían preparado asiento en alto, mien-tras que los miembros de la junta se sentaban en el suelo, según su costumbre.

El primer rumor de la entrada y del recibimiento una vez aquietado, y esperando ya todos en silencio, se levantó Guayquimilla y pronunció un discurso preparatorio de hora y media, en el cual recomendó con airoas figuras de retórica la persona del padre jesuita a la asamblea pidiéndole atención y respeto hacia él, y confianza en cuanto les dijese.

Después de Guayquimilla, habló el Toqui general, asegurando que ya la asamblea se hallaba preparada a ello, y penetraba de los mismos sentimientos del preopinante por la persona y las virtudes del R. Luis de Valdivia, cuya presencia les colmaba de honra y de alegría.

Penetrado de la importancia y de la dignidad de su misión, y aprovechándose del ascendiente que creyó tener en la junta, Valdivia se mantuvo sentado, dando a entender por señas que iba a hablar; y, al cabo de un rato de silencio grave e imponente, dijo:

“Toquis, capitanejos y caciques que componéis esta respetable junta, no os sorprendáis ni ofendáis de ver que os hablo en esta postura, contra vuestros usos y costumbres, pues os hablo, y os traigo el mayor bien de cuantos la providencia puede conceder a los hombres –la paz– en nombre de Dios, rey de los cielos y de la tierra, y del más grande monarca que haya en toda ella”.

Viendo que la asamblea había oído sin sorpresa, y aun con algunas muestras de humilde admiración este exordio, el P. Valdivia expuso los principios los más suaves y justos que debían de guiar la conciencia de un cristiano en los menores tratos, y la fe que estaba obligado a guardar en el cumplimiento de su palabra, so pena de no faltar a ella impunemente, aunque lograrse engañar a los hombres;

“porque, añadió el padre jesuita con ardor y vehemencia, aun en este caso de poder burlarse de los tribunales y de la justicia de los hombres, tiene que comparecer delante del tribunal supremo, que es el de Dios, a quien nada se oculta, y que ve lo que encierra en sus más escondidos ardidés la más astuta conciencia, castigando con rigor y sin misericordia el mayor de los delitos, cual es la mala fe, y el abuso de la confianza del prójimo”.

Hizo aquí una pausa Valdivia, como para tomar aliento; pero, en realidad, para dar tiempo al auditorio de meditar este punto esencial de entera confianza en sus palabras. Al fin, repuso:

“Si esto, pues, sucede a cualquier hombre, por infidelidad a su palabra, en casos muy comunes en la vida, ¡juzgad de lo que le sucedería a un rey de la tierra, que, en nombre del rey de los cielos, engañase a una nación de corazones nobles y valerosos, como lo sois vosotros!”.

Y aprovechando de la sensación profunda y manifiesta que esta última reflexión acababa de producir en ellos, continuó, sacando y exhibiendo las reales cédulas que traía:

“Pues aquí tenéis esta real palabra de un gran monarca; aquí, sus proposiciones de paz con todas las ventajas que encierra; aquí, mis poderes para ejecutar sus

órdenes, y aquí, en fin, su voluntad de que nadie, ni aun el mismo Gobernador, pueda impedir sus benéficos efectos. ¡Miradlas! veréis que no están escritas con plumas, como las que usan los españoles, sino impresas, como los libros...

¡De rodillas! –continuó este hombre increíble con un irresistible arrojo–, ¡de rodillas! ésta es la postura humilde en que debéis verlas, y oír su contenido. Aquí tenéis un intérprete, de cuya fidelidad no os podrá quedar duda”.

En efecto, una satisfacción general se manifestó cuando hubieron oído la traducción del intérprete. Pero ya eran las nueve de la noche, y se difirió la deliberación.

CAPÍTULO XLI

Continúan los progresos del P. Luis de Valdivia en su intento.

(1612)

Al día siguiente, al amanecer, el jesuita les dijo misa, y enseguida les explicó los misterios del santo sacrificio, con cuya explicación quedaron maravillados. Entraron luego después en consejo, y el P. Luis hizo un breve y claro resumen de lo tratado el día anterior para dar nuevo pábulo a una buena deliberación.

“Ya podréis, hermanos míos –les dijo–, vivir pacíficos y con quietud en vuestras casas, seguros de que ningún español llegue a ellas, ni exija de vosotros el menor servicio personal. Nosotros solos, los padres de la Concepción, vendremos, cuando lo permitáis, para instruiros en los principios de la religión cristiana; porque esto es lo más esencial, lo que más desea el Rey, y lo que mantendrá para siempre la paz entre nosotros.

Pero, al mismo tiempo, es preciso que advertáis, que así como los españoles se guardarán de pasar la frontera, y de intentar turbar esta paz, también vosotros deberéis respetar la línea divisoria de los dos países, línea que quedará marcada por el curso del Biobío, no pasándola bajo pretexto alguno para ir a hacer mal a los españoles.

Y vosotros, añadió Valdivia hablando directamente a los indios guerreros, vosotros, que sois los que rompéis esta paz, decidme, ¿cuales son los frutos que sacáis de la guerra? Helos aquí; los frutos que sacáis de vuestras continuas revoluciones, son muerte, cautiverio, hambre, pérdida de vuestros bienes y ganados; incendio de vuestras casas; ruina de vuestros hijos, aflicción y lágrimas de vuestras mujeres, y por fin, destierro de vuestra patria: tales son los efectos de la guerra. A fin de ahorraros todos estos males y de conservaros el goce de vuestra libertad, de vuestros bienes, hijos y mujeres, me expuse a los contratiempos y riesgos de una navegación de tres mil leguas, para ir a decir al Rey cuan desgraciados erais con los malos tratamientos y vejaciones que padecíais, y para suplicar a S.M. me autorizase a libertaros de ellos. Me lo otorgó el Rey, y volví a deshacer estas mismas tres mil leguas para ejecutar mis planes y cumplir su real voluntad. Creo que estos son motivos muy suficientes para que me creáis, y fiéis en mi palabra. Al punto en que salté en tierra, quise venir a verme con vosotros, contra el parecer de todos, porque todos me decían que erais falsos y traidores; pero yo, que os conozco

mejor que nadie, y que sé sois hombres de juicio y de gobierno, bien que estéis siempre prontos a combatir por vuestra libertad, vine, me metí sin recelo entre vuestras lanzas, y me entregué sin la menor desconfianza a vuestra lealtad. Si me hubiese engañado, si hubiese alguno entre vosotros que se sintiese la tentación de desmentir esta confianza, no os figuréis que yo le pidiera gracia; al contrario, le abriría mi pecho y le pondría manifiesto el corazón para que me hiriese; seguro de que muriendo por cumplir la misión de salvar vuestras almas, iría la mía en derechura a gozar de la presencia de su Dios”.

No hubo acabado de pronunciar estas últimas palabras el padre Luis, cuando levantándose de repente el toqui general de Carampangue, respondió:

“No hay lanza, padre mío, capaz de llegar a tu pecho, sin haber atravesado antes el mío. Nos has hecho justicia al fiarte a nosotros; pues no somos tan bárbaros, ni tal faltos de entendimiento, ni tan traidores como suponen. No, no desconocemos el bien que el Rey nos hace, o quiere hacernos con la paz que por tu ministerio nos ofrece; y todos estamos reconocidos por él, al Rey, al Gobernador y a ti. En prueba de ello te dicen todos, por mi boca, que si la paz ha de ser como la pintas, todos queremos esta paz. Digo que yo persuadiré a todos los ausentes y salgo garante de ello, de que la paz conviene, y de que todos debemos desearla, si la paz nos trae los bienes y favores que tú dices; vuelvo a decirlo, porque la que hasta ahora se nos ha ofrecido, se ha reducido a falacias, a un puro pretexto para hacernos esclavos, y servirse de nuestros bienes, y de nuestros cuerpos. Una paz semejante no la queremos, y preferimos siempre la guerra. Sobre todo, padre mío, si bien lo reflexionamos, dándonos el Rey nuestras propias tierras y nuestra libertad, nada nos da que no nos pertenezca de derecho, y que no debamos defender, a toda costa, con nuestros brazos. Sin embargo, y puesto que, sin acudir a las armas, podremos gozar de estos bienes, venga esa paz tal y como nos la prometes; y haremos ver a los españoles, que nos reputan por disimulados e inconstantes en nuestros deseos, que antes faltará la luz del sol, y antes faltarán flores en los campos, que nosotros faltemos a la palabra que hayamos dado, y al pacto que hayamos hecho. Antes que los españoles viniesen, vivíamos en paz, y nos multiplicábamos en términos que no cabíamos en los campos. Después que ellos han venido con su paz, siempre hemos estado como en guerra; nos hemos disminuido, hemos perdido nuestras haciendas, y hemos padecidos males increíbles hasta que la exasperación nos ha impedido a rechazar la fuerza con la fuerza. Hemos aquí prontos a dejar las armas; no sólo no pasaremos la línea, sino que castigaremos con rigor a todos cuantos se atrevan a entrar en tierra de españoles. Daremos, además, paso libre a los correos y a toda comunicación hasta Chiloé, y en fin, abrazaremos la religión de Jesucristo”.

Tal fue el feliz resultado de la deliberación, resultado debido al tesón religioso y a la buena fe del P. Valdivia. Al salir de la sesión, los caciques se daban las manos y el parabién, y resolvieron acompañar al R. jesuita a la ciudad de Concepción para que los presentase al Gobernador. Así lo hicieron y Valdivia hizo la entrada más triunfal y más gloriosa que conquistador alguno jamás haya hecho. El Gobernador y los principales habitantes de Concepción ensalzaban este triunfo; y el primero declaró que Valdivia había dado más lustre a su gobierno, pacíficamente

y en un día, que el que le hubieran dado muchos años de guerra hecha con el más feliz éxito. En prueba de esta verdad, le rogó que en adelante, se sirviese ordenar como si él mismo fuese gobernador, puesto que estaba más seguro de sus luces y de su acierto, que de los suyos propios.

Pero en medio de esta aprobación general se hallaban descontentos. Éstos eran algunos antiguos militares que presumían conocer a los indios mejor que el P. Luis de Valdivia.

CAPÍTULO XLII

Prosigue la misma interesante materia. Perspectiva lisonjera de paz. Fatales acontecimientos.

(1612)

Ancamún, Pelantaru y Uñobilú, caciques de Purén, se mostraban desconfiados; pero aun tuvieron deseo de cerciorarse de la verdad, y enviaron al ulmen de Carampangue a Concepción con este objeto. A fin de satisfacerle más completamente, el Gobernador y el misionero, de común acuerdo, despacharon con este ulmen al alferez Silvestre Meléndez, oficial de tino y que hablaba con facilidad la lengua chilena, para que llevase pruebas evidentes de la verdad a Ancamún, que era el más poderoso entre los caciques, leyéndole las reales cédulas de pacificación.

Marchó Meléndez, llegó a Purén, fue muy bien acogido de Ancamún, y le dejó tan satisfecho con la exhibición de las pruebas que llevaba, que el poderoso cacique le dio guías para que fuese a Imperial, y las propagase a los que las ignoraban o dudaban de ellas.

El enviado español halló la misma acogida en Imperial, con la sola diferencia de que aquí, los naturales, después de la lectura de Meléndez, quisieron que un cautivo español que tenían les tradujese por segunda vez las reales cédulas. Pero luego que Quesada, así se llamaba el cautivo, les hubo confirmado en la verdad, ellos mismos le acompañaron a Osorno, dispuestos a corroborar sus aserciones, manifestándose convencidos de su sinceridad.

Entretanto, Ancamún había reflexionado, y resuelto enviar a Concepción al ulmen Guaycamilla a suplicar al P. L. de Valdivia que viniese en persona a Paicaví, a fin de confirmar todo lo que le había dicho Meléndez, tocante a las reales cédulas.

El Gobernador y el P. jesuita, gustosos con este nuevo mensaje, respondieron que iban a ponerse en marcha para satisfacerle. Salieron, en efecto, y llegaron a Paicaví, en donde luego recibieron aviso de la venida próxima de Ancamún, el cual les prevenía que no llevaría más escolta que su comitiva.

Así lo cumplió el jefe araucano. Pero hizo más; porque no sólo llegó con solas cuarenta personas, sino que trajo consigo a los principales prisioneros españoles que tenía, y los remitió con gracioso ademán a la disposición del gobernador es-

pañol. Este rasgo de magnanimidad llenó de sorpresa a los oficiales españoles, los cuales no se cansaban de admirar la hermosa presencia de Ancamún que, ya en edad avanzada, se mostraba, no obstante, tan gallardo como si estuviese aún en todo su vigor viril. Su estatura era heroica, y en su estructura, aparentaba ser un verdadero Hércules.

El Gobernador y el P. Luis de Valdivia, que habían salido a su encuentro con todo el estado mayor, le recibieron con agasajo y ostentación, y le acompañaron a su alojamiento en medio de salvas de artillería, dándole el Gobernador la derecha. Ancamún, visiblemente lisonjeado y agradecido a la honrosa acogida que le hacían, manifestó desde luego deseo de hablar de los preliminares de la paz, objeto de su reunión. Entraron en deliberación, y convinieron:

“1° En que los españoles abandonarían las plazas de Paicaví y Angol; 2° que el Biobío sería frontera inviolable entre indios y españoles; 3° que los prisioneros serían recíprocamente restituidos a su respectiva nación, y 4° que los misioneros serían bien recibidos en los butalmapus, con el fin de predicar, catequizar y convertir a los naturales que quisiesen oírles y convertirse al cristianismo”.

Estos preliminares debían de ser ratificados en asamblea general de caciques, y Ancamún tomó sobre sí el irlos a buscar en persona, y conducirlos al cuartel general español.

Tal era la perspectiva de buen éxito. Partió Ancamún despidiéndose cordialmente del general Rivera, de sus oficiales y de Valdivia, prometiéndoles que ningún ulmen resistiría a su persuasión; y así fue.

Ya Ancamún había recorrido muchos distritos; ya muchos caciques habían ido a Paicaví, a donde llegaron a pie, procesionalmente con ramos floridos de canelo en la mano, símbolo de paz; ya habían llegado los misioneros enviados por el provincial; ya la paz estaba en fin asegurada, cuando el hado suscitó un impedimento contra el cual se estrellaron todas las voluntades. Helo aquí.

Tenía Ancamún entre sus mujeres una española, llamada María de Junquera, que, aprovechándose de su ausencia, se fugó de su casa con una hija, y dos indias, instruidas por ella en los principios de la religión cristiana. Una de éstas se había llevado también a un hijo que tenía de Ancamún, al cual éste amaba tiernamente. Todas estas fugitivas, cuya huida les había sido sugerida y proporcionada por un seductor, se acogieron justamente a Paicaví, mientras su amo propagaba los beneficios de la paz.

Éste es el hecho. Júzguese cuál debió de ser la sensación del poderoso cacique, cuando de vuelta a su casa, aunque algunos dicen que supo la noticia en camino, se halló con el desorden ocasionado por este acontecimiento. Ciertamente, el hombre más civilizado y prudente habría tenido mucho trabajo en contenerse, en semejante caso. Pues no. Lejos de entregarse al arrebatado de un resentimiento muy natural, excusable, calculó fríamente que los españoles no podían tener la menor parte en su desgracia. En consecuencia, llamó al ulmen de Ilicura, Utaflame, particularmente estimado y querido del P. Valdivia, y le encargó fuese a pedir le restituyesen sus mujeres y sus hijos.

Los tres misioneros que el provincial había enviado fueron: Oracio Vecchio, italiano, primo del papa Alejandro VII; Martín de Aranda, chileno, y Diego de Montalván, mexicano, los cuales habían llegado a Paicaví, cuando se presentó Utaflame, acompañado de algunos indios. Apenas le vio Valdivia, corrió a él. Utaflame se echó en sus brazos, y el jesuita le recibió en ellos con la misma efusión de sentimientos, pidiéndole nuevas.

“Malas, le respondió. Óyeme: Ya sabes que con tu trato suave, y tus dulces palabras, has podido conmigo lo que no han podido todos los gobernadores de Chile con todo su poderío; porque contra todos me he batido, y a todos les he hecho el mayor mal que he podido. Tú solo has sabido amansar mi índole feroz. ¿Sabes por qué? Porque creo en ti, y en cuanto me dices; puesto que me has devuelto mi hijo, cautivo entre españoles. ¡Qué Dios te bendiga por la paz y los bienes que nos traes! Los aceptamos con agradecimiento. Pero de poco servirá, si Ancamún los desecha; y temo que si no le restituís sus mujeres e hijos, no los aceptará jamás”.

Confuso quedó Valdivia, aunque por sí mismo hubiera querido en el instante devolver a Ancamún sus prendas; pero no podía, solo, tomar esta resolución, y se contentó con eludir la demanda por de pronto, sin prometer en lo futuro²¹⁶; y lo más pasmoso es, que a pesar de este grave acontecimiento, no dudó en enviar los tres jesuitas con Utaflame, en despecho de Ribera, que quería oponerse a esta determinación tan imprudente. Es verdad que Utaflame respondió de ellos, y se los llevó a Ilicura, en donde los alojó en su propia casa.

Con la respuesta que le llevó el ulmen, Ancamún insistió, pidiendo que ya que no le devolviesen las españolas, no podían razonablemente negarle las araucanas, y su propio hijo.

Perplejo el Gobernador con esta juiciosa representación, no le pareció que podía resolver por sí mismo, y la sometió a una junta de clérigos y de jurisperitos. En esta junta, hubo diversos pareceres acerca de la resolución que convenía tomar, aunque todos estaban unánimes en que la religión y la justicia protegían a las fugitivas. El caso era arduo. Si Ancamún se volvía contra la paz, ya se podía renunciar a ella mientras él viviese; pero, por otro lado, era muy de temer que restituirle las fugitivas sería enviarlas a morir, a lo menos una que se había amancebado con el que les había ayudado a fugarse.

En consecuencia, fue resuelto “que se podía devolver a Ancamún una sola mujer india, bajo la condición que se casaría con ella legítimamente en presencia de la Iglesia”.

Esta funesta resolución mató todas las esperanzas, cuando era tan fácil, a nuestro parecer, sin grandes inspiraciones de política, y con sólo un poco de despejo, de reflexión, de buena fe, sobre todo, salvar la paz con provecho de la religión, que sirvió de motivo para errar ciegamente. Que Ribera, poniéndose, por un instante, en lugar de Ancamún, le hubiese mandado a decir, sin consultar con nadie si no es

²¹⁶ Valdivia opinó siempre que se debían devolver. Molina.

con el P. Valdivia, “que la religión y su deber le impedían de complacerle, por más que se reconociese cuan justo y razonable era lo que pedía; que fuese él mismo, en persona, a verse con las fugitivas, y que se éstas querían volverse voluntariamente con él, nadie lo estorbaría”; y la paz no habría sido comprometida, y este aciago caso se hubiese convertido en un feliz acontecimiento. Porque Ancamún, el sensato y magnánimo Ancamún habría ido; habría sido magníficamente recibido y agasajado, y, templado su enojo con esta prueba evidente de que los españoles eran inocentes, se habría sentido dispuesto a la indulgencia; habría hallado sus indias y su propio hijo bautizados, como realmente lo estaban. Estas mujeres le hubiesen dicho que al huir, no habían tenido más motivo que el deseo de ser cristianas; que se hiciese cristiano él, y que con el mayor gusto le seguirían, puesto que le amaban. ¿Quién sabe los bienes que habrían resultado de este suceso bien aprovechado?²¹⁷ Pero en lugar de eso, ¿qué hicieron los adversarios de la paz? Alabar a Dios que lo había permitido. No hay más que oír a Pérez García, sobre este particular: “Fortuna ha sido, dice él, para Ancamún el tener un pretexto honrado de hacer lo que no hubiera dejado de hacer en todo caso”. Romper la paz, quiere decir García.

Semejantes juicios apagan el sentimiento, y el lector enjuga las lágrimas que no había cesado de verter por las desgracias de Chile.

¿Qué sucedió, en efecto? Que Ancamún, indignado, mandó dar muerte a los tres jesuitas Vecchio, Aranda y Montalván, que estaban en Ilicura. Estos mártires fueron sacrificados el día 14 de diciembre, a las nueve de la mañana²¹⁸.

El sentimiento que causó este funesto acontecimiento fue general; pero lo más extraño ha sido que no sólo los militares sino, también, los capitulares de Santiago, el vecindario, y, según las memorias del Cabildo, el General mismo, lo achacaban a la guerra defensiva, y clamaban contra sus lamentables efectos. Nadie tuvo la sinceridad de reconocer la gravedad del motivo de resentimiento legítimo que se le había dado a Ancamún. En consecuencia, hubo reunión de capitulares, y se acordó con el general Ribera despachar a la Corte al maestre de campo Cortés, con el P. Losa, franciscano, por acompañado, para que pidiesen la cesación de la guerra defensiva. Estos enviados nada consiguieron. El Rey insistió en que se mantuviese, lo que no impidió a S.M. de recompensar a Cortés de sus brillantes servicios, declarándole benemérito de la patria, y concediéndole 2.000 pesos de renta²¹⁹.

²¹⁷ “Hízose una oración en nuestro colegio, y en otras partes, porque diese Dios buena salida a un negocio como este, *de que se podía seguir tanto mal o tanto bien*”. Ovalle.

²¹⁸ Olivares.

²¹⁹ Cortés murió a su regreso en Panamá, en la temprana edad de 55 años dejando descendientes en Chile. Pérez García.

CAPÍTULO XLIII

Consecuencias de los acontecimientos referidos en el capítulo anterior. Situación crítica de Ribera y del ejército por las órdenes que tenían de mantenerse en la defensiva. Desavenencia del obispo de Santiago de la Real Audiencia.

(1613 - 1614)

Cortés y el P. Losa no podían estar de vuelta en todo el año, por más éxito que tuviesen. Mientras tanto, el Gobernador se hallaba sumamente perplejo con los clamores de los que se quejaban de tener las manos atadas, por un lado; y, por otro, con la autoridad del P. Luis de Valdivia, que exigía se respetasen las órdenes del Rey.

A todo esto, la muerte de los misioneros de Ilicura había sido para los indios la señal de correr a las armas. Ancamún y Pelantaru rompieron con ardor las hostilidades, en términos que Ribera creyó que su responsabilidad no le permitía mantenerse impasible por más tiempo. Salió a campaña, y al impulso, por decirlo así, de sus españoles que ardían en deseos de venganza, se dejó caer sobre Ilicura, quemando, talando y matando con tanto furor, que los araucanos no hallaron asilo, ni aun en los montes; porque allí mismo fueron perseguidos y degollados todos los que no se rindieron. Pero Valdivia acudió a la Audiencia pidiéndole favor y ayuda contra estas infracciones atroces a las órdenes del Soberano, y la Audiencia intervino, en efecto, para que cesasen; de suerte que Ribera se vio forzado a resignarse y a regresar a Concepción, después de haber repartido entre las guarniciones de las plazas de la línea doscientos cincuenta hombres que le habían venido de Perú; y organizado la caballería en columnas volantes para oponerse a las agresiones de Ancamún. Las plazas del Biobío las mandó trasladar a la orilla opuesta. La de San Francisco de Borja fue puesta en Negrete. Otra, en la junción del Guasque con el Biobío, y dos más en la confluencia de este río con él de la Laja. Una de estas dos estaba dedicada a Nuestra Señora de Ale, y la otra a san Rosendo. En Curihuillín y Talcamávida, había otras dos. La de San Felipe de Austria, en Virguenu, quedó poblada, y se reforzaron las guarniciones de las de Santa Lucía y Buena Esperanza. De este modo, la línea se hallaba coronada de plazas, y vigilada por patrullas de caballería, pero no aún suficientemente, puesto que el famoso Loncothegua la forzó muchas veces burlándose del campo volante.

Regularmente, este caudillo, tan intrépido como los más de sus predecesores, ejecutaba sus correrías de noche sin que nadie supiese a donde dirigía sus fuerzas. Pasaba, por ejemplo, por Santa Lucía y San Felipe, daba un golpe de mano, y se volvía con el botín a la otra orilla. Cuando el aviso llegaba al campo volante ya era tarde, puesto que los soldados españoles no podían pasar el Biobío.

Con esto, crecía el resentimiento de los militares, y aun el del cabildo de Santiago, resentimiento, que se aumentó con la misión del licenciado Hernando Manchado, encargado de fijar el tributo que debían pagar los indios de encomienda. Ya, por una real cédula²²⁰, el Rey había mandado a los encomenderos que no ejerciesen vejaciones contra ellos, ni los oprimiesen con insoportable servidumbre. Estos indios eran una recompensa de los servicios militares de los encomenderos, en atención a que les pagaban un tributo anual, pero no porque fuesen sus esclavos. No obstante, los interesados viciaron esta regalía, y no sólo redujeron sus contribuyentes a un verdadero estado de servidumbre sino, también, a sus mujeres y a sus hijos.

Ahora, para llenar debidamente su encargo, Manchado pidió a cada encomendero una lista de los que poseía, y con estas listas, fijó el tributo que debían pagarles, y los declaró libres para que fuesen a trabajar en donde y como pudiesen. De aquí, nuevo descontento, como se ha visto, y nuevas reclamaciones. Estos descontentos y estas reclamaciones prueban que los indios se quejaban con razón, y que los de guerra, en vista de la suerte que tenían los de paz, tenían grandes motivos para no fiarse en ella. De todas estas ilaciones naturales, resultan los bienes que meditaba el padre Valdivia, y el motivo de oposición que sus planes hallaban; y resulta, en fin, por último corolario y claridad luminosa de la historia, que la pintura que nos han transmitido los misioneros del carácter y calidades de aquellos naturales, era, por lo menos, más desinteresada y menos apasionada que la que nos han dejado los militares, sus enemigos.

Volviendo a los hechos, la discordia hacía de las suyas por todas partes en Chile, en aquel momento, y hasta el jefe de la Iglesia se hallaba en guerra contra los ministros de la justicia. Por fortuna, bien que este suceso fuese escandaloso, no era menos, o, por mejor decir, era aún mucho más pueril y ridículo. El obispo de Santiago, Pérez Espinosa, pretendía preceder en las procesiones a los oidores de la Audiencia; y éstos sostenían que debían ir en las procesiones delante de Su Ilustrísima. Éste era el grave motivo de la ruidosa contienda eclesiástico-jurídica.

De esta contienda surgió un recurso de ambas partes a la Corte, y a este recurso el Rey respondió, el 3 de diciembre de 1611, que su voluntad era que el Obispo siguiese, con un solo paje de cola, al sacerdote oficiante, y que la Audiencia fuese detrás del Obispo. Si Su Majestad se hubiese limitado a cortar la cuestión en su sencillez natural, probablemente el negocio habría quedado concluido; pero, por desgracia, fue de su real agrado añadir: “que no sólo al Obispo sino, también, a todos los demás sacerdotes, se les diese agua bendita antes que al regente y oidores”.

De aquí, nuevo escándalo harto más serio, puesto que, por no verse humillados, el presidente y oidores, en lugar de entrar en la iglesia, se quedaban a la puerta, esperando su turno para ir a tomar agua bendita.

²²⁰ 8 de diciembre 1610.

Es preciso confesar que S.S. de la real audiencia de Santiago apelaban a un triste recurso, y daban margen a legítima censura. El sabio Obispo, que lo era realmente en cánones y sagrada teología, lo era mucho menos en política urbana, y los censuró agria y abiertamente. Los magistrados se defendieron con la misma poca destreza, y de altercación en altercación, el prelado, en uno de sus arrebatos de celo por la fe, envió el *librito de la buena crianza* al presidente y oidores.

Viendo en este hecho un atentado a la majestad de la justicia, la Audiencia mandó intimar por un alcalde ordinario orden de arresto al Obispo. Al ir a ejecutar este mandato, el alcalde se hincó de rodillas delante del prelado, diciendo que lo cumplía, leyéndolo, pero que no lo ejecutaría; pero Su Señoría Ilustrísima ahorró esta molestia al alcalde saliendo al punto de la ciudad, y retirándose a un bosque, que llamaron desde entonces *la Quebrada del Obispo*, desde donde fulminó entredicho contra la ciudad de Santiago.

El efecto fue el que se podía esperar; el pueblo, esencialmente católico cristiano, creyó que la tierra se iba a hundir bajo sus pies, y se puso a clamar para que le devolviesen su pastor. El tumulto fue creciendo, y el tribunal, alarmado, envió súplica al Obispo para que tuviese a bien restituirse a su palacio. Aprovechándose de esta ventaja, Su Señoría respondió que muy ciertamente lo haría, pero bajo la condición, *sine qua non*, que uno de los oidores iría a pie a buscarle, mientras que los demás señores de la Audiencia lo esperarían en el arrabal igualmente desmontados.

No hubo remedio. Por el bien de la paz, el tribunal tuvo que someterse a estas condiciones, esperando que así tendría fin este triste debate. Pero se engañaron el Presidente y oidores; porque, a pocos días de allí, y bajo pretexto de visita a la provincia de Cuyo, el Obispo tomó el camino de Buenos Aires y se embarcó para España.

En el momento en que llegó el obispo de Santiago a la Corte, ya el Rey sabía todo lo que había pasado, y no sólo no quiso darle audiencia sino que mandó que nadie le diese oídos, intimándole que su real voluntad era que regresase a su silla episcopal, desde donde podría exponer sus motivos de queja.

Pues aun no cedió el santo prelado. En lugar de volverse a Santiago de Chile, se fue a Sevilla, y allí, se metió a fraile de San Francisco. Al morir, legó 60.000 pesos, que se había llevado de su obispado, para obras pías; pero la catedral de Santiago puso oposición a la ejecución de este testamento, y, al cabo de un largo pleito, el supremo Consejo de Indias la declaró legítima heredera de su obispo.

Sorprende el que S.M. no haya forzado el prelado a obedecer; pero sin duda pensó el Rey que Espinosa en lo sucesivo sería malquisto en Santiago; y no proveyó a su episcopado, porque le pareció conveniente dejar dormir por algún tiempo este escandaloso episodio.

CAPÍTULO XLIV

Cuidados administrativos de don Alonso de Ribera. Otros corsarios holandeses en el mar del Sur. Descubierta del estrecho de Lemaire.

(1615 - 1616)

Reducido a la inacción, el gobernador Ribera fomentaba la agricultura y el comercio. La cría de ganados se acrecentó mucho por su cuidado. En las dehesas del Rey, había veinte mil yeguas; en las estancias de Catentoa, catorce mil vacas, y en los pagos de Buena Esperanza, veinte mil ovejas. Se labraban y sembraban muchos terrenos incultos. En su tiempo, una medida mayor de trigo no valía más que ocho reales. Una vaca costaba otro tanto; un carnero dos reales, y uno y medio una oveja. Las fábricas de Quillota y Melipilla estaban perfectamente dirigidas y producían muchos géneros. De suerte que el soldado se vestía, se alimentaba y también se procuraba comodidades sin aumento de gastos. El cuidado y el celo de este Gobernador procuraron muchas economías al erario.

Su buena política retrajo del hábito indecoroso de traficar a muchos jefes del ejército; y no sólo precavía las desercciones sino que continuamente se le presentaban voluntarios.

Mientras que Ribera daba su atención a la economía política, por su lado, y el padre Valdivia a su sistema de pacificación, por el suyo, llegaron corsarios holandeses al mar del Sur. Pérez García habla de dos; uno, que él llama *Jorge Spilbergen*, por abril de 1615; y otro, al cual pone por nombre *Jacobo Lemaire*.

Este último fue el mismo Lemaire, quien, el 25 de enero de 1616, descubrió el estrecho que lleva su nombre y que separa la isla de los Estados del continente americano, casi en frente de la boca este del estrecho de Magallanes.

De Spilbergen, García se contenta con decir, refiriéndose a Rojas, que el 13 de julio de 1615, derrotó con sus seis naves, en la costa de Perú, ocho que el Virrey había enviado contra él.

Por otra parte, Carvallo no habla nada de Lemaire, y refiere la invasión de Spilbergen, cuya relación confronta en parte con la que se lee en la *Cronología histórica de América*. He aquí su tenor.

Spilbergen entró por el estrecho de Magallanes y se dejó ver en el mar del Sur con sus naves, por mayo de 1615. Los habitantes de la isla Mocha le hicieron señas

para que arribase, pero receloso, echó el áncora a media legua de distancia. El jefe de los indios fue a bordo con uno de sus hijos, y llevó provisiones. Como era la única cosa que quería Spilbergen, se largó luego que las tuvo.

El 29, los holandeses fueron a anclar en frente a Santa María, y mientras que, por un lado, no quisieron aceptar, por desconfianza, un convite, que ofrecían algunos españoles, a los oficiales de marina; por otro, desembarcaron tres compañías, y un cuerpo de marinos que incendiaron algunas casas, y se llevaron quinientos carneros, trigo, cebada, habas y gallinas, con todo lo cual se hicieron a la mar.

El 1 de junio, pusieron la proa a Lima, y, de paso, Spilbergen echó algunos hombres a tierra en Concepción, en donde puso fuego a algunas casas. De allí, fue de arribada a Quintero para hacer leña y aguada, lo cual hecho, se dirigió a la costa de Perú.

El Virrey envió contra él una escuadra de ocho buques, mandada por el almirante Álvarez del Pulgar y por el general Rodrigo de Mendoza. Las dos escuadras se encontraron y se embistieron el 17 de junio, y la fortuna se declaró por la holandesa. La almiranta española fue echada a pique, y Spilbergen capturó un patache, y desmanteló las otras seis naves que se retiraron muy maltratadas.

Dueños del mar del Sur, los piratas fondearon en el Callao por espacio de ocho días. De allí se fueron a Paita, y después de haber ejercido muchas piraterías, volvieron por Filipinas a Holanda, a donde llegaron en 1617²²¹.

²²¹ Así lo dice Rojas; pero Ulloa y Jorge Juan aseguran que en Filipinas don Juan Ronquillo deshizo completamente este pirata.

CAPÍTULO XLV

Nuevos sucesos de la guerra defensiva. Muerte de don Alonso de Ribera. Elogio de este General.

(1617)

El padre Valdivia llevaba adelante su sistema con el más laudable tesón, y luchando animosamente, no sólo contra la situación crítica de su causa sino, también, contra sus detractores, en cuya sistemática oposición la historia descubre, con pena, interés y pasión; al paso que Valdivia había dado, y daba sin cesar, pruebas del más noble desinterés. Sus fines estaban en su corazón, y su interés, en el éxito de sus penosas faenas. A pesar de la irritación, que crecía, de los indios de guerra, el padre Luis se aventuraba continuamente e iba a ver los indios de paz, que se echaban en sus brazos, y que él estrechaba contra su corazón con la ternura de un verdadero padre. ¿Cómo no habían de creer en él, viendo el poco caso que hacía de la vida, exponiéndola continuamente a los mayores riesgos por el buen suceso de la paz?

Sí, creían en él los indios, pero en él sólo, porque así se lo aconsejaba su instinto. Así es que los de guerra violaban continuamente la frontera, burlándose con tanto arte como arrojo, de fuertes, del campo volante y de patrullas. Pero en una de estas agresiones, cayó Pelantaru en manos de un valiente y vigilante capitán, llamado Ginés de Lillo. Éste pues, prevenido de que Pelantaru proyectaba una expedición o sorpresa, le dejó pasar, le sorprendió él mismo, le hizo prisionero y persiguió a los suyos, que, como sabemos, se desbandaban al punto en que perdían a su jefe, hasta un monte en donde los cercó por una pronta maniobra. Sin duda era corto el número de estos fugitivos, puesto que Lillo les hizo dar muerte a todos y enterrarlos para ocultar el hecho. Todo esto con tanta prisa y con tal sigilo, que ni el mismo padre Luis de Valdivia lo supo.

Justamente en esta época, llegó de España otro jesuita, el padre Luis Sobrino, con nuevas órdenes de la Corte para mantener la guerra defensiva. Los enemigos de Valdivia creían que Sobrino había ido a la Corte enviado por el padre Luis, con el fin de contrarrestar los informes que llegaban al Monarca contra dicho sistema; pero, aunque así fuese, no sólo Valdivia habría usado de un derecho respetable sino que aun hubiera llenado un deber. El hecho es, que, además de estas nuevas órdenes que

prohibían la guerra ofensiva, el jesuita Sobrino traía un testimonio del desagrado de S.M. contra el Gobernador, jefes y oficiales del ejército de Chile que desaprobaban el sistema de pacificación últimamente adoptado; y este testimonio aumentó el odio y el encono contra el padre Luis de Valdivia, y el propósito de hacer cuanto fuese posible por desmentirle, bajo pretexto de derecho natural de defensa y de celo por el servicio. De suerte que los lectores tienen ya todos los datos necesarios para resolver el problema de la perpetuidad de la guerra de Chile, problema, que se reduce a saber por qué en tantos años, con tantos esfuerzos de parte de los mejores militares de aquel tiempo, y con tantos sacrificios, duró y no se acabó.

En cuanto a don Alonso de Ribera, sin entrarnos en lo íntimo de su conciencia, de que, por más que digan, no dio el menor indicio acerca del sistema de guerra, recibió la represión del Monarca con un amargo sentimiento. Ya enfermo y disgustado, su mal se agravó, y falleció el día 9 de marzo en la ciudad de Concepción²²², causando universal sentimiento con su muerte. El único consuelo que tuvo en sus últimos instantes fue el saber que los padres hospitalarios de San Juan de Dios, que él había pedido al virrey de Perú, príncipe de Esquilache, para que viniesen a encargarse de los hospitales de Chile que se hallaban muy descuidados, acababan de llegar con su superior fray Gabriel de Molina.

En efecto, la orden de entrega a estos religiosos, del hospital de Concepción se dio el mismo día 9 de marzo, por el Cabildo, que aun quiso reservarse el título de patrón; y la entrega se efectuó el 18 de abril. Gran fortuna fue la llegada de estos interesantísimos padres para los pobres enfermos: en cuarenta y siete años de su asistencia, se contó el número increíble de veintisiete mil doscientas treinta curas en ambos sexos.

Los hospitales de Chile habían sido fundados por el gobernador Valdivia. En 1555, había fundado en la capital el de Nuestra Señora del Socorro. Dos años después de la muerte del fundador, fueron asignados a este hospital una estancia en Chada, una encomienda en la provincia de Maule y la facultad de enviar a cada mina de oro un indio para que tomase de este metal todo cuanto pudiese cargar por sí solo y llevar sobre sí. Este hospital estaba al cargo del Ayuntamiento, el cual nombraba cada año dos administradores. Los enfermos eran entonces muy bien asistidos; pero las cosas, en este punto, se habían alterado.

El hospital de Concepción estaba administrado de modo que ya era tiempo que los religiosos de San Juan de Dios llegasen, y su venida, con las reformas que se siguieron, puso de manifiesto cosas muy poco dignas. Por eso no les faltaron a estos padres enemigos y calumniadores absurdos; pero la opinión hizo justicia, y su conducta ejemplar triunfó de ellos.

²²² Don Alonso de Ribera era de Úbeda, en Jaen. Era un brillante oficial que se había distinguido en las guerras de Flandes, y que últimamente había mandado dos veces en Tucumán y otras dos en Chile, dando pruebas de gran saber y de estar dotado de bellas prendas. De la ilustre chilena (hija de la heroína de Imperial), con la cual se había casado, como se ha dicho, dejó un hijo y dos hijas; el primero era capitán de su ejército; una de sus hijas se entró religiosa en el monasterio de Agustinas, y la otra se casó con el presidente de Guadalajara, don Juan de Canseco. El mayor elogio del carácter de Ribera es que dejó a sus hijos pobres, no obstante las ocasiones, grandes y frecuentes, que había tenido de enriquecerse. Ovalle.

CAPÍTULO XLVI

Gobierno interino del licenciado Hernando Talaverano. Protección que da a la guerra defensiva.

(1617)

Es de notar que así como la muerte del gran Huenencura coincidió con la del gobernador de Chile García Ramón, lo mismo ahora, sucede la de Ancamún cuando fallece don Alonso de Ribera. Los butalmapus nombraron por sucesor de Ancamún a Loncotegua, cuando el cabildo de Santiago entregó el mando a Hernando Talaverano, nombrado en el testamento de Ribera²²³. Pero Loncotegua renunció al mando, y éste recayó en el toqui Lientur, el cual escogió por su teniente general a Levipillán.

Al instante en que fue revestido del supremo poder, Lientur dio tales pruebas de aptitud militar y de actividad, pasando y repasando el Biobío con sorpresas invisibles, imperceptibles, hasta que había dado el golpe, que los españoles le pusieron el sobrenombre de Duende.

Con la noticia de estas invasiones, Talaverano salió de Santiago y viajó con tanto apresuramiento, que el 1 de abril pasó por Rancagua; el 12 entró en Yumbel, y el día 10 de julio, ya estaba en Concepción, en donde por primer acto de su gobierno se declaró partidario del sistema de pacificación del P. Luis de Valdivia, y manifestó altamente que entendía que todos lo respetasen, aunque no fuese más que por hallarse en reales órdenes, bajo severas penas. De esta manera, puso término a clamores que, a otros inconvenientes, juntaban el de ser ridículos, pues eran inútiles.

Viéndose bien apoyado, Valdivia cobró aliento, y continuó sus gestiones de pacificación pidiendo al Gobernador la libertad de los prisioneros hechos por su predecesor. Talaverano la concedió, y P. Luis los envió con nuevas amonestaciones a los indios de guerra. Pero es de notar que estos prisioneros, al volver a los suyos, iban muy bien vestidos y con aire y semblantes, no de esclavos que salen

²²³ Aún insistente, o parece insistir el Cabildo en que los gobernadores no tenían este derecho, puesto que se lee en su acta del 16 de marzo: "Cuyo nombramiento (el de Talaverano por Ribera) no sería enteramente legítimo, pues le auxilió con una real provisión la Real Audiencia".

de cadenas, sino de hombres libres que habían viajado por su gusto. Esta novedad agradó muchísimo a los demás indios, los cuales deseaban con ansia verse con tan buen gobernador, pero no se atrevían a salir a la frontera. Lo supo Talaverano, y al punto les envió un mensaje tan halagüeño de promesas y seguridad, con tal que se avistasen de buena fe con el P. Valdivia, que los indios ya iban a salir, cuando una nueva sorpresa de Lientur imposibilitó este feliz proyecto. Esta sorpresa fue ejecutada con tal tino táctico y tal determinación que ya estaba completamente ejecutada cuando hubo noticia de ella.

A Lientur, general en jefe, se había juntado otro Lientur, cacique de Cayegumo, el cual, de amigo de los españoles, se había cambiado en enemigo por resentimiento de haber perdido una hermosa dama que le habían quitado. Reunidos estos dos Lientur, dieron el golpe de mano de que hablamos, arriesgándose hasta Chillán, y volviéndose con la presa de nada menos que cuatrocientos caballos, con los cuales se retiraron por el boquete de Sierra Velluda.

En este tiempo, ya un nuevo gobernador, nombrado por el príncipe de Esquilache, estaba para llegar, y Talaverano dejó las cosas en tal estado por no tener el disgusto de entablar lo que él no podría concluir, y lo que otro desharía tal vez, no aprobándolo²²⁴. Sólo había mandado diez meses.

²²⁴ Talaverano dejó memoria y descendencia en Chile; una de dos hijas que tuvo fue la mujer de Vega Bazán, presidente que fue de la audiencia de Panamá. Ovalle.

CAPÍTULO XLVII

Gobierno de don Lope de Ulloa y Lemos. Su oposición al sistema de Valdivia. Este ilustre jesuita se retira a España. Muerte de Ulloa.

(1618 - 1620)

Ulloa fondeó en Concepción, bien que le esperasen en Valparaíso. Según Rojas, debió de hacerlo así, porque, sin duda, traía tropas y pertrechos. Esta suposición es plausible, puesto que sea lástima que los compiladores de la época, lo más del tiempo, tengan que atenerse a suposiciones. Por fortuna importa poco que Ulloa haya fondeado en una o en otra parte. El hecho es que el cabildo de Concepción le recibió y reconoció por gobernador y presidente, el día 12 de enero.

No es demás el notar que Núñez de Pineda continuaba en el empleo de maestro de campo, y que el sargento mayor era Fernández de Rebolledo. Estos dos oficiales superiores guardaban y vigilaban la frontera.

Ulloa la fue a visitar por sí mismo, se aseguró del buen estado de defensa, y de allí se fue a Santiago, a donde llegó por abril. En su recibimiento, hubo, según el Cabildo mismo lo confiesa, algunas circunstancias delicadas que no le parece conviene expresar; circunspección muy digna y loable en los capitulares de Santiago. Pero estas circunstancias delicadas Carvallo nos las cuenta, en sustancia, así.

El gobernador Lope de Ulloa, capitán de los gentiles hombres lanzas de Perú, era un general de mérito sólido, un hombre de mucho juicio y aun de gran previsión y sagacidad, pero sumamente puntilloso, en honra, decían sus apasionados, de su representación, y de ningún modo por futilidad personal. Así debía ser, admitido una vez el mérito incontestable de Ulloa. De todos modos, al entrar en la capital, pretendió que le recibiesen bajo de palio. Si se hubiese limitado a esto su dignidad, tal vez no se le hubiese tomado muy a mal; pero no fue así, puesto que declaró entendía que en los casos en que los oidores de la Audiencia debían ponerse en pie, él se mantendría en su asiento.

Este rasgo, no se le pudieron perdonar los togados españoles, los cuales, en todos los tiempos, han mirado con ceño desdeñoso –real o afectado– el uniforme militar, bajo la máxima de Cicerón: “*Cedant arma togae*”. Enviaron informes a la Corte contra su presidente Ulloa, y a su tiempo, este Gobernador recibió orden superior de conformarse a los usos y costumbres de sus predecesores.

Sin embargo, Ulloa era naturalmente bondadoso y conciliaba, cuanto era posible, las exigencias de sus deberes con las urbanas y sociales, y cuando vio el Cabildo opuesto a la supresión del servicio personal de los indios, como perjudicial, dejó a su arbitrio el nombrar dos apoderados que ventilasen este asunto para dar satisfacción al Virrey.

El 18 de septiembre, el Gobernador estaba de vuelta en Concepción a donde le llamaban las continuas e impunes correrías de Lientur sobre el territorio español. Pero, antes de entrar en los detalles inevitables de hechos militares, no podemos menos de advertir una cosa digna de ser anotada, y es, que, ni la guerra ni los contratiempos, ni las desgracias mismas más lastimosas, impedían, cuando la ocasión lo permitía, los regocijos, los carteles, torneos, sortijas, cañas y corridas de toros. Todo esto tuvo lugar con ostentación y júbilo en Santiago y en Concepción, para celebrar, por mandato del Rey, la festividad de Nuestra Señora de la Concepción. Ya sabido es que en la parte religiosa de estas festividades los principales papeles pertenecen a los cabildos, eclesiástico y secular, y a las corporaciones religiosas, y jamás todos se esmeraron tanto por solemnizar un día santo, como en esta coyuntura.

Volviendo al estado de la guerra, la Corte empezaba ya a tener menos esperanzas en el buen éxito del sistema del P. Luis de Valdivia, vistos sus pocos efectos, y los informes contrarios que le iban de Chile, y se acordó de que si Ulloa era excesivamente puntilloso, por un lado, también era, por otro, un militar de grandes conocimientos y capacidad. En consecuencia, el Rey le envió carta blanca, y plenas facultades para que obrase según su conciencia y ciencia militar, adoptando, según le pareciese, la guerra defensiva o la ofensiva, con preferencia, en cuanto posible fuese, de la primera, a fin de evitar efusión de sangre; puesto que el mayor deseo del católico monarca era reducir a los indios al seno de la Iglesia.

Ulloa se mostró digno de esta eminente confianza y quiso corresponder a ella formándose juicio por sí mismo de la verdad, sin fiarse en informes interesados o apasionados. Oyó, sin embargo, cuanto unos y otros le decían; y, de opiniones diversas, formó poco a poco la suya. Antes de adoptar medidas extremas, y conformándose al deseo piadoso del Rey en favor de los araucanos, pasó a Santiago con el solo objeto de consultar con militares retirados, que debían ser, a su parecer, desinteresados; y con su antecesor Hernando Talaverano.

¡Cosa extraña! Este mismo Talaverano, que había sostenido con tanta autoridad al P. Luis de Valdivia, sostiene ahora, “que jamás se conseguiría someter a los indios, sino por una guerra de exterminación”.

Francamente, creemos el hecho apócrifo, aunque no tendría nada de extraño que Talaverano pensase ahora así, y en lo pasado de otro modo. Sea como fuese, el Gobernador concluyó sus exámenes de opiniones, oyendo muy particularmente y con la mayor atención al mismo P. Valdivia, sin tomarse la libertad de interrumpirle una sola vez; y creyéndose bastante bien informado, volvió a Concepción.

Pero aquí, aún no quiso obrar precipitadamente, y concedió al P. Luis la libertad de Pelantaru que el padre le pidió. Marchó Pelantaru muy engalanado, y en apariencia muy reconocido; pero a pocos días de su vuelta entre los suyos, el

mismo Pelantaru atacó con Lientur la frontera. Es verdad que en una reunión de guerreros, en donde Pelantaru parecía dispuesto a quedar fiel a su palabra, le emborracharon, y que, seducido, se dejó llevar tras de Lientur. De todos modos fue con él, y este hecho le pareció a Ulloa suficiente para no temporizar en adelante, y usar de la libertad que tenía de optar, según su conciencia, entre la ofensiva y la defensiva. En vano Valdivia le hizo reflexiones, Ulloa persistió en su determinación y marchó con arranque sobre Purén, talando, quemando y haciendo prisioneros, los cuales fueron repartidos entre los oficiales que se habían distinguido.

Puesto el ejército en cuarteles de invierno, regresó el Gobernador a Concepción. Viéndose sin poder, y afligido del mal éxito de su empresa, cuyos fines habían sostenido su magnánimo corazón en medio de grandes tribulaciones, el P. Valdivia se retiró y se embarcó para España.

Ya volvía la primavera, ya Ulloa pensaba en salir a campaña, cuando, inopinadamente, un ataque de gota, mal de que adolecía, le arrebató. Este Gobernador murió el 8 de diciembre de 1620, en Concepción.

CAPÍTULO XLVIII

El P. Valdivia.

La historia debe al P. Luis de Valdivia una mención muy especial, y no puede dejarle irse como un fugado, cuando era, y lo será para la posteridad, un gran hombre, un hombre de bien, un bienhechor de sus semejantes ardiendo en caridad cristiana, y tan arrojado pacíficamente (lo que es serlo mucho más), como el más intrépido guerrero, cuando se trataba de los fines de su santa y heroica misión.

El P. Luis de Valdivia²²⁵ era maestro de novicios en el colegio de Lima cuando Felipe II envió de España ocho jesuitas para fundar el de Chile. Reflexionando el provincial de Lima, Sebastián Parricio, que los suyos serían más aptos para ello, por conocer la lengua y las costumbres de los indios, guardó consigo los que llegaban de la Península, y envió en su lugar otros tantos de los suyos, con el viceprovincial Baltasar Piñas y el P. Luis de Valdivia por rector, en atención a su sabiduría y a sus grandes calidades.

Estos fundadores del colegio de jesuitas de Chile se embarcaron en el Callao, el día 2 de febrero de 1593, con viento próspero y mar bonanza; pero muy luego sobrevino una borrasca, y tuvieron que arribar a Coquimbo, en donde el P. Valdivia aprovechó el tiempo y la circunstancia, operando una multitud de conversiones, y bendiciendo al cielo por haberles enviado la feliz tempestad que las había ocasionado.

El 12 de abril siguiente, llegaron a Santiago, y sin tomar el menor descanso el activo rector se puso a recoger donativos y limosnas para la erección del colegio máximo, y de un grandioso templo, declarando fundadores a cuantos contribuyeron a esta obra. Entre éstos, se hallaron el capitán Andrés de Torquemada y don Agustín Briseño, el cual tomó el hábito, y perdió la calidad de fundador en este hecho, según decía el agudo Valdivia, no habiendo podido llenar enteramente las condiciones del auto de fundación. Pero esto era un puro fingimiento piadoso para dejar lugar a otro fundador, que podía presentarse, para concluir sus edificios.

Esta interesante ocupación no le impedía de predicar no sólo a los indios sino, también, a los españoles, que tal vez podían sacar algún provecho de sus sermones.

²²⁵ Pariente muy cercano del conquistador de este nombre. Ovalle.

En 1597, estando ya sus construcciones muy adelantadas, marchó de misión a Concepción, a Imperial y a Valdivia, tomando en todas partes su alojamiento en los hospitales, y predicando con frutos de bendición. En Osorno, estando el hospital lejos de la ciudad, aceptó el hospedaje que le ofreció un noble ciudadano en su casa. Este caballero, prendado de la virtud y del ardor del P. Valdivia, y oyéndole expresar con cuanta ansia deseaba propagar la fe, fundando colegios o casas de conversión, le hizo donación de la suya para que hiciese de ella lo que le pareciese.

Aceptó el P. Luis, y ya iba a mandar poner manos a la obra para convertirla en colegio, cuando repentinamente tuvo que restituirse al colegio máximo.

Hasta la ruina y despoblación de las colonias, este misionero ejerció su ministerio en cuanto se lo permitieron los acontecimientos de la guerra y las situaciones de los ejércitos, operando conversiones, y dándose a conocer a los indios por un ángel de caridad y por un apóstol de verdad. Pero después de la pérdida de las colonias, pareciéndole al provincial que ya nada le quedaba que hacer al P. Luis en Chile, y que sería más útil en Lima, le mandó volver a Perú a regentear su antigua cátedra de Teología. Tal era su mérito, que en todas partes hacía falta, en donde no se hallaba se le echaba de menos.

Hemos visto posteriormente su celo y su saber en la ardua empresa de la pacificación del reino de Chile. Ha habido pocos hombres en el mundo capaces de su arrojo frío y reflexionado. A toda costa, aunque le fuese en ello la vida, el P. Luis de Valdivia quería, y lo probó, conseguir el fin más alto que se podía soñar en el estado en que estaba la guerra de Chile, visto, sobre todo, el resentimiento de los araucanos, su genio guerrero, su aptitud militar, su táctica irresistible y su sagacidad estratégica. Es increíble que las pruebas que ha hecho entonces este jesuita no hayan subyugado todos los corazones y todos los entendimientos.

Pero razón, entendimiento, todas las facultades nobles del ama se ocultan y huyen del contacto de pasiones que no lo son. La más lejana posteridad admirará al P. Valdivia, su noble y elevada inteligencia, y la magnanimidad de su anchuroso corazón, puestos en evidencia por los sucesos posteriores y por la interminable resistencia de los bizarros araucanos.

Así pensaba probablemente también el rey de España, puesto que le recibió con las más lisonjeras pruebas de bondad, y le colmó de consideración queriendo nombrarle al supremo Consejo de Indias. Pero Valdivia no tenía ambición. Para él le bastaba su alma y lo estrictamente necesario al sustento de su cuerpo; y lo mismo que al salir para Chile, con poderes del Rey para la pacificación, había dado gracias a S.M. por el obispado de Santiago, que el Monarca le propuso; así ahora se las dio por el cargo de consejero de Indias, sin aceptar ni antes ni después.

Preguntándole, pues el Rey lo que quería:

“Nada más, señor, respondió él, que algún dinero para libros, y licencia para ir a terminar mis días en mi colegio de Valladolid”.

Así fue, y allí murió por el año 1642.

CAPÍTULO XLIX

Gobierno interino del oidor don Cristóbal de la Cerda.

(1621)

Una de las grandes fatalidades de las cosas de Chile era la corta duración de los gobiernos. Apenas tenía tiempo un gobernador para enterarse del estado de los asuntos del reino, cuando ya otro venía a ocupar su lugar, y no tenía para qué pensar en formar planes cuya ejecución no estaba reservada para él. No hay más que ver lo corto de algunos capítulos de los que preceden, conteniendo cada uno los acontecimientos de un gobierno, no siendo justo el confundirlos, ni conveniente el poner en parangón a los gobernadores, los cuales tenían y tuvieron todos su respectivo mérito.

Don Cristóbal de la Cerda fue reconocido gobernador del reino el 13 de diciembre, después de la muerte de Ulloa, como solo oidor que quedaba en la Real Audiencia por muerte de todos los demás, y por la ausencia de su colega Machado que se hallaba en Lima con negocios urgentes. Hubo en esta ocasión una de estas particularidades notables que sólo se ven en la interesantísima historia de Chile, historia que, como lo dice Ovalle, no tiene su semejante entre las demás historias; y fue que, por si no era *legítimo* su nombramiento, De la Cerda se confirmó a sí mismo en el mando. Mientras que el Cabildo sólo había dudado de la legitimidad de estos nombramientos, no había nada que extrañar, porque los capitulares eran verdaderos padres de la patria, y su celo en mantener en toda su integridad su poder y autoridad, como tales, era muy laudable, y no puede menos de honrarlos altamente a los ojos de la posteridad. Pero aquí, no es el Cabildo sino toda la Real Audiencia, representada por uno solo de sus magistrados, la que duda; y, por otro lado, se reconoce a sí misma bastante poder político y ejecutivo para quitarse a sí misma dudas, confirmándose en la verdad de la cosa dudosa. Esta contradicción de insuficiencia implícitamente reconocida, y de poder ejecutivo, podía surgir de que, si era indudable que el capitán general fuese presidente de la Audiencia, no lo era tanto que el presidente de la Audiencia fuese capitán general; y que, tal vez, la real cédula en favor de García Ramón no estaba bastante explícita en este particular.

De todos modos, este Gobernador dio principio a su mando ocasionando al Cabildo una pesadumbre, o, a lo menos, un gran disgusto, con suprimir el servicio

personal de los indios, llevando a debido efecto, por medio de público bando, la tasa, hecha por el Virrey, de lo que habían de pagar por año²²⁶. Una y otra providencia se empezaron a ejecutar el día 4 de marzo, en un vecino de Santiago llamado don Fernando de Irarrazabal, y al parecer, no con general disgusto, puesto que el obispo Villarreal exhortaba a que este cobro se hiciese con mucha compasión, añadiendo que más valdría no hacerlo en manera alguna. Quiroga dice también que sería el único medio de tenerlos contentos, puesto que, aunque no les costase más que ocho reales al año la contribución de pecho, les parecería violenta.

Como se ve, era un conflicto en el cual sería temerario el querer decidir a tres siglos y tres mil leguas de distancia.

Al recibir su nombramiento, De la Cerda tuvo dos cartas; una, del cabildo de Concepción, y la otra, del maestro de campo Pineda, el cual le daba parte de que Lientur y Catillanca de Purén habían forzado la línea y causado desastres en Yumbel. Con esta noticia, el nuevo gobernador interino cerró la puerta de la Audiencia, y marchó a la guerra el día 15 de enero, llevando todas las tropas que había en la capital y a muchos de sus valerosos vecinos; y con celeridad, puesto que el 19 llegó a Teno el 30 a Maule y el 12 de febrero a Yumbel, según las noticias que tuvo de su marcha el Cabildo.

Los araucanos habían entrado y operado con tal rapidez, que no podían los españoles figurarse que formasen un cuerpo de ejército, sino más bien una cuadrilla de salteadores, y con esta persuasión, salió destacado el capitán Juan Alonso con su compañía para que les diese alcance antes que pasasen el Biobío. Corre el capitán Alonso, llega a dar vista al río cuando ya los araucanos estaban a la otra orilla, y lo pasa él mismo con sus soldados. Pero en aquel mismo instante, los araucanos hicieron alto y volvieron sobre sus perseguidores con tanto ímpetu, que los españoles, sorprendidos y sin formación, fueron batidos y quedaron todos allá o muertos o prisioneros.

Con estos sucesos, los jefes araucanos se daban por invencibles, y, según Molina, Lientur se reputaba el favorito predilecto de la fortuna.

Lo cierto era que los moradores españoles estaban consternados viendo cuan incesantes eran estas noticias desastrosas. En efecto, miércoles santo, el corregidor entró en el cabildo con una carta, fecha el 22 de marzo, anunciando la pérdida del fuerte de Nicolguenu, con muerte de catorce soldados españoles, y doce auxiliares que servían la artillería; y añadiendo que había aún que temer nuevas y mayores desgracias por falta de fuerzas para resistir a los araucanos. Con esto, y con la bandera que flotaba desplegada en Santiago pidiendo reclutas, la ciudad y el cabildo mismo se hallaban en gran apuro, por la imposibilidad en que estaban de enviar refuerzos a la frontera.

²²⁶ Este acto del Virrey, acto que encerraba 73 artículos, fue confirmado muy luego por una real cédula de 17 de julio de 1622. Según la tasa susodicha, todos los indios, desde los últimos límites de Perú hasta el canal de Chiloé, debían pagar solamente 8 pesos y 4 reales al año: 6 para el comendador respectivo, 1 ½ al cura párroco, medio al corregidor, y otro medio al protector. Los del archipiélago de Chiloé no tenían que pagar más que 7 ½; y los de la provincia de Cuyo, 8. (León, Mercedes reales.)

En cuanto al Gobernador, es preciso confesar que hacía todo lo que era humanamente posible con los cortos recursos de que podía disponer, manteniendo una vigilancia continua sobre la línea, mientras que suplía la falta de soldados con fortificaciones. Al norte del río de la Laja, y al sudeste de Yumbel, con una legua de distancia intermedia, mandó erigir el fuerte de San Cristóbal. Pero si estas fortificaciones protegían a los defensores que estaban dentro del recinto, no impedían a los indios de burlarse de ellos por otros lados, como lo hacía Lientur muy a su salvo.

Esta reflexión nos recuerda que el P. Luis de Valdivia acababa de retirarse de Chile en vista de la orden del Rey para tomar la ofensiva, o mantener la defensiva, según pareciese conveniente. ¿Por qué se mantiene De la Cerda en la defensiva, puesto que tanto anhelaban por castigar a los indios? La facultad amplia que el Rey había dado a Lope de Ulloa, éste debía haberla transmitido a su sucesor, sin género de duda. ¿Por qué De la Cerda no se sirve de ella? Una de dos; o por falta de fuerzas, o porque opinaba por la defensiva; y ésta ha sido siempre la opinión del tribunal de Santiago, en general, y de algunos de sus miembros esclarecidos, en particular. Volvamos a los hechos.

El Gobernador, después de haber asegurado la defensa de la frontera, salió de Yumbel para la plaza de Buena Esperanza, porque un desastroso incendio la redujo a cenizas. ¿Cuál de estas dos plazas fue reducida a cenizas? Porque es imposible colegirlo claramente de la confusión lastimosa de los apuntes de aquel tiempo. Sin duda la de Yumbel, puesto que la hizo reedificar sin demora porque su distrito estaba expuesto a continuas correrías de los guerreros de Purén. Bien que Carvallo sólo hable de este acontecimiento, no puede dudarse de que haya sucedido, por la razón que ya en otra ocasión hemos dado, a saber, que es mucho más fácil ignorar un hecho que inventarlo, sobre todo cuando no ofrece motivo de interés.

En resumen, Pérez de García asienta que este Gobernador, presidente de la Audiencia, se mantuvo sobre la defensiva, permaneciendo personalmente ya en Concepción ya en los fuertes, hasta el 7 de abril que bajó a invernar a Santiago, de donde no volvió a salir. En noviembre, llegó a Concepción un gobernador nombrado por el príncipe de Esquilache, y por consiguiente, De la Cerda pasó siete meses en Santiago muy tranquilo, bien que en todo este tiempo los araucanos no cesasen de amenazar la frontera; porque estaba seguro que se hallaba bien defendida. De donde se sigue evidentemente que no era tan imposible el conseguir este fin, ni se necesitaban tantas fuerzas para ello. La historia es una abeja laboriosa que, voltejando en medio de los hombres y de sus acciones, sólo se fija en los que le dan jugos para su obra, la cual es un conjunto de consecuencias morales, de reglas y de principios de conducta. El hecho de una permanencia pacífica de siete meses en Santiago, sabiendo que el Biobío estaba bien guardado, es un argumento poderoso del cual el gobierno del ilustre Jaraquemada había sido ya el ejemplo más largo de que el sistema del P. Luis de Valdivia, sin el evento aciago de las mujeres de Ancamún, hubiera producido bienes infinitos. La historia lo aclarará.

Pero es cosa muy de notar que estos dos ejemplos han sido dados por dos presidentes de la celeberrima audiencia de Santiago, hombres eminentísimos en sabiduría y prendas personales. Y que no se nos diga que el elogio que hace Ovalle

de De la Cerda pueda ser debido a los sentimientos religiosos de este Gobernador, porque es preciso hacer justicia al autor que citamos, el cual no deja ningún gobernador sin alabanzas, según su mérito; y aun cuando la piedad de De la Cerda fuese a sus ojos un motivo más para ensalzarse, no iría tan descaminado, pues no nos parece que principios religiosos puedan ser malos consejeros en ningún caso.

“Aunque natural de México, dice Ovalle –en sustancia– era este gobernador oriundo de la casa de De la Cerda, tan conocida por su ilustre en España. Su ingenio y su memoria era portentosos, y ya en las primeras escuelas en donde había cursado, había prometido ser –con sus prodigiosos adelantos– el gran ministro de la Real Audiencia, y consejero de la chancillería de Santiago de Chile. A su sabiduría reunía un don de gentes universal; su nobleza brillaba en su afable cortesía llena de benignidad con cuantos tenían que hablarle y tratarle, por ínfima que fuese su condición. Los soldados le idolatraban, y todos se hubieran hecho matar por él, en el instante en que les hubiese dado la señal de batirse. No diré nada de su piedad –continúa Ovalle– por no ofender su modestia. Sólo diré que jamás se le ha visto a la derecha de un sacerdote, por mozo y poco elevado que fuese en dignidad; a todos les daba su derecha. En una palabra, don Cristóbal de la Cerda era un hombre muy eminente”.

CAPÍTULO L

Gobierno de don Pedro Osore²²⁷ de Ulloa. Se mantiene en la defensiva. Desórdenes de este gobierno. Agresiones de los araucanos. Otros piratas holandeses. Muerte del Gobernador.

(1621)

Este Gobernador llegó a Concepción y fue reconocido de capitán general por el cabildo de esta ciudad el día 5 de noviembre. Su edad avanzada no inspiró muy felices pronósticos, y tal vez el Virrey, príncipe de Esquilache, no le había dado el mando de Chile, sino porque se hallaba de gobernador en Guancabelica.

Don Pedro de Osore se mantuvo en la frontera todo el verano hasta el 1 de abril en que marchó para la capital. El cabildo de Santiago le envió una diputación a Maipo, y le recibió con la ostentación acostumbrada el 22 del mismo mes. El 27, quedó reconocido por presidente de la Real Audiencia.

Sus primeros pasos en el mando fueron desacertados, puesto que en lugar de empleados experimentados puso a otros que no tenían el más mínimo conocimiento de la guerra ni de las cosas de Chile; y el cabildo mismo manifestó esta opinión, diciendo que la corta duración de los empleos, y muy particularmente la del mando superior, eran grandes escollos para el buen acierto de los gobernadores. Estaban tan penetrados de esta verdad los capitulares, que el 20 de noviembre de 1621 acordaron pedir al Rey se sirviese prolongar la duración de los gobiernos.

Notemos, sin embargo, que era cosa muy difícil para el Monarca conceder lo que le pedían, pues que los trámites regulares eran que a un gobernador muerto sucediese un interino, mientras que el Rey mismo nombraba uno en propiedad; porque el autorizar al virrey de Perú para que hiciese estos nombramientos ofrecía o podía ofrecer grandes inconvenientes. Realmente hasta entonces el mal de la corta duración del mando había sido inevitable, pues todos los gobernadores habían muerto, excepto la primera vez que lo dejó don Alonso de Ribera por haberse casado sin real licencia.

²²⁷ Algunos escriben *Sores*, y debe ser un yerro. Pérez García escribe *Osore*, que nos parece más español. Sin embargo, Ovalle dice *Sorez*.

El nuevo gobernador recibió tres reales cédulas: la primera anunciando la muerte de Felipe III, y sus funerales, hechos el 31 de marzo de 1621; la segunda, promulgando el advenimiento de Felipe IV, a la edad de dieciséis años²²⁸; y en la tercera pedía el presidente del consejo real un donativo y un empréstito. Como en circunstancias críticas siempre las esperanzas renacen con las novedades de esa naturaleza, el advenimiento de Felipe IV causó una cierta sensación de contento, que produjo una especie de distracción en medio del desasosiego general. Lo cierto es que siempre hay cosas nuevas en estas grandes mudanzas.

Hasta entonces, el príncipe de Esquilache había descuidado enteramente de dar cumplimiento a la real orden que imponía a los virreyes de Perú el deber de recompensar en cada año doce beneméritos oficiales del ejército de Chile, y, a solicitud del cabildo de Santiago, el nuevo monarca renovó dicha real orden corroborándola con particular encargo. Este hecho prueba que los capitulares no sólo protegían a sus administrados naturales sino, también, a los militares.

Los protectores de los pobres indios, siempre maltratados, recibieron el título de protectores *fiscales* para estimularlos a llenar con más celo sus honoríficos empleos.

Pero con cosas buenas hubo una que probó muy mal, y ésta fue el nombramiento de maestro de campo que el gobernador Osorio hizo en su cuñado don Francisco de Alba y Norueña, contra reales órdenes que *prohibían* a los gobernadores y al mismo virrey de Perú el dar empleos en sus familias.

Volviendo a los araucanos, Lientur, por sí mismo o por sus capitanes, hacía correrías, y para ejecutarlas con probabilidad de éxito, se ponía en atalaya sobre los altos desde donde descubría los movimientos de los españoles, y daba señal a los suyos para que ejecutasen lo que él había mandado. En oposición a esta táctica, el Gobernador usó de la misma, mandando construir sobre el cerro de Negrete un fortín con el nombre de *Atalaya*, desde el cual se descubrían igualmente los movimientos del enemigo, que no podía pasar el Biobío sin ser visto. Este cerro era tanto más ventajoso cuanto tenía un rico manantial de agua.

Pero de nada sirvió esto, y si hemos de dar crédito a los apuntes de Carvallo, no era nada de extrañar; porque, por un lado, los jefes y oficiales españoles se hallaban muy descontentos con la guerra defensiva; por otro, miraban con hastío la indolencia del Gobernador, y con odio la de su cuñado y maestro de campo, el cual no pensaba más que en enriquecerse, aprovechándose de cuanto le venía a las manos. El ejército estaba mal vestido y mal pagado, y los soldados padecían hambre, mientras que él enviaba miles de pesos a Potosí, y se apropiaba las ovejas de los pagos de Buena Esperanza. Las consecuencias fatales de esta conducta fueron la desmoralización del ejército, la indisciplina y la insubordinación; y con esto, era inútil contar con el valor de las tropas. Los soldados tenían que robar para vivir, y se hicieron, por decirlo así, a cara descubierta salteadores. Todo el obispado de

²²⁸ Éste fue el primer monarca que concedió a los genoveses el transporte de negros esclavos a América para alivio de los indios. Según el abate Raynal, entraron allí nueve millones de éstos, desde entonces hasta sus días.

Concepción les temía como si fuesen enemigos, porque los jefes y capitanes nada podían.

Como para formar contraste, mientras el ejército español se desorganizaba, el araucano se arreglaba, y había alcanzado ya a un alto grado de orden y de disciplina. Por eso, y por lo que hemos visto ya de las agresiones de Lientur, parece muy extraño que no haya habido acciones de guerra. Molina se contenta con decir que no cesó la guerra contra los lienturanos. Pérez García dice que así lo cree, y que nota con sentimiento, por los muchos certificados, cédulas y testimonios en punto a informes de hidalguía y méritos de nobles patricios, cuán ligeramente se han escrito las cosas de este gobierno. Quiroga dice también que todo iba mal; que el ejército estaba desnudo y abandonado, y que el reino se hallaba en la más crítica situación.

Cuando todos se veían más desanimados lució súbitamente un rayo de esperanza con un despacho de Madrid del 21 de octubre, en que el Rey anunciaba la vuelta de don Iñigo de Ayala a Chile con una escuadra en que llevaba trescientos buenos soldados y todos los pertrechos necesarios. En efecto, Ayala había salido con todos estos preciosos recursos de Sanlúcar de Barrameda, y había navegado felizmente hasta el estrecho de Magallanes; pero apenas había entrado en él sobrevino una tan furiosa tempestad que se perdió la escuadra, y nunca se oyó hablar más de Ayala. Sólo se salvó la almiranta mandada por Francisco Mandrugano, el cual habiendo perdido de vista la capitana, que era *Nuestra Señora del Junca*, se dejó ir viento atrás a Buenos Aires, en donde desembarcó con su gente, la cual condujo por tierra a Chile.

Lo más portentoso, en medio de tantas adversidades, era que clamaban por poder hacer la guerra ofensiva. Hace algunos días, hemos visto a don Cristóbal de la Cerda temeroso de malos acontecimientos por falta de fuerzas, y ahora, vemos al cabildo de Santiago aprovecharse de la circunstancia de un nuevo Virrey, el marqués de Guadalcazar, que llegó a Lima a principios de 1623, para pedir con nuevas instancias al Rey autorizase la guerra ofensiva; alegando que la defensiva desmoralizaba al ejército español, al paso que el araucano se organizaba; representado que los enemigos, engreídos y soberbios, acometían a las estancias españolas, incendiaban, mataban y robaban impunemente; y que no se podía ya decir que mataban sólo a los que podían matarlos, puesto que habían dado a jesuitas pacíficos e indefensos una muerte cruelísima; por lo cual estaba visto que era urgentísimo el contenerlos con una guerra incesante a sangre y fuego, antes que los extranjeros tuviesen la idea de ir a apoderarse del puerto de Valdivia.

Que el cabildo de Santiago opinase para la guerra ofensiva, no había que extrañarlo; pero que supiese que los araucanos habían dado muerte a los tres jesuitas de Ilicura sin motivo, y aun sin grandes motivos de irritación y de resentimiento, nos parece menos conforme a la verdad de los acontecimientos. Igualmente aparece contrario a un buen raciocinio la consecuencia que teme de invasión extranjera en el reino. Según hemos visto en una circunstancia de piratería de holandeses, la opinión, si hemos de dar crédito a Pérez García, era que los chilenos aborrecían igualmente a todos los extranjeros. Si esta opinión no estaba bien fundada, era a

lo menos muy cierto que si hubiesen querido o pensado en ello, habían tenido ocasiones de coligarse con ellos y no lo habían hecho. Por consiguiente, era mucho más probable que la idea de hacer conquistas en Chile les viniese, al fin, a otras naciones en vista de la falta de habitantes chilenos y españoles, puesto que éstos se destruían recíprocamente con una guerra de exterminación. ¿Qué era la población de españoles desde los confines de Perú hasta el Biobío, es decir, es una extensión de doscientas cuarenta leguas que con su anchura formaba ocho mil y tantas cuadras? ¿Qué era la de los araucanos y demás indios en las cien leguas²²⁹ que les quedaban desde el Biobío hasta el mar de Chiloé? ¿Y qué había de suceder destruyéndose continuamente a sangre y fuego araucanos y españoles? Una de dos; o trasladar toda España a Chile, o hacer lugar a otras naciones.

En efecto, si los indios hubiesen querido, ahora mismo, en este instante, es decir, a principios de 1624, vuelven a la mar del Sur los holandeses, con la sola diferencia de que esta vez vienen del mar del Norte, y los habrían acogido. Pero antes, nótese que el año de 1623 se acaba de pasar sin acciones de guerra, a lo menos no las vemos en ninguna parte; y la defensiva bastaba para que las hubiese si los araucanos pasaban el Biobío; y, sin embargo, el ejército español estaba desmoralizado, sin disciplina, desnudo y hambriento, por un lado; y, por otro, los guerreros araucanos perfectamente organizados, briosos y emprendedores. Realmente, es una verdadera niebla de contradicciones. Vengamos a los holandeses.

En la ocasión presente, éstos traían nada menos que una escuadra y una armada. De la escuadra, sólo el cabildo de Santiago habla de ella. La armada fue avistada el 2 de febrero. Estaba mandada por un Jacobo Eremit Cherje, y se componía de once navíos de línea y dos pataches. Llevaba mil seiscientos treinta y siete hombres de desembarco²³⁰ y doscientas noventa y cuatro piezas de artillería. El primero que la descubrió, dice Pérez García refiriéndose a Quiroga, fue un vaquero que la vio pasar por en frente de la costa de San Antonio. Sin embargo, nadie sabe, puesto que nadie lo dice, en qué pasó el tiempo hasta el 8 de mayo que fondeó en el Callao con designio de ir a saquear a Lima. Con esto, el pobre ganadero, que había tenido muy buenos ojos, y que había corrido a dar parte al Gobernador de su descubierta, fue acusado de alarmista revolucionario, y ahorcado sin misericordia, crueldad más que dudosa, increíble, bien que lo aseguren Carvallo y Quiroga.

Sin embargo, la escuadra o armada, o uno y otro junto, era muy cierta, y si en el tiempo dicho hasta el 8 de mayo, nadie la había visto, era porque se había ido a la isla Juan Fernández a refrescar su gente. Según Carvallo, cuando se fue al Callao, ancló en la isla San Lorenzo con el proyecto de ir a apoderarse de Lima; pero era un proyecto insensato para sus pocas fuerzas, y así se estrelló. Pérez García dice que Eremit murió de despecho. Lo cierto es que murió el 2 de junio, dejando el mando al vicealmirante Ghen Puighen Scaffmann. Éste, más prudente, se limitó a

²²⁹ Muy cerca de ellas.

²³⁰ Pérez García. Carvallo dice: con 10.637 hombres de desembarco y añade que la escuadra holandesa (sin hablar de armada) había salido de Amsterdam el 29 de abril, 1623 y había entrado por el cabo de Hornos.

un bloqueo que duró cinco meses; se fue después a Guayaquil, incendió la ciudad, pirateó y, en fin, se volvió a Europa por el cabo de Hornos.

Por otro lado, Pérez García habla de una escuadra de cuatro navíos; pero ignora quien la mandaba ni lo que hizo hasta junio que fondeó en el puerto de Papudo. El corregidor de Santiago, Floreán Girón, corrió con las milicias a proteger el puerto de Valparaíso. Es de notar que, durante la ausencia de éstas, la Real Audiencia nombró un capitán de guerra, Pedro Lisperguer, para que con los vecinos guardase la ciudad.

En fin, el Gobernador, que ya lo era en propiedad, murió, cargado de años y de ajes, en Concepción, el día 18 de septiembre²³¹, dejando el interinato a su cuñado Noruela. Ovalle, que siempre dice lo bueno, y parece querer ignorar lo malo, dice que Osores era muy caritativo y limosnero; pero algunos, como Quiroga y aun Olivares, no lo quieren creer.

²³¹ Carvallo dice el 11.

CAPÍTULO LI

Interinato del maestre de campo don Francisco de Alba y Norueña. Sucédele don Luis Fernández de Córdoba y Arce. Esperanzas que inspira. Llegan refuerzos a Valparaíso. Orden y declaración de guerra ofensiva.

(1625 - 1628)

Reconocido por el cabildo de Concepción el 19 de septiembre, Norueña lo fue por procuración, el 2 de noviembre, en el de Santiago, y no pretendió que la Real Audiencia le reconociese por presidente.

Realmente repugna el dar cumplimiento al riguroso deber que impone la historia al que se encarga de escribirla, cuando hay que transmitir a la posteridad particularidades personales, que importaría muy poco ignorar, y que no son dignas de su atención.

Del gobierno interino de Norueña y de sus actos nadie habla si no es Carvallo, y lo hace con una vehemencia que realmente anuncia certeza de datos, según los cuales, este gobernador interino no había aguardado a que el propietario muriese para serlo, puesto que en vida y en virtud de sus ajes, había obtenido éste que el Rey le concediese la gracia de nombrarse un sucesor, cosa difícil de creer. De todos modos, don Francisco de Alba sólo se mostró hábil en atesorar y enriquecerse, y de ninguna manera en contener a los indios que no cesaban de insultar la frontera. Todo lo que hizo fue establecer algunas baterías que defendiesen a Concepción, y comisionar al oidor Machado para que fuese a Valparaíso, y otros puntos del distrito de la capital, con el mismo objeto. Por lo demás, al entregar el mando a su sucesor, al cabo de ocho meses de interinato, dejó el obispado de Concepción en tan lamentoso estado, que no pudiendo ya acudir a sus necesidades el de Santiago, hubo de enviar a comprar granos a todo coste a Perú.

El nuevo gobernador, don Luis Fernández de Córdoba y Arce, fondeó en Concepción el día 29 de mayo de 1625. Era este gobernador general de la armada de Filipinas y del puerto del Callao, señor de la villa del Carpio y xxiv^o de su nombre. El mismo día en que desembarcó fue reconocido por el cabildo de Concepción. Según Molina, traía refuerzos para el ejército y orden para tomar la ofensiva contra los araucanos. Pero esto, dice Pérez de García, no puede ser, puesto que dicha orden, fechada en Madrid, a 13 de abril de 1625, no llegó a Chile sino en enero de

1626. De todos modos su venida fue reputada de buen agüero, y dio grandes esperanzas de salir del atolladero en que todo se hallaba en Chile, esperanzas que no podían menos de ser bien fundadas, atendiendo a la gran reputación militar y otras brillantes circunstancias de este ilustre Gobernador. Por eso, sin duda alguna, nadie pensó en criticar su nombramiento, bien que fuese sobrino del virrey de Perú, que le había nombrado; y en efecto, empezó refrenando abusos en las administraciones, y desórdenes en el ejército, sobre todo, el vicio que tenían los soldados de jugar sus prendas de vestuario. La caballería se vio remontada en pocos días.

En este tiempo, Lientur había dejado el mando, no, como parece creerlo García, porque viese venir la guerra ofensiva, puesto que, según este mismo recopilador, la ofensiva no había venido sino por vejez y por resentimiento natural de sus grandes fatigas, como se lo parece a Molina. Putapichión Joreu fue electo unánimemente y con mucho aplauso su sucesor, por todos los butalmapus; pero era la estación de grandes lluvias poco propia a la guerra, y el gobernador español pudo permanecer en Concepción hasta la primavera, que salió con su maestre de campo don Alonso de Córdoba y Figueroa –primo suyo– y con el sargento mayor Rebolledo, para ir a inspeccionar las plazas y fuertes asegurándose de su buen estado de defensa. Era cuanto podía hacer por entonces, debiendo mantenerse en la defensiva, y empezó por la de San Felipe de Arauco, pasando el Biobío el 7 de septiembre, y dejando en ella a su maestre de campo. De allí regresó a la frontera, y puso en la de San Felipe de Austria al sargento mayor Rebolledo. Repartió la tropa entre los diferentes fuertes, y tomadas estas medidas de precaución, marchó para Santiago.

En Rancagua, encontró al alcalde Francisco Rodríguez de Ovalle, el cual había venido con un regidor, en nombre del Cabildo, a recibirle y acompañarle a la casa de campo preparada ya para esta recepción, y en la cual permaneció hasta el 21 de diciembre que continuó su marcha a Santiago, en donde fue inmediatamente reconocido gobernador y capitán general por el Cabildo, y, al día siguiente, presidente de la Audiencia.

Llega, por fin, el 25 de enero 1626, la tan deseada orden para la guerra agresiva. Gran alegría y satisfacción sobre todo, de parte del Cabildo, alegría y satisfacción respetables, en atención a que, si los capitulares padecían alguna ilusión en sus esperanzas, era claro que no se engañaban por capricho, si no es por convencimiento, bien o mal fundado, que nacía de un modo de sentir natural y sincero. Prueba de esta verdad ha sido la serie de solicitudes incesantes hechas a la Corte, en el espacio de trece años, para conseguirlo. Hela, pues, aquí esta real cédula, fechada en Madrid, a 13 de abril del año anterior, autorizando fuego y sangre, y la esclavitud de los indios. ¡Albricias! García dice que la guerra defensiva había hecho mucho mal a los cristianos y poco bien a la conversión de los indios, y añade que Olivares piensa también que ha sido perjudicial a unos y otros. Respetando la opinión personal de este recopilador de hechos, corremos a asegurarnos de lo concerniente a la de Olivares, y vemos en una misión que hizo el P. rector de Santiago en el distrito de Arauco, con los P.P. Oracio Vechi y Martín de Aranda:

Que en medio de cien caciques y una infinidad de indios pasó lo siguiente.



TERNERO ATACADO POR LOS CONDORES

cerca del Volcan de San-José.

Expone el P. rector el objeto de su misión, asegurando que él y los demás misioneros no se arriesgan por conquistar oro y tierras, sino por conquistar almas para el cielo. Habla enseguida de la dicha que trae consigo la fe; de la suavidad de los preceptos evangélicos; de las maravillas de los misterios de la religión cristiana, y de la dulce tranquilidad de los espíritus justos. Se levanta en pie el toqui de Pehuenche, reducción principal de Arauco, y en nombre de todos los demás, responde:

“No te canses en predicar; déjanos seguir nuestros usos y creencias. No estamos ahora para mudar de religión, puesto que estamos en guerra con los de Purén y de Imperial que son enemigos de los españoles, y nosotros, a la verdad. Sería una vergüenza que, cuando tenemos lanzas y macanas en las manos, las dejásemos para tomar un rosario, como si fuésemos mujeres o viejos caducos. Déjanos nuestra pluralidad de mujeres con las cuales damos soldados a la patria para que la defiendan, y honren nuestras canas, cuando seamos viejos. Déjanos, en fin, conducir la guerra y después hablaremos de eso”.

Pero todos no fueron del parecer de este toqui. Otro de la parcialidad de Arauco se levantó con otros treinta, y fue a ofrecer obediencia y regalos al rector, diciéndole que él y sus compañeros le oirían de muy buena gana, dándole infinitas gracias de las miras con que venía; que ya podía empezar a bautizar niños, puesto que las cosas que le decía del cielo le parecían cosa de maravilla.

Oyendo esto Levipangui, que era el que había hablado antes, tomó aparte al P. Aranda, y le dijo en confidencia:

“Bien me parece lo que nos decís; pero sabe que estamos recelosos de que vosotros los padres hagáis como hacían los curas, quitándonos los hijos para pajes y las mujeres para ser criadas. Si no lo hacéis, bien venidos. Ya podéis empezar a hacer cristianos”.

En efecto, empezaron los PP. su misión con frutos de bendición. Obligado el rector a volverse a su colegio de Santiago, se quedaron Aranda y Vechi, haciendo gran cosecha de almas en este punto de Arauco, que era el más poblado. De allí, pasaron a la isla Santa María, y, si hubiésemos de copiar las conversiones y casos prodigiosos de buena voluntad y fervor de los indios, casos contenidos en las cartas de los misioneros a su rector, serían necesarios volúmenes. Pero esta materia es historia aparte. Volvamos a nuestro tratado.

El 27 de febrero, sale el Gobernador de Santiago, pasa por Yumbel, y llega a Concepción el 20 de abril. Desde aquí, intima paz o esclavitud a los araucanos, intimación a la cual dan por respuesta aquellos valientes: ¡guerra, guerra!

Era cosa sabida y nadie extrañó la respuesta. Pero lo que sucedió entonces muy digno de anotarse fue que los indios amigos, siempre constantes y fieles durante la defensiva, se declararon enemigos con el solo anuncio de la ofensiva. Este acontecimiento, bien reflexionado, era la verdadera solución del problema; pero, lejos de estudiarlo, lo miraron los más como una prueba del odioso carácter de los indios; y con semejantes racionamientos no hay que esperar en saludables resoluciones. Hasta el concienzudo Quiroga habla de este hecho con cierta ligereza des-

deñosa. Según este autor, hubo entre los indios de paz algunos de distinción que proyectaron desertar llevándose a otros seducidos; y es de advertir que servían con sueldo, como auxiliares. Súpolo el Gobernador, y mandó prender a los principales motores, de los cuales cinco fueron condenados a muerte, y marcharon al patíbulo con la mayor entereza.

El 15 de septiembre, el Gobernador marchó a la plaza de Buena Esperanza; pero mientras no le llegasen refuerzos, no podía ir a buscar a Putapichión. Así sucedió que el 15 de diciembre, se volvió a Concepción. Esta ciudad fue declarada residencia del Gobernador; la plaza de Arauco, la del maestre de campo y la de Yumbel, la del sargento mayor. El Gobernador dio empleos a los criollos, y se granjeó el buen afecto de los habitantes.

El 27 de enero, entró en Valparaíso la *Trinidad* con refuerzos y pertrechos que no podían ser de mucha importancia, pues cabían en un solo transporte. El cabildo de Santiago envió víveres y orden al comandante para que fuese a desembarcar a Concepción; pero, o no la recibió o se desentendió de ella, puesto que los soldados que había traído se hallaban el 18 de febrero en Melipilla de marcha para Santiago. Lo más extraño entonces, fue que nunca se supo si habían retrocedido para dar cumplimiento a la citada orden, o si habían continuado por tierra. Lo único cierto ha sido que el Capitán General, que los esperaba con impaciencia para entrar en campaña, se hallaba aún en Concepción, en los días 12 de marzo, 30 de abril, 4 de junio, 13 de agosto, 3 de octubre y 13 de diciembre.

Mientras tanto, Putapichión se mantenía en la inacción, esperando, sin duda alguna, los efectos de la guerra ofensiva.

A principios de enero, salió Córdoba de Concepción con su ejército, y el 15 del mismo mes estableció su cuartel general en Yumbel, cerca de San Felipe de Austria. Su llegada allí dio la señal de las hostilidades. El maestre de campo Córdoba y Figueroa salió sigilosamente de Arauco con cuatrocientos españoles y ciento cincuenta auxiliares, llevando en ancas víveres para cinco días, con dirección a Tucapel. Allí, dividió sus fuerzas en correrías, hizo ciento quince prisioneros de diferentes edades y sexos, y antecogió cuatrocientos caballos con algunas cabezas de ganado. Algunos intrépidos tucapeles quisieron oponer una loca e inútil resistencia, y ocho quedaron muertos. Los habitantes en general habían huido a los montes con lo que habían podido llevar.

A esto se redujo por esta vez la guerra ofensiva, pues no parece que el Gobernador haya pasado el Biobío, ni que haya habido novedad alguna durante el verano, en la plaza de Buena Esperanza.

El 20 de marzo, ya estaba Córdoba en marcha para ir a invernar en Santiago, en donde permaneció hasta el 3 de octubre, en que las nuevas que recibió de Putapichión le obligaron a volver a la frontera.

Hasta ahora, la ofensiva no ha podido ocasionar muchos desastres a los araucanos; pero no podemos olvidar que durante los últimos cuatro años de defensiva, no obstante quejas y lamentos, no hemos visto acciones de guerra ni encuentros.

CAPÍTULO LII

Prosigue la guerra ofensiva. Valentía de Putapichion. Ataque de Chillán y muerte de su corregidor. Batalla de las Cangrejeras.

(1629)

Era Putapichión un gallardo mozo de Tomeco y de la encomienda de Trujillo; el cual, de amigo de los españoles –Dios sabe por qué– se había vuelto enemigo. Éste, pues, amenazado, quiso probar cuán poco caso hacía de amenazas, empezando él mismo la campaña con un golpe ruidoso contra la plaza de Nacimiento. Situada a la orilla austral del Biobío, además de su situación inaccesible por un lado, tenía esta plaza una buena guarnición y cuatro pedreros. Pero en nada de esto se paró el joven guerrero.

Llega éste con tropas veteranas de caballería, les manda echar pie a tierra, y a pesar de una verdadera tempestad de tiros y cañonazos, en un arranque, se aloja en el foso y se pone a cubierto del fuego de la defensa. El viento soplaba en aquel instante favorable a sus intentos, que eran nada menos que incendiar las casas, que a la verdad tenían techos de paja, y con flechas inflamadas, y no con disparatados tizones arrojados con hondas, lo llevó a efecto. Todas las casas ardieron menos dos, que se hallaron al abrigo del viento, y un baluarte, en donde las valientes tropas españolas resolvieron enterrarse antes que rendirse.

Sin embargo, su situación era de las más críticas por hallarse entre las llamas por detrás, y los enemigos por delante. Bien lo veía Putapichión, y contando por asegurada la victoria, se arroja a la cabeza de los suyos al asalto; pero tan sostenido fue el fuego de los defensores, y tan mortal para los araucanos, que por más que hizo el jefe, sus tropas se desordenaron y se retiraron dejando muchos muertos.

Y con todo eso, estas tropas desordenadas, según el mismo autor, llevaban hombres y mujeres cautivos; caballos y ganado; particularidad que cita también Molina. Hay en todo esto una contradicción manifiesta; pero por fortuna, la verdad, que es lo que se busca, se halla en el resultado final, contando por demasía detalles difíciles de conciliar; y esta verdad es que Putapichión, amenazado, es quien ataca sin amenazar; y que los amenazadores se defienden con toda su valentía, sí, pero con trabajo.

Esto es lo que se saca en limpio de los datos mismos de Figueroa, en el cual notamos cierta exactitud militar que nos aconseja le demos particular crédito. Pues

este mismo escritor dice, a consecuencia del ataque de la plaza de Nacimiento, que lejos de haberse desanimado, Putapichión volvió muy luego a pasar el Biobío con su trozo de veteranos determinados, y fue a infestar el hermoso valle de Quinel, hecho que otro escritor bien informado corrobora, añadiendo que lo ejecutó sin mirar en la proximidad de la plaza de San Felipe y burlándose, al contrario, de ella y de la celeridad con que el sargento mayor intentó cortarle la retirada.

Si fuese cierto, como lo asegura Carvallo, que Putapichión mandaba en esta ocasión mil quinientos caballos, no habría hecho una gran hazaña. Los que se conjetura con cierta probabilidad es que los seiscientos españoles que había en Yumbel, sorprendidos por de pronto, se rehicieron y rechazaron al enemigo, como lo dice Pérez García refiriéndose a Rojas.

El sargento mayor Rebolledo, cuya vigilancia no parecía muy propia a tranquilizar los ánimos, quiso tomar una especie de desquite de este último atentado de los araucanos, pasando el Biobío y ejecutando con algún éxito una correría en la que conquistó algunos caballos y ganados; pero no eran estas correrías lo que se entendía por guerra ofensiva, dirigida con tesón y vigor a su último fin que era la paz; lejos de eso, estos actos parciales de encono ocasionaban represalias seguras. Lo que se necesitaba era operar en masa, y no se comprende cómo ni por qué el Gobernador, que el 4 de diciembre se aprestaba para la campaña de verano de 1629, se mantuvo todo este tiempo en Concepción, en donde se hallaba el 11 de enero, el 7 y 20 de febrero, y 8 de marzo. Sin duda, como lo dice Carvallo, se ocupaba en actos de gobierno, proveyendo a empleos vacantes, reformando oficiales, poniendo orden y método de distribuciones y abastecimientos, pidiendo y obteniendo que un ministro de la Audiencia pasase cada año a Concepción para tomar cuentas y residencia, restableciendo la fábrica de paños de Quillota y tomando otras muchas medidas útiles. Además de esto, tenía desavenencias con la Audiencia, que provenían de ciertas exigencias de sus ministros: éstos querían que se les honrase con el saludo de banderas cuando pasasen delante de ellas, y el Gobernador lo prohibió, con entera aprobación del Rey. El fiscal de la Audiencia recurrió en una ocasión al Monarca con queja de que en un caso dado no se había podido proceder contra el secretario del Gobernador –Pedro Valiente de la Barra– porque nadie se atrevía a declarar contra él, y el Rey había mandado que el Gobernador mismo le castigase si era culpable. El Gobernador dio un corregimiento en Santiago a don Diego González Montero, y la Audiencia formó oposición a ello. Estos debates entre las primeras autoridades eran fatales, y, por desgracia, tomaron tanto incremento, que el Gobernador pensó que provenían de que los SS. de la Audiencia, hallándose lejos de su presidente, que lo era él, olvidaban que lo era, y representó al Rey sobre este particular, pidiendo que la Real Audiencia se trasladase a Concepción con el fin de poder presidirla más a menudo. Parece ser que el Monarca halló bastante bien fundada la suposición del gobernador de Chile, puesto que se S.M. mandó al virrey de Perú informarse sobre lo ocurrido, y sus causas.

Sea lo que fuere acerca de la ausencia del capitán general del teatro de la guerra, Pérez García opina que esta ausencia, que el llama inacción, dio margen a Putapichión para que osase emprender las jornadas de Chillán y de las Can-

grejeras, en las cuales batió a los españoles. Olivares, Figueroa y Molina cuentan estas dos acciones de guerra diez años antes que hayan sucedido, en 1619, bajo el gobierno de Lope de Ulloa y Lemos; pero Pérez García prueba que estos autores se engañan, alegando un dato irrecusable, a saber, que Bascuñán, hecho prisionero en una de ellas, había sentado plaza en 1625, de edad de dieciséis años, y que, por consiguiente, tenía diez en 1619, y no podía ser capitán ni prisionero a esta edad. En efecto, Bascuñán mismo confirma este hecho, y se halla de acuerdo con el cabildo de Santiago y con el Rey, los cuales concuerdan con Rojas, Quiroga y Tesillo²³². Oigamos a Bascuñán.

El día 10 de abril de 1629, se echó el enemigo sobre la comarca de Chillán no con proyectos serios, sino para saquear y hacer mal con un golpe de mano. El corregidor de esta frontera le salió al encuentro; pero desgraciadamente, desmintió en esta circunstancia el valor y la experiencia que realmente tenía, no queriendo seguir pareceres diferentes del suyo. Porque a una legua de la ciudad le advirtieron que iba a hacer un largo rodeo que daría lugar al enemigo a tomar una posición ventajosa en la cordillera; mientras podía, por un atajo fácil, venir a las manos con él, con probabilidad de buen éxito. En fin, no lo hizo, siguió su dictamen solo, y cuando dio vista a los araucanos, ya éstos habían ganado un paso montuoso, y se habían situado sobre un barranco casi intransitable. Y es de advertir que cuando llegó el corregidor, había dejado atrás buen número de los suyos, que por cansancio de los caballos no habían podido seguirle; segunda fatalidad, porque los españoles eran ciento, tropa valiente y escogida; y los araucanos no pasaban de ochenta, con lo cual, si hubiese evitado el rodeo y los hubiese alcanzado teniendo sus tropas frescas, los habría derrotado sin dificultad. Llega, pues, el valiente corregidor al barranco, quiere atravesarlo con intrepidez, y al primer paso que da lo derriban del caballo; dos hijos suyos corren a socorrerle, y tienen la misma suerte, lo mismo que cuatro buenos soldados, que no quisieron abandonarlos. Los demás, viéndose sin jefe, y conociendo que no había allí valentía posible sino sólo temeridad inútil, se retiraron.

Estaba yo entonces, continúa Bascuñán, en el tercio de San Felipe de Austria, en una compañía de infantería española. Supimos este mal suceso aquella misma noche, y el sargento mayor Rebolledo determinó ir a cortar al enemigo la sola retirada que tenía. Se ejecutó el movimiento bastante a tiempo; pero se ejecutó mal: la emboscada fue mal entendida, y por de pronto se nos escaparon tres corredores de los enemigos, que hubiéramos podido coger y que nos dejaron solo sus caballos, arrojándose al río Puchangue, sola escapada que tenían, puesto que por un lado se hallaba la montaña escarpada de la cordillera nevada; y, por otro, barrancos imposibles de atravesar. Si nos hubiésemos dividido por trozos en el contorno del valle, disposición que no ofrecía riesgo alguno, pues a la menor señal nos hubiéramos concentrado sin dificultad, no se nos hubieran escapado. El resultado fue que, advertidos, los demás se nos escaparon igualmente tan ufanos que, a pocos días, ejecutaron nuevos proyectos contra nuestro tercio de San Felipe de Austria.

²³² Bascuñán; Rojas; real cédula de mayo de 1629; Cabildo, Tesillo.

“El 15 de mayo siguiente, más de ochocientos enemigos, después de haber saqueado y destruido muchas estancias, vinieron a atacar nuestro tercio. Las lágrimas me vienen a los ojos al recordar esta desgracia y la pérdida de tantos compañeros, considerando, sobre todo, que sucedió por falta de gobierno y de buen consejo. En aquel tiempo, lo sé por experiencia, los consejos de los ancianos, hombres de ciencia y experiencia, era poco oídos y menos apreciados: *‘es pensar muy a lo viejo’*, decían los que eran aconsejados sin lisonja. Así le sucedió a mi padre el maestro de campo general Alvaro Núñez de Pineda con el gobernador don Luis Fernández de Córdoba, el cual, con la noticia de la muerte del corregidor de Chillán y de sus dos hijos, había venido con prisa de Concepción, y se había alojado en casa de mi padre, que se hallaba retirado en el país, al cabo de servicios largos, de algunas dichas, y de muchos trabajos, con una pierna y un ojo menos, y, sobre todo, muy pobre. Sé por experiencia, dijo mi padre al capitán general, previendo el ataque de los araucanos del 15 de mayo; sé por experiencia que los enemigos volverán a la carga con fuerzas respetables contra el tercio de San Felipe de Austria; porque saben, tan bien como nosotros, las pocas fuerzas que tenemos; y sería bueno mantenerse apercibido”.

“Piensa Ud. muy a lo viejo, señor de Pineda”, respondió el Gobernador. Es verdad que este refrán de aduladores palaciegos se le escapó por distracción, pues reparado en la persona del anciano maestro de campo, y en las trazas visibles de sus buenos servicios, añadió luego: “No descuidaré el aviso. Ya las medidas están tomadas para el resguardo de la frontera”. Esto dijo; pero no por eso dejó de volverse a Concepción muy ajeno de pensar en lo que iba a suceder.

“En efecto, los ochocientos araucanos, después de haber hecho grandes estragos, matando, talando y saqueando, nos aguardaron en el desfiladero de un estero, llamado de las *Cangrejeras*. El sargento mayor, al ver el atentado de los enemigos, destacó caballería a reconocer por dónde se retiraban. La gente que salió del tercio serían unos setenta hombres. Se dirigieron pues al citado desfiladero, en el cual nos aguardaban los araucanos, sabiendo perfectamente que toda nuestra fuerza se reducía a doscientos hombres mal avenidos y peor disciplinados. Al embocar, un accidente fortuito fue como un presagio de lo que nos iba a suceder; un arcabuz se disparó casualmente y mató a un soldado que estaba delante. No sé por qué no me mató a mí, pues me hallaba a su lado codo con codo.

Los indios se habían formado en columnas separadas por alguna distancia. Nuestra caballería cargó la primera, que era de unos doscientos hombres; pero perdimos diez muertos y cinco prisioneros, y los demás tuvieron que retirarse a una loma rasa para aguardar por la infantería que iba bajo mi mando. Me llegó el parte de lo sucedido, puse la infantería que pude a caballo y llegué con cuanta celeridad me fue posible. En las tres compañías de infantería no había ochenta soldados, los cuales, con los de caballería, componían un total de poco más de ciento sesenta; al paso que los enemigos eran ya entonces más de mil, habiéndose concentrado. Me situé en la loma, a donde se había retirado nuestra caballería, y vi desde luego que algunos trozos de los enemigos echaban pie a tierra para venir a atacarnos. Bajé de mi caballo, me puse a la cabeza de la vanguardia, como capitán más antiguo, e interpolando las picas con los arcabuces, marché en este

orden contra el enemigo, según el buen consejo del maestre de campo Pineda, que me había dicho muchas veces cuan bien le había resultado siempre el atacar a los indios resolutamente, sin darles tiempo a contar o calcular nuestras fuerzas. Y a fe que habríamos salido mejor librados, si en esta ocasión me hubiesen creído, y hubiésemos cargado a la vez infantería y caballería, con lo cual nos hubiéramos hecho dueños de la posición.

Iba pues yo a ejecutar esta carga, cuando, de repente, llega un capitán de caballería ligera con orden de que me detenga, y forme en redondo mi infantería. Le respondí que era una lástima perder tiempo, y que nuestra salvación consistía en la rapidez de nuestros movimientos; pero a esto me respondió, que la temeridad producía rara vez buenos efectos, y que sobre todo no hacía más que cumplir con las órdenes que le habían dado. Obedecí, y mientras yo ejecutaba la evolución mandada, sucedió lo que yo con razón temía, a saber, que el enemigo no aguardó a que mi infantería concluyese el movimiento, y la atacó en media luna, con la infantería en el centro, y la caballería en las alas. Por mayor desgracia, el tiempo nos era contrario; la lluvia apagaba nuestro fuego, y muy luego fuimos envueltos por nuestros numerosos enemigos, habiendo sido abandonados por nuestra caballería. ¿Qué podíamos ochenta contra mil? Así es que nuestros capitanes y soldados, por más que se defendían valerosamente, caían muertos a lanzadas o eran exterminados por las terribles macanas de los araucanos. En cuanto a mí, herido en la muñeca de una lanzada, quedé en la imposibilidad de continuar defendiendo mi vida. De un golpe de macana me derribaron, me atravesaron el peto de una lanzada, pero esta arma defensiva que yo llevaba era buena y no me mataron. En fin, perdí el sentido, y cuando volví en mí, me vi cautivo”.

De esta acción Putapichión llevó treinta cautivos, los cuales fueron repartidos entre sus provincias, y destinados a ser sacrificados sucesivamente en fiestas nacionales. Además, perecieron en ella noventa y cinco españoles, y, a su consecuencia, se perdieron también doscientos indios amigos, como lo decía amargamente el Rey al año siguiente²³³.

Sin embargo, Putapichión hubiera podido hacer más, en esta ocasión, y, según Molina, si hubiera querido se hubiera apoderado la plaza. Pero Putapichión no pensó más que en gozarse en su triunfo, En las juntas de los suyos se alababa de haber dado muerte en Chillán y las Cangrejeras a ciento cincuenta españoles, destruyendo treinta estancias, y conquistado dos mil caballos; y para eternizar estos hechos, proyectaba sacrificar el prisionero que le había tocado a su Pillán en acción de gracias, y con su sangre, hacer que los toquis picasen escudos de la nación.

Córdoba, que esperaba de un instante al otro un sucesor, y no queriendo entregarle tan desairado el bastón, salió de Concepción y, el 1 de octubre, estableció su cuartel general junto al fuerte de San Luis. Resuelto a invadir los tres butalmapus, el marítimo, el de los llanos y el subandino, envió al maestre de campo al primero con mil doscientos españoles y auxiliares; el sargento mayor al de la falda de la cordillera, y guardó el de los llanos para sí mismo. Figueroa corrió por Tucapel

²³³ Real cédula de 20 de septiembre 1630.

hasta el Cautín y ruinas de Imperial; mató treinta valerosos que se le opusieron; hizo doscientos prisioneros de ambos sexos, cogió setecientas cabezas de ganado vacuno y mil caballos, bien que Molina diga, sin razón, que fueron siete mil caballos y cien bueyes. Pero la mayor parte de esto se perdió al regreso en una tormenta que duró veinte horas, y que dejó a los españoles yertos, en términos que tuvieron mucho trabajo en volver salvos a Arauco.

Rebolledo salió, no dicen con qué fuerza, de San Felipe de Austria, y recorrió desde la plaza de Nacimiento por Colhué, Cherquenco y Quechereguas. Según Molina, no hizo nada, porque los araucanos se retiraron a los montes. Según Quiroga, volvió con buena presa de ganado y caballos.

El Gobernador salió de San Luis con mil doscientos españoles y auxiliares, recorrió Angol y Purén; pasó el Cautín, y saqueó la fértil comarca de Maquegua. Satisfecho con esto, y con mucho botín, se volvía sin pensar en que, en el camino, tendría que pelear y tal vez perderlo. En efecto, Putapichión salió a su encuentro para quitárselo; lo encontró en Quillín y le presentó la batalla con tres mil araucanos. En el primer choque, desordenó a los españoles, por manera que los oficiales tuvieron gran dificultad en rehacerlos; pero por último lo consiguieron y la acción se restableció. Sin embargo, fortuna fue para ellos el tener artillería muy bien servida, pues esta arma hizo estragos en las filas enemigas, lo cual visto por Putapichión, dio la señal de retirada, y se retiró, llevándose prisioneros, y parte del botín que arrancó a los españoles, a los cuales no tuvo inconveniente en dejarles cantar victoria.

El 3 de noviembre ya estas tropas se hallaban acuarteladas en su fuerte de San Luis, y el Gobernador, airoso, con esta victoria, regresó a Concepción, en donde entregó el mando a su sucesor el día 23 de diciembre, después de cuatro años y medio de mando. De Chile pasó a Canarias con el mismo empleo en propiedad.

CAPÍTULO LIII

Gobierno de don Francisco Lazo de la Vega. Refuerzos que trae. Su política. Batalla indecisa del paso de don García, o de Picolhué²³⁴

(1630)

Estaba don Francisco Lazo de la Vega en la Corte cuando Felipe IV le nombró gobernador de Chile. Pero es de advertir que ya los cortesanos hacían aprecio del valor de los araucanos, y los reputaban no como a indios bárbaros, sino como a fuertes enemigos de la corona de España. Por eso el Rey puso las miras en Lazo, cuyo renombre militar se fundaba en largos y brillantes servicios hechos en los Países Bajos, considerándole, además, bajo otros respetos, pues estaba dotado de prendas las más recomendables. Bien que creyese que debía de haber mucha exageración en lo que se contaba de los guerreros araucanos, pues no se le podía figurar que pudiese hallarse en la nación la más numerosa semejante conjunto de héroes incomparables en arrojo y pasiones nobles, don Francisco Lazo de la Vega pidió al Rey hombres y todo lo que se necesitaba para sobreponerse a una tan tenaz y valerosa resistencia, y el Monarca no se lo concedió todo, mandando al conde de Chinchón, nombrado justamente virrey de Perú, le diese todo cuanto necesitase, haciendo levadas en su virreinato para su ejército.

Llegaron a Lima los dos personajes; pero el Virrey tardó un año entero, bajo de diferentes pretextos o motivos verdaderos de dificultad, en aprontar todo lo que le pedía el nuevo gobernador de Chile. En fin, puso a su disposición tropa, armas y dinero, estimulado con las desgracias nuevas que le vinieron de los desastres de Chillán y de las Cangrejas; y el 12 de noviembre se verificó el embarco de don Francisco Lazo, caballero del hábito de Santiago, con quinientos hombres, armas, pertrechos y dinero en tres bajeles, llevándose, además, algunos indios principales que se hallaban cautivos en Perú, con el fin de darles libertad y atraerse las voluntades de los demás.

Navegaron prósperamente hasta reconocer la isla Mocha; pero al bajar a Concepción, experimentaron un temporal tan recio y peligroso, que ya los pilotos

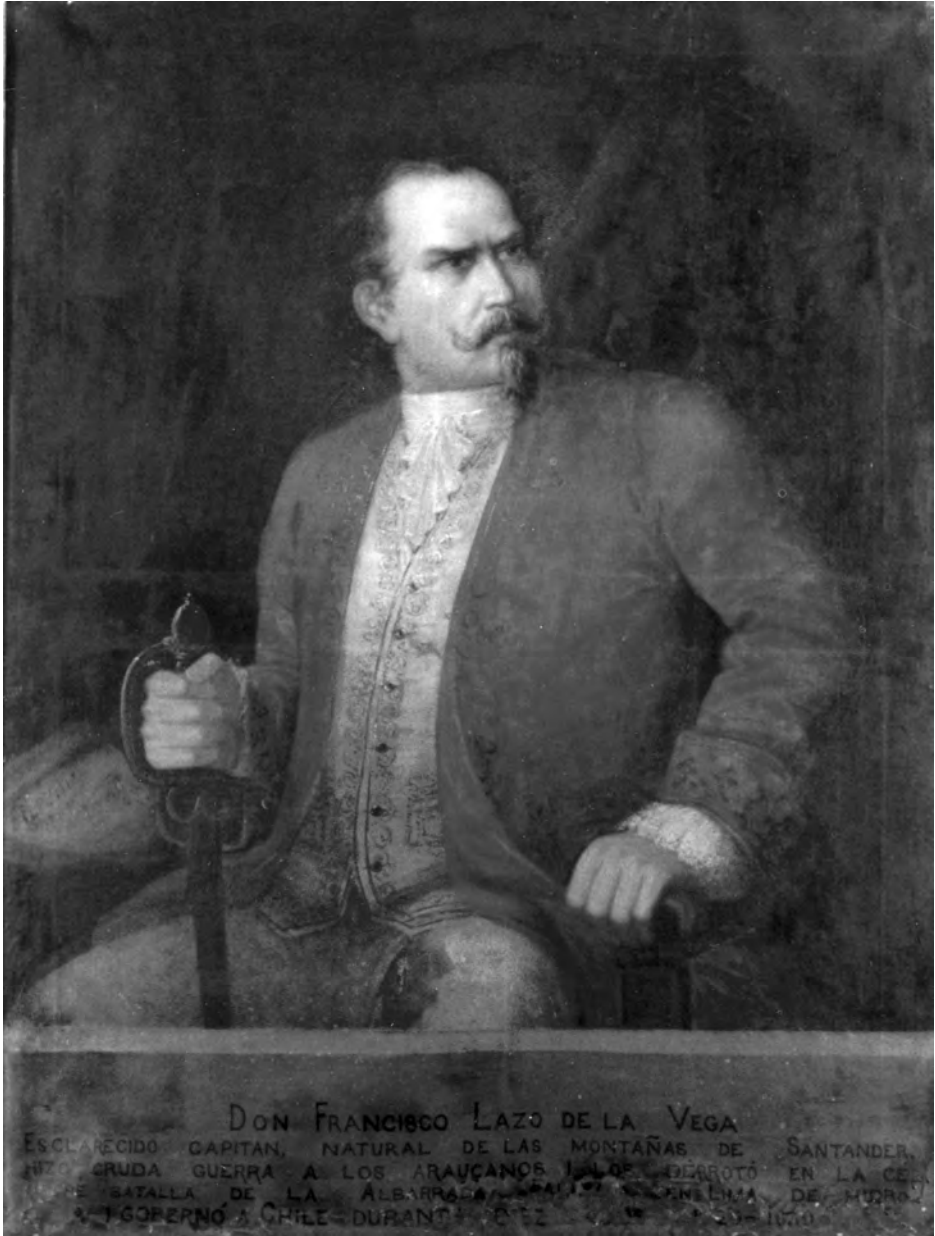
²³⁴ Tesillo sólo escribe *Picolóé*.

pensaban en tomar puerto en la isla Santa María. Si hubiera sido a tiempo, este pensamiento habría sido acertado; pero ya era tan tarde que quedaron ensenados en la misma bahía, sin poder tomar puerto, ni hacerse a la mar. Ya las cabezas se hallaban perdidas; ya no se oían más que suspiros y lágrimas, implorando cada cual a su modo el poder de Dios, cuando de repente saltó el viento; se continuó la navegación sin más zozobra, y, el 23 de diciembre, entró don Francisco Lazo en Concepción.

Este Gobernador, militar ilustrado y de grandes calidades²³⁵, fue reconocido el mismo día por el cabildo de Concepción, como capitán general, en propiedad, del reino de Chile. El 5 de enero, el cabildo de Santiago envió dos diputados a cumplimentarle con la más expresiva satisfacción de su llegada; porque durante el año que Lazo había pasado en Lima luchando con inconvenientes, había estado en correspondencia con el cabildo de la capital, que le informaba de cuanto sucedía en la guerra y el reino. Y, a este propósito, no puede menos de notarse con admiración, y aun con cierto sentimiento afectuoso de apego hacia aquellos cabildantes, el solícito e incesante cuidado con que miraban y vigilaban las cosas del país. Ciertamente, en todas partes, el cuerpo municipal es el protector natural de todos sus administrados; pero había en éste un no sé qué de íntimo y de paternal que le hace extraordinariamente interesante. Bien que, tal vez, la historia no tenga lugar de relatar ciertas cosas, que se dan por supuestas siendo reglas generales, no puede menos de tomar una parte muy interesada en las más mínimas concernientes a la guerra de Chile. En este instante en que don Francisco Lazo de la Vega llega a Concepción, tiene que dar un disgusto al cabildo de Santiago, después de haber estado en perfecta correlación con él durante un año por escrito. El motivo de este disgusto interior de familia, digámoslo así puesto que así era, fue que el Cabildo le había pedido le mandase o le trajese doscientos arcabuces que necesitaba, y el Gobernador le había traído cuatrocientos, a saber: doscientos arcabuces y ciento ochenta mosquetes; los primeros a 35 pesos y los segundos a 40, precio muy superior al que pensaba el Cabildo, que en otras ocasiones había pagado los arcabuces 12 pesos solamente; por manera que la suma total ascendía a 14.500 pesos, y no teniéndola el Cabildo, hubo de exponérselo al capitán general, suplicándole tomase las armas a su cargo para el ejército. Pero esto no le impidió de despachar al punto para Concepción 2.634 cabezas de ganado, de 4.000 que el nuevo gobernador le había pedido, y a cuenta de este número; ni de comprar el hermoso caballo de un particular llamado Juan de Cuevas; silla, dosel y otros ricos aprestos de funciones para recibirle. Pero volvamos a la guerra.

El principio del año y el del gobierno de Lazo de la Vega coincidieron exactamente. Los araucanos estaban soberbios, y el amor a su patria y a la libertad, según las pruebas que daban de este amor, no ha tenido otro igual en el mundo, desde que estas dos palabras han hecho palpitar los corazones de los hombres. Ya no pensaban en tener que defenderse, y, amenazados hace algunos meses, como se ha visto, con guerra ofensiva si no aceptaban la paz, que desdeñaron respondiendo

²³⁵ Natural de las montañas de Santander. (Pérez García.)



Colección Museo Histórico Nacional

“¡la guerra!”, “¡la guerra!”, ahora, ya piensan y proyectan nada menos que marchar sobre Santiago, y, de antemano, hacen una repartición entre ellos de bienes y de cautivos. Lazo pasa revista a sus tropas, manifiesta la satisfacción que le causa su porte y su marcial resolución, anima a los habitantes, y todos en rededor de él recobran esperanzas y vigor.

Sin embargo, emplea en primer lugar la política, antes de servirse de las armas; porque aun no puede creer ni la mitad de lo que le dicen del valor y táctica de los araucanos. Envía a los indios que había traído de Perú y a otros prisioneros que había en Concepción en libertad, para que lleven propuestas de paz a los butalmapus, y otras particulares a Putapichión, diciéndoles que, si aceptaban, el 1 de febrero se hallaría en la plaza de Nacimiento para celebrar los preliminares de ella. Al enviar estos prisioneros libres, el Gobernador los colmó de agasajos y de regalos.

Pero, antes de pasar adelante en la materia, no debemos omitir la noble política de Lazo con su predecesor, que había sido, es preciso confesarlo, sino descuidado, desgraciado. Era un papel difícil el del capitán general entrante, en este punto, porque si había hecho ciertos, ya se sabe que el vulgo es ignorante y los abulta, sin entrar en cuenta con azares y circunstancias imprevisibles. De todos modos, don Luis de Córdoba dejó en Chile, que aún no lo ha olvidado, renombre de grande y de desinteresado; y su sucesor, aconsejándose con él, le honró con tales miramientos y pruebas de una gran consideración, que don Luis se quedó muy airoso.

Mientras llegaba la respuesta de los jefes araucanos, el Gobernador, penetrado de la fuerza moral que dan las esperanzas que vienen de arriba, y de la debilidad de las fuerzas humanas, despachó correos a todas las ciudades con cartas para los preladados reglares y seculares, para que hiciesen rogativas por la paz, y, si la dura necesidad lo pedía, por la victoria de las armas españolas. Igualmente escribió a todos los gobernadores y justicias para que se mostrasen severos en punto a costumbres y moralidad pública, pues donde no hay moralidad no puede haber virtudes patrióticas, sin las cuales todos los esfuerzos en guerra son nulos.

Realmente don Francisco Lazo de la Vega se mostraba digno en todo del alto puesto que ocupaba, y de la confianza que inspiraba al ejército y a los habitantes de Chile. Pero los araucanos, lejos de aceptar la paz, se manifestaron prontos a entrar en campaña; y lo más particular fue, según aviso que recibió el Gobernador el 18 de enero, que los indios a quienes habían devuelto la libertad eran los más revoltosos instigadores de la guerra. En vista de este aviso que vino por la frontera de San Felipe, envió Lazo orden al maestre de campo Córdoba, cuya residencia, como se sabe, era Arauco, para que, si veía venir al enemigo, le saliese al encuentro bien concentrado sin dividir sus fuerzas; pero que si el enemigo se retiraba sin haber hecho mal y sin mengua de las armas españolas, no formase empeño en seguirle, pues no convenía correr azares, a menos que hubiese necesidad urgente de exponerse a ellos.

Córdoba, entre otros cuidados, uno que le molestaba particularmente era el ver comprometido a Remulta, indio amigo, que estaba con treinta hombres en los altos de Quedico para asegurar el paso, y, el 21 de enero, destacó al capitán Juan de Morales, que mandaba indios auxiliares, para que con los que tuviese y treinta

españoles fuese a retirar a Remulta. El 24, oye el maestre de campo tocar alarma, y envía algunos indios a la descubierta hasta el juego de la chueca, que distaba una legua; mientras él, con cuatrocientos españoles, infantes y caballos, se pone en movimiento. Marcha, en efecto, Córdoba delante con la caballería, seguido de la infantería al mando de don Antonio de Avendaño, que ejercía funciones de maestre de campo del tercio, y, a pocos pasos, recibe parte de que los indios de su descubierta habían venido a las manos con los araucanos, y pedían socorro. Acelera su marcha, llega al juego de la chueca, y halla a sus indios amigos cantando victoria y alzando en las puntas de las picas dos cabezas que habían cortado a los enemigos. Vio, además, entre ellos un mestizo, llamado Lázaro Ambrosio, el cual dijo pasaba a los cristianos, siéndolo él mismo; pero dejó dudas acerca de la verdad sobre si había pasado o si no había podido escaparse; porque, además de ser mestizo, se había criado y vivido entre los enemigos²³⁶. No anotamos estas particularidades sino porque este mestizo ganó la confianza del Gobernador y la engañó en la primera ocasión que tuvo para hacerlo.

Entretanto, este mestizo, que era hombre entendido y de valor, aconsejó a Córdoba-Figueroa que no prosiguiese, pues Putapichión tenía tres mil caballos y dos mil infantes, resuelto a dar batalla, y a tomar posición en Millarapué, distante de dos leguas. Era el caso para el maestre de campo de tener presente lo que le había escrito el Capitán General: “Si el enemigo no ha hecho mal, y si ni hay mengua para nuestras armas, no es necesario querer darle alcance, exponiéndose a azares imprevisibles”. Pero es una enfermedad humana el tener miedo de seguir un buen consejo, cuando, sobre todo, este acto se semeja a obediencia; el maestre de campo quiso más complacer a sus capitanes que manifestaban tener buena voluntad de batirse, y prosiguió hasta Millarapué. Sin embargo, el enemigo se acababa de retirar, y los españoles no hallaron allí más que un mestizo lengua, que los araucanos habían cogido, colgado de un árbol.

Viendo esto, Córdoba Figueroa envió delante al teniente Antonio Gómez con treinta arcabuceros españoles y el teniente Rengel de indios amigos con doscientos caballos, para que sirviesen de vanguardia, destacando batidores por todos lados, pero con advertencia de no pasar más allá del paso de don García ni ellos ni los descubridores. Marchan de vanguardia Gómez y Rangel, llegan al paso de don García, que es un desfiladero forzoso de la montaña; pero, en lugar de obedecer haciendo alto, obran con el maestre de campo como éste obraba en el mismo instante con el capitán general, y pasan adelante, prueba evidente del achaque humano de que hablábamos. Al salir del desfiladero, descubrieron el enemigo avanzando en batalla; pero ya no podían retirarse sin mengua. Llega en esto Córdoba Figueroa al paso de don García, ve claramente las consecuencias de la desobediencia; pero el mal estaba hecho, y ya no podía retirar su vanguardia del otro lado sin mengua y sin peligro. Lo que le quedaba que hacer era disponerse al ataque, y así lo hizo,

²³⁶ Figueroa asegura que este mestizo había sido dos veces traidor a su patria. O se engaña, o Tesillo padece error. Con todo, es más probable que el primero estuviese mal informado, puesto que el mestizo dice que pasa a los cristianos por ser cristiano.

mandando a los indios montados echar pie a tierra, y que formasen con sus lanzas entre los tiradores españoles de las compañías de don Ginés de Lillo y de don Alonso Bernal, las solas de infantería que hubiesen llegado con tres de caballería mandadas por los capitanes Adaro, Rodríguez y Muñoz. La demás infantería había quedado atrás, y muy pronto se conoció la falta que hacía.

Todo esto lo veía el enemigo, que ya sabía por otra parte contra qué fuerzas iba a batirse, y aprovechándose con destreza de la circunstancia, atacó a los españoles resolutamente. Se defendieron éstos con denuedo, como de costumbre, y muy luego vieron a la infantería del enemigo ceder. La española arremete a ella con nuevos bríos, se adelanta y se separa del orden de batalla; mas la araucana, que no había hecho más que un movimiento simulado, vuelve, conversa sobre el ala izquierda española, mientras que la caballería corta a la infantería que había avanzado, y la degüella con sus capitanes y oficiales. En esto, los indios amigos empiezan a titubear y ya muchos vuelven a montar sus caballos²³⁷. Lo advierten los araucanos y cargan sobre la caballería española que se ve obligada a retirarse por el paso, justamente al tiempo en que Avendaño y Carmona entraban en él con alguna infantería de la que había quedado atrás. ¿Qué había de suceder? Lo que sucedió: esta caballería, que no se retira, como dice Tesillo, sino que huye²³⁸, atropella a la infantería de Carmona y Avendaño, y no deja nada que hacer, por decirlo así, a los enemigos.

Sin embargo, aún hubo batalla; los araucanos de una parte, y los españoles de la otra se batieron hasta no poder más, y se separaron, dejando los españoles cuarenta muertos y cautivos; entre ellos los capitanes Avendaño, Carmona, Lillo, Bernal, Téllez y Morales, el cual, después de haber retirado a Remulta, acababa de incorporarse bastante a tiempo de morir.

Los araucanos también dejaron muchos muertos²³⁹, y cantaron victoria. Realmente, la victoria hubiera sido suya, si se hubiesen aventurado a pasar el desfiladero; pero no lo hicieron, y por eso, sin duda, también los españoles la cantaron.

Con el parte de este suceso, salió don Francisco Lazo de la ciudad para Arauco, pasó el Biobío, y supo, antes de llegar a la plaza, que ya el maestre de campo se hallaba de vuelta en ella. Interiormente descontento, no pudiendo desentenderse de que había habido desobediencia manifiesta a sus órdenes, tuvo la buena y diestra política de hallar excusa a esta falta. El mal estaba hecho sin remedio, aunque le era muy sensible el ver la ejecución de un plan de campaña, que preparaba sobre Purén, imposibilitada por entonces. Sin embargo, se contentó con formar un consejo de deliberación, del cual resultó que lo más oportuno era volver a Concepción, y así se efectuó.

²³⁷ Al maestre de campo le mataron el suyo, y con gran riesgo hubo de montar otro. (Figueroa.). Estaba tan fuera de sí el maestre de campo, dice este autor, que mandó dar muerte a algunos de los indios amigos que iban a huir.

²³⁸ En tropel y confusión, dice Figueroa.

²³⁹ Según Figueroa, la batalla duró casi 6 horas. Los araucanos perdieron 700 hombres, y los españoles 200. El maestre de campo recibió dos heridas, y no hubo casi un español que no tuviese alguna.

Éste fue el resultado de la batalla llamada, por otro nombre, de Picolhué, y contada por todos los escritores poco más o menos en los mismos términos. Sólo Molina parece haber tenido datos erróneos. En cuanto a Pérez García, refiriéndose a Olivares, atribuye la victoria decididamente a los españoles, bien que, por otra parte y en sustancia, sus datos sean conformes con los que se han visto en esta narración.

CAPÍTULO LIV

Continuación del gobierno de Lazo. Pasa el Biobío y acampa sobre la ciénaga de Lumaco. Putapichión no se presenta. Vuelve el Gobernador a pasar el Biobío y se acuartela en San Felipe de Yumbel. Pasa Putapichión la frontera y ataca a San Bartolomé de Gamboa. Sale el Gobernador enfermo de San Felipe en su persecución. Batalla de los Robles. Pasa el Gobernador a Santiago. Buenas providencias de gobierno. Levanta tropas y vuelve a campaña.

(1630)

Reflexionando el Gobernador que sería oportuno manifestar de algún modo a Putapichión que no le temía, a pesar de su arrogancia, marchó a la plaza de Buena Esperanza, tomo allí setecientos españoles y cuatrocientos auxiliares; pasó el Biobío y estableció su cuartel general a la entrada de los pantanos de Lumaco, mandando hacer algunas batidas para atraer al jefe araucano, mas inútilmente: Putapichión no se mostró. Después de algunas demostraciones, en las que hizo algunos prisioneros, mandó plegar las tiendas, volvió a pasar el Biobío y fue a acuartelarse en San Felipe de Yumbel, y no en Buena Esperanza, como cree Olivares. Allí estaba observando, encargando la vigilancia, y recibiendo promesas de que era imposible que Putapichión pudiese pasar por sorpresa, y cuidando de su salud, que estaba muy quebrantada. El que más le aseguró, de todos los comandantes, que nunca los araucanos lograrían sorprenderle, fue el sargento mayor Rebolledo, y justamente la suerte se empeñó en desmentir su previsión, como luego se verá.

Putapichión no había parecido porque tenía tanta sagacidad como valor; sabía que el Gobernador tenía mala salud, que los pantanos eran malsanos; veía que el invierno se acercaba, y le daría mejores ocasiones. Además, calculaba el valiente Putapichión que con caballos cansados no se pueden hacer largas correrías ni brillantes cargas. En fin, sabía que por más vigilantes que estuviesen, no le sería muy difícil pasar el Biobío, y así sucedió. Tales eran los verdaderos motivos de la ausencia del jefe araucano, y no miedo, como lo piensa Tesillo. Que la ciénaga de Lumaco fuese una especie de Rochela para los indios, es muy creíble; pero que se fundasen en lo difícil de tomarla para creerse invencibles, como se le figura al mismo Tesillo, esto no es probable ni discutible, puesto que en todas partes arrostraban a las armas españolas, y que los pantanos de Lumaco no estaban en todas partes.

Los cálculos de Putapichión tenían tan buenos datos, que un día, sin que se supiese cómo ni por dónde, invadió la frontera y cayó de golpe sobre San Bartolomé de Gamboa, a tiempo que el Gobernador se hallaba enfermo en la plaza de San Felipe. No obstante el malísimo estado de su salud, al oír que Putapichión causaba estragos horribles en las estancias, Lazo se presentó a caballo al frente de sus soldados, que eran cuatrocientos españoles, infantería y caballería, y cien auxiliares.

En el momento mismo de dirigirse al punto atacado, recibió un nuevo parte de que el enemigo se retiraba con buena presa. Con este aviso, mandó que sus hombres montados pusiesen un infante en ancas, y él mismo dio el ejemplo. De este modo aceleraron de tal manera el movimiento, que en pocas horas anduvieron ocho leguas; pero los caballos quedaron derengados, y fue preciso darles descanso. Por consiguiente, hubieron de acampar aquella noche.

Al amanecer el día siguiente, el General quiso continuar su marcha en la misma forma que la víspera, aunque contra el parecer de los más acreditados capitanes. A las cuatro de la tarde estaban los españoles a un tiro de arcabuz de los enemigos, que los veían, sin que ellos los viesan, puesto que estaban emboscados.

Ya los caballos estaban rendidos, y los hombres tal vez más que los animales, habiendo pasado dos días crueles de fatiga sin comer. Este sitio se llamaba *el de los Robles*, y estaba a orillas del Itata. Allí acamparon los españoles. Estableciendo el alojamiento, la infantería entró en él, y la caballería se mantuvo en las avenidas, como puestos avanzados. Don Francisco Lazo se dejó caer de su caballo más bien que se apeó, y se echó sobre la yerba procurando mitigar con la humedad la calentura que le abrasaba. Los soldados salieron de su formación y arrimaron las armas. Todo esto lo veían los araucanos desde su emboscada.

Súbitamente, hallándose los soldados descansando y sin armas, los oficiales muy descuidados, y, en fin, cuando menos se esperaba, cargan a escape los araucanos con ímpetu irresistible, sin haber sido vistos ni sentidos; cargan, decíamos, la caballería española que guardaba las entradas del campamento, la desordenan, y esta misma caballería atropella la infantería española. Es más fácil el figurarse que el pintar tan espantosa confusión como la que produjo esta sorpresa. Los araucanos arremetían y mataban con furor. Los gritos se podían oír del cielo. Don Francisco Lazo los oyó, pero cuando le quedaba sólo el tiempo necesario para montar a caballo, espada en mano, y sin ninguna arma defensiva. Por fortuna, tenía una buena este General en su intrépido corazón. Ayudado de sus capitanes reformados, que se le reunieron al instante, hizo prodigios de valor, invocando a Santiago, y gritando con brío, ¡Viva España! Esta lucha cruel duró más de una hora, sin que los soldados reconociesen a sus jefes ni guardasen manera alguna de formación; sin orden, sin disciplina; en fin, en una horrorosa confusión.

Por fin, la noche cierra, y la termina. Putapichión había perdido la mitad de su gente y se retira; pero no se creyó oportuno seguirle la retirada; además de que la falta de claridad lo impedía, los españoles contaban cuarenta muertos y un gran número de heridos.

Figuroa es más serio en esta relación, contando naturalmente que Putapichión se retiró con calma y majestad, porque estaba herido, y llevándose bagajes

y prisioneros. Harto denuedo tuvieron los españoles, y no se comprende cómo quedó ni uno solo con vida, puesto que no pudieron tirar un tiro, y que la sorpresa fue tan repentina que Putapichión, según Pérez García con referencia a Olivares, le quitó al General su capa de grana. Si hubiese podido ser, como lo dice este mismo último autor, que el Gobernador pudo formar sus tropas y cargar en orden, sería otra cosa; pero esta aserción es contraria a los demás detalles, y es difícil admitirla. En fin, Pérez García asienta que esta batalla fue decisiva a favor de los españoles, y se funda en que el mismo General dice refiriéndose a ella, en carta del 14 de septiembre al Cabildo: “La batalla que se ganó el 14 de mayo, con escarmiento del enemigo, y para castigo de su orgullo”. Así lo asentó el Cabildo en su libro, añadiendo que esta batalla fue el *total rescate* del reino.

Ya había entrado el invierno poniendo tregua en la guerra con lluvias, con crecidas de ríos y aun con inundaciones, especialmente por el anchuroso Biobío, que parece entonces una especie de mar, y el Gobernador pensó en volver a Concepción para poner orden en los asuntos civiles del Estado. El que de éstos llamaba más su atención era el desánimo de los dueños de las estancias que, temiendo perderlas cuando menos lo esperasen, las tenían en total abandono, por una parte; y, por otra, muchos carecían de recursos; porque habían hecho adelantos cuantiosos al ejército, sin que las arcas del gobierno hubiesen pagado su importe. Así se engendraban los males recíprocamente en Chile unos a otros. Don Francisco Lazo buscaba remedio a estos males; y para hallarlo, procuraba asesorarse con buenos consejos, especialmente consultando con el cabildo de Concepción. Con esta buena política lo reunió un día en concejo del mayor número de personas de todas partes de las fronteras, y expuso con la mayor claridad las causas de las dolencias públicas, entre las cuales indicó con un sorpresa digna de un gran político, el desmayo de los moradores y hacendados, que descuidaban la cultura de las tierras, y la cría de ganados, “Si lo hacen por falta de medios, dijo el Gobernador, yo salgo garante que el real erario abonará todos los atrasos, y desde luego, estoy pronto a cubrir por mí mismo, en cuanto me lo permitan mis facultades, los mas urgentes”.

En efecto, pagó por de pronto más de cien mil pesos, respondió por el gobierno de los demás; satisfizo, dio ánimos, y con su prudencia restableció los más arduos negocios.

Pero aún quedaba un objeto digno de mayor atención, que era la estancia de ganados de Catentoa, la cual, aunque propiedad del Estado, o tal vez por causa de eso, se hallaba completamente abandonada. El modesto don Francisco Lazo declaró que lo que se había de hacer para remedio de este mal era imitar al gran gobernador don Alonso de Ribera, que la había fundado, perpetuando en esta restauración su memoria, por tantos títulos inmortal. En virtud de esta sabia y noble resolución y una vez calculado el consumo anual de la tropa, consumo que era de ocho mil vacas, Lazo mandó poner treinta mil en dicha estancia, cuyo producto aseguraba para siempre esta parte del sustento del soldado.

Habiendo llenado estas grandes atenciones, el Gobernador pensó en bajar a la ciudad de Santiago con el fin de darse a reconocer por presidente de aquella real

audiencia; y el 23 de julio, llegó a ella. Ya sabido es que el patriótico y cortés cabildo de Santiago se esmeró en prepararle un magnífico recibimiento para el cual había comprado, como ya hemos dicho, un magnífico caballo, silla, dosel, palio y otros objetos de ostentación. Para ir a recibirle a Maipo y llevarle a la casa de campo, comisionó a don Luis de Contreras y a un regidor. Reconocido el mismo día en el Cabildo por capitán general gobernador, lo fue, al día siguiente en la Real Audiencia por presidente. Le dieron magníficas funciones, tanto más cuanto este Gobernador obtenía sufragios universales, y en particular el afecto, y aun el reconocimiento del Cabildo, el cual se hizo un punto de honor en tomar y pagar las armas que Laso le había traído de Perú, deseando congraciarse con este ilustre montañés. Es verdad que el político don Francisco de Lazo, creyendo que era muy esencial vivir en armonía con todas las jurisdicciones, sin lo cual es imposible gobernar con acierto y granjearse voluntades, había escrito una carta al cabildo de Santiago, del tenor siguiente, con fecha del 14 de septiembre de 1630:

“He llegado al puerto de Paita el 28 de octubre de 1628, y para aprovechar tiempo, y obtener socorros, fui a Lima por tierra. Hasta mediados de febrero de 1629, el Virrey, conde de Chinchón, no pudo facilitármelos, y aun era poquísimos; de suerte que queriendo embarcarme el 20 de abril, me aconsejaron –y creo que con razón– que lo difiriese hasta la primavera. Estas fueron las causas de mi demora, y de no haber venido antes del 23 de diciembre que llegué, a reunir mis débiles esfuerzos a los grandes de las demás autoridades del reino de Chile, para trabajar por su bien y prosperidad.

A mi llegada, pasé revista el ejército que constaba de sólo mil doscientos hombres viejos, estropeados y mal armados, porque las armas estaban en muy mal estado. Puse en ello el remedio que pude, y fui a buscar al enemigo a Purén. No habiéndose presentado, me volví á Yumbel, en donde me mantuve vigilando la frontera, hasta que tuve la ocasión de ganar la batalla del 14 de mayo, en que los enemigos han debido quedar escarmentados, y su orgullo castigado. El invierno vino –las lluvias son copiosas– los ríos crecen, y marchó para Santiago”.

En la capital, el Gobernador levantó dos compañías de infantería y una de caballería para llevarlas a la frontera desde donde le avisaban Córdoba Figueroa y Rebolledo que el enemigo meditaba atacarla con un cuerpo de ejército de siete a ocho mil hombres. En vista de estas noticias, el cabildo de Santiago se esmeró en poner a la disposición del General todas las fuerzas que pudo reunir.

Sin embargo, Lazo hubiera querido, y aun pretendió en esta ocasión, que a estas levas se juntasen algunos caballeros vecinos, pareciéndole cosa extraña que los hijos legítimos del reino se excusasen de defenderlo; pero parece que había cédulas reales en su favor, las cuales, aunque no estaban muy claras, le hicieron conformarse con ellas antes que dar lugar a interpretaciones contradictorias y a debates interminables.

En esto, llegó a Santiago, en principios de octubre, don Fernando de Bustamante Villegas, militar de gran crédito y experiencia en aquella guerra, el cual confirmó que, por dos indios cristianos que se habían fugado de los araucanos, se sabían los

aprestos formidables que Putapichi6n y Queupuant6 y hacían para atacar la frontera y acabar con los presidios. Con esta mala noticia, los 6nimos volvieron a apocarse, temiendo nuevas calamidades, y viendo que el enemigo tenía m6s ardor que nunca para la guerra.

El Gobernador reuni6 en su misma casa una junta a la cual asistieron los oidores y el fiscal de la Audiencia, el cabildo de la ciudad y algunos antiguos capitanes; y expuestos los puntos acerca de los cuales debían deliberar, resolvieron que se juntasen hombres y caballos para aumentar las fuerzas espa6olas. A consecuencia de esta deliberaci6n, fueron nombrados dos diputados del Cabildo para que nombrasen los que con menos perjuicios pudiesen ir a campa6a aquel verano, y nombraron unos cincuenta, de los cuales veinte representaron exponiendo imposibilidad, y los cincuenta quedaron en treinta. Pero, aunque este corto n6mero parezca ridículo, es indecible el valor moral, y aun real y f6sico que la presencia de estos vecinos y moradores en el ej6rcito da a los soldados.

Por fin, Lazo consigui6 reunir unos ciento ochenta hombres en las tres compa6as con los voluntarios montados, y los despach6 en principio de noviembre para Concepci6n, a donde se dirigi6 6l mismo, el día 5 de dicho mes.

En Concepci6n, había dejado al maestre de campo C6rdoba Figueroa, y en lugar de 6ste, había quedado con las mismas funciones en el estado de Arauco don Fernando de Cea. Rebolledo había permanecido en San Felipe. En la frontera había 1.300 espa6oles y 600 auxiliares con sueldo²⁴⁰.

²⁴⁰ Carvallo. Tesillo dice que Cea, natural de C6rdoba, era un rayo de la guerra y ya experimentado en 6sta.

CAPÍTULO LV

Forma Lazo nuevo concepto de los indios y confiesa se había engañado. Sale de nuevo a campaña. Putapichión, con Queupuantú por teniente o vicetoqui y siete a ocho mil hombres, ataca la frontera. Batalla de la Albarrada.

(1630 - 1631)

Don Francisco Lazo conocía ahora cuanto se había engañado no queriendo creer que los araucanos fuesen tan valerosos, y lo confesaba reconociendo, con noble modestia, que eran más que valientes, heroicos, incomparables. Santiago Tesillo, dice Figueroa, ha omitido este hecho notable, que lejos de ser indecoroso para su señor, le honra, al contrario; además de que la historia deber ser una verdad inflexible, sin lo cual no sería historia.

Marcha, pues, el Gobernador para la frontera el 5 de noviembre conduciendo con la mayor suavidad y dulzura a los voluntarios de Santiago. A su llegada, supo el nombramiento que Putapichión había hecho de teniente general en Queupuantú²⁴¹, y que había persuadido al anciano ex toqui Lientur que se juntase a ellos. Halló en Arauco al maestre de campo muy perplejo con los auxiliares que estaban poco firmes, no por espíritu de rebelión sino por el temor que les causaban las grandes fuerzas que llevaban los araucanos, a los cuales pensaban, en efecto, en pasarse para salvar la vida.

En este mismo tiempo, vino a presentarse al Gobernador el indio Catimala, uno de los confederados, con un prisionero mal herido que con otros cuatro había venido por la noche de espía, y queriendo llevarse un caballo que estaba a la puerta del casino de Catimala, habían sido oídos y perseguidos, quedando éste prisionero. El Gobernador le hizo preguntas, y el indio, aunque herido y preso, respondió con firmeza, que los suyos estaban acampados a seis leguas de allí, y que todos los españoles del reino no eran bastantes para resistir a siete u ocho mil valientes bien organizados, y mandados por Putapichión y Queupuantú.

Con estas noticias y con la infidelidad que se temía de parte de los indios auxiliares, el Gobernador mismo se vio por un instante perplejo; pero luego su

²⁴¹ García. Keupuantú; Carvallo. Querepoante; Tesillo.

claro ingenio le sugirió un pensamiento que puso al punto en ejecución y fue, que acordó destacar trescientos de estos auxiliares con cien españoles al mando de un bizarro oficial, el teniente Esteban de la Muela, contra Ilicura, de donde era toqui Queupuantú. En efecto, el 20 de diciembre, marcha Muela y vuelve con cincuenta caballos y veinte prisioneros, entre los cuales se hallaban justamente tres mujeres y dos hijos de Queupuantú, que por más seguridad las había dejado en el monte.

Es preciso confesar que si lo pobres indios auxiliares no habían sido calumniados, se habían muy pronto convertido, puesto que en esta expedición con Muela, la cual duró ocho días, se portaron bizarramente. Es verdad que el general Lazo tenía don de atracción no sólo con su afable bondad sino con el celo manifiesto e incesante con que miraba y asistía al soldado, auxiliar como español, en todas sus necesidades. Continuamente pasaba revistas para asegurarse del buen trato, armamento y vestuario, y reprendía a los capitanes cuando hallaba la menor falta. Iba en persona a las fraguas y armerías; a los cuarteles y a los ranchos, y viendo que las raciones de pan se daban en grano y que los soldados tenían que molerlo a fuerza de brazos en una piedra, mandó y obtuvo que se las diesen en harina, por medio de una contrata hecha en Concepción, con lo cual quedaron desterradas estas piedras, y el soldado aliviado de una infinita molestia. Las casas y edificios de las plazas de la frontera, que tenían techo de paja, ya en este instante, gracias al cuidado y al ojo ejercitado y celoso del señor don Francisco Lazo de la Vega, se hallaban bajo de un buen tejado y al abrigo de fáciles incendios.

El Gobernador estaba acuartelado en Arauco con ochenta españoles y quinientos auxiliares. Putapichión, Queupuantú y Lientur estaban en marcha sobre dicha plaza; pero el viejo ex toqui se separó porque oyó cantar a ciertos pájaros, y ladrar a zorras, cosa que tuvo a malísimo agüero²⁴². Putapichión, que no creía en agüeros, continuó su marcha con sus cinco mil hombres, infantería y caballería, y estableció su cuartel general a una legua de la plaza de Arauco.

Lazo había mandado a Rebolledo, que estaba en San Felipe, le enviase los cien soldados de caballería que tenía bajo sus órdenes, o que se los condujese él mismo, si gustaba de incorporársele, y dejándolo a su arbitrio. El valiente, aunque desgraciado, Rebolledo prefirió venir él mismo con los cien caballos. El Gobernador, teniendo ya sus fuerzas reunidas, pasó revista y se halló con ochocientos españoles y quinientos auxiliares.

El día 13 de enero²⁴³ del año entrante 1631, decidido a salir a campo raso, bien que hubiese muchos pareceres de que más valía esperar al enemigo en la plaza, el Capitán General puso en orden sus negocios temporales, confesó y comulgó, y su ejemplo fue seguido por sus oficiales y por la mayor parte del ejército, teniendo allí ocho religiosos y clérigos seculares. Entre los primeros se hallaba Fr. Francisco Lazo de la Vega, sobrino del Gobernador. La víspera por la noche²⁴⁴, había habido alarma; algunas avanzadas de los enemigos habían llegado hasta la misma pla-

²⁴² Pérez García, refiriéndose a Molina.

²⁴³ Pérez García. Tesillo y Carvallo dicen el 11.

²⁴⁴ Figueroa dice: "Aquella misma noche"; pero en punto a fechas, escogemos a Pérez García.

za, y Lazo había tenido la inútil temeridad de salir en persona con alguna tropa. Algunas horas después, habían empezado a arder las casas de los contornos, y la oscuridad de la noche dio lugar a una claridad lastimosa.

Un poco antes de amanecer, el Gobernador mandó que se pudiesen en marcha las tropas auxiliares con escarapela blanca para distinguirlas de los enemigos²⁴⁵. Formaban éstas una gran guardia que muy luego encontró a la enemiga, de cuyo encuentro se siguió una pequeña acción en la cual murieron cuatro araucanos, y se aprisionaron dos, que dieron muy útiles señas. Los indios auxiliares tuvieron algunos heridos por su parte, y como de común acuerdo, cada partido se replegó a su campo.

Pero ya entonces, el mismo General marchaba a la cabeza de sus tropas, exhortándolas alegremente, y llegó al mismo sitio en donde la gran guardia de amigos acababa de batirse. Allí, hizo alto en una loma de suave declive, llamada la loma de Petaco²⁴⁶, y dispuso el orden de batalla, mandando, en primer lugar, que los indios amigos echasen pie a tierra, y formasen entre los españoles. El sargento mayor mandaba la derecha, compuesta de infantería; el maestro de campo Cea, la izquierda, formada de caballería, y el comisario general don Alonso Villanueva mandaba la reserva, toda de gente escogida.

El Sol subía al horizonte, no muy radioso aquel día, cuando el ejército español vio venir el enemigo con ademán reposado y airoso, o, más bien, sereno y alegre, como si los araucanos fuesen a una fiesta. Se componían sus filas de dos mil infantes y seis mil caballos²⁴⁷ con lanzas de cuarenta palmos, unidos de modo que parecían alamedas móviles, y sacudiendo graciosamente las plumas que adornaban sus cabezas, al compás de sus instrumentos bélicos.

Llegan y despliegan, Queupuantú con la caballería a la derecha; Putapichión, a la izquierda con la infantería. Este General arenga a sus tropas, recordándoles las victorias que habían conseguido sus padres contra los españoles; casi cien años de noble resistencia, y glorias tales como las de Chillán y Cangrejeras. Queupuantú se manifiesta impaciente y quiere entrar en acción.

“Démosle gusto”, dijo Lazo observándole. Y Cea arranca con la caballería contra la infantería araucana; pero ésta la recibe en la punta de sus lanzas, y la caballería española vuelve la espalda. Si Putapichión hubiese aprovechado este instante, la victoria era suya, dicen todos los escritores de aquel tiempo. Irritado Lazo contra su caballería, denuesta su retirada y la anima a dar nueva carga; porque el fuego de la mosquetería, bien que les hiciese estragos, lo despreciaban los araucanos, que pateaban por arrojar a ella; pero Putapichión los contenía. Vuelve en esto la caballería española a la carga y rompe las filas²⁴⁸ enemigas. Pero parece ser que en este punto Putapichión quedó gravemente herido, al mismo tiempo que

²⁴⁵ Figueroa.

²⁴⁶ Tesillo.

²⁴⁷ Figueroa olvida –puesto que no lo ignora– que Lientur se ha separado con dos mil hombres, y que las fuerzas araucanas quedaron reducidas a cinco mil.

²⁴⁸ Carvallo dice que esta caballería fue rechazada dos veces; pero es el solo.

su caballo, cayendo los dos a tierra, y ésta fue la principal causa de la derrota. De todos modos, huyeron los indios, por más que hizo Queupuantú por contenerlos, y huyeron de manera que los infantes, muchos a los menos, corrían tan ligeros como los mismos caballos, asiéndose a sus colas.

El Gobernador siguió la retirada por el espacio de dos leguas, hasta que juzgó sería conveniente dejar tomar aliento a sus soldados. Murieron en esta acción dos mil enemigos, aunque algunos han reducido su pérdida a 1.200. Los prisioneros fueron seiscientos. Los caballos que se les quitaron, de tres a cuatro mil.

De los españoles, sólo dos murieron y cuatro auxiliares; y de unos y otros hubo muy pocos heridos. El General ordenó la vuelta a Arauco, a donde llegaron bastante a tiempo para cantar un *Te Deum*, en acción de gracias por tan feliz y brillante victoria. Lazo dio gracias generales a su valiente ejército, en nombre del Rey, y algunas en particular; después de lo cual, convidó a comer a todos los oficiales.

Desde el día en que se ganó esta batalla, Chile renació a la esperanza. Desde entonces se multiplicaron los buenos sucesos. Los indios habían perdido su orgullo, y sus armas, su prestigio, y en la misma proporción se había aumentado la fuerza moral del ejército español. Ésta la acrecentaba Lazo dando premios y recompensas a los que los habían merecido, en lo cual no se podía engañar, puesto que había juzgado por sus propios ojos.

Además, el Gobernador envió parte al cabildo de Santiago en una carta detallada de este suceso, por medio de don Fernando de Bustamante, al cual el Cabildo dio en albricias doscientos cincuenta pesos de su caja, y los oidores de la Audiencia, trescientos, acordando, además, que se hiciese un presente de reconocimiento al Gobernador, enviándole un caballo de batalla, que fue el de Jusepe León, el más lucido caballo de todo el reino, que costó trescientos sesenta pesos; y asentando que en la batalla de la Albarrada, ejecutó la Providencia Divina el castigo de los enemigos sin pérdida de un hombre.

Esta victoria fue celebrada en todas las ciudades de Chile, con regocijos y fiestas públicas.

CAPÍTULO LVI

Sentimiento de Lazo de la Vega de no haberse aprovechado de la victoria de la Albarrada. Putapichión, herido, medita volver a campaña. Sale el Gobernador de San Felipe a Quilicura. Destaca Rebolledo con tropas hasta el Cautín. Maloca desordenada e insubordinación de sus capitanes. Felices resultados que tiene. Pasa el Gobernador a Concepción. Providencias civiles y militares. Va a Santiago. Tiene un asunto de competencia con la Real Audiencia. Sentencia la de Lima a favor del Gobernador.

(1631)

Al empezar este capítulo, no podemos menos de adoptar y exponer las reflexiones sensatas que hace Carvallo hablando de la alegría con que se celebraba el exterminio de los araucanos.

Si los indios, dice él, hubiesen ganado la batalla de la Albarrada, toda la provincia de Concepción hubiera corrido peligro, estando sin fuerzas para resistirles. Si el gobernador español los hubiese perseguido después de la victoria, sin dejarles descanso²⁴⁹, tal vez los habría sometido, a lo menos por mucho tiempo, aunque a costa de crueldades, que, en resumidas cuentas, eran contrarias al fin a donde todas las miras se encaminaban, a saber; a aumentar el número de los vasallos de la corona de España. Los mil y tantos de ellos²⁵⁰ o cerca de dos mil que acababan de ser exterminados eran perdidos para ella, y no eran éstas las intenciones del Monarca. Además de esto, al paso que los españoles mataban a los araucanos, éstos mataban a los españoles, y por una y otra parte, cada triunfo o victoria era un caso lastimoso, una pérdida tan sensible como irreparable. Éste había sido ya el gran error de Valdivia, que pensó más en matar que en someter, sin reflexionar que países desiertos ninguna utilidad le podían traer al Rey ni al Estado.

Sin embargo, las acciones de gracias fueron entonadas en Lima por este suceso, como lo habían sido en Chile. Los prisioneros, en general, fueron repartidos en

²⁴⁹ Carvallo olvida que los que persiguen se cansan como los perseguidos, y tienen también necesidad de descanso.

²⁵⁰ Según Tesillo, los araucanos mismos contaban haber perdido, con los heridos que murieron después, dos mil cuatrocientos hombres; y añade este autor que Lazo manifestó un tardío sentimiento por haber dejado imperfecto el suceso, no persiguiéndolos.

diversos presidios, y sólo se reservaron en depósito los principales para canjearlos, llegado el caso. El general Lazo salió de nuevo y muy pronto a campaña, reflexionando, aunque tal vez algo tarde, que la victoria pasada sería de ningún provecho si no la aprovechaba. En efecto, Putapichión, aunque herido y reducido a la inacción en Calpín, mientras sus heridas no estuviesen cicatrizadas, no dejaba por eso de pensar en salir luego a pedir a Lazo el desquite de la Albarrada, y ya formaban los indios nuevas asambleas con este objeto. Tales fueron las noticias que trajo el valiente Chanque, capitán de auxiliares, al Gobernador que se hallaba en San Felipe, y que mandó sobre la marcha orden al maestro de campo Cea para que el 20 de enero se hallase en Negrete sobre el Biobío con las fuerzas de Arauco. Chanque, que había estado ocho días en su descubierta, había traído doce prisioneros más, y decía haber dejado algunos muertos.

Reunido con Cea y las fuerzas de Arauco, salió el Gobernador, con mil doscientos españoles y auxiliares, para marchar sobre la provincia de Quilicura, en donde se hallaba Putapichión, esperando con impaciencia el momento de volver a campaña. Porque era Putapichión un guerrero no sólo de corazón sino, también, de una gran cabeza, que lejos de desanimarse con adversos sucesos, sacaba útiles lecciones de ellos. ¡Heroica constancia –exclama Figueroa– la de este jefe, y la de su nación!

Habiendo llegado a Velimavida, mandó que el sargento mayor Rebolledo se adelantase con toda la caballería y los auxiliares a Quilicura, mientras él se dirigía hacia el río Coipue, en cuyo punto proyectaba aguardar el resultado de su expedición. Marchó Rebolledo resuelto a avanzar con los auxiliares hasta el Cautín, dando orden al capitán más antiguo de los españoles, a quien quedaba naturalmente el mando en su ausencia, para que siguiese con la demás tropa sus huellas hasta el mismo río de Imperial, donde le aguardaría.

Se adelanta Rebolledo, y apenas lo pierden de vista los capitanes y soldados que seguían a distancia, empiezan a cavilar y a vociferar que el sargento mayor Rebolledo había dado esta traza a su expedición para hacer la maloca sólo con sus auxiliares, y aprovecharse sólo de ella. Sin decidir si esta sospecha era verosímil por habérsela infundido, tal vez, otras experiencias de semejantes casos, los capitanes, incitados por resentimiento o por codicia, marcharon con paso tan redoblado, que no tardaron en incorporarse con Rebolledo sobre el Cautín; y allí, sin orden ni permiso, resolvieron pasarlo. Rebolledo trató de hacerles guardar el buen orden de la disciplina ya con autoridad, ya en términos de persuasión, pero perdió el tiempo, y se lavó las manos, dejándoles obrar tan locamente como les pareciese.

Pasan estos revoltosos con arrebato a la otra parte del Cautín, y bien que desordenados, volvieron, no obstante, con ciento cincuenta prisioneros. Este feliz resultado agrió a Rebolledo, el cual juzgó que no por eso la falta de disciplina era menos digna de castigo; y de vuelta a Coipue donde los aguardaba el Gobernador, le dio parte de este acontecimiento. Lazo mandó al instante procesar a los capitanes por desobediencia y, aunque en virtud de no sé qué razones con que se justificaron, fuesen absueltos, les mandó quitar los prisioneros que habían hecho y depositarlos en el fuerte de Nacimiento.

Realmente hay culpas o faltas felices, al paso que hay buenas acciones desgraciadas. Este rasgo de indisciplina produjo, por lo menos, el buen efecto de poner de manifiesto el acrecentamiento de la fuerza moral del ejército español. Así lo pensó Lazo, y se alegró tal vez; y así mandado poner los prisioneros en el fuerte más cercano al enemigo, mostró que los creía muy del caso para persuadir a los de su nación que el objeto de la guerra no era la crueldad inútil, sino reducirlos al gremio de los españoles. Con estas mismas miras, envió al instante una india cautiva a decirles que estaba muy dispuesto a entregarlos, si querían obedecer y reconocer por su legítimo príncipe al rey de España; y no fueron pocos los que aceptaron esta paz por amor de sus hijos.

Si todas las expediciones tuvieran estos venturosos resultados, no habría más que desear; pero sería preciso, para conseguirlos, que se buscasen sin pensar en intereses particulares. De todos modos, ya empezaba a ver Lazo que con enemigos como los araucanos, el único medio de conquista era colonizar, no como lo habían hecho sus predecesores, sino con poblaciones numerosas.

Ya llegaba el mes de abril, y el Gobernador determinó pasar a Concepción para arreglar otros asuntos que no eran de guerra, y despachar un enviado a la Corte con parte del estado de las cosas de Chile, verdadero Flandes americano, en donde todos se sacrificaban, con raras excepciones, por su Rey y su patria. Para eso, envió de procurador a don Francisco de Avendaño, dándole una buena ayuda de costa de las cajas del ejército, a la que contribuyeron también las ciudades del reino. Pero este procurador hizo como todos los procuradores que iban a España; no volvió. De Madrid, fue de gobernador a Tucumán.

Por mayo, se ocupó el Gobernador con la mayor atención en la distribución del situado, que el Virrey le acababa de enviar en un navío, dando particular cuidado a la asistencia del soldado, a su calzado y a su vestuario, tan descuidados hasta entonces, que no parecían soldados españoles. Hizo un reglamento severo para cortar el vicio de jugar las prendas de vestuario, haciendo responsable de su observancia y de la cuenta y razón de cuanto se les abonaba a los individuos de sus respectivas compañías, a los capitanes de ellas.

Después de esto, dio el General su tiempo a la restauración de las plazas y edificios de la frontera. Como ya lo hemos dicho, a los techos de paja habían sido sustituidos buenos tejados, para hacer más difíciles los incendios por parte de los indios. En la estancia de Buena Esperanza junto al río de la Laja, morada de gobernadores verdaderamente militares, mandó construir una casa decente para ellos, y un fuerte para soldados, pero un fuerte que merecía este nombre. Habiéndose contentado sus predecesores con vivir, en Concepción, por ejemplo, en casas que parecían más bien ruinas, mandó hacer, y se ejecutó en el espacio de dos años, sin molestar la real hacienda ni tocar el situado, casas de un exterior imponente y regio, aplicando a esta atención encomiendas y pensiones vacantes.

Evacuados estos asuntos, marchó Lazo para Santiago, a donde llegó a principios de junio y fue recibido con la más espléndida ostentación. El cabildo eclesiástico por su lado, y a su cabeza el obispo don Francisco Salcedo de pontifical, cantaron un nuevo *Te Deum* en honra del que este santo prelado calificaba con el título de restaurador.

Sin embargo, siempre con una idea fija en la cabeza, en medio de otras muchas, don Francisco Lazo de la Vega volvía continuamente a ella. Ciertamente se manifestó muy reconocido a las demostraciones de consideración y de confianza con que todas las autoridades le honraban; pero esto no le impidió de llenar lo que él pensaba ser esencialmente su deber. Acerca de algunos bandos que había mandado publicar el año anterior sobre las obligaciones de la guerra, halló que había habido una culpable desobediencia, a lo menos, en el defecto de lentitud, y se manifestó muy descontento. Había habido individuos que abiertamente habían desconocido su autoridad, o por mejor decir, la de la ley, negándose a servir. Tuvo Lazo conocimiento de estas faltas y de los que las habían cometido, y mandó arrestarlos. Este acto infundió y esparció ya dudas sobre si era apariencia o realidad lo que mostraba ser bondadoso; pero Lazo quiso pasar adelante, sin mirar en los inconvenientes personales que podrían resultar de su firmeza.

Este hecho, al parecer indiferente y de poca consecuencia, se hizo grave porque ministros de la Audiencia, que gozaban de gran influjo, tomaron cartas en la defensa de los acusados, y fue esta circunstancia una razón mayor para que el Capitán General, Gobernador y Presidente, se empeñase en mantener toda su autoridad dignamente. Es verdad que ignoraba Lazo, acostumbrado como estaba a la regularidad y formalidad de procederes, que los gobernadores de Chile eran los más fácilmente e impunemente calumniados de cuantos han sido acusados en falso desde que hay gobernadores en el mundo. Las habladurías, y aun los suposiciones mentirosas de que fulano o mengano han dicho tal o cual cosa del Gobernador, no podían, a su parecer, alcanzar a una autoridad que con sus acciones desmentía las habladurías y falsas acusaciones. Aquí sucedió que entre los arrestados había un ciudadano principal de gran parentela, y esto ponía la cosa en bastante mal estado.

Con todo, no faltaban hombres de seso y bien intencionados que, si bien veían que Lazo de la Vega obraba un poco militarmente en este asunto, pensaron que era fácil y justo el poner fin a desavenencias, instruyéndole acerca de ciertas particularidades concernientes a la sociedad de la capital. Llevadas de este buen deseo, algunas personas de consideración pidieron al Gobernador mandase poner en libertad al preso, insinuándole que ciertas cosas graves en otras partes, no eran allí ni siquiera serias. Gustosísimo se prestó Lazo a esta condescendencia, al punto en que vio que no había en el asunto más que una falta de formalidad habitual. El habitante salió de su arresto; pero el mal estaba hecho, es decir, la ofensa recibida, y el amor propio ajado, tanto más, cuanto el General, por respeto a la ley y al buen ejemplo, exigió que él o sus deudos diesen fianza, y lejos de querer conformarse con esta condición, el ciudadano de Santiago y sus parientes apelaron a la Audiencia pidiendo aclaración del motivo del arresto; por lo cual, el asunto degeneró en competencia entre autoridades y jurisdicciones diversas. Y lo peor fue que Lazo, más militar que otra cosa, quiso vencer de golpe; y que los oidores, más acostumbrados a los trámites lentos de procedimientos jurídicos, manifestaron poseer una gran dosis de madurez y sangre fría.

En efecto, los culpados alegaron, en disculpa de su desobediencia, una real cédula de 1612, que los dispensaba del servicio. La audiencia decía que la materia

era de resorte suyo. Lazo sostenía que a él sólo pertenecía el juzgarla. Traslado al Virrey. El conde de Chinchón presenta el punto a la decisión de la audiencia de Lima, que juzga la causa en favor de la autoridad militar, y, en efecto, el Rey mismo confirmó posteriormente este juicio.

Don Francisco Lazo usó generosamente de esta sentencia, no volviendo a hablar más del asunto, con lo cual sometió más corazones que si hubiese usado de su derecho y hubiese operado reformas. Pero hizo más, como si nada hubiese pasado, dio un día magnífico de campo a los principales de Santiago, entre los cuales de hallaban los culpables, y muchos detractores suyos.

CAPÍTULO LVII

Continúa malo de sus heridas Putapichión. Queupuantú elegido toqui. Su sorpresa, su valentía y su muerte. Sana Putapichión y vuelve a campaña. Sucesos de la correría que los españoles hicieron hacia el Cautín e Imperial.

(1631 - 1632)

Tardaba el gran Putapichión en curar de sus heridas²⁵¹, y los butalmapus le dieron por sucesor a Queupuantú, que hemos visto mandando una de las alas del ejército araucano en la batalla de la Albarrada. En este instante, hallamos a Queupuantú alojado en un profundo valle, rodeado de bosques, en el cual había construido una habitación o casina con cuatro puertas para que fuese más difícil sorprenderles. Pero antes de irle a buscar allí, veamos que hacían los españoles de la frontera mientras el general Lazo se hallaba en Santiago ocupado durante el invierno.

Esta estación, aquel año, fue sumamente benigna, y el maestro de campo don Francisco de Cea aprovechó de esta circunstancia feliz para hacer continuas correrías en país enemigo, especialmente en Ilicura y en Purén, como depósitos y puntos de reunión de los araucanos. Queupuantú, que era caviloso, o previsor, pensaba probablemente que el gobernador español no le dejaría descanso, y que tal vez maquinaría algo contra su solo individuo; y, en efecto, no se engañaba el nuevo Toqui; porque realmente Lazo hacía cuanto podía para empeñar, hasta con dádivas, los indios amigos de Arauco para que se le entregasen muerto o vivo.

Con este fin, destacó sobre Ilicura cien españoles y trescientos auxiliares con el mayor sigilo, y encargo muy especial de guardar buen orden. Llegan a la salida de unos bosques que rodeaban el valle en donde moraba Queupuantú, sin haber sido descubiertos, un poco antes de la mañana, e inmediatamente forman dos emboscadas con dos trozos, mientras el tercero ataca la casina de Queupuantú.

Pero éste, que, aun durmiendo, no dejaba de la mano su lanza, salió por la puerta opuesta al ataque y se entró en el monte como una visión. Los españoles se

²⁵¹ Pérez García da a entender que Putapichión ha muerto, diciendo que los butalmapus tenían el sentimiento de haberlo perdido. Era un error, como se verá.

retiraron para ver si saldría, y en efecto volvió con unos cincuenta hombres armados con lanzas y adargas. Una de las dos emboscadas los atacó con denuedo; pero ellos se defendieron con no menos, hasta que Queupuantú se vio herido, y entonces se volvieron a internar en el monte dejando algunos muertos. Imaginando los españoles que tal vez creería que no había más emboscada que la que le acababa de atacar, y que si ésta se alejaba, tal vez volvería, se retiraron con muestras de marcharse desanimados de poderle coger. Cae Queupuantú en el engaño, o bien sale resuelto a vengarse; sale, decíamos, más airoso que la primera vez, y con más gente, denostando y llamando a combate a los españoles.

Era ya día claro a la sazón, y descúbrese de repente la segunda emboscada tan oportunamente, que no le deja tregua ni lugar para volverse a ocultar. No le quedaba ya al jefe araucano más recurso que su brazo y su lanza, y, es preciso confesarlo, uno y otro eran formidables. A pesar de su inferioridad numérica, pelea y resiste con firmeza. Caen los suyos junto a él, y continúa peleando, nombrándose con altivez, y gritando con voz espantosa; “Yo soy Queupuantú el que ha dado muerte a tantos de los vuestros”; (porque parece que es esta declaración a la faz del enemigo la mayor prueba para ellos de valentía) “quisiera exterminar a todos los españoles y tener mil vidas para perderlas todas por la patria y por la libertad!”²⁵².

Oyendo eso Loncomilla, hijo de Catimalá comandante de los auxiliares, se arroja a él lanza en ristre, y empezó entre ellos una singular y atroz batalla. Fuertes, violentos, feroces y diestros a la par, se tiran botes tremendos de lanza y los paran largo tiempo sin herirse, hasta que se les rompen las astas. Entonces, como de común acuerdo, alzan con sus brazos poderosos en alto sus macanas que caen por algunos instantes en vago, y hacen temblar la tierra. En fin, se declara la suerte por Loncomilla, y de un golpe acertado aterra a su contrario, haciéndole la cabeza mil pedazos²⁵³. Murió el terrible Queupuantú con veintitrés heridas que había recibido en aquella madrugada.

Pero no por eso se retiraron ni se acobardaron los suyos; lejos de eso, continuaron batiéndose como fieras, y todos murieron, menos doce que fueron rodeados y prisioneros.

El nombre de Lazo fue ensalzado a lo más alto en esta ocasión. Ya se pensaba que los indios de Ilicura, desanimados para siempre, pedirían la paz y se retirarían a Imperial. Vanos cálculos. Los indios de Ilicura se reunieron para hacer honras fúnebres pomposas, a su manera, al ilustre General que habían perdido; y después de haberlo llorado, le buscaron un vengador, nombrando en una junta plenaria para sucederle en el mando, a un pariente suyo, el cual se llamaba justamente Loncomilla, como el indio auxiliar que había dado muerte a Queupuantú. El nuevo

²⁵² ¿No es tan heroico esto como el *ahora nazco, pues que así muero de Epaminondas?* Figueroa.

²⁵³ Tesillo, que cuenta poco más o menos este suceso en los mismos términos, varía la conclusión, diciendo que Loncomilla, después de rota su lanza, hirió a Queupuantú en la cabeza con un alfanje que tenía ceñido. Sin duda este autor es una autoridad; pero la narración de Figueroa, y otros que la cuentan como él, nos ha parecido más conforme a los usos araucanos. Pérez García contesta este combate singular, aunque confiesa que Loncomilla mató a Queupuantú.

toqui se disponía ya para entrar en campaña, y por primera providencia quería cortar la comunicación a los españoles con Arauco; pero Cea que lo supo, fue con los mismos cuatrocientos hombres, sorprendió completamente a Loncomilla, que no tenía consigo más que cincuenta hombres con los cuales se defendió hasta morir, y desbarató todos sus planes, volviéndose con prisioneros, ganado y caballos.

Mientras tanto, por la parte de San Felipe, Rebolledo tenía la misma feliz suerte, y aun más feliz, puesto que, además de su éxito en muchas correrías, tuvo la ventaja mucho más apreciable, de atraer a la paz a los célebres pehuenches, y lo que más es, por auxiliares con sueldo, haciéndoles óptimas promesas. En cuanto a promesas, dice Carvallo, Rebolledo era tan liberal cuando rajaba y cortaba en paño ajeno, como apretado en lo que le interesaba personalmente.

Estos pehuenches, que Tesillo llama veliches y que califica de ingratos, eran muy valientes y no menos sanguinarios, y si se redujesen sin restricción interior, serían muy útiles; pero el mismo autor añade que siempre era preciso estar mirándoles a la cara para ver de descubrir lo que tenían en el pensamiento. De todos modos, ninguna de las grandes ventajas conseguidas por los españoles antes del invierno, ni durante esta estación, en la cual se les cogieron más de seiscientos prisioneros, mil caballos y muchas cabezas de ganado; ninguna de las correcciones crueles que creían haber dado a los araucanos, bastó para enfriar su ardor belicoso, su amor a la patria y a su independencia. Mientras que los españoles creían lo contrario, los araucanos proyectaban darles nuevas pruebas de que era tiempo perdido todo cuanto se hacía para someterlos.

En efecto, cuando menos lo aguardaba, recibió parte Lazo de que hacían llamamiento general de sus provincias para un poderoso esfuerzo que querían intentar mandados por Putapichión, el cual, después de haberse consumido mucho tiempo de impaciencia, se veía ya en estado de volver a las armas, sin recordar en ninguna manera lo que acababa de padecer. Tesillo, con gran sorpresa nuestra, opina que Putapichión, en punto a valor y a consejo, tenía muy poco de ambas cosas. Sin duda, este autor no estaba enterado de los antecedentes de Putapichión, e ignoraba, cosa imposible, Chillán, las Cangrejeras y la capa de grana de su General.

En fin, informado el Gobernador de que este jefe araucano tenía sus fuerzas reunidas, salió a buscarle él mismo de la frontera de San Felipe, a principios de enero de 1632, con mil ochocientos hombres entre españoles y auxiliares, y se fue a acuartelar en Curalaba. Una vez allí, mandó al sargento mayor Rebolledo con caballería a correr por Repocura, con orden de replegarse a él en Quillín, donde le aguardaría.

Apenas el Gobernador había tenido tiempo para alojarse en Quillín, cuando ya Rebolledo estaba allí de vuelta de su correría con trescientos prisioneros y seis mil cabezas de ganado. Esto pareció tan inaudito, que algunos capitanes viejos decían a Lazo que era esta presa un verdadero triunfo, y que merecía la pena de no exponerse a perderlo, en el supuesto de que los enemigos vendrían a recobrarlo a toda costa. Lazo fue de parecer contrario, respondió que si con presas semejantes se contentaban, la guerra de Chile sería eterna; que no había levantado el campo para venir a apoderarse de un vil botín y de algunos esclavos, sino para servir al

Rey y al Estado batiendo a los araucanos; que semejantes pareceres podrían serles muy perjudiciales para su honra y reputación, puesto que dejarían creer servían más por interés propio que por el honor militar y gloria de las armas españolas, y que, en fin, si esta presa había de aumentar el rencor de los enemigos y hacerles venir más pronto a las manos con su ejército, ésta sería su mayor utilidad. “Seamos dignos de nuestros antiguos españoles, que han hecho cosas más grandes que nosotros, concluyó el Gobernador, dando fin glorioso a esta guerra, y eterna memoria a nuestro nombre”.

Dicho y hecho, don Francisco Lazo fue a Repocura, donde se había ejecutado la fructuosa maloca, y los caciques de la provincia le enviaron a suplicar tratase bien a los prisioneros. La respuesta fue, que no sólo pensaba tratarlos bien sino que estaba muy dispuesto a restituirlos, si aceptaban la paz; y, en efecto, la aceptaron. El General permaneció tres días en aquel amenísimo valle, regalando a su ejército con carnes, frutas y legumbres. Al cabo de estos tres días, marchó para Imperial, lugar de tristes y dolorosas memorias. Hallándose a orillas del Cautín, a media legua de esta antigua plaza de milagros de valentía y de padecimientos, mandó que se hiciesen agresiones para irritar al enemigo, quemando casas y saqueándolas; pero ni un solo enemigo se mostró. Lejos de eso el Gobernador no vio más que mensajeros con súplicas para que pusiese fin a los estragos que cometían los españoles.

Tras de los mensajeros le vinieron muchos caciques que recibió con la mayor cortesía y agasajo, preguntándoles por qué no se acogían a la paz a fin de ahorrarse aquellos estragos de la guerra. La respuesta fue que lo harían de muy buena gana si los españoles estuviesen siempre allí para protegerlos; pero que luego que se marchasen, vendrían guerreros de Ilicura y de Purén a castigarlos por haber estado en relación de amistad con sus enemigos.

Esto se pasaba la víspera de Navidad. Al día siguiente, marcharon los caciques muy pagados del recibimiento que les había hecho el Gobernador, y éste canjeó el mismo día muchos prisioneros. Con esta ocasión, supo que los enemigos se hallaban con mil quinientos hombres a la otra parte del Cautín y que aguardaban por refuerzos. Sobre la marcha, el General mandó pasar el río a Cea con mil caballos, llevando en ancas alguna infantería para dispersarlos. Pasó Cea; pero el enemigo se retiró apresuradamente, y el maestre de campo mandó a sus tropas talar y saquear. Con esto vinieron a implorarle con regalos y ofertas, pidiéndole no les hiciese tanto mal.

Sin embargo, no era la intención del Gobernador destruir y arruinar. Lo que quería era imponer. Por eso se ve que si con una mano manejaba la espada, con la otra concedía generosamente todo cuanto le pedían, bajo la sola condición de la paz. Por desgracia, aunque progresaba, lo hacía, por decirlo así, paso a paso y lentamente. Pero ésta era la naturaleza de los araucanos. Por donde quiera que marchase el ejército español, se veían enemigos sin poder venir a cabo de ellos, por más que se hacía, hasta que un día Catimala imaginó un ardid que vamos a referir.

Formaba él con los auxiliares la vanguardia, y con muchas destreza marchó de manera que luego se halló a retaguardia, con el fin de que el enemigo no le viese

por de pronto. Entretanto, dijo al General que era preciso le permitiese simular un ataque contra la verdadera retaguardia española, la cual simularía una defensa, y que él se retiraría como rechazado a ponerse bajo la protección de los enemigos. Lo permitió Lazo, y Catimala ejecutó su maniobra con el mayor éxito. Al punto en que habiéndose retirado lo bastante, vio venir a su socorro los araucanos, que lo creyeron suyo, los atacó, mató a veinte e hizo once prisioneros.

Por otro lado, mientras el Gobernador hacía esta campaña con tan felices resultados, los indios de Ilicura, mandados por el caudillo Huenualquín, que había sido nombrado a la muerte de Loncomilla, se arrojaron impetuosamente sobre el territorio de Arauco, incendiaron la parcialidad de Carampangue y capturaron mujeres indias de los de paz. Catimala que lo supo, corrió, con el beneplácito del Gobernador, y sostenido por Cea con alguna caballería, para ir a vengarse y a rescatar las mujeres de Arauco. Los de Ilicura conocían el carácter de Catimala, y seguros estaban que vendría a sorprenderlos, si podía. En consecuencia, pusieron centinelas sobre todas las alturas de Purén para no serlo; pero la caballería española operó con tanta celeridad, que, aunque los centinelas que vieron venir a los españoles, dieron parte al instante, cuando los de Ilicura se hallaron formados para resistir, ya Cea estaba de vuelta con cincuenta prisioneros.

El conjunto de operaciones arriba relatadas compusieron lo que se llamó *la campaña de Imperial*, campaña fructuosa en sucesos venturosos para las armas españolas, y en la cual se cogieron un total de quinientos prisioneros, doce mil cabezas de ganado, mil caballos; se dio muerte a ciento setenta enemigos; fueron rescatados muchos españoles cautivos, y reducidas a la paz sesenta familias con sus jefes. Pero todo esto no procuró ni paz, ni descanso para el ejército español. Parece cosa increíble, pero así fue. De regreso de esta campaña, don Francisco Lazo repartió sus fuerzas entre las plazas de San Felipe de Austria y Arauco, y él se retiró a la de Buena Esperanza, llamada también Estancia del Rey.

Estas disposiciones ya tomadas, y la tropa estando con descanso en sus cuarteles, los araucanos de Purén y de Ilicura empezaron de nuevo a inquietar la frontera, y siempre llevaban algo; hombres, ganados o caballos. El Gobernador empezaba a convencerse de que por los medios empleados hasta entonces no era probable poder someter a estos intrépidos enemigos, los cuales, además de su arrojo, tenían en su favor la naturaleza del país que los protegía. Muchas veces había entrado en consejo con el maestro de campo y el sargento mayor para haber de dar traza de someterlos, o a lo menos de reducirlos a la inacción. Pero era una cuestión sobre la cual no se hallaban de acuerdo nunca, puesto que Cea y Rebolledo eran de parecer de que, para conseguirlo, lo más conveniente sería invadir su territorio continuamente con partidas volantes durante el invierno, y cortarles los víveres por el verano; y que Lazo no opinaba lo mismo. Sin embargo, en esta ocasión, que era oportuna, puesto que ya estaban en el mes de abril, dejó el maestro de campo seguir su idea y marchar contra Ilicura. Marchó Cea con designio de sorprender al enemigo; pero éste, que estaba sobre aviso, había puesto escuchas y centinelas por todas partes, y la marcha de los españoles fue descubierta. Mataron estos ocho centinelas y luego fingieron retirarse, dejando una emboscada de trescientos auxiliares

y cien españoles. Los de Ilicura cayeron en ella y perdieron ochenta hombres muertos, y ciento veinte prisioneros con algunos caballos.

Verdaderamente son cosas, no diremos precisamente increíbles, pero sí incalculables: los españoles mataban y aprisionaban tantos araucanos, cogían tantos caballos y ganados, que ni de hombres ni de estos animales debía de quedar uno en las tierras de los indios.

CAPÍTULO LVIII

Exageraciones de algunos historiadores. Preparativos de Huenualquín. Va a buscarle Lazo. Operaciones de la campaña. Socorro de tropa a Tucumán para someter los indios sublevados. Vuelve el Gobernador a Santiago. Sucesos de Rebolledo en San Felipe, y de Cea por Arauco. Nueva campaña hecha por el Gobernador. Su éxito.

(1632 - 1634)

Digámoslo, aunque nos pese, la historia se resiente muchas veces de cierta exageración muy loable porque procede de sentimientos nobles y generosos. No diremos que hay en los datos de don Santiago Tesillo ausencia de verdad, puesto que otros autores, y entre ellos Figueroa, concuerdan con él, aunque parece que muchas veces se fundan en sus mismas aserciones; pero lo cierto es que, según las actas del cabildo de Santiago, el Gobernador había salido de allí tan alarmado con los partes que le habían venido de los aprestos formidables de Huenualquín, que habiéndose puesto en marcha el 18 de noviembre, el 24 ya estaba en Teno, el 7 de diciembre en Yumbel y el 25 de enero del año entrante 1632, en Concepción.

Pero luego vio que le habían abultado mucho, muchísimo las fuerzas de Huenualquín, y no obstante, aunque el virrey de Perú le había enviado un refuerzo de doscientos cuarenta hombres con pertrechos, aun había pedido refuerzos a Santiago, refuerzos que el Cabildo, asesorado con la Audiencia, no había creído posible enviarle, en atención a que estaban amenazados de una nueva invasión de corsarios, y que ya los hombres que la ciudad tenía a su disposición no eran demasiados para vigilar mil quinientos indios y dos mil negros –enemigos domésticos– que había en ella.

Éstas son particularidades que aclaran mucho la verdadera importancia de los hechos, y, francamente, no pueden menos los lectores de estar reconocidos a estas rectificaciones de los cabildos, puesto que por ellas pueden formarse juicios más exactos de verdad, sin admirar menos los interesantes servicios hechos a la causa por ilustres militares.

Igualmente, vemos que, el 17 y 23 de octubre del año anterior, el cabildo de Santiago ha hecho una especie de ley suntuaria, compuesta de catorce artículos, arreglando los trajes y otros gastos excesivos que acarrea un lujo desenfrenado; particularidad digna de anotarse en cuanto contrasta de una manera casi chocante

con los apuros y apocamiento en que decían se hallaban aquellos vecinos; y esta ley, creemos haberla visto atribuida al gobernador don Francisco Lazo y a sus miras legislativas, para las cuales tenía la misma aptitud que para las grandes operaciones militares, sin que Tesillo haga mención del Cabildo.

En fin, el Cabildo dice que desengañada S.S. de que no había mucho que temer de las amenazas de los indios, se había mantenido en Concepción, sin salir a campaña hasta el 26 de abril, y que el 5 de junio ya se hallaba invernando en Santiago.

Estas contradicciones son crueles, puesto que sabemos, sin que pueda quedar nos género de duda, que Lazo estaba por natividades en Imperial; que envió a la otra parte del Cautín a Cea contra Putapichión; que hizo rescates, atrajo indios a la paz, y se cogieron en esta campaña gran número de prisioneros, con presas de ganados y caballos. ¿A quién creer en tales casos? A todos, salvo una ligera sustracción en la suma de exageraciones. Porque cada cual cuenta su historia, y no podemos desconocer que Tesillo servía de cerca con el Gobernador, a quien tenía un apego, que, tal vez, no le permitía de ver sus cosas si no es con anteojos de aumento.

Otros autores, sin dejar de ser justos, y aun también entusiastas para con don Francisco Lazo de la Vega, confiesan que era este Gobernador más rígido que conciliador, y más militar que político. Ciertamente había tenido grandísimas dificultades que vencer, y obstáculos que superar para poner las cosas de la guerra en el estado en que estaban en aquel entonces; pero también había sido particularmente atendido por el conde de Chinchón, y ayudado por los cabildos de Chile. Bien que Lazo se hubiese portado como buen caballero cuando la audiencia de Lima sentenció en su favor sobre la oposición de competencia entre él y la de Santiago de Chile, hubiera podido evitar estos choques teniendo presente que los cabildos hacían mucho más de lo que les era buenamente posible con el más admirable celo; que la Real Audiencia representaba muy de cerca la autoridad real, y que los vecinos de Santiago, lo mismo que los habitantes de otras ciudades, no habían dejado de pagar la deuda grande de un ciudadano a su patria, sirviéndola con vida y bienes. ¿De qué importancia eran algunas excepciones, poquísimas, para fundar en una infracción muy dudosa, si se atiende a la real cédula de 1612 en favor de los vecinos de Santiago, un asunto gravísimo de estado? De ninguna, y realmente Lazo lo hubiera evitado, si a su noble energía militar, hubiese querido añadir un poco de sangre fría política.

En primero de marzo, el cabildo de Santiago había acordado conceder armas, pólvora y municiones –al fiado por un año– a los procuradores que le habían enviado con este fin las ciudades de Cuyo, Mendoza y San Juan, para defenderse –si llegaba el caso– contra los indios de la Rioja y de Tucumán, que estaban sublevados.

En la misma época, sin duda alguna, el Virrey, conde de Chinchón, había pedido a Lazo enviase –no obstante sus propias necesidades– un socorro de tropa a don Felipe Albornoz, gobernador de Tucumán, para someter a estos mismos indios que eran los calchiaques. Lazo cumplió con esta orden enviando al corregidor de

Mendoza, don Juan Aldaro, con un escuadrón a Tucumán. Pero cuando lo hizo, se hallaba en la plaza de Buena Esperanza, como lo dice Carvallo; y, sin embargo, según Tesillo, una de las grandes atenciones que llamaban ahora el Capitán General a la capital, era el dar cumplimiento a esta misma orden del Virrey.

Ciertamente, el punto donde estaba Lazo entonces importa bastante poco al fundamento de la historia; pero por otro lado, anuncia cierta composición en el plan del relato, que puede, tal vez, causar alguna confusión en el orden de los hechos; bien que en esta circunstancia no la haya. En efecto, el escuadrón que fue al socorro de Tucumán produjo el resultado que se pedía, cooperando eficazmente a la sumisión de los chalchiques, en la que tuvo gran parte el general don Gerónimo Luis de Cabrera, no sólo con su persona sino, también, con sus bienes.

Estos indios, después de sometidos, fueron transferidos a Buenos Aires, en donde se fundó con ellos la población de los Quilmes.

Parece, entretanto, que mientras el Gobernador estaba en Santiago, Putapichión y Huenualquín continuaban pasando y repasando el Biobío, mal que le pesase al sargento mayor Rebolledo; el primero por la frontera de San Felipe, y el segundo por la de Arauco. Era un modo muy particular de hallarse aterrados. Picado Rebolledo de estas burlas, pasó el Biobío con una columna ligera por la plaza de Nacimiento, y en Purén, entró en la ciénega, a cuyas orillas vio las balsas de los enemigos. Con esta descubierta aguardó la noche, pasó el lago con su tropa, y al amanecer cayó sobre las casinas en las cuales cautivó unos cien hombres y mujeres, y dejó a otros muertos. Después de lo cual quemó las habitaciones y cuanto tenían los indios, que quedaron tan atemorizados, dice Carvallo, que durante mucho tiempo no se atrevieron a asomarse a la frontera.

Sin embargo, uno de los prisioneros que Cea había hecho en Ilicura le dio parte de que en los montes de Purén había un lugar muy oculto, guardado por muchas centinelas avanzadas, y que servía de punto de reunión a aquellos indios guerreros. Este prisionero delator de los suyos quería gozar pacíficamente en el seno de su familia, cautiva también, de la paz que le ofrecían, y se aventuró a servir de guía a los españoles en esta expedición. El maestre de campo destacó al teniente Muela con cuatrocientos auxiliares y doscientos españoles. Con Muela iba también un capitán de auxiliares llamado Phelerengel. Marcharon sigilosamente y llegaron cerca del sitio indicado, en donde había una parte de los araucanos resueltos a marchar contra Arauco. Se echaron de repente y por sorpresa los españoles sobre ellos, mataron unos setenta e hicieron cien prisioneros.

Espárcese esta noticia, tocan al arma de los indios, salen los setecientos y siguen a Muela, que ya se retiraba con orden. Le pasan a vanguardia, se sitúan ventajosamente y empiezan una acción contra los españoles. Por desgracia, aquel día, llovía copiosamente y las armas de fuego les eran de muy poca utilidad, por no decir de ninguna. Por consiguiente, tuvieron que batirse al arma blanca; pero aun conservaban ventaja, y el enemigo se hacía ya atrás; mas fue para volver a la carga con más ímpetu a fin de romper las filas españolas, intento que no consiguió, porque los españoles, se mantuvieron firmes como rocas. Retroceden segunda vez los araucanos con el mismo designio, y los españoles, que por lo malo del terreno

no podían tenerse en pie, ni hombres ni caballos, empezaron a retirarse. Pican los indios la retaguardia y cargan en diferentes puntos hasta cinco veces, cuando ya a los españoles se les caían las armas de las manos por el frío que les cortaba la respiración; de suerte que treinta españoles murieron en esta ocasión, y otros muchos después, a consecuencia de las fatigas y de la inclemencia de los seis días que había durado esta expedición, escrita por este tenor de la misma mano del maestre de campo Cea²⁵⁴.

Al mes de julio siguiente, destacó Cea otra columna de cuatrocientos españoles y cien auxiliares sobre Purén, y esta columna volvió a los catorce días con ochenta y siete prisioneros y trescientos caballos, habiendo muerto a muchos enemigos, de los cuales, por esta parte, ya no se vio ninguno hasta en el mes de agosto²⁵⁵.

Es decir, que por ninguna parte había ya que temerlos, pues por San Felipe, Rebolledo los había arrojado a Imperial. Y con todo eso, Tesillo, que pone el hecho de Ilicura en el mes julio, dice: “que no había quedado quehacer a las armas españolas hasta el de agosto”. ¡Qué ceguedad!

Mientras tanto, don Francisco Lazo de la Vega llenaba sus deberes de presidente de la real audiencia de Santiago; y como ya estaba en el tercer año de su gobierno, conocía mejor la naturaleza de los hombres y las cosas del reino de Chile. Justo con todos los que pedían justicia, mezclaba con ella una particular benevolencia hacia los hijos del país, y empezó a ser más querido; porque hasta entonces, este ilustre Gobernador había inspirado más respeto que sentimientos de afecto, por la razón de que era más imponente que llano, sintiéndose siempre revestido de la severidad que dan al exterior cuidados abstractos y serios. La autoridad que le daba sobre los ánimos su acierto en operaciones militares, nadie recordaba la hubiese gozado ninguno de sus predecesores.

El 16 de noviembre, se fue de Santiago a Yumbel, sin que se hubiese sabido la causa de esta marcha repentina. Sin ninguna duda, dice Pérez García, tuvo aviso secreto de alguna de las correrías felices de Huenualquín, de que habla tanto Molina; pero, sea lo que fuere, todo el mes de diciembre lo pasó en paz, bien que ocupado en preparativos para salir a campaña. Según García, reunió mil quinientos hombres, pasó el Biobío en busca de Huenualquín; no le halló, y se contentó con hacer trescientos prisioneros en Repocura. El 26 de abril de 1633, ya se hallaba de vuelta en Concepción, en donde se mantuvo hasta el 23 de junio, en que las crecidas de los ríos habiéndolos hecho invadables, volvió a invernar en Santiago. El 29 de julio, llegó a esta capital; visitó el partido de Aconcagua el día 20 de octubre; volvió a salir para Concepción el 17 de diciembre, y llegó a esta ciudad a la entrada del año 1634.

Así se pasó el verano de 1633, según García; pero Tesillo es algo más explícito. Según él, el Gobernador, habiendo salido a campaña a principios de enero y después de haber concentrado sus fuerzas en Negrete, marchó sobre el río Coipue, a

²⁵⁴ Figueroa, cuya narración adoptamos, añade que ya los combatientes no se daban cuartel.

²⁵⁵ Tesillo. Estos prisioneros contradicen a Figueroa ¿A quién creer? Francamente y en conciencia, a éste. Vemos demasiada exaltación en Tesillo, y algunas veces, poca sinceridad.

orillas del cual se acuarteló. Desde allí dio orden a Rebolledo para que marchase con toda la caballería contra Pellaguén, confinante a Purén, y tan tenaz en la resistencia como ésta. Rebolledo tuvo poco o nada que hacer en esta marcha, por la razón de que los enemigos estaban ocultos en los montes. Algunos temerarios hubo que quisieron oponérsele y perdieron la vida en la demanda; otros fueron cogidos, y con éstos y algunas familias, se incorporó con el General en Coypú.

A su vez, Lazo marchó con todas sus fuerzas a Purén, con el solo fin de molestar a los araucanos cortándoles los víveres, que es lo que más sienten. Sin embargo, no se mostraron en masa, sino por pequeños destacamentos diseminados por todo el terreno que ocupaba el ejército español. A fuerza de ser molestados, algunos se acogieron a la paz, y entre éstos, uno fue un principal cacique llamado Guayquimilla, con setenta personas de su familia y allegados. A pocos días, se creyó o se supo que esta acogida a la paz no era sincera y sí fingida, y el Gobernador mandó prender a Guayquimilla, el cual vivió y murió en una cárcel con muestra de cristiano.

Pensando en retirarse, no quedándole nada que hacer allí al ejército, el General mandó disponer, al día mismo de la salida, una emboscada de cuatrocientos españoles y auxiliares al mando del capitán Vásquez de Arenas, en la cual cayeron los enemigos dejando algunos muertos y muchos prisioneros. Es increíble cuan fácilmente caían los araucanos en emboscadas, por más que esto les había sucedido tan frecuentemente. Es una particularidad que ensalza, más que otra alguna, el valor arrojado de estos intrépidos guerreros. El Gobernador mandó dar muerte a estos infelices prisioneros²⁵⁶.

²⁵⁶ Tesillo. Bien habíamos pensado, dando crédito a Figueroa cuando nos aseguró que ya no se daba cuartel. Lo más increíble es que Tesillo aplaude esta acción de Lazo, diciendo que se debía hacer lo mismo con todos.

CAPÍTULO LIX

Nuevas sorpresas de los indios. Putapichión se prepara a salir con grandes fuerzas a campaña. Va al encuentro Lazo; pero no le espera el jefe araucano. Dispersa éste sus fuerzas. Causas de las malocas y correrías por parte de los jefes españoles. Diferentes correrías y sucesos de Lazo hasta que regresa a Concepción.

(1634)

El Gobernador se retiró para Concepción, y apenas había vuelto las espaldas, cuando los pobres indios salieron de los montes para ver si les había quedado algo y para levantar otras habitaciones, puesto que todas las que tenían estaban abrasadas. Se hallaban ocupados en esta faena con una perseverancia admirable, y en medio de ella se vieron de nuevo asaltados por setecientos españoles y auxiliares que el Gobernador echó sobre ellos, desde que supo que habían salido de los montes. Esta nueva expedición regresó al cabo de nueve días con ochenta prisioneros y trescientos caballos.

¿No sería tal vez esta expedición la repetición de otra? No. Nos hemos asegurado bien de ello, realmente cansados de asentar las mismas acciones y los mismos resultados por todos lados, sin fin ni objeto posibles. Pues aun, el Gobernador volvió atrás, antes de verificar su regreso a Concepción, con la noticia de que Putapichión se preparaba a salir con nuevas y mayores fuerzas a campaña. Salió aun otra vez de San Felipe, y tomó posición sobre el río de la Laja; pero Putapichión, lejos de presentarse, dispersó su ejército. Para asegurarse más del hecho y experimentar la fidelidad de los de Purén que últimamente se habían acogido a la paz, los envió mezclados con auxiliares experimentados a Purén mismo, y surtieron tan bien, que a los siete días, volvieron con cuarenta y cinco prisioneros más, los cuales confirmaron la noticia de la dispersión de las fuerzas de Putapichión. Con esto Lazo se retiró tranquilo a Concepción.

Allí, su espíritu activo se ejerció en obras de utilidad. La falta de un almacén de pólvora y las contingencias desgraciadas a que esta falta podía dar lugar, llenaron su atención, y mandó construir una casamata para este objeto. Tras de esto, hizo un arsenal de artillería que no existía, un cuerpo de guardia y una sala de armas, que podía competir con las mejores de Europa. Estas construcciones militares ocasionaban necesariamente las de otras casas para empleados, y contribuían

a hermostrar la ciudad que, como ya hemos dicho, era no sólo capital de las plazas de la frontera sino, también, puerto de mar, y merecía poseer la Real Audiencia, dice Tesillo, el cual parece persuadido que ha sido una equivocación el tenor de la real cédula que la hizo restablecer en Santiago, a donde necesariamente los gobernadores tienen que ir para presidirla; cosa irregular que carece de fundamento, y causa graves inconvenientes.

Estaba, pues, el Gobernador por abril en Concepción con pocos ánimos par bajar a Santiago por causa de su salud delicada; pero por esto mismo, Concepción no le era muy favorable, puesto que el invierno aquí es más riguroso con lluvias y vientos del norte. Sin embargo, tanto hicieron la Audiencia y el Cabildo rogándole fuese, que al fin, se resolvió a ir. Y éste es el caso de decir que hay grandes inconvenientes en este viaje, puesto que la ausencia del jefe del ejército puede acarrear graves resultados. Esta ausencia tiene lugar justamente durante la distribución de los situados, y no es difícil comprender que estas distribuciones serían mucho más satisfactorias para todos los interesados en general, pero particularmente para los más humildes, si la primera autoridad estuviese a la vista. En esto distinguió mucho un gobernador interino, ministro de la audiencia, Merlo de la Fuente, y no menos su sucesor el ilustre Jaraquemada. Lazo hubiera querido imitar a estos brillantes modelos y hubiera querido que los otros cabos del ejército tuviesen la misma noble ambición; pero parece que, lejos de tenerla, tenían otra tal vez diametralmente opuesta, e increíble en militares de tanto honor. Lazo quiso poner remedio a este abuso de la baja codicia; pero el mal estaba demasiado arraigado. Sin embargo, mitigó sus malos efectos, mandando por bandos que entrasen víveres todos los que quisiesen, con tal que en pago recibiesen dinero y no géneros de tráfico. Pero hubiera sido preciso para la exacta ejecución de sus órdenes que se hallase en todas partes, por la razón de que los jefes y capitanes eran los que las infringían más fácilmente, y con más ventajas, en los fuertes y plazas de la frontera, sin temor de comprometer su honra ni estimación.

Una de las cosas que infundía más desprecio a los indios por los españoles era el conocimiento que tenían de su codicia, codicia que era el móvil principal del ardor con que ejecutaban malocas, saqueos y hacían prisioneros de ambos sexos. Estaban persuadidos los araucanos de que los maestros de campo, sargentos mayores y capitanes no querían guerra con ellos si no era por estos fines, y que el jefe de cada correría y saqueo se aprovechaba sólo de la presa o del botín que hacía, con el objeto de comerciar fuera del reino. Por esto se ve cuán acertado iba el P. Luis de Valdivia en sus principios o motivos, y en sus fines; y el estar de acuerdo con él, como lo hacen Tesillo y otros, en los primeros condenando los segundos, no lleva camino, ni esto se llama raciocinar, sino hablar con pasión, género de yerro que puede ocasionar tantos males, y los ocasionó, sin duda alguna, como la ciega codicia de enriquecerse.

Por fin, la Real Audiencia, el Cabildo y los vecinos de Santiago tuvieron el regocijo de ver llegar al ilustre Lazo, a la entrada del invierno de 1634. Desde allí, sin dejar de dar mucha atención a los asuntos civiles, no descuidaba los militares. Putapichión se hallaba entonces retirado del otro lado del Cautín, a la falda de

la cordillera, en comunicación con Antiguenu, otro cacique de renombre que tenía bastantes hombres bajo su mando. Esta posición la había escogido Putapichión como inaccesible por lo estrecho y difícil de las gargantas montuosas que conducían a ella. El Gobernador le tenía muchas ganas a Putapichión. Realmente, no podía olvidar Lazo que este valiente araucano, de quien Tesillo habla con tanto desdén, le había quitado en cierta ocasión su capa de grana. Como decíamos, le tenía ganas y meditaba su ruina. Con la noticia de la posición que ocupaba Putapichión, envió orden al sargento mayor Rebolledo, desde Santiago, para que le fuese a desalojar, si podía. Rebolledo obedeció; pero cerca del Biobío, lo descubrieron las centinelas araucanas desde las alturas de Nacimiento, y creyó deber retirarse a San Felipe.

Animados con esta retirada los enemigos, treinta²⁵⁷ temerarios de entre ellos tuvieron el arrojo de adelantarse hasta los potreros españoles para llevarse caballos; pero Rebolledo, ya prevenido de su audaz proyecto, había mandado al capitán Domingo Parra de una compañía de auxiliares de San Critóbal, que fuese con sus soldados y algunos arcabuceros, todos montados, a cortarles la retirada. Ejecutó muy bien Parra esta orden, y encontró a los treinta valientes araucanos cerca de las orillas del Itata. Bien que las fuerzas españolas fuesen muy superiores, los indios las arrostraron, y se batieron quedando todos o muertos o prisioneros sin que se salvase más que uno solo que corrió a llevar esta noticia a los suyos. Los españoles y auxiliares tuvieron algunos heridos.

Muchísimo se holgó Lazo con ella cuando la recibió por su lado. Muy luego salió de Santiago para Concepción, en donde se halló con cincuenta caciques de Imperial que venían a pedirle paz, movidos del temor de ser maltratados aquel verano, dice Tesillo, el cual añade: “porque por bien, no es posible se consiga cosa loable de su natural”. Semejante ceguedad es increíble en un hombre de mérito que ha llenado páginas, elegantemente escritas, de rasgos de resistencia heroicos, al paso que en los cuatro últimos años de defensiva no se ve apenas uno; increíble en un hombre que confiesa que la codicia es el gran móvil de malocas y correrías, y que el uso que hacen del botín los que las mandan los hace despreciables a los ojos de los mismos araucanos.

Pero dejemos reflexiones inútiles cuando tenemos detrás de nosotros un rastro de pruebas eternas de que no hay para qué leer seriamente los recopiladores de aquel tiempo. Exceptuando Figueroa –bien que algunas veces caiga en contradicciones bastante singulares– y exceptuando a los jesuitas, con particularidad a Ovalle, todos los demás o faltan de sinceridad, o de consecuencia. Es materia imposible el sacar en limpio qué querían o qué pensaban algunos de ellos. ¿Por qué –dice Figueroa– no quería la paz Putapichión? Porque prefería la guerra a la esclavitud.

Salió, pues, Lazo en los primeros días de enero de 1634, de la frontera de San Felipe, y, al mismo tiempo, salió Rebolledo de Arauco para marchar por las cimas de San Gerónimo a Purén, para incorporarse con el General. Alonso Villanueva Soberal, que había reemplazado a Rebolledo en San Felipe, de sargento mayor,

²⁵⁷ Carvallo dice dos, que salieron a su encuentro, al parecer, con el solo objeto de hacerse matar, probando cuán poco se les daba de morir.

como Rebolledo había reemplazado al maestro de campo Cea en Arauco, tuvo la misma orden. Estas fuerzas se dirigían sobre Purén con intención de asolar enteramente la provincia, y no dejar hombre vivo²⁵⁸. El plan era que las fuerzas de Arauco y las de San Felipe llegasen de golpe a Purén el mismo día para empezar sus operaciones simultáneamente en diferentes puntos. Rebolledo debía operar a la falda de Utanlevo y Villanueva en la misma ciénaga, replegándose después uno y otro a la casa vieja de Purén.

En cuanto a Lazo, éste escogió para sí caminos desusados, y escondidos, tan llenos de pantanos y de obstáculos, que temió no llegar a tiempo a Purén. En esta marcha, él mismo ayudaba a los trabajadores a allanar las dificultades casi insuperables de la ruta, animando a sus soldados no sólo con la voz sino, también, con su ejemplo. Es de advertir que el Gobernador había mandado pasar todos los prisioneros a cuchillo, se entiende los de armas tomar.

A pesar de todas estas medidas y precauciones, el resultado no llenó enteramente las esperanzas de Lazo, por la razón de que los descubridores del trozo de Arauco se encontraron con batidores araucanos. De suerte que fue preciso batirse, dando la alarma estos últimos. Sin embargo, aun se hicieron sobre cincuenta cautivos, y se dio muerte a treinta y cuatro combatientes.

Incorporado Lazo con todas sus fuerzas en la casa vieja de Purén, en aquel día y en el siguiente, los españoles abrasaron todas las legumbres y productos de aquel ameno y delicioso territorio, transfiriendo los aposentos de un punto a otro luego que asolaban el primero. Durante esta operación, vinieron al campo español muchos indios y mujeres, los primeros con mensajes, y las mujeres para hacer súplicas al Gobernador por el buen trato de los prisioneros. En vista de que algunos pedían la paz, rogando que suspendiesen los españoles el asuelo de sus tierras, Lazo mandó suspender la ejecución por tres días.

A este propósito, Tesillo suelta una tirada que realmente no nos atrevemos a calificar por temor de llamarla implícitamente odiosa. Según este autor, la virtud militar de Lazo —fidelidad a sus promesas— era ociosa con estos rebeldes, en quienes no había fidelidad, y era cosa dura que España guardase su palabra con ellos, sin que ellos guardasen nunca con España, llamándolos por último monstruos, e hijos de la ambición.

Viendo el Gobernador, al cabo de los tres días de suspensión, que los mensajeros de paz no volvían, mandó continuar el asuelo aun con más rigor que antes, si era posible. Los araucanos miraban desde lejos, reunidos en grupos, la ruina de su hermoso suelo cuyas cosechas aquel año hubieran sido abundantísimas en exceso, y tanto más, cuanto después que habían hecho las siembras, sus habitantes habían disminuido considerablemente en número, por los muchos que las armas españolas habían muerto y llevado a cautiverio, sin contar otros, que con este temor se habían expatriado o mudado de morada.

²⁵⁸ Los arditos son los mejores medios y los más eficaces para la conversión y quietud de estos rebeldes, quitándoles hijos, mujeres y poniéndolos a ellos mismos bajo el yugo tremendo de la esclavitud. Tesillo.

Mientras tanto, un cacique de Purén, llamado Lianca, que era uno de los que habían venido con propuestas de paz, hacía cuanto podía para que los suyos se acogieran a ella; pero el venerable Lianca perdía el tiempo. Según decía éste, sus paisanos no la aceptaban porque preferían morir a ser esclavos, y que por eso debían reunirse allí en el mes de marzo, con el fin de preparar la venganza de sus ultrajes o perder con gloria la vida. Sin embargo, Lianca consiguió volver con algunos otros a presencia del Gobernador, y les arengó él mismo diciéndoles:

“Decís que el amor de la libertad os impele a la guerra, tanto como la memoria de las agresiones y ultrajes que han venido a hacernos los españoles. Eso sería bueno si los que están hoy aquí fueran los que han venido con Almagro, que rechazasteis valerosos; o los que vinieron con Valdivia, al cual habéis resistido, así como también a algunos de sus sucesores. Pero después os habéis acogido a la paz, y reconocido por vuestro señor al rey de España; y desde este punto somos rebeldes y por eso nos tratan como a tales. Hace cuatro años que os sustentáis con hierbas del campo, porque vuestras cosechas os faltan, quemándolas y talándolas continuamente los españoles. De modo que todo cuanto hacéis por la libertad os convierte en esclavos de esta libertad. Reconoced, al fin, al Rey y a la razón. Lastimaos de vosotros mismos y de vuestros hijos y mujeres, que necesariamente caerán en manos de los españoles, o morirán de hambre en los montes. Esto os lo digo por vuestro bien; en cuanto a mí, estoy resuelto a apartarme para siempre de vuestros levantamientos”.

Así habló el sesudo Lianca y su discurso pareció, al principio, haber persuadido a los demás indios. Pero se halló allí justamente un mestizo, del nombre de Chiguala, que había bajado de Imperial, y que aun había hablado el día antes con el Gobernador. Este mestizo frustró el buen efecto de las persuasiones de Lianca, incitando a los otros a la guerra, y marchándose con la mayor parte de ellos. Lianca y algunos otros se acogieron a la paz, rogándole levantase en Purén, y poblase un fuerte de españoles para protegerlos. Lazo formó consejo para deliberar sobre este punto, y resultó que accedió a la súplica de Lianca y de los otros.

No podemos menos de anotar aquí una de estas contradicciones increíbles que quitan la voluntad de dar importancia alguna a las opiniones de los escritores de aquel tiempo. Según Tesillo,

“este consejo de levantar y poblar un fuerte en Purén, era sospechoso, puesto que tuviese por objeto la paz; porque un proyecto de paz entre los que ganaban honra y riquezas en la guerra, no podía menos de serlo. Bien que no esté siempre en manos de los hombres el asegurar la paz, cree dicho autor que más de una vez ha estado en manos de algunos el excusar los desastres de la guerra. Es cierto que el fin a donde se encamina la guerra, es la paz; pero si esto se entiende y se hace en todas partes, no sucedía lo mismo en Chile, porque allí, de la guerra surtían para muchos los bienes y conveniencias de la vida”.

Volviendo al asuelo de Purén, Lazo lo mandó continuar durante todo el mes de enero; pero mientras tanto algunos indios de paz le vinieron a dar parte de que los de guerra proyectaban echarse sobre Arauco. Lazo envió a Rengel, capitán de auxiliares,

con doscientos de éstos y cien españoles, a atajarlos. Marchó Rengel, y al paso por Ilicura, destrozaron algunas casinas y aprisionaron unas treinta personas con dos caciques. Después de esto, continuaron sobre Arauco, pero no hallaron allí enemigos.

En principios de febrero, levantaron el campo los españoles y se pusieron en retirada. El primer día, se notó la falta de un indio yanacona, cristiano, y todos creyeron que sin duda alguna le había cogido el enemigo. Ya lamentaban su desgraciada suerte, cuando he aquí que llega Curinamón, cacique de Purén, montado en un magnífico caballo y armado con brillantes armas de Europa²⁵⁹, con otros cuatro, y con el indio cristiano que se había echado de menos en el ejército. Llega Curinamón al General, que le recibió con muchas cortesía, y le presentó el indio yanacona, diciendo a Lazo, que lo había hallado dormido en un monte, y se lo traía por afecto a su persona, no obstante los graves daños que les había causado en sus tierras.

Este Curinamón deseaba la paz, y lo más particular es que la deseaba contra la voluntad de su mismo padre. Para que la paz fuese duradera, decía él a Lazo, sería preciso levantar las antiguas ciudades españolas, y poblarlas con españoles menos codiciosos y sanguinarios que los antiguos. Trayendo entre nosotros muchos españoles, conseguiréis más fácilmente la paz porque muchos la desean.

Tras de esto, Curinamón, que vio los ojos de envidia con que los oficiales miraban las hermosas y lucientes armas que llevaba, y que muchos le pidieron con proposiciones en apariencias ventajosas, las dio al capitán Miguel de la Lastra, de cuyas manos pasaron posteriormente a las del marqués de Vaides.

Entre otras cosas raras y notables de esta campaña, hubo una plaga de arañas, cuya mordedura, según varios autores, daba la muerte a los soldados con síntomas de rabia, y muchos murieron así; y ésta fue una de las causas para apresurar la salida de Purén, en donde, por otra parte, se había conseguido el objeto, puesto que los indios de allí estaban resueltos a retirarse a Imperial, y aun más allá. En Ilicura, sucedía lo mismo, y ya esta provincia quedaba casi totalmente abandonada. En la retirada, a cada etapa se veían venir indios a pedir la paz, movidos por el amor a sus hijos y mujeres cautivos; y muchos sin esto, ya cansados de padecer otros males, hacían lo mismo.

Todo el mes de febrero, lo pasó Lazo en San Felipe, hasta que pareciéndole oportuno el ir a ver lo que hacían los enemigos de la costa, fue y dio orden al maestro de campo Rebolledo que saliese con cuatrocientos españoles, infantería y caballería, llevando consigo a Aterica con quinientos auxiliares. Rebolledo marchó para esta expedición y se echó de repente sobre Calcoimo y Relomo, donde hizo todo el mal que pudo, y aprisionó cincuenta individuos, de los cuales era uno el famoso Curimilla, cacique que había hecho muchas correrías por las fronteras españolas, y cuya cabeza envió como presente a los auxiliares de San Cristóbal y Arauco, a los cuales Curumilla había hecho mucho mal²⁶⁰.

²⁵⁹ Quitadas a los españoles, dice Figueroa.

²⁶⁰ Sin duda, éste es otro *Curimilla*, puesto que ya Pérez García nos ha dado un toqui de este nombre por muerto. Igualmente, en esta campaña que concluye, el mismo autor nos cuenta que hubo en Ilicura un gran choque con Huenualquín, el cual se defendió hasta morir. Tesillo no dice una palabra, ni vuelve a hablar de este jefe araucano. Hay en esto reticencia de Tesillo.

CAPÍTULO LX

Lazo en Concepción. Recibe parte de una nueva tentativa de Putapichión. Va a esperarle sobre el río de la Laja. Retírase el jefe araucano. Lazo enfermo. Pasa convaleciente por mar a Santiago. Real cédula en favor de los indios de encomienda. Liga de Putapichión con Antiguenu y Puchiñanco. Sorpresa malograda. Acción de guerra. Se retiran españoles y araucanos. Nombran éstos por toqui a Curanteo. Muerte de éste. Lo sucede otro Curimilla.

(1634)

Desde Concepción, a donde se retiró a fines de marzo, el Gobernador informó al Rey del estado en que se hallaba la guerra de Chile, exponiéndole que se necesitaban dos mil buenos soldados para darle pronto fin.

Durante la Cuaresma, no hubo un solo parte de agresión de los indios; pero la víspera de Pascua, llegó uno de Villanueva anunciando que Putapichión venía contra él con fuerzas imponentes. Lazo le mandó en respuesta tomar posición en la Laja, a donde llegaría él mismo muy pronto, y le cumplió su palabra juntándose con él muy luego en dicho punto.

Bien que las fuerzas que tenía allí fuesen muy inferiores a las que se suponían al enemigo, ya no había lugar para pedir más a Arauco, y se resolvió a esperarlo. Entretanto un auxiliar, llamado Mavida, activo y sagaz, que había ido con veinte de los suyos a la descubierta, vio a orillas del Biobío los corredores de Putapichión en mayor número que los que él mandaba. En vista de ello, envió corriendo a pedir al Gobernador un refuerzo de treinta, que le fueron destacados sobre la marcha y con los cuales entró en acción con los del enemigo, lo batió y le hizo algunos prisioneros, entre los cuales se hallaba un hijo del célebre Ancamún, que el lector ha conocido. Uno de los que se salvaron dio parte a Putapichión de lo que acababa de suceder, y viendo éste que su marcha estaba descubierta, se retiró desde allí mismo.

Villanueva, que lo supo, le fue al alcance hasta Pellaguén; se encontró con un trozo de araucanos, mató a treinta y aprisionó cincuenta, de los cuales era uno un cierto

Puelentaru, que gozaba de una gran reputación militar. Pero aquí se acabó, porque el Gobernador cayó gravemente enfermo y tuvo que retirarse a Concepción por abril, en donde luchó entre la muerte y la vida, hasta el mes de agosto en que felizmente se hallaba en estado de buena convalecencia. Entonces, los médicos y los asuntos del Estado exigieron que mudase de clima y salió para Santiago por mar hasta Valparaíso.

Pero aquí, debemos de anotar que si este viaje por mar era bueno para su salud, primer objeto sin duda alguna, tenía por otra parte Lazo que dar cumplimiento a una real cédula que había recibido aquel año, cédula que el maltrato cruel que daban los encomenderos a sus indios había arrancado con cólera de manos del Monarca, que exigía su cumplimiento con premura.

Parece, en efecto, que el remedio era demasiado tardío; que los abusos hechos con los indios de paz estaban muy inveterados, sin que se viese provecho, cosa muy de notar, para los que cometían estos abusos. Además, no era fácil conciliar todo lo que mandaba la real cédula con los intereses públicos, y Lazo se hallaba muy perplejo. Sin embargo, animado de su celo y buenas intenciones, no sólo tomó consejo de la Real Audiencia y del Cabildo sino, también, de cuantos estaban en estado, por sus luces y conocimientos, de aclarar la cuestión. Pero tal fue la diversidad de pareceres que le dieron, que después de haberlos tomado, se halló más confuso que antes; por donde se verá cuán difícil era el poner de acuerdo las miras o las pasiones de los diferentes interesados.

Por fin, concluyó el Gobernador dando cumplimiento a dicha real cédula, es decir, dejando libertad a los indios; descargándolos del servicio personal, y de parte de los gravámenes de las tasas que pagaban, sin que esto surtiese mejor efecto en lo futuro, que lo habían surtido medidas análogas en lo pasado.

Mientras Lazo llenaba estos deberes en la capital, los comandantes de los fuertes hacían el suyo. Por septiembre, el maestre de campo y el sargento mayor marcharon a Cautín, donde toma su fuente el río de este nombre, que, como se sabe, es el de Imperial. Putapichión se hallaba a la sazón entre este río y la sierra o cordillera Nevada, combinando con Antiguenu, cacique rico y de renombre, y los dos mandaban fuerzas respetables. Marchó el ejército español contra ellos y apresó tres corredores, por los cuales se supo que un desertor auxiliar, llamado Pichiñanco, soldado de experiencia y de valor, se había juntado con ellos. Estos jefes debían tener una asamblea al día siguiente, cinco de octubre, con todos los de Pubinco en Curalaba, con cuyo objeto se habían de reunir aquella misma noche en Elol.

Con estos datos, los comandantes españoles resolvieron sorprenderlos, y para ejecutarlo, Rebolledo corrió a Cautín con sus tropas, mientras Villanueva con las suyas caía de improviso sobre Elol. Hecha esta combinación de movimientos, se separaron los dos jefes españoles; pero Villanueva, antes de llegar al punto de reunión de los indios, tropezó con una casina en donde había treinta de éstos y tuvo que hacer ruido batiéndose con ellos, porque opusieron una resistencia furiosa. De manera que el plan de sorpresa quedó desconcertado, y se limitó Villanueva a los resultados ordinarios de algunos muertos y prisioneros.

Desde entonces, ya no le quedaba que hacer en este punto y se fue a incorporar con Rebolledo, con el cual hizo su junción muy a tiempo, puesto que este maestre

de campo, habiendo destacado algunas partidas quedándose con una reserva, se había visto atacado con vigor por los araucanos, los cuales recibían refuerzo casi al mismo tiempo que le llegaba a Rebolledo el del sargento mayor Villanueva. Los araucanos cargaron de nuevo; pero fueron rechazados, bien que se hallasen mandados –a lo menos así lo pensaron los españoles– por el mismo Putapichión que fue aun herido en esta acción. Sea como quiera, si los araucanos se retiraron, los españoles hicieron lo mismo, bien que con ciento cincuenta prisioneros y dejando sólo tres muertos.

Es cosa muy de anotar que el autor que acabamos de citar y que no se halló en esta expedición porque estaba en Santiago con Lazo, dice que supo estos detalles por cartas de Rebolledo y Villanueva, cartas tan discordantes que le había sido imposible, por de pronto, el formarse un juicio probable del hecho. Pero que esto no era de extrañar, puesto que estas disonancias eran muy frecuentes entre los diferentes comandantes del ejército de Chile, tan frecuentes como sus rivalidades y discordias.

En este instante, recibió aviso el Gobernador de que los butalmapus habían nombrado por toqui general a Curanteo, y con esta noticia reunió el Cabildo para pedirle caballos de remonta, que él se obligaba a pagar muy en breve. El Cabildo se los aprontó, y al punto el General los envió a la frontera, quedándose él aún en la capital, en donde, el 1 de enero de 1635, fue convidado por los capitulares a presidir la elección de nuevos alcaldes.

Muy luego después, recibió parte del maestro de campo con el relato de su nuevo encuentro con los araucanos, en el cual había perdido la vida el nuevo toqui Curanteo. Con esto, Lazo se quedó todo el año en Santiago sin pasar a la frontera.

CAPÍTULO LXI

Reúnense los araucanos en Pellaguén con proyectos hostiles. Sorpréndelos el maestre de campo. Hace prisioneros, y atrae algunos indios a la paz. Un destacamento enemigo se lleva muchos caballos de Curilebo. Lo persiguen los españoles y rescatan los caballos. Sale el capitán Mejorada de Castro hasta Osorno. Castiga aquellos indios matando a cien, y se retira sin pérdida. Entra el invierno. Los indios de Tirúa quitan caballos a los españoles. Siguen las correrías. Proyecto de repoblar a Valdivia. Dilaciones. Vuelve Lazo a Concepción, a donde llega el 15 de enero de 1636.

(1635)

No había desengaño posible para los araucanos por la resolución firme e irrevocable que habían formado de morir todos antes que rendirse.

Por otro lado, tampoco había desengaño posible para los españoles, por la resolución firme e irrevocable de los hombres de guerra que mandaban, de eternizarla por su propia honra y provecho.

Éstos son los dos puntos esenciales que la historia ha tenido hasta ahora que aclarar, y que quedan tan manifiestos y patentes, que los lectores no pueden en conciencia conservar la menor duda acerca de ellos y de la consecuencia moral que se sigue.

A la entrada del año 1635, había discordia entre los araucanos, introducida entre ellos por maña y destreza del maestre de campo Rebolledo. Sin embargo, aun supieron concertarse, dándose punto de reunión en Pellaguén para caer sobre Arauco. Recibió aviso de este proyecto Rebolledo, y con mucha cautela y silencio se echó de improviso, con una columna ligera, sobre ellos, los sorprendió, y apasionó cincuenta individuos y a un cacique. Algunos otros se acogieron a la paz, y uno de ellos fue el cacique de la parcialidad, llamado Guarapil, con toda su familia. El maestre de campo regresó con quietud a Arauco.

Con todo eso, de allí a pocos días, un destacamento de enemigos sorprendió con éxito a los auxiliares de Curilebo, y se llevaron un buen número de caballos. Tocaron generala, se formaron los soldados españoles, los persiguieron, los alcanzaron en Purén, cogieron a cinco de ellos y rescataron los caballos. Estos cinco prisioneros contaron que los suyos se preparaban a atacar la reducción del general

auxiliar Catimala con quinientas lanzas; y Rebolledo volvió a salir para Calcoymo, y con emboscadas consiguió coger a doce corredores enemigos, los cuales confirmaron la noticia de que cerca de allí había reunidos ochocientos combatientes araucanos. La noche se acercaba, y Rebolledo temió que los enemigos recibiesen nuevos refuerzos para el día siguiente, teniendo, por otro lado, un mal terreno que podría serle desventajoso. En consecuencia, se retiró en buen orden con todas sus fuerzas bien concentradas a tierra llana, destacando al indio auxiliar Marinau a los altos de Purén para que desde allí vigilase los movimientos del enemigo. Este auxiliar dio parte al maestre de campo de que en efecto sabía con certeza que mil caballos iban a cargar el campo español, y Rebolledo creyó deber retirarse a Arauco, a donde tuvo el buen éxito de llegar sin ser atacado.

En la isla principal de Chiloé, había, en Castro, unos cien soldados de caballería, y en la de Calbuco, unos setenta de infantería, con las miras unos y otros, más bien de vigilar los indios de paz y la seguridad de los moradores españoles, que para hacer correrías entre los guerreros vecinos de Osorno. El Gobernador tenía motivos recientes de queja contra éstos, y envió orden al capitán Sánchez Mejorada, que era gobernador allí, para que saliese con sus fuerzas a castigarlos. Salió Pedro Mejorada, y llegó hasta Osorno, a pesar de una gran resistencia, dando muerte a cien de los enemigos y retirándose él luego sin pérdida notable.

Entretanto, llegaba el invierno, ya estaban a fines de marzo, y queriendo aprovechar el poco tiempo que quedaba, Lazo envió órdenes para que el ejército hiciese una campaña. Salieron el maestre de campo y el sargento mayor, el primero contra Pellaguén; y el segundo contra Utamlevo. Después de haber cautivado ciento cincuenta individuos, con muerte de otros veinte, se reunieron en el estero de Lumaco, reconocieron Purén y la ciénaga, y no hallaron a nadie en toda la provincia, con lo cual se retiraron a sus cuarteles de invierno, que se anunció tan riguroso, que en los meses de mayo y junio ni una partida ligera pudo salir a campaña. Pero al parecer, los rigores del invierno no arredraban tanto a los araucanos como a los españoles, puesto que algunos de Tirúa, que eran los más cercanos por la parte de la costa, llegaron a Arauco y hasta el fuerte de Colcura, y se llevaron de una reducción de indios amigos hasta cincuenta caballos. Picado Rebolledo, salió, a pesar de las inclemencias del cielo, hasta Tirúa mismo, pasando el río en balsas con una partida ligera, y tanto se internó, que tuvo tiempo el enemigo para reunir quinientos combatientes. Con todo, Rebolledo se mantuvo firme, y los españoles se batieron con todo ánimo, que mataron a treinta de los enemigos, y cogieron trece con más de cien mujeres y niños.

Por parte de San Felipe, Villanueva destacó alguna gente con un ayudante, y un indio prisionero por guía, para que fuese a destruir algunos ranchos enemigos que había por encima de Purén. Llegaron los españoles y hallando los ranchos despoblados, continuaron su marcha hasta Cautín, en donde cogieron cuarenta muchachos, y mataron a veinte indios, pero tuvieron que retirarse apresuradamente porque los enemigos se pusieron en su alcance. En Malloco, se atrincheraron en un desfiladero, en el cual se defendieron tan bien, que los enemigos se retiraron desanimados, dejando a los españoles volver a salvo a sus cuarteles.

En estos detalles de que abunda con demasiado exceso el gobierno de don Francisco Lazo de la Vega, hay, además del fastidio de la similitud idéntica de acontecimientos, similitud por la cual más de una vez creará el lector ver el mismo repetido por inadvertencia; hay, decíamos, además de esto, la poca sinceridad de las narraciones, poca sinceridad tan manifiesta, que el lector mismo, sin querer, ve claramente lo que el escritor omite con mal acertada intención.

Llega por fin la primavera, y a primeros de octubre, sale el ejército a campaña; pero la estación bella se mostró tan horrorosa, que sus inclemencias de viento y torrentes de lluvia eran peores que las del invierno. Con los mayores trabajos, llegaron los españoles al río Coipue, infinitamente poco caudaloso en todos tiempos, pero tan soberbio en esta ocasión que detuvo al ejército muchos días sin que lo pudiese pasar. Duraban estas intemperies, y, en lugar de disminuir, parecían cada día más enfurecidas, en términos que los soldados y hasta los mismos jefes se hallaban abatidos y de mal talante. Sin embargo, los jefes la tomaron por punto de honor, y resolvieron el paso del río con balsas improvisadas, y lo ejecutaron con pérdida de algunos ahogados, españoles y auxiliares. En Puvinco, distribuyeron las tropas en columnas para correrías, y éstas llegaron hasta el río Tabón, matando enemigos, aprisionando hasta ciento veinte individuos, y llevándose muchos caballos y armas ofensivas y defensivas.

Esta jornada fue llamada la de *Mongón*, por comparación de la detención e inconvenientes que experimentó en ella el ejército a los que experimentan los navegantes al pasar el promontorio que hay desde Guayaquil al Callao, por corrientes y vientos contrarios. De resultas de esta jornada hubo entre los oficiales y soldados tantos cuentos y chismes sobre el ánimo y desánimo que tales y cuales habían mostrado en estos días adversos, que realmente se podía decir que era un puro influjo del clima este estado de enemistad, y más bien naturaleza que mal hábito contraído por el ejercicio de la envidia.

En este mismo año, recibió el Virrey, conde de Chinchón, reales órdenes concernientes a la repoblación de Valdivia, como también las había recibido el mismo gobernador de Chile. Acerca de la ejecución de este proyecto, estas dos primeras cabezas de gobierno no estaban enteramente acordes. El Conde, que no conocía cuan importantes serían las fortificaciones de esta plaza, reputaba superfluo el gasto que se haría para levantarlas; y Lazo, que conocía la importancia de dichas fortificaciones, pugnaba para que se levantasen no obstante que ocasionasen gastos, y buscaba medios y arbitrios para conseguir el fin, que le parecía muy interesante. Tan larga fue la dilación causada por estos debates, que hubo lugar a que llegase nueva orden perentoria para que dicho proyecto se ejecutase. Tuvo que resolverse el Virrey, y despachó un navío a Valdivia, y al capitán de ingenieros y cosmógrafo mayor don Francisco de Quiros, con orden de sondear, demarcar y trazar, y, hecho esto, de pasar a Concepción a fin de comunicar sus planes al Gobernador. Dio Quiros debido cumplimiento a esta orden, y después regresó a Perú para dar parte al Virrey de los resultados de su operación. El Conde, que había buscado sin fruto empresarios que quisiesen encargarse, mediante gracias y favores, de esta costosa obra, remitió su ejecución al gobernador de Chile para que la *hiciese por los medios*

que las reales cédulas expresaban. Este modo de dar cumplimiento a las reales cédulas era diferirlo de nuevo, puesto que no expresaban los medios que debían emplearse en la ejecución de las obras pedidas; y, tal vez, dar lugar a que en España reflexionasen más sobre la materia de que se trataba.

Tesillo dice, que acerca de esto, ha presentado alguna vez ciertas consideraciones a don Francisco Lazo, el cual mantuvo con entereza, y aun con alguna severidad, la excelencia de su opinión. Si es cierto, dice este escritor, que un enemigo europeo puede entrar sin grandes dificultades en Valdivia, también lo es que no ignorará el arte militar lo bastante como para fortificarse en dicho punto, sin probabilidad de conservarlo, y, lo que más es, sin utilidad, aun cuando lo lograrse. Y prosiguiendo en la materia, el mismo autor opina que no había que temer que los indios fuesen más inclinados a otros extranjeros que a los españoles, como lo habían manifestado con sus actos hostiles contra los piratas holandeses que habían llegado al mar del Sur en 1600.

Como, en efecto, esta demostración queda ya hecha de muy atrás, los lectores deben estar bastante enterados para formarse juicio por sí mismos de la importancia de la cuestión.

En esto, el Gobernador recibió aviso de que los araucanos se preparaban de nuevo a la guerra, y habían nombrado por general al intrépido Curimilla, y con esta noticia, salió Lazo con la tropa que pudo juntar, el 22 de diciembre para Concepción, a donde llegó el 15 de enero de 1636, y de donde muy pronto se puso en campaña.

CAPÍTULO LXII

Sale el Gobernador de Arauco con fuerzas. Un prisionero auxiliar descubre su marcha al enemigo, y vuélvase a la plaza. Sale de ella segunda vez para las tierras de Marinao. No le aguardan los enemigos. Las fronteras quedan casi enteramente libres de ellos por sus emigraciones hacia el Cautín. Resolución de levantar dos poblaciones; una a orillas del Coipue y otra en Angol. Va el Gobernador a reconocer para levantar planes, y se vuelve a Concepción sin haberlos ejecutado.

(1636)

Después de algunos días de sosiego, el Gobernador proyectó una expedición a Pelulcura, provincia confinante a Imperial, y llegó a ella con la espada desenvainada causando espanto a los enemigos. Como había reservas de dinero para pagar espías, Rebolledo, que era muy liberal de lo que nada le costaba, no las había escaseado. Por este lado, si lo enemigos era numerosos, tenían mucha menos aptitud militar por falta de ejercicio y experiencia. La víspera de Navidad, el Gobernador dejó la frontera de San Felipe al cargo de Villanueva con doscientos hombres, y salió con las demás fuerzas para Arauco²⁶¹. Para la segura ejecución de sus planes, creía Lazo que había que temer un inconveniente, el cual era la fuga de un auxiliar, llamado Cuero, que acababa de pasar al enemigo, y probablemente no habría dejado de enterarle de los preparativos de los españoles para irle a buscar; pero, no obstante, salió de Arauco con tropas españolas y auxiliares que componían una fuerza efectiva de mil quinientos hombres.

El enemigo no estaba lejos de allí y sus batidores no tardaron en encontrarse con las descubiertas españolas, a las que hicieron algún mal matándoles algunos auxiliares, y cogiendo prisionero a uno. Éste fue causa de que esta leve circunstancia se hizo grave, diciendo todo lo que sabía de las intenciones y marcha de los españoles; y, en efecto, los araucanos, después de haberle degollado, esparcieron la alarma entre sus guerreros.

Este malhadado azar obligó a Lazo a volverse a Arauco con el fin de adquirir nuevas antes de emprender su expedición. Para eso, destacó cien auxiliares con

²⁶¹ Tesillo. Por esta citación, se ve el poco fundamento de unos o de otros –sino de todos– de los escritores de la época; según García, llega Lazo a Concepción el día 15 de enero de 1636; según Tesillo, sale de San Felipe el 24 de diciembre de 1635. ¿A quién creer? Por fortuna, esto importa poco.

treinta tiradores españoles que fueron a la descubierta y cautivaron en Calcoymo a cinco mujeres y dos indios, por los cuales supieron que el desertor Cuero había causado mucho cuidado a los suyos anunciándoles la proyectada invasión a Pelulcura, bien que les pareciese inverosímil. Con estas señas y otras, Lazo envió por delante al teniente de auxiliares Munzibay con trescientos ochenta de sus soldados y algunos tiradores españoles, y orden de ocupar todos los pasos y veredas; y él mismo le siguió muy de cerca yéndose a alojar en las tierras de Marinao cerca de Paicaví. Munzibay había dividido su gente en columnas, de las cuales Longo de Gue, hijo del general Catimala, mandaba una de sesenta hombres. Éste encontró, el martes 22 de enero a medianoche, a diez enemigos no lejos del estero de Juan Agustín, y cogió a dos, por los cuales supo que los araucanos se hallaban reunidos en el Manzano, a dos leguas de allí. Longo de Gue pasó este aviso al Gobernador, y simultáneamente al teniente Munzibay, que estaba apostado en el estero de Claroa con el resto de su tropa. Pero el enemigo, ya prevenido por sus ocho batidores, se había concentrado con todas sus fuerzas una legua más atrás. El teniente Munzibay lo siguió con cautela hasta Copaybo, punto en donde se juntan los caminos de Relomo y Calcoymo, y lo alcanzó en un desfiladero donde se había atrincherado, con toda su caballería desmontada que ascendía a trescientos hombres. Munzibay siguió este ejemplo, y con sus tiradores, consiguió desalojarlo, matándole treinta y nueve hombres, y poniéndole en huida declarada. En esta huida, los araucanos dejaron muchas armas y caballos. El comandante de los auxiliares envió *incontinenti* parte del hecho al Gobernador por medio de uno de sus soldados llamado Quenterlu. “¿Cuántos son los muertos?, le preguntó el Gobernador —No tuve tiempo más que para matarlos, sin pensar en contarlos”, respondió Quenterlu.

Si el Gobernador se hubiese detenido tres días más en Arauco, sin duda alguna hubiese encontrado el enemigo resuelto a esperarle, en atención a que tenía dos mil guerreros de Calcoymo, Relomo, Pellaguén, Tirúa, Repocura, Imperial, Cautín y Toltén, puntos que había atravesado la flecha mensajera de la guerra, despedida por Marinao y por su hermano Curinamón.

Pero ahora, ya Lazo se halla desesperanzado de ver la cara al enemigo, y no obstante, siente tanto ver inutilizados sus preparativos de campaña, que aun quiere hacer una nueva tentativa para atraerlo. Con este fin, simula una retirada con gran ruido de tambores y clarines, tiros y llamas de incendio, y hace alto cerca de Lebu a orillas de un riachuelo. Desde allí, envía a Rebolledo con mil caballos, españoles y auxiliares, contra Pelulcura, quedándose él con la infantería. Cada soldado de los de Rebolledo llevaba en grupa víveres para los días que podía durar la expedición.

“Y aquella primera noche (dice Tesillo, en sustancia), nos emboscamos en parte segura para la caballería, teniendo a espaldas un estero sin nombre, pero el cual, desde entonces fue llamado el estero de las Truchas, por la infinita abundancia que había de ellas. Como capitán de caballos, me hallaba presente, y puedo asegurarlo; había tantas, que obstruían el estero, y los indios las pescaban con las mantas.

Desde la emboscada, destacó Rebolledo cien auxiliares para ocupar todas las avenidas, y éstos cogieron a cinco de los enemigos de la reunión de Relomo, que

andaban reconociendo. A orillas del río Tirúa, nuestras descubiertas avistaron seis corredores; pero no les tiraron por no hacer ruido, cuidado que fue inútil porque en este mismo lance, se pasó al enemigo un negro, trompeta de la compañía de don Tomás Ovalle. Sin embargo, avanzó Rebolledo dejando los caballos de refresco a la orilla del río con treinta hombres. La tropa lo pasó casi a nado. Los indios auxiliares, que iban de vanguardia, apenas se vieron a la otra orilla, desaparecieron a rienda suelta sin que nadie supiese quién había mandado este movimiento desordenado.

El país, aunque montuoso, ofrecía veredas de buen piso, mas tan estrechas, que los soldados tenían que desfilar uno a uno. En algunas partes, hubieron de subir y bajar por peligrosos precipicios. Ha sido caso verdaderamente increíble y milagroso que en esta marcha el enemigo tuviese poquísimas fuerzas, porque lo teníamos ya sobre la retaguardia sin poderle hacer frente, y con sólo cien hombres hubiera podido degollar fácilmente seiscientos que allí íbamos.

Los auxiliares, a lo que pareció luego, habían corrido hasta Pelulcura. Rebolledo, con algunos reformados, había esperado por los españoles, y los capitanes Ura y Cavaleta, que iban de vanguardia, se le incorporaron, así como también Ovalle y Herrera, que mandaban el centro; los primeros, a las cinco de la tarde, y éstos, dos horas después. El capitán Juan Vázquez de Arena y yo llegamos más tarde con la retaguardia, porque nuestros caballos ya no podían más de cansancio.

Aquella noche la pasamos sobre las armas, y tuvimos que rechazar al enemigo, ya reforzado, por tres veces. Al amanecer, nos pusimos en marcha; pero luego hicimos alto con gran temor de que muchísimas huellas de caballería que notamos de repente, y que indicaban que los caballos se habían dirigido a nuestras fronteras, fuesen de enemigos. Sin embargo, continuó la marcha, aunque con alguna zozobra, y a poco trecho, avistamos a nuestros auxiliares, los cuales habían cogido en Pelulcura sesenta mujeres y niños con tres caciques. Era ruín producto de una expedición tan premeditada y tan penosa; pero aun se consiguió que los indios de Tirúa, de Calcoymo y de Relomo se fuesen retirando y emigrando hacia el Cautín”.

Por todos estos infinitos detalles, invariables, inevitables y continuamente repetidos, vemos que las fronteras se hallaban ya libres de enemigos, y que si los españoles querían guerra, tendrían que ir a buscar bastante lejos. La primera consecuencia de esta situación era que ellos ocupasen los lugares dejados por los araucanos, so pena de haber derramado sangre para fabricar desiertos, y realmente este resultado no merecía la pena. Parece que Lazo hizo la misma reflexión, puesto que dio parte al Virrey de este pensamiento, sugerido ya muy de antemano por el mismo conde de Chinchón al gobernador Lazo. Porque es preciso confesar que este Virrey atendía con mucho celo a las cosas de Chile. En su tiempo y virreinato jamás se oyó la menor queja de olvido. Los beneméritos no tenían ni aun necesidad de solicitar recompensas exponiendo sus servicios; el Virrey los sabía y premiaba cuando menos los interesados lo esperaban. Es verdad que en gran parte esto era debido al celo del mismo Lazo, que no perdía ninguna ocasión de recomendarlos, manteniéndose él mismo en la más atenta armonía con el Virrey, como hubieran debido hacerlo todos los gobernadores. El estar mal con los virreyes de Perú era calcular muy mal los intereses del reino de Chile. Sobre todo, el

conde de Chinchón sabido es, ha dejado un renombre glorioso, no sólo en Perú y en Chile sino, también, en todas las Américas. Por fin, determinó don Francisco Lazo levantar una población a orillas del Coipue, y otra en Angol.

Se hallaba, por marzo de este año, en la Estancia del Rey proyectando una nueva expedición antes que el invierno volviese a paralizar todos sus movimientos. Su primer objeto era el reconocer el sitio en donde se debía trazar la nueva población a orillas del río Coipue, y marchó con las fuerzas de Arauco y de San Felipe, reunidas en Nacimiento, a Angol, en donde se alojó. Sus primeras disposiciones fueron, como era natural, ocupar las veredas y caminos por donde podían venir enemigos, y mandó que se diese este encargo a don Antonio de Novoa y a don Domingo de la Parra con doscientos cincuenta auxiliares y algunos tiradores españoles. Estos capitanes salieron a reconocer, y se alojaron junto al estero de Caraupe.

A tiro de mosquete de ellos se hallaban en aquella noche los enemigos; pero sin que ni unos ni otros lo supiesen.

Al amanecer, los capitanes españoles se pusieron en marcha y llegaron adonde habían acampado y dejado rastros olvidando caballos y arreos. Es verdad que no eran más que trescientos, mandados por Curinamón, y sin más proyecto que ir a ver si podían robar caballos en las fronteras.

Tras de Novoa y Parra, marchaba a cierta distancia el mismo Gobernador, y oyendo este acontecimiento, lo achacó a descuido de los comandantes; pero éstos dieron por excusa legítima, que un auxiliar se les había huido, y era, sin duda alguna, quien los había descubierto al enemigo.

El ejército continuó su marcha a Coipue. Allí, hubo pareceres diversos sobre la conveniencia y los inconvenientes de aquel sitio para una población. Al cabo de disputas, no se hizo nada, y dieron los españoles la vuelta para la frontera. A fines de abril, ya estaba Lazo en Concepción, en donde había dado cita para en el 8 de mayo, al maestre de campo y al sargento mayor.

¿En dónde ha visto Molina que en la campaña de este verano, el arrojado Curimilla se hubiese atrevido a poner sitio a la plaza de Arauco? No lo vemos en ningún escrito, por más que lo buscamos con cuidado por tener cierta desconfianza en la parcialidad de Tesillo. Lo más extraño es que el mismo Pérez García asienta este hecho –refiriéndose a Molina, el cual añade: “que Curimilla fue muerto en un encuentro con el maestre de campo Cea”. ¡Es así que Rebolledo había sucedido a Cea, ya mucho tiempo había, en este mando!

CAPÍTULO LXIII

Continuación del capítulo anterior. Junta militar en Concepción, en la cual nada se resuelve. Pasa Lazo a Santiago. Consulta con la Audiencia y merece su aprobación. Junta, después, en el Cabildo. Vuelve el Gobernador por octubre a la frontera. Prisión de Naucopillán.

(1636)

Llega el día 8 de mayo, día de la cita dada por Lazo en Concepción al maestre de campo y al sargento mayor, y llegan Rebolledo y Villanueva. Forma el Gobernador consejo con ellos; con los capitanes más antiguos y con el veedor general, proponiendo por discusión el proyecto de poblaciones en Coipuey Angol. Se discute este proyecto largamente; unos opinan por Coipue; otros por Yumbel; los más son de parecer que el más conveniente sitio es Angol. Por fin, queda Lazo tan irresoluto como estaba antes, y pasa a Santiago para consultar sobre la materia a la Real Audiencia y a los cabildos.

Era lo mejor que podía hacer el Gobernador, puesto que para las poblaciones proyectadas necesitaba nuevas levas y moradores, y un consejo de guerra no podía darle ni las unas ni los otros. Por fortuna, el proyecto parecía satisfactorio a todos, y, por su lado, el Virrey lo fomentaba por todos los medios que podía, juntando refuerzos para ir a apoyarlo a Chile, e invitando moradores de Lima a ir a poblar los nuevos establecimientos.

Marcha Lazo para la capital, llega felizmente, y, el 28 de agosto, entra en el Cabildo, acompañado de un oidor y por el fiscal de la Audiencia. En esta sesión, leyó Lazo un manifiesto escrito, que ya es una junta preparatoria que había tenido con los ministros del mismo tribunal en su propia casa, había merecido la aprobación de éstos. Este manifiesto contenía la exposición de las operaciones militares, cuyos felices resultados durante los siete años de su gobierno eran debidos –decía Lazo humildemente– más bien a la Providencia que había mirado por los españoles de Chile, que a sus méritos personales. He pensado –continuaba el Gobernador en su escrito– que lo que nos queda que hacer es progresar, ocupando terreno y poblando, acerca de lo cual he sometido ya mis proyectos a S.M. y al Virrey, conde de Chinchón, que los han honrado con su aprobación. Debo de añadir que mi mayor gozo, en este interesante asunto, es el verme apoyado por los altos pareceres de los

señores ministros de la Real Audiencia, cuyo profundo saber y celo por el servicio del Rey y del Estado, son el más cierto y seguro salvoconducto para alcanzar, en todo, un fin dichoso.

Otros, sin duda alguna, más capaces que yo, tendrán la buena suerte de fijar la paz en este desgraciado suelo; y lo que ha sucedido durante mi mando da indicios de que así será. Este mismo parecer tienen los sabios ministros del alto tribunal, que tan de cerca representa la autoridad del Rey.

Para la guerra, señores, se necesitan guerreros; y ninguno me ha llegado de España, por la razón de que la guerra del continente la puso en la dura necesidad de no enviármelos. Las fuerzas que espero de Perú serán tan cortas, que de poco auxilio nos servirán; y, con esta previsión, he traído en mis equipajes una caja bien provista para pagar liberalmente a cuantos quieran alistarse para servir a su patria. ¡Apresurémonos, señores; el tiempo pasa, vuela y no volverá! Es cosa muy extraña que habiendo en este país tantos hombres mozos y robustos que no tienen oficio ni beneficio, y de los cuales muchos se hacen salteadores, ninguno se represente para ir a ser valiente con los valientes, en frente del enemigo, lejos del cual no hay valentía. Éste es el punto acerca del cual llamo la atención de V.S., pidiéndoles empleen su celo y justicia en descubrirlos y entregármelos, pues así lo exigen el servicio, las órdenes del Rey y el deber mismo de V.S.

Con los nobles vecinos de esta ciudad, obraremos con la atención que merecen; bien que estemos autorizados para hacer apercibimientos, no los haremos, puesto que estamos muy convencidos que de antes tendremos que moderar su ardor, que excitarlo. Muy seguro estoy de que tan principales vasallos no pueden menos de estar ansiosos de conservar el esmalte de sus blasones en todo su esplendor, yendo a pelear por la causa que tan valientemente han sostenido sus mayores, los cuales se los han dejado. A. V.S., señores, les toca el recordar este deber al que lo olvidase, si es posible que alguno de ellos se hallase en este caso; lo cual es más que dudoso. Porque si se goza con derecho nobleza heredada, no hay nobleza verdadera si no se adquiere con hechos personales.

A estas palabras del Gobernador, respondió el Cabildo como le correspondía, con la más digna expresión de reconocimiento.

Reconocemos, dijo el orador, reconocemos con el mayor gozo, que Chile debe su salvación –después de Dios– a los siete años del inmortal gobierno de V.S., y nuestro profundo reconocimiento ha pasado ya los mares para ponerse a los pies del Monarca que nos ha enviado en V.S., como gobernador, un instrumento de la Providencia.

Reconocemos con V.S. que lo que nos queda que hacer es progresar y colonizar, y que para ello se necesitan soldados y moradores. Todos los vecinos de Santiago saben esto mismo, y todos se hallan dispuestos a llenar su deber respectivo, no sólo por obligación sino por afecto y admiración hacia el general don Francisco Lazo de la Vega, que los tiene tan llenos de entusiasmo como de gratitud. La mayor dicha de todo el reino de Chile sería de llegar al fin de nuestros males por manos de quien tan eficaces remedios ha sabido ponerles, que con razón le podemos y debemos llamar nuestro restaurador.

En consecuencia, V.S. puede ver y calcular hasta donde alcanzarán la buena voluntad y los cortísimos medios de los cuatrocientos vecinos escasos que componen esta población. Mucha razón tiene V.S. en pensar y en esperar que los nobles habitantes no necesitarán de apercibimientos para cumplir con lo que S.M. les ha mandado; pero ya V.S. conoce que por más que quieran aprestarse, las imposibilidades superan mucho a la buena determinación, y demuestran que si no se buscan otros medios, todos éstos, si realmente los hay, serían muy insuficientes.

Por lo demás, la antigua lealtad de estos vecinos, las enormes contribuciones con que han asistido a los gastos de la guerra, la sangre que ellos mismos y sus antepasados han derramado, todo esto, puesto en la consideración de V.S., le dejará sin la menor duda de que si no fuesen necesarios aquí para defender sus propios hogares y proteger a sus hijos y familias contra enemigos domésticos, cuyo número es muy crecido, arderían por marchar a la victoria, infalible a las órdenes de V.S.

Éstas son puras reflexiones que proponemos a V.S. Vea si son justas. Disponga como guste y como pueda de todos nosotros, que todos estamos prontos a seguirle y obedecerle.

Es preciso confesar que en nuestra época, que se precia tanto de diestra y de discreta, no se hallaría mejor orador militar, ni mejores oradores municipales. ¡Honor y gloria a Lazo y a los capitulares de Santiago! Lo que la historia siente es no haber tenido respuesta de la Audiencia. Muy digna de leerse hubiera sido, si hemos de juzgar por el manifiesto y respuesta que preceden.

Por fin, el Gobernador consiguió sólo cincuenta hombres con sueldo, y con ellos y algunos pocos montados, salió, a fines de octubre, para la frontera a marchas forzadas, persuadido de que los socorros de Perú debían haber llegado ya a Concepción.

Mientras tanto, Rebolledo había atraído algunos naturales de Tirúa, Pellaguén, Calcoymo y Remolo a la paz. Otros se habían ido hacia Imperial a reunirse con Putapichión, al cual se habían juntado Anteguenu y Chicaguala. En Repocura, quedaban aún enemigos. El socorro de Perú no llegaba, y Lazo quería hacer algunas correrías. Sin embargo, las emprendió y las ejecutó con felicidad, rescatando algunos cautivos ya libertados, ya por canjes. A fines de noviembre se retiró a las fronteras, y en esta misma época, llegaron los refuerzos de Perú con aviso del conde de Chinchón de que otros se iban a poner en marcha.

En esto, se huyó un indio de paz al enemigo y ocasionó, divulgando los proyectos de los españoles, una reunión de guerreros. Éstos, en número de trescientos caballos mandados por Naucopillán, valiente guerrero y cacique de Puvinco, llegaron a nuestras fronteras. Villanueva envió a Parra con doscientos auxiliares y cincuenta españoles a la otra parte del Biobío. Pasó el capitán Parra y dio con los enemigos en un paso estrecho que llaman la Angostura, en el punto en que acababan de pasar para retirarse, sin haber hecho nada. Por consiguiente, no se hallaban reunidos ni en orden de batalla; de suerte que Parra los atacó con mucha ventaja. No obstante, Naucopillán hizo frente con denuedo, y se mantuvo firme hasta que quedó gravemente herido, y prisionero con veintitrés de los suyos. Los demás se dispersaron, unos por el río y otros a los montes, abandonando armas y caballos.

Este encuentro, que fue uno de los más felices del tiempo de Lazo, sucedió el día doce de diciembre. Lazo se alegró tanto más con el buen éxito, cuanto Naucopillán era su enemigo muy personal. Este prisionero le llevaron al fuerte de Buena Esperanza, y el Gobernador fue allá muy luego para conocerle. ¡Cosa rara! Naucopillán, viéndose en presencia del Gobernador, se echó a sus pies. Lazo le levantó, abrazándole con la mayor bondad, y diciéndole: “Advierte con qué facilidad la suerte hace mudar de modo de pensar según las situaciones”.

CAPÍTULO LXIV

Resolución de poblar en Angol. Se da principio a la obra. Sus progresos. Cae de nuevo enfermo el Gobernador. Se restablece y forma otros proyectos. Salteadores a las puertas de Concepción. Son descubiertos, cogidos, muertos y descuartizados. Cogen los indios cinco prisioneros de la plaza de Angol. Muertos éstos. Castigo frustrado. Chicaguala. Muerte de Naucopillán. Incendio de Angol. Su reedificación. Regresa Lazo a Concepción y a Santiago.

(1637)

El gobierno de Lazo no deja un momento de descanso ni a la historia ni a sus lectores: guerra continua, guerra por todos lados; de modo que no hay posibilidad de mezclar con los acontecimientos militares, otros de no menor interés, y cuyo relato es forzoso diferir para cuando haya tiempo y lugar.

La captura de Naucopillán y los proyectos del Gobernador le hicieron perder, tal vez, mucho tiempo en la frontera, de modo que no pudo salir hasta primeros de enero a realizar sus planes de colonización. Para fijarse con más probabilidad de acierto en lo concerniente a la ejecución de estos planes, don Francisco Lazo tomó consejo de todos los auxiliares, capitanes y capitanejos de las fronteras, los cuales unánimemente opinaron que Angol era preferible a Coipue para establecer la nueva colonia. Es de advertir que el prisionero Naucopillán fue el que produjo las razones más convincentes para ello, razones que decidieron al Gobernador a escoger Angol. En cuanto a los pareceres españoles, que también Laso quiso oír, todos eran divergentes, según los intereses o pasiones de cada uno. El astuto Rebolledo, sin adoptar explícitamente un sitio de preferencia a otro, indicó sólo que cuanto más cerca estuviese del enemigo, más conveniente sería. El sargento mayor Villanueva se mostró más sincero y más desapasionado, demostrando las ventajas de Angol. En fin, éste fue el lugar señalado para la proyectada población, lugar que distaba veinte leguas de Concepción, y doce de la plaza de San Felipe, detrás de tres ríos que son el de la Laja, el río Claro y el Biobío. En consecuencia, se incorporó el Gobernador con las fuerzas de Arauco en Negrete, y las llevó a acuartelarse en Angol.

Se dio principio con ardor a la obra, y en pocos días, se vieron levantados cuatro frentes del recinto, encerrando una capacidad cuadrada de mil seiscientos pies. Muy luego, se hallaron construidos los cuarteles y alojamientos de la guarnición, y

todas las mujeres, con cuantos muebles, haberes y utensilios había en San Felipe, fueron trasladadas a la nueva ciudad²⁶². Esta actividad fue tanto más oportuna, cuanto Lazo cayó otra vez enfermo y tuvo que volverse a Concepción. Rebolledo pasó a Arauco, y Villanueva quedó en Angol encargado de la continuación de las obras, con setecientos setenta hombres, infantería y caballería.

Las razones principales que había habido para transferir la plaza de San Felipe a Angol eran que ya no había enemigos en Purén, ni en otras provincias vecinas ya desiertas, y que, en caso de guerra, hubiera sido preciso ir a buscarlos muy lejos, con inconvenientes infinitos para el éxito de cualquiera empresa. El invierno se pasó en paz, circunstancia feliz que permitió el proseguir con tesón y sin interrupción en las construcciones. Pero no bien hubo venido el buen tiempo, que ya Villanueva empezó a hacer correrías por los contornos de la reciente colonia.

Entretanto, se restablecía el Gobernador y ya se sentía bastante bueno para salir a campaña. Sus intentos ahora eran de ir hacia Imperial para ponerse en situación próxima a los enemigos, que todos se habían retirado allí, y pensar en repoblar la antigua ciudad, cuyo restablecimiento, como sabemos, ofrecía por gran dificultad, la de socorrerla, en caso necesario, por tierra. Naucopillán, que no se mostraba excesivamente resentido de la pérdida de su libertad, insinuaba cosas muy buenas para conseguir la pacificación de Puvinco, su tierra, y parecía incomodarse mucho con algunas tentativas de robos de caballos hechas por los suyos en las cercanías de la nueva colonia, bajo la conducta de un Iparquili, amigo y vecino suyo, que por su ausencia gozaba de la popularidad que él había tenido. Naucopillán que, a pesar de su indiferencia afectada, suspiraba interiormente por verse libre, sentía tanto más los atentados de Iparquili, que todos eran en perjuicio suyo, y le enviaba continuamente una de sus mujeres, ya de edad avanzada, para rogarle no hiciese cosas inútiles, y que podrían acarrearle malas consecuencias.

En este punto, para hacer un poco de diversión a las cosas de la guerra, se vieron en torno a Concepción asesinatos frecuentes, y robos a mano armada, sin saber quien los conocía, y casi a la puertas de la ciudad. No sólo los españoles vecindados sino, también, los viajantes, los mismos indios y los negros eran víctimas de los facinerosos ocultos que infestaban la comarca, sin que se les pudiese hallar en ninguna parte. En vano don Francisco Lazo, sumamente irritado con esta novedad, estimulaba a las justicias, y mandaba él mismo hacer militarmente diligencias para descubrirlos; todo esto fue infructuoso por mucho tiempo, y todos creían que los bandoleros que cometían estos crímenes debían de ser indios de paz que se ocultaban en alguna parte montuosa sin tener morada fija. Por fin, la providencia se encargó ella misma de entregarlos.

Un día, en medio del camino real junto a una ciénaga, que llamaban la cienaquilla, a dos leguas de Concepción, los facinerosos asaltaron a muchos pasajeros, de los cuales algunos quedaron muertos y otros tuvieron la buena suerte de salvarse. Estos últimos, acogiéndose a Concepción, declararon que los salteadores no eran nada menos que verdaderos indios guerreros que se ocultaban en los montes.

²⁶² A la cual dio por nombre el Gobernador: *La ciudad de San Francisco de la Vega*. Tesillo.



VISTA DEL VOLCAN DE SAN FERNANDO.

(Leon cazando Guanacos.)

Enciéndese de nuevo en cólera el Gobernador y envía tropas a hacer incesantes batidas en todas las espesuras. Las batidas quedaron burladas, y se recurrió a las trampas y emboscadas hasta que en una de ellas cayó un lepiguala, el cual declaró que el jefe de la banda era un antiguo desertor del ejército español, indio bautizado llamado Cuero. Y es de notar que este facineroso, después de haber desertado, se había arrepentido, y había sido perdonado. Con esta noticia, va Lazo en persona a buscarle, y se amaña tan bien, que muy pronto le prende con todos los suyos, y los manda llevar a Concepción, en donde fueron arcabuceados, descuartizados, y sus cuartos puestos en cruces en los caminos para escarmiento de otros.

Apenas el Gobernador había tenido tiempo para serenarse, después de haber hecho justicia, cuando le vino un mayor motivo de sentimiento. Habían salido de Angol algunos soldados para ir a buscar al fuerte de Nacimiento víveres, y dos se destacaron para sacar algunos caballos de la isla de Diego Díaz, situada en medio del Biobío. Estos dos valientes tardaron en volver, y la escolta se retiró a Angol sin esperarlos. Bien que los dos atardados hubiesen podido aguardar por otros que debían pasar aquel día de Nacimiento a Angol. Se pusieron en camino para volver, y fueron atacados y cogidos por Iparquili, que, no contento con ellos, fue a buscar otros tres que quedaban guardando los caballos en la isla de Diego Díaz, y se fue muy ufano con cinco prisioneros.

Gran dolor le causó a Lazo esta noticia, temiendo la suerte que tendrían los cinco infelices. En efecto, los indios les dieron muerte en Puvinco, partiéndoles las cabezas con sus macanas. El Gobernador mandó inmediatamente que a toda costa fuesen castigados, y salieron los jefes de la frontera, llevando a Naucopillán por guía con otro su amigo prisionero como él el mismo día, llamado Pichipil. Sólo es preciso advertir que este último tenía su familia consigo y, por esta razón sin duda, había dado pruebas de lealtad; de manera que en la ocasión presente, mereció bastante confianza para que se le encargase del mando de una de las correrías. Pero Pichipil, después de haber extraviado, de intento, su partida, se pasó al enemigo. Esta fatalidad frustró del éxito, y los españoles se dieron por dichosos en salir sin pérdidas.

Poco satisfecho con este resultado, Lazo mandó reunir el ejército a principios de febrero, se le incorporó en Tolpán, y se fue a alojar en Curalaba. Desde allí, envió por delante quinientos auxiliares y cien tiradores españoles hasta Quillín, y en el río de este nombre, aprisionaron a cinco de los indios de guerra; pero no contentos con esto, los auxiliares se adelantaron dos leguas más y cogieron a otros diez. La alarma dada por los que se escaparon al ver las tropas españolas, atrajo sobre ellas fuerzas superiores de los enemigos, de manera que Rebolledo tuvo que correr con mil quinientos caballos a socorrerlas, en vista de lo cual, los enemigos se retiraron.

Lazo marchó entonces en persona a Elol, en donde se alojó, y aquella misma noche, perdió a un indio amigo llamado Murcullanca, en quien tenía mucha confianza, el cual aprovechó de la ocasión para volverse a los suyos. Esta fuga causó mucha pena al Gobernador; pero al día siguiente, debió de haber quedado satisfecho con la muerte de Murcullanca, el cual había tenido la osadía de ponerse inmediatamente y sin tomar descanso, a la cabeza de una partida para ir a quitar caballos a los españoles.

¿Qué desengaños mayores querían éstos, si realmente los hubiesen buscado con sinceridad y buena fe?

En aquel mismo instante, Putapichión, Antehuenú y Repocura habían reconocido por superior a Chicaguala, mestizo de indio y de española, pero española de calidad, que había preferido casarse con un araucano a su libertad entre los suyos. Este Chicaguala la echaba de arrogante, y prometía que muy pronto los españoles se arrepentirían de los males que causaban a la tierra de Puvincó. Lazo lo sabía y tomaba las mayores precauciones para que no tuviese lugar a sorprender el más mínimo destacamento, y más de una vez tuvo la imprudencia de reconocer por sí mismo el horizonte, a fin de descubrir si había enemigos; imprudencia muy frecuente en grandes capitanes, por más que, cuando se hallan de sangre fría, confiesen que es una temeridad inútil el comprometer la salvación de un ejército, comprometiendo ellos su vida.

Picado contra Iparquili, Naucopillán era su más acérrimo enemigo, y daba al general español las señas y los consejos más oportunos para que le atajase los pasos. Es de advertir que Iparquili ocasionaba a Naucopillán justos motivos de resentimiento, portándose en sus propiedades como si fueran las de un enemigo, hasta impeler a los propios hijos del prisionero a que quitasen a su padre las mujeres que había dejado en su casa. Este rasgo de perversidad dio al traste con la sangre fría de Naucopillán, el cual en esta ocasión se puso rabioso de celos. Tesillo dice que tal vez, si se le hubiese dado libertad en aquel instante, habría hecho más daño a los suyos que los españoles mismos; pero que aconsejaron a Lazo no se fiase en él ni en la cólera que manifestaba contra Iparquili.

Trasladado enfermo a Concepción, tuvo un tabardillo en el cuerpo de guardia donde estaba preso. Viéndolo seriamente enfermo, el mismo Tesillo se lo llevó a su posada, prodigándole remedios y cuidado; pero su hora había llegado. Al verse fallecer, dice Tesillo, me manifestó querer morir como cristiano, y que le daría sumo consuelo con traerle algunos religiosos de San Francisco. Así lo hice. Naucopillán fue bautizado, recibió todos los sacramentos, y murió realmente de muerte ejemplar.

Volviendo a Puvincó, don Francisco Lazo había llegado al río Tabón, y aquel día, cayeron en algunas emboscadas doce guerreros, por los cuales supo que Putapichión y Chicaguala tenían tres mil lanzas para entrar en campaña. Con este aviso, permaneció el Gobernador tres días sobre el río Tabón; pero los enemigos no aparecían y dio la señal de retirada a las fronteras por Lumaco. El ejército siguió este movimiento con mucho contento, hallándose suficientemente vengado de las agresiones de Iparquili. Pero Lazo tuvo entonces el mayor de los sentimientos que había experimentado, y fue que en Tornacura, recibió parte de que la nueva plaza de Angol se había quemado, toda menos las murallas, con cuanto contenía dentro, como prendas de ropa, muebles, utensilios, alhajas, en fin, todo, todo, sin que quedase nada a los interesados en esta fatal desgracia. Este acontecimiento lo tuvo el ejército a muy mal agüero; pero lo cierto es que era un mal acontecimiento, que causó una verdadera aflicción al Capitán General; porque era imposible el ponerle remedio hasta la primavera, y el invierno empezaba entonces.

Sin embargo, quiso Lazo que se pudiese mano a la obra de la reedificación *incontinenti*. Pero antes, mandó formar causa al alférez Juan Izquierdo que había quedado de comandante, y que fue condenado a muerte. Satisfecho con que los demás viesan la pena que tocaba al olvido de una gran responsabilidad, Lazo le indultó, y luego se puso a dar a los soldados ejemplo de celo y actividad, cooperando él mismo a la restauración de lo perdido por el incendio, ya acompañando en persona a las escoltas, ya vigilando en las construcciones. En esta ocasión, los auxiliares de Arauco se mostraron abrumados de fatigas, y en efecto, las habían tenido grandes y muchas en la última expedición, por lo cual Lazo les dejó ir a descansar en sus cuarteles.

Cuando se volvió el Gobernador a Concepción, ya la reedificación estaba casi acabada. Por el mes de julio, pasó de allí a Santiago, en el momento en que una enfermedad epidémica afligía a sus habitantes, acobardados por este azote y por una segunda crecida del Mocho que los amenazaba con otra inundación.

Mientras la campaña por tierra, otros piratas holandeses se presentaron de nuevo para hacer alianza con los araucanos contra los españoles; pero la escuadra que traían fue dispersada por los vientos. Uno de sus barcos envió una lancha armada a la isla Mocha; los naturales se apoderaron de ella y mataron a los holandeses que la montaban. Otro bajel tuvo la misma suerte en la isleta de Talca cerca de Santa María.

En vista de estos acontecimientos, claro estaba que los chilenos consideraban a todos los extranjeros, poco más o menos, como enemigos. Pero volviendo a los araucanos, causa sorpresa el que el intrépido Putapichión se haya mantenido en la inacción, y que Chicaguala se haya limitado a proferir fanfarronadas. Lo cierto es que las más de las correrías las había mandado Lazo para mantener a los soldados vigilantes y alerta; y lo más particular, que durante el amago de los piratas holandeses por mar, los araucanos eligieron por toqui general a Lincopichión²⁶³.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

²⁶³ Es verdad que García padece también ciertas equivocaciones, que tal vez pueden proceder de malas copias; porque la llegada de los socorros de Perú, y la edificación de Angol las da en 1638, en lugar que, como se acaba de ver, Tesillo, testigo ocular y presente a todo, pone estos hechos en 1637.

ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO

Presentación	v
De la historia natural a la historia nacional. La <i>Historia física y política</i> de Claudio Gay y la nación chilena por <i>Rafael Sagredo Baeza</i>	ix
CAPÍTULO I. Lig-Lemu en Itata. Marcha Pedro Balsa contra ese nuevo jefe, y sale derrotado. Acude el Gobernador en persona y destruye a Lig-Lemu que muere en la contienda. Se traslada el Gobernador a Santiago. Aporta a Coquimbo Gerónimo de Castilla. Llega a Santiago. Rodrigo de Quiroga entra en el gobierno de Chile, prende a Villagra y le envía a Perú	5
CAPÍTULO II. Rodrigo de Quiroga se manifiesta opuesto a las disposiciones gubernativas que asentaron los Villagra. El cabildo de Santiago defiende. La mitra en el venerable sacerdote Marmolejo. Sus obras y su muerte. El Gobernador en Concepción. Ordena la conquista de Chiloé. La Real Audiencia en Chile	13
CAPÍTULO III. Ministros togados de la Real Audiencia. Rodrigo de Quiroga entrega el gobierno al supremo tribunal. Providencia intimatoria del tribunal gobernador. Responde el Toqui con la expugnación de Quiapo. La Audiencia pide fuerzas para hacer la guerra. Martín Ruiz de Gamboa general en jefe. El ulmen Nahulbuta. Prosperidad de las colonias meridionales	21
CAPÍTULO IV. Don Melchor de Saravia, presidente y gobernador del reino. Su salida de Santiago yendo a Concepción. Concejo o junta de oficiales generales. Pillataru en Marigüeñu. Lo atacan los españoles. Son éstos derrotados. Vuelve don Melchor de Saravia a Concepción harto avergonzado de su derrota	27
CAPÍTULO V. Obispado de la ciudad Imperial. La fortaleza de Arauco arrasada. Pillataru en Quiapo. Expedición de Gamboa a las tierras de Pelantaru. Esfuerzos del Presidente en favor de la administración de la justicia. Sus disposiciones legislativas. Marcha el Gobernador a los Infantes. Vuelve a Concepción. Muere el ilustre Barrionuevo	33
CAPÍTULO VI. Temblor de tierra. Hechos de Bravo de Saravia por el bien público. Llegada del ilustrísimo San Miguel de Avendaño a Imperial. Pillataru muere y Alonso Díaz declarado toqui. El obispo de Imperial comienza	

la visita de su diócesis. Don fray Diego de Medellín llamado a la silla episcopal de Santiago	39
CAPÍTULO VII. Rodrigo de Quiroga llamado al gobierno de Chile. Juan Jofré corregidor de Santiago. Calderón en el desempeño de su juzgado. Hechiceros. Convento de monjas en Santiago. El Gobernador se dispone a ir en persona contra los indios	49
CAPÍTULO VIII. Pasa Quiroga a Concepción. Sale contra los araucanos, y los persigue y acosa en todas direcciones. Llega a Osorno y regresa a Concepción. Sale de esta capital para Santiago. Martín Ruiz de Gamboa en Chillán. Azoca en reemplazo de Calderón. Muere el Gobernador	53
CAPÍTULO IX. Martín Ruiz de Gamboa gobernador. Pasa a Osorno. El doctor Azoca pretende apoderarse del gobierno de Chile. Destiérrale Gamboa. Don Alonso de Sotomayor nombrado gobernador. Expedición naval al estrecho	59
CAPÍTULO X. Sotomayor en el gobierno. Construcción de nuevos fuertes. Asedio de Villarrica. Sublevación de los indios. Batalla reñida. Alonso Díaz conducido a Cañete y ajusticiado	69
CAPÍTULO XI. Cayancura toqui. Sotomayor a Carampangue. Combate favorable desde luego a los indios, y rotos éstos en el segundo empeño. Turuquilla vencido. Camina el Gobernador a Santiago. Varias ventajas de los araucanos. Triunfo de Ramón. Nancunahuel toqui. Abandono de Arauco. Muere Nancunahuel	77
CAPÍTULO XII. El jefe Pilquetegua ahorcado. Cadeguala en Angol. El Gobernador salva esta colonia. Cadeguala impide el paso de Purén al Gobernador. Desafío entre Cadegual y García Ramón. El Gobernador sigue con tenacidad su sistema de fortificaciones. Fastidiado de la guerra regresa a la capital	87
CAPÍTULO XIII. Tratos de paz con algunas tribus indias. Huenualca toqui. Engaño de Cadepingue. Muerte del cacique Hueputaun. Destemplanza de los españoles. Un refuerzo de Perú. Huechuntureu y su hermana. El Gobernador en la capital. Desafío de Huechuntureu y Cadepingue	95
CAPÍTULO XIV. Yanequeu, heroína chilena. Sus hechos. El Gobernador sale de Santiago, y reconoce la necesidad de desalojar algunos fuertes. Vuélvese a Santiago. Yanequeu sitia la plaza levantada en Puchanguí. Valerosa defensa del capitán Castañeda	105
CAPÍTULO XV. Quintuhuenu electo toqui. Se piden auxilios al virrey de Perú. Respuesta que éste da al cabildo de Santiago. Destitución de Azoca. Marcha Sotomayor contra Quintuhuenu. Batalla de la cuesta de Villagra. Incendio de Arauco. Colocolo el joven	111
CAPÍTULO XVI. Paillaeco toqui. Carácter de Sotomayor. Vence al Toqui. Asedian los indios a Imperial. Las viruelas. Se traslada Sotomayor a Santiago. Pasa a Perú, y se encuentra desposeído de su autoridad	121
CAPÍTULO XVII. La mitra de Imperial en don Agustín de Cisneros. Don Martín García Oñez de Loyola, gobernador de Chile. El toqui Paillamacu. Trátase de paz con el Gobernador. Su porte respecto a lo perteneciente a cosas de gobierno	129

CAPÍTULO XVIII. Llegan los jesuitas a Chile. Cómo fueron recibidos en Coquimbo y después en Santiago	139
CAPÍTULO XIX. Pasa el Gobernador contra el vicetoqui Pelantaru. Funda dos fuertes. Paz con algunas parcialidades. Santa Cruz de Coya. Los jesuitas en los estados de Arauco. El Toqui en los pantanos de Lumaco. Asedio del fuerte de Jesús. Reformas gubernativas de don Martín. El pirata Ricardo Hawkins. Acuerdo del cabildo de Santiago de 17 de septiembre de 1594	143
CAPÍTULO XX. Hostiliza el Gobernador a los indios catirayes. Avanza a Purén. Fortifica el lago Lumaco. Religiosos agustinos en Chile. Origen peregrino de su convento. Asedio de Lumaco y de Purén. Pedro Cortés a la defensa de los sitiados. El Gobernador derriba esos dos fuertes. Alcabala	151
CAPÍTULO XXI. Planes del Gobernador. Pasa a Imperial. Emprende la visita de otras colonias, y le siguen los jesuitas misioneros. Regresa el Gobernador a Imperial. Su muerte y la de cuantos españoles le acompañaban	159
CAPÍTULO XXII. Don Pedro de Viscarra gobernador interino. Alzamiento de los araucanos. Viscarra sigue con ventura los negocios de la guerra. A los seis meses de gobierno, tiene que poner el mando en manos de don Francisco Quiñones nombrado por el virrey de Perú	167
CAPÍTULO XXIII. Gobierno de don Francisco de Quiñones. Función de Yumbel. Crueldades ejecutadas en los indios. Despoblaciones de algunas colonias. Pasa el Gobernador a Imperial asediada. Sitian también los indios a Valdivia, Villarrica y Osorno. Vuelta del Toqui a los campos de Chillán, después de ganada Valdivia. Vence Quiñones al Toqui de dos encuentros, y regresa a Concepción	173
CAPÍTULO XXIV. El gobernador don Francisco pide al virrey de Perú un sucesor para el gobierno de Chile. Asedio de Imperial y su defensa. Pasa Quiñones a socorrerla. Vence a Millacalquín vicetoqui. Despuebla la colonia Imperial y la de los Infantes. Regresa a Concepción	183
CAPÍTULO XXV. Nuevas calamidades con la llegada de un pirata holandés al mar del Sur. Saqueo de Castro. Van Noort desembarca en Mocha y después apresa algunos barcos en Valparaíso	189
CAPÍTULO XXVI. Gobierno interino de García Ramón	193
CAPÍTULO XXVII. Acontecimientos y operaciones militares bajo el gobierno del maestre de campo don Alonso de Ribera. Ruina de Villarrica	197
CAPÍTULO XXVIII. Sucesos que preceden a la evacuación de Osorno. Llegada de Ocampo con un refuerzo de tropas. Su salida para Chiloé. Es atacado y muerto por los araucanos	199
CAPÍTULO XXIX. Prosiguen los sucesos de Osorno antes de la evacuación de esta colonia. Su incendio. La religiosa doña Gregoria Ramírez y el indio Huentemagu	203
CAPÍTULO XXX. Estado miserable de Osorno. Los habitantes la abandonan y se trasladan con mucho trabajo a Chiloé. Salida de las monjas clarisas para Santiago	205
CAPÍTULO XXXI. Suerte deplorable de los prisioneros españoles	209

CAPÍTULO XXXII. Llegan de España los 500 soldados prometidos por el Monarca. Plazas restauradas. Acierto del gobernador Ribera. Cesación de su mando y causas que la ocasionaron	213
CAPÍTULO XXXIII. Segundo gobierno del maestro de campo don Alonso García Ramón. Su recibimiento. Preparativos. Fuerzas imponentes de que disponía	221
CAPÍTULO XXXIV. Indecisión aparente del Gobernador en restablecer las colonias. Apología de esta indecisión. Desgraciados sucesos que la justifican	225
CAPÍTULO XXXV. Sensación dolorosa causada por estas pérdidas. Misión secreta del P. Luis de Valdivia. Su viaje a España. Nueva reorganización del ejército	229
CAPÍTULO XXXVI. Primera crecida del río Mapocho. Segundo establecimiento de la Real Audiencia	233
CAPÍTULO XXXVII. Batalla de Lumaco. Muerte del gobernador García Ramón	237
CAPÍTULO XXXVIII. Mando interino del oidor decano de la Audiencia. Buenos sucesos bajo su mando	241
CAPÍTULO XXXIX. Gobierno interino de don Juan de Jaraquemada. Grandes conocimientos y capacidad que tenía. Sabiduría de sus actos políticos, administrativos y militares	245
CAPÍTULO XL. Segundo gobierno del maestro de campo don Alonso de Ribera. Regreso del padre Luis de Valdivia con órdenes del Rey. Sucesos de su sistema de pacificación	249
CAPÍTULO XLI. Continúan los progresos del P. Luis de Valdivia en su intento	255
CAPÍTULO XLII. Prosigue la misma interesante materia. Perspectiva lisonjera de paz. Fatales acontecimientos	259
CAPÍTULO XLIII. Consecuencias de los acontecimientos referidos en el capítulo anterior. Situación crítica de Ribera y del ejército por las órdenes que tenían de mantenerse en la defensiva. Desavenencia del obispado de Santiago con la Real Audiencia	263
CAPÍTULO LXIV. Cuidados administrativos de don Alonso de Ribera. Otros corsarios holandeses en el mar del Sur. Descubierta del estrecho de Lemaire	267
CAPÍTULO XLV. Nuevos sucesos de la guerra defensiva. Muerte de don Alonso de Ribera. Elogio de este General	269
CAPÍTULO XLVI. Gobierno interino del licenciado Hernando Talaverano. Protección que da a la guerra defensiva	271
CAPÍTULO XLVII. Gobierno de don Lope de Ulloa y Lemos. Su oposición al sistema de Valdivia. Este ilustre jesuita se retira a España. Muerte de Ulloa	273
CAPÍTULO XLVIII. El P. Valdivia	277
CAPÍTULO XLIX. Gobierno interino del oidor don Cristóbal de la Cerda	279
CAPÍTULO L. Gobierno de don Pedro Osoreo de Ulloa. Se mantiene en la defensiva. Desórdenes de este gobierno. Agresiones de los araucanos. Otros piratas holandeses. Muerte del Gobernador	283

CAPÍTULO LI. Interinato del maestro de campo don Francisco de Alba y No- rueña. Sucédele don Luis Fernández de Córdoba y Arce. Esperanzas que inspira. Llegan refuerzos a Valparaíso. Orden y declaración de guerra ofensiva	289
CAPÍTULO LII. Prosigue la guerra ofensiva. Valentía de Putapichión. Ataque de Chillán y muerte de su corregidor. Batalla de las Cangrejeras	295
CAPÍTULO LIII. Gobierno de don Francisco Lazo de la Vega. Refuerzos que trae. Su política. Batalla indecisa del paso de don García, o de Picolhué	301
CAPÍTULO LIV. Continuación del gobierno de Lazo. Pasa el Biobío y acampa sobre la ciénaga de Lumaco. Putapichión no se presenta. Vuelve el Gobernador a pasar el Biobío y se acuartela en San Felipe de Yumbel. Pasa Putapichión la frontera y ataca a San Bartolomé de Gamboa. Sale el Gobernador enfermo de San Felipe en su persecución. Batalla de los Robles. Pasa el Gobernador a Santiago. Buenas providencias de gobierno. Levanta tropas y vuelve a campaña	309
CAPÍTULO LV. Forma Lazo nuevo concepto de los indios y confiesa se había engañado. Sale de nuevo a campaña. Putapichión, con Queupuantú por teniente o vicetoqui y siete a ocho mil hombres, ataca la frontera. Batalla de la Albarrada	315
CAPÍTULO LVI. Sentimiento de Lazo de la Vega de no haberse aprovechado de la victoria de la Albarrada. Putapichión, herido, medita volver a campaña. Sale el Gobernador de San Felipe a Quilicura. Destaca Rebolledo con tropas hasta el Cautín. Maloca desordenada e insubordinación de sus capitanes. Felices resultados que tiene. Pasa el Gobernador a Concepción. Providencias civiles y militares. Va a Santiago. Tiene un asunto de competencia con la Real Audiencia. Sentencia la de Lima en favor del Gobernador	319
CAPÍTULO LVII. Continúa malo de sus heridas Putapichión. Queupuantú elegido toqui. Su sorpresa, su valentía y su muerte. Sana Putapichión y vuelve a campaña. Sucesos de la correría que los españoles hicieron hacia el Cautín e Imperial	325
CAPÍTULO LVIII. Exageraciones de algunos historiadores. Preparativos de Huenualquín. Va a buscarle Lazo. Operaciones de la campaña. Socorro de tropa a Tucumán para someter a los indios sublevados. Vuelve el Gobernador a Santiago. Sucesos de Rebolledo en San Felipe, y de Cea por Arauco. Nueva campaña hecha por el Gobernador. Su éxito	331
CAPÍTULO LIX. Nuevas sorpresas de los indios. Putapichión se prepara a salir con grandes fuerzas a campaña. Va al encuentro Lazo; pero no le espera el jefe araucano. Dispersa éste sus fuerzas. Causas de las malocas y correrías por parte de los jefes españoles. Diferentes correrías y sucesos de Lazo hasta que regresa a Concepción	337
CAPÍTULO LX. Lazo en Concepción. Recibe parte de una nueva tentativa de Putapichión. Va a esperarle sobre el río de la Laja. Se retira el jefe araucano. Lazo enfermo. Pasa convaleciente por mar a Santiago. Real cédula en favor de los indios de encomienda. Liga de Putapichión con Antigueno y	

Puchiñanco. Sorpresa malograda. Acción de guerra. Se retiran españoles y araucanos. Nombran éstos por toqui a Curanteo. Muerte de éste. Lo sucede otro Curimilla	343
CAPÍTULO LXI. Reúnense los araucanos en Pellaguén con proyectos hostiles. Sorpréndelos el maestro de campo. Hace prisioneros y atrae algunos indios a la paz. Un destacamento enemigo se lleva muchos caballos de Curilebo. Lo persiguen los españoles y rescatan los caballos. Sale el capitán Mejorada de Castro hasta Osorno. Castiga aquellos indios matando a cien, y se retira sin pérdida. Entra el invierno. Los indios de Tirúa quitan caballos a los españoles. Siguen las correrías. Proyecto de repoblar a Valdivia. Dilaciones. Vuelve Lazo a Concepción	347
CAPÍTULO LXII. Sale el Gobernador con fuerzas. Un prisionero auxiliar descubre su marcha al enemigo, y vuélvese a la plaza. Sale de ella segunda vez para las tierras de Marinao. No le aguardan los enemigos. Las fronteras quedan casi enteramente libres de ellos por sus emigraciones hacia el Cautín. Resolución de levantar dos poblaciones; una a orillas del Coipue, y otra en Angol. Va el Gobernador a reconocer para levantar planes, y se vuelve a Concepción sin haberlos ejecutado	351
CAPÍTULO LXIII. Continuación del capítulo anterior. Junta militar en Concepción, en la cual nada se resuelve. Pasa Lazo a Santiago. Consulta con la Audiencia y merece su aprobación. Junta, después, en el Cabildo. Vuelve el Gobernador por octubre a la frontera. Prisión de Naucopillán	355
CAPÍTULO LXIV. Resolución de poblar en Angol. Se da principio a la obra. Sus progresos. Cae de nuevo enfermo el Gobernador. Se restablece y forma otros proyectos. Salteadores a las puertas de Concepción. Son descubiertos, cogidos, muertos y descuartizados. Cogen los indios cinco prisioneros de la plaza de Angol. Muerte de éstos. Castigo frustrado. Chiguala. Muerte de Naucopillán. Incendio de Angol. Su reedificación. Regresa Lazo a Concepción y a Santiago	359

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

